

La serie de magia más leída en Estados Unidos.

JIM BUTCHER



UN PEQUEÑO FAVOR

Harry Dresden

Lectulandia

Harry Dresden está pletórico: en un año, no ha sufrido ninguna tentativa de asesinato. El mayor problema que ha tenido últimamente ha sido lidiar con la torpeza patológica de su nueva aprendiz, así que el futuro parece halagüeño. Por desgracia, el pasado no es, ni de lejos, tan benévolo.

Una vieja deuda lo ata a Mab, monarca de las hadas de la Corte de Invierno y reina del Aire y la Oscuridad. Harry le debe aún dos favores y el momento de saldar cuentas ha llegado. Aparentemente, se trata solo de resolver una menudencia, pero no puede negarse. Acabará atrapado entre un enemigo espeluznante y un aliado mortífero, obligándolo a medir sus lealtades y probar los límites de su destreza. Vaya sorpresa.

Lectulandia

Jim Butcher

Un pequeño favor

Harry Dresden 10

ePub r1.0

capitancebolleta 08.08.13

Título original: *Small favor*

Jim Butcher, 2009

Traducción: David Luque Cantos

Fecha Traducción: 09/2013

Editor digital: capitancebolleta

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Como siempre, mucha gente merece que le dé las gracias. En particular mi familia, que tuvo que aguantar mi locura cuando se acercaban los plazos de entrega; mi agente, Jenn, que le pone excusas a mi editor cuando me retraso; mi editora, Anne, que a su vez le pone excusas a sus jefes. Además, a Beta Asylum, que tienen la tarea de señalarle las verrugas a mis bebés. Lunáticos.

Esta vez tengo que añadir nueva gente a la lista: los jugadores locales y visitantes de NERO Central, que fueron tan amables de merodear a mi alrededor durante varios combates y juegos de rol, mientras terminaba los últimos capítulos de *Un pequeño favor* en una esquina de la taberna.

1

El invierno llegó pronto aquel año. Debió de ser una señal.

Una bola de nieve surcó el aire nocturno e impactó en la boca de mi aprendiz. Como cuando sucedió estaba murmurando un canto tipo mantra, acabó con la boca llena de nieve, lo cual podía —o no— resultarle más desconcertante a ella que a la mayoría de la gente, dada la cantidad de piercings metálicos que entraron de repente en contacto directo con el frío.

Molly Carpenter tosió para escupir la nieve y un coro de risas ululantes sobrevino procedente de los niños reunidos en torno a ella. Alta, rubia, atlética, vestida con vaqueros y un grueso abrigo de invierno, era un elemento más del paisaje nevado, con las mejillas y la nariz rojas a causa del frío.

—¡Concentración, Molly! —grité, con cuidado de no dejar entrever en mi voz la risa que estaba a punto de escapármese—. Tienes que concentrarte. ¡Otra vez!

Los niños, sus hermanas y hermanos pequeños, comenzaron de inmediato a reunir munición para lanzársela. La nieve del jardín trasero de la casa de los Carpenter había sido removida a conciencia durante la jornada nocturna de guerra invernal. Incluso habían erigido dos «fortalezas» protegidas por sendas murallas bajas de nieve apilada, a diez metros una de la otra. Molly estaba de pie entre ambas, temblando, y me dedicó una mirada impaciente.

—Esto no puede ser un entrenamiento de verdad —dijo con la voz temblorosa a causa del frío—. Lo estás haciendo para tu propio disfrute enfermizo, Harry.

La atravesé con la mirada y acepté la bola de nieve recién hecha que me ofrecía la pequeña Hope, que al parecer se había autoproclamado mi escudera. Le di las gracias a la chiquilla con un gesto grave. Me dediqué a lanzar la bola varias veces al aire para luego recogerla. Estaba jugando con mi presa.

—Tonterías —dije—. Es un entrenamiento estupendo. ¿Creías que ibas a empezar directamente esquivando balas?

Molly me miró exasperada. Entonces respiró hondo, bajó de nuevo la cabeza y levantó la mano izquierda con los dedos extendidos. Comenzó de nuevo a murmurar algo y sentí el sutil movimiento que se produjo al formarse una barrera de magia casi sólida a su alrededor, un escudo que se alzó entre ella y la incipiente tormenta de misiles.

—¡Preparados! —grité—. ¡Apunten!

Todos los presentes, yo el primero, disparamos nuestros proyectiles antes de que acabara de decir «apunten». Las bolas de nieve cruzaron el aire a toda velocidad, arrojadas tanto por los chicos mayores como Daniel, de diecisiete años, como por el más joven, el pequeño Harry, que no era lo bastante grande para lanzar con mucha fuerza, algo que no le impidió amasar la bola de nieve más grande que le cupo en las

manos.

Las bolas de nieve impactaron en el escudo de mi aprendiz y este detuvo las dos primeras, que se convirtieron en polvo helado. El resto, sin embargo, atravesaron las defensas de Molly y mi aprendiz acabó cubierta de varios kilos de nieve. El pequeño Harry corrió hacia ella y le tiró la última con ambas manos. El niño chilló de pura alegría y triunfo cuando la bola de nieve, del tamaño de una hogaza de pan, se extendió por toda la barriga de Molly.

—¡Fuego! —ladré.

Molly cayó de culo sobre la nieve, escupió un poco más y se echó a reír a carcajadas. Harry y Hope, los más jóvenes, saltaron enseguida sobre ella y a partir de entonces la lección de magia defensiva desembocó en una práctica de larga tradición para los chicos Carpenter, consistente en introducir toda la nieve posible en el cuello del abrigo del prójimo. Les observé con una sonrisa en los labios. Un momento después me di cuenta de la presencia de la madre de los niños, de pie a mi lado.

Charity Carpenter le había transmitido a su hija Molly una complexión muy similar y el mismo tono de piel y de cabello. Se parecían mucho. Charity y yo no siempre nos habíamos llevado bien; de hecho, apenas nos llevábamos. Sin embargo, aquella noche sonreía observando las travesuras de los chiquillos.

—Buenas noches, señor Dresden —murmuró.

—Charity —la saludé amigable—. ¿Esto pasa mucho?

—Casi siempre, durante la primera nevada del año —dijo—. Aunque en general suele darse más cerca de Navidad que de Halloween.

Observé el retozar de los chavales. A pesar de que Molly crecía a marchas forzadas, en muchos sentidos, regresaba a la infancia con suma facilidad en aquel entorno, y a mí me hacía bien verlo.

Sentí la mirada inusualmente intensa de Charity y se la devolví, alzando una ceja interrogante.

—Nunca ha tenido una pelea de nieve en familia —dijo en voz baja—. ¿Verdad?

Meneé la cabeza y devolví mi atención a los chicos.

—No tenía familia con la que tenerla —dije—. A veces los chicos lo intentaban en el colegio, pero los profesores no lo permitían. Y en otras ocasiones los más mayores las organizaban con malas intenciones, no para pasarlo bien. Eso cambia las cosas.

Charity asintió y también dedicó su atención a los chicos.

—¿Cómo avanza el entrenamiento de mi hija?

—Bueno —expliqué—, sus talentos no se parecen en nada a los míos. Nunca va a ser una gran maga de combate.

Charity frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso? ¿Cree que no es lo bastante fuerte?

—La fuerza no tiene nada que ver. Sin embargo, en algunos sentidos, sus mejores talentos la convierten en poco apropiada para el combate.

—No lo entiendo.

—Verá, se le dan bien las cosas sutiles, delicadas. Posee una habilidad increíble, en constante crecimiento además, para manejar las magias suaves y sensibles. Pero por otro lado, esa sensibilidad conlleva dificultades para lidiar con las exigencias psíquicas de un combate real. Por lo tanto, el trabajo sucio físico se convierte en una tarea harto desafiante para ella.

—¿Detener bolas de nieve, por ejemplo? —preguntó Charity.

—Las bolas de nieve son un buen entrenamiento —dije—. Solo se puede dañar el orgullo.

Charity asintió con reservas.

—Pero usted no aprendió con bolas de nieve, ¿verdad?

El recuerdo de mi primera lección de magia protectora con Justin DuMorne no me resultaba especialmente sentimental.

—Pelotas de béisbol.

—Dios misericordioso —dijo Charity sacudiendo la cabeza—. ¿Qué edad tenía?

—Trece años. —Me encogí de hombros—. El dolor es un elemento motivador. Aprendí rápido.

—Sin embargo no quiere enseñar a mi hija de la misma manera —dijo Charity.

—No hay prisa —respondí.

El escándalo de los chicos cesó, derivando en unos cuantos susurros furtivos. Le guiñé un ojo a Charity. Su mirada cambió de los niños a mí, con un evidente gesto divertido reflejado en su rostro. Molly no tardó ni cinco segundos en gritar:

—¡Ahora!

Múltiples bolas de nieve volaron en mi dirección.

Alcé la mano izquierda, concentrando mi voluntad, mi magia, y dibujé en el aire delante de mí la forma de un ancho disco plano. No hubiera sido un escudo lo bastante bueno para detener una bala o ni siquiera una pelota de béisbol bien lanzada, pero era válido para unas cuantas bolas de nieve. Estas se hicieron polvo contra mi escudo, que reveló su presencia al emitir pequeños haces de luz azul pálida mientras un plano circular de fuerza se concentraba en los dedos extendidos de mi mano izquierda.

Los niños rieron y gritaron, decepcionados.

—¡Ajá! —grité yo levantando un puño triunfal en el aire.

Entonces Charity, todavía de pie a mi lado, me introdujo un buen puñado de nieve por el cuello de la chaqueta.

Di un respingo cuando el frío me recorrió la columna vertebral y me puse a dar saltos como un loco y a bailotear tratando de sacarme la nieve de debajo de la ropa.

Los chicos vitorearon a su madre y comenzaron a lanzar bolas de nieve a objetivos más o menos al azar. Entre tanta excitación y frivolidad, no me di cuenta de que nos estaban atacando hasta que se apagaron las luces.

La manzana al completo se sumió en la oscuridad. Los focos que iluminaban el jardín trasero de los Carpenter, las luces de todas las casas cercanas y las farolas de la calle se apagaron abruptamente. De la nieve surgía una inquietante luz ambiental. Aparecieron sombras donde antes no las había y el aroma de algo a medio camino entre una mofeta y un cubo de huevos podridos asaltó mi nariz.

Arranqué mi vara de su funda en el interior de mi abrigo.

—Meta dentro a los niños —le dije a Charity.

—Emergencia —dijo Charity en una voz mucho más calmada de la que me salió a mí—. Todo el mundo a la habitación segura, igual que en los ensayos.

Los chicos acababan de comenzar a moverse cuando tres criaturas que nunca había visto antes aparecieron dando brincos en la nieve. El tiempo pareció aminorarse de repente cuando la adrenalina inundó mi organismo, tanto que me dio la sensación de que contaba con media hora para estudiar a los asaltantes.

No es que fueran demasiado altos, medirían tal vez un metro sesenta, pero estaban recubiertos de pelo y músculo. Sus cabezas eran parecidas a la de una cabra común, sin embargo los cuernos se arqueaban hacia delante como los de un toro en lugar de enroscarse hacia dentro. Las patas de articulaciones invertidas de las criaturas terminaban en pezuñas y se desplazaban dando una serie de saltos a una sola pierna en lugar de corriendo. Aquellos saltos superarían el mejor intento de un jugador de los Chicago Bulls, lo que significaba que me estaba enfrentando a algo de una fuerza sobrenatural.

Aunque, pensándolo bien, no recordaba la última vez que me había enfrentado a algo que no tuviera una fuerza sobrenatural; es una de las desventajas del trabajo de mago. Bueno, algunas cosas son más fuertes que otras, claro, pero a mi cráneo no le suponía demasiada diferencia que un matón fuera capaz de hacer ejercicios de pesas con un tren de mercancías o apenas fuera lo bastante fuertecito para hacer malabares con unos cuantos frigoríficos.

Dirigí el extremo de mi vara hacia la primera de aquellas cosas, justo antes de apreciar en mi visión periférica un montón de nieve cayendo a mi lado y provocando un suave sonido sordo.

Me lancé hacia delante, rodé sobre uno de mis hombros y me puse de pie sin parar de moverme de lado. Me dio el tiempo justo para evitar la embestida de una cuarta cosa, que había soltado nieve justo antes de caer sobre mí desde la casa del árbol que Michael había construido para los chicos. Emitió un seseante berrido.

No tenía tiempo que perder con aquel imbécil pendenciero. Levanté la vara, cuya punta se encendió con una llama escarlata, liberé mi voluntad y clamé:

—¡Fuego!

Una lanza de puro fuego, del grosor de mi muñeca, surgió de la vara y abrasó el tren superior de la criatura hasta convertirla en un pedazo de carne ennegrecida. El calor restante derritió la nieve a su alrededor y levantó en el aire una oleada de humeante vapor. A juzgar por la reacción de la cosa cuando el vapor ascendió desde la nieve hasta la zona entre sus patas, este probablemente le causó tanto dolor como el propio fuego.

La criatura se derrumbó en el suelo y deseé que no fuera lo bastante lista como para estar haciéndose la muerta. Los chicos Carpenter estaban gritando.

Giré en redondo, preparando de nuevo la vara aunque sin un objetivo claro. Una de las criaturas de pelaje blanco corría detrás de Daniel, el mayor de los hermanos de Molly. El chico se había puesto fuerte y corría agarrando con los dedos los abrigos del pequeño Harry y de Hope, los más jóvenes, a los que llevaba de equipaje.

Cuando alcanzó la puerta la criatura estaba a apenas tres metros de él, dispuesta a cargar con sus malévolos cuernos. Daniel entró en la casa y cerró la puerta con el pie. La criatura se empotró contra ella.

No sabía que Michael había instalado puertas de acero con paneles de madera en su hogar, al igual que yo en el mío. Era probable que la criatura hubiera pulverizado una puerta de madera normal. Sin embargo, lo que sucedió es que su cabeza impactó contra una puerta de acero con los cuernos por delante y causó una abolladura de treinta centímetros.

Entonces se tambaleó hacia atrás dejando escapar un burbujeante grito de dolor. Le salió humo de los cuernos y dio unos pasos vacilantes hacia atrás al tiempo que se los tocaba con sus tres dedos acabados en garras. No existían demasiadas cosas que reaccionaran de tal manera al roce del acero.

Las otras dos criaturas habían dividido su atención. Una perseguía a Charity, que llevaba en brazos a la pequeña Amanda y corría como alma que lleva al diablo hacia el garaje que Michael había remodelado para convertirlo en su taller. La otra cargaba contra Molly, que escondía tras ella a Alicia y Matthew.

No tenía apenas tiempo para ayudar a los dos grupos, e incluso menos para malgastarlo en el difícil dilema moral de la elección.

Giré la vara hacia la bestia que perseguía a Charity y le di lo suyo. El impacto le alcanzó en la base de la espalda y desequilibró sus patas acabadas en pezuñas. Salió volando de lado, contra la pared del taller, y entretanto Charity entró por la puerta con su hija.

Volví a girar la vara, esta vez hacia la otra criatura, pero era consciente de que no me daría tiempo. La criatura bajó los cuernos y se acercó a Molly y sus hermanos antes de que yo pudiera preparar otro ataque.

—¡Molly! —grité.

Mi aprendiz cogió de la mano a Alicia y Matthew, susurró una palabra y los tres desaparecieron al instante.

La inercia de la criatura cargó contra el espacio en el que estuvieron un momento antes, aunque algo que fui incapaz de ver golpeó sus pezuñas y le hizo tambalearse. Dio un giro en redondo a toda velocidad, levantando bastante nieve. Sentí un repentino y fiero acceso de exaltación y orgullo. El pequeño saltamontes no podía levantar un escudo decente, pero hacía velos como nadie y había sido capaz de mantener la concentración y la sangre fría.

La criatura aminoró la marcha, meneó la cabeza y reparó en la nieve que reaccionaba a la presión de unos pies invisibles que se dirigían a la casa. Soltó un grito que no era de este mundo y se lanzó en su persecución. No me atreví a arriesgarme a disparar un ataque de fuego con la casa de los Carpenter en la línea de tiro. En vez de eso, alcé la mano derecha, concentré voluntad en uno de mis anillos de tres capas y arrojé una oleada de fuerza bruta hacia la criatura.

La fuerza invisible le alcanzó en las rodillas con tal potencia que se le levantaron las patas por el aire y se golpeó la cabeza en la nieve. La alteración en la nieve se acercaba a toda prisa a la puerta frontal de la casa. Molly debió darse cuenta de que la deformación de la otra haría difícil abrirla, si es que no imposible, y de nuevo sentí una feroz sensación de orgullo.

Se desvaneció rápido cuando la cosa que había estado haciéndose la muerta detrás de mí se lanzó contra la base de mi espalda como una locomotora movida a base de azufre y huevos podridos.

Los cuernos me golpearon con dureza y el impacto dolió como mil demonios, pero las magias defensivas de mi largo guardapolvos de cuero negro evitaron que me empalara. El golpe me dejó sin aliento. Mi cabeza dio un violento latigazo hacia atrás y terminé tendido en la nieve. Todo se volvió confuso durante un segundo, hasta que me di cuenta de que la cosa estaba de pie encima de mí tratando de desgarrarme la nuca. Encogí los hombros y rodé, pero solo conseguí que me pateara la nariz con su pezuña hendida. Me sobrevino una cantidad completamente gratuita de dolor, junto a una ración extra de estrellas giratorias.

Seguí intentando liberarme, pero mis movimientos eran lentos y los de la criatura muy rápidos.

Charity salió del taller con un martillo de mango de acero en la mano izquierda y una pesada pistola de clavos industrial en la derecha.

A tres metros de mí, Levantó la pistola y comenzó a apretar el gatillo a medida que avanzaba. Los clavos surcaban el aire con un rítmico fut, fut, fut. El ya chamuscado bicho gritó de dolor. Dio un brinco salvaje, retorciéndose de agonía en el aire, y cayó en la nieve como un saco. Reparé en los gruesos clavos sobresaliendo de su espalda y las heridas humeantes de las que brotaba un fuego verde y blanco.

Trató de escapar, pero me las apañé para hacerle un barrido de piernas antes de que pudiera ponerse en pie.

Charity le propinó un golpe con el martillo, emitiendo un grito agudo al hacerlo, y la cabeza de acero de la herramienta abrió el cráneo de la cosa como una calabaza. De la herida surgió materia gris y más fuego verde y blanco. La criatura se volvió a agitar una vez más antes de quedarse quieta y ser consumida por la espeluznante llama.

Me puse de pie, con la vara todavía en la mano, y vi que el resto de bestias estaban heridas pero móviles; sus pupilas amarillas y rectangulares me contemplaban hambrientas, rezumando odio.

Solté la vara y cogí una pala con cabeza de acero que estaba tumbada cerca de uno de las fortalezas de nieve fabricados por los niños. Charity levantó la pistola de clavos y, juntos, caminamos hacia ellos.

Fuera lo que fueran aquellas criaturas, no tenían estómago para luchar contra dos mortales armados de frío acero. Se encogieron como si fueran un solo ser y se dieron la vuelta para perderse en la noche.

Me quedé allí de pie, jadeando y mirando a mi alrededor. Cada pocos segundos me veía obligado a escupir sangre. Sentía la nariz como si alguien hubiera pegado en ella dos pedazos de carbón caliente con pegamento del fuerte. Unos pequeños alambres plateados de dolor me recorrían el cuello, a raíz del golpe de antes, y en la base de mi espalda ostentaba un enorme cardenal.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó Charity.

—Hadas —murmuré—. ¿Por qué tenían que ser hadas?

2

—Está rota —dijo Charity.

—¿De verdad? —pregunté. El ligero roce de sus dedos en mi nariz no era nada agradable, pero no me moví ni hice ningún sonido que demostrara mi incomodidad mientras me examinaba. Cosa de machos.

—Al menos no se ha salido de su sitio —dijo Michael al tiempo que se quitaba la nieve de las botas—. Que te la vuelvan a colocar en su lugar es una de esas cosas que a uno no le importa olvidar.

—¿Has encontrado algo? —le pregunté.

El hombretón asintió y apoyó en un rincón de la pared una espada ancha guardada en su vaina. Michael era apenas unos cinco centímetros más bajo que yo, pero mucho más musculoso. Tenía motas plateadas en el cabello oscuro, al igual que en la corta barba, e iba ataviado con unos vaqueros azules, botas de trabajo y una camisa blanca y negra de franela.

—El cadáver sigue ahí fuera. No es más que una masa de carne quemada, pero no se ha disuelto.

—Sí —dije—. Las hadas no son seres completos del mundo espiritual. Dejan cadáveres atrás.

Michael gruñó.

—Además había huellas, pero poca cosa más. No había señales de que esas criaturas con forma de cabra sigan cerca. —Se asomó al comedor, donde los chicos Carpenter estaban reunidos alrededor de la mesa, hablando excitados y devorando la pizza que su padre había ido a recoger cuando tuvo lugar el ataque—. Los vecinos creen que lo de las luces se ha debido a un transformador estropeado.

—Es una excusa tan buena como cualquiera —dije.

—Doy gracias a Dios por que nadie resultara herido —dijo. Para él no era solo una expresión. Lo decía literalmente. Era producto de ser un católico devoto, y también tal vez porque blandía una espada sagrada con uno de los clavos de la Cruz forjado en la hoja. Hizo una mueca y me sonrió levemente—. Y a ti, Harry, por supuesto.

—Dale las gracias a Daniel, Molly y Charity —dije—. Yo solo mantuve ocupados a nuestros visitantes. Tu familia es la que llevó a los pequeños a un lugar seguro. Y Charity fue la que repartió estopa.

Michael levantó las cejas y dirigió la mirada hacia su mujer.

—¿Ah, sí?

Las mejillas de Charity se tornaron rosadas. Recogió con presteza varios pañuelos y trapos manchados con mi sangre y los sacó de la habitación para quemarlos en la chimenea del salón. En mi negocio no es bueno que haya por ahí muestras de tu

sangre, pelo o uñas para que cualquiera las encuentre. Le hice un resumen del combate a Michael mientras ella estuvo fuera.

—¿Mi pistola de clavos? —me preguntó sonriendo justo cuando Charity volvía a la cocina—. ¿Cómo sabías que era un hada?

—No lo sabía —dije—. Solo cogí lo que tenía a mano.

—Tuvimos suerte —dije.

Michael arqueó una ceja.

—No todas las cosas buenas que nos suceden son intervención divina, Michael —le espeté.

—Cierto —repuso Michael—, pero prefiero concederle a Él el mérito a menos que tenga una buena razón para creer lo contrario. Me parece más educado que de otra forma.

Charity se colocó al lado de su marido. Aunque estaban sonriendo y hablando con ligereza del ataque, noté que se agarraban con fuerza de la mano y Charity no paraba de mirar a sus hijos cada pocos segundos, como para asegurarse de que seguían a salvo.

De repente me sentí un intruso.

—Bien —dije, levantándome—. Parece que tengo un nuevo proyecto.

Michael asintió.

—¿Sabes el motivo del ataque?

—Ese es el proyecto —afirmé. Me puse el guardapolvos e hice una mueca al tener que mover mi cuello dolorido—. Creo que iban a por mí. El ataque a los chicos era una mera distracción para que la criatura escondida en el árbol tuviera ocasión de tenderme una emboscada por la espalda.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Charity en voz baja.

—No —admití—. Es posible que no les sentara demasiado bien aquel asunto de Arctis Tor.

Charity arrugó la frente y adoptó un gesto frío. Arctis Tor era el corazón de la Corte de Invierno, la fortaleza y santuario de la mismísima reina Mab. Unos malvados fieles de Invierno habían secuestrado a Molly, y Charity y yo, con algo de ayuda, irrumpimos en la torre y la rescatamos por la fuerza. Hicimos bastante ruido y de paso mosqueamos a una nación entera de malvadas hadas.

—Mantenga los ojos abiertos, por si acaso —le dije—. Y dígame a Molly que me gustaría que se quedara aquí de momento.

Michael me miró con una ceja levantada.

—¿Crees que necesita de nuestra protección?

—No —dije—. Creo que vosotros podríais necesitar la suya.

Michael parpadeó. Charity frunció el ceño pero no me lo discutió.

Hice un gesto con la cabeza y me marché. Molly ya no se rebelaba por puro

reflejo contra todo lo que se le decía, pero los hechos consumados seguían siendo la mejor forma de evitar una discusión con ella.

Cerré la puerta de la casa de los Carpenter dejando tras de mí el aroma a pizza caliente y el elevado tono de las voces infantiles, roncas tras tanta excitación.

Era una noche silenciosa de noviembre. Y muy fría.

Combatí la necesidad de tiritar y apresuré el paso hacia mi coche, un viejo y destartado Volkswagen Escarabajo que originariamente fue azul pero ahora era una mezcla entre rojo, azul, verde, blanco, amarillo y también gris, después de que mi mecánico le colocara un capó nuevo. Un bromista anónimo que había visto demasiadas películas de Disney había pintado con spray en el capó el número cincuenta y tres dentro de un círculo. Sin embargo, mi coche se llamaba Escarabajo azul, y así seguiría siendo.

Me senté sin dejar de mirar la cálida luz dorada que surgía de la casa.

Entonces coaccioné al Escarabajo para que cobrara vida y me dirigí a la mía.

3

—¿Y estás seguro de que eran hadas? —me preguntó Bob la calavera.

Hice una mueca burlona.

—¿A cuántas criaturas se les prende la sangre cuando les toca un objeto de hierro o acero, Bob? Sí, creo que soy capaz de reconocer a un hada cuando una me parte la nariz.

Estábamos en el laboratorio de mi sótano, al que se accedía por una trampilla escondida bajo una alfombra de la sala de estar de mi apartamento, bajando una escalera plegable de madera. Es una caja de cemento bajo la antigua casa de huéspedes donde vivo, tan profunda que permanece perpetuamente fría. En verano está bien. Al llegar el invierno, no tanto.

El laboratorio consistía en una mesa de madera en el centro de la habitación, rodeada en tres de sus lados por mesas apoyadas contra la pared que apenas dejaban un estrecho pasillo alrededor de la central. Las mesas de trabajo estaban repletas de herramientas de mi negocio y además había instalado sobre ellas varias de esas unidades blancas de estanterías que se podían conseguir baratas en los centros comerciales Wal-Mart, creando así más espacio para el almacenamiento. En los estantes se amontonaban una enorme variedad de contenedores, desde una caja forrada de plomo a sacos de arpillera, pasando por Tupperwares y una bolsa de cuero hecha con los genitales, no es broma, de un auténtico león africano.

Fue un regalo. Nada de preguntas.

Las velas iluminaban la habitación, proporcionando luz y centelleando sobre los edificios de estaño en miniatura de la mesa central, parte del modelo a escala de la ciudad de Chicago. Había bajado un pupitre para Molly, no tenía sitio para más. Los cuadernos de notas y su pequeña pero creciente colección de equipo estaban bien ordenados en su lugar, pese a la carencia de espacio.

—Bueno, parece que alguien te está echando en cara lo de Arctis Tor —dijo Bob. La calavera, cuyos ojos brillaban en sus huecos con una luz naranja parpadeante similar a la de dos velas invisibles, reposaba en su propio estante, situado en la pared más despejada. Media docena de novelas románticas de bolsillo se amontonaban a su alrededor y una séptima se había caído y yacía en el suelo, tapando una parte del círculo de invocación plateado que tenía allí dispuesto—. Las hadas nunca olvidan una afrenta, jefe.

Sacudí la cabeza, rescaté el libro caído y lo volví a colocar en el estante.

—¿Conoces algo parecido a esos tipos?

—Mi conocimiento de los reinos de las hadas se limita sobre todo al lado de Invierno —dijo Bob—. No se parecen a nada con lo que me haya encontrado.

—Entonces, ¿por qué iban a tener nada contra mí por lo de Arctis Tor, Bob? —le

pregunté—. Demonios, ni siquiera fuimos nosotros los que atacamos la capital de Invierno. Solo nos colamos tras las batalla y buscamos pelea con aquellos chicos de los recados de Invierno que se habían llevado a Molly.

—Tal vez algunos de los sidhe de Invierno hayan contratado matones para llevar a cabo su venganza. Puede que fueran hadas salvajes, ya sabes. Son más numerosas que cualquiera de las otras. Puede que se tratara de sátiros. —Se le iluminaron los ojos—. ¿Viste alguna ninfa? Si hay sátiros, seguro que hay una ninfa o dos cerca, en alguna parte.

—No, Bob.

—¿Estás seguro? ¿Una chica desnuda, para morirse de buena, lo bastante mayor para saber lo que hace y lo bastante joven para no importarle?

—Bah —dijo Bob. Las luces de sus ojos menguaron por la decepción—. No haces nada bien, Harry.

Me froté la nuca con la mano. No ayudó a que disminuyera el dolor, pero me dio algo que hacer.

—He visto antes a estos hombres cabra. O he leído algo sobre ellos —dije—. Al menos sobre algo parecido. ¿Dónde puse los textos sobre los confines cercanos del Más Allá?

—Pared norte, en la caja verde de plástico bajo la mesa de trabajo —replicó Bob de inmediato.

—Gracias —dije. Saqué a rastras la pesada caja de plástico. Estaba llena de libros, la mayoría forrados en cuero. Eran tratados sobre varios temas sobrenaturales, escritos a mano. Salvo por un libro recopilatorio de las tiras de comic de *Calvin y Hobbes*. ¿Cómo había llegado aquello hasta allí?

Cogí varios libros, los llevé a la parte de la mesa donde se encontraba el modelo del lago Michigan y los solté allí. Entonces me senté en mi taburete y empecé a hojearlos.

—¿Cómo fue el viaje a Dallas? —preguntó Bob.

—¿Eh? Oh, bien, bien. Un perro negro estaba acosando a alguien. —Miré el grueso poster del mapa de los Estados Unidos colgado en la pared, encima del estante de Bob. Cogí una chincheta verde y la clavé en Dallas, Texas, donde se unió a más de una docena de otras del mismo color y varias rojas que correspondían a falsas alarmas—. Contactaron conmigo por la Paranet y les enseñé como echar al chucho a patadas de la ciudad.

—Esa red de ayuda que habéis montado tú y Elaine es muy inteligente —dijo Bob—. Enseña a los peces chicos a asociarse cuando viene el pescado grande a comérselos.

—Prefiero pensar que consiste en ayudar a los gorriones a juntarse para espantar al halcón —dije mientras volvía a mi asiento.

—En cualquier caso, significa una menor exposición al peligro y menos trabajo para ti a la larga. Una cobardía constructiva. Muy ingenioso. Lo apruebo. —Su voz se volvió anhelante—. He oído que tienen algunos de los mejores clubes de striptease del mundo en Dallas, Harry.

Miré a Bob con dureza.

—Si no me vas a ayudar, al menos no me distraigas.

—Oh —dijo Bob—. Correcto. —La novela romántica que devolví al estante tembló un segundo y luego se abrió por la primera página. La calavera se giró hacia el libro y la luz naranja en sus ojos dedicó toda su atención a las páginas.

Examiné uno de los viejos textos. Luego dos. Tres. Demonios, sabía que había visto o leído algo en uno de aquellos tratados.

—¡Arráncale el vestido! —gritó Bob.

Bob la calavera se toma las novelas románticas muy en serio. La siguiente página pasó tan rápido que el papel se rompió un poco. Bob trata los libros incluso peor que yo.

—¡Así me gusta! —exclamó Bob a medida que iba pasando las páginas.

—No podían ser sátiros —murmuré en alto, mientras trataba de poner mis pensamientos en orden. La nariz me dolía como un demonio y el cuello más o menos andaba por el mismo camino. Un dolor semejante te apaga rápido, incluso cuando eres un mago que aprendió lo básico de su arte mientras era bombardeado con violencia por pelotas de béisbol—. Los sátiros tienen rostro humano, estas cosas no.

—¿Hombres cabra? —sugirió Bob. Pasó otra página y continuó leyendo. Bob es un espíritu intelectual y es capaz de hacer múltiples tareas a la vez mejor que casi cualquiera—. O tal vez cabras hombre.

Me detuve un momento y miré exasperado a la calavera.

—No puedo creer que acabe de escuchar esas palabras.

—¿Cuáles? —preguntó Bob chisposo—. ¿Hombres cabra?

—Hombres cabra. Estoy bastante seguro de que podría haber llevado una vida perfectamente rica y satisfactoria sin haber oído nunca esas palabras o disfrutado de las imágenes mentales que conjuran.

Bob se echó a reír.

—Rayos y centellas, eres facilón, Harry.

—Hombres cabra —murmuré, y seguí leyendo. Tras terminar el quinto libro fui a por otro montón. Bob le gritaba al suyo, vitoreaba durante lo que aparentemente eran las escenas de amor y protestaba en el resto, como si los personajes fueran actores haciendo una representación exclusiva para él.

Probablemente, si yo perteneciera al grupo de las personas astutas, la actitud de la calavera me diría algo sobre su personalidad. Después de todo, el propio Bob era en esencia una criatura creada de la energía del pensamiento. Los personajes dentro del

libro eran, desde cierto punto de vista, idénticos a él, si se les observaba desde un nivel fundamental. Es decir, no existían imágenes físicas de ellos, ni muestras tangibles de ningún tipo. Eran retazos en la cabeza del lector, una mezcla de imaginación e ideas dada forma por el trabajo y la habilidad del escritor y la propia imaginación del lector. Ambos eran sus padres, de alguna manera.

¿Imaginaba Bob al leer sus libros y visualizar lo que contaban que esos seres inventados eran en cierto modo... sus hermanos? ¿Sus colegas? ¿Tal vez sus hijos? ¿Podía un ser como Bob desarrollar una especie de gusto adquirido por la familia? Era enteramente posible. Podría explicar su constante fascinación por la ficción que trataba sobre el proceso necesario para la creación de una familia mortal.

Por otra parte, puede que pensara en aquellos personajes del mismo modo que algunos hombres lo hacen de sus muñecas hinchables. Estaba bastante seguro de no querer saberlo.

A veces viene bien no ser tan listo.

Encontré a mis atacantes alrededor de la mitad del octavo libro, acompañados de notas y dibujos.

—Maldita sea —murmuré. Me erguí en el asiento.

—¿Los has encontrado? —preguntó Bob.

—Sí —dije, y levanté el libro para que pudiera ver los dibujos de los atacantes cabríos, más acertados que la mayoría de los retratos robot de sospechosos de la policía—. Si el libro está en lo cierto, unos broncos me saltaron encima.

La novela romántica de Bob se cerró de golpe contra la superficie del estante. La calavera emitió un sonido ahogado.

—Oh, ¿has dicho broncos?

Yo le miré sin rastro de humor, pero él comenzó a reírse como un idiota. La calavera traqueteó contra el estante.

—¿Broncos? —dijo con la voz temblorosa.

—¿Qué? —dije ofendido.

—¿Como en el cuento de *Los tres cabritos broncos*? —La calavera aulló de risa—. ¿Te dio una tunda un cuento infantil?

—Yo no diría que me dieron una tunda —repliqué.

Bob casi se estaba ahogando de la risa. Teniendo en cuenta que no tenía pulmones me pareció un comportamiento algo gratuito.

—Eso es porque no te ves —dijo tras una risa entre toses—. Tienes la nariz toda hinchada y los ojos morados. Pareces un mapache con el culo dislocado.

—No has visto a esas cosas en acción —dije—. Eran fuertes y bastante inteligentes. Y eran cuatro en total.

—¡Como los cuatro jinetes del Apocalipsis! —dijo—. ¡Pero salidos de una tienda de mascotas!

Le miré con odio.

—Bien, bien —dijo—. Me alegra causarte tanta diversión.

—Oh, muchísima —dijo Bob en un tono rebosante de buen humor—. ¡Ayúdame, ayúdame! ¡Es el cabrito feroz!

Más odio.

—Te alejas del asunto importante, Bob.

—No puede ser tan divertido como esto —dijo—. Apuesto a que todos los sidhe de Invierno también se están riendo.

—No es así —dije—. Ese es el asunto, precisamente. Los broncos trabajan para Verano. Pertenecen a las fuerzas de la reina Titania.

La risa de Bob cesó bruscamente.

—Oh.

Asentí.

—Después del asunto en Arctis Tor, entendería que alguien de Invierno viniera a por mí. Nunca imaginé algo así de Verano.

—Bueno —apuntó Bob—, le proporcionaste a la hija de la reina Titania la muerte de los mil cortes.

Gruñí.

—Sí, pero ¿por qué mandar asesinos ahora? Pudo haberlo hecho hace años.

—Así son las hadas —dijo Bob—. La lógica no es exactamente su fuerte.

Solté un bufido.

—La vida podría ser tan simple... —Le di golpecitos con el dedo al libro, pensando—. Hay algo más. Estoy seguro de ello.

—¿Cuál es su puesto en el escalafón de Verano? —me preguntó Bob.

—Están arriba —dije—. Como grupo, al menos. Tienen reputación de asesinos de trols. Es probable que el cuento provenga de ahí.

—Asesinos de trols —dijo Bob—. ¿Trols? ¿La guardia personal de Mab, cuyos pedazos encontraste esparcidos por todo Arctis Tor?

—Exacto —dije—. Pero lo que hice allí molestó a Invierno, no a Verano.

—Siempre he admirado tu habilidad para resultar irritante de manera unilateral.

Sacudí la cabeza.

—No. Debí hacer algo allí que hirió a Verano de alguna manera. —Me puse ceñudo—. O ayudó a Invierno. Bob, ¿sabes...?

El teléfono empezó a sonar. Había extendido un largo cable desde la línea en mi dormitorio hasta el laboratorio, después de que Molly casi se rompiera el cuello por querer subir a toda prisa para responder una llamada. El viejo reloj medio roto sobre un estante me reveló que era ya más de media noche. Nadie me llama tan tarde a no ser que pase algo malo.

—Volveremos a esto —le dije a Bob.

—Soy yo —dijo Murphy cuando respondí—. Te necesito.

—Vaya, sargento. Estoy anonadado —dije—. Has admitido por fin la verdad.
Empieza tema musical romántico.

—Hablo en serio —dijo. Su voz tenía un cariz cansado, tenso.

—¿Dónde? —le pregunté.

Me dio la dirección y colgamos.

Yo ya apenas trabajaba para el Departamento de Policía de Chicago, y entre eso y mis frecuentes viajes a otras ciudades como parte de mis deberes de centinela, apenas tenía ingresos con mi oficio de investigador. Mi estipendio de centinela del Consejo Blanco evitaba la bancarrota, pero mi cuenta corriente se había desangrado lentamente, hasta el punto que debía tener cuidado para que no me devolvieran las facturas.

Necesitaba el trabajo.

—Era Murphy —dije—, una llamada de trabajo.

—A esta hora de la noche qué otra cosa podía ser —convino Bob—. Guárdate las espaldas más de lo habitual, jefe.

—¿Por qué dices eso? —dije mientras me ponía el abrigo.

—No sé si te sabes bien el cuento —dijo Bob—, pero si recuerdas bien, los cabritillos broncos tienen una larga sucesión de hermanos.

—Sí —dije—. Cada uno de ellos más grande y malvado que el anterior.

Marché al encuentro con Murphy.

Hombres cabra. Jesús.

Estaba allí de pie contemplando el fuego, como todo el mundo, cuando el policía de barrio se acercó acompañado de Murphy.

—Ya era hora —dijo con la voz tensa. Levantó la cinta policial y me hizo entrar. Yo ya me había colocado en la solapa del guardapolvos la pequeña tarjeta plastificada que me identificaba como consultor—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Hay mucha nieve en el suelo y no parece que vaya a parar de nevar —contesté.

Me miró desde allá abajo. Karrin Murphy es una cosa pequeñita y el grueso abrigo de invierno que llevaba puesto solo hacía que lo pareciera aún más. Los grandes y esponjosos copos de nieve que caían se le amontonaban en el cabello dorado y resplandecían en sus pestañas confirmando a sus ojos un tono azul glaciar—. Tu coche de juguete se atascó en un montículo de nieve, ¿eh? ¿Qué te ha pasado en la cara?

Observé a la gente normal a mi alrededor.

—Una pelea de bolas de nieve.

Murphy gruñó.

—Supongo que perdiste.

—Deberías ver al otro tipo.

Estábamos frente a un pequeño edificio de apartamentos de cinco plantas, donde algo había explotado.

El frontal del edificio había desaparecido, como si un hacha inimaginablemente grande lo hubiera cortado a rodajas. Era posible ver los suelos e interiores de los apartamentos vacíos cuando la capa de polvo, humo y nieve lo permitía. Dentro había incendios activos, insustanciales tras el velo de las llamas y la brisa invernal. Los escombros que cayeron a la calle habían dañado los edificios colindantes y la policía mantenía a la gente tras un cordón amarillo, a al menos una manzana de distancia. Cristales rotos, acero y ladrillos se esparcían por todas partes. Me llegaba a la nariz un olor acre, denso por el tufo de los materiales quemados.

A pesar del mal tiempo, un par de cientos de personas se agolpaban tras el cordón policial. Un alma emprendedora vendía café caliente de un gran termo. Me tragué el orgullo y solté un dólar a cambio de un espumoso café recién hecho, crema en polvo y un paquete de azúcar.

—Un montón de camiones de bomberos —anoté—. Pero solo una ambulancia. Y son los que están bebiendo café mientras los demás tiritan de frío. —Le di un sorbo a mi café—. Cabrones.

—El edificio no estaba habitado —dijo Murphy—. De hecho lo estaban renovando.

—Nadie resultó herido —dije—. Eso es un plus.

Murphy me dedicó una mirada crítica.

—¿Estás dispuesto a trabajar en negro? ¿Per diem?

Sorbí café para ocultar una mueca. Prefería claramente el salario mínimo durante dos días.

—Supongo que la ciudad no está soltando mucho dinero para los consultores, ¿eh?

—En Investigaciones Especiales ahorramos el dinero del café, por si te necesitamos para algo.

Ya no me molesté en ocultar mi mueca. Aceptar dinero del gobierno de la ciudad era una cosa. Aceptarlo de los policías de Investigaciones Especiales otra bien distinta.

Investigaciones Especiales era el filtro de piscina del Departamento de Policía de Chicago. Los asuntos que no se encuadraban en las áreas de interés de los otros departamentos terminaban en Investigaciones Especiales. Muchas veces se trataba del trabajo sucio que nadie quería hacer, así que se encargaban de asuntos que abarcaban desde aparentes lluvias de sapos a peleas de perros o denuncias de que un supuesto Chupacabras estaba molestando a las mascotas del vecindario. Era un trabajo de mierda, por lo que no era de extrañar que Investigaciones Especiales fuera considerado por las autoridades de la ciudad como un reducto para los incompetentes. Sus empleados no lo eran, pero los cautivos de Investigaciones Especiales solían compartir un par de rasgos comunes: la inteligencia suficiente para hacer preguntas cuando algo carecía de sentido y una inexcusable falta de habilidad para navegar por las fangosas aguas de la política de oficina.

La sargento Murphy estuvo al cargo de Investigaciones Especiales cuando aún era la teniente Murphy. La castigaron por desaparecer durante veinticuatro horas particularmente críticas de una investigación. No es que hubiera podido contarle a sus superiores que había estado tomando una fortaleza helada en los confines del Más Allá, ¿verdad que no? Ahora su viejo compañero, el teniente John Stallings, estaba al cargo de Investigaciones Especiales y manejaba la oficina con un tenso, raído y a menudo apretadísimo presupuesto.

De ahí la falta de empleo lucrativo para el único mago profesional de Chicago.

No podía aceptar su dinero. No es que estuvieran nadando en él. Sin embargo, también tenían su orgullo. Tampoco podía arrebatarárselo.

—¿Per diem? —le dije—. Demonios, mi cuenta bancaria es tan exigua como la justificación moral de una empresa tabacalera. Cobraré por horas.

Murphy me miró ceñuda durante un momento, luego asintió a regañadientes. El orgullo no siempre le gana a la practicidad.

—¿Qué se cuece por aquí? —pregunté—. ¿Ha sido provocado?

Se encogió de hombros.

—Una explosión de alguna clase. Tal vez haya sido un accidente. Tal vez no. Solté un bufido nasal.

—Sí, porque me llamas siempre que tal vez sea un accidente...

—Vamos. —Murphy sacó una mascarilla del bolsillo de la chaqueta y se la puso para protegerse del polvo.

Yo hice lo propio con un pañuelo que me amarré para cubrirme la boca y la nariz. Solo necesitaba un sombrero y unas espuelas para completar el cuadro. Al galope, compañero.

Murphy me miró, su expresión era difícil de leer bajo la mascarilla, y me condujo al edificio adyacente al que estaba en llamas. El compañero de Murphy nos estaba esperando.

Rawlins era un hombre corpulento de cincuenta y tantos años, cómodo con su sobrepeso, cuyo aspecto recordaba al de un tren de mercancías. Se había dejado una barba manchada de gris, en claro contraste con la oscuridad de su piel, y llevaba un viejo abrigo gastado sobre el traje barato.

—Dresden —dijo con soltura—. Me alegro de verte.

Le estreché la mano.

—¿Cómo va el pie?

—Me duele cuando están a punto de pedirme que me marche —dijo con sobriedad—. Au.

—Es mejor si puedes negarlo todo —dijo Murphy, cruzándose de brazos en lo que un observador astuto hubiera interpretado como parte de una obstinada discusión—. Tienes una familia a la que alimentar.

Rawlins suspiró.

—Sí, sí. Estaré en la calle. —Me hizo un gesto con la cabeza y se marchó. Se había recuperado bastante bien del tiro en el pie, no cojeaba. Mejor para él. Y para mí también. Yo le metí en aquel lío.

—¿Negarlo? —le pregunté a Murphy.

—No hay nada específico —dijo Murphy—, pero la gente por encima de Investigaciones Especiales ha dejado muy claro que eres persona non grata.

Aquello me dolió un poco, tanto que la voz se me quebró un poco más de lo que pretendía.

—Es obvio. Que no pare de ayudar al Departamento de Policía de Chicago en asuntos que no pueden manejar es inexcusable.

—Lo sé —dijo Murphy.

—Tengo suerte de que no me hayan encerrado por ser asquerosamente competente y haber contribuido al orden social.

Agitó una mano en el aire con un gesto cansado y desdeñoso.

—Siempre hay alguna circunstancia. Así funcionan las organizaciones.

—Excepto que cuando a alguien en el club de campo le pica algo y decide echar a alguien, nadie acaba muriendo —dije, y añadí—. Casi nunca.

Murphy me miró con resignación.

—¿Qué quieres que haga al respecto, Harry? Usé todos los recursos que tenía para mantener mi jodido trabajo. No hay posibilidad alguna de que vuelva a tener un puesto de mando, y menos de encontrarme en una posición desde la que pueda optar a un cambio real en el departamento.

Apreté la mandíbula y sentí algo subiéndome por la garganta. No había llegado a decirlo, pero Murphy perdió el mando y la brillante carrera que le esperaba solo para cubrirme las espaldas.

—Murph...

—No —dijo en un tono calmado y estable, más de lo que debería—. De verdad me gustaría saberlo, Dresden. Te he pagado de mi propio bolsillo cuando la ciudad no podía hacer el gasto. El resto del equipo de Investigaciones Especiales mete todo el dinero que puede en el cerdito para poder darte un sueldo cuando te necesitamos de verdad. ¿Crees que debería hacer horas extra en una hamburguesería por las noches para pagarte?

—Demonios, Murph —dije—. No se trata del dinero. Nunca ha sido así.

Se encogió de hombros.

—¿Entonces de qué te quejas?

Lo pensé un minuto.

—No deberías bailar al son de las exigencias de todos los trepas para poder hacer tu trabajo.

—No —dijo en un tono franco—. En un mundo razonable, no. Pero por si no te has dado cuenta, semejante mundo debe andar por otro universo. Y me parece que tú mismo has tenido que engañar a tus jefes una o dos veces.

—Bah —dije—. Y touché.

Sonrió ligeramente.

—Es una mierda, pero es lo que hay. ¿Has acabado de lloriquear?

—Al diablo —dijo—. Vamos a trabajar.

Murphy señaló con la cabeza el callejón lleno de escombros entre el edificio dañado y el vecino. Nos internamos en él saltando los ladrillos rotos y las vigas caídas cuando era necesario.

No habíamos recorrido ni un metro cuando una peste acre a azufre invadió mis fosas nasales. Era tan intensa que atenuaba los olores procedentes del edificio destripado. Solo hay una cosa que huele así.

—Mierda —murmuré.

—Pensé que el olor era familiar —dijo Murphy—. Como en la fortaleza. —Me miró—. Y... como las otras veces que lo he olido.

Fingí no haber reparado en su mirada.

—Sí. Es fuego infernal —le confirmé.

—Hay más —dijo Murphy en voz baja—. Vamos.

Continuamos por el callejón hasta que pasamos el límite de la parte destruida del edificio en ruinas. Solo un paso dividía los escombros de la zona donde el muro de ladrillos del edificio se reafirmaba y permanecía sólido. La delimitación entre la estructura intacta y la desastrosa era una tosca línea dentada que se extendía hacia arriba entre polvo, nieve y humo; salvo por una porción de pared a algo menos de dos metros del suelo.

Allí, en lugar de una línea rota de ladrillo machacado y vigas retorcidas, un semicírculo perfecto adornaba la pared.

Me acerqué a él, ceñudo. La peste a fuego infernal se incrementó y me di cuenta de que algo había derretido la pared de ladrillo para atravesarla con una energía similar a la de un enorme taladro. Solo una temperatura casi inimaginable podía vaporizar ladrillo, cemento y acero dejando el borde de la zona que tocó tan derretida como un cristal plano, si bien la mitad del círculo, del tamaño de una pelota de baloncesto, había desaparecido a causa del derrumbe del muro.

Cualquier fuente natural de calor hubiera causado una eclosión térmica que hubiera devastado el callejón, dejándolo ennegrecido y marchito. Por el contrario, el callejón albergaba la típica suciedad urbana, no había escombros y la nieve se había acumulado allí desde hacía varias horas.

—Háblame —dijo Murphy con calma.

—Ningún fuego corriente es tan contenido —dije.

—¿Qué quieres decir?

Hice un gesto vago con las manos.

—El fuego generado a través de la magia sigue siendo fuego, Murph. Quiero decir que, claro, puedes invocar un calor y una energía tremendos, pero una vez que aparecen se comportan como el calor normal. Siguen las leyes de la termodinámica.

—Entonces hablamos de mojo —dijo Murphy.

—Bueno, técnicamente el mojo es...

Suspiró.

—¿Estamos tratando con magia o no?

Como si la peste a fuego infernal no fuera suficiente.

—Sí.

Murphy asintió.

—Tú invocas fuego todo el tiempo —dijo—. Lo he visto hacer tantas veces que no me parecía fuego de verdad.

—Oh, claro —dije al tiempo que colocaba las manos sobre la superficie de los ladrillos que atravesó la llama. Aún estaban calientes—. Pero si quieres controlarlo

después de invocarlo, se necesita energía adicional para concentrar el fuego en el trayecto deseado. Controlar la energía supone normalmente tanto o más esfuerzo que crear el propio fuego.

—¿Podrías hacer tú algo así? —me preguntó señalando el edificio con un gesto.

Tiempo atrás, Murph le hubiera dado una inflexión muy diferente a la pregunta y yo me hubiera puesto nervioso pensando en si echaba mano de su pistola o sus esposas. Pero aquello ya era cosa del pasado. Por supuesto, en aquel tiempo lo probable que no le hubiera dado una respuesta tan directa como ahora.

—Ni poseído por el demonio —dije con calma, y no del todo metafóricamente—. Estoy bastante seguro de que no podría invocar tanta energía, eso para empezar, y aunque pudiera no me quedaría suficiente para controlarla. —Cerré los ojos un momento con la intención de percibir cualquier vestigio de poder en la zona, pero la destrucción y la consecuente masa de polvo, nieve y humo ocultó cualquier patrón coherente que me hubiera podido proporcionar pistas sobre cómo se desempeñó el trabajo.

Sin embargo, algo sí percibí. La superficie del boquete no era perpendicular al muro del edificio. Entraba formando un ángulo. Arrugué la frente y miré a mi espalda con la intención de alinear el agujero con la pared del edificio al otro lado del callejón.

Murphy me conocía lo suficiente para darse cuenta de que yo había reparado en algo y yo a ella para percibir el repentino interés que se reflejaba en las arrugas de su entrecejo mientras se esforzaba en mantener la calma y dejarme trabajar.

Me incorporé y me dirigí al otro extremo del callejón. Una ligera capa de nieve y polvo había cubierto la pared.

—Cuidado con los ojos —murmuré, cerrando los míos casi por completo. Entonces alcé la mano derecha, invoqué mi voluntad y murmuré:

—Ventas reductas.

El viento que invoqué no era la habitual ráfaga que solía usar sino algo mucho más atenuado. Surgió a un ritmo continuo de mi mano extendida. Todo el trabajo que hacía con Molly en los últimos tiempos me había permitido repasar muchas de mis invocaciones básicas, la magia rápida y sucia que los magos usan en situaciones desesperadas y violentas. Había intentado enseñarle el hechizo a Molly, pero ella no poseía la misma fuerza primitiva que yo y hubiera acabado prácticamente inconsciente tras invocar una ráfaga de aire tan grande. Modifiqué la lección para que se sintiera cómoda usando solo un poco de magia de aire y desarrollamos casi por accidente una pasable imitación de un secador eléctrico.

Usé el hechizo secador para apartar con suavidad el polvo y la nieve de la pared. Tardé un minuto y medio y cuando terminé capté otro hedor bajo la peste a azufre.

—Mierda doble.

Murphy apareció con su linterna y alumbró la pared.

El sello había sido pintado en la pared con algo denso y marrón que olía a sangre. Al principio pensé que era un pentáculo, pero enseguida noté las diferencias.

—Harry —dijo Murphy en voz baja—. ¿Es humana?

—Es lo más probable —dije—. La sangre mortal es la tinta más fuerte que se usa en símbolos como este, vitales para hechizos que requieren altos niveles de energía. No creo que otra cosa pueda contener la cantidad de energía necesaria para volar este edificio.

—Es un pentáculo, ¿verdad? —preguntó Murphy—. Como el que llevas tú.

Sacudí la cabeza.

—Diferente.

—¿En qué? —Torció una esquina de la boca—. Aparte de la sangre, me refiero.

—Un pentáculo es un símbolo de orden —dije con calma—. Cinco puntas, cinco lados. Representa las fuerzas del aire, la tierra, el agua, el fuego y el espíritu. Se contiene en un círculo, las puntas tocan el círculo exterior. Es un poder equilibrado, con restricciones. —Señalé el símbolo con un gesto—. ¿Ves esto? Las puntas de la estrella terminan fuera del círculo.

Arrugó el entrecejo.

—¿Qué significa?

—No tengo ni idea —dije.

—Dios —dijo—. Vales lo que cobras.

—Ja, ja, ja. Mira, aunque hubiera visto este símbolo antes, puede significar algo diferente para cada persona. Los hindúes y los nazis tienen conceptos muy diferentes de la esvástica, por ejemplo.

—¿Puedes al menos hacer una suposición?

Me encogí de hombros.

—¿Lo primero que me salga? Se parece más de lo debido a la combinación entre un pentáculo y el símbolo de la anarquía. Magia sin restricciones.

—¿Magos anarquistas? —preguntó Murphy.

—Es solo una suposición —dije. Sin embargo mis tripas me decían que era buena y me dio la impresión de que Murphy pensaba lo mismo.

—¿Para qué es el símbolo? —preguntó Murphy—. ¿Qué se supone que hace?

—Reflejar poder —dije—. Mi suposición es que la energía que atravesó el edificio se reflejó desde el sello, lo que significa... —Descendí una cascada de lógica mientras hablaba—. Lo que significa que la energía tiene que entrar primero por otro lugar. —Me volví lentamente para observar los ángulos—. El rayo entrante debe haber pasado por la parte derrumbada del edificio y...

—¿Rayo?

Señalé el agujero semicircular en la pared ruinosa.

—Sí. Energía de calor. Mucha.

Estudió el agujero.

—No parece lo bastante grande para derribar un edificio.

—No lo es —dije—. No con una explosión, en cualquier caso. Esto solo perforó un agujero. Pudo empezar un fuego, pero no arrancar el frontal del edificio de esa manera.

Murphy ladeó la cabeza, aún ceñuda.

—¿Entonces qué hizo?

—Estoy en ello —murmuré. Escudriñé los ángulos con toda la atención de la que fui capaz y marché callejón abajo. Los bomberos estaban aún trabajando duro en el incendio y tuvimos que saltar varias mangueras para salir a la calle trasera del edificio de apartamentos. Crucé la calle y recorrí la longitud del edificio con la mano levantada y mis sentidos buscando magia residual. No encontré ninguna, pero volví a percibir el olor a fuego infernal y medio metro después encontré otro de aquellos extraños pentáculos, idéntico al primero, también escondido bajo un pequeño montón de nieve.

Continué rodeando el edificio en el sentido de las agujas del reloj. Hallé otros dos símbolos en el edificio intacto al otro lado del derruido y uno más en la calle frente al edificio devastado. Entonces completé el círculo al llegar al símbolo reflectante original.

Cinco puntos de reflexión que guiaron hacia el edificio una cantidad de energía auténticamente aterradora al tiempo que esta adoptaba una enorme y única forma.

—Es un pentagrama —dije en voz baja.

Murphy hizo una mueca.

—¿Qué?

Toqué la marca redonda y limpia en la pared del edificio destruido.

—El rayo de energía que penetró en el edificio en este punto era una de las cinco caras de un pentagrama. Una estrella de cinco puntas.

Murphy me miró impertérrita.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un pedazo de tiza.

—De acuerdo, mira. Todo el mundo aprende a dibujar en el colegio, ¿verdad? —Hice un rápido esbozo de una estrella en una zona limpia de la pared, cinco trazos de tiza para dibujar cinco puntas—. ¿Vale?

—Vale —dijo Murphy—. El profe te las pone cuando tienes un sobresaliente.

—Otro ejemplo de símbolo con significado disparatado —dije—. Pero mira aquí, en el medio. —Coloreé con tiza la forma cerrada en el centro de la estrella—. Es la forma de un pentágono, ¿ves? El centro del pentagrama. Así es como contiene lo que quiera que desees contener.

—¿A qué te refieres con contener?

—Un pentagrama como este es un símbolo de poder —dije—. Tiene muchos usos, dependiendo de como lo emplees. No obstante, a menudo se usa para aislar o contener a una entidad.

—Te refieres a algo como invocar a un demonio —dijo Murphy.

—Claro —repuse—. Pero también puedes usarlo para atrapar otras cosas, si lo haces bien. ¿Recuerdas el círculo de poder en casa de Harley MacFinn? En aquel el pentagrama lo formaban cinco velas.

Murphy se estremeció.

—Lo recuerdo. Pero no era tan grande.

—No —admití—. Y mientras más grande lo hagas más energía necesita para ponerse en marcha. Nunca he oído ni visto ninguno que necesite de tanta energía para activarse.

Dibujé pequeñas equis en las puntas de la estrella e hice una raya desde cada una a la siguiente, engordando las líneas del pentagrama que usé como ejemplo.

—¿Lo pillas? El rayo fue de un reflector a otro, derritiendo agujeros a su paso. Los reflectores transformaron el rayo en un pentagrama a más o menos el nivel del suelo.

Murphy contempló confusa el simple diagrama.

—El centro de la figura no pudo cubrir todo el edificio.

—No —dije—. Necesitaría un buen mapa para estar seguro, pero creo que el centro del pentagrama debe haber estado a unos siete metros de la puerta principal. Lo que explica por qué solo la mitad frontal del edificio se ha derrumbado.

—¿La explosión tuvo lugar dentro del pentágono? ¿Dinamita mágica?

Me encogí de hombros.

—La explosión sucedió en el centro del pentagrama, pero no necesariamente surgió de él. Quiero decir que pudo ser un dispositivo normal de alguna clase.

—¿Justo en medio del aterrador pentagrama gigante? —preguntó Murphy.

—Tal vez —dije, asintiendo—. Depende de cuál fuera el cometido del pentagrama. Y para saber eso, tendría que saber hacia dónde apuntaba su norte. —Rodeé con un círculo la punta superior del pentáculo de tiza—. Me refiero a la dirección de la primera línea.

—¿Supone una diferencia?

—Sí —dije—. Casi todo el mundo dibuja estas estrellas como yo lo he hecho. Se empieza por la inferior izquierda y se acaba en la de arriba, en un solo trazo. Así es como se hace si quieres defender algo, aislar algo dentro de un lugar o expulsar una entidad espiritual.

—¿Así que esto pudo ser un hechizo de expulsión? —preguntó Murphy.

—Es posible. Pero se pueden hacer muchas otras cosas con él, si lo dibujas de manera diferente.

—Como construir una jaula para alguien —dijo Murphy.

—Sí —arrugué la frente, estaba confundido—. O abrir una entrada para algo.

—Lo que a juzgar por tu expresión, es algo malo.

—Yo... —Sacudí la cabeza. Ni siquiera deseo saber qué clase de horror necesitaría de un pentagrama tan enorme para colarse en nuestro mundo—. Creo que si hubiera pasado algo tan grande como para caber en este pentagrama, probablemente habría más de un edificio en llamas.

—Oh —dijo Murphy por lo bajo.

—Mira, hasta que sepa el propósito del pentagrama, lo único que puedo hacer es especular. Y hay otra cosa extraña.

—¿El qué?

—No hay rastros residuales de magia, y debería haberlos. Demonios, se ha usado mucho poder, toda la zona debería estar a rebosar. No es así.

Murphy asintió lentamente.

—Insinúas que borraron las huellas.

Hice una mueca.

—Exacto, y no tengo ni idea de cómo se hace. Demonios, ni siquiera sabía que era posible.

Le di un sorbo al café durante el silencio siguiente y fingí que el escalofrío que me recorrió la espalda era producto del frío. Le pasé el vaso a Murphy, que dio un sorbo del otro extremo y me lo devolvió.

—Entonces nos quedan preguntas sin responder —concluyó—. ¿Qué hace un matón de las grandes ligas colocando un enorme pentagrama bajo un edificio de apartamentos vacío? ¿Cuál fue su objetivo al crearlo?

—¿Y por qué volar el edificio desde dentro? —Se me ocurrió una pregunta todavía mejor—. ¿Por qué este edificio? —Me volví hacia Murphy—. ¿Quién es el dueño?

—Empresas Lago Michigan —respondió Murphy—, una sucursal de Mitigation Unlimited, cuyo presidente es...

—Mierda triple —escupí—. El caballero Johnnie Marcone.

5

Intenté recoger una muestra de sangre de los símbolos reflectores para usarla en un hechizo de seguimiento con la intención de encontrar a su propietario, pero resultó ser un chasco. O la sangre estaba demasiado reseca para ser útil o la persona que la donó estaba muerta. Me daba la horrible sensación de que el hechizo no fallaba por culpa de los efectos del aire invernal.

Típico. Nada era simple cuando Marcone estaba involucrado.

El caballero Johnnie Marcone, barón de los ladrones de las calles de Chicago e indiscutible señor del submundo criminal. Aunque estuvo siempre bajo sitio legal, sus bastiones de papeleo defendidos por legiones de abogados nunca fueron conquistados y su base de poder creció a un ritmo lento y uniforme. Podrían haber puesto un mayor empeño en derrocarlo, pero lo más descorazonador del asunto era que el estilo de mando de Marcone suponía una mejor alternativa que las otras posibles. Recuperó la palabra civil de la expresión «ofensa civil», recortando de manera drástica y por igual la violencia contra los civiles y las fuerzas del orden. Aquello no convertía su labor en algo menos feo, si acaso la hacía más limpia, pero por lo que respectaba a las autoridades de la ciudad, las cosas podían ir mucho peor.

Por supuesto, las autoridades no sabían que en realidad estaban yendo a peor. Marcone había empezado a expandir su base de poder también al mundo sobrenatural tras firmar los Acuerdos Unseelie como señor independiente. Aquello le convertía, a ojos de las autoridades del mundo sobrenatural, en una especie de pequeño estado neutral, un poder reconocible, y no me cabía duda de que había comenzado a usar aquel nuevo poder para hacer lo que siempre hacía: crear más.

Todo aquello fue hecho posible gracias a Harry Dresden. Lo más mortificante de toda la situación era que Marcone suponía la opción menos malvada de las disponibles en aquel momento.

Levanté la vista del círculo que acababa de dibujar con tiza bajo una cornisa en el callejón y sacudí la cabeza.

—Lo siento. No capto nada. Tal vez la sangre esté demasiado seca o el donante esté muerto.

Murphy asintió.

—Estaré pendiente de las morgues entonces.

Rompí el círculo frotándolo con la mano y me incorporé.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Murphy.

—Claro.

—¿Por qué nunca usas pentagramas? Lo único que te he visto dibujar han sido círculos.

Me encogí de hombros.

—Cuestión de mala publicidad. Si vas por ahí dibujando estrellas de cinco puntas en este país, la gente empieza a gritar cosas sobre Satán. Incluidos los satánicos. Ya tengo bastantes problemas. Si necesito un pentagrama, me limito a imaginármelo.

—¿Puedes hacer eso?

—Casi toda la magia reside en tu cabeza. Usarla consiste en construir una imagen en tu mente y mantenerla en ella. En teoría se puede hacer sin tizas, símbolos ni nada de eso.

—¿Entonces por qué no lo haces así?

—Porque es un esfuerzo innecesario para conseguir idénticos resultados. —Escudriñé el cielo, del que seguía cayendo nieve—. Eres una poli y necesito un donut.

Soltó un bufido nasal y abandonamos el callejón.

—Demasiado estereotipado, Dresden.

—Los polis dan muchas vueltas en sus coches y no siempre controlan las horas, Murph. Muchas veces no pueden abandonar la escena de un crimen para ir a por comida, así que necesitan guardar alimentos que aguanten horas y horas en un coche sin perder el sabor ni estropearse. Los donuts son buenos para eso.

—Igual que las barritas de cereales.

—¿Rawlins también es masoquista?

Murphy me golpeó disimuladamente con el hombro en un brazo y me desequilibró un poco. Sonreí. Salimos a la calle casi vacía. Los bomberos estaban acabando el trabajo cuando llegamos y todos los camiones salvo uno se habían marchado ya. Una vez extinguidas las llamas, el espectáculo había terminado y ya no quedaban mirones. Solo unos pocos policías estaban a la vista, la mayoría dentro de sus coches.

—¿Qué te ha pasado entonces en la cara? —preguntó Murphy.

Se lo conté.

Ocultó una sonrisa.

—¿Los tres cabritillos broncos?

—Eh, son tipos duros, ¿vale? Matan trols.

—Una vez te vi matar a uno, no debe ser muy difícil.

No pude evitar sonreír.

—Conté con una pequeña ayuda.

Murphy sonrió igualmente.

—Otra broma de bajitos y te quedas sin rótula.

—Murphy —la reprendí—, la violencia gratuita no está a tu altura. Lo cual es mucho decir.

—Tú sigue, listillo. Seré más alta que tú cuando estés tirado en el suelo inconsciente.

—Tienes razón. Eso ha sido un golpe bajo. Trataré de permanecer por encima de esto.

Me mostró un puño apretado.

—Pum, Dresden. Te voy a mandar directo a la luna.

Llegamos al coche de Murphy. Rawlins estaba en el asiento del acompañante fingiendo que roncaba. No era de los que se quedaban dormidos.

—Entonces Verano ha ido a por ti —dijo Murphy—. ¿Crees que el ataque al edificio de Marcone está relacionado?

—Perdí la fe en las coincidencias.

—Entra —dijo—. Te llevaré a casa.

Sacudí la cabeza.

—Tal vez pueda hacer algo por aquí, pero necesito estar solo. Y un donut.

Murphy enarcó una de sus delicadas cejas oscuras y doradas.

—Ajá. Vale.

—No pienses guarradas y dame el maldito donut.

Murphy sacudió la cabeza y entró en el coche.

Me lanzó una bolsa de Dunkin' Donuts que reposaba en el salpicadero, delante de Rawlins.

—¡Eh! —protestó Rawlins sin abrir los ojos.

—Es por una buena causa —le dije al tiempo que se lo agradecía a Murphy con un gesto de cabeza—. Te llamaré cuando sepa algo.

Frunció el ceño.

—¿Seguro que quieres estar solo?

Le guiñé uno de mis ojos morados.

—Un mago debe hacer algunas cosas solo —dije.

Rawlins se tragó una risita disimulada.

No recibo respeto.

Se marcharon y me dejaron bajo la silenciosa nieve que caía en las amodorradas horas previas al amanecer. Había un par de equipos de bomberos y policías uniformados rondando, los últimos bloqueando la calle, aunque los bomberos no estaban ya encargándose de ningún fuego. El edificio estaba apagado y cubierto de una capa de hielo, pero supongo que siempre era posible que algo aguardara escondido en las paredes, preparado para atacar. Oí a uno decir que el equipo encargado de limpiar los escombros de la carretera estaba ayudando a una máquina quitanieves atascada y llegarían cuando pudieran.

Recorrí pesadamente una manzana y encontré un callejón despejado, donde entré con mi donut. Cavilé durante un momento que senda tomar para hacer aquello. Después de todo, mi relación con aquella fuente en particular había cambiado a lo largo de los años. La razón me indicaba que continuar con el procedimiento habitual

sería la mejor opción. El instinto me decía que la razón me había decepcionado en más de una ocasión y que de todas maneras no era un pensamiento a largo plazo.

Con los años, mis instintos y yo nos habíamos acomodado.

Así que, en lugar de molestarme con el simple sistema de anzuelo y trampa, junté los pies, extendí la mano derecha con la palma hacia arriba, puse el donut encima a modo de ofrenda y murmuré un Nombre.

Los Nombres, con N mayúscula, tienen poder. Si sabes el Nombre de algo, cuentas automáticamente con un conducto a través del cual acceder a ello y tocarlo a través de la magia. A veces puede ser bastante mala idea. Si dices el nombre de una gran entidad espiritual maligna puede que la toques, claro, pero también ella puede tocarte a ti, y los peces gordos mágicos suelen emplear mayor dureza que cualquier mortal. Decir el Nombre de semejantes seres puede costarte el alma.

Pero el Más Allá es un lugar grande y no es por mezclar metáforas, pero hay muchos peces en el mar. Existen literalmente innumerables seres de mucha menor significancia metafísica y no resulta enormemente difícil hacer que uno de ellos te obedezca con solo invocar su Nombre.

La gente también tiene Nombres, o algo parecido. Los mortales tienen la molesta costumbre de reafirmar constantemente su identidad personal, sus valores y sus creencias. Por semejante motivo, usar el nombre de un mortal contra él es un asunto muy delicado.

Conozco varios Nombres. Invoqué aquel en concreto con toda la suavidad y amabilidad de la que fui capaz, quería ser educado.

No tardó demasiado, tal vez repetí una docena de veces el Nombre antes de que apareciera la entidad que invocaba. Un globo de luz azul del tamaño de una pelota de baloncesto surgió entre los copos de nieve sobre mi cabeza y vino disparado hacia mi cara cruzando el callejón.

Permanecí impassible mientras se acercaba. Incluso cuando se trata de invocaciones relativamente menores, no es aconsejable dejar que te vean amedrentado.

El globo se detuvo en seco a treinta centímetros del donut. Distinguí el contorno luminoso de la diminuta forma humanoide en su interior. Diminuta, sí, pero no tanto como la última vez que la había visto. Demonios, en nuestro anterior encuentro su tamaño era la mitad.

—Tut-tut —dije al tiempo que saludaba al hada con un gesto de cabeza.

Tut se cuadró, alerta.

—¡Mi señor!

El hada era un joven delgado y atlético vestido con una armadura hecha de basura reciclada. Se había fabricado el casco con la tapa de una botella de tres litros de Coca-Cola y varios mechones de su fino cabello lila le asomaban por el borde.

Llevaba una coraza hecha de lo que parecía una botella cuidadosamente remodelada de Pepto-Bismol y un cúter enfundado en un plástico naranja anudado a una banda de goma sobre el hombro. Unas letras toscas en el cúter, escritas en lo que parecía esmalte negro de uñas, proclamaban «¡Pizza o muerte!». Además, portaba en el costado un clavo largo con la base cuidadosamente envuelta en capas de cinta adhesiva e insertado en la carcasa de plástico hexagonal de un bolígrafo. Las botas se las debía de haber birlado a un muñeco Ken o tal vez a un viejo G.I. Joe.

—Has crecido —dije en un tono campechano.

—Sí, mi señor —ladró Tut-tut.

Arqueé una ceja.

—¿Ese es el cúter que te di?

—¡Sí, mi señor! —chilló—. ¡Es mi cúter! ¡Son muchos, pero este es el mío! — Me di cuenta de que estaba imitando al sargento de instrucción de *La chaqueta metálica*, si bien las palabras de Tut no eran muy precisas que digamos. Frené la sonrisa que luchaba por asomarse a mi rostro. Parecía que se lo estaba tomando en serio y no quería destrozar sus diminutos sentimientos.

Qué demonios, le seguiría el juego.

—Descansa, soldado.

—¡Mi señor! —dijo. Saludó golpeándose la frente con el dorso de la mano y acto seguido revoloteó alrededor del donut mirándolo con intensidad—. Es un donut — afirmó en una voz mucho más parecida a la suya habitual—. ¿Es mi donut, Harry?

—Podría serlo —dijo—. Te lo ofrezco como pago.

Tut se encogió de hombros, fingiendo desinterés, pero las alas de libélula del hada zumbaron por la excitación.

—¿Por qué?

—Información —dije. Señalé con la mano el edificio derruido—. Hace unas horas ha tenido lugar un importante trabajo con sellos en y alrededor de este edificio. Necesito conocer cualquier detalle que la gente pequeña sepa sobre lo que ha ocurrido. —Un poco de peloteo nunca hace daño—. Y cuando necesito información de la gente pequeña, sé que tú eres el mejor, Tut.

La coraza de Pepto se le infló de puro orgullo.

—Mucha de mi gente está en deuda contigo por haberlos liberado de los cazadores pálidos, Harry. Algunos de ellos se han unido a la guardia del señor de las pizzas.

El señor de las pizzas era el título que algunos miembros de la gente pequeña me habían adjudicado, más que nada porque les suministraba un soborno semanal de pizza. La mayoría de la gente no lo sabe, ni siquiera en mis círculos, pero la gente pequeña está por todas partes y ven más de lo que nadie supone. Mi política de buena voluntad a base de mozzarella me había asegurado el cariño de muchos de los

lugareños. Cuando le exigí a un aliado eventual que liberara a varias decenas de ellos que habían sido capturados, escalé más si cabe en su estimación colectiva.

Aun así, la guardia del señor de las pizzas era algo nuevo para mí.

—¿Tengo una guardia? —pregunté.

Tut sacó pecho.

—¡Por supuesto! ¿Quién crees que impide a la temible bestia Míster matar a las hadas cuando van a limpiar tu apartamento? ¡Nosotros! ¿Quién mantiene a raya a los ratones, las ratas y las feas y grandes arañas que podrían trepar a tu cama y morderte los dedos de los pies? ¡Nosotros! ¡No temas, señor de las pizzas! ¡Ni la más malvada de las ratas ni el más listo de los insectos perturbara tu hogar mientras nos quede aliento!

No me había dado cuenta de que además de un servicio de limpieza tenía también otro de exterminadores. Algo muy útil, por otra parte, si me paraba a pensarlo. Había cosas en mi laboratorio a las que no les vendría nada bien la acción de los roedores.

—Sublime —le dije—. ¿Quieres el donut o no?

Tut-tut ni siquiera respondió. Salió disparado por el callejón como un farolillo de papel a la huida, tan rápido que dejó en el aire una estela espiral de nieve.

En términos generales, las hadas hacen las cosas a toda prisa. Cuando quieren, claro. Aun así, apenas me dio tiempo a tararear un poco de *When you wish upon a star* antes de que Tut-tut regresara. Los bordes de la esfera de luz a su alrededor habían cambiado de color, tomando ahora un vívido tono rojo escarlata.

—¡Corre! —seseó Tut-tut sin dejar de cruzar el callejón—. ¡Corre, mi señor!

Parpadeé. De todas las cosas que esperaba oír al regreso de la pequeña hada, aquella no estaba en la lista.

—¡Corre! —chillaba dando vueltas alrededor de mi cabeza, presa del pánico.

Tut-tut se arrojó contra mí y me empujó con todas sus fuerzas haciendo presión en mi frente con un hombro. Era más fuerte de lo que parecía, tuve que dar un paso atrás para no perder el equilibrio. Por experiencia, sabía que la pequeña hada era tan ignorante como inocente respecto al concepto de peligro. Cuando había comida mortal cerca, el peligro siempre le había resbalado bastante.

En mitad del silencio de la noche nevada, oí un sonido procedente del otro extremo del callejón.

Pasos, quedos y lentos.

Una voz temblorosa y asustada dentro de mi cabeza me instó a escuchar a Tut. Sentí que el corazón se me aceleraba cuando me volví para echar a correr en la dirección que me indicaba.

Salí del callejón y doblé a la izquierda, Mi velocidad se veía mermada por la profundidad de la nieve. Había una comisaría de policía a dos o tres manzanas de allí. Habría luces y gente en los alrededores y es probable que sirviera de elemento

disuasorio para lo que fuera que iba en mi persecución. Tut volaba a mi lado, sobre mi hombro, y se había sacado un pequeño silbato deportivo. Comenzó a pitar a un ritmo acusado y vi aparecer media docena de esferas de luz de varios colores entre la nieve nocturna, todas más pequeñas que la de Tut. Las esferas se fueron alineando paralelas a nuestro curso.

Corrí una manzana, luego otra, sin parar. Era consciente de que me seguían. La sensación era perturbadora, una especie de cosquilleo que me subía por el cuello, y estuve seguro de que había atraído la atención de algo verdaderamente terrible. El nivel de mis miedos aumentó de manera exponencial tras darme cuenta de aquello. Corrí con todas mis ganas.

Giré a la derecha y vi el edificio de la comisaría de policía, su exterior iluminado por la promesa de la seguridad, las bombillas irradiando sus halos entre la nieve que caía.

Entonces el viento hizo acto de presencia y el mundo entero se congeló y se tornó blanco. No veía nada, ni siquiera mis propios pies en su trabajoso discurrir por la nieve, ni la mano con la que trataba de cubrirme la cara. Resbalé y caí, aunque enseguida me puse de pie presa del pánico, seguro de que si mi perseguidor me atrapaba en el suelo, ya no volvería a levantarme.

Me golpeé el hombro contra una farola y me tambaleé unos pasos hacia atrás. No sabía en qué dirección iba en mitad de aquella tempestad. ¿Me habría caído en medio de la carretera sin darme cuenta? No era probable que hubiera coches en movimiento con la que estaba cayendo, pero con que avanzara uno solo, aunque fuera lentamente, jamás lo vería a tiempo de apartarme de su camino. Tampoco oiría el claxon.

La nieve caía con tal intensidad que me costaba respirar. Tomé una dirección que parecía ser la correcta para llegar a la comisaría de policía y apreté el paso. A unos pocos metros, al extender la mano, me topé con un edificio. Lo usé como guía, apoyándome contra la sólida pared. Aquello funcionó bien durante unos seis o siete metros, hasta que el muro desapareció y caí de lado en un callejón.

El aullante viento amainó y la repentina quietud a mi alrededor fue una sorpresa para mis sentidos. Me incorporé para ponerme a gatas y miré a mi espalda. La cortina de nieve todavía se arremolinaba en la calle, espesa, blanca e impenetrable, como una pared surgida de la nada. La nieve apenas se elevaba unos centímetros en el callejón y, salvo por el distante quejido del viento, reinaba el silencio.

En aquel instante me di cuenta de que no era un silencio vacío.

No estaba solo.

La brillante nieve del suelo del callejón se fusionaba a la perfección con el blanco resplandeciente del vestido, teñido aquí y allá de vetas de azul o verde glacial. Alcé los ojos.

Lucía aquel atuendo con una elegancia sobrehumana, el tejido se ondulaba

deleitándose en la perfección femenina. Su cuerpo era el equilibrio perfecto entre curvas y planicies, belleza y fuerza. El vestido era de corte bajo y dejaba los hombros y los brazos al descubierto; la blancura de su piel hacía que la nieve en comparación pareciese pálida. Unos colores brillantes parpadeaban en sus muñecas, garganta y dedos, cambiando constantemente, siguiendo un ciclo fluctuante entre el azul profundo y las diversas iridiscencias verdes y violetas. Sus uñas brillaban con aquellos mismos tonos increíblemente tornadizos.

Sobre su cabeza había un círculo de hielo, elegante y complejo, como si hubiera sido formado por un solo copo de nieve cristalina. El largo cabello descendía hasta debajo de sus caderas, largo, sedoso y tan blanco que se fundía con el vestido y la nieve. Sus labios, sus magníficos y sensuales labios, eran del color de las frambuesas congeladas.

Ante mí tenía la representación de la belleza que ha inspirado a los artistas durante siglos, la belleza inmortal que rara vez se imagina y mucho menos se ve en el mundo real. Una belleza como la suya debería haberme hecho perder el sentido de pura alegría, hacerme llorar, dar gracias al Todopoderoso por permitirme contemplarla, dejarme sin aliento y desbocarme el corazón.

No fue así.

Me aterrorizó.

Me aterrorizó porque también le vi los ojos. Rasgados, felinos, de pupilas verticales como las de un gato. Cambiaban de color a la par que sus gemas o, lo que era más probable, las gemas cambiaban de color al son de sus ojos. Y aunque eran preciosos hasta límites más allá de los conocidos por la mortalidad, también eran fríos, inhumanos, llenos de inteligencia y deseo, pero carentes de compasión o pena.

Conocía aquellos ojos. La conocía a ella.

Si el miedo no hubiera despojado a mis miembros de toda su fuerza, habría echado a correr.

Una segunda figura apareció tras ella desde la oscuridad y merodeó a su alrededor como un sirviente. Se asemejaba a un gato, si es que un gato doméstico podía ser tan grande. No distinguí el color de su pelaje, pero el verde dorado de sus ojos reflejaba una fría luz azul esplendorosa y espeluznante.

—Deberías inclinarte, mortal —maulló la figura felina. Su voz era horripilante, sometida a extrañas cadencias al tratar de producir sonidos humanos desde una garganta inhumana—. Inclínate ante Mab, la reina del Aire y la Oscuridad. Inclínate ante la reina de las hadas Unseelie, la reina de la Corte de Invierno de los sidhe.

6

Apreté los dientes e intenté soltar una salva de comentarios sarcásticos. No pudo ser. Estaba demasiado asustado. Y con razón.

Piensen en todas las villanas de todos los cuentos de hadas que han leído o les han contado, en las brujas malvadas, las reinas malignas o las hechiceras locas. Piensen en las tentadoras sirenas, las ogras hambrientas y las bestias salvajes. Piensen en ellas y recuerden que en algún momento y lugar fueron reales.

Eran meras aprendices de Mab.

Demonios, no me sorprendería que hubiera inventado un proceso de certificación, solo para asegurarse de que daban la talla.

Mab era la regente de la mitad del reino de las hadas, aquellas zonas del Más Allá —el mundo espiritual— más cercanas al nuestro, y era universalmente respetada y temida. La había contemplado con la claridad nada compasiva de mi vista de mago y sabía —no solo lo sospechaba, sino que lo sabía a ciencia cierta— qué clase de criatura era exactamente.

Una mujer jodidamente aterradora, eso era. Tanto que no se me ocurría ningún comentario para hacerme el listillo. Y eso a mí nunca me pasa.

No podía hablar, pero sí moverme. Me obligué a ponerme de pie. Temblaba de frío y miedo, pero me enfrenté a la reina de las hadas y alcé la barbilla. Una vez hecho aquello, sabiendo dónde estaba mi columna vertebral la pude usar como punto de referencia para encontrar mi laringe. La voz me salió ronca y torpe a causa de la aprensión.

—¿Qué quieres de mí?

Las comisuras de la boca de Mab se retorcieron en la más pequeña de las sonrisas. Ladeó la cabeza y el felino habló de nuevo.

—Quiero que me hagas un favor.

Miré confuso a la reina y a la tenue figura felina tras ella.

—¿Ese de ahí atrás es Grimalkin?

Los ojos de la figura felina centellearon.

—Ciertamente —dijo Grimalkin—. El servidor a mi espalda lleva ese nombre.

Parpadeé un momento, la confusión le restó algo de poderío a mi miedo.

—¿A tu espalda? No hay nadie detrás de ti, Grimalkin.

La expresión de Mab se tornó ofuscada, sus labios se comprimieron en una fina línea. Cuando Grimalkin habló, su voz era consecuente con su expresión.

—El servidor será mi voz de ahora en adelante, mago. Y nada más.

—Ah —dije. Mis ojos se pasearon entre uno y otro y la curiosidad aprovechó para atacar a traición a mi miedo mientras la confusión lo tenía distraído. Noté que mis manos habían dejado de temblar.

—¿Por qué iba la reina del Aire y la Oscuridad a necesitar de un intérprete?

Mab levantó la barbilla ligeramente en un gesto de orgullo y otra pequeña sonrisa torció su boca.

—Ya estás en deuda conmigo —dijo por ella la espeluznante voz subrogada—. Si deseas una respuesta a esa pregunta, incurrirías en nuevas obligaciones. No creo en la caridad.

—Vaya sorpresa —murmuré por lo bajo. Uf, menos mal, mi glándula de sarcasmo no estaba necrótica—. Pero no has pillado el sentido de mi pregunta, creo. ¿Por qué necesitaría Mab de algo así? Es un ser inmortal, un semidiós.

Mab abrió la boca cuando habló Grimalkin:

—Ah. Lo capto. Dudas de mi identidad. —Eché un poco la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, y una espantosa risita salió de su servidor—. Igual que en nuestro primer encuentro.

Fruncí el ceño. Así fue. La primera vez que Mab entró en mi despacho disfrazada de mortal, noté que algo no cuadraba y acabé descubriendo quién era realmente. Por lo que yo sabía, nadie más sabía de aquel encuentro.

—Tal vez te interese recordar viejos tiempos —maulló la voz. Mab me guiñó un ojo.

Mierda. Hizo eso mismo la última vez que me topé con ella. Y de nuevo, solo ella y yo estábamos allí. Me había dejado llevar por la esperanza de que fuera una falsa Mab. Era la de verdad.

La reina de Invierno me enseñó los dientes.

—Me debías tres favores —dijo Mab, o lo que fuera—. Quedan dos. Estoy aquí para crearte la oportunidad de restar otro de nuestro libro de cuentas.

—Ajá —dije—. ¿Cómo vas a hacer eso?

Su sonrisa se ensanchó, dejando al descubierto sus caninos, delicadamente afilados.

—Voy a ayudarte.

Vale.

Aquello no podía ser bueno.

Traté de mantener la voz tranquila y calmada.

—¿Qué quieres decir?

—Aguarda. —Mab hizo un movimiento con la mano derecha y la capa de nieve en el suelo se convulsionó y se revolvió hasta levantarse y adoptar la forma de un edificio de unos cuarenta centímetros de alto. Era como ver un castillo de arena fundirse, pero a la inversa.

Reconocí el edificio.

—¿Es eso...?

—El edificio que la mujer caballero te pidió que examinaras —confirmó la voz

subrogada de Mab. Es increíble a lo que te acostumbras si tu dosis diaria de sucesos extraños es lo bastante alta—. Tal como era antes del trabajo que lo hizo pedazos.

Otras figuras comenzaron a aparecer en la nieve. Varios modelos de coches desconcertantemente detallados, el típico tráfico de Chicago, rodaron junto al edificio hasta que uno de ellos, un lujoso coche de ciudad, giró en el callejón del lateral del edificio, el mismo que yo mismo había atravesado apenas una hora antes. Tuve que avanzar un par de pasos para seguir su recorrido y ver dónde se detenía. La puerta del coche de nieve se abrió y unas figuras humanas del tamaño de unos muñecos de juguete de *La guerra de las galaxias* salieron a toda prisa del vehículo.

Los reconocí. El primero era un musculoso matón carente de cuello llamado Hendricks, el guardaespaldas y ejecutor personal de Marcone. Su madre era un oso Kodiak y su padre un tanque Abrams. Salió del coche y volvió a meter el brazo dentro para sacar una ametralladora ligera que a partir de entonces portó en una mano.

Mientras, una mujer emergió del otro lado del coche. Hendricks la hacía parecer pequeña, pero Gard era alta, mediría alrededor de metro ochenta. Llevaba un elegante traje de negocios bajo un largo abrigo. Ante mis ojos, abrió el maletero y extrajo de él una espada ancha y un escudo de metal de unos sesenta centímetros de ancho. Deslizó la mano por la superficie del escudo y lo cubrió rápidamente con un trozo de tela que parecía confeccionado para tal fin.

Ambos se movían a un compás tenso, preciso y profesional.

El tercer hombre que salió del coche era el propio Marcone, un hombre de estatura y complexión mediana ataviado con un traje que costaba más que mi coche. Parecía tan relajado y sereno como siempre. Marcone era escoria, un criminal, pero al César lo que es del César: tenía unas pelotas que le arrastraban por el suelo.

Marcone giró la cabeza bruscamente hacia el callejón por el que habían venido, aunque ni Hendricks ni Gard reaccionaron de la misma manera. Sacó una pistola a tal velocidad que casi pareció cosa de magia, y pequeñas motas de nieve salieron disparadas del cañón del arma esculpida en nieve.

Hendricks y su ametralladora reaccionaron de inmediato y otra serie de diminutas chispas de luz azul resplandecieron en el callejón representando el rastro del fuego. Gard colocó su escudo y su cuerpo entre Marcone y lo que fuera que había en el callejón. Los dos entraron a toda prisa por una puerta lateral del edificio que fue destruida en el derrumbe. Hendricks les siguió, sin dejar de disparar ráfagas de ametralladora hacia el callejón. El gigantón también acabó desapareciendo en el interior del edificio.

—Demonios —susurré—. ¿Marcone estaba dentro?

Mab movió la mano como dando un mandoble en el aire y dos terceras partes del pequeño edificio de nieve se desintegraron por el efecto de un vendaval en miniatura.

Permaneció la imagen cortada del interior del edificio. Marccone y sus guardaespaldas se desplazaban por él como ratas en un laberinto. Descendieron corriendo por unas escaleras. Abajo, Marccone pulsó una especie de teclado con varios movimientos precisos y luego miró hacia arriba.

Unas pesadas láminas de lo que parecía acero cayeron simultáneamente de las partes superior e inferior de las escaleras; hasta oí un estruendoso *pum*. Gard extendió un brazo, tocó el centro de la puerta más cercana y se produjo un resplandor de luz tan brillante que me provocó puntitos danzarines en los ojos. Entonces corrieron a toda prisa por un corto pasillo hasta llegar a otro teclado y repitieron el proceso. Más puertas, más resplandores de luz.

—Se están encerrando... —murmuré ceñudo. Entonces lo pillé—. Magia de protección. Puertas. Es una habitación del pánico. Se construyó una habitación del pánico.

Grimalkin emitió un sonido bajo y vago que tomé como un murmullo de asentimiento.

Mi propio apartamento disponía de un sistema similar de protección que podía invocar si era absolutamente necesario. Sin embargo, estaba claro que mi sistema era más propio del mago Merlín que de James Bond. No tuve más remedio que preguntarme qué había amilanado tanto a Marccone como para verse obligado a meterse en un agujero tan profundo.

Entonces Gard giró la cabeza hacia arriba con violencia y miró directamente hacia donde estaba Mab, como si la pequeña escultura de nieve fuera capaz de ver la titánica figura de la reina de Invierno observándola desde las alturas. Gard se metió la mano en el bolsillo del traje, sacó lo que parecía una esbelta caja de madera de esas en las que a veces vienen los juegos caros de plumas estilográficas y extrajo de ella una pequeña placa rectangular de alguna clase. La levantó, encarando a Mab, y rompió la pequeña placa con los dedos.

Toda la escultura de nieve se derrumbó y desapareció.

—Descubrieron la cámara oculta —murmuré.

—Dentro de sus límites, «la que elige» tiene recursos y es inteligente —respondió Mab—. El barón fue sabio al adquirir sus servicios.

Levanté la vista hacia Mab.

—¿Qué ocurrió?

—La vista mágica se nubló durante unos momentos. Luego sucedió esto.

Con otro movimiento de su mano, el edificio se volvió a formar, pero esta vez unas nubecillas de escarcha simulaban el denso humo a su alrededor y ocultaban muchos detalles. De hecho, la imagen al completo tenía un aspecto brumoso, granulado, como si Mab hubiera decidido formarla con copos de nieve más grandes de la cuenta para ilustrar mejor los detalles.

Incluso así, reconocí a Marccone cuando salió tambaleándose por la puerta principal del edificio. Varias figuras le seguían y lo acabaron rodeando. Apareció una furgoneta de aspecto convencional, se abrieron las puertas y las inidentificables figuras lo introdujeron en el vehículo y desaparecieron.

En cuanto la furgoneta se alejó, el edificio tembló y se acabó derrumbando para convertirse en el desastre ruinoso que me había encontrado un rato antes.

—Te he elegido para ser mi emisario —me dijo Mab—. Pagarás un favor debido. Encontrarás al barón.

—Y una mierda —dije antes de que a mi cerebro le diera tiempo a sopesar el sentimiento.

Mab soltó una risita baja y grave.

—Lo harás, joven mago. Si deseas sobrevivir, no te queda elección.

La rabia afloró en mi pecho y apartó de un empujón a mi cerebro de camino a la boca.

—Ese no era nuestro acuerdo —espeté—. Nuestro trato estipulaba que yo elegiría qué favores devolvería y tú no me coaccionarías.

Las frambuesas congeladas que Mab tenía por labios se abrieron en un grito silencioso y el mundo se convirtió en un manto de blanca agonía que se concentró en mis ojos. Nunca había sentido semejante dolor. Me caí, pero no tuve la suerte de golpearme la cabeza y quedar inconsciente. No podía moverme. No podía respirar ni gritar.

Entonces noté una presencia gélida a mi lado. Algo muy suave y muy frío me tocó la oreja. Reconocí la sensación desde los confines de mi dolor. Eran labios. Los labios de Mab. La reina del Aire y la Oscuridad endosó una suave hilera de besos en el contorno de mi oreja, se metió el lóbulo en la boca y lo chupó suavemente.

En la otra oreja, la voz de Grimalkin, un bajo susurro tenso y hambriento, se dirigió a mí:

—Grosero mortal. Sea cual sea tu pasado o tu futuro, recuerda esto: soy Mab y mantengo mis promesas. Si vuelves a cuestionar mi palabra, simio, acabaré congelando el agua de tus ojos.

El dolor remitió hacia algo cercano a una tortura estándar y apreté los dientes con fuerza para sofocar un grito. Había recuperado la movilidad. Me aparté de ella a rastras hasta dar con una pared. Me cubrí los ojos con las manos y sentí que mis pestañas congeladas comenzaban a quebrarse.

Me quedé allí sentado un momento luchando por controlar el dolor y mi visión se tornó blanca, luego roja y finalmente negra. Abrí los ojos. Apenas podía enfocarlos. Sentí algo húmedo en la cara y lo toqué con el dedo. Mis lágrimas estaban ensangrentadas.

—No te he coaccionado, ni he mandado a ninguno de mis agentes para hacerlo —

continuó Mab, como si nuestra conversación no se hubiera interrumpido en ningún momento—. Sin embargo, si tu deseo es sobrevivir, has de servirme. Te aseguro que los agentes de Verano no descansarán hasta verte muerto.

La miré fijamente durante un segundo, todavía medio atontado por el dolor y de nuevo profunda, sincera y sabiamente asustado.

—Es solo otro episodio de la contienda entre tú y Titania.

—Cuando una Corte se mueve, la otra se ve forzada a hacerlo también —dijo Mab.

—¿Titania quiere muerto a Marcone? —croé.

—Dicho de manera simple —contestó—. Y su emisario continuará intentando darte muerte. Solo encontrando al barón y salvando su vida preservarás la tuya. —Hizo una pausa—. A menos...

—¿A menos?

—A menos que accedas a tomar el manto del caballero del Invierno —dijo Mab, sonriendo—. Si lo hicieras, me vería obligado a elegir otro emisario y tu involucración en este asunto terminaría.

Dejó caer los párpados, sensualmente somnolientos, y su voz subrogada se tornó líquida, embriagadora, como una caricia.

—Como mi caballero, conocerías un poder y un placer que pocos hombres han saboreado.

El caballero del Invierno. El campeón mortal de la Corte de Invierno. La última vez que vi al anterior titular de aquel puesto, estaba crucificado a un árbol congelado y atado a él con una especie de cuerdas de hielo. Era torturado hasta el borde de la muerte para luego ser sanado y, una vez en mejor estado, de nuevo volver a empezar el proceso. Perdió la cordura en algún momento del ciclo. No es que fuera un tipo agradable cuando lo conocí, pero ningún ser humano debería padecer algo semejante.

—No —dije—. No quiero acabar como Lloyd Slate.

—Sufre por tu indecisión —dijo—. Continuará con vida hasta que tú tomes su manto. Acepta mi oferta, niño mago. Libéralo. Conserva tu vida. Paladea un poder diferente a todo lo que has conocido. —Sus ojos parecieron crecer, desprender luz, y su segunda voz era un narcótico, una promesa—. Puedo enseñarte mucho.

Una persona decente hubiera rechazado la oferta inmediatamente.

Yo no siempre lo soy.

Podría dar algunas excusas, por si valen. Podría decir que soy huérfano desde los seis años. Que mi padre adoptivo, el que me acabó educando, me sometió a más formas de abuso psicológico o físico de las imaginables. Podría decir que he estado durante toda mi vida adulta sometido a la injusta desconfianza del Consejo Blanco, cuyos principios e ideales he defendido siempre lo mejor que he podido. Tal vez podría decir que he visto a demasiada gente buena sufrir daños que no merecían o que

mi indeleble vista de mago ha sido testigo de muchas cosas crueles. Podría decir que he sido capturado y maltratado por las criaturas de la noche y que no me he recuperado del todo de las secuelas. Podría decir que no he mojado en mucho tiempo.

Y todo eso sería verdad.

Sin embargo, el hecho es que simplemente hay una parte de mí que no es tan agradable, que se activa al destrozar a mis enemigos con mi poder y se cansa de recibir un maltrato inmerecido. Hay una pequeña voz en mi cabeza que a veces quiere mandar a paseo las reglas, dejar de intentar ser responsable y simplemente coger lo que deseo.

Y durante un minuto, me pregunté qué pasaría si aceptara la oferta de Mab. La vida entre los sidhe sería... intensa. En todos los sentidos que puede imaginar un mortal. ¿Cómo sería vivir en una casa? Demonios, es probable que una grande, si no un castillo. Dinero. Duchas calientes todos los días. Cada comida un festín. Podría permitirme la ropa que quisiera, los coches que me apetieseran. Tal vez viajar un poco, ver lugares que siempre había querido visitar; Hawái, Italia, Australia. Podría aprender a navegar, como siempre quise.

Mujeres, oh, sí. Chicas preciosas, inhumanamente bellas, criaturas sensuales como la que tenía ante mí. El caballero del Invierno tenía estatus y poder, y eso causa si cabe un mayor efecto afrodisíaco en las hadas que en los mortales.

Podría tener... casi cualquier cosa.

Solo me costaría el alma.

Y no, no hablo de nada mágico ni metafísico. Me refiero al núcleo de mi identidad, a lo que hace a Harry Dresden quién y qué es. Si perdiera eso, las cosas que me definen, ¿entonces que quedaría?

Una serie de procesos corporales... y arrepentimiento.

Lo sabía. Pero de todas maneras, el roce de los gélidos labios de Mab en mi oreja permaneció fresco, enviando agradables ondas de sensación a través de mí cuando respiraba. Fue suficiente para hacerme dudar.

—No, Mab —dije al fin—. No quiero el trabajo.

Estudió mi rostro con una mirada tranquila pero intensa.

—Mentiroso —dijo en voz baja—. Lo quieres. Puedo verlo.

Rechiné los dientes.

—La parte de mí que lo quiere no tiene voz ni voto —dije—. No voy a aceptar el trabajo. Punto.

Ladeó la cabeza hacia un lado y me miró fijamente.

—Un día, mago, te arrodillarás a mis pies y me pedirás que te conceda el manto.

—Pero no será hoy.

—No —dijo Mab—. Hoy me vas a devolver un favor. Tal como te he dicho que harías.

No quería pensar demasiado en ello ni tampoco quería discutir abiertamente con ella. Así que en vez de eso, señalé con la cabeza la nieve removida donde las esculturas habían representado su función.

—¿Quién capturó a Marcone?

—No lo sé. Es la razón por la que te escogí, emisario. Tienes un don para encontrar lo perdido.

—Si quieres que haga esto por ti, voy a necesitar hacerte algunas preguntas — dije.

Mab miró hacia arriba, como si consultara las estrellas a través de la nieve que caía.

—Tiempo, tiempo, tiempo. ¿Nunca llegará a su fin? —Sacudió la cabeza—. Niño mago, ya casi ha transcurrido la hora. Tengo deberes que atender, igual que tú. Deberías levantarte y abandonar este lugar de inmediato.

—¿Por qué? —pregunté cauteloso. Me puse en pie.

—Porque cuando tu pequeño secuaz te advirtió de un peligro, no se refería a mí.

El viento tempestuoso y el manto blanco de nieve sibilante cesaron en la calle exterior al callejón. En el otro extremo de la calle, dos hombres con largos abrigos y grandes sombreros Stetson encaraban el callejón. Sentí el repentino peso de su atención y me dio la impresión de que se sorprendieron al verme.

Me giré para hablarle a Mab, pero ya no estaba. Grimalkin tampoco, ambos habían desaparecido sin dejar rastro ni emitir un mero susurro de poder que les delatara.

Me volví hacia la calle a tiempo de ver a las dos figuras comenzar a moverse hacia mí dando largas zancadas desde la acera. Ambos eran altos, casi tanto como yo, y de complexión corpulenta. La nevada no había amainado y la calle era un panel liso de nieve sin romper.

Sus pies dejaban hondas huellas en ella.

—Mierda —escupí, y huí por el estrecho y vacío callejón.

A la señal de mi retirada, los dos hombres echaron la cabeza hacia atrás y emitieron unos gritos estridentes, similares a balidos. Al hacerlo se les cayeron los sombreros, revelando sus rostros de cabra y los cuernos enroscados propios de los broncos. Aquellos tipos eran más grandes que la primera partida atacante; más grandes, más fuertes y más rápidos.

Y a medida que me iban recortando las distancias, noté algo más.

Ambos habían sacado sendas metralletas de debajo de sus abrigos.

—¡Oh, vamos! —Me quejé mientras corría—. Eso no es justo.

Empezaron a dispararme, lo cual era una mala noticia. Mago o no, una bala en la cabeza desparramaría por el suelo mis sesos igual que los de cualquiera. La verdadera mala noticia era que no estaban disparando a cualquier parte. Incluso con un arma automática, no es fácil alcanzar a un objetivo en movimiento y el viejo truco de disparar a lo loco funcionaba a base de pura suerte disfrazada de ley de la probabilidad; si disparas lo suficiente, tarde o temprano le darás a tu objetivo. O no.

Pero los broncos disparaban como profesionales. Su fuego era a base de cortas y pequeñas ráfagas, a pesar de que les afectaba el hecho de estar moviéndose mientras lo hacían.

Sentí algo en mi espalda, a la izquierda de la columna vertebral, un impacto similar a que me pegaran con un nudillo. Fue una sensación aguda y desagradable y el modo en el que mi equilibrio vaciló se debió más a la sorpresa que a la verdadera fuerza del impacto. Seguí corriendo, agachando la cabeza todo lo posible, encogiendo los hombros. Las magias defensivas entretejidas en mi abrigo podían detener, como era evidente, las balas que usaban los broncos, pero eso no significaba que el desafortunado rebote de una de ellas me alcanzara desde un lado o por delante, sorteando el abrigo. Un disparo en las piernas, tobillos o pies me mataría igual que uno en la cabeza, solo que los broncos requerirían algo más de esfuerzo para acertar.

Cuando alguien está intentando matarte es difícil pensar. Los seres humanos no estamos programados para actuar con raciocinio y creatividad cuando sabemos que nuestras vidas están en peligro de sufrir un final rápido y violento. El cuerpo posee unas ideas muy claras respecto a las estrategias de supervivencia que prefiere adoptar, y estas se limitan generalmente a dos máximas: «haz pedazos la amenaza» o «corre como un cabrón». No hace falta pensar cuando los instintos se llevan todo el protagonismo.

No obstante, nuestros instintos fueron creados mucho tiempo atrás y las amenazas a las que nos sometemos ahora van a un ritmo distinto. No puedes correr más que una bala y no luchas mano a mano contra un pistolero a menos que estés seguro de estar a punto de morir de todas formas. Ni la velocidad ni la violencia descerebrada iban a

mantenerme con vida. Necesitaba buscar un modo de salir de aquel lío.

Sentí el impacto de otra bala en la parte baja de mi abrigo. El cuero endurecido por los hechizos la rechazó y el proyectil cayó al suelo como una roca. Bueno, una roca no hubiera sonado como una avispa enfadada. Tumbé un cubo de basura con la esperanza de hacer tropezar a los broncos y ganar algo de tiempo.

Eh, intenten ustedes que se les ocurra un plan de acción coherente y racional mientras corren por un callejón helado mientras unas criaturas salidas de un cuento de hadas les persiguen y no paran de escupirles balas a su espalda. Es bastante más difícil de lo que parece.

No me atreví a darme la vuelta para enfrentarme a ellos. Podría haber erigido un escudo para detener los disparos, pero pensé que una vez dejara de moverme aumentaría la posibilidad de que uno de ellos saltara sobre mí como un extra de una película de Kung Fu. Además, vendrían a por mí desde dos direcciones a la vez.

Por otra parte, si yo fuera ellos y me hubiera seguido hasta el callejón...

El traqueteo de los disparos cesó y me di cuenta de lo que estaba pasando.

Levanté el bastón al acercarme al extremo del callejón, lo extendí delante de mí y grité:

—¡Forzare!

La sincronización no fue perfecta. La fuerza invisible que liberé de la punta del bastón se precipitó hacia delante como un ariete invisible y alcanzó al tercer bronco justo cuando doblaba la esquina portando una enorme porra de madera de roble en las manos. No le dio de lleno. Si fuera así, le hubiera mandado muy lejos, pero el impacto se produjo en el costado derecho del cuerpo del matón. El bronco perdió la porra y empezó a dar vueltas sobre sí mismo como un borracho.

No sé mucho de cabras, pero sí algo de caballos, tras cuidar de los de mi mentor, Ebenezer McCoy, en su pequeña granja de Misuri. Sus cascos son terriblemente vulnerables, sobre todo si se tiene en cuenta el peso que cargan sobre una zona tan relativamente pequeña. Un centenar de pequeñas cosas pueden ir mal. La posibilidad de que los sorprendentemente frágiles huesecillos de la parte trasera del casco se fracturen o se rompan es una de ellas. Una lesión en la cuartilla o el menudillo puede dejar a un caballo cojo durante semanas, o incluso permanentemente.

Por eso, cuando pasé junto al bronco desequilibrado, cogí el bastón como si se tratara de un bate de beisbol y me fijé la parte trasera de uno de sus cascos como objetivo. Sentí el impacto en mis manos y oí un sonoro chasquido. El bronco soltó un agudo grito de sorpresa y dolor muy propio de una bestia y cayó al suelo. Pasé a su lado prácticamente volando, alargando la zancada, crucé la calle y me dirigí a la esquina más cercana antes de darles oportunidad a sus colegas de tener una línea de tiro clara.

Si te vas de caza, lo mejor es estar preparado y ser hábil a la hora de atrapar a tu

presa

Me agaché en la esquina siguiente tal vez medio segundo antes de que las armas detrás de mí eructaran de nuevo e hicieran saltar pedacitos de ladrillo de la pared. Había una puerta exterior de acero solo de salida, sin picaporte, en el lateral del edificio. No podría mantener mucho más tiempo la ventaja sobre los broncos, así que probé suerte. Me detuve y presioné la mano contra la puerta, esperando que tuviera una barra de empuje y no un candado.

Funcionó. Sentí la barra al otro lado y llegué hasta ella con mi voluntad.

—Forzare —murmuré, y dirigí la fuerza hacia el otro lado de la puerta. Se abrió. Entré y la cerré.

El edificio estaba oscuro, en silencio. El ambiente cálido era casi incómodo en contraste con la noche de fuera. Apoyé la cabeza en la puerta de metal durante un segundo, jadeante.

—Buena puerta —mascullé—. Buena puerta. Cerrada y hostil para las hadas.

Mi oído estaba en contacto con el acero y solo por esa razón oí movimiento al otro lado. Nieve aplastada.

Me quedé petrificado.

Oí un sonido rasposo y una respiración parecida a la de un caballo. Luego nada.

Tardé tres segundos en darme cuenta de que el bronco al otro lado de la puerta estaba haciendo lo mismo que yo: escuchar si había algo al otro lado.

No podía estar a más de doce centímetros de mí.

Y yo estaba en mitad de una absoluta oscuridad. Si algo iba mal y el bronco iba a por mí, ya podría olvidarme de correr. Sería incapaz de ver el suelo ni las paredes ni cualquier obstáculo en mi camino, como por ejemplo unas escaleras. O una montaña de cuchillas oxidadas.

No me atrevía a moverme. Aunque la puerta fuera de metal, si la munición de la metralleta era de cierto tipo, agujerearía el acero y luego a mí. Ni siquiera sabía qué otras armas llevaba el bronco encima. Una vez vi una demostración de cómo atravesar a alguien con una espada a través de una puerta y no fue muy agradable.

Así que me quedé muy quieto e intenté pensar sin perder la calma.

Fue entonces cuando recordé una escena de una de esas pelis protagonizadas por un loco enmascarado. En la secuencia inicial uno de los chicos se apoya contra la pared de un baño para escuchar, igual que hacía yo. El asesino, escondido en el baño de al lado, le clava un cuchillo en el oído.

Era un pensamiento inducido por el pánico, pero de repente tuve que combatir la necesidad de huir. Me comenzó a picar un montón la oreja. Si no hubiera sabido que la intención de los broncos era hacerme salir como a un conejo de su madriguera, no hubiera podido conservar la frialdad. Y por poco, pero lo conseguí.

Transcurrió el equivalente a semana y media hasta que volví a oír otra respiración

procedente de un pecho no humano y un par de rápidos y ligeros crujidos de cascos en la nieve.

Me aparté de la puerta tan silenciosamente como pude, temblando por el efecto de la adrenalina, la fatiga y el frío. Tenía que adelantarme a los pensamientos de aquellos gilipollas si quería salir de allí de una pieza. Mis particulares fantasmitas del Comecocos sabían que había entrado allí y no estaban dispuestos a renunciar a la persecución. Uno de ellos estaba vigilando la puerta por la que había entrado para asegurarse de que no volvía a salir por ella. Los otros dos daban vueltas al edificio buscando otra entrada.

Estaba bastante seguro de que no quería quedarme allí cuando la encontrarán.

Levanté el amuleto pentáculo que llevaba alrededor del cuello, murmuré e hice un pequeño esfuerzo de voluntad. El amuleto comenzó a brillar con una suave luz azul.

Me encontraba en un pasillo de suelo de cemento y paredes sin pintar. Había un par de puertas en el lado derecho y otra en el extremo opuesto. Las comprobé. La primera daba a una sala que contenía varias unidades industriales de calefacción y aire acondicionado, todas ellas vinculadas por un sistema de conductos. Nada que hacer allí.

La otra puerta tenía un candado. Me sentí un poco mal al hacerlo, pero levanté el bastón, me tomé un momento para cerrar los ojos y concentrarme y mandé otro pulso de energía por la longitud de madera con runas talladas, esta vez buscando pura fuerza bruta. Esta rebanó el pasador e hizo una muesca en la gruesa madera de la puerta. La cerradura cayó al suelo, el borde cortado limpiamente brillaba anaranjado.

La habitación al otro lado correspondía con casi total seguridad al taller del bedel del edificio. No era grande, pero estaba muy bien organizado. En él había una mesa de trabajo de madera, herramientas y varios suministros: bombillas, filtros para las unidades de la otra sala o piezas de repuesto para puertas, lavabos y retretes. Me serví de unas cuantas cosas y dejé mis dos últimos billetes de veinte en la mesa a modo de disculpa. Entonces salí al pasillo y seguí adentrándome en el edificio.

La siguiente puerta también estaba cerrada. La forcé con la palanca que había cogido del taller de herramientas. Hizo un poco de ruido.

Un grito grave sobrevino de la puerta de metal en el otro extremo. Algo la golpeó, si bien no lo bastante fuerte para derribarla, y al sonido del golpe le siguió un inmediato alarido de dolor. Saqué a relucir mis dientes en una sonrisa.

Mi puerta daba al vestíbulo de un edificio de oficinas muy frugal. Una luz parpadeaba en un panel con un teclado, junto a la puerta que acababa de forzar. Al parecer había activado el sistema de seguridad del edificio. Me venía bien. La comisaría de policía más cercana estaba solo a una manzana de allí y, con casi total seguridad, la aparición de las luces y los agentes de policía mortales haría desaparecer a los broncos. Tendrían que esperar a un mejor momento para saldar sus

cuentas conmigo.

Pero un momento, si el edificio estaba equipado con un sistema de seguridad debió de haber saltado cuando entré por la puerta lateral, y de eso hacía un par de minutos. ¿Por qué la poli no se había presentado ya?

Por el tiempo, lo más seguro. El desplazamiento sería lento. Las líneas estarían caídas, causando todo tipo de problemas de energía y comunicación. Seguro que hubo accidentes de tráfico en las zonas donde seguían circulando vehículos y, además, había que descontar las fuerzas derivadas al edificio destruido de Marcone. La comisaría estaría sobrecargada de trabajo, incluso a aquella hora de la noche. La poli tardaría unos cuantos minutos más que de costumbre.

Una sombra se agitó delante de la puerta principal del edificio, fuera, y uno de los broncos apareció delante de ella.

No disponía de unos cuantos minutos.

Me puse en movimiento antes de reconocer la amenaza de manera consciente. Corrí hacia los ascensores. La puerta de seguridad de acero impediría que el bronco rompiera el cristal para entrar y atraparme, pero no evitó que levantara la ametralladora y disparara.

Sonaba igual que un lienzo rompiéndose, solo que mil veces más fuerte. La ventana se hizo añicos y los cristales volaron por todas partes. Algunas balas alcanzaron la puerta de seguridad y saltaron chispas; la mayoría se achataron, otras rebotaron salvajemente por el vestíbulo. El resto vino hacia mí.

Extendí la mano izquierda hacia el bronco mientras corría y concentré mi voluntad en el brazalete en mi muñeca, una cadena trenzada de distintos metales de la que pendían múltiples encantamientos en forma de escudos medievales. El poder de mi voluntad recorrió el brazalete y se concentró por obra de los encantamientos que había obrado en él cuando lo preparé. Mi magia convergió en una cúpula cóncava de energía azul apenas visible entre mí y el bronco. Las balas impactaron contra ella, achatándose con destellos de luz que ondulaban la superficie del escudo energético como pequeñas piedras lanzadas a un estanque.

Las tres puertas del ascensor estaban abiertas, así que corrí a toda prisa hacia la más cercana, entré en el ascensor y apreté los botones correspondientes a todas las plantas del edificio. Entonces salí, repetí el proceso en el segundo ascensor y entré de un brinco en el tercero para subir directamente al piso más alto. No tenía sentido ponérselo fácil a los broncos, incluso un momento de demora en la persecución podría conseguirme el tiempo que necesitaba.

Las puertas del ascensor se cerraron, zumbaron y se volvieron a abrir.

—¡Oh, vamos! —grité, y pulsé el botón de cerrar la puerta con tal fuerza que me hice daño en el pulgar.

Gruñí y observé cómo la puerta del ascensor se volvía a cerrar a duras penas para

acto seguido abrirse de nuevo acompañada del triste sonido de la campana medio defectuosa. Andaba yo apretando el botón de cerrar como un lunático cuando los broncos decidieron demostrar su opinión sobre los sistemas de seguridad mortales.

Tocar metal era anatema para los seres del reino de las hadas. No podían entrar por la fuerza a través de una puerta de metal. Todo aquello estaba claro

Las paredes de ladrillo, por otra parte, presentaban menos problemas.

Se produjo un sonido estruendoso y el muro junto a la puerta principal explotó hacia dentro. No, no es que se derrumbara, literalmente explotó por obra de un poder sobrehumano que lo golpeó desde el otro lado y lo destrozó por completo. Miles de pedazos de ladrillo revolotearon en el aire como proyectiles de bala. Una maceta de cerámica con una planta de plástico se rompió. Varios pedazos se colaron en el ascensor y rebotaron dentro. Una nube de polvo de ladrillo oscureció el vestíbulo.

El bronco que había burlado al lobo feroz entró como una exhalación a través de la nube, con los cuernos enroscados por delante. Se tambaleó uno o dos pasos, sacudió la cabeza y enseguida se concentró en mí y emitió otro estridente alarido.

—¡Ahhh! —le grité al ascensor al tiempo que aporreaba el botón—. ¡Ciérrate, ciérrate, ciérrate!

Se cerró. La cabina comenzó a moverse justo cuando el aturdido bronco esgrimió su arma y abrió fuego. Las balas atravesaron el relativamente fino metal de la puerta del ascensor, pero mi brazalete escudo estaba listo y ninguna llegó a su objetivo, que no era otro que yo. Estallé en una risa ululante y llena de adrenalina cuando el ascensor se elevó hacia las alturas.

Eso que dicen es cierto. No existe nada más estimulante a que te dispares y fallen. Si el pistolero resulta haber salido de un cuento de hadas, mejor que mejor.

Catorce plantas arriba emergí a un pasillo oscuro, guiado por la luz del amuleto que sostenía en alto. Encontré la puerta hacia el tejado. Era una salida exterior con un candado grueso imposible de abrir con la palanca.

Di un paso atrás, levanté el bastón y concentré mi voluntad en la puerta. Tiempo atrás hubiera sacado a pasear todo mi poder y habría arrancado la puerta de cuajo de sus bisagras, lo cual era agotador y un desperdicio de magia. En lugar de eso, apunté el extremo del bastón a la bisagra inferior.

—¡Forzare! —ladré.

Una hoja de energía invisible, parecida a la que usé en el candado de la planta baja, sesgó la bisagra con un diminuto crujido. Hice lo propio en la bisagra central y la superior, utilicé la palanca para sacar la puerta de su lugar y salí al tejado.

A aquella altura había mucho viento, si bien la noche era bastante apacible. Las torres de la ciudad canalizaban incluso la más leve de las brisas hasta tornarla en un vendaval y mi tejado estaba situado en el peor lugar posible. El viento me apartaba el abrigo hacia un lado y tenía que sujetarlo. Al menos no había demasiada nieve,

excepto donde un capricho de la estructura arquitectónica creaba un socaire contra el viento. En aquel punto se amontonaba bastante.

Tardé un segundo en orientarme. Cuando estás a catorce pisos de altura tienes una perspectiva extraña de las calles y edificios que de otra manera te resultarían familiares. Averigüé cuál era el lado del edificio por el que había entrado y corrí hacia él, buscando la ruta de escape que vi al entrar.

No se trataba de la salida de incendios, una vieja estructura de acero que decoraba dos caras del edificio. Esas cosas son muy ruidosas y los broncos estarían vigilándola. En vez de eso, me asomé por el alféizar y me fijé en el nicho en la pared de ladrillo. Recorría la pared del edificio en vertical y consistía en una hendidura de un metro de ancho y más de medio metro de hondo. Había una a cada lado de las cuatro esquinas del edificio, es probable que por su fuerza estética, y se elevaban como una chimenea de tres muros desde el suelo hasta el tejado.

Se me cortó la respiración. Catorce plantas es mucho peor bajarlas que subirlas, sobre todo si no usas cosas como ascensores y salidas de incendios. Especialmente si se formaba escarcha y hielo en el exterior del edificio.

Me tomé un momento para debatir la cordura del plan. Cambiaría las tornas a mi favor, suponiendo que esta vez solo hubiera tres broncos detrás de mí, claro. Uno estaría vigilando los ascensores y otro la salida de incendios. Solo quedaba uno para perseguirme. No sabía cuánto tardaría el bronco en llegar hasta mí, pero estaba seguro de que no demasiado.

La idea de simplemente empujar al bronco por el borde del tejado con una descarga de poder tenía cierto atractivo, pero decidí que mejor no. Una caída de catorce pisos solo enfadaría al bronco y además serviría para revelar mi posición. Era mejor escabullirme y hacerles creer que todavía seguía en el edificio.

Así que me monté al alféizar luchando contra las rachas de viento. La nariz y los dedos se me anestesiaron casi de inmediato. Traté de ignorarlos al tiempo que bajaba las piernas por la hendidura de la pared y me aferraba con los pies a los ladrillos a ambos lados. Entonces, con el corazón latiendo como loco, moví las caderas y serpenteé un poco hasta que la presión exterior de mis piernas contra los ladrillos era la única cosa que me impedía besar la acera. Cuando tuve los brazos lo bastante bajos fui capaz de extenderlos y plantar los antebrazos contra los ladrillos para ayudar a mis piernas.

Me resulta imposible explicar lo asustado que me sentía al mirar abajo. Los remolinos de nieve me impedían a veces ver el suelo. Una vez comencé, no había vuelta atrás. Un resbalón, un fallo de cálculo o una placa de hielo en un lugar inconveniente y podría añadir a mi repertorio de imitaciones la de una tortilla.

Mi modus operandi consistía en empujar fuerte con los brazos y soltar las piernas. Luego las deslizaba hacia abajo unos cuantos centímetros y las volvía a apretar para

que aguantaran mi peso. Entonces aflojaba los brazos y me deslizaba unos centímetros antes de detenerme, aferrarme con ellos a los ladrillos y repetir el proceso.

Comencé a descender moviendo brazos y piernas alternativamente, recorriendo diez o quince centímetros con cada acometida por el hueco enladrillado, al estilo de un gusano. Una imagen invadió mi mente transcurridos cuatro metros: la de un bronco apuntando su arma desde arriba, a pocos centímetros de mí, y metiéndome varias balas en la coronilla.

Aumenté el ritmo. El estómago me dio un vuelco a causa de la altura y el miedo que me embriagaba. Me oí a mí mismo emitiendo varios gruñidos de desesperación. El viento aullaba, me entraba nieve en los ojos, se me formó escarcha en las pestañas. El guardapolvos servía de poco ante los remolinos de viento que estremecían mi cuerpo; empecé a temblar descontroladamente.

Perdí el bastón cuando todavía estaba a unos veinte metros de altura, se me cayó de los dedos agarrotados. Contuve el aliento. El ruido del impacto podría atraer la atención de los broncos y arruinar mi plan de tomar aquel camino digno de un loco para bajar del edificio.

Pero la sólida pieza de roble se estrelló contra un montón de nieve y desapareció en silencio bajo el polvo blanco. Yo pretendía hacer lo mismo, aunque no tan rápido.

No me dejé caer hasta que estuve a unos tres o cuatro metros del suelo. Tuve el buen tino de caer bien, sobre todo porque aterricé en el mismo montículo de nieve que mi bastón. Luché para salir de la helada blancura y casi volví a caerme cuando se me enredó el bastón entre las piernas. Lo tomé en mis manos casi indolentes y resurgí a duras penas del montículo.

Una esfera de luz pasó a todo gas por el otro extremo del callejón y reapareció enseguida para venir disparada hacia mí.

La expresión del rostro de Tut-tut era extrañamente templada, casi sombría. Se acercó a mí y se llevó un dedo a la boca. Asentí y moví los labios para preguntarle cómo podía salir de allí.

La esfera de luz de Tut se agitó una vez a modo de asentimiento y se marchó a toda velocidad. Otras bolas de luz brillante surcaban los aires, meros destellos que apenas notarías si no supieras lo qué estás buscando. Tomé precauciones mientras esperaba.

De nuevo, no tuve que esperar mucho. Tut regresó un momento después y me hizo señas. Tomó la delantera y yo le seguí. Tenía cada vez más frío. La caída me había cubierto de una ligera capa de nieve, que a continuación se había derretido. Vestir ropa húmeda no era exactamente la mejor opción para aquel clima. Tenía que mantenerme en movimiento. Morir de hipotermia no es tan dramático como hacerlo bajo una lluvia de balas, pero el fin resulta ser el mismo.

Cuando llegué al otro extremo del callejón oí otro grito similar a un balido a la deriva entre los gemidos del viento, suavizado por la nieve que caía. Miré hacia atrás y apenas distinguí los movimientos de un bronco que descendía por el lateral del edificio de la misma manera que lo había hecho yo, aunque mucho más rápido.

Un segundo después se oyó un agónico grito inhumano, cuando el bronco llegó abajo y descubrió la caja de clavos que había robado del taller de herramientas oculta bajo la nieve y su contenido repartido libremente por el suelo. Los gritos se prolongaron durante varios segundos, uno de los clavos debió traspasar el casco del bronco. Tan cansado y helado como estaba, todavía tuve la energía suficiente para sonreír. Aquel tipo iba a tardar un tiempo en volver a bailar en torno a una hoguera.

Ya había dejado cojos a dos de ellos y pensé que con eso sería suficiente para hacerles retirarse de la persecución, al menos de momento. Pero nunca se sabe. No perdí el tiempo y seguí a Tut por varios callejones traseros para dejar atrás a los emisarios de Verano. A mi alrededor, las pequeñas bolas navideñas de luz brillante, la guardia de señor de las pizzas, formaban un cauteloso anillo de guardias por delante y por detrás de mí creando un perímetro que se desplazaba a la vez que yo.

A varias manzanas de distancia me encontré con una tienda de comestibles de las que abren toda la noche y entré a duras penas para huir del frío. El empleado me miró hasta que, cojeando con torpeza, busqué algo de cambio en los bolsillos y lo dejé al lado de la caja registradora antes de ir en busca del mostrador del café. En aquel momento resultó evidente que el tendero decidió no sacar la escopeta o lo que tuviera debajo del mostrador y devolvió su atención a la ventana.

Había otros pocos clientes y vi un coche de policía surcar la nieve en la calle, probablemente para responder a la alarma del edificio. Un lugar agradable y público. Probablemente seguro. Tenía tanto frío que apenas podía llenar el vaso. El café, que me quemó un poco la lengua, estaba absolutamente delicioso, aunque fuera negro. Engullí la bebida caliente y sentí la sensación retornando a mi cuerpo.

Me quedé allí un momento con los ojos cerrados y me terminé el café. Entonces aplasté el vaso de papel y lo arrojé a la basura.

Alguien había capturado a John Marcone y yo tenía que encontrarle y protegerle. Me daba la sensación de que a Murphy no le iba a entusiasmar la idea. Demonios, a mí menos. Pero aquello no era lo que realmente me molestaba.

Lo realmente preocupante era que Mab había participado en los sucesos de aquella noche.

¿De qué iba aquello de traer a Grimalkin para hablar por ella? Aparte de para hacerla parecer incluso más perturbadora que de costumbre, por supuesto. Quiso dar la impresión de que era bastante directa y sincera, pero había mucho más en juego de lo que Mab decía.

Por ejemplo, me había dicho que los asesinos de Verano iban a por mí porque ella

me había elegido para ser su emisario. Sin embargo, si aquello fuese cierto, Mab tendría que habérmelo comunicado horas antes de que el primer equipo de broncos me atacara en casa de los Carpenter.

Hecho que a su vez había tenido lugar varias horas antes de que los malos atraparan a Marcone.

Vale, alguien estaba jugando. Alguien estaba guardando secretos.

Tuve el mal presentimiento de que si no averiguaba quién, por qué y cómo, Mab me tiraría a la basura como un vaso de papel usado.

Justo después de aplastarme, por supuesto.

Una presuntuosa furgoneta de grandes ejes e ínfulas militares hizo crujir la calzada de la calle cubierta de nieve y se detuvo en el exterior de la pequeña tienda de comestibles. Sus luces brillaron a través de las puertas. Escudriñé el vehículo. Pasado un minuto, el claxon del Hummer sonó dando dos bocinazos cortos.

—Vaya, tienes que estar de broma —murmuré. Salí cojeando por la puerta y me acerqué a la camioneta, que se fundía a la perfección con el fondo, el paisaje en primer plano y la mayor parte del aire.

La ventanilla del lado del conductor descendió y reveló a un joven al que los padres de cualquier jovencita adolescente dispararían sin previo aviso. Su piel era pálida y los ojos de un gris profundo. El cabello oscuro, ligeramente rizado, era lo bastante largo para declarar una rebelión casual y estaba alborotado con una descuidada perfección. Llevaba una chaqueta de cuero negro y una camisa blanca, ambas más caras que cualquiera de los dos muebles de mi apartamento. En marcado contraste con aquellas dos prendas, bajo el cuello de la chaqueta lucía una bufanda de grueso hilo blanco tejida por una mano inexperta. Estaba mirando al frente, de tal modo que solo le podía ver de perfil, pero estaba seguro de que el otro lado de su cara también sonreía.

—Thomas —saludé—. Un hombre peor que yo te odiaría.

Volvió a sonreír.

—¿Hay alguien peor que tú? —Puso los ojos en blanco al decir el pronombre para restarle expresividad a su rostro y adoptó una mueca de absoluta neutralidad. Permaneció así unos segundos—. Oh, noche vacía, Harry. Pareces...

—¿Un camino lleno de baches?

Se forzó a sonreír, pero apenas lo consiguió.

—Iba a decir un mapache.

—Vaya. Gracias.

—Entra.

Cogió el metro para llegar al otro lado del Hummer y quitarle el seguro a la puerta del acompañante. Yo acabé por llegar también y de camino noté todos los pequeños dolores de mi cuerpo, especialmente el pulsante resquemor en la nariz rota. Tiré el bastón en la parte de atrás del tanque, casi esperando oír el retumbar del eco cuando aterrizara. Entré, cerré la puerta y me abroché el cinturón de seguridad al tiempo que Thomas ponía el vehículo en movimiento. Miró con cuidado la nieve, seguramente en busca de algún utilitario de pacotilla que pudiera aplastar para divertirse.

—Eso tiene que doler —dijo pasado un momento.

—Solo cuando respiro —dije irritado—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Bueno, ya sabes lo que me gusta que me llamen en mitad de la noche para conducir entre la nieve y el hielo y hacer de chófer de investigadores cascarrabias de medio pelo. Tanta excitación me demoró un poco.

Solté un gruñido que cualquiera que me conociera tomaría como una disculpa por mi parte.

Thomas la aceptó.

—¿Qué pasa?

Se lo conté.

Thomas es mi medio hermano, mi única familia. Se lo puedo contar todo.

Me escuchó.

—Y entonces —concluí—. Me monté en una furgoneta monstruosa.

La boca de Thomas se torció en una rápida sonrisa.

—Es de macho, ¿verdad?

Escudriñé el interior de la furgoneta.

—¿Las series de la tele comienzan una hora después en el asiento trasero que aquí delante?

—¿Qué más da? —dijo Thomas—. Tiene TiVo.

—Bien —dije—. Es posible que pase un tiempo antes de que regreses a tu programación regular.

Thomas soltó un suspiro teatral.

—¿Por qué yo?

—Porque si quiero encontrar a Marcone, el mejor lugar para empezar es con su gente. Si se sabe que ha desaparecido, ni que decir tiene cómo reaccionarían algunos cuando me vieran aparecer metiendo la nariz. Así que tú me cubrirás las espaldas.

—¿Y si no quiero cubrirte nada?

—Te aguantas —dije enérgico—. Eres de la familia.

—Me has pillado —admitió—. Pero me pregunto si has pensado bien en esto.

—Intento que pensar sea un proceso evolutivo.

Thomas sacudió la cabeza.

—Mira, sabes que nunca te digo lo que tienes que hacer.

—Excepto esta noche, por lo que parece —anoté.

—Marcone es un hombre adulto —dijo Thomas—. Firmó los Acuerdos por su propia voluntad. Sabía muy bien en lo que se estaba metiendo.

—¿Y? —dije.

—Y ahí afuera es una jungla —dijo Thomas. Entornó los ojos ante la densa capa de nieve—. Metafóricamente hablando.

Gruñí.

—¿Pretendes decir que si él solito se hizo la cama, yo debería dejarlo a su suerte?

—Algo así —dijo Thomas—. Y no te olvides de que Murphy y la policía no van a

saltar de felicidad con la campaña de «Salvad al mafioso».

—Lo sé —dije—, y me encantaría hacerme a un lado y ver lo que ocurre. Pero ya no se trata de Marcone.

—¿Entonces de qué?

—De que Mab me despellejará vivo si no le doy lo que quiere.

—Vamos, Harry —dijo Thomas—. No creerás de verdad que la motivación y los planes de Mab son tan directos y sencillos. —Ajustó la configuración del limpiaparabrisas del Hummer—. Quiere a Marcone por una razón. Puede que no le estés haciendo ningún favor si lo salvas en nombre de Mab.

Fruncí el ceño.

Levantó una mano y fue sacando dedos.

—Y eso asumiendo que: uno, esté vivo ahora mismo. Dos, puedas encontrarle. Tres, puedas sacarle con vida. Y cuatro, que la oposición no te deje tullido o te mate.

—¿Adónde quieres llegar? —le pregunté.

—Estás jugando contra una baraja marcada y no tienes ni idea de si Mab va a estar allí para cubrir tu apuesta cuando los malos empiecen a jugar. —Sacudió la cabeza—. Lo más inteligente sería que te fueras de la ciudad. Márchate a un lugar templado unas cuantas semanas.

—Mab podría tomárselo como algo personal —dije.

—Mab es una mujer de negocios —dijo Thomas—. Horripilante y extraña pero también fría, calculadora. Mientras sigas siendo para ella un recluta potencial, dudo que decida depreciar tu valor prematuramente.

—Depreciar. Me gusta. Puede que tengas razón, a no ser que, volviendo a la metáfora original, Mab no juegue con la baraja completa. De las pruebas de años anteriores parece inferirse tal hecho con creciente frecuencia. —Señalé el exterior de la ventanilla con la cabeza—. Y me da la sensación de que hubiera tenido incluso más problemas con los broncos que me he topado hasta el momento si no estuviéramos en mitad de un maldito temporal. Si me largo a Miami o un sitio cálido, me estaré exponiendo igualmente a los agentes de Verano, que también planean mi muerte.

Thomas hizo una mueca y no dijo nada.

—Podría correr, pero no esconderme —continué—. Mejor afrontarlo aquí, en mi campo, mientras estoy relativamente descansado. —Solté un enorme y auténtico bostezo—. En lugar de esperar a que los matones de las hadas de una Corte u otra me... deprecien por sorpresa tras llevar huyendo varias semanas.

—¿Qué pasa con el Consejo? —preguntó Thomas—. Llevas con la capa gris... ¿cuánto tiempo ya? Y has luchado por ellos... ¿cuántas veces?

Sacudí la cabeza.

—Ahora mismo el Consejo está a tope. Puede que no estemos batallando en este momento con la Corte Roja, pero el Consejo y los centinelas tienen años de trabajo

que recuperar. —Apreté la mandíbula—. Han aparecido muchos hechiceros en los últimos tiempos. Los centinelas trabajan horas extra para controlarlos.

—Querrás decir matarlos —dijo Thomas.

—Eso quiero decir. La mayoría son adolescentes, tío. —Sacudí la cabeza—. Luccio sabe mis sentimientos al respecto. Se niega a asignarme casos así. Lo que significa que otros centinelas han de tomar el testigo. No voy a aumentar su carga de trabajo metiéndoles en este lío.

—No parece importarte cargarme a mí con el muerto —anotó Thomas.

Solté un bufido nasal.

—Eso es porque a ellos les respeto.

—Mientras ambos lo tengamos claro...

Pasamos junto a una máquina quitanieves municipal. Se había hundido en un profundo montón de nieve y parecía una especie de bestia metálica de la Edad del Hielo atrapada en un pozo de brea. La observé divertido mientras la furgoneta de Thomas transcurría lentamente a su lado.

—Por cierto —preguntó—. ¿Adónde quieres ir?

—Lo primero es lo primero —dije—. Necesito comida.

—Necesitas dormir.

—Tic tac. La comida valdrá de momento —apunté. Ahí, un IHOP.

Giró la gran furgoneta.

—¿Luego qué?

—Le haré unas cuantas preguntas impertinentes a alguna gente —dije—. Con suerte, recibiré varias respuestas pertinentes.

—Suponiendo que nadie te mate mientras se las haces.

—Por eso llevo a mi propio guardaespaldas vampiro.

Thomas aparcó ocupando tres espacios del diminuto aparcamiento de una franquicia IHOP.

—Me gusta la bufanda —dije. Me acerqué e inspiré por la nariz como pude. Dolía, pero detecté un vago aroma a vainilla y fresas—. ¿Te la ha hecho ella?

Thomas asintió sin decir nada. Acarició la suave y simple prenda con los dedos, enfundados en un guante de cuero. Parecía soportar su tristeza en silencio. Me sentí mal por mencionar a Justine, la amante perdida de mi hermano. Entonces entendí por qué llevaba guantes: si ella le había hecho la bufanda especialmente para él, como muestra de amor, no se atrevería a tocarla con su propia piel. Le abrasaría como una sartén caliente. Así que la conservaba lo bastante cerca para poder olerla, pero no se atrevía a dejar que le rozara.

Cada vez que pienso que mi vida amorosa es una tierra baldía, me fijo en mi hermano y compruebo que puede ser mucho peor.

Thomas sacudió la cabeza, apagó el motor y nos quedamos sentados un momento

en silencio.

Entonces oí una profunda voz masculina procedente del exterior de la furgoneta.

—No os mováis ninguno de los dos. —Se produjo el característico clic clac de una escopeta recortada—. U os mataré.

Cuando te están apuntando con un arma tienes dos opciones: te mueves rápida e inesperadamente y esperas tener suerte o bien te quedas quieto e intentas hablar para salir de la situación. Dado que tenía poco espacio para intentar esquivar una bala o huir, elegí la segunda opción y me quedé quieto.

—Supongo que este no es el modelo militar —dije esperanzado.

—Lleva calefacción individual para cada asiento y reproductor de cedé con capacidad para seis discos —dijo Thomas.

Arrugué la frente.

—Ajá. Eso es mucho más guay que tener la carrocería blindada y cristales a prueba de balas.

—Eh —dijo Thomas—. Yo no tengo la culpa de que tú tengas necesidades especiales.

—Harry —dijo el hombre con la escopeta—, levanta la mano derecha, por favor.

Enarqué una ceja al oír aquello. Lo normal es que el vocabulario de los matones que te ponen una pistola en la cabeza no contenga expresiones corteses como por favor.

—¿Quieres que lo mate? —murmuró Thomas, casi inaudible.

Moví la cabeza en un minúsculo gesto de negación. Entonces alcé la mano derecha, con los dedos extendidos.

—Dale la vuelta —dijo el hombre de fuera—. Déjame ver la cara interior de tu muñeca.

Lo hice.

—Oh, gracias a Dios —respiró la voz.

Al fin le reconocí. Giré la cabeza hacia él.

—Eh, Fix. ¿Eso es una escopeta o es que te alegras de verme? —le dije a través del cristal.

Fix era un joven esbelto de mediana estatura y cabello blanco plateado muy fino. Aunque nadie le tacharía nunca de ser una belleza, existía una confianza y seguridad en sus sencillos rasgos que le otorgaban cierto encanto. El nervioso chico flacucho que conocí varios años atrás quedaba ya muy lejos.

Solo llevaba puestos unos vaqueros y una camisa verde de seda. Era obvio que debería estar helado, pero resultaba igual de obvio que no era así. Los gruesos copos de nieve que caían del cielo no llegaban a tocarle, de alguna forma todos parecían acabar en el suelo a su alrededor. Sostenía una escopeta de cañón largo con la culata apoyada en el hombro y llevaba una espada envainada al cinto.

—Harry —dijo con voz calmada. Su tono no era hostil—. ¿Podemos charlar?

—Es probable que hubiéramos podido —dije—. Si no hubieras empezado

apuntándome con un arma a la cabeza.

—Una precaución necesaria —se defendió—. Necesitaba estar seguro de que no habías aceptado la oferta de Mab.

—¿La de convertirme en el nuevo caballero del Invierno? —pregunté—. Podías haberme preguntado, Fix.

—Si te hubieras convertido en la criatura de Mab habrías mentido —dijo Fix—. Te hubiera cambiado. Serías una extensión de su voluntad. No podría confiar en ti.

—Tú eres el caballero del Verano —contesté—. Así que no puedo evitar preguntarme si eso no te convierte en alguien igual de controlado y poco digno de confianza. Parece ser que Verano no está muy contento conmigo en este momento. Tal vez solo seas una extensión de la voluntad de Verano.

Fix me miró fijamente con el cañón de la escopeta entre nosotros. Entonces bajó el arma bruscamente.

—Touché —dijo.

Thomas sacó de no se sabe dónde una pistola semiautomática de la misma escala que la furgoneta y ya apuntaba a la cabeza de Fix antes de que el otro hombre hubiera acabado de pronunciar la segunda sílaba.

Fix entrecerró los ojos.

—Mierda.

Suspiré y le quité la pistola a Thomas de buenas maneras.

—Bueno, bueno. No le demos a Fix una idea equivocada sobre la naturaleza de esta conversación.

El caballero del Verano exhaló aire lentamente.

—Gracias, Harry. Yo...

Apunté la pistola a la cabeza de Fix y el tipo se quedó petrificado con la boca medio abierta.

—Suelta la escopeta —le dije. No hice ningún esfuerzo por sonar amigable.

Cerró la boca y sus labios se convirtieron en una fina línea, pero obedeció.

—Un paso atrás —dije.

Lo dio.

Salí del coche, con cuidado de mantener el arma apuntada a su cabeza de pelo plateado. Recuperé la escopeta y se la pasé a Thomas. Acto seguido me coloqué frente al caballero del Verano, guardando un silencio mortal mientras la nieve caía.

—Fix —dije en voz baja pasado un momento—. Sé que en los últimos años has pasado mucho tiempo en los círculos sobrenaturales. Sé que, de alguna manera, cosas tan viejas y sencillas como una pistola no te parecen una amenaza significativa. Sé que es probable que tu intención fuera hacerme llegar un mensaje, que no ibas a por mí con todo y que se supone que debo considerarlo una muestra de moderación. —Guiñé el ojo en la mirilla del arma de Thomas—. Pero te has pasado. Me has

apuntado a la cabeza. Los amigos no hacen eso.

Más silencio y nieve cayendo.

—Si vuelves a apuntarme con un arma —continué en voz baja—, más vale que aprietes el gatillo. ¿Me comprendes?

Los ojos de Fix volvieron a entrecerrarse. Asintió una sola vez.

Le dejé mirar el cañón de la pistola unos pocos segundos más y después la bajé.

—Hace frío —dije—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quería advertirte, Harry —dijo Fix—. Sé que Mab te ha elegido para actuar como su emisario. No sabes en lo que te estás metiendo. Vine a decirte que te mantuvieras al margen.

—¿O qué?

—O vas a resultar herido —dijo Fix sin perder la calma. Sonaba cansado—. Tal vez acabes muerto. Y se producirán daños colaterales por el camino. —Levantó una mano y continuó, apresurado—. Por favor, entiende que no te estoy amenazando, Harry. Solo te hablo de consecuencias.

—Me costaría mucho menos creérmelo si no hubieras comenzado esta conversación amenazando con matarme —sentencié.

—El anterior caballero de Invierno fue asesinado por su homónimo de Invierno —respondió Fix—. De hecho, así es como mueren la mayoría. Si te hubieras puesto al servicio de Mab, no tendría ninguna posibilidad en una pelea justa contra ti, ambos sabemos eso. Hice lo que tenía que hacer para advertirte al mismo tiempo que me protegía a mí mismo.

—De acuerdo —dije—. Apuntar una escopeta a mi cráneo era una precaución. Eso lo cambia todo.

—Maldita sea, Dresden —dijo Fix—. ¿Qué tengo que hacer para que me escuches?

—Comportarte de una manera vagamente digna de confianza —dije—. Por ejemplo, la próxima vez que sepas que los matones de Verano están a punto de intentar matarme, podrías descolgar un teléfono y comentármelo.

Fix torció el gesto. Su rostro se contrajo en una mueca esforzada. Cuando habló su mandíbula no se despegó, pero pude, no sin dificultad, entender sus palabras.

—Quería hacerlo.

—Oh —dije. Una gran porción de mi rabia se evaporó. Es probable que fuera mejor así. Fix no era el que merecía recibir el rapapolvo—. No puedo echarme atrás.

Cogió aire y asintió como si comprendiera.

—Mab te tiene agarrado.

—Por ahora.

Me dedicó una significativa sonrisa.

—No es de las que suelta a nadie que quiera tener agarrado.

—Y yo no soy de los que se dejan agarrar —repliqué.

—Tal vez no —convino Fix, pero sonó dubitativo—. ¿Estás seguro de que no lo vas a reconsiderar?

—Tendremos que estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo.

—Jesús —dijo Fix, apartando la vista—. No quiero pelear contigo, Dresden.

—Entonces no lo hagas.

Me miró con gesto calmado y serio.

—Yo tampoco puedo echarme atrás. Me gustas, Harry. Pero no puedo prometer nada.

—Jugamos en equipos rivales —dije—. No es nada personal. Pero haremos lo que tengamos que hacer.

Fix asintió.

No dijimos nada durante un minuto.

Entonces solté la escopeta en la nieve, hice un gesto con la cabeza y volví a la furgoneta de Thomas. Le devolví la enorme pistola automática a mi hermano. Fix no hizo amago de coger su arma.

—Harry —dijo justo cuando el coche arrancaba. Su boca se retorció unas cuantas veces antes de poder volver a hablar—. Recuerda la hoja que te dio Lily.

Le devolví una mirada confusa pero asentí.

Thomas puso la furgoneta en movimiento y condujo. Los limpiaparabrisas chirriaron. La nieve crujió bajo los neumáticos con un rítmico ruido blanco y vacío.

—De acuerdo —dijo Thomas—. ¿De qué iba todo eso? Ese tipo se supone que era amigo tuyo y te ha jodido. Pensé que le ibas a dar un culatazo con la pistola pero va y te pones tontorrón y lloroso.

—Metafóricamente hablando —dije cansado.

—Sabes lo que quiero decir.

—Está bajo un juramento llamado *geas*, Thomas.

Mi hermano parecía confuso.

—¿Lily le ha bloqueado el cerebro?

—Dudo que ella le hiciera tal cosa a Fix. Se conocen desde hace mucho.

—¿Quién entonces?

—Apostaría por Titania, la reina de Verano. Si le dijo que mantuviera la boca cerrada y no me ayudara, no tiene elección. Es probable que sea la razón por la que apareció armado e intentando intimidarme. No podía hablarme de manera directa, pero si me transmitía una amenaza para continuar los planes de Titania, puede que así pudiera pasar por encima del *geas*.

—No se sostiene muy bien. ¿Le crees?

—Titania ha hecho lo mismo con él otras veces. A la reina no le gusto demasiado.

—Suele pasar cuando matas a la hija de alguien —dijo.

Me encogí de hombros, profundamente cansado. La combinación de dolor, frío y las múltiples descargas de adrenalina me habían consumido más de lo que pensaba. No pude impedir otro bostezo.

—¿Qué es lo que te ha dicho cuando he arrancado el coche?

—Oh —mascullé—. Después de aquel lío en Arctis Tor, Lily me dio un alfiler de plata con la forma de una hoja de roble. Eso me convierte en escudero de Verano. Se supone que puedo usarlo para requerir ayuda de la Corte de Titania. Era su manera de equilibrar la balanza por lo que hice.

—Nunca está de más que te deban un favor —convino Thomas—. ¿Lo llevas encima?

—Sí —dije. De hecho lo guardaba en una pequeña caja circular en el forro interior de mi guardapolvos. Lo saqué y se lo mostré a Thomas.

Silbó.

—Un trabajo precioso.

—Los sidhe conocen la belleza —convine.

—Tal vez puedas usarlo para hacer que se echen atrás.

Gruñí burlón.

—Nunca es tan simple. Titania podría decidir que la mejor manera de ayudarme es romperme la espalda, paralizarme de cintura para abajo y tirarme en una cama de hospital para que así los broncos no tuvieran que matarme.

Thomas también gruñó.

—¿Entonces por qué te lo mencionó Fix?

—Tal vez le exhortaron a hacerlo —dijo—. Tal vez Titania tiene la esperanza de que la llame pidiendo ayuda y le conceda la ocasión de aplastarme en persona. O tal vez...

Arrastré la zeta un momento, mientras le daba una sacudida a mi cerebro adormilado para que escupiera una idea.

—O tal vez —dije—, porque quería advertirme sobre ello. Los broncos me han encontrado ya dos veces sin estar siguiéndome o rastreando mis pasos físicamente. Ninguno de los dos lugares era una de mis zonas habituales de tránsito. ¿Y cómo me ha encontrado Fix ahora, en mitad de una tempestad? Seguro que no escogió un IHOP al azar por pura coincidencia.

Thomas abrió los ojos como platos al darse cuenta.

—Es un dispositivo de rastreo.

Miré ceñudo la preciosa hoja de plata y, no sin una cierta cantidad de molesta admiración, dije:

—Titania. Vaya zorra connivente.

—Maldita sea —dijo Thomas—. Ahora me siento un poco mal por apuntar con un arma al pobre pescadito.

—Puede que yo también debiera sentirme así —dije—, si no estuviera tan escamado por el hecho de que Fix está empezando a ser tan astuto y sibilino como el resto de los sidhe.

Thomas gruñó que estaba de acuerdo.

—Será mejor que te deshagas de esa cosa antes de que aparezcan más tipos de esos.

Pulsó el botón que bajaba la ventanilla del lado del acompañante. En lugar de responder de inmediato, el cristal traqueteó un poco antes de ponerse en movimiento. Los magos y la tecnología no se llevan demasiado bien. Soy el avatar viviente de las leyes de Murphy para la alta tecnología: mientras más tiempo pasara en el flamante tanque de Thomas, más cosas que pudieran ir mal irían mal.

Me disponía a arrojar la hoja de roble de plata por la ventanilla cuando algo me hizo dudar.

—No —murmuré.

Thomas parpadeó.

—¿No?

—No —dije ya más convencido, con la traicionera hoja plateada protegida dentro de mi puño cerrado—. Tengo una idea mejor.

Finalicé el hechizo con el que pensaba mantener a los broncos ocupados y salí de mi laboratorio, fatigado. Encontré a Thomas sentado junto al fuego. Mi gran perro gris, Ratón, yacía a su lado reflejando en su pelaje el tono rojo plateado procedente de la llama de la chimenea y observando el trabajo de Thomas con interés.

Mi hermano estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, junto al hogar. Delante de él tenía mi pistola, desarmada y dispuesta en una tela fina de cuero suave. Limpiaba las distintas piezas del arma con un cepillo, un paño suave y una pequeña botella de aceite, sin perder nunca el gesto de concentración.

Míster, mi gato macho con hipertiroidismo, dio un salto en cuanto abrí la trampilla del laboratorio y bajó al sótano a toda prisa por la escalera plegable.

—Ve a por ellos, tigre —murmuré a su paso para animarle—. Que se desgasten sus pequeños cascos corriendo por ahí.

Dejé la entrada abierta, me arrastré hacia el sofá y me derrumbé en él. La cola de Ratón golpeó el suelo varias veces.

—¿Estás bien? —me preguntó Thomas.

—Cansado —dije—. Un hechizo de los gordos.

—Ajá —dijo, aún enfrascado en la labor de limpiar el cañón del arma—. ¿Qué edificio has quemado?

—Tu apartamento, si no retiras ese comentario de listillo —dijo—. Dame un minuto y nos ponemos en marcha.

Thomas me miró de soslayo, calculador.

—De todas formas me viene bien. ¿Cuándo fue la última vez que limpiaste esta cosa?

—Eh... ¿quién es presidente ahora?

Thomas chasqueó la lengua para demostrar su desaprobación y volvió su atención a la pistola.

—Dímelo cuando estés listo.

—Dame un minuto para recuperar el aliento —le pedí.

Cuando desperté, una tenue luz entraba por las casi enterradas ventanas del apartamento. Parecía que un operario poco cualificado me hubiera soldado los huesos. Las varias palizas que recibí la noche anterior habían formado una corporación y estaban intentando tomar mi sistema nervioso por la fuerza. Gimoteé y miré a mi alrededor.

Thomas estaba sentado junto a la chimenea con la espalda pegada a la pared, tan relajado y paciente como un tigre. Tenía a mano una pistola, la mía, y el cuchillo kukri de hoja torcida que le gustaba usar últimamente.

Abajo, en el laboratorio, se oyó cómo algo caía al suelo desde la mesa o uno de

los estantes. Las garras de Míster arañaban la superficie de metal de la mesa central.

—¿Por qué estás sonriendo? —me preguntó mi hermano.

—Míster —dije.

—Ha estado armando escándalo ahí abajo toda la mañana —dijo Thomas—. Fui a buscarlo antes de que rompiera algo, pero la calavera me dijo que lo dejara en paz.

—Sí —dije. Me crujieron los huesos cuando me levanté. Me dirigí a la pequeña alcoba con ínfulas de cocina. Saqué el frasco de aspirinas y tragué unas cuantas con un vaso de agua—. Por tu propia seguridad. Míster se enfada si alguien se interpone entre él y su menta.

Me acerqué a la trampilla del laboratorio y miré desde arriba. La pequeña bolsa de tela que contenía la menta de gato y el alfiler de la hoja de roble de plata seguía colgada de una banda de goma elástica que había atado y anclado al techo, justo encima de Pequeño Chicago. Observé a Míster encaramándose a una mesa de trabajo para acto seguido saltar por los aires en pos de la bolsa de tela. Enganchó las garras a la tela y la arrastró con él hasta la mesa, donde aterrizó en el modelo del parque Lincoln. Mi gato se frotó la cara contra la bolsa, extático de felicidad. Aquello solo duró un momento, enseguida la liberó y le dio unos cuantos manotazos juguetones con una pata mientras la goma hacía que la bolsa se balanceara adelante y atrás a poca distancia de él.

Entonces pareció darse cuenta de que le estaban observando. Volvió su rostro gatuno hacia mí, maulló con aire de suficiencia, agitó la punta de la cola, orgulloso, y saltó al suelo.

—¡Bob! —exclamé—. ¿Sigue funcionando el hechizo?

—¡Sí, capitán! —dijo Bob—. ¡Ar!

—¿De qué va esto? —murmuró Thomas justo a mi lado.

Me puse de pie de un brinco a causa del susto y miré con odio a mi hermano.

—¿Puedes dejar de hacer eso?

Asintió con expresión seria, pero noté que las esquinas de la boca le temblaban por el esfuerzo que hacía para no sonreír.

—Vale. Es que se me olvida.

Gruñí y le llamé algo no muy agradable pero que le definía perfectamente.

—No paraba de rogarme que le llevara a ver esa película de piratas. Así que le llevé conmigo la última vez que fui al autocine de Aurora y le dio bastante fuerte. Ya se le ha pasado un poco, pero si vuelve a llamarme grumete voy a explotar.

—Interesante —dijo Thomas—, pero no era eso lo que te preguntaba.

—Ah, vale —dije. Señalé la bolsa de menta—. El alfiler está hay dentro.

—¿No atraerá eso a los matones de Verano hacia aquí?

Solté una risa malvada.

—No. Los hechizos de protección del laboratorio lo impiden.

—¿Entonces para qué sirve la gomilla gigante?

—Enlacé el hechizo de rastreo de Verano con la matriz que rodea a Pequeño Chicago. Cada vez que la hoja se pone a treinta centímetros del modelo, mi hechizo transfiere la señal de rastreo al lugar correspondiente de la ciudad.

Thomas arrugó los ojos, pensativo, y de repente asintió al comprenderlo, justo cuando Míster volvió a atrapar la menta, esta vez cerca del museo Field.

—Si están rastreando estas señales andarán corriendo por toda la ciudad.

—Con un metro de nieve de grosor en las calles —confirmé sonriendo.

—Eres un sádico.

—Gracias —dije con solemnidad.

—¿No se lo imaginarán?

—Tarde o temprano —admití—, pero nos hará ganar algo de tiempo. Disculpe usted.

Me acerqué a la puerta arrastrando los pies y me puse el abrigo.

—¿Adónde vamos primero? —preguntó Thomas.

—Todavía a ninguna parte. Siéntate tranquilo. —Cogí la pala de cabeza cuadrada del cubo de palomitas junto a la puerta, donde solía acompañar a mi bastón, la vaina y la épicamente estática espada mágica, Fidelacchius. Ratón me siguió fuera. Resultaba trabajoso abrir la puerta y cayó bastante nieve del umbral cuando lo logré. Comencé a utilizar la pala en las escaleras y fui subiendo, como un enterrador haciendo su trabajo a la inversa.

Una vez terminé, despejé la pequeña acera, el porche delantero de la casa de la residencia y la escalera exterior que subía al apartamento de los Willoughby, en la segunda planta. Luego excavé un sendero hacia el amasijo de buzones junto a la acera. Me llevó menos tiempo del que pensaba. Había mucha nieve, pero no había formado capas de hielo y mi labor consistió básicamente en quitar el polvo. Ratón vigilaba, yo intentaba no echarle nieve en la cara.

Regresamos a mi apartamento y devolví la pala al cubo de palomitas.

Thomas me miró confuso.

—¿Tenías que quitar la nieve de la entrada precisamente ahora? Harry... me parece que no te das cuenta de la prisa que tenemos.

—En primer lugar —comencé—, no me motiva espectacularmente la tarea de salvar el culo vestido de Armani de John Marccone. Vamos, que no me quita el sueño. En segundo lugar, mis vecinos son personas mayores y si nadie limpia la entrada se quedarán aislados. En tercer lugar, tengo que hacer todo lo posible para tener a mi favor a la casera. La señora Spunkelcrief está casi sorda, pero es difícil ocultar cosas como que unos demonios asesinos o un grupo de zombis tiren la puerta abajo. Me perdona las ocasionales fiestas salvajes a cambio de que haga cosas como despejar la nieve de la entrada.

—Es más fácil cambiar de apartamento que de culo —dijo Thomas.

Me encogí de hombros.

—Estaban tan agarrotado y dolorido por lo de ayer que tenía que hacer algo para soltar los músculos y moverme. El tiempo iba a pasar de todas maneras. Mejor que lo ocupara en cuidar a los vecinos. —Hice una mueca—. Además...

—Te hace sentir mal que el edificio de tu casera sufra por el hecho de que tú vivas en él —dijo Thomas. Sacudió la cabeza y gruñó—. Típico.

—Bueno, sí, pero no es eso.

Esperó, atento.

Me esforcé en buscar las palabras.

—Hay muchas cosas que no puedo controlar. No sé qué va a pasar en los próximos días. No sé a qué me voy a enfrentar, qué clase de elecciones voy a tener que hacer. No puedo predecirlo. No puedo controlarlo. Es demasiado grande. — Señalé la pala con la cabeza—. Pero eso sí lo puedo predecir. Sé que si cojo la pala y quito la nieve del camino, haré felices a mis vecinos y se sentirán seguros. —Le miré y me encogí de hombros—. A mí me merece la pena. Dame un minuto para ducharme.

Me observó un momento antes de asentir.

—Oh —dijo con la más diminuta de las sonrisas. Fingió que se sorbía la nariz e hizo una leve mueca—. Esperaré. Gozosamente.

Me lavé un poco. Estábamos de camino a la puerta cuando sonó el teléfono.

—Harry —dijo Murphy—. ¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

—Hemos tenido una docena de... bueno, supongo que la palabra correcta es avistamientos. Hay de todo, desde el Bigfoot a unas misteriosas bolas de luz. Como es natural, todo acaba en Investigaciones Especiales.

Estuve a punto de responderle, pero no lo hice. Marcone y su organización estaban involucrados en aquel asunto. A pesar de no poseer toda la influencia que a ellos les gustaría en asuntos públicos, Marcone siempre había tenido fuentes de información en el Departamento de Policía, fuentes a las que sus subordinados también podrían tener acceso, al menos en teoría. Era mejor obrar con algo de cautela.

—¿Estás llamando desde la comisaría? —le pregunté.

—Sí.

—Deberíamos hablar —le propuse.

Puede que Murphy no quisiera admitir que nadie que trabajara para ella estaba pasándole información a la organización, pero no era de las que dejaba de creer en la verdad solo porque no le gustara.

—Entiendo —dijo—. ¿Dónde?

—El pub de McAnally —dije. Miré un reloj—. ¿En tres horas?

—Te veo allí.

Colgué y regresé a la puerta. Ratón me seguía, pegado a mis talones, pero me volví y le empujé suavemente hacia dentro con el pie.

—Esta vez no, chico —le dije—. Los malos tienen muchos efectivos y acceso a magia especializada. Necesito un lugar seguro al que volver. Si te quedas aquí es imposible que nadie se cuele y me deje un regalo que haga bum.

Ratón dejó escapar un suspiro, pero se sentó.

—Vigila a Míster, ¿de acuerdo? Si empieza a ponerse enfermo, esconde la menta. Mi perro miró dubitativo hacia la trampilla que conducía al laboratorio.

—Oh, venga ya —dije—. Eres siete veces más grande que él.

Ratón no parecía pleno de confianza.

Thomas parpadeó, mirándonos a ambos alternativamente.

—¿Te entiende?

—Solo cuando le conviene —me quejé—. Es más inteligente que mucha gente que conozco.

Thomas se tomó un momento para absorber aquello y acto seguido se colocó delante de Ratón, no muy convencido.

—Ah, vale. Mira, lo que dije antes sobre Harry no iba en serio, ¿vale? Era claramente una broma.

Ratón movió las orejas y apartó el hocico de Thomas con gran nobleza.

—¿Qué? —pregunté mirándolos a los dos—. ¿Qué le has dicho?

—Voy a calentar el coche —dijo Thomas, y se retiró hacia las grises puertas congeladas que daban al exterior.

—Este es mi hogar —me quejé sin dirigirme a nadie en particular—. ¿Por qué la gente no para de hacer bromas a mi costa en mi propia casa?

Ratón rehusó hacer ningún comentario al respecto.

Cerré la puerta a mi espalda, mágica y materialmente, y escalé el monte Hummer para sentarme en el asiento del acompañante. La mañana era fría e iba a serlo más dentro de poco, sobre todo porque acababa de salir de la ducha, pero la temperatura del asiento era muy agradable. Por supuesto, no iba a admitirle a Thomas que aquella lujosa característica era mejor que tener un cristal blindado, pero Dios santo, era muy cómodo.

—Bien —dijo Thomas—. ¿Adónde nos dirigimos?

—Adonde me tratan como a la realeza —dije.

—¿Vamos a un Burger King?

Me pasé el dorso de la mano por la frente y deletreé «fratricida» en un murmullo. Tuve que deletrear también «locura transitoria» y «homicidio justificado» antes de calmarme lo suficiente para hablar con educación.

—Gira a la izquierda y conduce. Por favor.

—Bueno —dijo Thomas, sonriendo—, ya que me lo pides por favor...

Prioridad Ejecutiva era sin lugar a dudas uno de los gimnasios más exclusivos de la ciudad. Ubicado en el centro de Chicago, el negocio ocupaba la segunda planta de lo que una vez fue uno de los grandes y vetustos hoteles de la ciudad. En la actualidad albergaba oficinas en las plantas superiores y un centro comercial en miniatura en la primera.

El ascensor privado hacia la segunda planta no lo podía coger cualquiera, era necesario ser socio del gimnasio, no obstante la membresía estaba sometida a un estrecho control y era extremadamente cara. Solo los hombres más ricos e influyentes de la ciudad poseían un carnet de miembro.

Ah, y yo.

La banda magnética de la parte posterior de la tarjeta no funcionó cuando la pasé por el lector. No me sorprendió. La llevaba guardada en la cartera desde hacía meses y dudo que la firma magnética de la tarjeta durara más de dos días. Pulsé el botón del intercomunicador en la consola.

—Prioridad Ejecutiva —dijo la alegre voz de una joven—. Soy Billie, ¿en qué puedo servirle?

Thomas me miró y enarcó una ceja, vocalizando la última palabra, «servirle».

—Ya veras —murmuré. Le hablé al intercomunicador—. Parece que mi tarjeta ha dejado de funcionar. Harry Dresden e invitado, por favor.

—Un momento, señor —dijo Billie. Regresó a los pocos segundos—. Le pido disculpas por el problema en su tarjeta de miembro, señor. Le abriré el ascensor, señor.

Fiel a su palabra, la puerta del ascensor se abrió y Thomas y yo entramos.

Se volvió a abrir en la zona principal de Prioridad Ejecutiva.

—Estás de broma —dijo Thomas—. ¿Desde cuando vas al gimnasio?

A partir de aquel punto el entorno era el típico de cualquier gimnasio: montones de máquinas de ejercicios, bancas de pesas, mancuernas, espejos, bicicletas estáticas y cintas de correr se alineaban en filas ordenadas. Le pagaron mucho dinero a un loco que decía ser decorador para que le diera al lugar un aspecto moderno y único. Tal vez habla mi falta de sentido de la moda, pero creo que debieron contratar a uno de esos gorilas a los que enseñan a pintar. Los resultados hubieran sido de una calidad similar y podrían haberle pagado con comida.

Aquí y allá, los socios, casi todos hombres blancos por encima de los cuarentena, sufrían una variedad de actividades físicas. Junto a cada uno de ellos había un entrenador personal para proporcionarles apoyo y ayuda.

En realidad eran entrenadoras, ninguna muy entrada en la veintena. Todas las chicas llevaban unos pantaloncitos cortos de correr ridículamente pequeños, tan

ajustados que era un milagro que les circulara la sangre por las piernas. Todas llevaban camisetas con el logo impreso del gimnasio, también muy ajustadas, y todas tenían el tipo de cuerpo que le daba a aquel atuendo un aspecto fantástico. Ningún gimnasio del mundo tenía tantas chicas preciosas en nómina.

—Ah —dijo Thomas tras echar un buen vistazo a su alrededor—. Este no es un gimnasio convencional, ¿verdad?

—Bienvenido al burdel más comprometido con la salud de la historia de la humanidad —le dije.

Thomas silbó por lo bajo, examinando el lugar.

—Había oído que el Velvet Room había sido remodelado. ¿Es esto?

—Sí —le confirmé yo.

Una chica de pelo castaño se acercó briosa hacia nosotros con una sonrisa de concurso de belleza en los labios. Durante un segundo pensé que su camiseta iba a reventar por la presión. Las letras doradas en su pecho izquierdo la presentaban como Billie.

—Hola, señor Dresden —dijo alegre. Giró la cabeza hacia Thomas—. Señor. Bienvenidos a Prioridad Ejecutiva. ¿Puedo traerles una bebida antes de que hagan ejercicio? ¿Me dejan sus abrigos?

Levanté una mano.

—Gracias, Billie, pero no. No he venido a hacer ejercicio.

Su sonrisa permaneció inmutable, preciosa y sin sentido. Ladeó la cabeza, interrogante.

—He venido a hablar con la señorita Demeter —añadí.

—Lo siento, señor —dijo Billie—. No se encuentra aquí.

La chica era un festín para los ojos, y estoy seguro que los otros cuatro sentidos quedarían igual de bien alimentados tras unos cuantos mimos, pero no era una gran mentirosa.

—Sí que está —dijo—. Dile que Harry Dresden está aquí.

—Lo siento, señor —dijo de nuevo, como una máquina bloqueada en el botón de repetir—. La señorita Demeter no se encuentra en el edificio.

Le dediqué mi sonrisa más llena de dientes.

—Eres nueva por aquí, ¿eh, Billie?

La sonrisa vaciló un momento, luego volvió a estabilizarse.

—Thomas —suspiré—. ¿Le das una visual?

Mi hermano echó un vistazo, luego se acercó a un montón de mancuernas de acero y cogió el juego más grande, uno en cada mano. Con el mismo esfuerzo que yo retorcería una ramita, Thomas hizo un nudo con las barras de acero formando una equis asimétrica. La sostuvo en alto para asegurarse de que Billie la viera y luego la dejó a sus pies. Las pesas aterrizaron con un fuerte golpe y Billie dio un respingo.

—Deberías ver la clase de cosas que puede doblar y romper —dije—. Máquinas de ejercicios caras, muebles caros, clientes caros. No sé con cuánta fuerza podría lanzar algunas de estas cosas, pero mentiría si te dijera que no siento curiosidad. — Me acerqué un poco a ella y añadí—: Billie, tal vez deberías dejarnos pasar. No me gustaría nada que te hicieran pagar por tantas cosas rotas.

—Sutil —anotó Thomas.

Me encogí de hombros.

—Ahorra tiempo.

—¿Cómo se consigue una membresía para un lugar como este?

—Pertenece a Marcone. Cree que es menos posible que lo destroce si estoy hipnotizado por unas cuantas tetas amistosas.

—No puedo culparle —admitió Thomas. Sus ojos se fijaron en una chica en particular, que en aquel momento estaba rellenando papeles en una mesa. Se quedó petrificada y levantó la vista, muy lentamente. Separó los labios y sus ojos oscuros se rasgaron cuando miró a Thomas. Se le aceleró la respiración pero enseguida se recompuso y bajó la vista a toda prisa, fingiendo leer los papeles.

Mi hermano cerró los ojos lentamente y giró la cabeza para apartarse de la línea de visión de la chica. Era la clase de movimiento estable y deliberado que uno hace para cerrar una puerta muy pesada. Cuando parpadeó y volvió a abrir los ojos, el color de estos había cambiado de un gris oscuro a uno pálido y blancuzco, casi plateado.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

—Ajá —murmuró—. Lo siento, me he distraído. Hay... una especie de energía aquí.

Debería haberlo imaginado, maldita sea. Aquel edificio era escenario de constantes y habituales actos de lujuria y deseo. Ese tipo de actividades deja una especie de huella psíquica a su alrededor, una onda que Thomas debió captar.

Los vampiros como mi hermano no beben sangre, se alimentan de la energía vital de sus víctimas. Demostrar su fuerza sobrenatural nos facilitó las cosas, pero también le costó a Thomas un poco de aquella energía, del mismo modo que una tarde de paseo nos dejaría a nosotros particularmente hambrientos.

Lo habitual es que los vampiros de la Corte Blanca se alimenten durante el acto sexual. Pueden inducirles deseo a otros, abrumar a sus víctimas con una indisoluble y primitiva lujuria. Si Thomas hubiera querido, podría haber paralizado a la chica en su lugar, acercarse a ella y hacerle lo que quisiera. No hubiera podido hacer nada para detenerle. Demonios, ella misma le suplicaría más y más y que no se le ocurriera parar.

Pero mi hermano no haría tal cosa. Ya no, al menos. Había luchado contra aquella parte de sí mismo durante años y al final acabó encontrando una manera de

mantenerla bajo control, alimentándose del equivalente a diminutos e inofensivos bocados de sus clientes en un elitista salón de belleza del que era dueño y en el que trabajaba. Supuse que si bien le permitía permanecer activo y mantener el control sobre sí mismo, no sería ni de lejos tan satisfactorio como adquirir energía a la antigua, con una acechante seducción que culminara en una explosión de lujuria y éxtasis.

Sabía que el Hambre, el fragmento inhumano de su alma movido por una manifiesta necesidad, le gritaba que hiciera exactamente eso. Si lo hacía, sin embargo, podría dañar seriamente a la chica, incluso matarla. Mi hermano no era así, pero negarle al Hambre su hegemonía no era algo que llegara con naturalidad. Era una lucha. Y yo sabía qué la suscitaba.

—Esa chica se parece un poco a Justine —comenté.

Se quedó petrificado al oír el nombre y su expresión se endureció. Sus ojos recuperaron poco a poco el tono normal. Thomas sacudió la cabeza y me brindó una sonrisa seca.

—¿Ah, sí?

—Lo suficiente —dije—. ¿Estás bien?

—Como siempre —dijo. No me dio las gracias, pero lo noté en su voz. Fingí que no había oído nada, que era justo lo que esperaba que hiciera.

Es una cosa de tíos.

Billie regresó a nosotros, taquicárdica.

—Por aquí, por favor, señor —dijo, y nos guió por el gimnasio con la sonrisa de nuevo firme en su lugar, aunque aún nerviosa. Cruzamos el pasillo que conducía a las duchas y dejamos las habitaciones privadas de terapia a nuestra espalda. Nos hizo entrar por una puerta que conducía a un sencillo pasillo, práctico y típico de un edificio de oficinas convencional. Señaló con la cabeza la última puerta, la oficina de la esquina, y se retiró en silencio.

Me dirigí hacia la puerta, llamé una vez y al abrirla me encontré a la señorita Demeter sentada en su despacho, amplio pero práctico, detrás de su amplio pero práctico escritorio. Era una mujer recién entrada en la mediana edad, delgada, en forma, bien vestida y reservada. Su verdadero nombre no era Demeter, pero ella prefería el apodo profesional, y ahora no era el momento de pincharle.

—Señorita Demeter —dije tratando de mantener un tono neutral—. Buenos días.

Apagó el portátil, lo cerró y lo guardó en un cajón antes de levantar la vista y concederme un ligero movimiento de cabeza.

—Señor Dresden, ¿qué le ha pasado en la cara?

—Es la de siempre —aseguré—. Hoy he olvidado ponerme el maquillaje.

—Ah —dijo—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias —dije. Me senté al otro lado del escritorio, frente a ella—. Le pido

disculpas si le he creado algún inconveniente.

Su hombro se encogió con un movimiento minúsculo.

—Es bueno saber las limitaciones de aquellas a las que les concedo responsabilidades de recepcionista —contestó—. ¿Qué puedo hacer por usted? —Entonces alzó una mano—. Espere. Permítame expresarlo de otro modo. ¿Qué puedo hacer para deshacerme de usted lo antes posible? —Un tipo sensible se hubiera sentido un poco herido ante aquel comentario. Por suerte se trataba de mí.

—Estoy buscando a Marcone —le dije.

—¿Ha probado a llamar a su oficina?

Parpadeé lentamente una sola vez.

—Estoy buscando a Marcone —repetí.

—Estoy segura de ello —dijo Demeter, sin cambiar su expresión ni un ápice—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Sentí una sonrisa tensa formarse en mis labios.

—Señorita D, no puedo evitar preguntarme por qué le ha dado a su recepcionista instrucciones de decirle a cualquiera que preguntara que no estaba en su despacho.

—Tal vez tenga que acabar de arreglar el papeleo.

—O tal vez sabe que Marcone ha desaparecido y lo está usando como táctica para espantar a sus tenientes, que vienen a husmear con la intención de ocupar su puesto.

Me miró fijamente un momento, sin que su expresión revelara nada.

—No estoy segura de saber de qué está hablando, señor Dresden.

—¿Está segura de no querer deshacerse de mí? —le pregunté—. ¿Quiere que me quede aquí y le dé la brasa? Puedo ponerle muy difícil hacer negocio, si me siento motivado.

—No lo dudo —contestó Demeter—. ¿Y por qué iba usted a querer encontrarle?

Hice una mueca.

—Tengo que ayudarle.

Enarcó una única y bien depilada ceja.

—¿Tiene?

—Es complicado —dije.

—Y nada creíble —contestó—. Soy muy consciente de su opinión respecto a John Marcone e incluso suponiendo que contara con información sobre su paradero, no estoy segura de que deseara empeorar una situación ya complicada de por sí.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Involucrándole a usted —contestó—. Está claro que no tiene en mente el mejor interés para el señor Marcone y su actuación podría empujar a sus captores a una acción precipitada. Dudo que usted perdiera un minuto de sueño si le mataran.

Le hubiera escupido una respuesta inteligente si no hubiera caído en la cuenta de que, no en vano, yo mismo había dicho casi aquellas mismas palabras un rato antes.

—¡Pero señor! —protestó la voz de Billie en el pasillo de fuera.

La entrada se oscureció a mi espalda y al volverme me encontré a varios hombretones allí de pie. El más adelantado era un tipo grande, entrado en la cuarentena y con un romance con la cerveza, o tal vez la pasta. Su barriga era épica. El traje a medida casi escondía su arma y hubiera ocultado la cartuchera de hombro y costado que llevaba debajo si hubiera realizado un mínimo esfuerzo por evitar que se le viera cuando se movía.

—Demeter —dijo el hombre—. Necesito hablar con usted en privado.

—Eso sería un lujo para usted, Torelli —respondió Demeter, rápida—. Y estoy en mitad de una reunión de negocios.

—Que se encargue una de las putas —dijo Torelli—. Usted y yo tenemos que hablar.

Enarcó una ceja.

—¿Respecto a qué?

—Necesito una lista de sus cuentas corrientes, las claves de seguridad y una copia de los registros de los últimos seis meses. —Adoptó un gesto amenazante. Torelli era del tipo de personas acostumbradas a conseguir lo que querían con tan solo una amenaza o un gesto determinado. Conocía a ese tipo de gente. Traté de echar un vistazo por detrás de los matones para ver si Thomas estaba en el pasillo, pero no había ni rastro de él.

—Cualquiera diría que ha estado consumiendo su propio producto —dijo Demeter—. ¿Por qué iba a entregarle mis registros, cuentas y fondos?

—Las cosas van a cambiar por aquí, puta. Empezando por su actitud. —Torelli miró a dos de los cuatro hombres de detrás e hizo un gesto de cabeza hacia Demeter. Los dos gorilas, ambos matones de mediano calibre en Chicago, se adelantaron a Torelli y avanzaron hacia ella.

Hice una mueca. No me importaba mucho Demeter como persona, pero la necesitaba, y no podría beneficiarme de su ayuda si estaba internada en cuidados intensivos. Además, era una mujer, y a las mujeres no se les pega. Tampoco le encargas a dos cretinos que lo hagan por ti.

Me puse en pie para enfrentarme a los hombres de Torelli, bastón en mano. Les dediqué mi mirada más dura, pero eso ni siquiera hizo que aminoraran el paso. El de la derecha me tiró algo a la cara que no tuve tiempo de saber qué era. Me agaché antes de darme cuenta de que era un guante de lana moteado de nieve, una mera distracción.

El tipo de mi izquierda se acercó a mi justo cuando me estaba agachando y me propinó una patada en la rodilla izquierda con una bota de trabajo de punta de acero. Giré la pierna y la recibí en la pantorrilla. Dolió como mil demonios, pero al menos podía moverme. Rodé hacia un lado, dejando al matón de la izquierda entre mí

posición y el de la derecha. Este me lanzó un golpe curvado con la mano que fue recibido por mi bastón. Le crujieron los nudillos. El matón aulló.

El otro pasó como una exhalación junto a su compañero, atontado por el dolor, y se abalanzó hacia mí con la idea de tirarme al suelo para que sus colegas me rodearan y me patearan un ratito.

No podía permitirlo. Levanté la mano derecha con los nudillos apretados en el puño revestido de cuatro bandas triples, una en cada dedo. Con un pensamiento y una palabra, liberé la energía cinética guardada en uno de los anillos. El impacto fue similar al de una locomotora y le impulsó hacia atrás y hacia el suelo con un golpe sordo bastante convincente.

Me giré y le di sendas patadas al matón atontado en ambas pantorrillas (¡toma!) y luego le empujé la cadera con el talón y lo tiré al suelo. Se arrugó.

Al volverme me encontré con el cañón de la pistola de Torelli.

—No esta mal, chico —dijo el pretendido capo—. ¿Es judo o algo así?

—Algo así.

—Podría serme útil un hombre de tus habilidades, una vez mi gimnasio —le brindó a Demeter una mirada agria— cambie de prioridades.

—Eso sería un lujo para usted —dije con sorna.

—Voy a poder permitirme muchas cosas a partir de ahora —dijo—. Di un precio.

—Ciento cincuenta mil trillones de dólares —respondí enseguida.

Me escudriñó, como si decidiera si estaba o no de broma. O tal vez calculaba de cuántos ceros hablaba exactamente.

—¿Te crees encantador, eh?

—Soy malditamente encantador —dije—. Sobre todo desde que tengo cara de mapache.

Los rasgos de Torelli se oscurecieron.

—Chico, acabas de cometer el último error de tu vida.

—Dios mío —dije—. Ojalá.

Thomas le puso a Torelli el cañón de la Desert Eagle en la nuca.

—Suelta el hierro, despacio y con tranquilidad —dijo mi hermano en un tono agradable.

Torelli se puso tenso de la sorpresa y no perdió el tiempo en discutir. Giró la cabeza ligeramente, buscando a sus otros dos matones. Vi un par de pies con los dedos hacia arriba en el pasillo, pero aparte de eso no había ni rastro de ellos.

Me acerqué a él.

—Coja a sus hombres y váyase. No vuelva —le dije sin perder la calma.

Me miró con ojos inertes, luego apretó los labios, asintió una sola vez y comenzó a reunir a sus hombres. Thomas cogió el arma de Torelli y se la metió en la parte delantera de los pantalones, tal como no tiene que hacerse. Caminó hacia mí y se

colocó a mi lado, vigilando todos los movimientos de los matones.

Se marcharon llevando a cuestas al pobre bastardo de la mano rota, Los dos del pasillo andaban a paso trastabillado, apenas recién recuperada la conciencia.

Una vez se fueron, me volví hacia Demeter.

—¿Dónde estábamos?

—Me estaba cuestionando su motivación —dijo.

Sacudí la cabeza.

—Helen. Sabe quién soy. Sabe lo que hago. Sí, creo que Marcone es un hijo de perra retorcido que probablemente merezca la muerte, pero eso no significa que yo vaya a encargarme de llevarla a cabo.

Me observó en silencio durante diez o quince segundos. Entonces sacó una libreta de su escritorio y escribió algo en un trozo de papel. Lo dobló y me lo ofreció. Me acerqué para cogerlo, pero cuando lo agarré no lo soltó.

—Prométame —dijo—. Deme su palabra de que hará todo lo que pueda para ayudarme.

Suspiré. Por supuesto.

Las palabras me supieron como un pepinillo rancio cubierto de sal y vinagre, pero me las arreglé para decirlas.

—Lo haré. Tiene mi palabra.

Demeter soltó el papel. Lo miré. Una dirección, nada más.

—Puede que le ayude —dijo—. Tal vez no.

—Es más de lo que tenía hace un minuto —dijo. Le hice un gesto a Thomas—. Vámonos.

—Dresden —dijo Demeter cuando salíamos por la puerta.

Me detuve.

—Gracias. Por encargarse de Torelli. Le hubiera hecho a mis chicas cosas desagradables.

La miré un instante y asentí.

Entonces Thomas y yo nos dirigimos a los suburbios.

Los intereses comerciales de Marcone eran vastos y variados. Debían serlo para poder lavar tanto dinero. Poseía restaurantes, empresas, negocios de importación y exportación, firmas de inversión, negocios financieros de toda índole y empresas constructoras.

Sunset Point era uno de esos bultos enconados sobre la faz de la tierra: una subdivisión. Ubicada media hora al norte de Chicago, aquellos terrenos albergaron una vez un pequeño y agradable bosque sobre las colinas engarzadas, además de un diminuto río. Los árboles fueron talados y las colinas allanadas, dejando expuesta la tierra desnuda. El pequeño río se convirtió en un canalillo cenagoso. Bajo el manto de nieve, aquel lugar parecía tan llano, blanco y estéril como el interior de un frigorífico nuevo.

—Mira esto —le dije a Thomas al tiempo que hacía un gesto hacia las casas, cada una de ellas situada en bloques cuyos cimientos estaban separados apenas por la anchura de un sello de correos—. ¿La gente paga para vivir en sitios así?

—Tú vives en el sótano de una casa de huéspedes —dijo Thomas.

—Yo vivo en la gran ciudad y alquilo —dije—. Casas como estas valen varios cientos de miles de dólares, si no más. Las pagan en treinta años.

—Son casas bonitas —dijo Thomas.

—Son jaulas bonitas —respondí—. No hay espacio a su alrededor. Nada vivo. Los lugares como este convierten a los hombres en jerbos. Vuelven a casa y se escabullen dentro. Se quedan allí hasta que no tienen otro remedio que salir a trabajar para pagar la hipoteca de su hábitat de jerbo.

—Y aun así son mucho más agradables que tu apartamento —dijo Thomas.

—Totalmente.

El Hummer se detuvo crujiendo en la nieve y Thomas miró enfurruñado por el parabrisas.

—Maldita nieve. Apenas puedo divisar dónde están las calles.

—Limítate a no empotrarte en la sala de estar de alguien —dije—. Pasamos la veintitrés hace un momento. Estamos cerca.

—¿Calle, plaza, parque, manzana o avenida?

—Glorieta.

—Malditos callejones sin salida. —Arrancó de nuevo y condujo con cuidado—. Allí —dijo señalando un cartel que surgió entre la bruma—. ¿Ese?

—Sí. —Junto a la señal retocada había otra estándar declarando la manzana veinticuatro una calle sin salida.

—Malditos presagios —murmuré.

—¿Qué dices?

—Nada.

Nos desplazamos a través de la turbiedad gris y blanca de la densa nevada. Una radiante luz sin origen aparente se reflejaba procedente de los miles de millones de cristales de hielo. El motor del Hummer era un ronroneo apenas audible. En comparación, el crujido de los neumáticos en la nieve causaba un terrible escándalo. Pasamos por delante de media docena de casas modelo, todas ellas preciosas y vacías, en las que la nieve se acumulaba alrededor de las ventanas haciendo que parecieran las cuencas de los ojos de un cráneo semienterrado.

Algo no andaba bien. No hubiera sido capaz de decir qué era exactamente, pero sin embargo lo sentía tan claramente como a la madera tallada del bastón que agarraba en mis manos.

No estábamos solos.

Thomas también lo sintió. Introdujo un brazo detrás del asiento del conductor y con un movimiento fluido extrajo la espada de su vaina. Se trataba de un viejo sable de la Caballería de los Estados Unidos que había utilizado en una serie de ocasiones comprometidas, junto a otro juguete más reciente al que se había aficionado, un cuchillo de hoja curvada llamado kukri, similar al que llevaban los gurkhas.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz baja.

Cerré los ojos un momento, Me concentré en mis sentidos arcanos, tratando de detectar cualquier energía que se pudiera estar moviendo a nuestro alrededor. La nieve que caía atenuaba mis percepciones mágicas tanto como mis sentidos físicos.

—No estoy seguro —dijo en voz baja—. Pero sea lo que sea, no cabe duda de que sabe que estamos aquí.

—¿Cómo quieres jugar las cartas si empieza la partida?

—No tengo nada que demostrar —le dije—. Voto por correr como niñas pequeñas.

—Me vale. Pero que Murphy no te oiga hablar así.

—Sí. Se pone demasiado sensible cuando se hace referencias a cosas pequeñas.

Mis hombros se agarrotaron por la tensión a medida que Thomas desplazaba la furgoneta hacia delante, despacio y con cuidado. Detuvo el coche junto a la última casa de la calle. Tenía aspecto de acabada. En el jardín, los arbustos asomaban con tristeza a través de la nieve. Había cortinas en las ventanas y marcas tenues de huellas de neumáticos, no del todo cubiertas por la nieve nueva, remontaban por el camino y terminaban en el garaje cerrado.

—Hay alguien tras la tercera ventana —dijo Thomas en voz baja—. Le he visto moverse.

Yo no había visto nada, pero el depredador sobrenatural con un puñado de sentidos preternaturales aguzados era él, no yo. Asentí para hacerle ver que le había oído y observé el terreno alrededor de la casa. La nieve estaba intacta.

—Somos los primeros visitantes —dije—. Es probable que alguien se esté poniendo nervioso.

—¿Hombres armados?

—Es probable —dije—. La mayoría de la gente de Marccone lo está. Vamos.

—¿No quieres que espere aquí?

Sacudí la cabeza.

—Hay algo más aquí afuera. Puede que no sea nada, pero en el coche serías un pato para cualquier cazador. Tal vez si hubieras comprado la versión blindada...

—Cua, cua, cua —dijo Thomas.

—Mantengamos la calma y la cordialidad —dije. Abrí la puerta del Hummer y salí a la nieve, que me cubrió hasta las rodillas. Me aseguré de no moverme demasiado rápido y mantuve las manos a la vista. Al otro lado del Hummer, Thomas hizo lo mismo.

—¡Hola, los de la casa! —exclamé—. ¿Hay alguien? —Mi voz tenía ese timbre plano particular que solo se da cuando hay mucha nieve, casi como si estuviera dentro—. Me llamo Dresden. He venido a hablar.

Silencio. La nieve comenzaba a empaparme los zapatos y los vaqueros.

Thomas giró bruscamente la cabeza hacia el final de la pequeña calle, donde la subdivisión terminaba y comenzaban los bosques que serían la próxima víctima de las apisonadoras. Contempló intensamente los árboles durante un momento.

—Están en los árboles —me informó en voz baja.

Se me erizó el vello de la nunca y deseé con vehemencia que fuera lo que fuera lo que había allí no tuviera una pistola.

—¡No he venido a buscar problemas! —grité hacia la casa. Levanté dos dedos y añadí—: Palabra de Boy Scout.

Esta vez vi la cortina agitarse y capté un vago movimiento detrás de ella. La puerta interior de la casa se abrió.

—Entre. Las manos donde pueda verlas —dijo la voz de un hombre.

Le hice un gesto de cabeza a Thomas. Levantó la mano donde tenía las llaves del coche y la apuntó hacia el Hummer. Sonó un chirrido metálico y las puertas se cerraron. Rodeó el vehículo con el cinto de la espada colgado del hombro. Yo me abrí paso hacia el porche delantero entre la nieve y de paso me limpié todo el polvo que pude de la parte inferior de mi cuerpo, una mera excusa para preparar mi brazalete escudo. No tenía intención de atravesar un umbral oscuro sin tomar precauciones. Interpretar para el pistolero que hubiera dentro el papel de pato de caseta de tiro de feria no era una buena idea. Cuando entré levanté ante mí el escudo, silente e invisible.

—Pare ahí —graznó la voz de un hombre—. Deje el bastón. Enséñeme las manos.

Apoyé el bastón en la pared e hice lo que me pedía. Reconocería aquella voz en cualquier parte.

—Hola, Hendricks.

Un hombre enorme surgió de la oscuridad de la siguiente habitación, sosteniendo en las manos una pistola antidisturbios de la policía que en semejantes zarpas parecía un juguete. Tenía la construcción de un toro y se podría decir que cualquier parte de su anatomía era robusta y dura como una roca, sobre todo si lo primero en que uno se fijaba era en su cráneo. Se acercó lo bastante para que pudiera verle la casi rapada cabellera pelirroja.

—Dresden, hágase a un lado.

Lo hice, y la escopeta apuntó a mi hermano.

—Tú, vampiro. Baja la espada. Los dedos detrás de la cabeza.

Thomas puso los ojos en blanco.

—¿Por qué él no ha tenido que poner las manos detrás de la cabeza? —se quejó.

—Con él da lo mismo —contestó Hendricks. Sus ojos rasgados y pequeños se giraron hacia mí como un nido de ametralladoras—. ¿Qué es lo que quiere?

Nunca imaginé que oiría a Hendricks decir una frase completa, menos aun juntar varias seguidas. Era algo desconcertante, como si Míster desarrollara de repente la habilidad de abrir por sí mismo las latas de comida. Tardé un segundo en recuperarme de mi bache mental.

—Ah —dije—. Quiero... —Me di cuenta de lo estúpido que iba a sonar. Apreté los dientes y lo solté rápido—: Quiero ayudar a su jefe.

Sonó un chasquido en la pared, un altavoz cobrando vida.

—Haz subir al mago —dijo la voz de una mujer.

Hendricks gruñó.

—¿Está segura?

—Hazlo. El vampiro se queda abajo.

Hendricks volvió a gruñir y ladeó la cabeza hacia la derecha.

—Al fondo y por las escaleras, Dresden. Muévase.

—Harry —dijo Thomas en voz baja.

—Tú no, guapito. Quieto. O los dos os vais de aquí.

—Está bien —le dije a mi hermano por lo bajo—. Me siento mejor si alguien en quien confié está guardando la puerta. Por si acaso aparece alguien. —Miré de soslayo en dirección a los árboles donde Thomas dijo ver algo acechando.

Sacudió la cabeza.

—Lo que tú digas. —Se apoyó en la pared de manera casual y relajada, con las manos en la cabeza a modo de almohada para su cráneo.

Pasé rozando a Hendricks.

—Cuidado con esa arma. Si le hace daño va a pasarlo muy mal, Hendricks —dije

sin aminorar la marcha ni mirar atrás.

Hendricks me ignoró. Me dio la sensación de que era su mejor táctica conversacional.

Noté un par de detalles al subir por las escaleras. Primero, la alfombra era incluso más barata que la mía, lo que por alguna oscura razón me dio cierta confianza.

Segundo, había manchas de sangre en ella. Muchas.

En lo alto de las escaleras encontré más manchas, incluso un chorretón en la pared. Las seguí hasta uno de los tres dormitorios del nivel superior de la casa. Me detuve y llamé con los nudillos.

—Entra, Dresden —dijo la voz de una mujer.

Lo hice.

La señorita Gard yacía en la cama. La habían acercado a la ventana para que pudiera mirar y tenía cerca de ella un pesado rifle de asalto de un diseño que no reconocí. El mango de madera de un hacha de doble hoja estaba apoyado en la cama, al alcance de su mano. Gard era rubia, alta, atlética y, aunque no era precisamente guapa, era una mujer deslumbrante de facciones bien definidas, gélidos ojos azules y complexión de deportista.

Además, estaba empapada en sangre.

Literalmente. Al igual que la cama bajo ella. Llevaba la camisa abierta, lo que dejaba al descubierto un sujetador deportivo negro y una larga herida que le recorría el estómago, justo debajo del ombligo. Unas protuberancias fibrosas rojas y grisáceas sobresalían un poco de la herida.

Mi estomago dio un vuelco y tuve que apartar la vista.

—Por dios bendito —dijo la señorita Gard con la voz tranquila y ronca. Su rostro estaba pálido—. Parece que nunca has visto a nadie destripado.

—Solo siento alivio —dije. Meforcé a mirarla—. Es la primera vez hoy que me encuentro a alguien con peor aspecto que yo.

Me brindó una fugaz sonrisa cansada.

—Necesitas un médico —añadí.

Sacudió la cabeza.

—No.

—Sí —insistí—. Lo necesitas. Me sorprende que no hayas muerto ya desangrada. Piensa lo que le costaría a Seguridad Monoc sustituirte.

—No les hará falta. Me pondré bien. La compañía tiene un seguro muy bueno. —Cogió de la cama un pequeño tubo de lo que parecía un potente pegamento de estructuras—. No es la primera vez que me sacan las tripas. No es divertido, pero saldré de esta.

—Maldita sea —dije verdaderamente impresionado—. ¿Hay alguna oferta de trabajo disponible?

Mi pregunta sacó a relucir otra fugaz sonrisa.

—No creo que te ajustes al perfil de nuestros empleados.

—Estoy cansado de que ese hombre no me valore —me lamenté.

Gard sacudió la cabeza, cansada.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Demeter —dije.

Levantó una ceja dorada.

—Supongo que no debería sorprenderme, aunque se lo advertí. Es demasiado confiado.

—¿Marcone demasiado confiado? —Abrí mucho los ojos—. Querida señorita, si piensas eso eres una paranoica de campeonato.

—No es paranoia, solo experiencia. Una casa segura no es segura si no es secreta. —Bajó la mano y presionó los dedos ensangrentados contra un amasijo de tripas para remeterlas de nuevo en la herida. Siseó de dolor, pero no permitió que algo tan nimio como un órgano interno se interpusiera en nuestra conversación—. ¿La amenazaste?

—Oh, básicamente me limité a decirle que quería ayudar a Marcone.

Levantó el tubo de pegamento de aviones y echó un poco en cada extremo de la zona donde se había remetido las tripas. Sangró un poco más. Me di cuenta de que varios centímetros de la herida ya estaban cerrados y sellados.

—¿Te dio su palabra? —preguntó Gard.

—Oh, sí, pero... —No lo aguantaba más—. Mira, ¿podrías no hacer eso mientras hablamos? Me resulta un poco difícil concentrarme en la conversación.

Apretó los bordes de la herida, soltando una maldición susurrante en una lengua que no entendí.

—¿Sabes que esta clase de pegamento fue desarrollada para servir como sutura de emergencia en el campo de batalla? —dijo.

—¿Sabes que estás a punto de averiguar lo que desayuné esta mañana? —repliqué.

—No sé si es verdad —continuó—. Lo vi en una película. Una de hombres lobo, maldita sea. —Expulsó el aire y apartó las manos lentamente de la herida. Otros cinco o seis centímetros de carne arrugada parecían ahora unidos. El aspecto de Gard era horrible, su rostro estaba contraído por el dolor y tenía un tono grisáceo en la piel.

—¿Por qué, Dresden? ¿Por qué buscas a Marcone?

—¿La versión corta? Si no lo hago me cuesta el culo.

Me escudriñó.

—¿Es algo personal?

—Bastante. Te daré mi palabra, si quiere.

Sacudió la cabeza.

—No es... de tu palabra de lo que dudo. Siempre... ha sido buena. —Cerró los

ojos por el dolor y jadeó unos segundos—. Pero necesito algo de ti.

—¿Qué?

—El Consejo Blanco —balbuceó—. Quiero que demandes al Consejo Blanco el rescate de Marcone.

Parpadeé.

—Eh... ¿qué?

Hizo una mueca y empezó a introducir otros cuatro o cinco centímetros de intestino de vuelta en su abdomen.

—Los Acuerdos han sido rotos. Se debe lanzar un desafío. Invocar un emisario. Como centinela —jadeó un momento y se puso el pegamento en su lugar—, posees la autoridad para hacerlo.

Se le resbalaron los dedos y la herida volvió a abrirse. Palideció del dolor.

—Maldita sea, Sigrun —dije, más conmovido por su dolor que por su estado, y me acerqué para ayudarla—. Quitá las manos.

Cuando lo hizo, me las arreglé para cerrar un poco más la herida y así darle al oloroso pegamento la oportunidad de unir la carne.

Se esforzó en sonreírme.

—Traba... trabajamos bien en el festival de la cerveza. Eres un profesional. Respeto eso.

—Seguro que le dices lo mismo a todos los tipos que te pegan el estómago.

—Llama al Consejo —dijo Gard—. Lanza el desafío.

—Tengo una idea mejor —dije—. Dime dónde está Marcone, iré a por él, lo traeré a casa y todo esto terminará.

Empezó a remeter el siguiente pedazo de intestino, mientras yo esperaba con el pegamento.

—No es tan simple. No sé dónde está.

Lo pillé.

—Pero sabes quién lo capturó.

—Sí, otro firmante de los Acuerdos, igual que lo es ahora Marcone. Yo no tengo autoridad para desafiar sus acciones, pero tú sí. Es posible que pueda exponerlos, someterles a la presión de los demás firmantes de los Acuerdos.

—Oh, claro —dije al tiempo que extendía el pegamento—. Al Consejo le encantará que uno de sus miembros más jóvenes arrastre a la organización entera a una lucha que no es suya.

—Eso se te da bien, ¿verdad? —espetó Gard—. No es que sea la primera vez.

Mantuve la herida cerrada, esperando que el pegamento hiciera su trabajo.

—No puedo —dije en voz baja.

Estaba respirando demasiado rápido, demasiado fuerte. Me resultaba difícil que no se separara la piel.

—Lo que tú... tú digas... ay. Después de todo... es tu culo el que... está en juego.

Hice una mueca y retiré los dedos lentamente, asegurándome de que la herida permanecía cerrada.

—No puedo negar eso —dije. Entonces la miré—. ¿Quién es? —pregunté—. ¿Qué firmante de los Acuerdos se ha llevado a Marcone?

—Ya te los has encontrado en una ocasión —dijo Gard.

De repente, Thomas gritó desde abajo.

—¡Harry!

Me volví hacia la puerta justo cuando la ventana detrás de mí estalló en una lluvia de cristales. Las capas de hechizos de mi abrigo de cuero rechazaron los pedazos, pero sentí un par de punzadas cálidas en el cuello y la oreja causadas por los cortes. Traté de darme la vuelta y me dio la impresión de que algo me saltaba a la cara. Lo aparté de un manotazo mientras me agachaba y acto seguido salté torpemente hacia atrás para apartarme del intruso.

Este aterrizó en cuclillas sobre la cama, clavando un pie en el vientre herido de la desamparada Gard. Era una criatura apenas más grande que un niño, roja y negra, vagamente humanoide en sus formas, pero recubierta de la quitina de los insectos. Los ojos eran demasiado grandes para la cabeza, multifacéticos, y los brazos terminaban en algo similar a las pinzas dentadas de una mantis religiosa. Unas alas membranosas revoloteaban en su espalda emitiendo un zumbido bajo y exasperante.

Y aquello no era lo que daba miedo.

Sus ojos brillaban con un fuego interior, una especie de fulgor rojo naranjado, e inmediatamente sobre el primer par de ojos otro ardía con una enfermiza luminiscencia verde, parpadeaba y se enfocaba de forma independiente al primero. Un sigilo de escritura angelical relucía en la quitina de la frente del insecto o lo que fuera.

De repente deseé con todas mis fuerzas que mi bastón no estuviera a seis metros de mí con un tramo de escaleras de por medio. Igual daría que estuviera en la luna, me iba a valer para lo mismo.

Sin darme tiempo a regodearme en aquella idea, el caballero del Denario Negro abrió sus fauces insectoides, dejó escapar un estridente grito de rabia y se abalanzó contra mi cara.

13

En algún momento anterior de mi vida, un maniaco metamorfoseado y poseído que apareciera rompiendo una ventana y tratara de arrancarme la cara me hubiera resultado una enorme y desagradable sorpresa.

Aquello era cosa del pasado.

Me había pasado varios años observando desde la barrera la guerra sobrenatural entre el Consejo Blanco de magos y las Cortes Vampíricas. Solo en los últimos tiempos me había involucrado directamente. Los magos que van a la lucha sin estar preparados tienden a no volver a casa. O lo que es peor, la gente que depende de su protección acaba resultando herida.

La segunda regla más importante del combate mágico es simple: no dejes que te toquen.

Ya sean vampiros, ogros o cualquier otra clase de monstruo horrendo, si logran acercarse lo suficiente, la mayoría de los seres de este negocio pueden hacerte cosas espantosas, tal como le había demostrado a mi nariz un miembro menor del clan bronco la noche anterior.

La primera regla del combate mágico es también simple: estar preparado.

Los magos podemos, potencialmente, ejercer un poder tremendo contra cualquier cosa que nos ataque, siempre que estemos preparados para usar ese poder. El problema es que las cosas que vienen a por nosotros también son conscientes de ello, así que su táctica predilecta es la emboscada. Los magos tienen una vida larga, pero no estamos hechos a prueba de roturas. Tienes que ser previsor con el fin de tener tiempo suficiente para actuar en el fragor de la acción.

Yo me había preparado para ocasiones como esta y había enseñado a prepararse a jóvenes magos incluso con menos experiencia que yo.

La bobina de la cadena de acero del bolsillo de mi abrigo salió sin problemas, no en vano había practicado miles de veces el desenfunde, y azoté con un extremo el rostro de la mantis religiosa.

Era más rápida que yo, por supuesto. Por lo general suelen serlo. Aquellas dos tenazas se aferraron al extremo de la cadena. Las mandíbulas de la mantis religiosa se clavaron en ella y la criatura me la arrancó de las manos con un movimiento rápido como un rayo de su cabeza y de la parte superior del cuerpo.

En realidad fue algo positivo. La mantis no había tenido tiempo de darse cuenta de dos detalles importantes acerca de la cadena: en primer lugar, que estaba revestida totalmente de cobre.

En segundo, que un enchufe eléctrico estándar estaba unido al otro extremo.

Coloqué los dedos en la toma de corriente más cercana y ladré:

—¡Galvineus!

El enchufe se lanzó hacia la toma como una serpiente al ataque y entró en su lugar.

Las luces parpadearon y todo quedó a oscuras. El denario dio un brusco respingo en el aire para luego volver a caer, volteándose y temblando como loco. La electricidad había obligado a los músculos de sus mandíbulas y tenazas a contraerse y le era imposible liberarse de la cadena. Empezó a surgir un humo acre desde diversos puntos de su caparazón.

—¡Mago! —gruñó Gard. Agarró el mango de madera de su hacha y lo lanzó débilmente hacia mí. De abajo llegaban gritos y el estruendo de una escopeta. Era ruido de fondo, información poco importante. Lo único que me importaba estaba delante de mí.

El hacha rebotó y me golpeó la pierna, pero mi guardapolvos impidió que me cortará. La cogí —pesaba una barbaridad—, la levanté y la bajé contra el denario como si estuviera cortando leña.

El hacha penetró en el tórax de la mantis. Las convulsiones de la cosa me arrebataron el arma de las manos y de paso sacaron el enchufe de la pared.

La cabeza de la mantis latigüeo hacia mí y el bicho volvió a gritar. Se sacó el hacha del cuerpo y se puso de pie en un instante.

—¡Apártate! —bramó Gard.

Lo hice, me eché a un lado y me agazapé.

La mujer herida vació el rifle de asalto apoyado en su cadera a un metro de distancia de la mantis religiosa. Dos o tres segundos de ensordecedor estruendo.

Las palabras no pueden expresar la que se formó. Baste con decir que costaría más quitar las manchas de pus que arreglar las paredes, el suelo y el techo.

Gard resopló y el rifle vacío se le escapó de los dedos. Se estremeció y se apretó las manos contra la barriga.

Me puse a su lado y la cogí en brazos tratando de no tensionarle el estómago. Pesaba bastante. No era un luchador de sumo ni nada parecido, pero descalza medía uno ochenta y poseía una masa muscular fuera de lo común. Era al menos tan pesada como Thomas. Gruñí por el esfuerzo, la acomodé en mis brazos y me dirigí a la puerta.

Gard dejó escapar un pequeño gemido parecido al croar de una rana y brotó más sangre de su herida. Leves punzadas de dolor simpático recorrieron mi propio vientre. Se le habían puesto los ojos en blanco. Hizo falta bastante para superar el evidente umbral de dolor de Gard, pero parecía que la visita del denario y la actividad que este le había impuesto lo consiguió por fin.

El día no podía ponerse más inquietante.

Hasta que la masa aplastada que había sido el denario comenzó a temblar y moverse.

—¡Eh, tienes que estar de broma! —grité.

Donde antes había un bicho grande, ahora había miles de pequeñas criaturas con apariencia de mantis. Todas ellas comenzaron a desplazarse hacia el centro de la habitación para apilarse en dos montículos que poco a poco comenzaron a adoptar la forma de unas patas de insecto.

La escopeta de la planta baja volvió a rugir y se aproximaron unos pasos apresurados.

—¡Harry! —gritó Thomas. Apareció al pie de las escaleras, espada en mano, mientras yo me apresuraba hacia la puerta, todavía portando a Gard.

—¡Tenemos compañía! —le dije. Comencé a bajar las escaleras tan rápida y cuidadosamente como pude.

—Creo que hay tres más aquí abajo —dijo Thomas, dándome paso. Reparó en la presencia de Gard—. Mierda.

Un cadáver yacía en el suelo del vestíbulo de entrada. Era negro, peludo y grande. Poco más se podía decir sobre él. La parte superior de su cabeza había desaparecido y presumiblemente formaba parte del salpicón en la pared opuesta. Sus entrañas se derramaban a ambos lados de su cuerpo, echando vapor en el aire frío que entraba por la destrozada puerta de entrada. Hendricks estaba agachado en la sombría sala de estar, cubriendo la entrada con su escopeta.

Algo raspó las tablas del techo encima de nosotros.

—¿Qué es eso? —preguntó Thomas.

—Una mantis religiosa gigante y demoniaca arrastrándose por el suelo.

Thomas parpadeó.

—Es solo una conjetura —le dije.

—¿Cómo está? —gruñó Hendricks refiriéndose a Gard.

—No muy bien —le dije—. Este es un mal lugar para quedarse. No hay defensa, ni siquiera un umbral con el que trabajar. Tenemos que irnos.

—No deberíamos moverla —dijo Hendricks—. Podríamos matarla.

—No moverla es lo que la matará —repliqué—. Y a nosotros también.

Hendricks se me quedó mirando, pero no discutió.

Thomas ya se había metido la mano en el bolsillo. Estaba tenso, sus ojos cambiaban de tono, intranquilos, tal vez intentando realizar un seguimiento de las cosas que oía moverse fuera. Sacó el llavero del coche y lo sostuvo entre los dientes. Luego tomó el sable en una mano, la monstruosa Desert Eagle en la otra y empezó a tararear la canción *Froggy Went A-Courting* por lo bajo.

El cuerpo de Gard era un peso muerto y la cabeza le colgaba inerte. Me las veía y me las deseaba para evitar que se me cayera.

—Hendricks —dije al tiempo que señalaba con la cabeza hacia Gard.

Sin decir palabra, dejó la escopeta a un lado y cogió a la mujer. Me fijé en sus

ojos cuando lo hizo, afectados por la preocupación y el miedo, y no precisamente por su propia integridad. La cargó con mucha suavidad, algo que nunca le hubiera imaginado haciendo.

—¿Cómo sé que no van a echar a correr y nos van a dejar atrás para que nos destrocen?

—No puede saberlo —le dije con sequedad. Recogí mi bastón—. Quédese si quiere. Estas cosas les matarán a los dos, se lo garantizo. O bien pruebe suerte con nosotros. Es decisión suya.

Hendricks me miró un momento, pero cuando contempló a la mujer inconsciente en sus brazos, el rocoso ceño fruncido se desvaneció. Asintió una sola vez.

—Harry —dijo Thomas—. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

—Vamos directos a tu buque petrolero —dije—. Por lo de la distancia más corta entre dos puntos y eso.

—Tendrán la entrada cubierta —dijo Thomas.

—Eso espero.

—Bien —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Si el plan está tan claro...

Los pasos cruzaron el pasillo sobre nosotros y se detuvieron en las escaleras.

La pistola de Thomas giró hacia ellos. Yo no, mi labor era cubrir la entrada.

Una voz parecida a las cuerdas de un violín desafinado tocadas por la piel podrida de una cobra descendió por las escaleras.

—Mago.

—Te escucho —dije.

—La situación puede ser resuelta sin mayor confrontación. ¿Estás dispuesto a dialogar?

—¿Por qué no? —respondí. No aparté los ojos de la puerta.

—¿Tengo tu palabra de salvoconducto?

—La tienes.

—Entonces tienes la mía —respondió la voz.

—Lo que tú digas —dije. Bajé la voz hasta un susurro que estaba seguro que solo Thomas sería capaz de oír—. Atento. Intentarán algo en cuanto tengan ocasión.

—¿Entonces por qué darles ocasión de hacerlo? —murmuró Thomas.

—Porque si hablamos, podríamos averiguar algo importante. Es complicado interrogar a un cadáver. Cámbiate conmigo.

Nos intercambiamos las posiciones. Mantuve el bastón apuntado a las escaleras a medida que la mantis bajaba y se agachaba en el peldaño más alto que podía ocupar sin perder el contacto visual con el pasillo de entrada. Parecía en buena forma a pesar de que el rifle de Gard la acababa de convertir en carne de hamburguesa.

Se agachó con un movimiento grotesco y extraño y ladeó la cabeza hasta ponerla casi en horizontal, sin dejar de minarnos, primero hacia un lado, luego al otro.

Entonces se le infló el estómago. Durante un segundo pensé que iba a vomitar, ya que comenzó a salirle un moco amarillo y rosa de la boca. Pasado un segundo, sin embargo, levantó aquellas tenazas similares a garras y se agarró la cabeza para echársela hacia atrás, lejos del moco, con un movimiento grotescamente parecido a alguien poniéndose un chaleco de cuello vuelto demasiado pequeño. Un rostro humano surgió entre los mocos y la porquería mientras el caparazón partido de la cabeza le caía por el pecho y la espalda.

La denaria que apareció ante nosotros parecería una muchacha de unos quince años si no fuera por su cabello, gris plateado, corto y pegado al cráneo. Tenía unos enormes y preciosos ojos verdes, el rostro en forma de corazón y un mentón suave y afilado. Su piel era pálida y lisa, los pómulos altos, los rasgos bellos y simétricos. El segundo par de ojos verdes y el sigilo de escritura angelical todavía brillaban vagamente en su frente.

Desplegó una lenta sonrisa.

—No esperaba la cadena. Pensaba que el fuego y la fuerza eran tus armas preferidas.

—Estabas encima de alguien que conozco —dije—. No me apetecía quemarla o empotrarla contra la pared.

—Una idiotez —murmuró la chica.

—Sigo vivo.

—Pero yo también.

—Tienes cinco segundos para ir al puto grano —dije—. No voy a dejar que ganes tiempo mientras tus colegas toman posiciones.

La chica mantis entornó los ojos. Los dos verdes en su frente hicieron lo propio. Daba cosita. Señaló con la cabeza a Hendricks y Gard.

—El asunto va con ellos, no contigo. Oh, centinela del Consejo Blanco, entrégamelos y vete en paz. Una vez muertos, reuniré a mis compatriotas y nos marcharemos de la ciudad sin causar daño a ningún inocente.

Gruñí.

—¿Y si yo los necesito con vida?

—Si lo deseas, puedo esperar a que les interrogues.

—Sí, eso quiero, a ti vigilando por encima de mi hombro.

Levantó una garra.

—Te doy mi solemne palabra. Ni tú ni tu acompañante sufriréis daño alguno.

—Tentador —dije.

—¿He de añadir también una recompensa material? —preguntó la Chica Mantis—. Te pagaré doscientos mil, en efectivo.

—¿Por qué demonios harías eso?

Encogió un hombro.

—Mi disputa es con el barón advenedizo y sus súbditos, no con el Consejo Blanco. Preferiría demostrar mi respeto hacia tu gente, en lugar de causar un altercado innecesario con ellos a causa de tu muerte.

—Ajá.

Su sonrisa ganó en intensidad.

—Si te apetece, podría ofrecerte a entretenerme, una vez el negocio esté acabado.

Estallé de risa.

—Oh —dije sin parar de reír—. Oh, oh, oh. Eso tiene gracia.

Parpadeó y me miró, sin comprender.

Su expresión me hizo reír con más fuerza.

—Quieres... quieres que... demonios, ¿crees que no sé lo que le pasa al compañero de una mantis cuando terminan de hacerlo?

Sacó los dientes de pura rabia. Eran brillantes y negros.

—Quieres que confíe en ti —continué sin parar de reír—, y crees que ofreciéndome un poco de oro y de mambo vas a conseguirlo. Dios, eres tan mona que me haría un llavero contigo y te guardaría en el bolsillo.

—No me niegues lo que es mío, mago —escupió—. Voy a tenerlos en cualquier caso. Haz un pacto conmigo y lo cumpliré.

—Sí —dije—. He visto el modo en el que tu gente cumple sus pactos. Deja que te haga una contraoferta. Entrégame a Marcone sano y salvo y vete de la ciudad, ahora mismo. Entonces te dejaré vivir.

—Supongamos que tu oferta me satisface. ¿Por qué iba a creer que nos permitirías ir en paz?

Le dediqué una leve sonrisa y parafraseé a un amigo muerto:

—Porque sé lo que vale tu palabra, denaria. Y tú sabes lo que vale la mía.

Me miró un momento.

—Lo consultaré con mis compañeros y regresaré en cinco minutos.

Agaché ligeramente la cabeza. Ella me devolvió el gesto y comenzó a subir de nuevo por las escaleras.

Desapareció de la vista. Se oyeron cristales rotos en algún lugar de arriba.

Entonces una mancha difuminada roja y negra bajó a toda velocidad hacia nosotros por las escaleras, acompañada de un coro de gritos demoniacos procedentes del exterior.

La traición no funciona bien cuando el otro la espera. Yo tenía el hechizo listo desde el momento que la mantis se dio la espalda. La chica no había llegado todavía al pie de las escaleras cuando la apunté con mi bastón y bramé:

—¡Forzare!

Un martillo de pura energía cinética chocó contra ella. Salió volando por donde había venido y cuando llegó a la parte superior de las escaleras continuó por los aires

hasta estrellarse en la pared de la casa causando un tremendo crujido.

No había tiempo que perder. Algo cargó a través de la puerta de entrada y se topó con la espada y la pistola de Thomas. No le eché un buen vistazo, pero me pareció ver unos cuernos en espiral y algo parecido a escamas verdes. Reuní mi voluntad, apunté el bastón a la pared frontal de la casa y murmuré:

—Forzare. —Al decir la palabra envié un pulso lento de movimiento. Dejé que la energía presionara la pared frontal de la casa y luego le insuflé más para convertirla en una única superficie dura de impacto.

Luego me eché hacia atrás y desaté por fin toda aquella energía.

—¡Forzare! —rugí a pleno pulmón. Liberé todo lo que tenía en una descarga de energía que impactó en la placa de fuerza que ya había creado. Se produjo un enorme estruendo de madera y acero y la pared frontal de la casa explotó y perdió su estructura.

Las voces demoniacas aullaron. Vi a Thomas aprovecharse de la distracción para dar mandoblazos con su espada y cortar a sus enemigos a rodajas. Los denarios retrocedían gritando doloridos.

—¡Maldita sea! —me gritó Thomas—. ¡El coche es nuevo!

—¡Deja de quejarte y vámonos! —le grité yo, siendo consecuente con mis palabras y mis acciones. Al derrumbarse la pared frontal de la casa los escombros formaron una ola que cubrió de escombros el capó del Hummer. En algún lugar bajo los restos se oía a los denarios tratando de liberarse.

Llegamos a toda prisa al Hummer y nos metimos dentro. Thomas lo arrancó justo cuando la chica mantis apareció desde las alturas y aterrizó en el capó del vehículo causando una gran abolladura.

—¡Maldita sea! —espetó Thomas. Arrancó el Hummer marcha atrás y condujo mientras vaciaba la pistola en la chica mantis. De su cuerpo surgían chorros de formas insectoides en lugar de sangre, pero le dolía bastante a juzgar por los gritos. Cayó del capó y desapareció.

Thomas dio la vuelta y regresamos a la carretera bajo la densa nevada.

Nos desplazamos en silencio varios minutos mientras nuestros latidos bajaban el ritmo y la adrenalina causada por el miedo se disipaba.

—No creo que hayamos averiguado mucho —dijo Thomas.

—Y una mierda —repliqué.

—¿El qué?

—Sabemos que hay más de cinco denarios en la ciudad. Y sabemos que son los firmantes de los Acuerdos que aparentemente se oponen al reciente ascenso de Marccone.

Thomas gruñó al comprender.

—¿Y ahora qué?

Sacudí la cabeza, cansado. El último hechizo había sido agotador.

—¿Ahora? Creo... —giré la cabeza y estudié a la inconsciente Gard—. Creo que será mejor llamar al Consejo.

Ahora que ya no tenía a uno, sino a dos grupos de seres sobrenaturales yendo detrás de mí y con una razón convincente para hacerlo, mis opciones se habían limitado. Al final, solo me quedaba un lugar donde llevar a Gard y Hendricks sin poner en peligro vidas inocentes: la iglesia de Santa María de los Ángeles.

Razón por la cual le dije a Thomas que nos llevara a la casa de los Carpenter.

—Sigo creyendo que esto es una mala idea —dijo Thomas en voz baja. Las máquinas quitanieves trabajaban a destajo, pero de momento apenas aguantaban el ritmo de la tempestad para asegurar las rutas de los hospitales. En algunas zonas, las calles parecían trincheras de la Primera Guerra Mundial, la nieve se apilaba a ambos lados en montículos de la altura de un hombre.

—Los denarios saben que utilizamos la iglesia como casa segura —comenté—. Estarán vigilándola.

Thomas gruñó y comprobó el espejo retrovisor. Gard seguía inconsciente pero respiraba. Hendricks iba con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. No podía culparle. Yo no había estado cuidando a un camarada herido toda la noche y aun así también tenía ganas de echarme una siesta.

—¿Qué eran esas cosas? —preguntó Thomas.

—Los caballeros del Denario Negro —contesté—. ¿Recuerdas la espada de Michael? ¿El clavo de su empuñadura?

—Claro —dijo Thomas.

—Hay otras dos iguales —dije—. Tres espadas. Tres clavos.

Thomas entornó los ojos.

—Espera. ¿Esos clavos? ¿Los de la Crucifixión?

Asentí.

—Claro.

—Y esas cosas eran, ¿qué? ¿Las fuerzas rivales de Michael?

—Sí. Cada uno de esos denarios chiflados posee una moneda de plata.

—Tres monedas de plata —dijo Thomas—. Lo digo por decir.

—Treinta —le corregí.

Thomas casi se atraganta.

—¿Treinta?

—En potencia. Sin embargo, en estos momentos Michael y los otros tienen varias escondidas.

—Treinta piezas de plata —dijo Thomas, comprendiendo.

Asentí.

—Cada moneda contiene el espíritu atrapado de uno de los caídos. Cualquiera que posea una de las monedas tiene acceso al poder del ángel caído. Lo usan para

metamorfosearse en esas cosas que viste, curar heridas y una gran variedad de cosas divertidas.

—¿Son duros de pelar?

—Pesadillas certificadas —dije—. Muchos llevan vivos tanto tiempo que han desarrollado también un importante talento mágico.

—Ajá —dijo Thomas—. El que vino hacia la puerta no parecía muy fuerte. Feo, eso sí, pero no era Superman.

—Tal vez tuviste suerte —anoté—. Mientras tengan las monedas en su poder, llamarles difíciles de matar es decir poco.

—Ah —dijo Thomas—. Eso lo explica entonces.

—¿Qué? —pregunté.

Thomas se metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo una moneda de plata algo más grande que una de cinco centavos de dólar, ennegrecida por la edad salvo por la forma de un único sello que relucía claramente entre la suciedad.

—Cuando destripé al capitán Feo salió volando esto.

—¡Demonios! —escupí, y me aparté de la moneda.

Thomas dio un respingo por la sorpresa y el Hummer derrapó lentamente en la nieve. Thomas recuperó el control del vehículo sin apartar los ojos de mí.

—Uau, Harry. ¿Qué?

Pegué la espalda a la puerta del Hummer para alejarme todo lo posible de aquella cosa.

—Escucha, solo... no te muevas, ¿vale?

Arqueó una ceja.

—Vale. ¿Por qué no?

—Porque si te roza la piel, estás jodido —dije—. Cállate un momento y déjame pensar.

Los guantes. Thomas llevaba guantes cuando tocó con los dedos la bufanda de Justine. La piel no había estado en contacto con la moneda, si no ya sabría en qué problema se había metido. Bien. Pero la moneda era una amenaza y, con conocimiento de causa, sospechaba que a criatura atrapada dentro de ella era capaz de influenciar de múltiples maneras el mundo psíquico a su alrededor. Tanto como para salir volando de su anterior propietario, por ejemplo, o de manipular de alguna manera a Thomas para que la soltara o la perdiera.

Contención. Tenía que ser contenida. Me rebusqué en los bolsillos. El único contenedor que llevaba encima era un viejo saquito de whisky Crown Royal en el que guardaba mi juego de dados. Guardé los dados en otro bolsillo y abrí el saquito.

Llevaba la mano izquierda enguantada desde hacía tiempo. Mi manaza se había recuperado significativamente de las horribles quemaduras que sufrió varios años antes, pero todavía no tenía un aspecto demasiado agradable. La mantenía tapada

como medida de cortesía para cualquiera que la mirara. Abrí el saquito con dos dedos de la mano izquierda.

—Ponla dentro. Y por el amor de Dios, no la tires ni me toques con ella —dije.

Thomas entornó aun más los ojos. Se mordió el labio inferior y movió la mano con mucho cuidado, hasta que pudo meter el pequeño e inofensivo disco en el saquito de Crown Royal.

En cuanto la moneda estuvo dentro, apreté las cuerdas con fuerza para que se quedara bien cerrado. Entonces metí el saquito en el cenicero del Hummer y cerré el compartimento.

Solo entonces pude respirar tranquilo y me relajé en mi asiento.

—Jesús —dijo Thomas en voz baja. Vaciló durante un momento antes de volver a hablar—: Harry... ¿de verdad es para tanto?

—Es peor —dije—. De momento no se me ocurren otras precauciones que podamos tomar.

—¿Qué me hubiera pasado si la hubiera tocado?

—El caído encerrado dentro hubiera invadido tu conciencia —dije—. Te ofrecería poder, te tentaría. En cuanto te sometieras lo suficiente, serías suyo.

—He podido resistirme a la tentación otras veces, Harry.

—No a una así. —Lo miré con franqueza—. Es un ángel caído, tío. De miles y miles de años de edad, sabe cómo piensa la gente. Sabe como explotar sus debilidades.

—Provengo de una familia en la que todos sus miembros son íncubos o súcubos. Creo que sé un poco sobre tentaciones —replicó. Su tono se había vuelto algo más tajante.

—Entonces deberías saber cómo te atrapan. —Bajé la voz y, amable, añadí—: Podría devolverte a Justine, Thomas. Permitirte volver a tocarla.

Me miró fijamente durante un segundo. Una chispa de salvaje anhelo brillaba en el fondo de sus ojos. Acto seguido, giró la cabeza lentamente hacia la carretera y su rostro adoptó una máscara neutral.

—Oh —dijo por lo bajo. Pasado un momento, añadió—: Tal vez deberíamos deshacernos de esa cosa.

—Lo haremos —dije—. La Iglesia lleva dos mil años luchando contra los denarios. Conocen el procedimiento.

Thomas miró el cenicero un segundo, pero enseguida apartó la vista de él y se encendió al contemplar la abolladura de su Hummer.

—Podrían haber aparecido hace seis meses, cuando conducía un Buick.

Bufé.

—Mientras tengas claras tus prioridades...

—Los acabo de conocer, pero ya odio a estos tipos —dijo Thomas—. ¿Por qué

están aquí? ¿Por qué ahora?

—¿Sin pensarlo mucho? Diría que han venido a cepillarse a Marccone y de paso probarle a los otros miembros de los Acuerdos que los mariquitas mortales no tienen sitio entre nosotros, los tipos raros. Ejem, los superhumanos, quería decir.

—¿Son miembros de los Acuerdos?

—Tendría que mirarlo —dije—. Dudo que firmaran como la Orden de los Psicóticos Poseídos. Sin embargo, por el modo en el que hablaba la chica mantis, parece que sí.

Thomas sacudió la cabeza.

—¿Entonces que sacan de esto? ¿Qué prueban capturando a Marccone?

Me encogí de hombros. Ya llevaba un rato haciéndome aquellas mismas preguntas sin encontrar respuesta.

—Ni idea —dije—. Pero tienen lo que hay que tener para haber destrozado el edificio logrando rodear o sobrepasar el músculo que Marccone tiene a su servicio.

—¿Y qué demonios hacen las reinas de las hadas metidas en esto? —preguntó Thomas.

Me volví a encoger de hombros. Yo también me había preguntado lo mismo. Detesto responder así a mis propias preguntas.

El resto del camino a casa de Michael transcurrió en medio de un silencio gris y blanco.

Su calle era una de las que se despejaba continuamente de nieve, por lo tanto no tuvimos problemas para entrar por el camino de la casa. El propio Michael estaba allí, junto a sus dos hijos más altos, cada uno empuñando una pala con la que se esmeraban en limpiar el camino, la acera y el porche de la nieve que caía.

Michael observó el Hummer con los labios fruncidos cuando Thomas lo aparcó. Les dijo algo a sus hijos cuyo efecto inmediato fue que ambos intercambiaran una mirada y se apresuraran a entrar en la casa. Michael bajó por el camino para acercarse a mi ventanilla y observó a mi hermano primero y a los pasajeros en el asiento trasero justo después.

Bajé el cristal.

—Eh —dije.

—Harry —dijo sin perder la calma—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Acabo de tener una conversación con la Chica Mantis —dije. Le mostré el cuaderno donde había garabateado el sello angelical mientras lo tenía todavía fresco en la memoria.

Michael respiró hondo e hizo una mueca. Luego asintió.

—Tenía la sensación de que estaban en la ciudad.

—¿Eh? —pregunté.

Se abrió la puerta principal de la casa y por ella apareció un hombre grande de tez

oscura, vestido con vaqueros azules y una chaqueta negra de cuero. De sus anchos hombros colgaba una bolsa de gimnasio y descansaba una mano distraídamente en su interior. Salió al frío y la nieve como si llevara un vestuario completo de invierno en lugar de ropas de viaje normales y se acercó a nosotros.

En cuanto se aproximó lo suficiente para poder distinguir los detalles, su rostro se partió en una sonrisa amplia y breve y se apresuró a colocarse junto a Michael.

—¡Harry! —dijo con una voz profunda, rica y con un fuerte acento ruso—. Volvemos a encontrarnos.

Le devolví la sonrisa.

—Sanya —contesté al tiempo que le ofrecía la mano. La estrechó con fuerza suficiente para rompérmela—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—De paso —dijo Sanya, y señaló la nieve con el pulgar—. Tenía el último vuelo antes de que cerraran el aeropuerto. Parece que voy a tener que quedarme unos cuantos días. —Sus ojos pasaron de mi cara al cuaderno y la agradable expresión de su rostro oscuro se convirtió en una fugaz mueca.

—¿Alguien conocido? —pregunté.

—Tessa —dijo—. E Imariel.

—¿Os conocéis, eh?

Apretó la mandíbula.

—La segunda de Tessa... me reclutó. ¿Está ella aquí?

—Y con amigos. —Dibujé el sigilo que acababa de ver en el denario negro unos pocos momentos antes y se lo mostré a ambos.

Sanya sacudió la cabeza y miró a Michael.

—Akariel —dijo Michael de inmediato.

Asentí.

—Está en un saquito de Crown Royal en el cenicero.

Michael parpadeó. Sanya también.

—Espero que tengas uno de esos pañuelitos sagrados. Se la hubiera llevado al padre Forthill, pero he pensado que lo tendrían vigilado. Necesito un lugar tranquilo para esconderme.

Sanya y Michael intercambiaron una larga y silenciosa mirada.

Sanya frunció el ceño mientras examinaba a mi hermano.

—¿Quién es el vampiro?

Sentí que Thomas se ponía tenso a causa de la sorpresa. Como norma, ni siquiera los miembros del mundo sobrenatural pueden detectar la verdadera identidad de un vampiro de la Corte Blanca a menos que se encuentre en mitad de un acto vampírico. Es un camuflaje natural para los de su clase y confían en él tanto como los leopardos en sus manchas.

Pero suele ser difícil ocultarle algo a un caballero de la Cruz. Tal vez forma parte

del poder que les ha sido concedido, o tal vez sea un rasgo de la personalidad de los hombres elegidos para el trabajo, a mí que me registren. Me confunde todo ese tema de la fe y el Todopoderoso y nado esas aguas con extrema precaución y tanta brevedad como me es posible. Solo sé que los tipos malos rara vez sorprenden a un caballero de la Cruz y que los caballeros tienen tendencia a sacar las verdades a relucir.

Le sostuve la mirada a Sanya durante un momento.

—Está conmigo. Él es el causante de que Akariel esté ahora a buen recaudo.

Sanya pareció considerar aquello durante un momento. Miró a Michael, que gruñó un asentimiento.

El caballero más joven frunció los labios, pensativo. Su mirada fue entonces a parar al asiento trasero.

Hendricks se había despertado pero no se había movido. Observaba a Sanya con los ojos fijos y brillantes.

—La mujer —dijo Sanya, ceñudo—. ¿Qué es ella?

—Una mujer herida.

Algo parecido al disgusto se asomó a sus rasgos.

—*Da*, por supuesto. No la traerías aquí si pensaras que supone una amenaza.

—Para ti o para mí no —dije—. Tessa no pensaría lo mismo.

Sanya levantó las cejas.

—¿Así resultó herida?

—Le plantó cara después de resultar herida.

—Vaya. —Sanya miró un poco más de cerca a Gard.

—Atrás —bramó Hendricks—. Camarada.

Sanya sacó de nuevo a relucir su fugaz sonrisa y le enseñó a Hendricks las palmas de las manos.

Michael le hizo un gesto con la cabeza a Thomas.

—Aparque la furgoneta en la parte trasera de la casa. Seguramente no se verá desde la calle con toda esta nieve apilada.

—Gracias, Michael —dije.

Sacudió la cabeza.

—Hay un calentador y un par de colchones en el taller. No voy a exponer a los niños a esto.

—Lo entiendo.

—¿De verdad? —me preguntó Michael, amable. Dio un ligero golpe en la abolladura del Hummer y le señaló a Thomas la parte trasera de la casa.

Veinte minutos después, todos estábamos a buen recaudo en el taller de Michael, si bien algo hacinados.

Gard yacía dormida en un sofá, donde recuperaba casi visiblemente el color de

piel. Hendricks se sentaba junto al camastro de Gard con la espalda apoyada en la pared, en teoría para vigilarla, pero comenzó a roncar a los pocos minutos. Sanya repartía comida, con la ayuda de Molly y sus hermanos y hermanas.

Observé cómo Michael envolvía a Akariel en un pañuelo blanco con una cruz de plata bordada, sin parar de entonar una oración por lo bajo. Después metió el pañuelo en una caja de madera normal y corriente, también adornada con una cruz de plata.

—Disculpadme —dijo—. Tengo que guardar esto en un lugar seguro.

Me encogí de hombros.

—En un gran almacén con trillones de cajas idénticas, probablemente.

Thomas bufó.

—Ni lo pienses siquiera —le susurré—. No merece la pena.

Thomas se pasó los dedos enguantados por la bufanda blanca.

—¿No?

—Ya viste cómo funcionaban esas cosas. Manipularán tus emociones, tu autocontrol, y seguro que algo malo le acabaría pasando a Justine. O esperarían a tenerte enganchado, con el anzuelo bien clavado para que fueras su marioneta de carne y hueso. Y entonces le sucedería algo malo a Justine.

Thomas se encogió de hombros.

—Ya tengo a un demonio en la cabeza. ¿Qué daño puede hacer otro?

Estudié su perfil.

—Tienes a un solo monstruo en la cabeza —repliqué—. Y ella logró sobrevivir a él por poco.

Se quedó quieto un momento. Entonces le dio un codazo a la pared en un gesto de pura frustración. Se astilló la madera y un poco de aire frío se coló en el taller.

—Tal vez tengas razón —dijo con la voz átona.

—Mierda —dije. Una idea cristalizó en mi cabeza y un escalofrío me recorrió enseguida la espalda.

Thomas se frotó ligeramente el codo.

—¿Qué?

—Acabo de tener un pensamiento muy desagradable. —Hice un gesto hacia los exhaustos efectivos de Marccone—. No creo que los denarios se llevaran a Marccone para eliminarle y convertirle en un ejemplo.

Mi hermano se encogió de hombros.

—¿Por qué lo harían si no?

Me mordí un labio mientras el estómago me daba vueltas.

—Porque tal vez quieran reclutarlo.

Thomas montó guardia junto a nuestras bellas durmientes mientras yo iba a hablar con Michael y Sanya en la mesa de la cocina de los Carpenter.

Destapé todas las cartas, la futilidad de mentir a dos caballeros de la Cruz era evidente. Por otra parte, ambos se habían ganado de sobra mi confianza. No tardé demasiado en hacer el relato de la situación.

—En fin —concluí—. Creo que debemos movernos deprisa y sacar a Marccone de allí antes de que le obliguen a unirse a ellos.

Michael arrugó la frente y cruzó en la mesa ante él sus manos, grandes y castigadas por el trabajo.

—¿Qué te hace pensar que vaya a negarse?

—Marccone es escoria —dije—, pero es escoria independiente. No trabaja para nadie.

—¿Estás seguro? —preguntó Sanya, pensativo.

—Sí —dije—. Creo que por eso querían atrapar a Hendricks y Gard en lugar de matarlos. Para poder forzarle a tomar la moneda bajo la amenaza de matar a su gente.

Michael gruñó.

—Es una táctica que se usa con frecuencia.

—No por Tessa —dijo Sanya muy seguro—. Ella prefiere buscar a gente motivada para aceptar la moneda. En comparación con los deseos primitivos, los talentos potenciales le parecen un factor secundario.

Michael aceptó el comentario con un asentimiento.

—Lo que implica que Tessa no da las órdenes.

Sanya mostró los dientes en una repentina y fiera sonrisa.

—Nicodemus está en la ciudad.

—Jo... —comencé a jurar, pero miré a Michael y cambie de palabra—. Jopetas. Nicodemus casi acaba con todos nosotros la última vez que estuvo aquí. De hecho, mató a Shiro.

Ambos caballeros asintieron. Michael agachó la cabeza y murmuró una breve oración.

—Chicos —dije—. Sé que vuestros instintos tienden a permanecer vigilantes en la noche, a poner la otra mejilla y todo eso. Pero Nicodemus posee tal vez el doble del poder demoníaco que tenía en su anterior visita. Si esperamos a que venga a por nosotros, nos destrozará.

—Estoy de acuerdo —dijo Sanya con firmeza—. Tomar la iniciativa. Encontrar y golpear a la serpiente antes de que pueda atacar.

Michael sacudió la cabeza.

—Hermano, te olvidas de nuestro propósito. No se nos ha concedido nuestro

poder para atacar a nuestros enemigos, no importa cuánto lo merezcan. Nuestro propósito es rescatar a las pobres almas atrapadas por los caídos.

—Nicodemus no quiere ser rescatado —anoté—. Colabora plenamente con su demonio.

—Algo que no cambia nada respecto a nuestro deber —insistió—. Cualquiera, no importa lo que haya hecho, incluso Nicodemus, puede buscar la redención mientras le quede aliento para pedir perdón.

—Supongo que un par de disparos en el pecho podrían facilitar las cosas, ¿verdad? —pregunté—. Porque si así fuera, estaría encantado de hacer los honores.

Sanya soltó una carcajada.

Michael sonrió, pero fue un movimiento breve y tenso.

—Lo que digo es que solo podemos realizar un movimiento tan agresivo en circunstancias extremas.

—El reino de las hadas se encuentra al borde de una guerra interna que probablemente vuelva a activar las hostilidades entre el Consejo y las Cortes Vampíricas y, debo añadir, los malos tienen todas las de ganar —argumenté—. Uno de los hombres más peligrosos que jamás he conocido está a punto tener acceso de manera involuntaria al conocimiento y poder de un ángel caído, lo cual le proporcionaría a los denarios una mayor influencia en el interior de los Estados Unidos. Sin mencionar las serias consecuencias personales que habría para mí si tienen éxito con su plan. —Miré alternativamente a los dos caballeros y levanté una mano—. Yo voto por las medidas extremas. ¿Todos a favor?

Michael detuvo la mano de Sanya a medio camino hacia arriba y la empujó gentilmente bajo la mesa.

—Esto no es una democracia, Harry. Servimos a un Rey.

Sanya se puso ceñudo un momento, mirándome. Sin embargo, se volvió a acomodar en la silla; una muestra silenciosa de apoyo hacia Michael.

—¿Quieres hablar con ellos? —le pregunté a Michael—. Tienes que estar de broma.

—No he dicho eso —respondió Michael—. Pero no voy a asesinarlos sin más. Es una solución, Harry. Sin embargo, no es lo bastante buena.

Me eché hacia atrás en la silla y me froté la cabeza con una mano. Comenzaba a dolerme.

—De acuerdo —dije en voz baja mientras trataba de inventarme un plan sobre la marcha—. ¿Y si... organizo una reunión? ¿Os quedaríais merodeando cerca para ser mis refuerzos?

Michael suspiró.

—Hay algo de sofistería en tu plan. Sabes que tratarán de traicionarte, si hacerlo les supone una ventaja.

—Sí. Y será elección suya. Es lo que buscas, ¿verdad? Una manera de resolver el problema concediéndoles a su vez una elección sobre lo que hacen. A ser posible de una manera que acabe con el menor número posible de los buenos.

Michael parecía dolido, pero asintió.

—Bien —dije—. Trataré de organizarlo todo.

—¿Cómo? —preguntó Sanya.

—Deja que yo me preocupe de eso —dije. Miré el reloj de pared—. Mierda, llego tarde a una reunión. ¿Me prestas el teléfono?

—Por supuesto —dijo Michael.

Eché un vistazo por la casa cuando fui en busca del teléfono. Hice una mueca.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Charity se los ha llevado por ahí unos días —dijo Michael—. Con este tiempo no habrá colegio de todos modos.

Gruñí.

—¿Dónde está Molly?

Michael se detuvo y meneó la cabeza.

—No estoy seguro. No creo que se fuera con ellos.

Lo pensé un momento y creí saber dónde podría estar. Hice un gesto de cabeza hacia la cocina.

—¿Cómo haces para que funcionen los aparatos teniendo a Molly en casa? Lo normal es que todo acabe roto.

—Mucho mantenimiento preventivo —respondió Michael—. Y el doble de reparaciones de las que solía.

—Lo siento.

Sonrió.

—Es un precio pequeño. Ella merece la pena.

Los motivos por los que me gusta Michael no tienen nada que ver con las espadas o la destrucción del mal.

Cogí el teléfono y llamé al pub de McAnally.

—Mac —respondió Mac, el siempre lacónico propietario.

—Soy Harry Dresden —dije—. ¿Está ahí la sargento Murphy?

Mac gruñó afirmativamente.

—¿Le pones una cerveza de mi parte y le dices que voy de camino?

Mac volvió a hacer el mismo sonido.

—Gracias, tío.

Colgó sin decir adiós.

Hice otra llamada y hablé con un hombre malhumorado de acento eslavo. Murmuré mi contraseña para que nadie en la cocina pudiera oírla, pero la conexión era tan mala que casi acabe gritándole al aparato. Es de esperar cuando hay un mago

a cada lado de la línea.

Al simpático solo le hicieron falta diez minutos para pasar la llamada.

—Luccio —dijo la voz de una joven—. ¿Qué va mal, Harry?

—¡Eh! —protesté—. Es algo terrible decirle a un hombre una cosa así, capitana. El hecho de que llame no significa que exista una crisis de ningún tipo.

—Eso es técnicamente cierto, supongo. ¿Por qué llamas?

—Bueno. Hay una crisis.

Hizo un sonido repleto de emes.

—Un grupo conocido como la Orden de los Denarios Negros ha secuestrado al barón Marcone.

—¿El señor del crimen a quien ayudaste bajo tu propia responsabilidad a unirse a los Acuerdos? —preguntó Luccio en un tono divertido—. ¿Qué tiene eso de relevante para el Consejo Blanco?

—Estos repugnantes denarios son firmantes de los Acuerdos —respondí—. Los representantes de Marcone se quejan de la afrenta. Me han pedido que proteste formalmente por el secuestro y convoque a un emisario para resolver la disputa.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—¿Qué tiene eso de relevante para el Consejo Blanco? —repitió Luccio. Su voz fue más dura esta vez.

—Los Acuerdos no significan nada si no son defendidos y apoyados —dije—. A la larga va en nuestro beneficio asegurarnos de que ahora se cumplan, antes de sentar un precedente y...

—Déjate de mierdas —espetó la capitana de los centinelas con un leve acento italiano asomando a su voz—. Si actuamos formalmente podría provocarse una guerra que sencillamente no podemos permitirnos. Todos sabemos que la Corte Roja solo está recuperando el aliento. Apenas podemos asumir las pérdidas que hemos tenido, menos aun aquellas que sufriríamos en un nuevo conflicto.

Me aseguré de mantener la voz grave y adusta.

—Mab ha contactado conmigo personalmente. Me ha indicado que intervenir será bueno para nuestros intereses.

No era exactamente una mentira, pues no llegué a especificar a quién me refería. Con un poco de suerte, la mención a Mab atraería completamente la atención de Luccio. La única razón por la que la Corte Roja no nos había borrado del mapa en aquella larga guerra que sosteníamos era porque Mab le había concedido al Consejo Blanco derecho de paso por las zonas del Más Allá bajo su control, permitiéndonos a nosotros los magos ser tan móviles como nuestros adversarios, que tenían dificultades mucho menores a la hora de emplear vehículos mortales para maniobrar sus tropas.

—Jesucristo —escupió Luccio—. Pretende retirarnos nuestro derecho de paso por Invierno si no accedemos a sus demandas.

—Bueno —apunté—. No llegó a decir eso.

—Por supuesto que no. Ella nunca habla con claridad.

—No obstante, cumple sus tratos —apunté.

—No hace tratos de los que no pueda luego escabullirse. Le ha prohibido a su gente cruzar los Caminos, pero también a las hadas salvajes, como gesto de cortesía. Lo único que tiene que hacer es relajar la prohibición contra las hadas salvajes, entonces nosotros nos veremos forzados a viajar bien pertrechados cuando utilicemos los Caminos.

—Es una zorra manipuladora —convine. Crucé los dedos.

Luccio expulsó aire por la nariz pesadamente.

—Muy bien. Enviaré las convenientes notificaciones, pendientes de la aprobación del Consejo de Veteranos. ¿A qué emisario prefieres?

—Al Archivo. Tenemos una buena relación laboral.

Luccio llenó de nuevo el teléfono de emes. Oí un lápiz rasgando un papel.

—Dresden —dijo—. No puedo insistir lo bastante en que es esencial evitar las hostilidades en general, incluso con poderes relativamente pequeños.

Traducción: *No empieces otra guerra, Harry.*

—Entendido —dijo—. Lo haré lo mejor que pueda.

—O mejor todavía —dijo Luccio en un tono punzante—. En el Consejo de Veteranos ya hay quien opina que ya estamos inmersos en una guerra a causa de tu incompetencia.

Me subió calor por el cuello.

—Si sacan el tema, recuérdales que mi incompetencia es la única razón de que no fueran reducidos a moléculas por un dios recién nacido —esgrimí—. Y después de eso, recuérdales que por mi incompetencia, estamos disfrutando de un alto el fuego que necesitábamos desesperadamente para reemplazar nuestras pérdidas. Y después...

—Ya es suficiente, centinela —espetó la capitana.

Batallé contra mi frustración y cerré la boca.

Eh, se acercaba la Navidad. Es una buena época para los milagros.

—Te lo notificaré en cuanto sepa algo —dijo Luccio, y acto seguido colgó el teléfono.

Yo también colgué, con más fuerza de la necesaria. Al volverme vi a Michael y Sanya mirándome fijamente.

—Harry —dijo Michael con calma—, esa era la capitana Luccio, ¿verdad?

—Sí —dije.

—No nos habías dicho que Mab amenazó con retractarse del trato.

—Bueno, no.

Michael me dedicó una mirada convulsa.

—Porque no lo hizo. Acabas de mentirle a Luccio.

—Sí —dije sin más—. Porque necesito la aprobación del Consejo para el encuentro. Tengo que organizar la reunión para que la banda de cabrones asesinos que torturaron a Shiro hasta la muerte tenga la oportunidad de probarte que todavía quieren hacer más daño.

—Harry, si el Consejo se entera de que les has engañado...

—Es probable que me acusen de traición —concluí.

Michael se levantó de su asiento.

—Pero...

Le clavé un dedo en el pecho.

—Mientras más nos retrasemos, más tiempo pasarán esos engendros en la ciudad, sin contar con que los matones de Verano continuarán yendo a por mí y existirá la posibilidad de que cualquier inocente sufra daño en el fuego cruzado. Tengo que moverme rápido y la mejor manera de hacer que el Consejo se ponga en movimiento es hacerles pensar que es su propio culo el que está a punto de sentarse en la hoguera.

—Harry... —comenzó Michael.

—No —dije—. No me des el discurso sobre la redención y la compasión y eso de que todo el mundo merece una segunda oportunidad. Siempre deseo hacer lo correcto, Michael. Lo sabes. Pero esta vez no es un buen momento.

—¿Entonces lo correcto cambia cuando tenemos prisa? —me preguntó educadamente.

—Incluso en tu libro se dice que hay un momento para cada cosa —dije—. Un momento para sanar y un momento para matar.

Michael me miró a mí y luego al rincón junto a la puerta trasera, donde la ancha espada *Amoracchius*, con su empuñadura al estilo de las armas de los cruzados, embutida en alambre, descansaba en su humilde vaina de cuero.

—No es eso, Harry. He sido testigo de más actos suyos que tú mismo. No tengo reparos en luchar contra ellos, llegado el caso.

—Ya han volado un edificio, han tratado de asesinarme y han propiciado una situación que casi causa que tus propios hijos acabaran calcinados en el fuego cruzado. ¿Cómo es que no ha llegado el caso exactamente?

En lugar de contestar, Michael sacudió la cabeza, tomó en sus manos *Amoracchius* y se adentró en la casa.

Puse caras durante un minuto y murmuré por lo bajo.

—Le has confundido —bramó Sanya.

Miré al caballero de piel oscura.

—¿Qué?

—Le has confundido —repitió Sanya—. Por lo que has hecho.

—¿El qué? ¿Mentirle al Consejo? No veía que tuviera otra elección.

—La tenías —dijo Sanya plácidamente. Metió la mano en la bolsa de gimnasio

que había junto a él en el suelo y sacó un largo sable, una vieja arma de la caballería, *Esperacchius*. El clavo incrustado en la empuñadura la declaraba hermana de la espada de Michael. Examinó la hoja—. Simplemente podrías haber atacado.

—¿Yo solo? Soy malo, pero no tan malo.

—Es tu amigo. Hubiera ido contigo. Lo sabes.

Sacudí la cabeza.

—Es mi amigo. Punto. No se les hace eso a los amigos.

—Exacto —dijo Sanya—. Así que en vez de hacerlo has puesto tu propia vida en peligro para proteger sus creencias. Has arriesgado tu cuerpo para preservar su corazón. —Sacó una piedra lisa de afilar y comenzó a frotar la hoja del sable—. Supongo que lo considera un acto particularmente mesiánico.

—No lo hice por ese motivo —me defendí.

—Por supuesto que no. Él lo sabe. No le resulta fácil. Lo habitual es que sea él el encargado de proteger a otros, el dispuesto a pagar el precio si es necesario.

Solté aire y miré la estela de Michael.

—No sé qué otra cosa podría haber hecho.

—*Da* —convino Sanya—. Pero sigue teniéndote miedo. —Se quedó callado un momento, mientras la piedra se deslizaba por la hoja de su espada.

—¿Te importa si te pregunto algo? —dije.

El hombretón continuó afilando la espada con mano firme.

—En absoluto.

—Parecías un poco tenso cuando se mencionó a Tessa —comenté.

Sanya me miró un segundo con ojos sombríos e ilegibles. Encogió un hombro y reanudó su labor.

—¿Te hizo mal?

—Apenas reparó en mí. Ni me habló —dijo Sanya—. Para ella yo era solo un empleado. Una cara más. No le importaba quién era.

—La que te reclutó, su segunda, sin embargo...

Los músculos alrededor de su mandíbula palpitaron.

—Se llama Rosanna —me interrumpió.

—¿Y te hizo daño? —quise saber.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando hablas de ella, tu rostro dice que te hizo daño.

Me sonrió brevemente.

—¿Sabes cuántos hombres negros viven en Rusia, Dresden?

—No. Bueno, imagino que son una especie de minoría.

Sanya se detuvo en mitad de una frotada y me miró durante un significativo momento, con una ceja enarcada.

—Sí —replicó en tono seco—. Una especie de minoría.

—Más que en los Estados Unidos, supongo.

Gruñó.

—En Moscú yo era muy, muy extraño. Cuando era niño debía tener cuidado al andar por las calles concurridas de las ciudades pequeñas, podía causar accidentes de coche cuando los conductores apartaban los ojos de la carretera para mirarme. Literalmente. Mucha gente de aquella parte del mundo nunca había visto a una persona negra con sus propios ojos. Eso está cambiando poco a poco, pero en mi juventud yo pertenecía a una minoría del mismo modo que el Bigfoot pertenece a la suya. Era una rareza.

Comencé a atar cabos.

—Es el tipo de cosa que convierte a un chaval joven en un resentido.

Siguió afilando la espada.

—Oh, sí.

—Por eso, cuando dices que Tessa prefiere reclutar a aquellos que sabe ansiosos de aceptar la moneda...

—Hablo por experiencia —dijo Sanya, asintiendo—. Rosanna era todo lo que podía desear un joven indignado, pobre y desesperado. Guapa. Fuerte. Sensual. Y a ella no le importaba nada el color de mi piel. —Sanya sacudió la cabeza—. Yo tenía dieciséis años.

Hice una mueca.

—Sí. Una buena edad para tomar decisiones realmente malas. Hablo también desde la experiencia.

—Me ofreció una moneda —dijo Sanya—. La tomé. Y durante cinco años la criatura conocida como Magog y yo viajamos por el mundo con Rosanna, me rendí a todos los vicios que un joven puede imaginar y... obedecí las órdenes de Tessa. —Sacudió la cabeza y la levantó para mirarme—. Por aquella época yo no era más que un animal que caminaba erguido, Dresden. Sí, pensaba y sentía, pero era esclavo de mis deseos básicos. Hice muchas cosas de las que no... —Se quebró y apartó el rostro de mí—. Hice muchas cosas.

—Era ella la que te manejaba —dije en voz baja—. Rosanna era la que te hacía probar las drogas y te incitaba a aquellos actos para corromperte poco a poco y que el caído tomara el control.

Asintió.

—Y no sospeché nada en ningún momento. Pensaba que yo le importaba tanto como ella a mí. —Sonrió vagamente—. Ya ves, nunca fui demasiado inteligente.

—¿Quién te sacó? —le pregunté—. ¿Shiro?

—En cierto modo —dijo Sanya—. Shiro había apartado a Tessa de uno de sus proyectos en... Amberes, creo. Después de aquello, Tessa entró como una exhalación en el apartamento de Rosanna en Venecia, furiosa. Las dos tuvieron una discusión

que nunca llegué a comprender del todo, pero me quedé a escuchar en lugar de marcharme, tal y como se me ordenó. Supe lo que Rosanna sentía realmente hacia mí, oí el informe que le relató a Tessa sobre mí. Y al fin entendí lo idiota que había sido. Tiré la moneda a un canal y no volví a mirar atrás.

Parpadeé.

—Eso no debió de ser fácil.

—Mi vida entera había sido como una bola de nieve que se precipitaba hacia el infierno —dijo Sanya alegremente—. Aunque tal vez la metáfora sea a la inversa. En aquel momento creí que aquello era casi un suicidio, ya que estaba seguro de que Tessa me perseguiría para matarme. Por suerte, Shiro la había rastreado hasta Venecia y fue él quien me encontró. Michael, no el de Chicago, el otro, se reunió con nosotros en Malta y trajo *Esperacchius* consigo para ofrecerme la posibilidad de trabajar contra el mal que había ayudado a crear. Desde entonces he sido caballero. Es un buen trabajo. Muchos viajes, gente interesante, siempre un nuevo desafío.

Meneé la cabeza y me eché a reír.

—Eso si que es darle un giro positivo.

—Estoy haciendo algo valioso —dijo Sanya con una convicción sencilla, tan sólida como una roca—. ¿Y tú, Dresden? ¿Has considerado la idea de blandir Fidelacchius, de unirte a nosotros?

—No —dije en voz baja.

—¿Por qué no? —preguntó Sanya en un tono razonable—. Sabes por lo que luchamos. Sabes el bien que le hacemos a otros. Tu causa recorre un curso paralelo al nuestro: proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos, aplastar a las fuerzas de la violencia y la muerte cuando estas se alzan.

—No me va mucho el tema de Dios y todo eso —expliqué.

—Y yo soy agnóstico —respondió Sanya.

Bufé.

—Demonios. Dime que no sigues aferrándote a eso. Llevas una espada sagrada y vas por ahí acompañado de ángeles del Cielo.

—La hoja tiene poder, es cierto. Los seres aliados con ese poder son... angelicales, de algún modo. Sin embargo, me he topado con muchas cosas extrañas y poderosas desde que tomé la espada. Si se les llamara alienígenas en lugar de ángeles, significaría solamente que estoy trabajando junto a seres poderosos, no necesariamente pertenecientes a las fuerzas literales del Cielo o a un Creador propiamente dicho. —Sanya sonrió—. Es un punto de vista filosófico, cierto, pero no estoy dispuesto a abandonarlo aún. Lo que hacemos es encomiable, no hay necesidad de sacar a relucir preguntas sobre fe, religión o el mismo Dios.

—No voy a discutirte —admití.

—Entonces dime —dijo Sanya—, ¿por qué no has considerado la idea de blandir

la espada?

Pensé en ello un momento.

—Porque no es para mí. Y Shiro dijo que sabría a quién dársela.

Sanya se encogió de hombros y asintió aquiescente.

—Bastante razonable. —Suspiró—. Fidelacchius nos sería útil en este conflicto. Ojalá Shiro estuviera ahora con nosotros.

—Un buen hombre —convine en voz baja—. Era rey, ya sabes.

—¿Cómo? Pensé que solo le gustaba la música del rey, de Elvis.

—No, no —dije—. El propio Shiro era rey. Descendiente directo del último rey de Okinawa. Su familia perteneció a la realeza varias generaciones atrás.

Sanya se encogió de hombros.

—Ha habido muchos reyes en todos estos siglos, amigo mío, y su línea sanguínea ha tenido mucho tiempo para expandirse por el populacho. Las raíces de mi propia familia se remontan a Salahuddin.

Enarqué las cejas.

—Salahuddin. ¿Te refieres a Saladino? ¿El rey de Siria y Egipto durante las Cruzadas?

Sanya asintió.

—El mismo. —Paró de afilar y me miró con los ojos muy abiertos.

—Sé que eres agnóstico —dije—, pero ¿crees en las coincidencias?

—No tanto como antes —respondió Sanya.

—No puede ser una coincidencia que ambos descendáis de la realeza. —Me mordí el labio—. ¿Podría tener ese hecho algo que ver con quién puede blandir las espadas?

—Yo soy soldado y filósofo amateur —dijo Sanya—. Tú eres el mago. ¿Puede ser significativo algo así?

Agité una mano en el aire.

—Sí y no. Es decir, hay muchos factores que enlazan la magia a temas de herencia, ya sea genética o de otro tipo. Muchos de los viejos ritos estaban íntimamente ligados a los regentes políticos.

—El rey y su tierra son una sola cosa —entonó Sanya solemnemente.

—Claro, sí.

Sanya asintió.

—Michael me puso esa película.

—Merlín era lo único bueno. Y el capitán Picard pateando culos con una cota de malla y un hacha gigante. El tema es que en muchas culturas, el rey, sultán o lo que fuera mantenía una posición de deber y autoridad que era tan espiritual como física. Ciertas energías pudieron haber sido conectadas a ese hecho, otorgando a los viejos reyes una significancia metafísica.

—¿Algo similar al poder de las espadas tal vez? —preguntó Sanya.

Me encogí de hombros.

—Tal vez. Cuando nací los monarcas escaseaban ya en el planeta. No es algo en lo que me haya fijado siempre.

Sanya sonrió.

—Bueno. Ahora solo necesitas a un príncipe o una princesa dispuestos a entregar sus vidas por una cuestión de principios. ¿Conoces a alguno?

—No a muchos —dije—. Pero me da la sensación de que andamos cerca. —Miré el reloj de la pared—. Se está haciendo tarde. Volveré en un par de horas, si no llamo.

—*Da* —dijo Sanya—. Vigilaremos a tus criminales mientras tanto.

—Gracias —dije, y salí para volver al taller. Hendricks se había despatarrado en el suelo para dormir. Gard roncaba. Thomas caminaba intranquilo de un lado a otro.

—¿Y bien? —me preguntó cuando entré.

—Tenemos que ir al bar de Mac para encontrarnos con Murphy —dije—. Vamos que nos vamos.

Thomas asintió y se encaminó hacia la entrada.

Metí la mano en el cubo de basura junto a la puerta, saqué una lata vacía de aceite de motor y la lancé al rincón menos concurrido del taller. Impactó en algo invisible y cayó al suelo. Molly soltó un gritito antes de aparecer en medio del taller, frotándose una cadera.

—¿De dónde ha salido? —exclamó Thomas, alterado.

—¿En qué he fallado? —preguntó Molly en un tono vagamente ofendido—. Tenía todos los sentidos cubiertos. Ni siquiera Thomas sabía que estaba aquí.

—No has fallado en nada —dije—. Es solo que sé cómo piensas, pequeño saltamontes. Si no puedo obligarte a quedarte en un lugar seguro, mejor será tenerte cerca. Tal vez incluso me seas útil. Vas a venir con nosotros.

Los ojos de Molly centellearon.

—Excelente —dijo, y se apresuró a unirse a mí.

Llegué más de una hora tarde. Murphy no se lo tomó bien.

—Tu nariz tiene peor aspecto que ayer —me dijo cuando me senté a la mesa—. Creo que el morado de los ojos también ha aumentado.

—Dios, eres adorable cuando te enfadas —respondí.

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente.

—Tu naricilla de botón se pone toda rosita y tus ojos parecen más azules cuando están inyectados en sangre.

—¿Tienes algunas últimas palabras que decir, Dresden, o puedo asfixiarte ya?

—¡Mac! —llamé al camarero, alzando una mano—. ¡Dos birras!

Murph me dejó petrificado con la intensidad de su mirada.

—No creas que puedes comprar tu salvación con buena cerveza.

—No —dije al tiempo que me levantaba—. Estoy comprando mi salvación con muy, muy buena cerveza.

Me acerqué a la barra de Mac, donde el barman colocó dos botellas de su nirvana líquido de fabricación propia y quitó los tapones con un movimiento casual de mano, sin necesidad de abridor. Le guiñé un ojo, cogí las botellas y regresé junto a Murphy sin darme demasiada prisa.

Le di su botella, tomé la mía y bebimos. Se detuvo tras el primer sorbo y parpadeó antes de volver a beber más vigorosamente de la botella.

—Esta cerveza —declaró justo después— te acaba de salvar la vida.

—Mac es un maestro cervecero —contesté. Nunca le diría a él tal cosa, pero en aquel momento deseé que sirviera la cerveza fría. Me hubiera encantado colocarme una botella helada contra la cabeza durante un momento. Era de suponer que el dolor de la maldita nariz rota se acabaría diluyendo, no obstante, continuaba ardiendo sin dar tregua.

Nos habíamos sentado en una mesa pegada a una de las paredes del pub. Hay trece mesas en la sala principal y trece pilares de madera, cada una de ellos tallada a conciencia con escenas sacadas en su mayor parte de cuentos del viejo mundo de las hadas. La barra está torcida y tiene trece taburetes. Trece ventiladores dan vueltas a duras penas en el techo. La disposición del lugar está pensada para difuminar y refractar energías mágicas azarosas, cascarrabias o fuera de control. Así, ofrece una medida de protección contra la acumulación de energías para asegurarse de que vibraciones molestas o deprimentes, a falta de un mejor término, afecten adversamente al ánimo y la actitud de la clientela del bar.

No es para alejar a la chusma sobrenatural, para eso está el cartel de la puerta. Mac logró que reconocieran legalmente su local como terreno neutral para los miembros de los Acuerdos Unseelie, por lo que los integrantes de cualquiera de las

naciones firmantes tenían la responsabilidad de evitar conflictos allí dentro, o al menos de sacarlos afuera.

No obstante, un terreno neutral solo es seguro hasta que alguien cree poder violar los Acuerdos sin sufrir las consecuencias. Lo mejor era ser prudente.

—Por otro lado —dijo Murphy con cautela—, ahora mismo resultas demasiado patético para que encima te dé una paliza.

—Si te refieres a mi nariz, no es nada comparado con lo de la mano —dije.

—De todos modos no sería muy divertido.

—Bueno. No.

Me observó a la vez que daba otro sorbo de la botella.

—Estás a punto de jugar tus cartas de mago y pedirme que no meta las narices.

—No exactamente —dije.

Me puso sus ojos de poli, aquella distante neutralidad profesional, y asintió una sola vez.

—Entonces habla.

—¿Recuerdas a aquellos tipos del aeropuerto, hace unos años?

—Sí. Mataron al viejo de Okinawa en la capilla. No fue una muerte muy limpia.

Sonreí vagamente.

—Creo que él mismo te discutiría eso, si pudiera.

Se encogió de hombros.

—Fue un desastre —dijo en un tono bajo y plano.

—Los responsables han vuelto. Han capturado a Marcone.

Murphy se puso ceñuda y sus ojos se mostraron distantes un momento, calculadores.

—¿Le van a quitar el negocio?

—O le van a obligar a unirse a su equipo —dije—. No estoy seguro aún. Estamos trabajando en ello.

—¿Quiénes?

—¿Recuerdas a Michael? —pregunté.

—¿El marido de Charity?

—Sí.

—Recuerdo que en el aeropuerto encontramos a un par de hombres sin lengua y con documentación falsa. Fueron asesinados con armas blancas largas. Espadas, si es que puedes creerte algo así en la actualidad. Fue un caos, Harry. —Colocó las palmas de la mano en la mesa y se inclinó hacia mí—. No me gusta el caos.

—Lo siento de todas las maneras posibles, Murph —dije. Es posible que una pizca o dos de sarcasmo fuera palpable en mi respuesta—. Me aseguraré de pedirles que se pongan los guantes de seda la próxima vez. Si sobrevivo, te haré saber lo que me digan.

Murphy me miró sin perder la calma.

—¿Entonces han vuelto?

Asentí.

—Solo que esta vez se han traído a más amigos a la fiesta.

Asintió.

—¿Dónde están?

—No, Murph.

—¿Dónde están, Harry? —preguntó Murphy con dureza—. Si son tan peligrosos, no voy a darles la elección de actuar para después verme obligada a una situación hostil en respuesta a sus actos. Iremos a por ellos ahora, antes de que tengan la ocasión de hacerle daño a nadie más.

—Sería una carnicería, Murphy.

—Tal vez sí —convino—. Tal vez no. Te sorprendería comprobar los recursos de los que dispone el departamento, con todo ese rollo de la guerra contra el Terror.

—Vale. ¿Y qué les vas a decir a tus jefes?

—Que los mismos terroristas que atacaron el aeropuerto y asesinaron a una mujer en el paseo marítimo están en la ciudad, planeando otro atentado. Que la única manera de proteger la seguridad de sus ciudadanos es un ataque preventivo. Entonces nos plantaríamos allí con los SWAT, los miembros de Investigaciones Especiales, todos los polis de la ciudad, los federales que podamos conseguir y los refuerzos del ejército que podamos conseguir avisando con tan poca antelación.

Me eché hacia atrás en el asiento al oír aquello, sorprendido ante el tono de Murphy y las posibilidades que proponía.

Demonios. El poder de fuego del que hablaba era suficiente para que incluso los denarios estuviesen intranquilos. Y dado el clima actual, un plan terrorista era sinónimo de una respuesta abrumadora de las autoridades. Ya, claro, la mayoría del armamento moderno era mucho menos efectivo contra objetivos sobrenaturales de lo que cualquiera sin conocimiento de causa esperaría, pero aunque su efectividad fuera similar al picotazo de una abeja, suficientes picotazos de abeja pueden ser tan mortales como un cuchillo en el corazón.

La humanidad, en general, goza de un papel dicotómico en la política sobrenatural. Por un lado es objeto de burla y desprecio por su manifiesta incapacidad para esforzarse en comprender la realidad, hasta el punto de que el mundo sobrenatural casi no tiene que preocuparse de esconderse de ellos. Cuando surge la ocasión, el ser humano medio tiende a racionalizar el más extraño de los acontecimientos hasta calificarlo de «inusual pero explicable». Una gran cantidad de seres consideran a los humanos animales de los que pueden aprovecharse, meros miembros de una manada. A menudo juegan con ellos y los atormentan.

Por otro lado, nadie quiere agitarles demasiado. La humanidad, cuando está

asustada y enojada, es una fuerza con la que ni siquiera el mundo sobrenatural quiere lidiar. Por su número y sencilla rabia, las antorchas y horcas siguen siendo tan mortales como siempre han sido. Y en mi opinión, la mayor parte de la población sobrenatural tenía muy poco aprecio por lo destructiva y peligrosa que había llegado a ser la humanidad durante el último siglo.

Por ello, la tentación de dejar que los denarios recibieran una dosis de policía cabreado en toda la cara era grande. Cinco o seis rifles como el de Gard no acabarían con la chica mantis, pero si a eso le añadías treinta o cuarenta pares de botas de combate pisoteando a todos los pequeños bichitos, la señorita Manos de Pinza podía darse por eliminada.

Por supuesto, todo aquello se basaba en la idea de que los seres humanos involucrados: a) sabían a lo que se enfrentaban y b) se lo tomaban en serio y trabajaban juntos para cumplir el objetivo. Murphy y los chicos de Investigaciones Especiales tendrían una idea bastante clara de la situación, pero los otros no. Irían esperando participar en una película de soldados, pero en su lugar se encontrarían con algo salido de una de terror. No creía ni por un momento que Murphy, Stallings o cualquier otra persona de Chicago pudiera obligar a todos los involucrados en la misión a continuar escuchándoles en cuanto empezaran a hablar de demonios y monstruos.

Me froté la cabeza, pensando en Sanya. Tal vez podríamos tratar de explicarlo en términos más agradables. En lugar de «demonios metamorfos», se les podía decir que los terroristas se encontraban en posesión (ja, ja, ¿lo pillan?) de «trajes blindados biomiméticos experimentales diseñados genéticamente». Tal vez eso les proporcionaría el marco adecuado para hacer el trabajo.

O tal vez no. Se pondrían a gritar de miedo en cuanto se toparan con algo que pareciera salido de una pesadilla. La coordinación y el control de las fuerzas se irían a paseo, sobre todo si los denarios tenían a alguien con poder mágico suficiente para anular la tecnología.

Lo siguiente sería el pánico, la masacre y el terror.

—Es una idea —le dije a Murphy—. Tal vez incluso una idea factible. Pero no creo que haya llegado el momento. Al menos, no todavía.

Sus ojos resplandecieron, muy azules.

—Y tú eres el que decide.

Di otro sorbo a la cerveza y dejé de nuevo la botella en la mesa, con un movimiento lento y significativo.

—Aparentemente.

—¿Quién lo dice? —quiso saber Murphy.

Me eché hacia atrás en la silla.

—En primer lugar —dije en voz baja—, incluso si reunieras todo ese poder de

fuego, lo mejor a lo que podríamos aspirar es a una costosa, sangrienta y oscura victoria. En segundo lugar, existe la posibilidad de que pueda resolver el asunto por canales del Consejo, o al menos asegurarme de que cuando haya hostilidades estas no sean en mitad de la maldita ciudad.

—Pero tú...

—Y en tercer lugar —continuó—. No sé dónde están.

Murphy arrugó los ojos y un poco de la tensión abandonó repentinamente sus facciones.

—Dices la verdad.

—Suelo hacerlo —dijo—. Es probable que pudiera rastrearlos, si dispusiera de un día o dos. Pero puede que no lleguemos a eso.

Estudió mi rostro un momento.

—Sin embargo no crees que la reunión vaya a detener lo que quiera que estén haciendo aquí.

—Ni de coña. Pero si hay suerte podré sacarlos de aquí y llevarlos a un lugar más escondido.

—¿Y si alguien resulta herido mientras haces planes? —me preguntó—. Los encuentros que se produjeron anoche están llamando la atención de la gente. Nadie ha resultado herido de momento, pero eso podría cambiar. No estoy dispuesta a tolerarlo.

—Ese es otro tema —dije cansado—. Algo que no creo que suponga una amenaza para el público. —Le hablé de los matones de Verano.

Se bebió el resto de la cerveza de un solo sorbo y suspiró.

—Contigo nada es nunca simple.

Me encogí de hombros, modesto.

—El problema es este, Harry —dijo en voz baja—. La última vez que aparecieron estos maníacos hubo muertos. Y hubo informes. Varios testigos dieron una descripción bastante buena de ti.

—Y no pasó nada —dije.

—No pasó nada porque yo estaba al cargo de la investigación —me corrigió Murphy en un tono ligeramente punzante—. El caso nunca se cerró. Pero si unos sucesos similares lo vuelven a sacar a relucir, no podré hacer nada para protegerte.

—¿Stallings no...?

—John probablemente lo intentaría —dijo Murphy—. Pero Rudolph ha estado subiendo escalafones en Asuntos Internos. Si consigue que reabran el caso, levantará la voz para que cobre importancia y ya escapará del control de Investigaciones Especiales.

Me quedé pensativo al oír aquello. Giré la botella lentamente entre mis dedos.

—Bueno —dije—, eso podría complicar las cosas.

Murphy puso los ojos en blanco.

—¿Tú crees? Maldita sea, Harry. Hace mucho tiempo estuve de acuerdo contigo en que había algunas cosas en las que era mejor que el Departamento no se involucrara. Prometí no ponerme a soplar silbatos y activar alarmas cada vez que sucediera algo macabro. —Se incorporó hacia delante ligeramente, con la mirada intensa—. Pero soy poli, Harry. Antes que nada. Mi trabajo es proteger y defender a la gente de esta ciudad.

—¿Y qué crees que estoy haciendo yo?

—Lo mejor que sabes —dijo sin exaltarse—. Sé que tu corazón está en su sitio. Sin embargo puedes ser todo lo sincero del mundo y aun así estar equivocado. —Hizo una pausa para que aquello dejara poso—. Y si te equivocas podría costar vidas. Vidas que he jurado proteger.

No dije nada.

—Me pediste que respetara tus límites y lo he hecho —dijo en voz baja—. Espero que me devuelvas el favor. Si aunque sea solo por un segundo considero que dejarte manejar este asunto va a costar vidas inocentes, no pienso callarme y hacerme a un lado. Voy a intervenir con todo lo que pueda. Y si lo hago, espero tu completo apoyo.

—¿Y tú eres la que decide cuándo? —pregunté.

Se enfrentó a mí sin inmutarse ni un milímetro.

—Aparentemente.

Me eché hacia atrás en el asiento y di sorbos a la cerveza con los ojos cerrados.

Murphy no sabía todo lo que había en juego. Sabía más que nadie del cuerpo, claro, pero trabajaba sobre un conocimiento solo parcial. Si cometía un fallo, fastidiaría las cosas hasta unos niveles difíciles de concebir.

Es probable que ella hubiera pensado lo mismo de mí en más de una ocasión.

Le había exigido mucho a Murphy cuando le pedí que confiara en mí.

¿Cómo iba a no devolverle el favor y encima seguir llamándome su amigo?

Era simple.

No podía.

Demonios, si se decidía a actuar, lo haría con o sin mí. En semejantes circunstancias, mi presencia podría suponer la diferencia entre una victoria sangrienta o un desastre y...

Y de repente sentí una gran empatía hacia la confusión de Michael.

Abrí de nuevo los ojos.

—Si decides involucrar al Departamento de Policía de Chicago, tendrás mi colaboración. Pero debes creerme, no es buen momento para una solución semejante.

Pasó el dedo por una brecha en la madera de la mesa.

—¿Y si el edificio hubiera estado lleno de gente, Harry? Familias enteras. Esos denarios podrían haber matado a cientos.

—Dame tiempo —dije.

Colocó las manos en el borde de la mesa y se levantó, enfrentándose a mí con aquella misma mirada neutral. Cuando empezó a hablar me surgió una sensación extraña en la boca del estómago.

—Ojalá pudiera —dijo—, pero...

La puerta del bar se abrió con una fuerza tal que los goznes se resistieron y quedaron marcas en la vieja pared de madera.

Una «cosa» entró por la puerta. Al principio me resultó difícil reconocer lo que era. Imaginen a un hombre intentando colarse en la casetilla de un perro; tenía que encorvarse y entrar de lado con cuidado de no hacerse daño con el marco de la puerta. Aquel era el aspecto de la enorme criatura de pelaje gris. Y además tenía cuernos y pezuñas.

El enorme bronco, muchos centímetros más alto que cualquier ogro o trol que jamás hubiese visto, cruzó la puerta con el cuerpo encogido y trató después de enderezarse. La cabeza, los hombros y la parte superior de la espalda topaban con el techo. Encorvado torpemente, sus ojos dorados brillaban alrededor de las pupilas rectangulares mientras examinaba la sala con detenimiento. Cada uno de los nudillos de sus puños cerrados era del tamaño de un maldito melón y un olor animal, fuerte y penetrante, llenaba el aire.

El bar no estaba lleno a causa de la nieve, por eso, además de Murphy y de mí solo había unos pocos asiduos. Aun así, aquello no era algo que se viera todos los días y la gente en la sala se quedó completamente quieta.

La mirada del bronco se clavó en mí.

Entonces caminó como andares de pato hacia nuestra mesa. Mac corrió hacia el interruptor que apagaba los ventiladores, pero los cuernos enroscados del bronco hicieron añicos las aspas de los dos que se cruzaron en su camino. Ni siquiera parpadeó. Se detuvo al lado de mi mesa y evaluó a Murphy. Luego volvió su enorme y pesado semblante hacia mí.

—Mago —rugió con una voz tan profunda que casi la sentí en lugar de oírla.

—He venido a hablar contigo acerca de mis hermanos menores. —El bronco entrecerró sus enormes ojos y sus nudillos crujieron como los cables de un barco cuando apretó los puños—. Y del daño que has obrado en ellos.

Cogí el bastón y me levanté para enfrentarme al enorme bronco.

Murphy me observó con los ojos muy, muy abiertos.

—Este es territorio neutral —dije en voz baja.

—Sí —convino el bronco—. Solo los Acuerdos mantienen tu cuello intacto y tu cráneo sin romper.

—O tu enorme culo sin cocinar —respondí alzando el mentón y apretando la mandíbula—. No creas que sería tan fácil, Enano.

—Puede que sí, puede que no —bramó el bronco—. Es una pregunta que solo se responde en el campo de batalla.

Traté de no respirar demasiado hondo. El enorme bronco no olía mal precisamente, pero olía demasiado.

—Habla.

—Tenemos una disputa, amigo de Invierno —bramó el bronco.

—También amigo de Verano —dije—. Me dieron joyas y todo.

—Sí —dijo el enorme bronco—. Has desempeñado un buen servicio para mi Corte, si bien no para mi reina. Por ello me sorprende tu uso del veneno contra dos de mis jóvenes parientes.

—¿El veneno? —dijo Murphy confundida.

—Hierro —le aclaré. Me volví hacia el bronco—. Trataban de matarme. Quería sobrevivir.

—Ningún amigo de cualquiera de las dos Cortes debería emplear el veneno, mago —graznó el bronco—. ¿No lo sabías? Es más que una simple arma, el dolor que inflige causa más que una mera incomodidad. Lo que has usado contra nosotros es un veneno, de cuerpo y espíritu.

Miré a aquel enorme idiota con el rostro encendido.

—Estaban tratando de matarme —repetí, solo que más lento para que resultara más insultante, claro—. Quería sobrevivir.

El bronco arrugó los ojos.

—¿Entonces pretendes continuar igual que has empezado?

—Pretendo sobrevivir —contesté—. No pedí esta lucha. No la empecé.

—Estás destinado a morir en cualquier caso, mortal, tarde o temprano. ¿Por qué no afrontarlo con honor y hacer que el paso sea más pacífico de este modo?

—¿Pacífico? —pregunté, apenas conteniendo una risa—. Si caigo luchando, Enano, tengo la intención de que sea lo menos pacíficamente posible. —Le apunté con el dedo—. No tengo nada contra ti ni tus hermanos, Enano, salvo que no paráis de intentar matarme. Haceros a un lado y las cosas no tendrán que ponerse más feas de lo que ya están.

El bronco bramó. Parecía un camión de basura machacando su contenido.

—No haré tal cosa. Serviré a mi reina.

—Entonces no esperes de mí otra cosa que no sea más de lo mismo —repliqué.

—¿Te comportarás así al servicio de Invierno? —preguntó el bronco, incrédulo—. ¿Tú, que golpeaste el corazón de Arctis Tor? ¿Qué poder tiene la reina oscura sobre ti, mortal?

—Lo siento, Enano, pero no eres ni de lejos tan especial como crees ser. Esta es la manera de la que me suelo comportar cuando alguien trata de matarme. —Le hice un gesto con el bastón—. Así que si has venido a intentar convencerme de que me tire al suelo y muera, bien puedes irte por donde has venido. Y si eres el siguiente en venir a por mí, más te vale tener más cerebro del que tuvieron tus hermanos, si no te convertiré en un gran montón de pedacitos y costillas machacadas.

El bronco volvió a rugir y asintió, tenso.

—Entonces sal afuera y arreglemos esto.

Uh. Oh, oh.

Echarle redaños a los malos —o no tan malos, como podría ser el caso— es una obligación, parte del territorio. Sin embargo nunca me había enfrentado a nada de la masa de Enano, el bronco, y no creía que debiera intentar plantarle cara sin prepararme antes bastante bien. Además, no debía olvidar que grande no equivale a estúpido y menos si tenía en cuenta los círculos en los que aparentemente se movía esta criatura.

De hecho, la mayoría de los miembros de la Corte de Verano que conocía poseían un formidable conocimiento de la contramagia. Si Enano poseía la mitad de la habilidad que me habían demostrado en el pasado sus semejantes, me vería en grandes problemas en una pelea directa. Lo único que tendría que hacer el bronco era quedarse fuera a esperar. El local de Mac solo tenía una puerta.

Peor, Thomas y Molly estaban esperándome en la calle, dentro del tanque de Thomas, y seguro que se unirían a la pelea. No estaba seguro de lo que sucedería entonces. Dejando totalmente aparte el hecho de que estaríamos luchando en mitad de Chicago a plena luz del día, debía considerar que el bronco podría tener refuerzos cerca esperando para intervenir en el caso de que alguien ajeno a los asuntos de las Cortes de Invierno y Verano tratara de interferir. Las capacidades para la lucha de Molly eran limitadas y Thomas tendía a creer que la mejor manera de aproximarse a un combate cualquiera era con el máximo poder, a base de velocidad y feroz agresividad.

Las cosas se podían poner muy feas enseguida.

Estaba tratando de pensar en la manera de salir de esta sin que muriera nadie cuando Murphy puso su arma en la mesa.

—No lo creo —dijo en un tono muy claro, alto y desafiante.

El bronco se giró para mirarla, sorprendido.

Mac hizo lo mismo.

Y todo el mundo.

Hasta yo, vamos.

Murphy se puso muy derecha y se volvió hacia el enorme bronco para enfrentarse a él.

—No dejaré pasar este desafío a mi autoridad.

El bronco giró la cabeza hacia un lado. Sus cuernos crearon surcos en la madera del techo.

Mac hizo una mueca.

—¿Señora? —rugió.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Murphy.

—Una mujer caballero, una escudera de este territorio mortal —respondió el bronco—. Una... agente de la ley, o así creo que se dice.

—Correcto —dijo ella con calma.

—No desafío su autoridad, señora...

—Murphy —dijo.

—Señora Murphy —rugió el bronco.

—Lo hace —dijo Murphy—. Ha amenazado a alguien a quien he jurado proteger.

El bronco parpadeó, lo que a su escala era un gesto considerable, y me miró.

—¿A este mago?

—Sí —dijo Murphy—. Es un ciudadano de Chicago, y he jurado protegerle y defenderle contra todos aquellos que quieran hacerle daño.

—Señora Murphy —dijo el bronco, adusto—, este asunto no concierne a los mortales.

—Y una mierda —dijo Murphy—. Este hombre vive en Chicago. Paga impuestos de la ciudad. Está sometido a sus leyes. —Me miró de soslayo y torció un lado de la boca—. Si tiene que padecer los dolores de cabeza de la ciudadanía, tal como es su deber, entonces es justo y legal que disfrute de las protecciones ofrecidas a todos los ciudadanos. Por lo tanto está bajo mi protección y cualquier disputa que tenga con él también la tiene conmigo.

—¿Está segura de su posición, señora Murphy?

—Bastante segura —respondió.

—¿Incluso sabiendo que el deber solemnemente ostentado por mí y mis parientes podría requerir que la mate?

—Maese Bronco —replicó Murph, colocando una mano sobre la pistola por primera vez—, considere durante un momento la sensación de una bala recubierta de acero entrando en su carne.

Las orejas del bronco se agitaron por la sorpresa. Unas cuantas servilletas volaron

de la superficie de una mesa cercana.

—¿Apuntaría tales armas venenosas contra un campeón legítimo de la corte Seelie?

—En su caso, maese Bronco —aseguró Murphy—, apenas me haría falta apuntar. —Entonces cogió el arma y la puso delante de los ojos del bronco.

Me entró el pánico. Entonces entendí dónde creía que Murph quería llegar con aquello y tuve que contenerme para no vitorearla.

Los nudillos del bronco volvieron a crujir.

—Estamos en territorio neutral —gruñó.

—Chicago nunca ha firmado ningún Acuerdo —respondió—. Cumpliré mi deber.

—Si me ataca aquí —dijo el bronco—, la destrozaré.

—Destróceme aquí —dijo Murphy—, y habría roto los Acuerdos actuando en nombre de su reina. ¿Esa era su intención al entrar en el bar?

El bronco apretó los dientes, un sonido similar al crujir de varias ruedas de molino.

—Mi disputa no es con usted.

—Si intenta quitarle la vida a un ciudadano de Chicago a quien he jurado proteger se convierte también en mi disputa, maese Bronco. ¿Desea su reina declararle la guerra a las autoridades mortales de Chicago? ¿Desearía ella que usted decidiera tal cosa por su cuenta y riesgo?

El bronco la miró fijamente, era evidente que considerando todo aquello.

—La dama tiene razón, Enano —argumenté—. No se va a ganar nada con esto, solo problemas, y lo único que se va a perder es tiempo. Márchate. Nos volveremos a encontrar pronto.

El bronco miró fijamente a Murphy y luego a mí. Si hubiera sido menos intrépido y temeroso, hubiera aguantado la respiración con la esperanza de evitar una pelea. Tal como estaban las cosas, la aguanté más que nada para soportar mejor el olor.

Al fin, el bronco agachó la cabeza ante Murphy causando más surcos en el techo y nuevas muecas en el barman.

—Su coraje debería ser honrado —rugió—. Eres menos hombre de lo que pensaba, mago, escondiéndote tras una mortal por muy valiente que esta sea.

Exhalé un largo suspiro, tan silenciosamente como fui capaz.

—Dios. Intentaré vivir con ello, encontraré la manera.

—Procuraré aliviarte de esa carga. Lo prometo. —El bronco le hizo un gesto de cabeza a Murphy a modo de despedida y acto seguido salió del bar igual de trabajosamente que había entrado. Incluso dejó la puerta cerrada.

Murphy soltó aire y guardó la pistola en su funda de hombro. Tras dos o tres intentos.

Me hundí en la silla con las piernas muy flojas.

—Oye —le dije a Murphy—, ahora mismo me parece que estás buenísima.

Me sonrió débilmente.

—Ah, y ahora te das cuenta. —Miró la puerta—. ¿Se ha ido de verdad?

—Sí —dije—. Supongo que sí. La Corte de Verano no es precisamente el adalid de la dulzura y la luz, pero tienen un alto concepto del honor, y cuando un hada da su palabra es buena.

Mac hizo algo que rara vez le he visto hacer.

Sacó tres botellas negras de debajo de la barra y las trajo a nuestra mesa. Quitó los tapones y puso una delante de mí y otra ante Murphy. La tercera se la quedó para él.

Cogí la botella y la olisqueé. Era una fermentación desconocida para mí, pero tenía un aroma rico y terroso que me hizo la boca agua.

Sin decir palabra, Mac alzó su botella como homenaje a Murphy.

Me uní a él. Murphy sacudió la cabeza con desgana y devolvió el saludo.

Bebimos juntos y mi paladar decidió que cualquier cerveza que probara a partir de entonces supondría una amarga decepción. Demasiados sabores para que pudiera contarlos se fundieron en algo que no podría describir aunque dispusiera de una semana para hacerlo. Nunca había bebido nada igual. Era una cerveza de dioses.

Mac vació la botella de un trago con los ojos cerrados. Cuando la bajó, miró a Murphy.

—Bien hecho, valiente —sentenció.

El rostro de Murphy estaba invadido por el alivio y una reacción a la cerveza al menos tan favorable como la mía. Dudo que Mac lo notara, pero yo conocía lo bastante a Murph para percibir que también había empezado a sonrojarse.

Mac volvió a la barra, dejando que Murphy y yo nos acabáramos nuestra ambrosía embotellada.

—Bueno —dijo con un hilo de voz—. ¿Por dónde íbamos?

—Estabas a punto de decirme que estaba equivocado y que el Departamento de Policía de Chicago necesitaba intervenir.

—Oh —dijo Murph—. Cierto. —Miró la puerta por donde se había ido el bronco un momento antes—. ¿Dices que esa cosa pertenece al más agradable de los dos grupos que nos causan complicaciones?

—Sí —dije.

—Nos hemos enfrentado a lo sobrenatural tres veces —dijo—. La cosa acabó mal en dos de ellas.

Se refería a la policía, por supuesto. Asentí. En una de esas dos ocasiones murió su compañero, Ron Carmichael. No es que fuera un ángel ni nada de eso, pero era un buen hombre y un poli digno.

—De acuerdo —dije—. Estoy dispuesto a no intervenir de momento. Con una

condición.

—Dila.

—De ahora en adelante estoy dentro. Es obvio que necesitas a alguien que te proteja de la gran cabra feroz.

Bufé.

—Sí, es obvio.

Levantó lo que quedaba de su cerveza. Yo alcé la mía.

Brindamos, nos las terminamos y salimos juntos al frío invernal

—De acuerdo —dije—. A partir de ahora llamo al orden a este consejo de guerra.

Estábamos todos sentados en mi diminuta sala de estar comiendo productos Burger King. Thomas y Molly habían votado McDonald's, pero ya que era yo el que pagaba les informé con toda crudeza que no estábamos en una democracia y que sería Burger King y punto pelota.

Saluda al rey, nena.

Murphy puso los ojos en blanco al presenciar aquella escena.

—¿Consejo de guerra? —preguntó Molly, con los ojos muy abiertos—. ¿Vamos a empezar otra guerra?

—Lo decía a modo de metáfora —dije, al tiempo que me aseguraba de que la proporción de ketchup y mostaza sobre mi hamburguesa se encontraba en unos parámetros aceptables—. Tengo que decidir mi próximo paso. Últimamente me han golpeado varias veces en la cabeza. Supongo que a mi cerebro le vendría bien un poco de ayuda.

—¿Acabas de darte cuenta de eso, verdad? —murmuró Thomas.

—Tú calla —gruñí—. La idea es generar pensamientos útiles.

—No gracioso —dijo Molly, conteniendo la risa.

La miré irritado. Se comió una patata frita para disimular.

Murphy dio un sorbo de su Cola Light.

—Bueno —dijo—, no podré aconsejarte hasta que no sepa a lo que te enfrentas.

—Te lo dije en el coche —dije—. Son los caballeros del Denario Negro.

—Ángeles caídos, viejas monedas oxidadas, asesinos psicóticos, vale —dijo Murphy—. Pero eso no da a entender de qué son capaces.

—Tiene razón —intervino Thomas—. No nos has dicho demasiado sobre esos tipos.

Solté aire y di un gran bocado a la hamburguesa para concederme algo de tiempo para pensar mientras masticaba.

—Hay muchas cosas que estos seres pueden hacer —dije después—. La principal es que las monedas parecen permitir a sus propietarios cambiar su forma física a algo más adecuado para la lucha que un cuerpo humano normal.

—Metamorfosis de batalla —dijo Molly—. Guay.

—No es guay —le dije. Hice una pausa y admití—. Bueno, tal vez un poco. Así son más difíciles de batir, más rápidos, y les hace disponer de distintos tipos de armamento como garras, colmillos y ese tipo de cosas. Cassius contaba con una mordedura venenosa, por ejemplo. El portador de Ursiel se podía transformar en una especie de oso enorme con garras, colmillos y cuernos. Otra denaria convertía su cabellera en un millón de tiras de titanio y daba latigazos con ellas o las lanzaba a

través de las paredes. Se estiraban al menos diez metros.

—Tengo algunas clientas así —apuntó Thomas.

Murphy parpadeó y me miró.

Me aclaré la garganta y miré a Thomas desafiante.

—Otro, Nicodemus, no cambia de forma, pero su maldita sombra puede saltar desde la pared para estrangularte. Es espeluznante.

—¿No tienen todos algo parecido a un uniforme? —preguntó Molly.

—Ni de lejos —respondí—. Cada uno de los caídos parece tener sus propias preferencias y sospecho que dichas preferencias se adaptan de distinta manera a los diferentes poseedores de las monedas. Al caído Quintus Cassius le iban los motivos de serpientes y su magia estaba también relacionada con las serpientes. Sin embargo era totalmente diferente a Ursiel, que a su vez difería completamente de la chica mantis de esta mañana, que además no tiene nada que ver con otros denarios que he visto.

Murphy asintió.

—¿Algo más?

—Sus esbirros —añadí—. Es más bien algo parecido a un culto, en realidad. Nicodemus tenía varios seguidores a los que le había cortado la lengua. Eran fanáticos muy bien armados y lo bastante locos para suicidarse en lugar de dejarse capturar por sus enemigos.

Hizo una mueca.

—¿El aeropuerto?

—Sí.

—¿Eso es todo?

—No —dije—. Nicodemus también tenía esos... llamémoslos perros guardianes, supongo. Salvo que no eran perros. No sé qué eran, bichos feos que corrían rápido y tenían grandes dientes. Pero no es eso lo que les convierte en peligrosos.

—¿No? —dijo Thomas—. ¿Entonces qué es?

—Los caídos —contesté.

La habitación se sumió en el silencio.

—Son seres más viejos que el tiempo que se han pasado dos mil años aprendiendo los recovecos del mundo y la mente mortal —dije en voz baja—. Entienden cosas a las que nosotros literalmente no podemos llegar ni estirando las puntas de los dedos. Han estudiado todos los trucos, todas las tácticas, y encima son los guardaespaldas de los dueños de cada moneda, si es que no tienen ya un control total sobre ellos. Cuentan con una memoria perfecta, una librería de información a su inmediata disposición. El caído es un intrigante, un consejero constantemente presente en el cerebro del portador de la moneda. Hace al cardenal Richelieu parecer la madre Teresa.

Thomas me miró muy fijamente durante un momento, ceñudo. Traté de ignorarle. Murphy sacudió la cabeza.

—Resumamos: un número desconocido de enemigos con capacidades desconocidas, apoyados por una banda de locos, manadas de animales de combate y una inteligencia sobrehumana. —Me miró—. Es difícil hacer planes, sabiendo tan poco como sabemos.

—Bueno, ¿entonces eso es lo que vamos a hacer ahora, verdad? —preguntó Molly tanteando—. ¿Averiguar más sobre ellos?

Thomas miró a Molly y asintió una sola vez.

—Hacer lo necesario para encontrarles —dije.

—¿Un hechizo de seguimiento? —sugirió Molly.

—No tengo muestras sobre las que trabajar —contesté—. Y aunque las tuviera, alguien de su equipo fue capaz de ensombrecer los hechizos de adivinación de Mab. No me acerco ni de lejos a la liga de Mab. Mis hechizos no se pueden ni comparar a los de ella.

—Si tienen semejante séquito, van a alejarse de cualquier lugar remotamente público —musitó Murphy—. ¿Una banda de tipos duros sin lengua? Si los denarios están en la ciudad, una cosa así les haría fáciles de localizar.

—La última vez tenían su escondrijo en la Subciudad —dije—. Creedme, hay mucho espacio para la maldad ahí abajo.

—¿Y qué pasa con el mundo espiritual? —preguntó Thomas—. Seguro que hay una o dos entidades que podrían decirnos algo.

—Es posible —dije—. Tengo relación con uno o dos de la loa. Sin embargo, esa clase de información es cara o poco fiable. A veces las dos cosas. Y recuerda de quién estamos hablando. Los caídos son pesos pesados del mundo espiritual. Nadie quiere mosquearles.

Molly soltó un sonido frustrado.

—Si no podemos rastrearles usando magia y no podemos encontrarles físicamente, entonces ¿cómo se supone que vamos a averiguar más sobre ellos?

—Exacto, chica —convine—. De ahí el concepto de consejo de guerra.

Comimos en silencio durante unos minutos.

—Estamos mirando todo esto desde el ángulo equivocado —dijo Murphy entonces.

—¿Eh? —dije desplegando una gran sabiduría.

—Pensamos como los buenos. Deberíamos pensar igual que los malos. Imaginar a lo que han tenido que enfrentarse y los obstáculos que se han encontrado.

Me incorporé hacia delante y le hice un gesto con la cabeza para que continuara.

—No sé tanto sobre los aspectos sobrenaturales de la situación —dijo—. No sé casi nada de estos denarios. Sin embargo sé cosas sobre Marccone. Por ejemplo, sé

que si bien puede tener algunos mequetrefes que quieren arrebatarle la franquicia, hay más que le son leales o que imaginan que salvarle les va a reportar mayores beneficios.

—Sí —dije ladeando la cabeza—. ¿Y?

—Deben de haberle llevado a un lugar donde la red de Marcone no puede acercarse. Podemos estar virtualmente seguros de que no se esconden en un lugar visible.

Gruñí.

—Demonios, si. No solo eso, sino que Marcone hace planes por adelantado. Tiene esa habitación del pánico preparada. De hecho... —Abrí mucho los ojos—. Un escondrijo secreto debería ser terriblemente secreto, ¿no creéis?

—Claro —dijo Molly—. ¿Qué tiene de bueno un escondite si todo el mundo sabe dónde está?

—Los denarios sabían exactamente dónde iba a esconderse Marcone —dije—. El hechizo que dispusieron para derribar las defensas de aquel edificio no era magia improvisada, era demasiado complejo para eso. Lo planearon con tiempo.

—Maldita sea —juró Thomas—. Alguien de dentro de la organización de Marcone le ha vendido.

—Así que si encontramos a la rata... —dijo Murphy, siguiendo la lógica.

—Podríamos encontrar el rastro que lleve a los caraníquel. —Terminé de decir con una sonrisa feroz—. ¿Ha sido este consejo de guerra una idea genial o no?

Molly se rió tontamente.

—Caraníquel.

—Tengo un don —dije con modestia. Entonces añadí en voz baja—: Y deja de reírte así. Los magos no sueltan risitas tontorronas. Es malo para su imagen.

Molly ocultó su risita comiéndose unas patatas.

Apuré mi Coca-Cola y me volví hacia Murphy.

—Entonces, lo que tenemos que hacer es averiguar quién le ha dado a Marcone una puñalada por la espalda. Sin duda es alguien en una posición lo bastante elevada como para conocer la localización exacta de la casa segura y que además se beneficiaría de la ausencia de Marcone.

—Estás asumiendo que el informador fue voluntario —dijo Murphy—. Eso no es necesariamente cierto. Alguien pudo revelar la información sin saberlo o verse obligado a cooperar.

Me paré a considerar aquello.

—Cierto. Entonces debemos empezar por averiguar quién pudo revelar dónde estaba la casa segura.

Murphy se pasó los dedos por su cabello rubio oscuro con gesto pensativo.

—Para ser honestos, Investigaciones Especiales no se cruza con los de su clase

muy a menudo. Tendría que hacer unas cuantas llamadas para averiguarlo.

Thomas martilleó los dedos en el brazo de su sillón.

—El FBI sabrá más, ¿no?

—¿Y ese tipo, Rick? —dijo Molly—. El que estaba ayudando a aquel capullo a interrogarme.

Murphy entornó los ojos y emitió un sonido que no era una afirmación pero tampoco negaba nada. Murphy tenía diferencias con su ex marido.

Molly tardó medio segundo en comprender la expresión en el rostro de Murphy. Paseó la mirada alrededor de la habitación durante unos momentos desesperados.

—Oh, Harry, ¿qué pasa con Míster? Ha estado durmiendo como un tronco todo el tiempo que llevamos aquí.

—Lo que nos lleva a la segunda parte del problema —dijo—. Los matones de la Corte de Verano. Creo que es muy posible que tengan vigilada mi casa.

Thomas enarcó una ceja.

—No he sentido nada.

—Tampoco sentiste lo que entró por la puerta del pub —dijo Murphy maliciosa.

—Estaba dando vueltas a la manzana —dijo Thomas a la defensiva—. Estamos en mitad de una maldita tempestad y ni así se puede encontrar aparcamiento. Odio esta ciudad.

—Tengo hechizos de advertencia por toda la zona —declaré—. Si algo se acerca a menos de una manzana de aquí, es probable que me enterara. Y tienes que ser muy despierto para pasarle desapercibido a Ratón.

Ratón, que estaba sentado delante de Molly poniéndole ojitos a su sándwich de pollo, me miró y meneó la cola.

—Si estuvieran cerca, lo sabría. Es probable que se hayan dispersado para ver quién entra y sale —dije—. Los broncos prefieren no echar abajo la puerta de mi apartamento, al menos de momento. Prefieren luchar donde no haya riesgo de daños colaterales. Sin embargo, me da la sensación de que toda esta nieve no les sienta demasiado bien.

Molly adoptó un gesto confuso.

—¿Crees que Mab está influyendo en el tiempo para ayudarte?

—Tal vez esta nevada de record sea solo una coincidencia —barrunté—. Si es así, llega en un momento perfecto.

—Contigo no existen las coincidencias, Dresden —dijo Murphy.

—Es exactamente lo que quería decir. —Me froté la mandíbula. Tenía que afeitarme, si bien mi dolorida nariz ya se encontraba regular sin necesidad de añadirle un par de pasadas de cuchilla a sus preocupaciones. No confiaba en que mis manos fueran lo bastante firmes. Había demasiadas cosas terribles sueltas por ahí. Si me detenía a pensar que todo aquello se me estaba escapando de las manos, acabaría

optando por enterrarme en un hoyo e invernar dentro.

No pienses, Harry. Sabes demasiado bien a lo que te enfrentas.

Analiza, decide y actúa.

—De acuerdo. Podemos dar por hecho que la gente de Verano nos ha visto entrar. Mientras no nos vayamos, supondrán que seguimos aquí.

—Ajá. Me preguntaba por qué me habrías traído —dijo Molly.

Le guiñé un ojo.

—Me conoces, pequeño saltamontes. Sí. Quiero que te asegures de que los broncos y su gente no se den cuenta de que nos vamos. Con suerte ganaremos algo de tiempo mientras ellos juegan a ser cazadores pacientes y esperan a que vuelva a exhibirme.

—Eh —dijo Thomas con una risa disimulada—. Exhibirte.

Murphy le lanzó un aro de cebolla que cogió al vuelo y se lo metió en la boca.

—Entretanto, tengo un juguete nuevo para que te entretengas, Thomas.

Mi hermano enarcó las cejas y me dedicó toda su atención.

Entré en mi diminuto dormitorio y salí con un pequeño figurín, una tosca figura de barro que se parecía más a Pingu que a otra cosa. Me lo llevé a la boca, soplé y murmuré una palabra.

—¡Cógelo! —exclamé.

Se lo lancé a Thomas. Mi hermano lo cogió y... de repente, un tipo alto, demasiado lánguido para que su aspecto pudiera considerarse saludable, apareció sentado en la silla de Thomas vestido con su ropa. El cabello ligeramente ondulado parecía perpetuamente desgredado y sus ojos hundidos sumidos en un permanente estado de somnolencia. Sin embargo, la angulosa barbilla, fuerte y despejada, le confería una apariencia más dura e inteligente de lo que hubiera cabido esperar.

Demonios. ¿De verdad tenía yo aquel aspecto? Tal vez necesitaba un cambio de imagen o algo así.

Murphy se quedó un momento sin aliento y su mirada se desplazó alternativamente entre mí y el nuevo look de Thomas. Molly no se molestó en tratar de ocultar su reacción.

—Guay —se limitó a decir.

—¿Qué? —preguntó Thomas. Aunque la figura que hablaba se parecía a mí, el sonido de la voz de mi hermano no había cambiado y una mancha de ketchup de su hamburguesa todavía era visible a un lado de la boca. Echó un vistazo a su alrededor antes de soltar un gruñido, levantarse y colarse en mi dormitorio para mirarse en el espejito de afeitar del cajón de mi baño.

—Has inventado un muñeco que convierte a la gente en su medio hermano feo, ¿eh?

—No presumas tanto, guapito —exclamé.

—Si piensas que voy a dejarte que me rompas la nariz para completar tu obra, estás loco.

Gruñí.

—Sí, es un problema. Lo preparé para que su aspecto fuera el del día que lo terminé.

—No es un problema —dijo Molly enseguida—. Cogeré mi estuche de maquillaje y al menos le arreglaré un poco los ojos. No sé lo que podré hacer con la nariz, pero desde lejos quedará bien.

—Harry, si va por ahí con tu apariencia —dijo Murphy—, ¿no va a atraer algún tipo de atención hostil?

Thomas bufó y apareció en la puerta de mi habitación con el rostro limpio de ketchup.

—Harry anda siempre por ahí con esta pinta. Eso sí que sería horrible. Lo podré soportar unas cuantas horas.

—No te pongas demasiado mono siendo yo —dije—. Danos dos o tres horas de ventaja y luego sal. No te alejes de las carreteras y no pares de moverte. No les des la ocasión de rodearte. ¿Llevas el móvil?

—Supongo —respondió—. Pero teniendo en cuenta el mal tiempo y que he pasado un rato con vosotros dos, diría que lo más probable es que ahora no funcione —gruñí y le lancé mi guardapolvos de cuero y mi bastón. Los cogió y me miró confuso—. ¿Estás seguro de que no los quieres?

—No los pierdas —le advertí—. Si los broncos vieran a un doble mío sin el abrigo puesto, pensarían enseguida que algo raro sucede. El fin de todo esto es impedir que sospechen. El encantamiento debería durar unas seis o siete horas. Cuando acabe, vuelve aquí.

—Sí, sí —dijo Thomas colocándose mi guardapolvos. La magia ilusoria no servía para que fuese de su talla, así que tuvo que arreglarse las mangas. No obstante, la apariencia visual es que le quedaba igual que a mí—. Karrin, no le permitas hacer ninguna estupidez.

Murphy asintió.

—Lo intentaré, pero ya sabes cómo es. —Cogió su abrigo y se lo puso—. ¿Adónde vamos?

—Con Gard —dije—. A casa de los Carpenter. Apuesto a que Marccone reservó una muestra de su cabello para usarla en un hechizo de rastreo si se daba una situación como esta.

—Pero decías que no podías penetrar en... esa magia oscura que tienen los caraníquel.

—Es probable que no. Pero si conozco bien a Marccone, seguro que también habrá guardado muestras de pelo o sangre de su gente para así poder encontrarlos en caso

de necesitar ayuda o...

Murphy hizo una mueca.

—O para ofrecerles la jubilación anticipada.

—Espero que Gard pueda darnos una pista que nos permita encontrar la filtración —dije.

Entretanto, Molly se puso a trabajar en Thomas con su estuche de maquillaje, a toda prisa. El rostro de Thomas estaba casi al mismo nivel que el mentón de mi yo ficticio, si no algo más bajo, pero yo le había enseñado a Molly lo básico sobre la magia ilusoria. Eso sí, mi habilidad para las ilusiones era bastante básica y no aguantaría ningún examen serio. A Molly le bastó con mirar con atención para ver lo que se escondía detrás.

Por supuesto, no hace falta que la ilusión sea completamente convincente, siempre que te las arregles para impedir que la gente tenga una buena razón para mirar con atención. La ilusión no ha de ser perfecta, lo importante es crear confusión.

Molly fue arrastrada en su momento por la marea de la subcultura gótica, algo que resultaba evidente en su maquillaje. En su estuche predominaban los azules, púrpuras y rojos —útiles para oscurecer los ojos de Thomas— y la ilusión de mi rostro adquirió una apariencia bastante cercana a la mía salvo por la nariz hinchada.

—Servirá —dije—. Murph, tú conduces. Si no te importa, Molly.

Mi aprendiz sonrió mientras se ponía el abrigo a toda prisa. Entonces se atrapó la lengua entre los dientes, puso una mueca fiera y agitó la mano hacia mí con un murmullo. Sentí el velo de la chica rodearme como una fina capa de gelatina; era una sensación pegajosa y viscosa. El mundo se volvió algo borroso, como si estuviera de repente mirando a través de una brumosa capa de agua verdosa, pero el rostro de Murphy se torció en una sonrisa.

—Es muy bueno —exclamó—. No le veo.

Molly mantenía el hechizo con un gesto concentrado pero miró a Murphy un instante e hizo un movimiento agradecido de cabeza.

—Bien —dije—. Vamos, Ratón.

Mi perro se puso en pie de un brinco y se acercó trotando y moviendo la cola, ansioso.

Murphy miró a la zona donde más o menos me encontraba y enarcó una ceja.

—Si los broncos no se lo creen, quiero que se me advierta con la mayor antelación posible —le expliqué.

—¿No puede ser también que estés algo nervioso por salir sin abrigo ni bastón? —murmuró en voz baja.

—Tal vez —reconocí.

Era una verdad a medias. Por mucho apodo insultante que me inventara para ellos, con o sin guardapolvos y bastón, mientras más pensaba en los enemigos a los

que estábamos a punto de enfrentarnos, más me preocupaba.

No estaba nervioso.

Estaba aterrorizado.

Ya estaba oscuro cuando llegamos a casa de los Carpenter.

—Alguien nos está siguiendo —dijo Murphy cuando habíamos empezado a aminorar para entrar por el camino de la casa.

—Sigue conduciendo —espeté enseguida desde donde estaba, agachado en la parte trasera del Saturn de Murphy. Me sentía como una marmota tratando de esconderse en un hoyo de campo de golf—. Pasa la casa de largo.

Murphy volvió a coger velocidad, acelerando muy lentamente y con cuidado en la calle nevada.

Asomé la cabeza lo suficiente para observar la noche detrás de nosotros. Ratón se incorporó conmigo y miró solemne y con cautela por la ventana trasera, al mismo tiempo que yo.

—¿El coche con un faro desviado ligeramente a la izquierda?

—Ese mismo. Lo detecté hace unos diez minutos. ¿Ves la matrícula?

Agucé la vista.

—Con la nieve y la luz dándome en los ojos no.

Molly se volvió y se arrodilló en el asiento del acompañante para mirar por la ventana trasera.

—¿Quién crees que es?

—Molly, siéntate —espetó Murphy—. No queremos que sepan que les hemos...

El brillo de los faros del coche detrás de nosotros aumentó y comenzó a acercarse.

—Murph, la han visto. Ahí vienen.

—¡Lo siento! —dijo Molly—. ¡Lo siento!

—Poneos los cinturones —ladró Murphy.

Aceleramos, pero nuestro perseguidor acortó las distancias en apenas segundos. La luz de sus faros brillaba con más fuerza y oí el rugido ahogado del gran motor muy cerca de nosotros. Me revolví para sentarme en el asiento trasero y echar mano del cinturón, pero Ratón estaba sentado en el anclaje y antes de que pudiera sacarlo de debajo de su cuerpo, Murphy gritó:

—¡Agarraos!

Los choques siempre son más ruidosos de lo que uno espera. Este no fue una excepción. El coche perseguidor se estrelló contra la parte trasera del Saturn a tal vez sesenta kilómetros por hora.

El metal chirrió.

Los cristales estallaron.

Me golpeé la espalda contra mi asiento y luego mi cuerpo dio un latigazo contra la parte posterior del asiento del conductor.

Ratón también rebotó de un lado a otro.

Molly gritó.

Murph soltó un juramento y se aferró al volante.

Podría haber sido peor. Murphy había ganado suficiente velocidad como para mitigar el impacto, pero el Saturn danzó en las calles cubiertas de nieve e hizo un elegante giro de ballet a cámara lenta.

Golpearme la nariz en la parte posterior del asiento de Murphy no me sentó demasiado bien. De hecho, durante unos segundos no supe con claridad qué estaba pasando. Fui vagamente consciente de que el coche daba vueltas y se empotraba de costado contra un enorme montículo de nieve con un crujido.

El motor del Saturn tosió y murió. Mi corazón palpitante envió un estruendo a mis oídos e intensa agonía a mi nariz. Oí vagamente el sonido de la puerta de un coche abriéndose y volviéndose a cerrar cerca de donde estábamos.

Oí a Murphy revolverse en su asiento.

—Arma —gritó. Sacó su pistola, se desabrochó el cinturón de seguridad y trató de abrir la puerta del conductor. Un sólido muro blanco bloqueaba la escapada. Gruñó y se arrastró sobre el regazo de la aturdida Molly para tratar de abrir a tuestas la del acompañante.

Me desplacé hasta el otro extremo del asiento y busqué con la mano el mecanismo hasta que logré abrir la puerta. Cuando se abrió, reparé en un coche ligeramente abollado en medio de la calle, al ralentí y con ambas puertas abiertas. Dos hombres avanzaban hacia nosotros surcando la nieve. Uno de ellos sostenía lo que parecía una escopeta y su socio llevaba un arma automática en cada mano.

Murphy salió del coche y se arrojó a un lado. No era complicado entender por qué lo hizo, si hubiera empezado a disparar inmediatamente, Molly habría estado en la línea de fuego del intercambio resultante.

Murphy actuó con rapidez y se agachó lo más cerca del suelo que pudo, pero aquello le costó un precioso segundo.

La escopeta rugió y escupió fuego.

El impacto lanzó a Murphy al suelo como si la hubieran aplastado con un martillo pilón.

Al ver aquello, mi revuelto cerebro se cuajó. Reuní mi voluntad, alcé una mano y grité:

—¡Veritas servitas!

Un viento surgió de mis dedos extendidos. Lo dirigí hacia el terreno cubierto de nieve justo delante de nuestros atacantes y una repentina tormenta de pedazos voladores de hielo y escarcha rugió y se tragó a los pistoleros.

Mantuve la presión sobre ellos y el hechizo activo mientras gritaba:

—¡Molly! ¡Con Murphy! ¡Velo y primeros auxilios!

Molly sacudió la cabeza y me miró con los ojos vidriosos, pero saltó del coche y

llegó a gatas hasta Murphy. Un segundo después, las dos desaparecieron de la vista.

Mover el aire suficiente para mantener el viento huracanado propio de un hechizo como aquel era mucho más trabajoso de lo que se piensa. El aire se quedó de nuevo quieto, a excepción de algunos remolinos de viento y los pedazos de hielo que danzaban y giraban sobre la nieve. Los dos hombres armados quedaron a la vista, agachados y con los brazos aún en alto para protegerse los ojos del viento y los punzantes pedazos de hielo.

Echaba de menos mi bastón y mi guardapolvos. Pero no el revólver del 44. Lo saqué del bolsillo de mi abrigo y apunté a los malos al tiempo que levantaba la mano izquierda y la sacudía para sacar el brazaletes escudo de debajo de la manga de mi abrigo.

Reconocí a uno de los dos hombres armados, el de las dos pistolas. Se llamaba Bart no sé qué y era un matón a sueldo de los baratos. Al menos el precio no engañaba. Bart era el tipo de persona al que llamabas cuando necesitabas romperle a alguien las costillas y contabas con poco presupuesto.

El otro tipo también me resultaba familiar, pero no le ponía nombre. Vamos, no es que yo frecuentara los bares de mafiosos y conociera a todo el mundo. Por otra parte, lo único que me hacía falta saber era que le había disparado a Murphy.

Empecé a caminar hacia adelante y me detuve tal vez a cinco metros de distancia de ellos. Para cuando llegué hasta allí ya se habían logrado quitar el hielo y la nieve de los ojos. No esperé a que recuperaran la visión del todo. Apunté con cuidado y le metí una bala en la rodilla derecha al de la escopeta.

Cayó al suelo gritando y ya no paró de hacerlo.

Bart se volvió hacia mí y levantó ambas armas, pero mi brazaletes escudo estaba listo. Con un esfuerzo de voluntad, un hemisferio de fuerza brillante, plateada y traslúcida cobró vida entre Bart y yo. Vacío los cargadores de ambas armas automáticas contra mí obteniendo el mismo resultado que si disparara dos pistolas de agua. La totalidad de los proyectiles impactó en mi escudo, que incliné para desviar las balas hacia arriba e impedir que salieran despedidas hacia las casas que nos flanqueaban.

Las armas de Bart hicieron clic cuando los cargadores se quedaron sin balas.

Bajé el escudo y levanté el revólver mientras el tipo buscaba más cargadores en los bolsillos.

—Bart —le reprendí—. Piénsatelo bien.

Se quedó quieto donde estaba y, acto seguido, lentamente, apartó las manos de los bolsillos.

—Gracias. Supongo que ya sabes lo que quiero que hagas ahora.

Dejó caer sus armas. Bart tenía casi cuarenta años y era bien parecido, alto, con la complexión propia de un hombre que pasaba mucho tiempo en el gimnasio. No

obstante tenía ojillos de comadreja, oscuros y brillantes. Los movía constantemente a izquierda y derecha como si buscara posibles vías de escape.

—No me obligues a dispararte por la espalda, Bart —le dije—. La bala podría darte en la columna vertebral y dejarte paralizado sin matarte. Eso sería terrible. — Me acerqué a paso tranquilo, manteniendo el arma apuntada y asegurándome de que tenía siempre una visión clara del otro pistolero. El tipo herido seguía gritando, aunque ahora con apenas un hilo de voz ronca—. ¿Sabes quién soy?

—Dresden... —dijo Bart—. No es nada personal, tío.

—Has tratado de matarme, Bart. Eso es bastante personal.

—Era un trabajo —dijo—. Solo un trabajo.

Y de repente me acordé de dónde había visto antes al otro: inconsciente en el pasillo del exterior de la oficina de Deméter, en Prioridad Ejecutiva. Era uno de los acólitos de Torelli, y no parecía ser mucho más inteligente que su jefe.

—Este trabajo va a hacer que te maten un día de estos, Bart —le dije—. Tal vez incluso hoy mismo —añadí, y exclamé—: ¿Molly? ¿Cómo está?

—Estoy bien —respondió la voz de Murphy en lugar de la de Molly. Las dos palabras sonaron entrecortadas, tal vez a causa del dolor—. El chaleco detuvo todos los proyectiles menos uno. No es muy grave.

—Le sangra el brazo, Harry —dijo Molly con la voz temblorosa—. La hemorragia está parando, pero no sé qué más puedo hacer.

—Murph, vuelve al coche, tendrás menos frío.

—Y una mierda, Harry. Voy a...

—Entrar en shock —acabé la frase por ella—. No seas estúpida, Murph. No puedo cargar tu cuerpo inconsciente y controlar a estos tipos al mismo tiempo.

Murphy gruñó por lo bajo algo vagamente amenazador, pero oí a Molly decirle:

—Deje que la ayude.

Los brillantes ojos de Bart estaban casi fuera de sus órbitas, buscando el origen del sonido de la voz de Molly.

—¿Qué? ¿Qué demonios?

Para entonces, ya estaba seguro de que la gente de las casas a nuestro alrededor habían llamado a la policía. También estaba seguro de que la poli tardaría en llegar unos cuantos minutos más de lo habitual. No quería estar allí para entonces, lo que significaba que no disponía de demasiado tiempo. No obstante, Bart no tenía por qué saber aquello, igual que no tenía ni idea de en qué se había metido.

Lo más seguro es que solo me diera tiempo a interrogar a uno de los hombres. El matón de Torelli yacía herido y con todas las papeletas de estar bastante enfadado conmigo. Además, si pertenecía a su guardia personal, era posible que fuese leal a Torelli. Entonces solo me quedaba una posibilidad inteligente para conseguir información.

Di un paso al frente al tiempo que me pasaba el arma a la mano izquierda y extendía la derecha. Dije una palabra por lo bajo y una esfera de fuego cobró vida en el aire justo encima de mi mano derecha, brillante como un diminuto sol. Miré fijamente a Bart y me acerqué a él.

El matón dio un respingo y se cayó de culo en la calle nevada.

Liberé la esfera de fuego y esta se fue acercando poco a poco a la cara de Bart.

—Mira, hombretón —dije en un tono amigable—. He tenido un par de días complicados y te confieso que quemarle la cara a alguien me parece una gran manera de relajarme.

—¡Me contrataron para el trabajo! —tartamudeó Bart a la vez que retrocedía con el impulso de su trasero—. ¡Yo solo soy el conductor!

—¿Para qué te contrataron? —le pregunté.

—Se suponía que debía echarle de la carretera y cubrir al pistolero —casi gritó Bart. Señaló con un dedo al hombre herido—. A él.

Extendí más los dedos y la esfera llameante se acercó a la cara del matón otros pocos centímetros.

—Bart, Bart. No cambiemos de tema. Esto es entre tú y yo.

—¡Solo soy mano de obra contratada! —gritó al tiempo que se encogía para apartar la cara del fuego—. ¡A los tipos como yo no nos dicen una mierda!

—Los tipos como tú siempre sabéis más de lo que se os dice —dije yo—. Así tenéis algo que darle a los polis para libraros del talego.

—¡Yo no! —dijo Bart—. ¡Lo juro!

Le sonreí y acerqué la esfera un poco más hacia él.

—Inspira azul —dije—. Expira rosa. Eh, esto es relajante.

—¡Torelli! —gritó Bart levantando los brazos—. ¡Dios mío, fue Torelli! ¡Torelli encargó el trabajo! ¡Se ha estado preparando para suceder a Marcone!

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—No lo sé. Un par de semanas, tal vez. ¡Fue entonces cuando me llamaron! ¡Oh, Dios!

Cerré la mano y apagué la esfera de fuego antes de que hiciera más que chamuscar las mangas del abrigo de Bart. El matón yacía en el suelo respirando laboriosamente y se negaba a bajar las manos.

El sonido de las sirenas se oía a lo lejos. Era el momento de irse.

—¿Ha estado hablando con alguien últimamente? —pregunté—. ¿Alguien nuevo? ¿Preparando una alianza?

Bart sacudió la cabeza, temblando.

—No trabajo con él a tiempo completo. No he visto nada de eso.

—¡Harry! —gritó Molly.

Estaba tan concentrado en la conversación con Bart y tan preocupado por Murphy

que no me acordé de quitarle el arma al otro. El tipo tirado en el suelo había recuperado su escopeta y estaba accionando el mecanismo para expulsar el casquillo y meter otro nuevo. Me giré hacia él levantando mi brazalete escudo. El problema era que mi estiloso y rediseñado brazalete, si bien era mejor en casi todos los aspectos respecto al viejo, requería bastante más poder y no podía reunirlo tan rápido. Me tiré al suelo y traté de interponer a Bart entre el matón de Torelli y mi cuerpo. Bart se revolvió enérgico para apartarse de la línea de fuego y entonces tuve claro que no iba a lograr montar el escudo a tiempo.

Ratón debió de hacerse a un lado al comienzo de la confrontación, porque apareció de entre las sombras como si viniera corriendo por una pista de carreras. Se movía tan rápido que una ola de nieve le precedía, literalmente, como cuando una lancha motora surca el agua. Alcanzó al hombre de Torelli justo cuando el tipo apretaba el gatillo.

Las escopetas suenan muy fuerte. Bart gritó una palabra descortés.

Ratón agarró al hombre de Torelli por la pierna donde yo le había disparado hace un minuto y comenzó a desgarrarla, sacudiéndola con tanta ligereza como un terrier sacude a una rata. Al gorila solo le quedaron fuerzas para emitir otro grito lastimero, un sonido muy agudo propio de un cerdo en el matadero. La escopeta se le cayó de las manos y se dejó sacudir como una muñeca de trapo, inconsciente a causa del dolor.

Las sirenas ulularon más alto y me puse de nuevo en pie. Bart estaba en el suelo gritando y balanceándose. El cartucho perdido de la escopeta le había alcanzado justo en el culo. Tenía un montón de sangre en los pantalones, pero no parecía estar brotando de una arteria importante. Es cierto que dependiendo de si el disparo le había dado de lleno o no, la herida podría mutilarle, lisiarle o tal vez incluso suponerle la muerte en el caso de que se produjera una hemorragia interna. Sin embargo existen lugares peores donde recibir un disparo y con tanta adrenalina subiéndome por el cuerpo la verdad es que aquello me pareció muy gracioso.

Riendo a carcajadas, llamé a Ratón y corrí hacia el coche.

Molly ya había acomodado a Murph en el asiento del acompañante, así que tuve que trepar por encima de ella para llegar al del conductor. Murph dejó escapar una oscura maldición cuando le golpeé el brazo accidentalmente. El asiento del conductor estaba tan echado hacia delante que prácticamente tocaba el volante y durante un segundo pensé que iba a tener que pisar los pedales con una mano y conducir con la otra, pero me las arreglé para encontrar la palanca que deslizaba el asiento hacia atrás y el coche arrancó al primer intento.

—Maldita sea, Dresden —dijo Murphy resollando—. Ha habido armas de fuego involucradas. Tenemos que volver.

Ratón se aupó al asiento trasero y Molly cerró las dos puertas de atrás. Maniobré

el volante y saqué el Saturn de la nieve antes de acelerar y remontar la calle. Todavía tenía una sonrisa irracional dibujada en el rostro. Me dolían las mejillas.

—No te lo crees ni tú, Murphy.

—No podemos simplemente dejar que se vayan.

Contuve otra tanda de risitas motivadas por la adrenalina.

—No van a ir a ninguna parte. Y soy persona non grata, ¿recuerdas? ¿Quieres verte metida en la escena de un tiroteo en el que estoy involucrado?

—Pero...

—Maldita sea, Murphy —dije exasperado—. ¿Quieres que vaya a la cárcel? Si volvemos ahora, el gorila de Torelli les dirá que le he disparado. Me quitarán la pistola y si encuentran la bala o la tiene todavía en la pierna, será asalto con un arma homicida.

—No si era en defensa propia —apostilló Murphy.

—En un mundo justo, tal vez —dije—. Siendo las cosas como son, si solo encuentran a dos matones de la mafia, dos tipos con antecedentes y pertenecientes a una conocida asociación de malhechores, ambos heridos, la poli va a asumir que se han peleado entre ellos y se han disparado el uno al otro. Nos quitamos del medio a dos de los malos, tú mantienes tu trabajo y a mí no me apartan del caso, lo cual es sinónimo de que no me maten. —La miré de soslayo—. ¿Quién sale perdiendo?

Murphy no dijo nada durante un momento.

—Todos perdemos, Harry. La ley está ahí para proteger a todo el mundo. Se supone que se aplica a todos por igual.

Suspiré y dediqué mi atención a la carretera. Conduciría durante unos minutos para asegurarme de que estábamos a salvo y luego daría la vuelta para volver a casa de Michael.

—Sabes que así es como te gustaría que fueran las cosas, no como son, Murph. Estoy seguro de que a los abogados de Marcone les encanta esa actitud.

—La ley no es perfecta —respondió en voz baja—, pero eso no significa que no debamos intentar hacer que funcione.

—Hazme un favor —dije.

—¿Qué?

—Tápate la nariz, pon acento de Filadelfia y di: «Yo soy la ley».

Murphy soltó un bufido y sacudió la cabeza. La miré de reojo. Tenía el rostro pálido por el dolor y los ojos un poco vidriosos. Llevaba el brazo izquierdo envuelto en lo que parecían pedazos de la camiseta de Molly.

Miré el espejo retrovisor. Mi aprendiz, de hecho, llevaba solo un sujetador de encaje verde bajo el abrigo de invierno. Estaba agachada, con los dos brazos alrededor de Ratón y el rostro enterrado en su pelaje manchado de nieve.

—Eh, ahí atrás —dije—. ¿Hay alguien herido?

Ratón bostezó, pero Molly lo examinó de todos modos.

—No. Los dos estamos bien.

—Guay —dije. Miré por encima de mi hombro un momento para sonreírle a Molly—. Buen velo. Ha sido muy rápido. Lo has hecho bien, pequeño saltamontes.

—¿Puse yo esa misma cara cuando me hiciste lo de la bola de fuego? —me dijo Molly de sopetón.

—Prefiero pensar que es una pequeña bola solar —dije—. Y tú fuiste una estoica comparada con ese tipo, pequeño saltamontes. Tú también hiciste un gran trabajo, cara peluda —le dije a Ratón—. Te debo una.

Abrió la boca en una sonrisa perruna y meneó la cola. Atizó a Molly con ella, salpicándole un poco de nieve en la piel desnuda. La chica dio un respingo y se echó a reír.

Murphy y yo intercambiamos una mirada. Si el pistolero hubiera apretado el gatillo una centésima de segundo antes o después, Murphy estaría muerta. Podría haberle dado en la cabeza, el cuello o en una arteria. Si no fuera por Ratón, probablemente yo también estaría muerto. Y si se hubieran cargado también a Murphy, dudo que hubieran dejado atrás a Molly para que testificara contra ellos.

Había faltado poco, y eso que no eran unos atacantes sobrenaturales. Puede que Molly no se diera cuenta aún, pero Murphy y yo sí.

—¿Cómo va el brazo, Murph? —le pregunté.

—Solo ha tocado músculo —dijo cerrando los ojos—. Duele como un demonio, pero no va a matarme.

—¿Quieres que te lleve a urgencias?

Murphy no respondió de inmediato. Había bastante más de fondo en la pregunta que las meras palabras. Los médicos tienen la obligación por ley de informar de cualquier herida de bala a las autoridades. Si Murph acudía a recibir tratamiento médico, informarían a la poli. Y ya que ella misma era poli, aquello implicaría responder a toda clase de preguntas, lo que a la postre significaría que la verdad sobre lo que había pasado acabara saliendo a la luz.

Sería un acto responsable y acorde a la ley.

—No, Harry —dijo al fin, y cerró los ojos.

Solté aire, aliviado. Aquella respuesta le había costado. Me habían empezado a temblar las manos sobre el volante. En general me las arreglo bien en mitad de una crisis. Es después cuando empiezan a entrarme los nervios.

—Siéntate tranquila —dije—. Haremos que te curen.

—Calla y conduce —dijo cansada.

Así que conduje.

—Esto se está poniendo turbio, Harry —dijo Michael con un tono preocupado en la voz—. No me gusta.

La nieve crujió bajo nuestros pies cuando caminamos de la casa al taller. La luz del día estaba decayendo a medida que un segundo frente llegaba a la ciudad, oscureciendo los cielos con la promesa de más nieve.

—A mí tampoco me gusta mucho —contesté—. Sin embargo, nadie ha venido corriendo a ofrecerme otras opciones. —Dejé de andar—. ¿Cómo está Murphy?

Michael se detuvo a mi lado.

—La que tiene formación médica es Charity, pero a mí me ha parecido una lesión bastante sencilla. Detuvimos la hemorragia con un vendaje y se la limpiamos meticulosamente. Los próximos días deberá estar pendiente de la evolución de la herida, pero creo que todo irá bien.

—¿Le duele mucho? —pregunté.

—Charity tenía algo de codeína a mano. No es tan fuerte como los analgésicos de un hospital, pero al menos la ayudará a dormir.

Hice una mueca y asentí.

—Voy a cazar a los denarios, Michael.

Respiró hondo.

—¿Vas a atacarles?

—Debería hacerlo —dije, con más segundas de las que pretendía—. Hay gentuza que no merece una segunda oportunidad, Michael, y si estos capullos no están en esa lista, no sé quién puede estarlo.

Michael me sonrió.

—Todo el mundo la merece, Harry.

Un escalofrió me recorrió por dentro, pero no permití que se me notara en la cara.

—De acuerdo, de acuerdo. El pecado original, la gracia de Dios, ya he oído antes todo eso. —Suspiré—. Pero no tengo planeado atacarles. Solo quiero averiguar todo lo que pueda sobre ellos antes de un enfrentamiento.

Michael asintió.

—Supongo que esa es la razón por la que ahora estamos hablando en mitad de la nieve.

—Necesito cualquier dato que puedas darme. Y no necesito otro debate filosófico.

Michael gruñó.

—Ya me he puesto en contacto con el padre Forthill. Ha mandado informaciones sobre quién creemos que puede estar en la ciudad acompañando a Tessa.

Durante dos segundos me sentí como un capullo al que le encantaba la gresca.

—Oh —dije—. Gracias. Eso... sería de gran ayuda.

Michael se encogió de hombros.

—Hemos aprendido a ser cautos incluso con nuestra propia inteligencia. Los caídos son maestros del engaño, Harry. A veces tardamos siglos en pillarles una mentira.

—Lo sé —dije—. Pero seguro que tienes algo sólido.

—Algo —dijo—. Estamos bastante seguros de que Tessa e Imariel son los segundos denarios más viejos. Solo Nicodemus y Anduriel han estado activos durante más tiempo.

Gruñí.

—¿Son rivales Tessa y Nicodemus?

—En términos generales —respondió Michael—. Aunque supongo que merece la pena mencionar el hecho de que son marido y mujer.

—Una pareja digna del infierno, ¿eh?

—No es algo que parezca importarles mucho a ninguno de los dos. Rara vez trabajan juntos y cuando lo hacen no pasa nada bueno. La última vez que lo hicieron, según los registros de la Iglesia, fue justo antes de que llegara a Europa la peste negra.

—¿Plagas? Los caraníquel hicieron lo mismo la última vez que estuvieron en la ciudad. —Sacudí la cabeza—. Sería de esperar alguna novedad de una pareja que ha venido haciendo el mismo espectáculo durante demasiado tiempo.

—La variedad es la clave de un matrimonio feliz —convino Michael, solemne. Torció la boca—. ¿Caraníquel?

—Decidí que su nombre real les otorgaba demasiada dignidad, siendo lo que son. Quería corregir eso.

—Los que los subestiman no suelen sobrevivir —dijo Michael—. Ten cuidado.

—Ya me conoces.

—Sí —dijo—. ¿Dónde estábamos?

—Plagas.

—Ah, sí. En el pasado, los caraníquel han utilizado las plagas para crear caos y confusión.

Contuve una sonrisa que amenazaba mi aspecto de tipo duro.

—Ha demostrado ser una táctica exitosa en más de una ocasión —continuó Michael—. Una vez que la plaga está en su apogeo, pueden quitar vidas e infligir sufrimiento casi sin encontrar limitaciones.

Fruncí el ceño y me crucé de brazos.

—Sanya decía que Tessa prefería escoger sujetos a los que supongo se podría denominar «ansiosos» en lugar de a otros provistos de talento.

Michael asintió.

—Los caídos que siguen a Imariel pasan de portador en portador con mucha rapidez. No es que los demás sean amables con aquellos a los que se vinculan, pero los seguidores de Imariel son los peores monstruos de entre los monstruos. Tessa elige a sus anfitriones entre los desamparados, los desesperados, aquellos que creen no tener nada que perder. Son los que sucumben más rápidamente a la tentación.

Gruñí.

—Aparece mucha gente así tras la desolación de una gran plaga o cualquier tipo de caos similar.

—Sí. Creemos que esa es la razón por la que colabora con Nicodemus de vez en cuando.

—Ella se concentra en actos a corto plazo —dije comprendiendo—. Él tiene una mayor amplitud de miras.

—Exacto —dijo Michael—. Lanzarle la moneda de Lasciel a mi hijo fue un acto calculado.

—Calculado para capturarme —apunté.

—A ti o a mi hijo —apostilló Michael.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire frío del anochecer me recorrió entero.

—¿Por qué darle la moneda a un niño?

—A un niño que no puede defenderse solo. Que sería educado con la voz de un ángel caído susurrándole al oído. Dándole forma. Preparándolo para ser un arma contra su propia familia. Imagínatelo.

Contemplé el jardín que había sido escenario de tanta alegría apenas unas horas antes.

—Prefiero no hacerlo —reconocí.

—En general, las familias de los portadores de las espadas están protegidos contra ese tipo de maldades. Sin embargo, cosas semejantes han sucedido. Nicodemus lleva portando una moneda desde hace decenas de siglos, no le supone ninguna dificultad la idea de esperar diez, quince o incluso veinte años para conseguir sus objetivos.

—Por eso crees que está aquí —barrunté—. Porque ir a por alguien como Marcone no es propio del estilo de Tessa.

—No lo es —dijo Michael—. Pero creo que si colabora para que suceda, puede crear la clase de ambiente que a ella le gusta, lleno de caos y desesperación. Sería razón suficiente para unirse a las fuerzas de su marido.

—¿Cuántos?

—Tessa tiene a su alrededor un grupo de otros cinco caídos. —Me dedicó una fugaz sonrisa—. Bueno, ahora son cuatro.

—No me des a mí las gracias —dije—, dáselas a Thomas.

—Pienso hacerlo —dijo Michael—. Nicodemus... —Michael sacudió la cabeza

—. Creo que sabes que Nicodemus se empeña en destruir cualquier registro que la Iglesia consigue elaborar sobre él. Eso ya no va a ser tan fácil en el futuro...

—Viva la era de la información —intercedí.

—Pero nuestros informes sobre él son escasos. Pensábamos que solo tenía tres acompañantes habituales, pero luego sacó la moneda de Lasciel, que se supone estaba segura y guardada en un monasterio chileno. Creo que sería peligroso asumir nada en estos momentos.

—En el peor de los casos —dije—, ¿cuántas monedas puede llevar encima?

Michael se encogió de hombros.

—¿Seis, tal vez? Es solo una suposición.

Le miré fijamente.

—Me estás diciendo que esta vez podría estar acompañado de media docena de pesadillas andantes.

Asintió.

—La última vez que se vinieron de fiesta lucharon tres portadores de espadas contra cuatro denarios y casi no logramos salir con vida.

—Lo sé.

—Pero estás acostumbrado, ¿verdad? —le pregunté—. Los caballeros se enfrentan a situaciones así todo el tiempo.

Me miró compungido.

—Si es posible, preferimos luchar dos contra uno. Tres contra uno a poder ser.

—Pero Shiro dijo que había luchado en varios duelos uno contra uno —argüí.

—Shiro tenía un don —explicó Michael—. Es tan sencillo como eso. Shiro sabía de espadas tanto como Mozart de música. Yo no soy como él. No me asusta enfrentarme a un único denario, en circunstancias generales pensaría que se trata de una pelea entre iguales. Mi destino estaría en manos de Dios.

—Excelente —suspiré.

—Fe, Harry —dijo Michael—. No nos abandonará. Habrá una manera de que el bien triunfe.

—El bien triunfó la última vez —convine—. Más o menos. Pero eso no impidió que mataran a Shiro.

—Nuestras vidas pertenecen al Todopoderoso —dijo Michael en el mismo tono—. Servimos y vivimos por el bien de otros, no de nosotros mismos.

—Sí —dije—. Estoy seguro de que eso consolará a tus hijos cuando tengan que crecer sin su padre.

Michael se volvió bruscamente hacia mí y formó un puño con su mano derecha.

—Cierra la boca —dijo en un tono bajo y duro—. Ahora mismo.

Que Dios me ayudara, estuve a punto de darle un puñetazo motivado por la pura frustración. La cordura me cogió del cuello de la camisa y me di la vuelta. Me alejé

varios pasos en la nieve y permanecí de espaldas a él.

La cordura invitó a la vergüenza a un té con pastas. Maldita sea, se suponía que era un mago. Alguien conectado a su luz interior, un maestro de la mente disciplinada, toda esa mierda. Pero en lugar de aquello estaba despotricando contra un hombre que no lo merecía solo porque...

Porque estaba asustado. Muy, muy asustado. Siempre despotricaba cuando algo me asustaba. A veces suponía una ventaja, pero ahora mismo estaba claro que no lo era. Cuando algo me asustaba, casi siempre utilizaba mi rabia como arma. Eso también solía ser una ventaja. Pero esta vez había dejado que el miedo y la rabia dieran forma a mis pensamientos y a causa de ello había golpeado a mi amigo en el punto más débil que tenía cuando mejor le hubiera venido mi apoyo.

Entonces me di cuenta de por qué estaba enfadado con Michael. Creía que vendría volando como Superman para solucionar mis problemas, pero me había decepcionado.

Siempre nos sentimos decepcionados cuando averiguamos que alguien tiene límites humanos, igual que nosotros. Es un pensamiento estúpido y deberíamos saber de sobra que las cosas no funcionan así, pero eso no impide que pensemos de semejante manera.

Me preguntaba si Michael se había sentido alguna vez así conmigo.

—Mi último comentario —murmuré—, no ha sido apropiado.

—No —dijo Michael—. No lo ha sido.

—¿Quieres resolverlo a puñetazos? ¿Con un pulso o algo?

—Hay mejores maneras en las que emplear nuestro tiempo. Nicodemus y Tessa deberían ser nuestro foco de atención.

Me volví hacia él.

—De acuerdo.

—Esto no ha acabado —dijo con un deje duro en la voz—. Lo discutiremos más adelante.

Gruñí y asentí. Un poco de la tensión entre nosotros se evaporó. Era mejor volver al asunto que teníamos entre manos. Así sería más fácil.

—¿Sabes lo que no entiendo? —pregunté—. Qué relación tiene la intención de Nicodemus de reclutar a Marcone con la de Tessa de sumir a la sociedad en el caos y la desesperación.

—No lo sé —dijo Michael. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada que se ceñía a un lado de su cuerpo. Un gesto inconsciente.

—Pero Nicodemus cree que hay alguna. Y sea lo que sea lo que está haciendo, tengo el mal pálpito de que será mejor que la averigüemos antes de que lo haga.

—Si supiera que algún teniente de confianza tenía la intención de traicionar a mi jefe —dijo la señorita Gard con exagerada paciencia—, ya no sería de confianza, ¿verdad? Si lo pides con educación, estoy segura de que alguien te podrá leer la definición de traición en un diccionario, Dresden.

Michael sonrió en silencio. Estaba sentado en la mesa de trabajo con una de sus gruesas dagas y una lija metálica; resultaba evidente que estaba quitando imperfecciones de la hoja. Hendricks se sentaba en un taburete situado en el otro extremo de la mesa. El enorme guardaespaldas había desmontando una pistola y la estaba limpiando con suma delicadeza.

—Vale, bien —le dije a Gard—. ¿Por qué no empezamos por todos los que sabían dónde estaba la habitación del pánico de Marcone?

Gard entrecerró los ojos para estudiarme. Tenía mejor aspecto. Bueno, es difícil tener peor pinta que con las tripas fuera, pero aun así, su aspecto había evolucionado de terrible a regular. Estaba sentada en su camastro con la espalda apoyada contra la pared del taller y, aunque se la veía pálida y parecía increíblemente cansada, sus ojos azules me contemplaban astutos y despejados.

—No va a poder ser —dijo en voz baja.

—No habrá necesidad de guardar los secretos de Marcone cuando esté muerto o bajo el control de uno de los caídos.

—No puedo —insistió.

—Oh, vamos —dije levantando las manos—. Demonios, no te estoy pidiendo el código de lanzamiento de un misil nuclear.

Respiró hondo y vocalizó las dos palabras una a una.

—No. Puedo.

—Está bien. Díselo —rugió Hendricks desde la mesa.

Gard miró la ancha espalda de su compañero con la frente arrugada pero asintió y se volvió de nuevo hacia mí.

—Relativamente pocas personas de la organización conocían la existencia de la habitación del pánico de manera directa, pero no tengo claro que esa sea nuestra principal preocupación.

El cambio de muro infranqueable a narración detallada me hizo parpadear un poco por la sorpresa. Hasta Michael levantó la vista para mirar ceñudo a Gard.

—¿No? —pregunté—. Si esa no es nuestra preocupación principal, ¿cuál lo es?

—La cantidad de personas que pueden haber juntado piezas a partir de hechos dispares —respondió Gard—. Había que pagar a los contratistas, comprar materiales y contratar arquitectos. Una docena de circunstancias diferentes indicaban que Marcone estaba construyendo algo y a alguien pudo picarle la curiosidad lo suficiente

para ahondar en ello.

Gruñí.

—¿Hasta que punto iba a averiguar algo si hablaba con los arquitectos o constructores?

—Exacto. En este caso fue inusualmente laxo con sus estándares de cautela respecto a seguridad. Le urgí a que tomara las medidas habituales, pero se negó.

—Las medidas habituales —repetí—. Hablas de matar a todos los que trabajaron en la construcción.

—Los pasajes y escondites secretos carecen de utilidad si no son secretos —respondió Gard.

—Tal vez no le apetecía matar a un puñado de sus empleados solo para cubrirse su propio culo.

Gard se encogió de hombros.

—No soy quién para hacer juicios de moral, Dresden. Solo soy una consejera y ese fue mi consejo.

Gruñí.

—¿Entonces quién lo sabe? ¿Los constructores? ¿La gente que lleva los libros y los cheques?

—Y cualquiera con quien hayan hablado —apuntó Gard.

—Eso convierte la nómina de sospechosos en mayor de lo habitual —dije.

—Ciertamente.

—Espera —dije—. Es hora de recurrir a Occam.

Gard me miró confusa. Tal vez no conocía al rapero MC Hammer.

—¿Occam? —me preguntó.

—La navaja de Occam —expliqué—. La explicación más simple es a menudo la correcta.

Torció la boca.

—Qué encantador.

—Si delimitamos un círculo de sospechosos que incluya a todos los que han podido oír algo, no llegaremos a ninguna parte. Si nos ceñimos a las posibilidades más fiables, tendremos algo con lo que trabajar y es más probable que encontremos al traidor.

—¿En primera persona del plural? —preguntó Gard.

—Qué más da —dije—. ¿Quién ha tenido mucho acceso? Dejemos a los contratistas de lado. En general no buscan sangre y de todas formas Marccone es dueño de la mitad de las constructoras de la ciudad.

Gard asintió.

—Muy bien. Uno de cada tres o cuatro contables, cualquiera del círculo interno y uno de cada dos o tres conciliadores.

—¿Conciliadores? —preguntó Michael.

—Un apelativo paradójico. Cuando se topan con un problema le disparan —
expliqué.

Gard soltó una carcajada. Acto seguido hizo una mueca y se agarró el estómago con las dos manos.

—Tranquila —dije—. ¿Estás bien?

—Lo estaré pronto —murmuró Gard—. Por favor, continúa.

—¿Qué pasa con Torelli? —le pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—¿Podría ser nuestro tipo?

Gard puso los ojos en blanco.

—Por favor. Tiene el intelecto de una tortuga lobotomizada. Marcone es consciente de su ambición desde hace tiempo.

—Si es así —pregunté—, ¿cómo es que Torelli sigue pagando impuestos?

—Porque le estábamos usando para sacar a la luz a otros potenciales usurpadores con la intención de encargarnos también de ellos.

—Ajá —dije—. ¿Pudo meterle presión a alguien que supiera del escondite?

—A los contables, tal vez, pero creo que es altamente improbable. Marcone se ha encargado de que tengan la protección más vehemente.

—Sí, pero Yurtle el lobotomizado no es tan listo.

Gard parpadeó.

—¿Perdón?

—¡Dios mío, mujer! —protesté—. ¿Nunca has leído al doctor Seuss?

Parecía confundida.

—¿Quién es el doctor...?

Levanté una mano.

—No importa, olvídalo. Torelli no es tan brillante. Tal vez creyó que podía extorsionar a un contable y derribar a Marcone antes de que tu jefe tuviera ocasión de dejar patente su vehemente protección.

Gard frunció los labios.

—Torelli tiene estupidez para repartir. Sin embargo es una rata llorica y cobarde. —Arrugó los ojos—. ¿Por qué te centras tanto en él?

—Oh —dije—. No pondría la mano en el fuego, pero mis finos instintos me dicen que es hostil.

Gard sonrió.

—Ha tratado de matarte, ¿verdad?

—Intentó usar la fuerza contra Demeter esta mañana y se lo impedí.

—Ah —dijo—. Me preguntaba cómo nos habías encontrado.

—Los matones de Torelli han tratado de dispararme hace apenas un rato, antes de

que llegáramos.

—Entiendo —dijo Gard arrugando los ojos, pensativa—. El momento en que se produce esta rebelión es demasiado conveniente para tratarse de una mera coincidencia.

—Me alegro de no ser el único que piensa así.

Se tocó el mentón con un dedo.

—Torelli no es un genio, pero es competente en su trabajo. No estaría en un puesto tan alto de la organización si no lo fuera. Supongo que es posible que Torelli se haya apropiado de la información si le puso la suficiente malicia a la tarea. —Me miró—. ¿Crees que los denarios lo reclutaron para que fuera su hombre infiltrado?

—Creo que tuvieron que conseguir la información sobre la habitación del pánico de Marcone en alguna parte —afirmé.

—¿Lo has pensado tú solito, eh? —dijo Gard con una sonrisa deslucida por su palidez.

—Sí. Tu propio escondite convertido en una trampa. Eso debe doler mucho en el ego, señorita Consultora de Seguridad.

—No te haces una idea de cuánto —dijo Gard con una luz pétrea en los ojos—. Pero me encargaré de ello cuando sea el momento.

—No vas a encargarte de nada que no sea dormir más —le sugerí.

El rostro se le contorsionó en una mueca.

—Sí.

—Déjame a mí la carga pesada —dije.

—¿Cómo es eso?

Miré a mi alrededor en el taller.

—¿Podríamos hablar en privado un momento?

Hendricks, que seguía limpiando el arma, arrugó su frente de neandertal y la volvió hacia mí. Michael levantó la vista, su rostro era una máscara.

Gard me observó durante un momento.

—Por mí vale —dijo entonces.

Hendricks acabó de montar la pistola, la cargó y metió una bala en la recámara. Se ocupó de mirarme directamente a los ojos durante todo el proceso. Luego se levantó, se puso el abrigo y caminó directo hacia mí.

Hendricks no era tan alto como yo, lo cual limitaba un poco el factor intimidatorio. Por otra parte, tenía músculo suficiente para partirme en dos y ambos lo sabíamos. Se detuvo a treinta centímetros de mí y se guardó el arma en el bolsillo.

—Estaré fuera —anunció.

—Michael —dije—. Por favor.

Se levantó, guardó la daga en su funda y siguió a Hendricks al nevado exterior. Los dos mantuvieron una cautelosa distancia entre ellos al salir, como dos perros que

no están todavía seguros de si van a pelearse o no. Cerré la puerta tras ellos y me volví hacia Gard.

—Dame lo que necesito para encontrar e interrogar a Torelli.

Sacudió la cabeza.

—Puedo conseguirte su dirección y la de sus propiedades, los lugares que frecuenta, sus socios conocidos, pero no va a estar en ninguno de esos lugares. Lleva mucho tiempo en el negocio para cometer un fallo semejante.

—Oh, por favor —dije poniendo los ojos en blanco—. Tienes muestras de pelo y sangre de toda tu gente en alguna parte. Dame las de Torelli.

Gard me miró con su cara de póquer.

—Ya que estamos —añadí—, dame las de Marcone. Si puedo acercarme lo suficiente, me ayudarán a encontrarle.

—Mi jefe las mantiene bajo grandes medidas de seguridad. Es él único que puede acceder a ellas.

Bufé.

—Entonces dame la segunda colección de muestras.

—¿La segunda colección?

—Ya sabes, la que guardas tú. Esa de la que Marcone no conoce su existencia.

Gard se apartó un mechón dorado de la mejilla.

—¿Qué te hace pensar que tengo esas muestras?

Le enseñé los dientes.

—Eres una mercenaria, Gard. Los mercenarios tienen que ser más cautos con sus propios jefes que con los enemigos contra los que se le ha contratado para luchar. Cuentan con sus propios seguros de vida. Aunque Marcone no recogiera muestras, apuesto a que tú sí.

Sus ojos vagaron un momento hacia la puerta para luego volver a mí.

—Supongamos durante un momento que tengo esa colección —dijo—. ¿Por qué demonios iba a dártela? Eres el antagonista de los negocios de mi jefe y podrías infligir daños catastróficos teniendo tal cosa en tu posesión.

—Vaya, qué quisquillosa, teniendo en cuenta los daños catastróficos que su negocio inflige a miles de personas cada día del año.

—Solo protejo los intereses de mi jefe. —Me enseñó los dientes—. Casi como si fuera una mercenaria.

Suspiré y me crucé de brazos.

—¿Y si solo cogiera las muestras de Torelli y Marcone?

—Seguirías pudiendo usarlas contra Marcone en el futuro.

—Si quiero hacerle algún daño a Marcone —dije—, lo único que necesito es sentarme con seis latas de cerveza y una bolsa de galletas saladas y dejar que se lo lleve el viento.

—Tal vez —admitió Gard—. Júrame que no usarás ninguna muestra aparte de las de Torelli y Marcone, que no causarás daño de ninguna clase con ellas y que me devolverás ambas en cuanto te las reclame. Júralo por tu poder.

Los juramentos en general tienen mucha vigencia en el mundo sobrenatural. Son vinculantes en más sentidos que el teórico. Cada vez que rompes una promesa, se produce una especie de reacción en las energías espirituales. Una promesa rota puede infligir un dolor terrible en las entidades sobrenaturales, como los sidhe. Cuando un mago rompe una promesa, particularmente una que ha jurado sobre su propio poder, la reacción es diferente: su talento mágico disminuye. En ningún caso causa una invalidez total, pero si no paras de romper promesas, tarde o temprano no te quedará nada.

Con lo peligroso que se había puesto el mundo para los magos durante los últimos años, cualquiera de nosotros que se arriesgara a ver disminuido sus talentos, y por lo tanto la habilidad para defendernos, aunque en cantidades relativamente pequeñas, estaría cometiendo una locura.

Me cuadré y asentí.

—Juró, por mi propio poder, que cumpliré tales restricciones.

Gard me miró con los ojos entornados mientras hablaba y cuando terminé se limitó a asentir una sola vez. Se metió la mano en el bolsillo, moviéndose con mucha cautela, y retiró una única llave plateada. Me la tendió.

—Estación Union, taquilla doscientos catorce. Todo está etiquetado.

Me acerqué para coger la llave, pero los dedos de Gard la atenazaron durante un segundo.

—No dejes a nadie que te importe ponerse justo delante de la taquilla cuando la abras.

Enarqué una ceja. La mujer liberó al fin la llave.

—De acuerdo. Gracias.

Me brindó una rápida y tensa sonrisa.

—Deja de perder el tiempo aquí. Ve.

La miré confuso.

—¿Tan preocupada estás por tu jefe?

—En absoluto —dijo Gard al tiempo que cerraba los ojos y se hundía cansadamente en su colchón—. Es solo que no quiero estar cerca la próxima vez que alguien venga a matarte.

El coche de Murphy parecía recién salido de una zona de guerra. Incluso descubrimos algunas manchas de colores raros en la nieve bajo él. Así las cosas, cogimos la camioneta de Michael. Yo iba con Michael en la cabina, Ratón se montó detrás. Sí, lo sé, pero la realidad es que dos personas de nuestro tamaño y un perro del tamaño de Ratón no caben en la cabina de una camioneta. No quedaría oxígeno suficiente.

El frío no parecía molestar a Ratón en absoluto cuando izamos velas camino de estación Union. De hecho, se colocó a un lado de la camioneta y sacó la cabeza para exponerla al viento, con la lengua colgando felizmente. Tampoco es que hubiera demasiado viento, la conducción de Michael era paciente y cautelosa bajo el mal tiempo.

La tercera o cuarta vez que pasamos junto a un coche que derrapaba hacia la acera o se hundía en una zanja, dejé de aporrear el suelo con los pies y meterle prisa mentalmente. Tardaría una barbaridad en llegar andando a la estación Union, mucho más que conduciendo con una cautela que en realidad era bastante obvia y apropiada.

No hablamos durante el camino. Que no se me malinterprete, no es que Michael sea un charlatán, es solo que en general siempre tiene algo que decir. Suele invitarme a ir a la iglesia con él (nunca acepto, a menos que haya algo persiguiéndonos) o hacer un comentario de orgulloso papá sobre cualquier cosa que ha hecho alguno de sus hijos. Otras veces hablamos de los progresos de Molly, del tiempo, de deportes o de lo que sea.

Esta vez no.

Tal vez quería concentrarse completamente en la carretera, o eso me dije.

Sí. Es probable que fuera eso. No podía tener nada que ver con mi bocaza, obviamente.

Un montículo de nieve apartado de la carretera se había derrumbado a la entrada del garaje, pero Michael cogió algo de velocidad y pasó por encima, aunque lo que nos condujo adentro fue sobre todo el impulso.

Las luces del garaje estaban apagadas y con toda aquella nieve apilada en el primer nivel entraba muy poca luz ambiental. Los garajes son lugares algo intimidantes cuando hay luz. Lo son mucho más cuando está todo oscuro, salvo por las zonas no demasiado amplias que se iluminan por los destellos de los faros.

—Bueno —dije—. Al menos hay mucho sitio libre.

Michael gruñó.

—¿Quién va a querer desplazarse con el tiempo así?

Se colocó en el espacio de aparcamiento vacío más cercano y detuvo la camioneta. Salió, cogió la pesada bolsa de deporte en la que llevaba *Amoracchius* cuando se movía por lugares públicos y se la colgó al hombro. Salí y Ratón saltó al

suelo desde la parte trasera. La camioneta chirrió y se meció, aliviada del peso de aquel pedazo de perro. Le puse a Ratón la correa y luego le anudé el pequeño delantal que le declaraba perro de servicio. Es una trola enorme, pero me permite su compañía en los lugares públicos.

Ratón le dedicó una mirada aprobatoria al delantal y esperó paciente hasta que tuvo puesto su disfraz.

—¿Perro de servicio? —me preguntó Michael con una expresión de incomodidad en el rostro. Tenía una linterna en la mano derecha y nos alumbró un momento antes de pasarla a nuestro alrededor, buscando las sombras.

—Tengo una rara enfermedad —dije mientras rascaba al perrazo debajo de la mandíbula—. Noligonaditis. Se supone que es una especie de catalizador o una manera de comenzar una conversación. O si eso falla, el premio de consolación. En cualquier caso, es necesario

Ratón hizo un sonido parecido a un estornudo y su cola me golpeó la pierna.

Michael suspiró.

—De repente te has vuelto terriblemente quisquilloso con la ley —dije—. Sobre todo teniendo en cuenta que llevas un arma oculta.

—Por favor, Harry. Ya estoy bastante incómodo.

—No le diré nada a nadie sobre tu espada si tú no mencionas mi pistola.

Michael suspiró y echó a andar. Ratón y yo le seguimos.

El garaje resultó ser muy frío y muy oscuro. Daba mal rollo pero estaba exento de toda amenaza. Ratón lideró la marcha cuando cruzamos la calle medio enterrada en nieve.

—La nieve cae más densa ahora que se ha ido el sol —apuntó Michael.

—Tal vez es cosa de Mab —dije—. Si es así, Titania perdería capacidad para oponerse a su poder después de la caída del sol, precisamente cuando los agentes de la reina de Verano pueden moverse con mayor libertad por la ciudad.

—¿Pero no estás seguro de que sea obra de Mab? —preguntó Michael.

—No. Tal vez solo sea Chicago. Algunos días puede dar tanto miedo como Mab.

Michael se echó a reír y continuamos nuestro camino hacia la estación Union. No se parece al escenario de aquella escena de *Los Intocables*, si es que alguien todavía lo cree. La peli se rodó en una gran sala que alquilan para reuniones importantes. El resto del lugar no se parece a nada que tenga que ver con los felices años veinte. Lo han modernizado y es más o menos igual que un aeropuerto.

Es deprimente, en realidad. Es decir, de todas las posibles elecciones estéticas, los aeropuertos pueden estar entre las cinco primeras en una lista de las diez más flojitas. Pero supongo que es rentable. Eso cada vez cuenta más cuando hablamos de belleza. Claro, el mármol, las columnas corintias y los espacios abiertos son hermosos, pero ¿qué influencia tienen en una hoja de cálculo de control de gasto?

El fantasma del estilo todavía merodea por las zonas de la estación Union original que han permanecido en pie, pero al mirar a mi alrededor no podía evitar tener la misma sensación que me surgía al contemplar el Coliseo de Roma o el Partenón de Atenas. Una vez fueron lugares suntuosos. Hace tiempo. Hace mucho, mucho tiempo.

—¿En qué dirección están las taquillas? —me preguntó Michael.

Señalé con la cabeza el extremo nordeste del edificio y eché a andar. Los mostradores de venta de billetes estaban cerrados, salvo uno, cuyo dependiente se hallaría en alguna habitación trasera. No había mucha gente caminando por allí. A horas tardías de la noche, las estaciones de tren no suelen bullir de actividad, en especial cuando el tiempo está así. Una agobiada representante de servicio al cliente de Amtrak se las veía y las deseaba con un pequeño grupo de enfadados viajeros que probablemente se habían quedado varados en la ciudad por la tormenta. Estaba tratando de conseguirles un hotel. Buena suerte. El aeropuerto llevaba cerrado desde el día anterior y los hoteles estarían haciendo un buen negocio.

—Sabes manejarte por la estación —comentó Michael.

—Los trenes son más rápidos que los autobuses y más seguros que los aviones —dije—. Una vez cogí un avión a Portland y el piloto se quedó sin radio ni ordenador ni nada. Se vio obligado a aterrizar sin instrumentos ni comunicaciones. Tuvimos suerte de que fuera un día despejado.

—Estadísticamente, sigue siendo el medio más seguro de... —comenzó a decir.

—Para los magos no —le dije muy serio—. He estado en vuelos que fueron bien. En otro par hubo ligeros problemas. Pero después del viaje a Portland... —Sacudí la cabeza—. Había niños en el avión. Voy a vivir muchos años. Puedo permitirme tardar un poco más en llegar a donde sea. Eh, Joe —le dije a un bedel de cabello plateado que pasó con un carro de utensilios de limpieza.

—Harry —dijo Joe al tiempo que me dedicaba una breve sonrisa al pasar.

—He pasado mucho tiempo por aquí últimamente —le dije a Michael—. Sobre todo viajando en apoyo de la Paranet. Aparte de mis obligaciones como centinela. —Puse los ojos en blanco—. No quería el trabajo, pero lo hago a conciencia.

Michael estudió al bedel y luego me miró de nuevo a mí, pensativo.

—¿Cómo te va con eso?

—¿Con lo de ser centinela? —pregunté. Me encogí de hombros—. Tengo a otros cuatro que se encuentran, supongo, bajo mi mando. —Puse unas comillas imaginarias en el aire—. En Atlanta, Dallas, Nueva York y Boston. Pero en general me quito de en medio y les dejo hacer su trabajo, les proporciono solo la ayuda que necesitan. Son jóvenes. Crecieron rápido a causa de la guerra, si bien eso no les hizo lo suficiente inteligentes para no admirarme.

Ratón se detuvo de repente.

Yo también. No eché un vistazo a mi alrededor. En lugar de eso, me concentré en

el perro.

Las orejas de Ratón se movieron como dos antenas de radar individuales. Le tembló la nariz. Levantó una pezuña del suelo, pero el perro se limitó a mirar a su alrededor con incertidumbre.

—Lassie hubiera olido algo —le dije—. Me hubiera dado una advertencia clara y concisa. Un ladrido para los broncos, dos para los caraníquel.

Ratón me lanzó una mirada de reproche, bajó la pezuña y estornudo.

—Tiene razón —dijo Michael en voz baja—. Algo nos observa.

—¿Dónde no está? —murmuré mirando a mi alrededor. No vi nada. Mis afinados instintos de investigador tampoco vieron nada. Odio sentirme como Han Solo en un mundo Jedi—. Se supone que yo soy el Jedi —murmuré en alto.

—¿Qué? —preguntó Michael.

Las luces de la estación se apagaron. Todas. Al mismo tiempo.

Las luces de emergencia que se supone debían encenderse al instante no lo hicieron.

Oí el roce del abrigo de Michael a mi lado y algo haciendo clic varias veces. Presumiblemente estaba intentando encender la linterna y, presumiblemente, no funcionaba.

Aquello no era bueno. La magia puede interferir en el funcionamiento de la tecnología, pero en realidad se trataba de un efecto de la ley de Murphy: las cosas que tienen tendencia natural a ir mal, irán mal más a menudo. La magia no se comportaba de una manera predecible o uniforme. No apagaba las luces normales, las de emergencia e inutilizaba las linternas a pilas al mismo tiempo.

No sabía qué era capaz de hacer tal cosa.

—¿Harry? —me preguntó Michael.

Ratón presionó su cuerpo contra mi pierna y sentí el gruñido de advertencia vibrar en su pecho.

—Tú lo has dicho, Chewie —le dije a mi perro—. Tengo un mal presentimiento.

La gente empezó a gritar.

Eché mano del amuleto colgado de mi cuello y lo extendí hacia adelante al mismo tiempo que con un esfuerzo de voluntad invocaba luz en mitad de la oscuridad.

Y no sucedió nada.

Si hubiera luz, me habría quedado mirando el amuleto con incredulidad. No podía creerme que no funcionara. Agité el colgante, lo maldije y lo volví a levantar, forzando más voluntad hacia el amuleto.

Unas cuantas chispas blancas y azules parpadearon un momento. Y eso fue todo.

Ratón soltó un gruñido más alto, el que hace solo cuando ha identificado una amenaza real, cercana. Mi corazón dio un brinco tan grande que me rebotó en el cielo de la boca.

—¡No puedo invocar luz! —dije en un tono de voz alto y agudo.

Una cremallera rasgó la oscuridad a mi lado, acero tocó acero y acto seguido sonó algo parecido al leve tañido de una campana.

—Padre —murmuró Michael con suavidad—. Necesitamos tu ayuda.

Una luz blanca surgió de la espada.

Una docena de cosas que nos acechaban a apenas tres o cuatro metros comenzaron a gritar.

Nunca había visto unos bichos semejantes. Medían tal vez metro y medio, sin embargo eran rechonchos, gruesos, y sus músculos tenían un aspecto parecido a la goma. Guardaban un gran parecido con los babuinos, tal vez se les podría encuadrar en algún lugar entre un cuadrúpedo puro y un bípedo. Se caracterizaban por sus maliciosas garras, la larga cola y los fibrosos y anchos hombros. Algunos de ellos portaban diversas armas de aspecto primitivo: garrotes, palos o hachas y cuchillos de hoja de piedra. La apariencia de sus cabezas era simiesca, esquelética, y una piel negra se adhería tensa contra los músculos y huesos. La dentadura de aquellos seres era muy fea, parecida a la de un tiburón, tan desproporcionada que se apreciaba bien dónde cortaba sus propios labios y...

Y no tenían ojos. En el lugar que debían ocupar no había más que piel hundida y vacía.

Gritaron de agonía cuando la luz de la espada de Michael cayó sobre ellos, tambaleándose hacia atrás como si les hubiera quemado una súbita llama; si el repentino y humeante hedor que embriagó el aire era un indicativo, así fue.

—¡Harry! —gritó Michael.

Conocía aquel tono de voz. Me agaché tanto y tan rápido como pude y logré apartarme por poco del camino de *Amoracchius*. La espada rebanó el espacio donde acababa de estar mi cabeza... y alcanzó a la forma saltarina de una de las criaturas,

que a punto había estado de aterrizar sobre mi espalda.

En su lugar, cayó lejos de mí y acabó retorciéndose en el suelo. Su sangre estalló en un incendiario tono azul y blanco nada más salir a borbotones de la herida.

Levanté la cabeza para fijarme en la espada *Amoracchius*. La sangre hervía en la hoja igual que la grasa sobre una sartén caliente.

Hierro.

Aquellas cosas eran hadas.

Nunca las había visto cara a cara antes, pero había leído descripciones sobre ellas, hace poco de hecho, cuando estuve empollándome mis libros para averiguar la identidad de los broncos. Teniendo en cuenta que aquellas bestias eran hadas, solo podía tratarse de...

—¡Duendes! —le grité a Michael al tiempo que sacaba el arma del bolsillo de mi abrigo—. ¡Son duendes!

Después de decir aquello, no me quedó más tiempo para hablar. Un par de los duendes que pululaban a nuestro alrededor se habían recuperado de la sorpresa causada por la repentina exposición a la luz y se lanzaron hacia delante. Ratón soltó su grave rugido de batalla y chocó con uno de ellos en el aire. Ambos cayeron entre una maraña de miembros retorcidos y dientes brillantes.

El siguiente duende sorteó sus cuerpos para saltar hacia mí portando un cuchillo de piedra en su mano nudosa. Me eché a un lado del arco de su salto y le di un latigazo con el cañón del pesado revólver. El acero impactó en el rostro sin ojos del duende, rasgando carne y destrozando dientes. El duende gritó de dolor mientras caía aplastando a otro de sus compañeros.

—¡In nomine Dei! —gritó Michael. Sentí que sus omóplatos chocaban con los míos y la luz de la gran espada se balanceaba y resplandecía. Acto seguido se oyó otro grito procedente de la garganta de un duende.

El duende que luchaba con Ratón arrojó al enorme perro al suelo y se puso encima de él, mostrando sus colmillos.

Di un paso hacia ellos y le incrusté el revólver en la cara.

—¡Apártate de mi perro! —grité antes de apretar el gatillo. No estaba seguro de qué le hacía más daño al duende, las balas o el silencioso destello de luz de las descargas. De cualquier forma, retrocedió con tal fuerza que se apartó completamente de Ratón, el cual recuperó la verticalidad con ganas todavía de pelea. Lo agarré por el collar y lo arrastré hacia atrás hasta que sentí a Michael de nuevo a mis espaldas.

Los duendes se retiraron a las sombras, pero todavía podía oírles a nuestro alrededor. Teniendo en cuenta la potencia del resplandor de la espada de Michael, en teoría debería ser capaz de ver el techo hasta una buena altura, sin embargo la luz solo iluminaba unos siete metros. Era suficiente para impedir que los duendes se lanzaran sobre nosotros de un solo salto, pero no para mucho más.

Aún podía oír gritos aislados en el interior de la estación. Oí una pistola de calibre más pequeño que mi 44. Parecían disparos rápidos causados por el pánico. Era presumible que el autor disparaba a ciegas en la oscuridad. Demonios, aquello se iba a convertir en un verdadero desastre si no hacía algo rápido.

—Tenemos que salir del espacio abierto —le dije a Michael, pensando en voz alta—. Michael, vamos al mostrador de los billetes.

—¿Me despejas el camino? —me pidió mi amigo—. Yo puedo cubrirte.

—No veo una mierda —le dije—. Hay otras personas rondando por aquí. Si me pongo a lanzar mi poder a diestro y siniestro puedo matar a alguien.

—Entonces quédate cerca —dijo Michael. Se movió adoptando una pose amenazante, con la espada en alto sobre la cabeza, listo para dar un mandoble a cualquier cosa lo bastante estúpida para saltarle encima. Pasamos junto a dos duendes muertos, cubiertos de llamas azules que casi no emitían luz pero consumían los cuerpos con una rapidez voraz. Escuché unas garras arañando el suelo y solté un grito mudo.

Michael pivotó suavemente cuando un duende armado con un par de hachas de piedra se precipitó hacia la luz de la espada sagrada. El hada oscura le arrojó a Michael una de las hachas. Mi amigo la apartó a un lado con un movimiento despectivo de su espada y le propinó un mandoble horizontal al duende que hizo añicos la segunda hacha y le abrió el torso hasta la torcida columna vertebral. El duende cayó, escupiendo fuego, y Michael pateó su cuerpo de vuelta hacia sus compañeros, dispersándolos durante un momento y haciéndonos ganar otros siete metros.

—Bien —le dije, manteniéndome cerca, tratando de controlar las sombras que se revolvían a nuestro alrededor—. ¿Has estado haciendo ejercicio? Tienes buen aspecto.

Los dientes de Michael brillaron en una rápida sonrisa.

—Tal vez hablar les dé a estas criaturas una buena forma de... — Se interrumpió al tiempo que *Amoracchius* resplandeció delante de mi cara, desviando un cuchillo de piedra que giraba en el aire hacia mí—. Saber dónde estamos —continuó.

Yo y mi boca. La cerré el resto del camino hacia el mostrador de venta de billetes.

Guié a Michael para que lo rodeara pero tropezó con la forma de un hombre herido vestido de traje. El tipo dejó escapar un grito ahogado de dolor y se aferró a la tela ensangrentada de su pantalón. Un fragmento roto de una hoja de piedra sobresalía aún de la pierna del hombre.

—Harry —dijo Michael—. No pares de moverte. Se están reagrupando para atacar.

—Está bien —convine. Me arrodillé junto al hombre de negocios herido y le dije

—: Vamos, amigo, este no es lugar para sentarse. —Lo agarré por debajo de los brazos y comencé a dar marcha atrás por el mostrador—. Hay una puerta aquí atrás en alguna parte, lleva a la zona trasera.

—Perfecto —dijo Michael—. Puedo aguantar el tiempo que necesites.

El hombre herido intentó ayudarme, pero lo único que conseguía era que me fuera más difícil moverle. Emitía continuos sonidos de terror y dolor. Me alegré de tener la barrera del mostrador entre nosotros y los entrometidos duendes. No me interesaba averiguar qué se sentía al ser golpeado por una afilada hacha de piedra.

Llegamos a la puerta trasera del mostrador de venta de billetes, que estaba cerrada. Sacudí el picaporte, pero al parecer estaba cerrada con llave. No tenía tiempo para tonterías. Levanté la mano derecha y me centré en uno de los anillos de energía que llevaba en ella, una banda formada por tres anillos trenzados en cada dedo. Los anillos almacenaban un poco de energía cada vez que movía el brazo y me permitían arrojarla contra un único punto cuando quería.

Levanté la mano con el puño cerrado para dirigir mi voluntad hacia la puerta, centrando la energía de los anillos en una zona lo más pequeña posible. No los había diseñado para realizar tal tarea, su función primordial era apartar de mí a seres que tuvieran la intención de arrancarme la cara. No obstante, no disponía de mucho tiempo para preparar algo más limpio.

Así que precisé lo mejor que pude y activé el anillo para arrancar el pomo, la cerradura y la placa en la que las dos cosas se ensamblaban a la puerta. Todo ello salió disparado hacia la habitación al otro lado.

Sin el impedimento de los molestos accesorios metálicos de seguridad, la puerta se abrió hacia adentro.

—¡Vamos! —le dije a Michael, agarrando de nuevo al herido—. Ratón, ve delante.

Mi perro entró por la puerta, se agachó y sacó los dientes. No le pisé la cola por poco cuando entré detrás de él. Michael tropezaba constantemente con la pierna ensangrentada del hombre herido.

Cuando la luz de *Amoracchius* iluminó la habitación en la que entramos, reveló la presencia de la agobiada encargada de servicio al cliente que habíamos visto pocos minutos antes. Estaba arrodillada en el suelo, crucifijo en mano, con la cabeza gacha mientras rezaba frenética una oración. En cuanto la luz cayó sobre ella comenzó a parpadear y miró hacia arriba. El fuego blanco de la santa espada pintó de plata el rastro de lágrimas de su cara mientras abría la boca con una expresión de sorpresa y aturdida alegría. Miró su crucifijo y luego dirigió su mirada de nuevo a Michael.

Michael echó un rápido vistazo por la habitación, le sonrió a la mujer y dijo:

—Por supuesto que Él está ahí. Por supuesto que Él te escucha. —Hizo una pausa y añadió—: Claro que no siempre responde tan rápido como ahora.

Había otras personas en la habitación, los clientes a los que había estado tratando de encontrarles una habitación de hotel. Cuando la oscuridad y el miedo lo invadieron todo, la mujer consiguió de alguna manera mantenerlos juntos y conducirlos a la habitación. Hacer una cosa así requería de muchos más redaños de los que demostraba la mayoría de la gente. Me di cuenta también de que había permanecido todo el tiempo de rodillas entre los clientes y la puerta. Me gustaba aquella mujer.

—Carol —le dije lo bastante alto como para hacerle apartar la mirada de Michael, que ahora estaba clavado en la puerta, espada sagrada en mano—. Carol, necesito que me eche una mano con esto.

Parpadeó, asintió con la cabeza y se levantó bruscamente. Me ayudó a arrastrar al hombre herido hacia donde estaban sentados los otros, contra la pared.

—¿Cómo... cómo sabes mi nombre? —tartamudeó—. ¿Es que so... sois ángeles? Suspiré y toqué con una uña la etiqueta que llevaba puesta con su nombre.

—Yo seguro que no —le dije. Señalé a Michael con la cabeza—. Aunque este es lo más cercano a uno que va a ver nunca.

—No seas ridículo, Harry —dijo Michael—. Solo soy un... —Dejó de hablar y se agachó. Algo sólido pasó zumbando junto a él e hizo un agujero del tamaño de mi cabeza en los paneles de yeso sobre nosotros. Se desprendieron pedazos enteros de polvo blanco y la gente gritó, asustada.

Michael cerró la puerta de golpe pero, como es lógico, sin los molestos accesorios metálicos de seguridad se volvió a abrir. La cerró de nuevo y apoyó un hombro contra ella, jadeando. Algo impactó en la puerta con un golpe sordo. Luego silencio.

Le rompí la pernera del pantalón por las costuras al hombre herido. El cuchillo le había entrado por la pantorrilla y esta era un caos sangriento, pero podría haber sido peor.

—Déjela dentro —le dije a Carol—, y asegúrese de que se queda quieto. Está cerca de algunas venas grandes, no quiero abrírselas al tratar de extraerlo. Quédese cerca de él e impídale que se lo intente sacar, ¿vale?

—Yo... Sí, muy bien —dijo Carol. Parpadeó varias veces—. No entiendo lo que está pasando.

—Yo tampoco —le respondí. Me levanté y me coloqué junto a Michael.

—Esas cosas son bastante más fuertes que yo —dijo en un tono bajo que la gente detrás de nosotros no podía oír—. Si se lanzan contra la puerta no voy a ser capaz de mantenerla cerrada.

—No estoy seguro de que vayan a hacer eso —le dije.

—Pero es donde tú estás.

—No creo que vayan a por mí —le dije—. Si fuera así, no perseguirían a nadie más.

Michael frunció el ceño.

—Dijiste que eran hadas.

—Lo son —afirmé—. Pero no creo que esto sea un ataque contra mí. Son demasiados para eso. Es un asalto en toda regla.

Michael hizo una mueca.

—Entonces hay gente en peligro. Necesitan de nuestra ayuda.

—Y vamos a dársela —le dije—. Escucha, los duendes no soportan la luz. Cualquier tipo de luz. Les quema y puede matarles. Es por eso que invocaron myrk antes de entrar.

—¿Myrk?

—Es materia del Más Allá. Imagina un filtro de papel de celofán, solo que en lugar de estar alrededor de una luz se propaga por el aire. Por eso no podíamos ver la luz de mi amuleto y por eso el fogonazo de la pistola era tan tenue. Y así es como vamos a eliminarlos.

—Deshaciéndonos del myrk —dijo Michael, asintiendo.

—Exactamente —le dije. Me pasé los dedos por el pelo y empecé a hurgar en mis bolsillos para ver lo que llevaba encima. No mucho. Guardo una pequeña colección de equipo mágico en los voluminosos bolsillos del guardapolvos, pero los bolsillos de mi abrigo de invierno no contenían nada más que un trozo de tiza, dos sobres de ketchup de Burger King y un Tic Tac peludo recubierto de pelusa—. Está bien —dije—. Déjame pensar un minuto.

Algo golpeó el otro lado de la puerta y las botas de Michael se deslizaron cincuenta centímetros largos por el suelo. Una garra apareció en la apertura, albergando malas intenciones hacia mí. Me aparté de su camino, pero la manga de mi abrigo no. La garra del duende hizo tres rasgaduras alineadas en el tejido.

Michael levantó *Amoracchius* en una mano y dirigió su ardiente longitud a través de la resistente puerta. El duende gritó y se apartó. Michael cerró la puerta de nuevo y sacó el arma incrustada. La hoja sagrada estaba manchada de sangre oscura.

—No pretendo meterte prisa —dijo con calma—, pero no creo que dispongamos de un minuto.

—¡Maldita sea! —maldije—. ¡Es mi único abrigo de invierno! —Cerré los ojos un momento y traté de concentrarme en mi tarea. El myrk no era como otras ilusiones de las hadas, que podían crear apariencias y estimular estados emocionales relacionados con ella. El myrk era un conjuro, algo físico y tangible que existía en realidad y continuaría haciéndolo mientras los duendes lo alimentaran, metafóricamente hablando.

La magia de viento podría servir. Un vendaval lo bastante fuerte disiparía el myrk, si bien tendría que ser una cantidad enorme de aire. El pequeño vendaval que invoqué para encargarme de los matones de Torelli apenas lo movería un ápice. Es probable que fuera capaz de hacer algo más grande y violento, pero cuando se trata de mover materia es imposible sacarla de la nada. No había forma de que pudiera mantener algo así el tiempo suficiente para cumplir mi objetivo.

Podría aislar a los duendes del myrk. Si cortaba esa conexión, impediría que le suministraran energía constantemente y puf, el myrk volvería a su estado ectoplasmático natural. Por supuesto, hacer el corte no sería fácil. Necesitaría crear un canal hacia cada uno de los duendes para asegurarme de completar la tarea. No había nada que pudiera usar como foco y además no tenía ni idea de cuántos de ellos había allá afuera.

Un círculo de poder reduciría el poder del hechizo desde el otro lado de la ecuación, aislando a los duendes del flujo de energía externo al círculo. Sin embargo sería necesario que el círculo abarcara el maldito edificio entero. Dudaba que los duendes fueran tan considerados como para permitirme correr a toda velocidad alrededor de una manzana entera de la ciudad de Chicago para activar un círculo. Además, no tenía tanta tiza. El agua corriente también puede ser el fundamento de un hechizo siempre que haya bastante, pero teniendo en cuenta que estábamos dentro de un edificio no era una posibilidad contemplable. Entonces, ¿cómo diablos iba a cortar el estúpido hechizo con los patéticos recursos de los que disponía? No es que existan una gran cantidad de formas de robarle el poder a una energía tan extendida.

Me dolía un montón la nariz, así que eché la cabeza hacia atrás girando la cara hacia arriba. A veces, hacer aquello parecía reducir la presión y aliviar un poco el dolor. Me quedé mirando el techo de la oficina, que había sido limitado a una altura de tres o cuatro metros, en lugar de dejar el lugar abierto a los cavernosos confines de la antigua estación, y me golpeé la cabeza contra el muro proverbial. El techo tenía una disposición desplegable, un marco de metal que soportaba unos tristes pero rentables rectángulos de material acústico interrumpidos cada pocos metros por el feo espolón de un aspersor automático para incendios.

Abrí mucho los ojos.

—¡Ja! —dije, y lancé los brazos al aire—. ¡Ja, ja! ¡Ajajá! ¡Soy un mago, oíd mi rugido!

Ratón me dirigió una mirada de soslayo y se alejó un paso de mí.

—¡Y más que deberías alejarte! —grité señalando al perro—. ¡Porque soy el aterrador portador del fuego! —Levanté la mano derecha e invoqué con un murmullo mi diminuta esfera solar. El hechizo tosió y vaciló antes de hacerme caso, e incluso entonces la llama era apenas más brillante que la de una vela.

—¿Harry? —me preguntó Michael en ese tono que la gente utiliza cuando habla con los locos—. ¿Qué estás haciendo?

La pared de yeso a un lado de la puerta se agrietó de repente cuando las garras de un duende comenzaron a rasgarla. Michael se echó a un lado, dejando la puerta libre un momento, colocó el pulgar hacia arriba contra la puerta como midiendo donde estaba el agujero y luego insertó *Amoracchius* en el yeso. La espada regresó siseando y escupiendo sangre; fuera, se escuchó el aullido de dolor de otro duende.

—Sin el myrk esas cosas tienen problemas —dije—. Carol, sea buena y rueda hacia mí esa silla de ahí.

Carol lo hizo, con los ojos muy abiertos y el rostro muy pálido. Le dio un empujón tan leve a la silla que los dos últimos metros los recorrió gracias a la inercia del movimiento.

Michael golpeó la puerta con el hombro cuando otro duende intentó empujarla. La criatura no era estúpida. No siguió intentando forzar la puerta cuando *Amoracchius* penetró en la madera como si fuera una mampara de papel de arroz y la espada de Michael regresó sin manchas de sangre.

—Hagas lo que hagas, mejor será pronto que tarde.

—Dos minutos —dije. Rodé la silla hasta el punto adecuado y me subí encima. Me balanceé un segundo, luego me estabilicé y rápidamente desatornillé el aspersor de su lugar. Tal como esperaba salió un chorro de agua maloliente que logré evitar en su mayor parte. Por supuesto, lo que no esperaba es que desprendiera un olor tan abrumadoramente estancado, aunque tal vez no era sorprendente. Muchos sistemas de riego poseen tanques cerrados y solo Dios sabe cuántos años llevaba aquella agua almacenada y esperando para ser utilizada.

Salté de la silla y me aparté de debajo del agua que caía. Saqué un pedazo de tiza del bolsillo, me arrodillé y comencé a dibujar en la moqueta un gran círculo alrededor de mí. No tenía por qué ser un círculo perfecto, siempre y cuando estuviera cerrado. Había dibujado un montón y ya me salían bastante bien.

—Dis... disculpe —dijo Carol—. ¿Qué... qué está haciendo?

—A nuestros encantadores visitantes se les conoce como duendes —le expliqué sin parar de dibujar con cuidado, infundiendo en la tiza un poco de mi voluntad—. La luz les hace daño.

Un duende irrumpió a través de los ya rotos paneles de yeso. Esta vez consiguió meter la cabeza y un hombro, aulló y buscó con una garra a Michael, que seguía apoyado en la puerta. Logró arañarle la cadera, pero entonces *Amoracchius* salió a relucir y le arrancó la cabeza de los hombros al duende como respuesta. Un chorro de sangre oscura y ardiente salpicó la sala y no cayó por poco en mi círculo.

—¡Eh! —me quejé—. ¡Estoy trabajando!

—Lo siento —dijo Michael sin una pizca de sarcasmo. Un duende se estrelló contra la puerta antes de que pudiera regresar junto a ella y le empujó unos pasos hacia atrás. Se recuperó a tiempo para pasar por debajo de la oscilación de un pesado garrote y acto seguido le dio a la criatura un mandoble de *Amoracchius* en el vientre seguido de una fuerte patada que empujó a la malvada hada hacia el exterior de la habitación y de vuelta a sus compañeros. Michael cerró la puerta de nuevo.

—Pe... pero está oscuro —balbució Carol, mirándonos alternativamente a Michael y a mí.

—Han puesto algo en el aire llamado myrk. Imagine una cortina de humo. El myrk impide que las luces hagan daño a los duendes —le expliqué. Terminé el círculo y sentí que cobraba vida a mi alrededor, una capa intangible de poder que creaba un muro para aislar la magia externa, incluyendo al myrk que había sido atrapado en el interior del círculo cuando lo tracé. Este se convirtió en una delgada masa viscosa de ectoplasma que cayó sobre el círculo; es decir, sobre mí—. Fantástico —murmuré mientras me frotaba los ojos como podía.

—En... entonces —dijo Carol—, ¿qué está haciendo exactamente?

—Voy a apartar su cortina de humo. —Sostuve la cabeza del aspersor en la mano derecha y cerré los ojos, concentrándose en ella, en su textura, su forma y su composición. Empecé a verter energía en el objeto, me lo imaginé como un aura resplandeciente de luz azul y blanca con decenas de pequeños tentáculos que brotaban de ella. Una vez la energía estuvo firmemente envuelta alrededor del aspersor, lo pasé a mi mano izquierda y volví a extender la derecha.

—Pe... pero no tenemos luz.

—Oh, sí tenemos luz —le dije. Invoqué mi pequeña bola de luz solar en la mano derecha. En el interior libre de myrk del círculo, tenía el mismo aspecto blanco, vivo y brillante de costumbre; sin embargo advertí que fuera del círculo no atravesaba más de metro y medio o dos de myrk.

—Oh, Dios mío —dijo Carol.

—En realidad las luces continúan encendidas, es solo que están bloqueadas. El myrk no corta la electricidad. Estos ordenadores siguen todos encendidos, pero el myrk impide que veamos las luces indicadoras.

—Harry —me llamó Michael.

—¡Si le metes prisa a un hacedor de milagros, consigues pésimos milagros! —le

respondí algo molesto. El resto del hechizo iba a ser un poco difícil.

—¿CÓ... cómo hace eso? —susurró Carol.

—Magia —gruñí—. Silencio. —Llevaba puesto un guante de cuero en mi mano izquierda, como de costumbre, para otorgarle a mi piel llena de cicatrices un poco de protección. De todos modos, aquello no iba a ser muy divertido—. Ignus, infusiarus —murmuré, y acerqué el extremo del aspersor a la llama que flotaba sobre mi mano derecha.

—¿Cómo nos ayuda esto? —preguntó Carol con voz temblorosa y asustada.

—Este lugar todavía tiene electricidad —le dije. Tal vez me estaba imaginando el olor a cuero quemado mientras el calor de la llama chamuscaba el aspersor de metal—. Todavía tiene ordenadores, teléfonos.

—¡Harry! —dijo Michael mientras miraba el techo y movía la cabeza de izquierda a derecha—. Están subiendo. Van a entrar por el techo.

Empecé a sentir el calor, incluso en los nervios dañados de mi mano izquierda. La temperatura debía ser lo más alta posible. Invoqué más voluntad, alcé el aspersor y la esfera y visualicé lo que quería: los tentáculos de energía alcanzando a todos los aspersores del edificio.

—Además tiene aspersores.

Rompí el círculo con el pie y la energía salió disparada desde el aspersor hacia cualquier otro objeto con la misma forma que estuviera cerca. El calor surgió de mí como una ola que se dirigió en docenas de direcciones diferentes y vertí toda la energía que pude en la pequeña bola de luz solar, que de repente contaba con varias docenas de cabezas de aspersores de las que absorber energía, en lugar de solo una.

Pasaron diez segundos antes de que el detector de incendios dejara escapar un aullido y el sistema de aspersores cobrara vida. La gente dejó escapar gritos de sorpresa y una sirena de emergencia despertó a la vida en algún lugar de la estación. Saltaron chispas de varios teléfonos, monitores y ordenadores.

—Está bien —dije—. No hay ordenadores en la oficina pero el resto de la teoría sigue siendo aplicable.

Michael me miró y me mostró los dientes en una sonrisa feroz.

—¿Cuándo?

Observé mi pequeña bola de intensa luz solar mientras el agua caía. Durante más o menos medio minuto no pasó nada, excepto que nos pusimos empapados. En realidad fue un poco sorprendente la cantidad de agua que caía, sorprendente en el buen sentido, quiero decir. Yo quería montones de agua.

En algún momento, pasada la marca de los sesenta segundos, sentí que el poder de mi hechizo comenzaba a erosionarse a causa del constante chaparrón.

—Espera —dije—. Listos...

A los dos minutos, mi hechizo funcionó: se logró la conexión con los otros

aspersores y el fuego de mi mano se apagó.

—¡Michael! —grité—. ¡Ahora!

Michael gruñó y abrió la puerta. Antes de que diera un paso a través de ella se produjo en el aire una repentina explosión de energía y la hoja sagrada resplandeció con una luz más brillante que el núcleo del mismísimo sol.

Michael cruzó la puerta como una exhalación y cuando la luz de *Amoracchius* apareció en la estación decenas o tal vez cientos de gargantas de duende estallaron en gritos torturados. El clamor de los gritos de las malvadas hadas fue tan intenso que sentí su presión en los oídos, igual que en un concierto con el volumen muy alto.

Pero más fuerte aún era la voz de Michael Carpenter, caballero de la Cruz, ángel vengador encarnado, portador de la hoja que una vez perteneció a un escudero llamado Verruga.

—¡Lava quod est sordium! —gritó Michael con una voz estentórea, demasiado formidable para provenir de una garganta humana—. ¡In nomine Dei, sana quod est saucium!

Después de que la espada abandonara la oficina, me di cuenta de que todas las luces de esta habían vuelto, al igual que las de fuera.

—¡Ratón! —grité—. ¡Quédate! ¡Protege a los heridos! —me apresuré a seguir a Michael y miré hacia atrás. Ratón corrió a plantarse en la puerta entre los duendes y las personas de la oficina, con la cabeza alta y las patas extendidas para cubrir todo el espacio.

Fuera, los aspersores estaban haciendo una creíble imitación de un monzón, bastante apestoso por otra parte. Me resbalé en un charco de agua y sangre ardiente de duende, a unos metros de la puerta. La luz de la espada era tan brillante, pura y dolorosamente blanca que tuve que protegerme los ojos con el brazo. No podía mirar directamente a Michael ni cualquier lugar cercano a él, así que seguí el rastro de trozos de duende que iba dejando a su paso.

No pocas hadas malvadas habían sido derribadas por la espada de Michael.

Fueron afortunadas.

Las muchas otras docenas que vi yacían demasiado lejos para que Michael las hubiera alcanzado con su hoja. Ahora eran simplemente bultos de carbón de leña ardiente que levantaban columnas de humo grasiento y tenían la carne cocida hasta los huesos. Algunos de los seres que estaban a punto de cesar su existencia se seguían revolviendo mientras ardían.

Demonios.

No llamo a mi amigo el Puño de Dios cariñosamente, amigos.

Seguí a Michael, alerta ante cualquier posible atenuación de la luz de la espada. Si cualquiera de los aspersores del edificio era de un modelo diferente al que había utilizado para realizar mi hechizo, no se calentaría y por lo tanto no saldría agua de

él. Si Michael terminaba rodeado de nuevo de myrk, los duendes, contando entonces con una medida de protección contra la luz, se lanzarían sobre él rápidamente.

Pero quiso la suerte (o tal vez el destino, o tal vez Dios, pero lo más probable es que fuera un contratista barato de la ciudad) que todos fueran iguales. El agua caía por todas partes, arrastrando el myrk como si fuera barro, sustituyéndolo por miles y miles de arcoíris fracturados a medida que la luz pura de *Amoracchius* centelleaba entre la lluvia artificial.

Los duendes no tenían ningún lugar donde esconderse.

Seguí el rastro de demonios afligidos. ¿O se dice demonios afligidos? No me miren así. No acabé el instituto. Tal vez las diferentes conjugaciones del verbo se aprendían en el último año de lengua. Estaba seguro de que no lo había estudiado en primaria.

Me detuve y miré a mi alrededor como pude entre la luz cegadora y el agua que caía constante de los aspersores, tratando de captar hacia donde se dirigía Michael.

Sentí una repentina vibración que se elevó rápidamente a través de las suelas de mis zapatos y luego un ruido sordo que acompañó a un segundo temblor idéntico. Me volví para colocarme frente a la parte delantera del edificio justo cuando vidrio, ladrillo y piedra explotaron en la puerta de entrada. Detrás de ella se levantó una vaga brisa, pero en cuanto lo que había detrás del velo penetró en el resplandor de *Amoracchius* y mi improvisada tormenta eléctrica, el hechizo falló y se desvaneció.

Los seis metros de alto y las cuatro o cinco toneladas de peso del Gran Hermano Bronco surgieron del velo.

Llevaba una armadura hecha de algún tipo de cristal translúcido y la espada en su mano era más larga que mi maldito coche. Abrió la boca y entre la cacofonía del combate no es que escuchara su rugido de batalla: lo sentí. Fue un sonido tan profundo y fuerte que parecía provenir de una maldita ballena.

—Oh, sí —murmuré—. La cosa se pone cada vez mejor.

Cualquiera con dos dedos de frente sabe que es difícil luchar contra alguien que posee una significativa ventaja en tamaño, peso y alcance. Si el oponente pesa veinticinco kilos más que tú, pelear contra él es una apuesta, cuanto menos, arriesgada.

Si tu oponente te supera en cuatro mil veinticinco kilos, ya ha dejado de ser un combate y te has convertido en una ardilla sobre la que se precipita un tren de mercancías. O tal vez en el protagonista de un episodio de Tom y Jerry.

Mi cuerpo estaba ya en movimiento, al parecer había decidido que esperar a que mi cerebro diera el siguiente paso era contraproducente para su supervivencia. La analogía del gato y el ratón era bastante buena: si bien yo era más ágil y podía acelerar más rápido que el enorme bronco, en una línea recta él me ganaría en velocidad. Físicamente hablando, no tenía casi ninguna posibilidad de hacerle un daño serio, mientras que era probable que incluso una palmadita cariñosa suya me deshiciera la caja torácica. Igual que un gato y un ratón.

El la tele suele ganar Jerry, pero en el mundo real Tom rara vez llevaría las de perder. No recuerdo haber visto a Míster llegar a casa lamiéndose las heridas infligidas por un ratón. A decir verdad, jamás regresaba hambriento de una de sus cacerías. En general, jugar al ratón y al gato solo es divertido para el gato.

Mi cuerpo, entretanto, se había echado a un lado para forzar a Enano a tener que girarse para perseguirme, lo que limitó su velocidad y me hizo ganar dos o tres segundos, el tiempo suficiente para correr hacia una sección de suelo marcada por un par de señales amarillas de precaución, donde Joe, el bedel, había estado encerando el suelo. Crucé el piso húmedo y pegajoso y recé para no resbalar. Si me caía, bastaría un pisotón de una de aquellas enormes pezuñas para partirme por la mitad.

Al parecer, su calzado no era el mejor para un terreno resbaladizo. En cuanto llegué al otro lado del suelo encerado torcí a la izquierda tan rápido como pude, cambiando de dirección. Enano trató de compensar el movimiento pero se cayó.

No es para tanto. A veces, cuando vas corriendo, algo sucede, te tropiezas y te caes. Te desuellas un poco una rodilla o las dos, tal vez te haces daño en las manos y rara vez te pasa algo peor, como una torcedura de tobillo, por ejemplo.

Siempre y cuando tengas la masa de un ser humano. Si la masa se extrapola a alguien del tamaño de Enano, una caída se convierte en algo completamente diferente, especialmente si es a mucha velocidad. Esa es una de las razones por las que los elefantes nunca corren, porque no son capaces de levantar su peso del suelo para dar zancadas completas. Si se cayeran, sufrirían daños extremos a causa de su tamaño. Es evidente que la naturaleza ha dejado fuera de su selección natural a los elefantes que corren como el viento. Tanto peso desplazándose a tanta velocidad

conlleva una enorme cantidad de energía, la suficiente para romper huesos fácilmente o provocar que algún objeto penetre hondamente en la piel. Acabar volteado por el suelo con tanta fuerza puede desollar un cuerpo hasta los huesos.

Enano debía pesar el doble que un elefante. Cinco toneladas de carne y hueso cayeron sobre un costado de su cuerpo y aterrizaron con fuerza para luego resbalar con tanto impulso que el bronco parecía más un tren de mercancías que a un ser vivo. Al deslizarse por el suelo impactó contra la pared de un quiosco de alquiler de coches que hizo astillas y atravesó sin apenas aminorar la velocidad.

Enano clavó en el suelo las uñas amarillentas de una mano, pero lo único que consiguió fue desprender la cera del suelo mientras pasaba a mi lado deslizándose.

Me frené y traté de juzgar dónde iba a detenerse. Entonces reuní mi voluntad.

Era endemoniadamente difícil con tanta agua cayendo, pero no me hacía falta demasiada. Tengo un don para joder intencionadamente la tecnología.

Me centré en las luces del techo de la zona de la estación donde Enano había llegado deslizándose, levanté la mano derecha y vociferé:

—¡Hexus!

Algunas incluso explotaron en una lluvia de chispas doradas, otras soltaron pequeñas toses de humo, pero todas sin excepción se apagaron.

Michael había avanzado por el atrio, a mucha distancia detrás de mí, y la luz de *Amoracchius* se contenía ahora en los muros interiores de la estación. Al cargarme las luces eléctricas, cree un auténtico baile de sombras estiradas.

El repentino islote de oscuridad atrajo a los duendes como los cadáveres atraen a las moscas. Chamuscados, aterrados y furiosos duendes cuya excursión nocturna a la ciudad en busca de golosinas se había convertido de repente en una pesadilla. No tenían ojos, pero supieron guiarse hacia la oscuridad con bastante facilidad. Vi a más de una docena entrar en ella, uno incluso paso a medio metro de mí sin siquiera detenerse o reparar en mi presencia.

Enano empezó a gritar un segundo después. Su enorme voz se mezclaba con los aullidos vengativos de los enojados duendes.

—Ahora ya no eres tan grande, ¿verdad? —le desafié entre jadeos.

Pero resultó que sí lo era.

Un duende aplastado apareció volando de entre las sombras y reventó en el suelo a tal vez siete metros de mí. No es que estuviera lánguido como un muñeco. La criatura estaba deformada como una lata de cerveza en el lugar exacto donde el enorme puño de Enano la había agarrado y aplastado con fuerza suficiente para vaciarla de sus líquidos internos antes de lanzarla.

Resplandeció una luminosa ráfaga de chispas entre las sombras, como si una larguísima tira de metal estuviera siendo afilada con una enorme piedra y, de repente, las llamas azules rodearon la espada de Enano. Se consumían pronto bajo el agua que

caía, pero proyectaban suficiente luz para permitirme ver lo que sucedía.

Los duendes se habían vuelto locos de ira.

Era inevitable, supongo. Los esbirros de Invierno y Verano no se llevan nada bien y los habitantes del reino de las hadas no se comportan como los seres humanos. Su naturaleza es mucho más primitiva, más inmutable. Son lo que son. Los depredadores actúan rápido a la hora de atacar a la presa que ha caído y es vulnerable. Las hadas de Invierno odian a los campeones de Verano. Los duendes cumplían ambas características.

Varios de ellos se arrojaron contra la cabeza de Enano mientras que otros comenzaron a sacudirle golpes con sus toscas armas o a morderle con los dientes de tiburón. La armadura le vino muy bien al bronco, le sirvió de defensa para las zonas más sensibles de su cuerpo. Cuando los duendes buscaron su garganta, Enano empezó a mover la cabeza hacia atrás y hacia adelante. Durante un segundo pensé que era a causa del pánico, hasta que estrelló uno de sus cuernos en un duende con tal fuerza que le rompió el cráneo a la malvada hada. Su espada revoloteó de un lado a otro con dos movimientos rápidos y precisos y media docena de duendes cayeron muertos y en llamas.

Los otros chillaron de miedo y se apartaron, viendo que su rabia era insuficiente para superar al bronco caído. Enano se puso de rodillas, se impulsó para levantarse y, pese a que su expresión estaba contorsionada por el dolor, sus ojos inhumanos se movieron de un lado a otro hasta que me encontraron.

Oh, mierda.

No esperé a que se levantara y me matara. Eché a correr.

Menuda ocasión había elegido para prescindir del guardapolvos y el bastón. ¿En qué estaba pensando? ¿Creía tener tan dominado a Verano que no iba a necesitarlos? ¿Acaso mi vida no había sido un desafío suficiente? *Estúpido, Harry. Estúpido, estúpido.* Me juré que si salía de esta, haría copias falsas de mi equipo para cuando necesitara que Thomas hiciera de mi señuelo.

El suelo comenzó a temblar cuando Enano empezó a perseguirme.

Mis opciones eran limitadas. A mi derecha tenía el muro exterior del edificio, sin embargo salir a la calle cubierta de tantos centímetros de nieve no era una posibilidad. Mi imaginación me brindó la imagen de mí mismo hundiéndome en la nieve hasta la cintura mientras Enano, gracias a su mayor masa y peso, se acercaba a mí por detrás sin esfuerzo y me aplastaba como a una lata de cerveza. Delante de mí había un pasillo vacío que finalizaba en otro muro y a mi izquierda solo había filas y filas... de taquillas.

Busqué la llave a tientas en el bolsillo mientras corría por el suelo encharcado de agua e intentaba leer los números en las taquillas. Encontré el que correspondía a la llave de Gard y derrapé en el suelo mojado hasta detenerme. Metí la llave en la

cerradura a toda prisa al tiempo que Enano venía a por mí. A pesar de cojear en su carrera, pronto superó los apenas doce metros que nos separaban.

Tenía que sincronizarlo a la perfección. Levanté la mano derecha, apunté a la pezuña de su pata herida y esperé a que todo su peso recayera en ella antes de activar todos los anillos de energía para liberar una súbita columna de fuerza que impactó en él con la fuerza de un coche de carreras.

La pezuña del bronco volvió a resbalar en el suelo mojado y cayó hacia delante soltando un rugido de frustración. La espada se le escapó de los dedos, pero extendió las dos manos hacia mí al tiempo que caía.

Esperé hasta el último segundo para abrir la puerta de la taquilla de Gard y dar un salto hacia atrás.

Solo puedo describir lo que sucedió después como la descarga de un rayo, aunque en realidad no es eso lo que fue. Un rayo real no tenía la intensidad primitiva y salvaje de aquella... cosa, y me di cuenta con un sorprendido fagonazo de comprensión que aquella energía, fuera lo que fuera, estaba viva. Un poder blanco teñido de destellos escarlata irrumpió de la taquilla como un centenar de serpientes hipercinéticas que zigzagueaban a una velocidad imposible. Aquel rayo vivo penetró en Enano y atravesó su armadura cristalina como si esta estuviera hecha de cera blanda. Abrasó, cercenó y golpeó la carne de debajo desde el hombro hasta la pierna del bronco causando un sonido diferente a nada que hubiera escuchado antes, una especie de zumbido ensordecedor.

En la última fracción de segundo antes de desaparecer, la energía se revolvió de un lado a otro como la punta de un látigo y la pierna izquierda de Enano se partió en dos a la altura de la rodilla.

El bronco gritó. Fuera lo que fuera aquella cosa, le había ganado la partida a Enano de largo.

Demonios.

Miré alternativamente al campeón mutilado de Verano y a la taquilla abierta, de aspecto inocente. Acto seguido, caminé lentamente hacia él.

Enano solo tenía un ojo abierto y no parecía que pudiera centrarlo en nada. Su respiración era áspera, rápida y desigual, provocando una brisa cálida con aroma a avena que llegaba hasta cuatro o cinco metros de su cabeza.

Enano parpadeó para abrir el otro ojo y, aunque todavía no podía enfocar, dejó escapar un gruñido débil.

—Mortal —dijo con voz áspera—. He sido superado. —Una de las orejas de Enano se agitó una sola vez y exhaló un profundo suspiro—. Acaba conmigo.

Pasé junto al bronco caído sin detenerme. Al hacerlo me di cuenta de que la energía que le había cortado la pierna también la había cauterizado. No iba a desangrarse hasta morir.

Me asomé con cautela a la taquilla.

Estaba vacía, a excepción de una única caja plana de madera del tamaño de un estuche de backgammon. La pared del fondo de la taquilla albergaba otra cosa: el contorno ennegrecido de algún tipo de runa. No era la primera vez que había visto a Gard emplear magia basada en runas de alguna clase, pero que me aspen si sabía cómo se hacía. Activé mis sentidos de mago con cautela, pero no sentí nada.

Cualquiera que fuera la energía que había sido almacenado allí, ya no existía.

¿Qué demonios? Metí la mano y toqué la caja. No acabé hecho pedacitos. Fruncí el ceño con desconfianza y la saqué poco a poco de la taquilla. No pasó nada más. Evidentemente, Gard había considerado que sus medidas de seguridad ya eran suficientes para hacer frente a un ladrón. O a un dinosaurio. A cualquiera de los dos.

Una vez tuve la caja en mi poder, me di la vuelta hacia el bronco.

—Mortal —siseó Enano—. Acaba conmigo.

—Intento no matar nada a menos que sea absolutamente necesario, y hoy no tengo necesidad de matarte —contesté—. No era una cuestión personal. Se acabó, ha terminado.

El bronco centró sus ojos en mí y se limitó a mirarme fijamente durante un momento, sorprendido.

—¿Un ser ligado a Invierno mostrando compasión?

—No estoy ligado a nadie —espeté—. Es un trabajo temporal. —Escudriñé el panorama a mi alrededor—. Creo que los duendes se han marchado. ¿Puedes irte tú solo o necesitas que haga llamar a alguien?

El bronco se estremeció y sacudió su enorme cabeza.

—No es necesario, me iré yo solo. —Extendió los dedos de una mano en el suelo y comenzó a hundirse como si este se hubiera convertido en arenas movedizas. Teniendo en cuenta lo que conocía sobre los portales hacia el reino de las hadas, aquello me resultó una novedad.

—Es una oferta única —le dije antes de que desapareciera del todo—. No vuelvas.

—No lo haré —rugió con los ojos hundidos por el cansancio—. Pero marca estas palabras en tu cerebro, mago.

Me puse ceñudo.

—¿Qué?

—Mi hermano mayor va a matarte —bramó.

Acto seguido, Enano se hundió en el suelo y desapareció.

—¿Otro? —le pregunté al suelo—. ¡Tienes que estar de broma!

Me apoyé en las taquillas y me golpeé la cabeza suavemente contra el acero durante unos instantes. Recuperé la compostura y comencé a correr de vuelta al lugar donde me había separado de Michael. Solo porque en mi zona de la estación no

quedaran duendes, no quería decir que la lucha hubiera acabado. Michael podría necesitar de mi ayuda.

Seguí de nuevo el rastro de miembros cercenados, aunque para entonces ya se habían convertido en montículos de un polvo negro similar al carbón que el agua de los aspersores estaba transformando en una pasta viscosa. Los parches de aquella sustancia aumentaban su densidad a medida que avanzaba en la dirección por la que pensaba que se había marchado Michael.

Seguí el rastro hasta la base de unas escaleras abrumadoramente anchas, las que se usaron de verdad en la película *Los intocables*. Allí, los miembros cortados eran todavía reconocibles, aquellos duendes no llevaban muertos demasiado tiempo. Una alfombra de cadáveres inertes ardía sobre las escaleras. A juzgar por el modo en el que habían caído, parecía que cuando murieron iban subiendo por los escalones.

Las heridas de algunos de los duendes muertos daban a entender que Michael se abrió camino desde detrás de ellos. Puede que se tratara de un caballero blanco, pero una vez sacaba la espada, Michael se desempeñaba con una dureza que no le he visto a casi nadie.

No podía culparle. No todos Los restos que encontré pertenecían a duendes.

Tres guardias de seguridad habían caído por separado en la confusión de la oscuridad, uno a tres metros de las escaleras y los otros dos en los escalones.

Pasé cerca de unas manchas de sangre que casi con total seguridad provenían de las heridas fatales de sus propietarios, a menos que el agua que caía las hiciera parecer más grandes de lo que en realidad eran. Nunca me había topado cara a cara con un duende, pero sabía lo suficiente sobre ellos para desear que quienquiera que hubiera derramado aquella sangre estuviera muerto.

Los duendes tienen por costumbre arrastrar a sus víctimas al interior de sus oscuros túneles.

Me estremecí. Había que reconocerles el mérito a los conciliadores de Verano; lo único que querían los broncos era matarme, hacer un trabajo limpio y se acabó, fin de la historia. En alguna ocasión un monstruo me ha llevado por la fuerza a su oscuro hábitat. No se lo desearé nunca a nadie.

Es algo que no se puede superar, aunque sobrevivas. Te cambia.

Aparté de mi mente los malos recuerdos e intenté ignorarlos mientras pensaba. Era obvio que algunos de los duendes habían huido llevándose a sus víctimas. Según los libros, aquel era su *modus operandi*. A pesar de que el ataque parecía indicar un nivel más elevado de organización que una simple algarabía sangrienta, resultaba también obvio que quien anduviera detrás de todo aquello no poseía el control absoluto. Las hadas de ambos bandos comparten una particularidad universal: su naturaleza es contradictoria y es muy difícil darles órdenes.

Los duendes de las escaleras eran diferentes a los que me había encontrado en la

parte delantera de la estación. Llevaban un armamento más avanzado, probablemente de bronce, y una armadura hecha de algún tipo de piel. Si sus filas habían estado así de densamente agrupadas en las escaleras, debieron de organizarse al menos un poco para respetar las líneas.

Algo había obligado a aquellos duendes a atacar al unísono. Demonios, si el número de duendes caídos delante de mí era indicativo, los que nos atacaron a Michael y a mí pertenecían probablemente a un grupo de rezagados que se habían aventurado por su cuenta en busca de un premio que llevarse a casa.

¿Entonces cuál había sido el propósito del ataque? ¿Qué demonios les había atraído a todos hacia las escaleras?

Lo que había en lo alto de ellas, obviamente.

La luz de la espada sagrada parpadeó sobre mí y empezó a desvanecerse. Subí por las escaleras resoplando y protegiéndome los ojos con los dedos hasta que la luz menguó y llegué hasta Michael. El caballero respiraba con dificultad. Tenía levantada la espada sobre su cabeza en posición de guardia alta, preparada para descargar su poder. Advertí, casi sin querer, que el hedor del agua estancada se había esfumado, sustituido por un fuerte aroma a rosas. Alcé de nuevo la cara y sentí el agua fresca, limpia y aromatizada contra ella. El contacto con la luz de la espada sagrada la había renovado.

El último duende en caer, una bestia del tamaño de un maldito gorila de montaña, yacía inmóvil cerca de los pies de Michael. Lo que quedaba de su escudo y espada de bronce se desperdigaba alrededor de su cuerpo en fragmentos cortados limpiamente. La sangre corría lentamente por las escaleras revestida de una llama azul y blanca mientras su cuerpo era consumido lentamente por más de lo mismo

—Que todo el mundo se relaje —dije cuando llegué junto a Michael, jadeante—. Ya estoy aquí.

Michael me recibió con un movimiento de cabeza y una fugaz sonrisa.

—¿Estás bien?

—No estoy mal —dije, resistiéndome como pude a la tentación de pronunciar la vocal de la última palabra como un animal de granja—. Siento no haber sido muy útil cuando has empezado tu ataque.

—No hubiera podido hacerlo sin tu ayuda —dijo Michael muy serio—. Gracias.

—De nada —respondí.

Subí los últimos escalones y contemplé qué era lo que los duendes habían estado persiguiendo.

Niños.

Debía de haber una treintena de chavales de alrededor de diez años en la parte superior de las escaleras, todos con uniforme de escuela, apretujados contra un rincón, asustados, la mayoría lloraban. Vi también una mujer de aspecto aturdido,

vestida con una chaqueta a juego con los uniformes de los niños. A su lado había un par de mujeres ataviadas con el uniforme casual de las azafatas de Amtrak.

—Acababa de llegar un tren —le murmuré a Michael al darme cuenta de lo que había pasado—. Debió hacer su recorrido a pesar del tiempo. Por eso los duendes estaban ahora por aquí.

Michael echó *Amoracchius* a un lado para sacudir una pequeña nube de fino polvo negro de la hoja. Acto seguido ocultó el arma de la vista.

—Ya están seguros. Las autoridades llegarán en cualquier momento —le comunicó a la gente y, en un tono más bajo, añadió—: Deberíamos irnos.

—Aún no —le contradije. Me adentré lo suficiente en el gran vestíbulo para tener a la vista la zona detrás de la primera fila de columnas corintias que se alineaban paralelas a las paredes.

Había tres personas allí.

La primera era un hombre de la altura de Michael pero de constitución más esbelta y peligrosa. Tenía una cabellera rubia oscura que le caía por los hombros y la sombra de una barba de varios días. Llevaba un traje de sport azul oscuro sobre una camiseta blanca y portaba una de las espadas de bronce de los duendes en cada mano, ambas teñidas de sangre ennegrecida. Me miró con los calmados y remotos ojos de un gran felino y me mostró los dientes. Se llamaba Kincaid y era un asesino profesional.

Junto a él se encontraba una mujer joven de cabello castaño largo y rizado y despampanantes ojos oscuros. Llevaba los pantalones lo bastante apretados para marcar unas atractivas curvas, aunque no tanto como para entorpecer sus movimientos, y sostenía una fina vara de tal vez metro y medio en una mano, tallada con runas y sigilos no demasiado diferentes a los de la mía. La capitana Luccio llevaba un largo caño de plástico colgando de una correa al hombro cuya parte superior colgaba suelta. Lo más probable es que su espada de plata estuviera guardada dentro. Sabía que cuando la capitana sonreía sacaba a relucir sus matadores hoyuelos, pero por la expresión de su rostro parecía que no iba a estar expuesto a tal riesgo a corto plazo. Sus facciones se mostraban duras y vigilantes, aunque no lograban ocultar del todo una rabia feroz. Esperaba que la reservara para los duendes atacantes y no para mí. La capitana no era alguien a quien quisiera ver enfadada conmigo.

De pie entre los dos adultos, algo rezagada, había una chica no mucho mayor que los demás niños que se habían refugiado en el vestíbulo. Había crecido treinta centímetros desde la última vez que la vi, haría unos cinco años. Su aspecto seguía siendo el de una niña bien vestida y cuidada. A excepción de los ojos. Sus ojos parecían fuera de lugar en aquel rostro inocente. Parecían llenos de conocimiento y de toda la carga que este conllevaba. Eran espeluznantes.

El Archivo le puso a Kincaid una mano en el codo y el asesino a sueldo bajó sus espadas. La niña dio un paso adelante.

—Hola, señor Dresden —me saludó.

—Hola, Ivy —le respondí con un educado gesto de cabeza.

—Si estas criaturas estaban bajo su mando, voy a tener que ejecutarle —dijo la niña en un tono carente de emoción alguna.

No lo convirtió en una amenaza. Su voz no reflejaba el suficiente interés para que fuera así. El Archivo solo constató un hecho simple e innegable.

Lo peor era que si decidía matarme, no habría mucho que pudiera hacer al respecto. No era una niña cualquiera. Era el Archivo, la memoria de la humanidad hecha cuerpo, un repositorio vivo del conocimiento de toda la humanidad. Fui testigo de cómo mató a una docena de los guerreros más peligrosos de la Corte Roja cuando apenas tenía seis o siete años. Le requirió el mismo esfuerzo que a mí abrir una caja de galletas. El Archivo era el Poder con mayúsculas y funcionaba a un nivel completamente diferente al mío.

—Por supuesto que no estaban bajo su mando —dijo Luccio. Me miró y arqueó una ceja—. ¿Cómo has podido siquiera sospechar tal cosa?

—Me parece poco probable que un ataque de esta magnitud no sea otra cosa que un intento deliberado de secuestrarme o asesinarme. Mab y Titania se han involucrado en el asunto —dijo el Archivo en un tono objetivo—. El señor Dresden es actualmente el emisario de Invierno en este asunto y, ¿es necesario que les recuerde que los duendes obedecen a Invierno y por lo tanto a Mab?

No hacia falta que me lo recordara, a pesar de que había estado posponiendo aquel pensamiento durante un rato. El hecho de que los duendes estuvieran sujetos a la voluntad de Mab significaba que el asunto era aún más turbio de lo que pensaba y que probablemente fuera un momento razonablemente bueno para empezar a sentir pánico.

Pero lo primero era lo primero: evitar que aquella escalofriante niña me matara.

—No tengo ni idea de quién les daba las órdenes a estas cosas —dije en voz baja.

El Archivo me contempló durante un infinito momento. Acto seguido, su mirada antigua e implacable fue a parar a Michael.

—Sir Caballero —dijo en un tono educado—. ¿Responde por este hombre?

Tal vez fue mero producto de mi imaginación que Michael se demorara un segundo más de lo debido en contestar. Al menos más de lo que hubiera tardado en el pasado.

—Por supuesto.

Le contempló también a él y luego asintió.

—Señor Dresden, recordará a mi guardaespaldas, Kincaid.

—Sí —dije. Mi voz no estalló precisamente de entusiasmo—. Hola, tipo duro.

¿Qué te trae a Chicago?

Kincaid me mostró más dientes si cabe.

—La enana —dijo—. Odio la nieve. Si dependiera de mí, preferiría estar en un lugar cálido. En Hawái o algo parecido.

—No soy una enana —dijo el Archivo en un tono firmemente desaprobatorio—. Me hallo al setenta y cuatro por ciento de la altura correspondiente a mi edad. Y deja de intentar provocarle.

—La enana no es muy divertida —explicó Kincaid—. Traté de convencerla para que se apuntara a las Girl Scouts pero no quería ni oír hablar de ello.

—Si me surgen deseos de pegar macarrones en un plato de papel con pegamento, puedo hacerlo en casa —dijo el Archivo—. Hace horas que debería estar en la cama y no tengo intención de que nos mezclemos con las autoridades locales. Deberíamos irnos. —Miró a Kincaid con una mueca en el rostro—. Es obvio que han seguido nuestros movimientos. Es probable que nuestro lugar de hospedaje en la ciudad esté comprometido. —Volvió los ojos hacia mí—. Requiero formalmente la hospitalidad del Consejo Blanco hasta el momento que pueda establecerme en un alojamiento seguro.

—Uh —vacilé.

Luccio hizo un rápido movimiento con la mano para instarme a aceptar de inmediato.

—Por supuesto —dije al tiempo que le asentía al Archivo.

—Excelente —respondió. Se volvió hacia Kincaid—. Estoy empapada. Mi abrigo y la ropa para cambiarme están en mi bolsa, en el tren. Voy a necesitarla.

Kincaid me dedicó una mirada escéptica pero, enérgico, no discutió con el Archivo; en lugar de eso, desapareció rápidamente por las escaleras.

El Archivo se volvió hacia mí.

—Según la estadística, teniendo en cuenta el tiempo y el estado de las carreteras, los servicios de emergencia de la ciudad deberían comenzar a llegar en tres minutos. Sería mejor para todos nosotros si nos hubiéramos marchado para entonces.

—No podría estar más de acuerdo —dije. Puse una mueca—. Quienquiera que hizo esto se está arriesgando mucho al actuar tan públicamente.

La mirada no del todo humana del Archivo penetró en mí unos instantes.

—El asunto puede ser incluso peor. Me temo que nuestros problemas no han hecho más que empezar —sentenció.

Michael se detuvo en seco al ver el enorme agujero que dejó el bronco, Enano, en el muro oriental de la estación Union.

—Dios misericordioso —suspiró—. Harry, ¿qué ha ocurrido?

—Un pequeño problema —dije.

—No me dijiste nada.

—Parecías ocupado —le expliqué—, y ya tenías a un par de cientos de malos de los que encargarte. —Señalé el agujero con la cabeza—. Yo solo a uno.

Michael sacudió la cabeza, divertido, y noté que Luccio miraba el agujero con una expresión que denotaba algo parecido a una leve alarma.

—¿Te lo cargaste? —me preguntó Michael.

Luccio ladeó la cabeza cuando Michael habló y acto seguido me observó con atención.

Le dediqué a Michael una mirada ecuánime.

—Obviamente. —Entonces me giré y di un silbido—. ¡Ratón!

Mi perro, empapado pero siempre entusiasta, vino trotando hacia nosotros por los suelos de mármol completamente mojados. Al deslizarse para detenerse creó una ola que me mojó los pies. El Archivo miró intensamente a Ratón en cuanto llegó y dio un paso al frente hacia él; sin embargo, la mano de Kincaid se posó en su escuálido hombro para impedirle avanzar.

Michael miró ceñudo a la niña y luego al perro.

—Tenemos un problema —declaró.

No había espacio para todos en la cabina de la camioneta de Michael.

Estábamos calados hasta los huesos y no disponíamos de tiempo para secarnos antes de que llegaran las autoridades. No creo que fuera del todo justo que recibiera un puñado de miradas poco amigables de camino al garaje después de que les explicara que fui yo el que activó el sistema de aspersores, pero al menos nadie podía argumentar no sufriera las consecuencias al mismo nivel que ellos.

El Archivo bien podría parecerse a la inquietante Billy Murny de un episodio de *La dimensión desconocida*, pero no dejaba de ser una niña. Por aclamación popular, se decidió que iría en la cabina. Michael tenía que conducir.

—No voy a dejar que se siente ahí sola —declaró Kincaid.

—Oh, vamos —dije—. Es un caballero de la maldita Cruz. No va a hacerle daño.

—Ese dato es irrelevante —dijo Kincaid—. ¿Y si alguien empieza a dispararle por el camino? ¿Va él a interponer su cuerpo para impedir que le alcancen las balas?

—Yo... —comenzó Michael.

—Por supuesto que lo haría, hombre —gruñí.

—Harry —dijo Michael en un tono conciliador—. Estaría encantado de proteger

a la niña. Sin embargo sería algo problemático hacerlo y conducir al mismo tiempo.

Ratón soltó un sonido bajo e intranquilo que atrajo mi atención hacia el hecho de que el Archivo se había sumido en un silencio poco habitual en ella. La niña estaba de pie junto a Kincaid, temblando, con los ojos casi en blanco.

—Maldita sea —dije—. Metedla en la camioneta. Vamos, Kincaid, Michael.

Kincaid la ayudó a subir y luego entró junto a Michael en la cabina de la camioneta.

—Está mu... muy lejos tu... tu casa, centinela? —me preguntó Luccio.

No tenía buen aspecto. Bueno, tenía buen aspecto considerando las circunstancias. Pero también estaba empapada y medio congelada, abrazada a Ratón y frotándole ostensiblemente el pelaje para secárselo. Había visto a Luccio en acción desempeñando sus funciones de capitana de los centinelas del Consejo Blanco y me había formado mi opinión sobre ella basada en aquello. Cuando miraba a la mujer que se había enfrentado a los discípulos de Kemmler sin mover una pestaña y a la que había visto someterse al fuego de armas automáticas en campo abierto para proteger a los aprendices bajo su cuidado, tendía a olvidar que medía apenas un metro sesenta y no pesaría más de sesenta y cinco kilos, contando con que estaba empapada hasta los huesos.

Y así es precisamente como estaba.

En mitad de una tormenta.

—No está lejos. —Entonces me asomé por el lado de la puerta de Kincaid y dije —: Carga a la niña en tu regazo.

—Lleva puesto el cinturón de seguridad —dijo Kincaid—. Ya está lo bastante expuesta al peligro.

—Luccio no pesa mucho más que Ivy —dije en un tono seco—. Corre casi el mismo peligro que ella. Así que vas a llevar a Ivy en el regazo y dejarás que mi capitana vaya en la cabina, como un caballero.

Kincaid me miró de hito en hito con sus ojos pálidos y fríos.

—¿O qué?

—Voy armado —dije—. Tú no.

Siguió mirándome de la misma manera durante un momento, antes de fijarse en mis manos. Una de ellas estaba en el bolsillo de mi abrigo.

—¿Piensas que voy a creer que consideras la idea de matarme? —dijo.

—Si tratas de hacerme elegir entre tú y Luccio —dije con una sonrisa franca en los labios—, estoy bastante seguro de a quién le diría *sayonara*.

Sus dientes resplandecieron en una sonrisa lobuna. Se hizo a un lado y se colocó a la niña congelada en el regazo.

Cuando volví junto a Luccio noté que solo conservaba la verticalidad porque Ratón estaba sentado plácidamente a su lado a pesar del frío y ella se apoyaba en él.

Murmuró una especie de vaga protesta en tono de mando, pero al decirla en italiano declaré su cerebro oficialmente congelado y asumí el control del destacamento local de centinelas. Teniendo en cuenta que yo era el único miembro me venía de perlas. La empujé al interior de la cabina, junto a Kincaid, y le puse el cinturón. Él me ayudó en la tarea, mis dedos estaban demasiado rígidos y fríos para hacer nada bien ni rápido.

—Harry —dijo Michael. Buscó algo detrás del asiento y me lanzó una manta térmica enrollada. La cogí y asentí para darle las gracias mientras sentí el bocado del frío en el estómago.

Acabé junto a Ratón en la parte trasera de la camioneta, ambos empapados, en mitad del invierno y de una tempestad. El frío se me desplazó de la barriga al pecho y me enrosqué haciéndome una bola porque no me quedaba otra elección. La magia no era una posibilidad. Una bola de fuego del tamaño de la palma de mi mano no se llevaría bien con la parte trasera de una camioneta, menos aún si yo seguía temblando tanto como en aquel momento. Quería calentarme, no prenderme fuego.

—A ve... veces ser un... un caba... caballero es una mier... da —le gruñí a Ratón. Me castañeteaban los dientes.

Mi perro, cuyo grueso abrigo de invierno no era tan bueno después de mojado, se apoyaba contra mí bajo la áspera manta con la misma fuerza que yo contra él, mientras que los de la cabina de la camioneta disfrutaban de la calefacción y las ventanas se les llenaban de vaho. Me sentí como un personaje de Dickens. Pensé en contárselo a Ratón, solo para ocupar mis pensamientos, pero ya estaba sufriendo bastante para encima tener que aguantar a Dickens, o un sucedáneo aunque fuera. Así que hicimos el viaje en medio de un silencio sociable y abatido. Puede que se nos cruzaran algunas luces de emergencia, no lo sé, estaba demasiado ocupado disfrutando de las rítmicas contracciones de cada célula muscular de mi maldito cuerpo para darme cuenta.

Pasados treinta segundos de trayecto, me sentí bastante seguro de que iba a perder el sentido y despertarme en el futuro, quinientos años después, pero resultó que solo tuve que aguantar unos veinte minutos o así antes de que Michael aparcara en el exterior de mi apartamento.

Las dos puertas del vehículo se abrieron ante la cansada pero autoritaria voz de Luccio:

—Llévalo a la puerta mientras pueda desactivar los hechizos de protección de la entrada.

—Estoy bien —dije al tiempo que me levantaba. Lo que sonó en realidad fue algo parecido a «etoibie». Cuando traté de levantarme casi me caigo de la camioneta. Michael me cogió a tiempo y Kincaid reaccionó con rapidez para ayudarme a ponerme derecho.

Apenas llegué a sentir las manos de Kincaid husmeando en mi chaqueta sin encontrar lo que buscaba.

—Hijo de perra —dijo sonriendo—. Lo sabía.

Luccio emergió de la cabina agarrando la figura inerte del Archivo por una cadera. Los brazos y piernas de la niña caían lánguidos, tenía la boca abierta y las mejillas rosadas.

—Levanta, Dresden —ordenó. Su voz era firme, y pese a haber disfrutado de un trayecto cálido, estaba todavía casi igual de mojada que en la estación. Noté cómo el frío le doblaba el cuerpo al clavar sus dientes en ella—. Date prisa.

Arrastré vagamente los pies y recordé que para caminar había que moverlos alternativamente. Aquel recuerdo mejoró considerablemente nuestro progreso. Llegamos a la puerta y alguien mencionó algo sobre hechizos peligrosos.

No me digas, pensé. Tengo algunos hechizos en mi casa que os dejarían fritos en la acera. Pero deberíais ver lo que es capaz de hacer Gard.

Luccio me espetó algo respecto a los hechizos y yo solo pensé que parecía tener mucho frío. En mi casa tenía una chimenea que le vendría bien. Le abrí la puerta, como se supone que debes hacer con una dama, pero la maldita cosa estaba atascada, hasta que Michael la empujó con un golpe de hombro y murmuró algo ofensivo sobre el trabajo de unos aficionados.

Entonces las cosas se volvieron un poco confusas y empecé a sentir un enorme dolor en los brazos y las piernas.

Tío, mi sofá es muy agradable.

Ratón me resopló en la cara y casi me aplasta al apoyar la cabeza y la mayor parte de su tren superior a lo largo del mío. Consideré empujarle hacia un lado, pero en lugar de eso decidí dormirme en mi maravilloso sofá.

Sobrevino la oscuridad.

Cuando desperté, la sala solo estaba iluminada por las llamas de la chimenea. Estaba calentito, aunque los dedos de manos y pies me palpitaban de una manera un tanto desagradable. Sentía sobre mí el suave peso de lo que, descubrí enseguida, eran todas las mantas que poseía. El profundo, lento y constante sonido de la respiración de Ratón siseaba desde la alfombra, delante del sofá, y una de mis manos se posaba en la piel áspera, caliente y seca de la espalda de mi perro.

Se oía agua correr, no muy lejos.

Luccio estaba sentada en un taburete delante del fuego, frente a las llamas. Mi tetera colgaba de su asa sobre el fuego, una vasija de agua caliente reposaba en el hogar. Desde mi perspectiva veía a Luccio de perfil. Observé cómo metía un pedazo de tela en el agua caliente, se lo pasaba por el hombro y el brazo y cerraba los ojos en una expresión de puro placer. Cuando se movía, la luz del fuego creaba sombras sugerentes y delicadas de los esbeltos contornos de su espalda, desnuda hasta la

cintura de los vaqueros. Los músculos de su cuerpo se movían bajo la piel tersa, que brillaba trémula durante un momento cada vez que el paño húmedo la recorría dejando pequeños halos de vapor a su paso.

Había otra cosa que no se me había pasado nunca por la cabeza.

Luccio era preciosa.

Bueno, no era una belleza de portada de revista, aunque sospechaba que con la preparación adecuada no andaría muy lejos. Sus rasgos eran agradables, en particular alrededor de su boca de arco de Cupido, rodeada de hoyuelos que contrastaban con la casi masculina mandíbula cuadrada. Sus ojos oscuros destellaban cuando estaba enfadada u oía algo divertido y su cabello castaño era largo, rizado y lustroso. Resultaba obvio que se lo cuidaba muy bien. Sin embargo, había demasiada fuerza en aquel rostro para que su atractivo fuera convencional.

La belleza surca caminos más profundos.

En ella residía una inexpresable cualidad femenina que me atraía tremendamente. Una mezcla crítica de delicadas curvas, templada gracia y fuerza que, me di cuenta en aquel justo momento, pertenecía a la líder de los centinelas. Tal vez era incluso más importante el hecho de que conocía la calidad de la persona bajo aquella piel. Conocía a Luccio desde hacía años, había estado en más de un aprieto junto a ella y era uno de los pocos centinelas veteranos que me respetaba tanto como me agradaba.

Se pasó el cabello al otro lado de la espalda para lavarse el hombro y brazo opuestos de la misma manera parsimoniosa, disfrutando igual de visiblemente.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que vi la espalda y los hombros desnudos de una mujer. Era mucho menos común que las diferentes visiones, más propias de una pesadilla, a las que me exponía en mi trabajo. Supongo que incluso entre tanta pesadilla, tarde o temprano tienes la suerte de contemplar un hermoso sueño. Y a pesar del problema en el que estaba metido, en aquel momento, bajo todas aquellas mantas, presencié algo hermoso. Tanto que me hizo desear poseer el talento para capturar aquella visión usando carboncillo, tinta u óleo, aunque por desgracia nunca tuve semejante don. Todo lo que podía hacer era disfrutar de aquella simple visión: una mujer hermosa bañándose a la luz del fuego.

Ni siquiera me di cuenta cuando Luccio hizo una pausa y volvió la cabeza para observarme. Advertí, de repente, que me devolvía la mirada sin apartar de mí sus ojos oscuros. Tragué saliva. No estaba seguro de lo que esperaba; una súbita indignación, tal vez, una observación mordaz o al menos un rostro encendido. Luccio no hizo nada de aquello. Simplemente me devolvió la mirada, permaneciendo tan tranquila, serena y encantadora como uno se podía imaginar, con un brazo cruzado sobre sus pechos mientras con el otro introducía de nuevo el paño en la vasija.

—Lo siento —dije al fin, bajando la vista. Probablemente estaba ruborizado. Maldita sea. Tal vez podía hacerlo pasar por una leve congelación, sufrida

heroicamente en su lugar.

Emitió un suave murmullo que sonó demasiado relajado para tratarse de una carcajada.

—¿Te he ofendido?

—No —dije enseguida—. Dios, no, nada semejante.

—¿Entonces por qué te disculpas? —dijo.

—Yo... eh... —Tosí—. Es solo que he pensado que una chica que alcanzó la mayoría de edad en los tiempos de la reina Victoria sería un poco más conservadora.

Esta vez si soltó una pequeña risita malvada.

—Victoria era británica —dijo—, Yo soy italiana.

—¿Había mucha diferencia entonces? —le pregunté.

—Solo una poca —respondió—. Cuando era joven posé para muchos pintores y escultores, ya sabes. —Eché la cabeza hacia atrás y se lavó la garganta sin dejar de hablar—. Aunque eso fue con mi cuerpo original, claro.

Claro. El que le fue robado por un nigromante loco que dejó la mente de Luccio atrapada en un cuerpo prestado. Un cuerpo joven, esbelto y adorable.

—No considero que el que posees ahora se quede atrás en la comparación.

Abrió los ojos y me dedicó una sonrisa juvenil y satisfecha.

—Gracias. Pero no voy a dejar que me malinterpretes. Hubiera usado tu ducha para quitarme de encima esa pestilente sopa, pero el Archivo está dormida en tu cama y Kincaid ha cerrado la puerta. Él también está descansando, prefería que no me saltara al cuello antes de despertarse. Y tú estabas dormido, así que... —Se encogió ligeramente de hombros.

Aquello provocó cosas muy interesantes en las sombras que el fuego proyectaba en su piel. De repente me alegré de tener tantas mantas encima de mí.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Luccio.

—Viviré —dije.

—Fue muy galante por tu parte enfrentarte a Kincaid de esa manera.

—No tiene importancia. Es un capullo.

—Un capullo peligroso —añadió Luccio—. No hubiera viajado junto a él si no le hubiera visto antes pasar por el puesto de seguridad en Boston. —Se levantó, soltó el paño en la vasija y se puso la blusa, concediéndome una intrigante vista de la silueta de su espalda y su cintura contra la chimenea.

Suspiré. Se acabó el momento. Todo regresaba a la normalidad.

—¿Qué hacías viajando con ellos? —le pregunté.

—Les traía para el parlamento —me respondió.

—¿El parlamento?

—El Archivo contactó con Nicodemus Archleone respecto a tus acusaciones. Estuvo de acuerdo en encontrarse con nosotros aquí, en Chicago, para discutir el

asunto. Eres la parte iniciadora en esta instancia, yo he venido para desempeñar como tu segunda.

Parpadeé.

—¿Tú? ¿Mi segunda?

En cuanto acabó de abotonarse la blusa, se volvió para colocarse frente a mí y me sonrió vagamente.

—El deber antes que el ego. Relativamente pocos de los centinelas con suficiente experiencia para el cargo estaban dispuestos. Pensé que sería mejor que trabajaras conmigo en lugar de con Morgan.

—Por eso te pagan esa fortuna, capi, por tu aguda visión interpersonal.

—Por eso y porque se me da bien matar cosas —dijo Luccio, asintiendo. Se volvió hacia la chimenea y cogió la pequeña caja de madera de Gard del mantel—. Dresden.

—Demonios —susurré al tiempo que me incorporaba—. Capitana, esa cosa es peligrosa. Suéltala —dije la última palabra en un tono de pura autoridad, al que me había acostumbrado al trabajar con Molly y la gente que conocí gracias a la Paranet.

Se paró en seco y enarcó una ceja, pero solo durante un segundo. Entonces soltó la caja tranquilamente y se alejó de ella.

—Entiendo. La sostenías cuando te arrastramos hasta aquí. No querías soltarla, de hecho.

—Bueno —dije—, no.

—Lo cual, supongo, explica lo que estabas haciendo en la estación.

—Bueno —dije—, sí.

—Toda una coincidencia —anotó.

Sacudí la cabeza.

—Según mi experiencia, cuando hay un caballero de la Cruz involucrado no existe nada semejante a una coincidencia.

Hizo una mueca al oír aquello.

—Hace mucho tiempo que no me confieso. Casi un siglo, de hecho. No sé si el Todopoderoso me debe algún favor.

—Sendas misteriosas, ya sabes —dije con aire de suficiencia.

Sonrió.

—Supongo que han usado esa frase contigo en varias ocasiones.

—Constantemente —le confirmé.

—Es un buen hombre —afirmó—. Tienes suerte de tenerlo como amigo.

Me puse ceñudo.

—Sí, la tengo. —Sacudí la cabeza—. ¿Cuándo es el parlamento?

—Mañana al mediodía. —Hizo un gesto de cabeza hacia el mantel—. ¿Puedes decirme lo que hay dentro?

—Opciones —dije—. Por si falla el parlamento.

—Suéltalo ya, Dresden —me instó.

Sacudí la cabeza.

Se colocó una mano en la cadera.

—¿Por qué no?

—Di mi palabra.

Consideró aquello durante un momento. Entonces asintió una sola vez.

—Como desees. Descansa un poco más. Lo necesitarás —dijo. Acto seguido se hundió cansadamente en mi sofá y, sin decir palabra, se acurrucó bajo una manta. A los pocos segundos parecía dormida.

Pensé en levantarme y examinar la caja de Gard. Tal vez debía llamar a Michael y Murphy. Sin embargo, el cansancio que se afianzó de repente en mis miembros provocó que todo aquello sonara imposiblemente difícil. Así que me puse cómodo y tardé igual de poco en conciliar el sueño.

La última cosa de la que fui consciente antes de quedarme dormido fue que estaba desnudo bajo las mantas.

Y limpio.

—Todavía no entiendo por qué no puedo ir —dijo Molly cruzándose de brazos, enfadada.

—¿Recuerdas cuando me dices lo mucho que odias que tus padres mencionen las escrituras para responder a tus preguntas? —le pregunté.

—Sí.

—No voy a hacer tal cosa. No la conozco lo bastante bien para recordar la cita con exactitud. —Puso los ojos en blanco—. Pero dice algo sobre que la mejor manera de derrotar a la tentación es evitarla.

—Oh, por favor —dijo Molly.

—En realidad tiene razón —dijo Thomas, pasándome mi guardapolvos—. En serio, conozco la tentación.

Molly miró a mi hermano de soslayo y se ruborizó un poco.

—Para —le dije a él.

Thomas se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo, estoy hambriento. Acabé saltando de tejado en tejado durante media hora para evitar a un grupo de lunáticos de un metro de alto que tenían arcos y flechas.

—Elfos —murmuré—. Alguien del equipo Verano trajo también refuerzos. Interesante. Me preguntó qué bando agitó la balanza primero.

—De nada —dijo Thomas.

—Eh —espetó Molly—. ¿Podemos volver al tema? Sé arreglármelas, Harry. Se supone que se trata de una reunión, no de un combate.

Suspiré y me volví hacia ella. Hablábamos en la cocina de los Carpenter mientras los demás se preparaban en el taller. Thomas se había colado por la puerta principal de la casa para devolverme el bastón y el abrigo tras haber pasado la noche haciendo de señuelo.

—Pequeño saltamontes —dije—, no olvides con quién vamos a hablar.

—Con Nicodemus. El líder de los denarios —dijo—. El hombre que trató de matar a mi padre y a mi maestro e hizo todo lo que pudo para meterle a mi hermano un demonio en la cabeza.

Parpadeé.

—¿Cómo sabes...?

—Como siempre, escuchando a mamá y papá a escondidas —respondió impaciente—. Lo importante es que no voy a tener la tentación de coger una de esas monedas, Harry.

—No es porque vayas a verte tentada, chica —dije—. Me preocupa Nicodemus. Con todo lo que está pasando, preferiría no ponerle delante de las narices a la hija

tocada por la oscuridad de un caballero de la Cruz. Tratamos de evitar la lucha, no de encontrar buenos motivos para empezarla.

Molly me miró fijamente.

—Eh —dije—. ¿Cómo van los deberes que te mandé?

Me siguió mirando de la misma manera. Había aprendido de Charity, así que se le daba bastante bien. Su madre me había mirado tantas veces de aquella manera que ya estaba inmunizado. Se volvió en silencio y salió de la cocina.

Thomas bufó por lo bajo.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿De verdad crees que vas a evitar una pelea?

—Lo que creo es que prefiero no entregarle a ningún miembro de la familia de Michael como rehén —dije—. Nicodemus tiene algo escondido en la manga. —Mientras hablaba, me aseguré de que el pequeño cuchillo en su funda de cuero seguía guardado en la mía—. La única cuestión es quién va a empezar la música y dónde.

—¿Dónde es la reunión?

Me encogí de hombros.

—Ninguna de las partes lo sabe. Kincaid y el Archivo escogerán un sitio neutral. Se fueron de mi casa esta mañana temprano. Llamarán, pero dudo que empiecen tan pronto. Apostaría a que Nicodemus querrá algo a cambio de Marcone. Entonces moverá ficha.

—¿En el intercambio? —preguntó Thomas.

Asentí.

—Tratará de llevarse el premio completo.

—Ajá —dijo Thomas—. Hablando de premio, me pasé por tu casa anoche, después de jugar con los enanos asesinos. Olí a perfume en la entrada y miré por la ventana sur de la casa. —Me sonrió malicioso—. Ya era hora, tío.

Le miré confundido.

—¿Qué?

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Quieres decir que ni aun así...? Oh, noche vacía, Harry.

—¿Qué viste?

—Te vi a ti, hablando con una mujer que ya se había quitado la mitad de la ropa, tío.

—Oh, vamos —dije—. Thomas, no fue así. Solo se estaba lavando. Le conté la versión corta de la noche anterior.

Thomas me miró como solo él lo hace en tales casos. Entonces me dio un capón en la frente.

—¡Eh! —dije.

—Harry —dijo—. Dormiste durante horas. Dispuso de tiempo de sobra para

lavarse. ¿Crees que se quedó allí sentada todo ese rato porque todavía no estaba cansada? ¿Crees que no planeó que la vieras?

Abrí la boca para contestar y la dejé a medio camino.

—Podría haberse colocado detrás del sofá, donde no la verías si te despertabas — continuó Thomas—. No justo en la chimenea, donde creaba lo que seguramente era un gran cuadro para ti.

—No... no creo que ella...

Me miró fijamente.

—No hiciste nada.

—Es... Luccio es mi oficial al mando, tío. Nosotros... trabajamos juntos.

Thomas puso los ojos en blanco.

—La tuya es una actitud del siglo veintiuno, tío. Ella es una chica del diecinueve. No distingue los límites de la misma manera que tú.

—Pero nunca pensé...

—No me lo creo —dijo Thomas—. Dime que no eres tan estúpido.

—¿Estúpido? —pregunté.

—Sí —dijo sin reparos—. Estúpido. Si ella se ofreció y tú la rechazaste porque tenías una razón para no querer hacerlo, vale. No darte cuenta de lo que te estaba hablando, sin embargo... es patético.

—Ella no dijo...

Mi hermano levantó las manos.

—¿Qué tiene que hacer una mujer, Harry? ¿Arrancarse la ropa? ¿Tirarse encima de ti y menearse encima tuya gritando «¡házmelo, nene!»? —Sacudió la cabeza—. A veces eres un completo idiota.

—Yo... —Puse las palmas de las manos hacia arriba—. Se echó a dormir, tío.

—Porque fue considerada contigo, idiota. No quería entrarte a saco ni incomodarte, sobre todo al ser mayor que tú, más experimentada y además tu oficial al mando. No quería meterte presión. Por eso te dio ocasión de rechazarla con estilo. —Puso los ojos en blanco—. Lee entre líneas de vez en cuando, tío.

—Yo... —Suspiré—. Nunca me ha intentado conquistar una mujer ciento cincuenta años mayor que yo —dije sin demasiada convicción.

—Cuando tengas a una mujer cerca trata de usar el cerebro en vez de tu palito mágico. —Thomas me lanzó el bastón.

Lo cogí.

—Es muy fácil criticar.

Mi hermano robó una manzana de la cesta de la encimera de la cocina camino de la puerta.

—Imbécil. Gracias a Dios, Nicodemus es un hombre —me dijo mirando por encima del hombro.

Se marchó y allí me quedé, muy molesto con él. Bueno, claro, seguramente tenía razón, pero eso solo hacía que me molestara más, no menos.

En algo más tenía razón: Anastasia tenía un aspecto increíble delante de aquel fuego.

Oh.

Nunca había pensado en ella con su nombre de pila. Era Luccio o la capitana o la capitana Luccio. Si me paraba a pensarlo, ella llevaba apartada del juego de la seducción incluso más tiempo que yo. Puede que la noche anterior tampoco estuviera precisamente rebosante de confianza.

La situación daba que pensar.

Pero ahora no era el momento.

Tenía que concentrarme en las intrigas e inevitables traiciones que se avecinaban.

Me dirigí al taller. El día era más luminoso que el anterior, pero la nubosidad seguía presente. Había dejado de nevar, aunque el viento levantaba tanto polvo que era difícil darse cuenta. Una sola mirada al espejo me había revelado que la punta de mi nariz, la parte superior de mis orejas y la zona superior de mis mejillas estaban rugosas y rojizas por la exposición al frío y mi coqueteo con la hipotermia. Era como si hubieran sufrido una severa exposición al sol. Mis ojos de mapache le otorgaban al conjunto un aspecto encantador.

No era de extrañar que Luccio se hubiera lanzado a por mí con aquel lascivo abandono.

Maldita sea, Harry, concéntrate, concéntrate. Se avecina peligro.

Abrí la puerta del taller justo cuando Michael se cruzaba de brazos.

—Todavía no entiendo por qué no puedo ir —dijo.

—Porque tratamos de evitar una pelea —dijo Luccio con calma—. Una atmósfera de miedo y nervios no va a crear un buen ambiente para un intercambio pacífico.

—No me dan miedo —dijo Michael.

—No —dijo Luccio sonriendo ligeramente—. Pero ellos sí te temen a ti.

—En cualquier caso —dijo Gard—, ni la Iglesia ni los caballeros son firmantes de los Acuerdos. No es por ser impertinente, sir Michael, pero literalmente no es asunto suyo.

—No conocéis a esta gente —dijo Michael en voz baja—. No como yo.

—Yo sí —dije igualmente en voz baja—. Al menos hasta cierto punto.

Michael se volvió para mirarme con un fijo escrutinio.

—Tal vez —dijo—. ¿Crees que debería hacerme a un lado?

No le respondí de inmediato. Gard me observaba sentada en el filo de su camastro, ya vestida y erguida, si bien con un aspecto no muy saludable. Hendricks seguía sentado en la mesa de trabajo, aunque esta vez estaba afilando un cuchillo. Los locos de las armas siempre están manoseando su equipo. Murphy, sentada en el otro

extremo de la mesa, limpiaba su pistola. No movía mucho el brazo herido, aunque al parecer podía hacer pleno uso de la mano. Sanya apenas se vislumbraba en una esquina de la mesa, trabajando paciente en encerar la vaina de cuero de *Esperacchius* con una especie de cera.

—No creo que tengan intención de clavarnos un cuchillo por la espalda allí mismo —dije. Volví la mirada hacia Luccio—. Tampoco creo que sea una estupidez tener a un par de caballeros a la espera en caso de que me equivoque.

Luccio echó la cabeza hacia atrás.

—No hay motivo para no proteger nuestra apuesta —le dije—. Esta gente no juega limpio, como las hadas Unseelie o la Corte Roja. Les he visto en acción, capitana.

Frunció los labios y sus ojos no se apartaron de mi rostro.

—De acuerdo, centinela —dijo al fin—. Es tu ciudad.

—No he dado mi consentimiento —dijo Gard al tiempo que se levantaba con un gesto sombrío.

—Oh, asúmelo, rubita —le dije—. A los mendigos no les queda elección. El Consejo Blanco te está apoyando en esto, pero no creas ni por un momento que trabajamos para ti o para tu jefe.

—Yo también estaré allí —dijo Murphy en voz baja, sin levantar la vista de la pistola—. No merodeando cerca. Allí mismo. En la misma habitación.

En aquel momento casi todo el mundo dijo «no» o alguna variante de negación salvo Hendricks, que no hablaba mucho, y yo, que sabía a lo que atenerme.

Murphy rearmó su pistola durante las protestas y la cargó en el silencio que se sucedió.

—Si queréis tener vuestras conspiraciones y guerras sombrías en privado —declaró—, deberíais hacerlas en la Antártida u otro lugar semejante. O en Nueva York o Idaho, entonces no será asunto mío. Pero no estáis en ninguno de esos lugares. Estáis en Chicago. Y cuando las cosas se van de madre, es la gente a la que he jurado proteger la que corre peligro. —Se levantó, y a pesar de que era la persona más bajita de la habitación, no se amilanó ante nadie—. Estaré allí en calidad de influencia moderadora, con vuestra colaboración. O podemos hacerlo del otro modo. Es elección vuestra, pero sé de muchos policías que están hartos de esta mierda sobrenatural metiéndose en nuestras vidas.

Recorrió todos los rostros de la habitación con la mirada. No había soltado la pistola.

Le sonreí. Solo un poco.

Gard me miró

—Dresden —comenzó.

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza tristemente.

—¿Qué? Cuando les dimos el voto la cosa se nos fue de las manos.

—Eres un cerdo, Harry —gruñó Murphy.

—Un cerdo lo bastante inteligente para ceder ante lo inevitable —dije. Miré a Gard y añadí—: Por lo que a mi respecta, tiene un interés legítimo. Lo respaldaré.

—Centinela —dijo Luccio en tono de advertencia—, ¿puedo hablar contigo?

Me acerqué a ella.

—No sabe la clase de infortunio en el que se puede estar metiendo —dijo Luccio en voz baja.

—Sí lo sabe —le respondí en el mismo tono—. Ha pasado por más aventuras que la mayoría de los centinelas, capitana. Y te puedo asegurar que me ha cubierto las espaldas tantas veces que se ha ganado el derecho a decidir por su cuenta.

Luccio me miró con el ceño fruncido durante un momento y acto seguido se volvió hacia Murphy.

—Sargento —dijo en voz baja—. Podría verse expuesta a un... considerable riesgo. ¿Está segura?

—Si fuera su ciudad, su trabajo, su deber —dijo Murphy—. ¿Se quedaría quieta sin hacer nada?

Luccio asintió lentamente e inclinó la cabeza.

—Además —continuó Murphy, medio sonriendo mientras se guardaba el arma en la cartuchera de hombro—. No es que os vaya a dejaros mucha elección.

—Me gusta —rugió Sanya en su particular acento—. Es tan pequeña y fiera, supongo que no es capaz de...

—Sanya —le interrumpió Michael con firmeza—. Hemos hablado sobre esto.

El ruso de tez oscura suspiró y se encogió de hombros.

—No tiene nada de malo preguntar.

—Sanya.

El caballero levantó ambas manos en un gesto de rendición, sonriente, y no volvió a hablar.

La puerta hacia la casa se abrió de golpe y se oyeron pasos en la nieve. Molly abrió la puerta del taller.

—Harry, Kincaid está al teléfono. Ya sabe el lugar para la reunión.

—¿Kincaid? —dijo Murphy en un tono bastante alto.

—Sí, ¿no te lo mencioné? —le pregunté en un tono completamente inocente mientras me dirigía a la puerta—. Se presentó anoche.

Murphy entornó los ojos.

—Ya hablaremos —dijo.

—Pequeña —le rugió Sanya a Michael, apretando un demostrativo puño—. Pero fiera.

La gente piensa que no puede pasar nada en mitad de una gran ciudad como, digamos, Chicago, sin que un montón de testigos lo vean. Lo que la mayoría de la gente no entiende es que hay dos razones por las que no es así. La primera es que los humanos son, en general, unos testigos horribles.

Hablemos de algo bastante inocuo, como un pequeño accidente de tráfico en una intersección con mucho paso de peatones. Pi, pi, pum, seguido de muchos gritos y brazos levantados. Ponemos en fila a todos los que había en la intersección y les preguntamos lo que ha pasado. Cada uno de ellos contará una historia distinta. Algunos lo habrán visto todo de principio a fin. Otros solo las consecuencias. Algunos más solo vieron uno de los coches. Varios contarán, muy seguros de sí mismos, que vieron a ambos coches durante todo el proceso, incluyendo detalles como la expresión de los rostros de los conductores y los cambios en la aceleración de los vehículos, a pesar del hecho de que para eso tendrían que haber emprendido tareas simultáneas de bilocación, levitación y telepatía.

La mayoría de la gente será honesta. E inexacta. La honestidad inexacta no es lo mismo que la mentira, pero acaba siendo lo mismo en lo que respecta a los testigos de un suceso en particular. Una relativa minoría se limitará a informar de lo que ha visto realmente, no de cosas que han supuesto o de recuerdos contaminados por demasiada exposición a otros puntos de vista. De esa relativa minoría, menos todavía serán las personas que, por inclinación natural o posible entrenamiento, tengan la capacidad de advertir y retener gran cantidad de detalles en una limitada cantidad de tiempo.

El tema es que cuando los hechos se transfieren a la memoria tienen tendencia a convertirse en sucesos confusos y cubiertos de nubes. Obtener una imagen precisa de lo ocurrido a partir de los relatos de los testigos puede ser más un arte que una ciencia. Y eso cuando hablamos de un asunto de relativa poca importancia, un asunto de falible intelecto, sin la implicación de factores personales o emocionales profundos.

Vertiendo emociones a la mezcla, la leve confusión se convierte en un completo caos. Si cambiamos la tontería del choque en el cruce por un accidente entre un autobús de neonazis y otro de pandilleros en una intersección similar de un vecindario de clase baja, se dará la típica situación que comienza una escalada de disturbios. No importa lo que haya pasado, lo más probable es que sea imposible sacarle a nadie un relato coherente. De hecho, uno se vería en apuros para sacarle a alguien cualquier cosa en absoluto.

Cuando el peso de las emociones humanas es importante, el resultado es un caos total.

La segunda razón por la que gran cantidad de cosas pasan desapercibidas en

mitad de una gran ciudad es bastante simple: las paredes. Las paredes bloquean la línea de visión.

Lo diré de otra forma: las paredes bloquean la línea de involucración.

El animal humano está orientado hacia el sentido de la vista. Las cosas no son reales hasta que no las vemos. Ver para creer, ¿verdad? Razón por la cual existen los ilusionistas, que nos hacen ver cosas que no son reales y nos parecen alucinantes.

Si un ser humano ve ocurrir algo malo, hay mayores posibilidades de que actúe y se involucre que si el sentido de la vista no participa en ello. La historia lo demuestra. Por supuesto. Los gobiernos aliados oyeron informaciones respecto a los campos de la muerte de los nazis en la Segunda Guerra Mundial mucho antes de que las primeras tropas vieran a los judíos apresados y liberaran los campos. William Randolph Hearst lo ilustró bien años antes de aquello: «Tú dame las imágenes que yo monto la guerra». Y según algunos, eso fue lo que hizo.

Por el contrario, si no ves algo ocurrir, no es tan real. Puedes oír informaciones sobre tragedias, pero no te afectarán de la misma manera a no ser que estés allí mismo, entre las ruinas.

No hay ningún lugar con tantas paredes como una gran ciudad, y las paredes impiden que las cosas se vean. Ayudan a que parezcan menos reales. Claro, oyes sonidos fuertes por las noches, sin embargo es más fácil creer que no son disparos, que no hace falta llamar a la policía, ni preocuparse siquiera. Seguro que es el tubo de escape de un coche. Bueno, o unos niños tirando petardos. Puede que haya gritos y jaleo en el apartamento del piso de arriba, pero no sabes si el vecino borracho está golpeando a su mujer con un rodillo. En realidad no es asunto tuyo y, además, siempre se están peleando y el tipo da miedo. Sí, sabes que muchos coches vienen y van de la casa de tu vecino y que no son gente exactamente de la mejor calaña, pero no les has visto traficar con droga. Ni siquiera con los chicos que ves pasarse por allí a veces. Es más fácil y seguro cerrar la puerta, callarse y encender la tele.

Somos avestruces y el mundo entero es nuestra arena.

Los novatos que están aprendiendo sobre el mundo de los magos y el lado desagradable de lo sobrenatural siempre piensan que hay una enorme conspiración para ocultárselo todo al mundo. No la hay. No hace falta, aparte de la lógica de impedir un desfile por la avenida principal de la ciudad. Demonios, desde mi punto de vista, es un milagro que nadie se dé cuenta.

Por eso estaba tan seguro de que nuestro parlamento con el Archivo y los denarios en el acuario Shedd iba a pasar desapercibido. Sí, bueno, se encontraba en el centro de la ciudad, a tiro de piedra del museo Field y con vistas al Soldier Field, pero teniendo en cuenta el tiempo que hacía, no iba a haber mucho tráfico de peatones y el acuario estaba fuera de temporada. Habría unas cuantas personas por allí cuidando de los animales, pero confiaba en que Kincaid encontraría la manera de convencerles

para que se fueran a otra parte.

Murphy había alquilado un coche, ya que el suyo estaba destrozado. Los días anteriores se habían producido muchos accidentes y no quedaban coches compactos, así que apareció con un Cadillac plateado del tamaño de un yate y yo me pedí ir en el asiento del acompañante. Hendricks y Gard iban en el trasero. Gard entró en el coche por su propio pie, aunque se movía con cuidado. Luccio se sentaba junto a Gard. Su fino bastón y la espalda plateada descansaban a sus pies. Mi bastón era mucho más largo, emergía de entre los asientos delanteros y se extendía junto a la cabeza de Gard casi hasta la ventana trasera.

Los trabajadores de la ciudad seguían afanándose en despejar las carreteras de acceso a las dependencias críticas. Una atracción turística fuera de temporada no ocupaba un puesto muy alto en la lista de prioridades de nadie. De hecho el museo Field estaba cerrado a causa del tiempo, por lo tanto no había edificios públicos operativos en varios cientos de metros a la redonda.

Aquello podría ser un problema. La camioneta blanca de Michael no iba a poder acercarse sin que la vieran, lo que significaba que él y Sanya estarían a dos o tres minutos de nosotros, si es que teníamos una manera de avisarles para que nos ayudaran dado el caso. En una confrontación violenta, era como si se hallaran en el otro extremo del mundo. Por otra parte, si los malos traían refuerzos tampoco podrían impedir que los detectáramos.

Siempre que llegaran en coche, por supuesto.

El vaso medio lleno, Harry, el vaso medio lleno. Una confrontación no reportaría ningún beneficio, al menos todavía. Buscara lo que buscara Nicodemus, tenía que exponer sus demandas antes de tener la oportunidad de jugárnosla cuando le lleváramos lo que pedía. Además, habiendo visto al Archivo en acción, estaría jodidamente loco si intentaba hacer algo con ella oficiando la reunión. La niña no se tomaba a la ligera los desaires a su autoridad.

La calle colindante al edificio había sido despejada por las máquinas quitanieves de la ciudad, los aparcamientos no, y el exceso de nieve de las calles se acumulaba en pequeñas montañas a ambos lados de la calzada.

—Parece que vamos a tener que ir andando —dijo Murphy.

—Sigue dando vueltas. Conservan a los animales ahí todo el año —dije yo—. Y tienen que alimentarlos todos los días. Los empleados habrán despejado un camino en alguna parte.

—Tal vez los hacen pasar hambre durante la tormenta —sugirió Gard—. Pocos se aventurarían en este tiempo solo por ganarse el sueldo.

—Nadie se dedica a la oceanografía por dinero —dije—. Me juego el cuello a que uno no trabaja con delfines y ballenas por el abultado cheque a fin de mes y el coche de la compañía. —Sacudí la cabeza—. Los adoran. Seguro que alguien viene a diario.

Al menos habrán hecho un camino para entrar a pie.

—Allí —dijo Murphy apuntando con un dedo. Por supuesto, alguien se había encargado de crear una estrecha apertura en la nieve amontonada junto a la carretera y excavó un sendero hacia el otro lado. Murph tuvo que aparcar a un lado de la carretera dejando las puertas del coche alquilado a pocos centímetros de la pared de nieve. Dadas las condiciones en las que se encontraba la calle, si alguien pasaba muy rápido chocaría sin remedio contra el Cadillac, pero no es que quedara otra elección.

Salimos por el lado del conductor, hacia la luz menguante de primera hora de la tarde. Luccio y yo nos detuvimos a ponernos las capas grises de centinela. Las capas quedan guay y eso, pero no se llevan bien con los coches. Luccio se colocó un cinturón de cuero bien guarnecido, con una espada en la cadera izquierda y una pistola Colt en el lado derecho.

Mi 44 estaba de vuelta en el bolsillo del guardapolvos y la sensación de su peso y el del propio abrigo me resultaba muy reconfortante. La fuerza del viento me levantó el abrigo y la capa y estuve a punto de caerme, pero al final logré pegármelos de nuevo al cuerpo y mantenerlos bajo control. Hendricks, estólido y enorme con su sensato abrigo de invierno London Fog, iba a mi lado con una pequeña sonrisa dibujada en el rostro.

Hendricks se las dio de líder, y los demás le seguimos por lo que siendo generosos se podría catalogar como un sendero despejado. En lugar de hasta el pecho, la nieve allí nos llegaba a la altura de las rodillas. Fue un largo y frío trasiego hasta el acuario y alrededor del edificio, donde la nieve se había amontonado a una impresionante profundidad debido al sotavento que azotaba el lado sur de la estructura. El viento procedente del lago helado parecía venir más bien del espacio exterior y todos salvo Gard nos encorvamos patéticamente ante él. El sendero nos condujo a una entrada de empleados a un lado del edificio, cuya puerta resultó tener la cerradura cubierta de cinta adhesiva para mantenerla abierta.

Hendricks la abrió y yo metí la cabeza y eché un rápido vistazo. El edificio estaba oscuro bajo el asfixiante manto de nieve, a excepción de unas cuantas exiguas luces alineadas en la parte inferior de la pared. No vi a nadie, pero me tomé un momento para extender mis sentidos al interior del edificio en busca de magias hostiles o cualquier presencia escondida.

Nada.

Sin embargo, un poco de paranoia nunca viene mal en situaciones como esta.

—Capitana —dije en voz baja—. ¿Qué te parece?

Luccio se colocó a mi lado y estudió el vestíbulo tras la puerta, moviendo sus ojos oscuros de un lado a otro, alerta.

—Parece despejado.

Asentí.

—Permiso —dije, y entré por la puerta en un arranque de rabioso anticlímax. Me quité lo mejor que pude la nieve de las botas y los vaqueros mientras los demás iban entrando. Me interné más en el vestíbulo, tenso ante cualquier posible sonido de alguien aproximándose, y así pude oír el suave arrastre de los delatadores pasos de Kincaid dos o tres segundos antes de que doblara la esquina. Iba vestido con su habitual atuendo negro, pantalones militares y una chaqueta de caza sobre el chaleco antibalas. Tenía suficientes armas en el cuerpo para hacer frente a una célula terrorista o a una familia nuclear tejana.

Alzó levemente la barbilla a modo de saludo.

—Por aquí, por fa... —Sus ojos se centraron detrás de mí y su voz se interrumpió en mitad de la cortesía. Miró por encima de mi hombro durante un segundo y suspiró.

—Ella no puede estar aquí.

Sentí mis cejas levantándose. Las esquinas de mi boca hicieron lo propio. Me incliné un poco hacia Kincaid.

—Entonces díselo tú —le murmuré.

Sus ojos fueron de Murphy a mí. Un hombre menos caritativo que yo hubiera catalogado su expresión de amarga. Tamborileó el pulgar en el arma que llevaba al costado.

—¿Amenaza con llamar a las autoridades?

—Es una característica muy graciosa suya, se toma muy en serio su juramento de proteger la ciudad y a los ciudadanos de Chicago. Parece que las promesas significan algo para ella.

Kincaid hizo una mueca.

—Tengo que discutirlo con el Archivo.

—Sin Murphy no hay reunión —dijo—. Dile que he dicho eso.

El asesino gruñó.

—Díselo tú mismo.

Me guió por los pasillos del Shedd hasta el oceanario. Era muy probable que se tratara de la atracción más popular del recinto, un edificio grande y viejo que contenía las mayores exposiciones acuáticas bajo techo del mundo. En el anillo exterior se exhibían gran cantidad de enormes piscinas con capacidad para millones de litros de agua, repletas de delfines y esas ballenas blancas pequeñas cuyo nombre nunca logro recordar. Es igual que el caviar.

Beluga, ballenas beluga. En el exterior de las piscinas había rocas y árboles con su musgo, sus plantas y todo, cuyo fin era crear un ambiente parecido al del noroeste del Pacífico. Aunque estaba bastante seguro de que las gradas de asientos donde el público se maravillaba con las ballenas y los delfines que aparecían para someterse entre aplausos a la inspección sanitaria diaria por parte de sus entrenadores no eran propias del noroeste del Pacífico. Creo que en realidad procedían de Florida.

Un par de delfines pasaron a nuestro lado surcando el agua y sacando la cabeza para mirarnos. Uno de ellos hizo un sonido chillón que no resultó muy melódico. El otro meneó la cola y nos salpicó un poco de agua por pura diversión. No eran delfines bonitos tipo Flipper, sino de los normales que no son tan vistosos y no suelen salir en la tele. Tal vez se negaban a venderse y a acudir a un cirujano plástico. Levanté un puño en su honor. Nos representan.

Kincaid escudriñó las gradas, ceñudo.

—Se suponía que iba a quedarse ahí sentada. Maldita sea.

Suspiré y di la vuelta por las escaleras que conducían al nivel inferior.

—Puede que sea el Archivo pero sigue siendo una niña, Kincaid.

Me miró con la frente arrugada.

—¿Y?

—¿Y? A los niños les gustan las cosas monas.

Parpadeó.

—¿Monas?

—Vamos.

Le conduje escaleras abajo.

En el nivel inferior del oceanario también había un anillo interior de exposiciones con pingüinos y, quién iba a imaginárselo, nutrias de mar.

Claro, vamos, nutrias de mar. Abren las caracolas ayudándose de las rocas mientras flotan de espaldas. ¿Se puede ser más mono que un bicho pequeño, peludo, flotante, juguetón, que usa herramientas y tiene grandes ojos castaños?

Encontramos a Ivy frente a uno de los hábitats de las nutrias, esta vez vestida con un atuendo apropiado para las bajas temperaturas y portando una pequeña mochila. Sonreía mientras observaba a dos nutrias perseguirse la una a la otra por el hábitat.

Kincaid se detuvo en seco al ver aquello. Di un paso al frente solo para comprobar su reacción. Me echó una mirada que me dio a entender que me asesinaría si me atrevía a interrumpirla. En aquel momento mi opinión sobre él subió varios puntos. Me detuve y esperé. No pasaba nada por dejar a la niña contemplar a las nutrias un minuto.

Cuando era niño y la magia empezó a fluir en mi interior fue a veces duro. Me sentía extraño y diferente, solo. Poco a poco mi poder me distanció de los demás chicos. Por contra, Ivy nunca contó con el lujo de pertenecer a nada, ni siquiera temporalmente. Hasta donde yo sabía, ya era el Archivo desde que nació, un ser totalmente consciente y lleno de conocimiento desde el día que abrió los ojos. No me podía ni imaginar lo horrible que debía de ser aquello.

Demonios, mientras más aprendía de mayor, más deseaba volver a ser ignorante. O bueno, inocente. Al menos recordaba lo que se sentía al serlo.

Ivy nunca fue inocente.

Podía permitirle sonreír con las nutrias. Claro que sí.

Una sombra se movió detrás de mí y me armé de voluntad para que no se me pusieran los pelos de punta. Me volví y vi a los dos delfines del tanque superior pasar por encima de nosotros para observarnos de nuevo. Los enormes tanques de agua albergaban ventanas de observación que recorrían toda la longitud de la galería del segundo nivel para permitir ver aquellas cosas tan monas desde un lado y deleitarse con los hogareños delfines y las ballenas de caviar por el otro.

Desde aquí también se veía la pared más alejada del tanque grande, un muro curvo de vidrio que daba a las aguas del lago Michigan. Siempre me pareció algo sádico. Es decir, allí habitaban animales que la naturaleza había equipado para vagar por la inmensidad del azul profundo del mar abierto y ahora estaban confinados en apenas diez millones de litros de agua. Ya era bastante malo hacerles aquello para además darles un asiento de lujo frente a una ventana con vistas a mar abierto.

O tal vez no lo era. He oído que hoy en día es una mierda ser una ballena o un delfín en el océano, dado el estado de la industria pesquera.

—Supongo que acabaran en una lata, de un modo u otro —murmuré.

—¿Eh? —dijo Kincaid?

—Nada.

Ivy soltó un suspiro satisfecho un momento después de que las nutrias se escondieran en su madriguera. Entonces se volvió hacia nosotros y parpadeó.

—Oh —dijo. Sus mejillas se colorearon ligeramente y durante un momento se pareció mucho a la niña pequeña que en realidad era—. Oh. —Se alisó las arrugas inexistentes de su pantalón y le hizo un gesto de cabeza a Kincaid—: ¿Sí?

Kincaid me señaló con la cabeza.

—Las fuerzas locales de la ley quieren a un representante para observar. Dresden lo apoya.

Asimiló aquello.

—¿La sargento Murphy?

—Sí —le confirmó.

—Entiendo. —Se puso ceñuda. Cuando habló, su tono fue cauteloso, como si calculara cada palabra antes de decirla—. Como arbitro, no tengo objeción. Siempre y cuando ambas partes involucradas en el parlamento den su consentimiento.

—De acuerdo —dijo Kincaid. Se volvió y echó a andar.

Le hice a Ivy un gesto agradecido con la cabeza al que ella respondió de la misma manera. Acto seguido me volví y me apresuré a alcanzar a Kincaid.

—¿Ahora qué? —le dije mientras subíamos por las escaleras.

—Ahora —dijo—, vayamos a hablar con Nicodemus.

Kincaid me condujo a la salida del oceanario y hacia el vestíbulo principal. Se trataba de otra grandiosa colección de resplandeciente suelos de piedra y altas

columnas corintias dispuestas alrededor de un enorme tanque del tamaño de una pista de patinaje, lleno de agua salada, coral, algas y toda clase de peces tropicales. A veces hay un submarinista con un micrófono incorporado en la máscara alimentando a los pequeños tiburones y peces y hablando con los atontados turistas. Una luz difusa fluye por una enorme cúpula de paneles triangulares en lo alto.

La reciente nevada había ennegrecido los vidrios de la cúpula y cubría la mayor parte de las puertas frontales de cristal, por lo que la única iluminación en la sala provenía de las pequeñas luces de colores dentro del enorme tanque. Los peces nadaban por el tanque como fantasmas. La extraña luz creaba sombras siniestras en sus escamas y las proyecciones sin cuerpo recorrían a la deriva las paredes de la habitación, magnificadas por la distancia y las paredes de cristal del acuario.

Era espeluznante.

Una de las sombras me llamó la atención. Algún instinto en mi interior captó una fuerte y sutil amenaza en ella. Necesité de un par de segundos para darme cuenta de que aquella sombra en particular me incomodaba porque pertenecía a un ser humano y se deslizaba por la pared a un ritmo perfecto, detrás de la de uno de los pequeños pero auténticos tiburones del tanque. Sin embargo, el hombre que proyectaba aquella sombra estaba allí de pie, inmóvil.

Nicodemus dejó de contemplar los peces nadando en el tanque y se volvió hacia mí, de tal forma que pude ver su perfil silueteado frente a las luces de suaves colores. Sus dientes brillaban con el rojo anaranjado de la luz de la lámpara subacuática más cercana.

Me resistí a dar un involuntario paso atrás, pero por poco.

—Es una metáfora —dijo en voz baja. Tenía buena voz, suave y sorprendentemente profunda—. Míralos. Nadan. Comen. Se aparean. Cazan, matan, huyen, se esconden, cada uno según su propia naturaleza. Todos tan diferentes. Tan ajenos los unos a los otros. Su mundo se encuentra en constante movimiento, siempre cambiante, siempre amenazador, desafiante. —Hizo un arco en el aire con el brazo para abarcar más con su gesto—. No pueden saber lo frágil que es, que están rodeados constantemente de seres con el poder para destruir su mundo y matarlos a todos con solo chasquear un dedo. No es culpa suya, por supuesto. —Nicodemus se encogió de hombros—. Simplemente son... limitados. Muy, muy limitados. Hola, Dresden.

—Te estás pasando un poco con el mal rollito, por lo que veo —le dije—. Ya deberías ir a por todas. Ponte un sombrero de copa negro y toca algo de música de órgano.

Se rió por lo bajo. No fue un sonido malvado, sino rico y extremadamente confiado.

—¿Hay alguna irregularidad en la reunión, parece ser?

Kincaid me miró y asintió.

—Las fuerzas locales de la ley desean tener a un representante —expliqué.

Nicodemus ladeó la cabeza a un lado.

—¿En serio? ¿A quién?

—¿Importa? —preguntó Kincaid, aburrido—. El Archivo está dispuesta a permitirlo, si no tienes objeción.

Nicodemus se giró del todo. No podía distinguir su expresión, solo su perfil contra el tanque de agua. Su sombra, entretanto, continuaba circulando por la habitación persiguiendo al tiburón.

—Dos condiciones —dijo.

—Adelante —dijo Kincaid.

—Primera, que la representante vaya desarmada y que el Archivo garantice su neutralidad en ausencia de factores que entren en conflicto con asuntos de su deber como defensora de la ley.

Kincaid me miró. A Murph no le gustaría la parte de ir desarmada, pero lo haría. Si no por otro motivo, al menos por no echarse atrás delante de mí... o de Kincaid.

Sin embargo, me preguntaba por qué a Nicodemus le molestaba una agente de policía armada. Las armas no eran un problema para él, para nada. ¿Por qué semejante estipulación?

Le asentí a Kincaid.

—Excelente —dijo Nicodemus—. Segunda... —Caminó hacia delante y cada paso retumbó claramente en los suelos de mármol hasta que al fin pudimos verle bien, iluminado por las cercanas luces de sala. Era un hombre de mediana estatura y construcción, rasgos atractivos y fuertes y ojos oscuros e inteligentes. Retazos plateados manchaban su immaculado cabello, aunque para tratarse de un hombre de dos mil años su aspecto era bastante bueno. Llevaba una camisa negra de seda, pantalones oscuros y lo que podría haberse confundido con una corbata típica del Oeste al cuello. No lo era. Se trataba de una cuerda muy, muy vieja cuyo origen era el mismo que el de su moneda—. Segunda —repitió—. Quiero cinco minutos a solas con Dresden.

—Sin ánimo de ofender, Nick —dije—, pero eso ya son cinco minutos más de los que yo quiero pasar cerca de ti.

—Exacto —contestó sonriendo. Era la clase de sonrisa que se veía en los clubs de campo, las salas de juntas y las charcas de cocodrilos—. Nunca hemos tenido la oportunidad de entablar una verdadera conversación civilizada. Quiero aprovechar la ocasión para tener una charla contigo. —Señaló con un gesto el edificio a nuestro alrededor—. Sin demoliciones, si es que crees poder controlarte.

Le sonreí con aires de suficiencia.

—Señor Archleone —dijo Kincaid—, ¿está ofreciendo un compromiso de paz? Si

es así, el Archivo lo aceptará.

—No ofrezco tal cosa —dijo Nicodemus sin apartar los ojos de mí—. Dresden no creería en él y la suya es la única opinión que importa realmente en esta situación en particular. —Extendió las palmas de las manos—. Una charla, Dresden. Cinco minutos. Te lo aseguro, si quisiera hacerte algún daño, ni siquiera la reputación del Perro del Infierno —hizo una pausa deliberada para mirar a Kincaid con un enorme desprecio— me haría dudar ni un instante. Ya te habría matado.

Kincaid le dedicó a Nicodemus una pequeña sonrisa gélida y el aire hirvió con la violencia latente.

Alcé una mano.

—Tranquilo, Buffalo Bill. Hablaré con él y después nos sentaremos todos. Será un acto muy agradable y civilizado.

Kincaid me miró y enarcó una ceja dorada, oscura y desaliñada.

—¿Estás seguro?

Encogí un hombro.

—De acuerdo —dijo—. Volveré en cinco minutos. —Hizo una pausa y añadió—: Si alguno de los dos inicia hostilidades fuera de la estructura de un duelo formal, estará violando los Acuerdos. Además, habréis insultado la reputación y la integridad del Archivo, circunstancia que me encargaré personalmente de enmendar.

El invierno frío de sus ojos azules fue a parar en su mayor parte a Nicodemus, pero yo me llevé también una tajada. Kincaid hablaba en serio, le había visto en acción. Era una de las personas más temibles que conocía, sobre todo porque se enfrentaba a las cosas con una practicidad implacable, sin el obstáculo del ego personal o el orgullo que uno a menudo se encuentra en el conjunto de los seres sobrenaturales. Si era su propósito, a Kincaid no le importaría mirarme a los ojos mientras me mataba. Le daría lo mismo meterme una bala en la cabeza desde un kilómetro de distancia que conectar una bomba a mi coche y leer a la mañana siguiente en internet la noticia de mi muerte. Si el objetivo se cumplía, poco importaba.

No era una actitud adecuada para acabar con tus enemigos de maneras llamativas o espectaculares, pero las carencias estéticas se compensaban con la economía de medios. Marcone, protagonista de todo aquel lío, funcionaba de la misma manera y había llegado muy lejos así. Solo te cruzas con hombres así en situaciones de peligro extremo.

Nicodemus se echó a reír de nuevo con una risa tranquila y encantadora. No parecía impresionado por Kincaid. Tal vez no era algo malo. Demasiado orgullo puede matar a un hombre.

Por otra parte, por lo que sabía de Nicodemus, puede que en realidad fuera así de duro.

—Márchate, Perro del Infierno —dijo Nicodemus—. El honor de tu dama está bastante a salvo. —Se dibujó una equis en el pecho—. Te lo digo de corazón.

Tal vez era una referencia interna. Los ojos de Kincaid resplandecieron de calor y furia antes de retornar al estado glacial. Nos hizo un gesto con la cabeza, primero a mí y luego a Nicodemus, y se marchó.

Estoy seguro de que la habitación no se oscureció ni el ambiente se tornó más aterrador o amenazante cuando me quedé a solas con el hombre más peligroso con que el que jamás me había cruzado.

Sin embargo, a mi me lo pareció.

Nicodemus volvió su sonrisa llena de dientes hacia mí y su sombra comenzó a sobrevolar los muros del pasillo de entrada. Rodeándome. Como un tiburón.

—Bueno, Harry —dijo al tiempo que se acercaba un poco a mí—. ¿De qué hablamos?

—Eras tú el que quería tener una conversación —dije—. Y no me llames Harry. Mis amigos me llaman Harry.

Colocó la palma de una mano hacia arriba.

—¿Y quién dice que yo no pueda ser tu amigo?

—Lo digo yo, Nick. Lo digo yo. Así, te lo demostraré —dije, y enuncié—: No puedes ser mi amigo.

—Si voy a llamarte Dresden, lo justo es que me llames Archleone.

—¿Archleone? —pregunté—. ¿«El que busca a quién devorar»? Un poco presuntuoso, ¿no crees?

Durante medio segundo, su sonrisa pareció casi auténtica.

—Para ser un pagano sin dios, estás muy familiarizado con las escrituras. Sabes que puedo matarte, ¿verdad?

—Armaríamos mucho lío —dije—. ¿Y quién sabe? Tal vez me sonriera un poco la suerte.

Me haría falta mucha, mucha suerte.

Nicodemus agitó una mano a modo de acuse de recibo.

—Sin contar con la suerte...

—Sí —reconocí.

—¿Y muestras semejante despreocupación a pesar de todo?

—Es pura costumbre —le hice saber—. No te convierte en especial ni nada parecido, créeme.

—Oh, entonces elegí la moneda adecuada para ti. —Comenzó a caminar en un pequeño círculo a mi alrededor, igual que haría con un coche a la venta en un concesionario—. Se oyen rumores de que cierto centinela ha estado lanzando fuego infernal contra sus enemigos, ¿qué te parece?

—Me gustaría más que viniera con ambientador de pino o aroma a coche nuevo en lugar de a huevo podrido —dije.

Nicodemus completó su circuito a mi alrededor y enarcó una ceja.

—No has cogido la moneda.

—Lo haría, pero está guardada en mi cerdito —dije—. Y no puedo romper el cerdito, claro. Es demasiado mono.

—La sombra de Lasciel debe de estar perdiendo facultades —dijo Nicodemus sacudiendo la cabeza—. Tuvo todos estos años para razonar contigo y aun así rechazaste nuestros regalos.

—Con esa colita rizada y los grandes ojos tristes y marrones —dije como si no hubiera oído nada.

Pisó el suelo con demasiada fuerza y dejó de caminar. Cogió aire por la nariz y lo

volvió a soltar.

—Sin duda era la moneda apropiada para ti. —Se agarró las manos por detrás de la espalda—. Dresden, tienes una imagen distorsionada de nosotros. La primera vez que nos encontramos nuestros propósitos eran opuestos y es probable que todo lo que sabes de nosotros sea por medio de Carpenter y su cohorte. La Iglesia siempre contó con una excelente propaganda.

—En realidad, el asesinato, la tortura y la destrucción que perpetrasteis tú y los tuyos habla bastante alto y claro sobre vosotros.

Nicodemus puso los ojos en blanco.

—Dresden, por favor. Tú mismo has hecho lo mismo en un momento u otro. El pobre Cassius me contó las cosas que le hiciste en aquella habitación de hotel.

—Dios —dijo sonriendo—. Si alguien escuchara esa frase a medias me pondría colorado.

Me miró durante un segundo y la emoción y la expresión abandonaron sus rasgos como gotas de rocío en un amanecer desértico. Lo que quedó en él era poco menos que desolación.

—Harry Dresden —dijo, tan bajo que apenas le oí—. Admiro tu desafío hacia poderes mayores que el tuyo. Siempre lo he hecho. Pero tempus fugit. Para todos.

Parpadeé.

¿Para todos? ¿Qué demonios quería decir con eso?

—¿No ves las señales a tu alrededor? —preguntó Nicodemus—. ¿Los seres que actúan contra su naturaleza? ¿Las criaturas que se comportan de maneras que no deberían? ¿Las viejas convenciones y costumbres que se dejan de lado?

Lo miré de hito en hito.

—¿Hablas sobre el Consejo Negro?

Ladeó la cabeza ligeramente. Acto seguido torció una esquina de la boca y asintió muy ligeramente.

—Se mueven en las sombras, manipulan títeres. Sí, alguno de ellos tal vez se oculte en tu Consejo. Puede tratarse de cualquiera.

—Deja de hacerte el inocente —le escupí—. Vi los restos del ataque del Consejo Negro a Arctis Tor. Sé a qué huele el fuego infernal. Uno de los tuyos estaba en el ajo.

Nicodemus, nada menos, parpadeó sorprendido.

Entonces se precipitó hacia delante como una exhalación. Fue tan rápido que para cuando mis sentidos registraron su movimiento, mi espalda ya había impactado en la pared que había a siete metros de mí. Su intención no era hacerme daño. Si así fuera, me hubiera abierto la cabeza. Se limitó a empotrarme contra la pared atenazándome la garganta con una mano, tan fuerte como un grillete de acero.

—¿Qué? —susurró. Sus ojos, por el contrario, estaban muy abiertos. Los dos

pares. El segundo resplandecía vagamente verde justo encima de sus cejas; Anduriel, supuse.

—Ahrgg —dije—. Glugu.

El brazo le tembló durante un segundo y enseguida dejó caer los párpados hasta casi cerrarlos. Un momento después, muy, muy lentamente, relajó el agarre del brazo, lo que me permitió recuperar la capacidad respiratoria. Me ardía la garganta, pero al menos entraba aire. Jadeé un segundo o dos mientras Nicodemus se apartaba de mí.

Le eché una mirada rabiosa y consideré la idea de lanzarle contra una de las columnas corintias a modo de protesta por haberse pasado conmigo. Decidí que no quería cabrearle.

Nicodemus movió los labios y salió de ellos una voz totalmente diferente. Tenía un cariz musical, lírico y andrógino.

—Al menos posee un leve instinto de supervivencia.

Nicodemus sacudió la cabeza como si espantara a un mosquito.

—Dresden, habla —exigió.

—No soy amigo tuyo —respondí con voz hosca—. Tampoco soy tu maldito perro. La conversación ha terminado. —Di varios pasos hacia un lado para poder rodearle sin apartar los ojos de él y comencé a marcharme.

—Dresden —dijo Nicodemus—. Detente.

Seguí andando.

Ya estaba casi fuera de la sala cuando volvió a hablar.

—Por favor —dijo en tono resignado.

Me detuve, sin darme la vuelta.

—Mi reacción ha sido... inapropiada. Sobre todo teniendo en cuenta la ocasión. Te pido disculpas.

—Ajá —dije, y le miré por encima del hombro—. Me gustaría haberme traído a Michael. Se hubiera desmayado de la sorpresa.

—Tu amigo y sus hermanos son herramientas de una organización que solo busca su propio beneficio, siempre ha sido así —dijo Nicodemus—. Pero ese no es el tema en cuestión.

—No —dije—. El tema es Marcone.

Nicodemus agitó una mano en el aire.

—Marcone es un asunto inmediato. Hay otros asuntos en juego a largo plazo.

Me giré para estar cara a cara con él.

—Lo más probable es que solo vaya a salirte mierda por la boca, pero vale, morderé el anzuelo. ¿Cuáles son esos asuntos a largo plazo?

—Los que rodean a las actividades de tu Consejo Negro —dijo Nicodemus—. ¿Estás seguro de haber visto evidencias del uso de fuego infernal en el escenario del ataque a Arctis Tor?

—Sí. —Me contuve para no añadir la palabra «muñeco». ¿Quién dice que no soy un tipo diplomático?

Los dedos de Nicodemus se flexionaron formando una garra para volver a relajarse un momento después. Frunció los labios.

—Interesante. Entonces la única cuestión es si la contaminación se encuentra entre los miembros de tu Orden o... —Dejó fluir la idea y me miró al tiempo que levantaba una ceja.

Continué la lógica hasta las únicas otras personas en posesión de las monedas.

—Alguien de la Iglesia —susurré con una sensación enfermiza recorriéndome el estómago.

—Históricamente hablando, es así cómo recuperamos la mitad de las monedas —apuntó Nicodemus—. ¿Qué opinarías si te dijera que tú y yo podríamos tener muchos intereses comunes en el futuro?

—No opinaría demasiado —afirmé—. Estaría muy ocupado riéndome en tu cara. Nicodemus sacudió la cabeza.

—Eres corto de miras. No puedes permitirte. Vente conmigo una semana y comprueba de primera mano si cuando terminemos ves las cosas de la misma manera.

—Incluso suponiendo que fuera tan estúpido como para irme contigo a cualquier parte durante solamente una hora, ya no digamos una semana, vi con mis propios ojos cómo tratabas a Cassius. No estoy dispuesto a poner una placa con mi nombre en la puerta de su oficina.

—Él no se adaptó a los tiempos —respondió Nicodemus encogiéndose de hombros—. No le hubiera hecho ningún favor mimándole. Vivimos en un mundo peligroso, Dresden. Hay que adaptarse y luchar o, de lo contrario, morir. Vivir de la generosidad de los demás no es otra cosa que parasitismo. Respetaba demasiado a Cassius para dejarle recaer en esa existencia.

—Vaya, hablas mucho —repliqué—. Tenías razón. Esto es muy divertido. Es casi como...

Un pensamiento horrible asaltó mi mente.

Nicodemus era muchas cosas, pero no era tonto. Sabía que yo no iba a fichar por su equipo. No después del modo en que me trató la última vez que nos encontramos. Sabía que nada de lo que dijera me movería de mi posición. Puede que le hubiera sorprendido con aquella pequeña información sobre Arctis Tor, pero también era posible que estuviera fingiendo. Total, lo más seguro es que aquella conversación no llevara a ninguna parte y Nicodemus lo sabía muy bien.

¿Entonces por qué la teníamos? Daba que pensar.

Porque el objetivo de esta conversación no tiene nada que ver con el tema o el contexto, me respondí a mí mismo.

Su cometido allí no era hablarme de nada ni convencerme de nada.

Quería hablar conmigo para mantenerme ocupado.

Lo que significaba que algo estaba a punto de suceder en otra parte.

Ruedas concéntricas.

Dios mío, vaya metáfora.

Aquella conversación era una metáfora del parlamento. Nicodemus no había venido a hablar sobre las violaciones de los Acuerdos. Había planeado bien aquel parlamento y su motivación no tenía nada que ver con entregar los talentos de Marcone al servicio de un ángel caído.

Buscaba una presa mayor.

En un ataque de repentina clarividencia, aticé el bastón en el aire, lo apunté hacia Nicodemus y cargué de voluntad toda su longitud.

—¡Forzare! —grité mientras lo hacía. Una fuerza invisible levantó a Nicodemus del suelo y lo lanzó contra una de las enormes columnas corintias como una bola de cañón. La piedra se quebró con un crujido tan ensordecedor como un trueno y comenzaron a caer multitud de pedazos de mármol.

No me quedé a contarlos. Aquello no le mataría. Solo pretendía retrasarle un poco para disponer del tiempo suficiente para llegar hasta los otros.

—¡Kincaid! —grité mientras corría. Mi voz retumbó en los pasillos vacíos siguiendo la estela de los escombros que caían—. ¡Kincaid!

Sabía que contaba con apenas segundos antes de que se desatara el infierno.

—¡Kincaid, saca a la niña de aquí! —grité—. ¡Han venido a por Ivy!

Mi cerebro volaba más rápido que mis pies.

Teniendo en cuenta la fuerte nevada en el exterior, la primera vía de retirada que tomaría el Archivo sería la del Más Allá. El mundo de los espíritus toca al mundo de los mortales en todas partes y en todo momento. Se hace raro cuando te das cuenta de que regiones totalmente ajenas unas a otras en el Más Allá se comunican con puntos relativamente cercanos del mundo real. Cruzar al Más Allá es peligroso a menos que sepas exactamente dónde vas; yo no lo uso muy a menudo como salida de emergencia. Pero si realmente estás entre la espada y la pared y tienes más experiencia que yo en cruzar la frontera, el paso se te puede dar bien y casi siempre acabarás llegando a un lugar relativamente benigno.

Imaginaba que no era descabellado asumir que el Archivo era lo suficientemente inteligente como para sentirse cómoda cruzando; de hecho, había elegido aquella ubicación para el parlamento precisamente por esa razón. Los denarios también lo sabían y no querían que el Archivo escapara de la emboscada y volviera luego, ya lista para el ataque. Tendrían medidas preparadas, parecidas a las que tomaron para el asunto Marcone.

No, tacho eso. Parecidas no, exactamente las mismas que para Marcone, pensé. El enorme hechizo utilizado para romper las defensas de la habitación del pánico del señor del crimen no fue simplemente una manera de que los denarios aseguraran el cebo en aquel plan. Había sido un campo de pruebas de sus posibilidades para eliminar la energía mágica de una gran superficie y acceder con ella al Más Allá. Y de paso encarcelar a un pez gordo.

Era una trampa diseñada a medida para Ivy. Iban a volver a utilizar aquel monstruoso pentagrama.

Solo que esta vez yo iba a estar dentro cuando lo hicieran.

Afortunadamente, el acuario Shedd era mucho más robusto y estable que el viejo edificio de apartamentos de Marcone, lo cual no significaba que no se fueran a desprender cascotes capaces de matar a cualquiera cuando el rayo seccionara las paredes. Y aunque no fuera así, seguía existiendo peligro de incendio.

Fuego en un acuario. Había que saborear semejante ironía.

Pero lo más importante es que una vez apareciera la estrella de cinco puntas —y ya lo estaba haciendo, podía sentir la débil agitación de poder que reptaba por los contornos de mis sentidos de mago como una enorme y hambrienta serpiente surcando la oscuridad— iba a aislar el edificio del resto del mundo, mágicamente hablando. Lo que implicaba que no iba a ser capaz de usar mi poder para defenderme, sería como querer respirar después de que alguien me hundiera la cabeza bajo el agua.

Por lo general, cuando trabajo en un hechizo extraigo energía de lo que me rodea. Me llega de todas partes, procedente del propio tejido vital del planeta entero. No es que cree un «agujero» en el campo de energía que llamamos «magia», sino que esta se vierte de una sola vez y los niveles se equilibran de manera instantánea en todo el mundo. Pero el círculo a punto de alzarse en el acuario iba a cambiar aquello. El relativamente pequeño interior del Shedd contenía una cantidad limitada de energía. Era innegable que se trataba de un lugar bastante rico energéticamente; el edificio estaba lleno de vida y había albergado un gran número de visitantes que a su vez generaron muchas emociones liberadoras de energía, sobre todo los niños. Pero aun así no dejaba de ser una caja sellada y, teniendo en cuenta el número de personas presentes que hacía uso de la magia, los suministros durarían poco.

Basta con imaginar una pelea a cuchillo en el hermetismo de una cabina de teléfono; habría respiraciones agitadas y mucho esfuerzo, pero durante poco tiempo.

Ganaría uno u otro, pero la pelea no duraría demasiado.

Aquel era su plan, por supuesto. Sin recurrir a la magia, yo era poco más o menos que un tipo rudimentario con una pistola, mientras que Nicodemus seguía siendo una máquina de destrucción casi invencible.

Durante unos segundos aminoré el paso.

Dicho así, casi sonaba a locura por mi parte apresurarme hacia aquello. Es decir, básicamente había optado por participar en un combate en el interior de una jaula llena de demonios. Por si fuera poco, tendría que ganarlo en cuestión de segundos o perder sin remedio, y no es que mi desempeño luchando contra los denarios hubiera sido impresionante cuando conté con relativamente pocas restricciones para ejercer mi poder.

Hice un poco de cálculo mental. Si el símbolo que estaban usando los denarios era aproximadamente del mismo tamaño que el del edificio de Marcone, era lo bastante grande para abarcar el oceanario mismo en el centro del pentagrama. Si Murphy y los otros se quedaban cerca del lugar por donde habíamos entrado, probablemente estarían a salvo. Centrándonos en lo importante, si se habían quedado donde estaban, no tendrían forma de entrar en el oceanario.

Lo que significaba que seríamos yo, Ivy y tal vez Kincaid contra Nicodemus, Tessa y los denarios a los que hubieran convencido, tomado prestados o robado para que colaboraran. Así de escasas eran nuestras posibilidades. Muy, muy escasas. Ridículamente escasas. En serio, cuando hay que cuantificarlas en unidades astronómicas, lo más probable es que no se trate de una buena apuesta.

Por lo tanto, entrar allí era mala idea.

Sin embargo, si no entraba, Ivy y Kincaid quedarían a su suerte contra ellos. En el negocio de la muerte Kincaid era de los más mortíferos, el mejor en su campo durante siglos, pero solo era uno. Ivy poseía un vasto conocimiento del que nos

podríamos aprovechar, por supuesto, pero una vez cerrado el grifo y agotada toda la magia inmediatamente a su disposición, lo único que sería capaz de hacer con tanto conocimiento sería calcular el empeoramiento de sus probabilidades de escape.

Todos los vellos de mi cuerpo se me erizaron al mismo tiempo y fue así como supe que el símbolo se estaba energizando. En cuestión de segundos cobraría vida.

Supongo que al final todo se redujo a una sola pregunta: ¿era el tipo de hombre que sale corriendo cuando sabe que hay una niña en peligro?

Había pasado antes por aquello. No entrar sería peor.

Resplandores de calor llenaron el aire del pasillo delante de mí mientras corría hacia el oceanario.

Lucha con mayor inteligencia, no con más fuerza, Harry. Reuní una gran cantidad de poder por el camino. Si no iba a haber ningún tipo de magia disponible una vez que el símbolo se izara, tendría que aportar yo la mía.

Por lo general, solo acumulo poder cuando estoy a punto de volverlo a soltar, tras canalizar la energía a través de mi mente con el fin de estructurar un hechizo. Esta vez no lo solté y comenzó a crearme una enorme presión detrás de los ojos. La temperatura de mi cuerpo aumentó al menos cuatro o cinco grados y mis músculos y huesos se quejaron del repentino dolor. La visión se me tornó roja y unos puntos negros parpadearon delante de mis ojos. La electricidad estática crepitaba verde brillante y dolorosamente aguda con cada movimiento de mis extremidades, hasta acabar sonando como si estuviera corriendo por un campo de burbujas de plástico. La cabeza me palpitaba como si tuviera la resaca del día de Año Nuevo, la de todos los años a la vez, y el aire que entraba en mis pulmones parecía ácido. Me concentré en no caerme y mantenerme en movimiento. Paso a paso.

Entré en el oceanario como una exhalación y al hacerlo me di cuenta de que atravesaba un velo que no había notado que estaba allí. Por si fuera poco, casi me estampo contra una figura demoníaca agachada en el suelo. Patiné hasta detenerme y ambos nos miramos durante un momento, sorprendidos.

El aspecto del denario era básicamente humanoide, como la mayoría de los de su clase. Se trataba de una figura demacrada, tanto como la piel grisácea adherida a su esqueleto. Una especie de protuberancias óseas ligeramente curvadas y maliciosamente afiladas le sobresalían de todas las articulaciones. El pelo grasiento y desmadejado descendía desde el nudoso cráneo hasta los delgados hombros y sus dos pares de ojos, uno de un muy humano tono marrón y el otro verde brillante y demoníaco, estaban abiertos de par en par y me miraban en estado de shock.

Cuando lo sorprendí, estaba agachado preparando un hechizo de alguna clase con la ayuda de una vela, un círculo de tiza dibujado en el suelo y una taza hecha a partir de un cráneo humano, llena de agua. Además, llevaba colgada de un hombro una pesada bolsa de lona de mensajero. Una mano seguía en la bolsa, como si hubiera

estado sacando algo de ella justo cuando aparecí.

Afortunadamente para mí, mi mente estaba en movimiento. La suya estaba enredada en cualquier hechizo que estuviera haciendo y le costó volver a poner en movimiento sus engranajes.

Aproveché para propinarle una patada en la cara.

Cayó con un gruñido y un puñado de dientes rotos se esparcieron por el suelo. No sabía qué hechizo estaba elaborando, pero me pareció una buena idea no querer que lo terminara.

Rompí el círculo con mi voluntad al pasar por encima, desatando una ola de energías azarosas y difusas que nunca tuvieron la oportunidad de juntarse para crear algo coherente. Lancé el cráneo contra uno de los enormes tanques cercanos usando mi bastón, para acto seguido alzarlo y apuntar uno de sus extremos contra el asombrado denario.

—¡Forzare! —gruñí.

Una parte de la tormenta ardiente de poder que tenía dentro de mí salió disparada de mi cuerpo hacia el denario a través del bastón, como una bala invisible rodeada de una nube de estática. Usé más poder del que me hubiera gustado. Si le alcanzaba, semejante fuerza iba a lanzarle en mitad del lago Michigan.

Pero mientras que el par de ojos mortales del denario todavía estaba perplejo por el susto y la sorpresa, el par verde brillante resplandecía de rabia. El espinoso denario levantó la mano izquierda en el aire, hizo un movimiento ondulante con los dedos, se llevó la mano a la boca y...

Se comió mi hechizo.

Se lo comió. Y luego aquella cara demacrada y esquelética se partió en una sonrisa dentada.

—Eso ha sido increíblemente injusto —murmuré.

Levanté la mano izquierda justo cuando el denario se agachaba y vomitaba una nube giratoria de hilos negros que se precipitaron hacia mí dando vueltas en el aire en forma de decenas de diminutos arcos espirales. Levanté el escudo, pero ninguno de los hilos me tocó. Por el contrario, se detuvieron a mi alrededor formando un círculo casi perfecto y... Y un instante después mi escudo vaciló y sufrió un cortocircuito. Todavía me quedaba energía, no es que se me hubiera acabado. Sin embargo, de alguna manera, el raro hechizo del denario alteraba la magia cuando esta salía de mi cuerpo. Traté de lanzarle otro rayo de fuerza y me sentí como un completo idiota al agitar el bastón sin causar absolutamente ningún efecto.

—Interrupciones —dijo el denario con un acento extraño—. Siempre hay interrupciones.

Volvió a hurgar en la bolsa con la mano izquierda, mientras sus ojos mortales regresaron su atención a los restos ahora dispersos del hechizo, ignorando mi

existencia de manera deliberada. Sin embargo, los ojos verdes se mantuvieron fijos en mí y de repente la oscuridad se arremolinó alrededor del dedo índice de su mano derecha, que seguía teniendo en alto.

El tiempo se ralentizó.

Una luz oscura saltó hacia mí.

Instigado por un puro acceso de rebeldía, di un paso adelante tratando de esquivar las pequeñas columnas giratorias de sombra que me rodeaban. Me encontré con que eran tan sólidas como barras de acero y más frías que la nevera de un yeti. Lancé mi magia en vano contra aquellas barras al tiempo que un rayo oscuro se dirigía a mi corazón.

Entonces sucedió algo.

No sé cómo describirlo. Estaba tratando de lanzar otra descarga de fuerza entre los barrotes de mi prisión conjurada cuando algo, no sé qué, se involucró. ¿Alguna vez han llevado algo cargado en los brazos y alguien les ha empujado el codo hacia arriba de manera intencionada e inesperada? Sentí algo por el estilo, un pequeño pero tremendamente oportuno empujón justo cuando arrojaba mi voluntad en un último y vano esfuerzo por desafiar a mi enemigo.

El poder se hizo oír al salir desde mi cuerpo. Destrozó las barras negras de mi prisión y durante un instante dejó un rastro de luz metálica en el aire. Era reflectante, como una estela de cromo líquido. Atrapó al denario en plena caída con un enorme y plateado simulacro de mi propio puño.

De hecho, sentí mis dedos cerrarse sobre la figura flaca, esquelética y de piel gris; sentí las protuberancias de hueso que sobresalían de sus articulaciones presionar dolorosamente contra mi carne. Lo arrojé lejos de mí con un grito y la enorme mano plateada arrojó al denario contra la pared más cercana, haciendo estragos sobre varios metros de costosas terrazas de piedra y la cuidadosamente simulada recreación del noroeste del Pacífico.

Miré fijamente durante un momento al denario aturdido primero y a mis propios dedos extendidos y la mano flotante de plata que reflejaba mis movimientos después. Entonces el esquelético denario se recompuso y se levantó, rápido como un rayo. No obstante impulsé la mano hacia adelante e incrusté su huesudo culo en la pared de roca detrás de él, a al menos quince centímetros de profundidad.

—¡Oh, sí, nena! —me oí gritar, eufórico—. ¡Háblale a mi mano!

Cogí al espinoso demonio de una pierna y no paré de reír mientras él no paraba de agitarse, morder y golpear la mano falsa que le sujetaba. Sentí algo de dolor, pero en realidad era poca cosa, como si no se tratara más que de una simple rata. Era bastante desagradable, pero había pasado por cosas mucho, mucho peores y no era nada comparado con la agonía de contener el poder que todavía ardía dentro de mí. Lo volví a empotrar contra la pared. Luego lo lancé seis metros en el aire, le golpeé

contra un panel de vidrio de ocho centímetros de espesor situado en la pared exterior del oceanario y cuando este se rompió lo eché hacia atrás para coger impulso y precipitarlo hacia adelante con la intención de atravesar el siguiente y el siguiente y el que iba después para hacerle pedazos.

Conté con tal vez medio segundo de advertencia. Mis nervios ya sobrecargados exclamaron que el círculo se estaba cerrando, que la señal se levantaba, y sentí la ola de energía que se dirigía hacia mí desde no más de una docena de metros de distancia. No había tiempo para un escudo.

Así que el Chico Giratorio tendría que valer.

Lo coloqué entre mí cuerpo y el lugar donde mi instinto me advertía que se encontraba el poder y fue entonces cuando se oyó un rugido similar al de una docena de motores de turbina aullando al cobrar vida de manera sincronizada. A diez metros de mí, las paredes estallaron con la luz y el fuego infernal. El calor, la luz y un poder absoluto e intangible se estrellaron contra mis sentidos y me tiraron al suelo. Pedazos de roca fundida silbaban en el aire, más mortales que cualquier bala.

Chico Giratorio se llevó unos cuantos. Le atravesaron la espalda dejando en ella agujeros humeantes y cauterizados. Los vi a través de la bruma plateada de la mano gigante que aún le agarraba, de hecho sentí el calor cuando la tocaban y...

Y entonces mi cabeza golpeó el suelo con tal fuerza que vi las estrellas. Me puse de pie, me tambaleé cerca de la barandilla y no me caí al tanque de las ballenas por poco. Jadeando, usé la mano izquierda para apoyar con fuerza el extremo de mi bastón en el suelo.

Seguía vivo. Todavía conservaba una dolorosa cantidad de energía. De momento, pensé confundido, todo sucedía exactamente de acuerdo con el plan.

El esquelético denario giratorio yacía en el suelo a diez o doce metros delante de mí. Tenía varios agujeros grandes y humeantes en el cuerpo. Se le movía un brazo. También la cabeza. Sin embargo, las piernas y el tren inferior de su cuerpo estaban completamente flácidos. Pude ver los huesos de la columna vertebral sobresaliendo claramente de la espalda flaca y demacrada. Dos de los agujeros humeantes seccionaban quirúrgicamente la espina dorsal. El denario, o la denaria, si es que importaba, no iba a ir a ninguna parte.

Grandes corrientes de energía de tres o cuatro metros de espesor se encontraban la una con la otra a unos veinte metros de distancia. Era como mirar la sección transversal de un río durante una inundación, un río compuesto de fuego en lugar de agua que se cruzaba con otro idéntico sin afectar sus respectivos cursos. Volví la cabeza y contemplé a través de las paredes de cristal que había roto antes otros rayos de energía similares alrededor de todo el oceanario formando una pared continua.

Lo espeluznante del caso era que la fiera corriente de energía era silenciosa. Completamente silenciosa. Las llamas no crepitan, el aire sobrecalentado no rugía, el

vapor de la nieve y el hielo derretido no silbaba. Oí el derrumbe de algunos escombros, piedras cayendo sobre piedras. Oí una línea eléctrica romperse en alguna parte, escupiendo y crujiendo durante unos pocos segundos antes de quedar, también, en silencio.

Fue entonces cuando me di cuenta de un par de cosas.

La mano imaginaria de energía plateada que atenazaba al denario había desaparecido.

Y no me sentía la mano derecha.

Bajé la vista, presa del pánico, pero comprobé que al menos seguía en su sitio, pendiendo inerte del extremo de mi brazo. No sentía nada debajo de la muñeca. Los dedos de mi mano estaban ligeramente encorvados y no respondieron cuando les pedí que se movieran.

—Mierda —murmuré. Entonces pensé con la cabeza, agarré el bastón firmemente en la mano izquierda y di una serie de rápidos pasos hasta llegar junto a Chico Giratorio.

Le golpeé la cabeza con el sólido bastón de roble hasta que dejó de moverse.

Inmóvil no es sinónimo de inconsciente. Sin duda no era el único de su especie en el edificio, no quería que gritara mi posición a nadie en cuando le diera la espalda.

Uno menos. Quién sabe cuántos quedaban.

Me puse en cuclillas en el pasillo, dejando la pared a mi derecha, las ventanas que daban al exterior del oceanario a la izquierda y el haz de fuego infernal a mi espalda. Era la posición más segura que iba a encontrar. Seguía sin oírse ningún sonido, lo que significaba que todavía no habían tratado de capturar al Archivo. Kincaid no caería sin armar ruido.

Pero estaban allí dentro conmigo. No quedaba otro remedio.

Sin embargo, ellos no tenían por qué saber que yo estaba allí con ellos.

Aquello podría ser una ventaja. Tal vez una enorme ventaja.

Claro, Harry. ¿Qué gato espera que el ratón le persiga?

Me guardé la adormecida mano derecha en el bolsillo del guardapolvos y traté de ignorar el dolor causado por la energía todavía sin utilizar que atormentaba mi cuerpo y me calaba hasta los huesos. También ignoré los temblores de puro terror que me removían las tripas y me aflojaban las extremidades y marché en silencio hacia delante para atacar por sorpresa a unos cuantos ángeles caídos.

Había leído que los delfines son tan inteligentes como las personas. Incluso recordaba un artículo de una investigadora que aseguraba que los resultados de sus experimentos indicaban que los delfines con los que trabajaba fallaban las pruebas a propósito, algo de lo que se dieron cuenta años después, por lo que de hecho puede que fueran más inteligentes que nosotros. Había leído otras posturas que sostenían que eran bastante más tontos que eso. Dado que nunca me había sentado a jugar a las damas con un delfín, mi baremo personal para cosas así, en realidad no contaba con una opinión formada sobre el asunto hasta aquel día en el Shedd.

Aquellos pequeños delfines feos nadaron junto a mí en perfecto silencio, salvo por el sonido de sus aletas dorsales cuando surgieron a la superficie para llamar mi atención. Y luego continuaron unos buenos veinte metros por el camino junto al tanque de agua, girando la curva y perdiéndose de mi vista, salpicando y parloteando y chillando como condenados.

Los miré como un idiota durante medio segundo antes de entender el mensaje: tipos malos a la vista, y cerca. Era evidente que aquellos americanos acuáticos habían decidido que yo jugaba en el equipo de casa. La escandalera acabó tan rápido como empezó. Los delfines volvieron a desaparecer bajo la superficie.

Oí algo crujir y deslizarse y el instinto me hizo levantar la cara. Varias sombras se agitaban en el techo de cristal cubierto de nieve del oceanario.

Me quedó todavía más claro el plan de Nicodemus. Entretenirme para ganar tiempo. Necesitaba de margen para que su gente se pusiera en posición dentro y en lo alto del edificio, una vez que había concretado la posición del Archivo en el interior del acuario, al menos en términos generales.

Me lancé a los gruesos helechos plantados junto a la acera al lado de los tanques exteriores y me puse en cuclillas cerca de la masa de vegetación más espesa que encontré. Aguanté al poder que había acumulado en mí interior y deseé que me sirviera para dar más de un único golpe.

Un momento más tarde, el cristal del techo se hizo añicos. Varias formas oscuras e inhumanas cayeron en silencio desde arriba.

Escogí al denario invasor más alejado del centro de la acción y la atención, apunté el extremo de mi bastón contra él desde mi escondrijo entre las plantas y gruñí:

—¡Forzare! —Desaté un esfuerzo moderado de voluntad. Una fuerza invisible alcanzó al demonio metamorfo en mitad de la caída. No tuve ocasión de verle bien, más allá de reparar en que tenía un montón de músculos y una especie de protecciones de cuero le recorrían la espina dorsal.

Los músculos no vienen muy bien para la caída libre, poco importa cuántos ángeles caídos tengas dentro de ti. A menos que tengas alas, quedas en manos de la

Madre Tierra y de sir Isaac Newton.

No trataba de arrojarlo en medio del lago. Apliqué solo la fuerza suficiente para alterar su curso y desviarlo unos diez metros de su trayectoria. El denario aterrizó en uno de aquellos rayos de energía titánica.

Se produjo un destello de luz blanca, la breve sombra del esqueleto de un ser humano se marcó en mi retina y luego una cosa al rojo vivo salió del interior del rayo dando vueltas sobre sí misma. Acabó en uno de los tanques de agua, levantando un enojado chorro de vapor. Los delfines se apartaron de ella.

Entonces me quedé helado, inmóvil.

Era un chaparrón de denarios, más de una docena de ellos cayeron del techo aterrizando con fuertes golpes sordos y un par de zambullidas...

Y un puf. Uno de ellos, una cosa parecida a un lagarto, había caído en el follaje detrás de mí, a apenas dos metros de mi escondite. Cerca de dos terceras partes de su cabeza simplemente ya no estaban sobre sus hombros. Se agitó violentamente durante varios segundos, bombeando sangre de aspecto muy humano por todas partes antes de poco a poco quedarse inmóvil y empezar a consumirse.

Mis ojos siguieron el rastro hasta el techo y encontraron un rincón oscuro.

Kincaid colgaba de él como una araña, suspendido de algún tipo de arnés y completamente quieto. Me di cuenta de que había tenido la misma idea que yo: eliminarlos antes de que fueran conscientes de que la batalla había comenzado realmente, cuando todavía estaban concentrados en retener todo su poder. Me dedicó una pequeña sonrisa triste, movió la cabeza en un gesto que me decía «después de ti» y se acercó al rostro un rifle con un descomunal silenciador.

Kincaid me comunicó una vez, sin perder la calma en ningún momento, que si alguna vez tenía que matarme lo haría con un rifle y desde más de un kilómetro y medio de distancia. En esta ocasión habían sido unos cuarenta metros, quizás menos, pero Kincaid había eliminado al denario con un disparo en la cabeza, tal vez más de uno, mientras caía al suelo en medio de una lluvia de cristales rotos. Era jodidamente mortífero y podía acabar conmigo con la misma facilidad que con mis enemigos, sin embargo, de alguna manera mi terror se redujo a algo familiar y feroz.

Claro, puede que me superaran en número, pero ya no estaba en absoluto seguro de que me superaran en clase. Cuando los caídos llevaban la batuta eran altivos hasta el extremo y no estaban en absoluto acostumbrados a tocar de oído y ajustarse a los cambios en el tempo. Cuando los portadores de monedas llevaban la iniciativa puede que fueran peligrosos, pero no más que cualquiera con el que yo había cruzado espadas metafóricamente.

Nicodemus era peligroso porque era Nicodemus, no por el hecho de llevar dentro a un ángel caído. Y si bien sería un idiota si no lo considerara una mortífera amenaza, ya había sobrevivido a él una vez y un rato antes había visto venir su emboscada,

aunque fuera en el último minuto.

Me abstuve de mirar los restos aplastados y espasmódicos del denario decapitado en los helechos. Aquellos tarados bien podían tener ángeles que les guardaban las espaldas, pero durante el próximo par de minutos, por lo menos, yo también tendría uno.

No les restaba peligrosidad, claro, simplemente me hacía creer que poseía la capacidad de enfrentarme a ellos.

Entonces nada de relámpagos y truenos. No me sobraba energía para malgastarla en los denarios. Ni tampoco tiempo. Me levanté y me escabullí entre los helechos hacia donde pensaba que había caído otro, en una empinada ladera por la que era complicado ascender en silencio. Sin embargo, el denario que aterrizó allí no había permanecido quieto. Encontré las huellas de sus garras justo donde se había posado, similares a las de un pavo aunque más grandes.

Me quedé inmóvil cuando me salpicó agua desde la derecha. Por el rabillo del ojo vi a una denaria salir del tanque de agua de los delfines: la Chica Mantis, Tessa. Se encaramó por la barrera de protección para los viandantes, moviéndose rápido y con cautela. Vi un destello de plata en una de sus manos. Había recuperado la moneda del denario al que precipité contra el rayo. Sabían que no estaban solos. No contaba con mucho con lo que cubrirme entre ella y yo, pero ni yo me moví ni creo que ella me viera.

La Chica Mantis pisó el cemento y desapareció por el camino, fuera de mi vista. Algo dejó escapar un sonido chillón y simiesco desde algún lugar de la inmensa sala, pero aparte de aquello, todo permaneció en silencio.

Avancé de nuevo como un fantasma, aguzando el oído. ¿Dónde estaba el drama? ¿Dónde estaban las explosiones, los gritos, la ensordecedora banda sonora? Aquello era solo un tenebroso juego del escondite.

De repente me di cuenta de que debía de ser la contraestrategia del Archivo. La emisión de energía del símbolo era demasiado alta para poder mantenerla mucho tiempo. Si podía permanecer oculta de sus enemigos hasta que el símbolo ya no fuera capaz de mantenerse activo, podría marcharse sin problemas. No habría entonces necesidad de gastar la poca energía que le quedaba en un último esfuerzo desesperado por defenderse a sí misma; siempre y cuando conservara la calma y la concentración suficiente para mantener un velo en tales circunstancias, por supuesto. Aquello obligaría a los denarios a cazar a Ivy, gastando sus esfuerzos en tratar de penetrar en el velo mientras Kincaid se concentraba en aislarlos y darles muerte cuando estaban distraídos. Era una estrategia endiabladamente inteligente.

En el otro extremo de la sala, uno de los denarios soltó un alarido de pura agonía. Mis ojos buscaron de inmediato la posición de Kincaid. Ya no estaba allí. Una cuerda pendía sobre el follaje donde antes estuvo colgado, pero por lo que parecía había

abandonado su expuesta posición de disparo tras derribar a un enemigo más.

Sonreí. Muy bien. Si aquel era el juego, yo también podía jugar. Estéis preparados o no, *allá voy*.

Me abrí camino entre los helechos torciendo poco a poco hacia los asientos del anfiteatro y me puse enseguida en cuclillas al oír el murmullo bajo de unas voces.

—¿Dónde está la niña? —exigió una voz de hombre, grave y pastosa.

Hasta que no levanté la vista, no logré ver el origen de las voces desde el centro de la jungla de mentira. Las luces y las sombras jugueteaban en la habitación y conspiraban para crearme una superficie reflectante en uno de los paneles de vidrio del techo. Tres de los denarios se habían reunido en los asientos de las gradas. El que hablaba tenía el aspecto de un enorme gorila correoso, salvo por los cuernos de cabra y las poderosas garras.

—Cállate, Magog —gruñó la Chica Mantis—. No puedo pensar si no cierras tu estúpida boca.

—Apenas nos queda tiempo —gruñó Magog.

—Ella lo sabe —espetó un tercer denario. La reconocí. Parecía una mujer, excepto por las patas de articulaciones invertidas y acabadas en garras de pantera, la piel de color rojo brillante y el amasijo de hojas metálicas de tres metros de largo y dotadas de movimientos independientes que tenía en lugar de cabello. Deirdre, la adorada hija de Nicodemus, se volvió hacia Tessa—. Pero Magog tiene razón, madre. El seguimiento de su rastro ha sido inútil. —Sostuvo en alto un pequeño calcetín rosa—. Han esparcido prendas de ropa con su olor por todas partes.

—Eso es obra del Perro del Infierno —escupió Magog. Sus brillantes ojos verdes brillaban intensamente sobre el otro par animalesco, de tono marrón-grisáceo—. Ha combatido antes contra nosotros.

—Nos está cazando mientras nos obliga a concentrarnos en penetrar en el velo —dijo Deirdre—. Trabajan muy bien juntos. Ha matado a dos de los nuestros. Tres si contamos a Urumviel.

Tessa jugueteó con la moneda de plata en la palma de su mano.

—El portador de Urumviel pudo perecer a causa de su propia idiotez —dijo. Sus ojos insectoides parecieron entornarse—. O tal vez el mago logró regresar antes de que se levantara el símbolo.

—¿Crees que ese patético borracho ha vencido a Padre? —dijo Deirdre con desprecio.

Se me erizó la piel.

—No haría falta que fuera mejor que él, idiota —dijo Tessa—. Le basta con correr más rápido. Y eso explicaría por qué Espinado Namshiel tampoco aparece.

Sí. Si Chico Giratorio se volvía a despertar, lo haría con una resaca a lo Dresden. *Chúpate esa, Deedee*.

—El mago no es nada —gruñó Magog—. Si no encontramos a la chica, y rápido, nada de esto tendrá importancia.

Tessa chasqueó los dedos y una vez más hizo aquel truco tan desagradable de abrir la boca de mantis religiosa y que apareciera por ella la cabeza de una chica sonriente, joven y guapa.

—Por supuesto —dijo mirando a Deirdre—. Debería haber pensado antes en eso.

Deirdre ladeó la cabeza. Las hojas metálicas susurraron mortíferas unas contra otras cuando hizo aquel gesto.

—¿En qué?

—La fortaleza de este plan radica en atacar a la niña, no al Archivo —dijo Tessa. Su sonrisa se tornó viciosa—. Ignorad a la niña. Traedme al Perro del Infierno.

Tardé apenas un segundo en comprender lo que la Zorra Mantis tenía en mente y la mitad de aquel tiempo en odiarla por ello.

Ivy no tenía familia. Hasta que yo se lo puse, ni siquiera tenía nombre. Era simplemente «el Archivo». Lo que sí tenía era un mundo de poder, responsabilidad, conocimiento y peligro a su alrededor. Y a Kincaid. Si bien el Archivo sabía que el camino adecuado era dejar que Kincaid muriera para proteger la integridad del Archivo, Ivy no tomaría semejante decisión con la misma calma. Kincaid era lo más cercano que tenía a una familia. No dejaría que le hicieran daño. No podía.

Malditos fueran por usar la soledad de la niña contra ella.

Las grandes conspiraciones y los planes destructivos para traer la oscuridad y las tinieblas al mundo dan mucho miedo y todo eso, pero al menos tienen la ventaja de resultar impersonales. Aquello sin embargo era de una malicia sencilla, calculada y cruel dirigida deliberadamente hacia una niña, una simple niña, y eso me fastidiaba bastante.

Deirdre era la que estaba más cerca. Bien.

Salí de los helechos, agité el bastón en un amplio arco y desaté un poco del poder que aguantaba dolorosamente dentro de mí.

—¡Ventas servitas! —bramé.

Una corriente de viento se arremolinó bajo Deirdre y la levantó de los asientos del anfiteatro para lanzarla a la piscina como el dardo de la pistola de aire comprimido de un niño. Mi intención era arrojarla a la pared más cercana del pentagrama pero, justo en el mismo instante que subió por el aire, las tiras metálicas de su cabello aletearon haciendo las veces de un andrajoso paracaídas que la ralentizó y cambió su trayectoria.

No me detuve a ver dónde aterrizaba. Magog se giró antes de que los pies de Deirdre se separaran un metro del suelo y lanzó contra mí desde las gradas una de esas simiescas cargas diagonales, con la misma facilidad que si estuviera en tierra firme. Olviden lo que dije sobre no reaccionar rápido. El tiempo de reacción de Magog fue inexistente, menor si cabe. Pesaba al menos trescientos o cuatrocientos kilos, sin embargo cubrió los quince metros que nos separaban en un intervalo de dos segundos, desplegando una increíble aceleración.

Por supuesto, reaccionar de prisa no es lo mismo que hacerlo con inteligencia. Magog parecía acostumbrado a ser una fuerza imparable.

Alcé mi brazalete escudo e inyecté voluntad en la barrera para que cobrara vida, casi toda la carga de doloroso poder que quedaba dentro de mí. Grité un desafío sin palabras. Mi voz resultó aguda y tensa comparada con el profundo alarido con el que me respondió Magog. Normalmente, mi escudo se manifiesta en la forma de una

resplandeciente cúpula de luz azul y plateada.

En esta ocasión la dejé transparente, siguiendo la teoría de que lo que Magog no sabía le haría daño. El denario metamorfo se estrelló contra la barrera invisible causando una explosión de chispas plateadas y la encontró tan inamovible como una montaña. No obstante, la fuerza de la carga del gorila no fue solo física. Una fea luz roja se enzarzó con el poder plateado de mis defensas. La energía sobrante se derramó por mi brazalete en forma de calor, abrasando mi piel, pero la barrera aguantó y Magog se trastabilló hacia atrás, aturdido.

—Eh —dije dejando caer el escudo—. ¿Dónde se sienta un gorila de cuatrocientos kilos? —Di un paso al frente, le di una patada en las pelotas lo más fuerte que pude y acto seguido le pisé el cuello con fuerza. Magog chilló de dolor y retrocedió tambaleante hacia las gradas—. Supongo que en un lugar con muchos cojines extra, ¿eh, monito?

Mis instintos me gritaron una advertencia y me arrojé detrás de la última fila de asientos de las gradas, justo cuando la Zorra Mantis me señalaba con un dedo y gritaba:

—¡Amal-Bija! —Se produjo el estruendo de un trueno antes de que un resplandor de luz, una onda de calor y una nube de brillantes astillas saliera volando hacia arriba a unos metros de mí, donde poco antes hubo una zona de asientos.

Demonios. Una hechicera. Y jodidamente peligrosa.

Preparé el escudo, muy consciente de la poca energía que me quedaba. Lo hice pequeño, tal vez de un metro de largo, y ya había comenzado a levantarlo cuando vi por el rabillo del ojo una forma revoloteando sobre mí. Era Tessa, en pleno salto por los aires. Volvió a gritar y di un respingo antes de acurrucarme en posición fetal tras el escudo al tiempo que otra descarga de luz rasgaba el aire.

La presión me empujó los hombros contra el suelo de cemento. La luz me cegó y el sonido me dejó sordo, limitando mi mundo a un largo tono blanco. Mis pulmones se olvidaron de trabajar durante un par de segundos, pero mis piernas no, y lucharon por ponerme de nuevo en pie.

Acababa de averiguar dónde me encontraba cuando otro resplandor ensordecedor y crepitante impactó en algún lugar cercano y me tiró de nuevo al suelo. Luego un tercero. Traté de mantener el escudo levantado, pero solo veía puntos amarillos y de todas maneras no me quedaba poder para alimentarlo. Era como ir andando y de repente quedarse sin suelo donde pisar, algo que ocurrió literalmente un momento después, cuando me tropecé con un asiento de la grada, me caí un par de filas más abajo y acabé bastante tocado.

Una confusa parte de mí se dio cuenta de que me había equivocado en mis suposiciones. Tessa no estaba intentando eliminarme. Solo intentaba confundirme y desorientarme hasta que llegara el resto de su gente. Aquella misma parte de mí se

dio cuenta, incluso con mayor retraso, de que fueron sus palabras las que me incitaron a atacar; dejé a mi corazón ordenar mis decisiones en lugar de jugar mis cartas con inteligencia.

Alguien me quitó el bastón de las manos de un golpe. Eché mano de la pistola, pero acabé golpeado contra el suelo por otra terrible fuerza física. Entonces algo parecido a una barra de hierro se estrelló en mi garganta.

Los puntos de luz comenzaron a desaparecer en el momento justo para que viera a un denario que me resultaba desconocido colocarse encima de mí. Era una estatua andrógina, calva y desnuda con un par de ojos verde obsidiana que brillaban sobre los humanos y brillantes ojos azules. Una segunda criatura metamorfa cubierta de una capa desgredada de plumas grises de aspecto polvoriento y cuyo rostro era una masa gris de carnosos alambres colgantes mantenía mis muñecas clavadas al suelo.

Tessa estaba de pie a mi lado, escudriñando algo al otro lado de la sala con los ojos entornados.

—No lo asfixies —espetó—. No podrá hablar si pierde el sentido.

La estatua de obsidiana aflojó un poco la presión contra mi cuello.

—Infórmame —dijo Tessa.

—Creemos que el Perro del Infierno se esconde en los baños —surgió una voz de mujer, tensa y áspera.

—¿Creéis?

—Varthiel y Ordriel han caído y McKullen está muerto. Estaban registrando aquella zona. La salida está vigilada. No hay forma de que escape.

—¿Y sus monedas? —preguntó Tessa.

—Recuperadas, mi señora.

—Gracias, Rosanna. ¿Algo que añadir?

—Hemos encontrado a Espinado Namshiel inconsciente y gravemente herido. Había grandes daños en la zona donde cayó.

—Sí. Y aun así sucedió de manera muy silenciosa. Parece que nuestra inteligencia sobre el joven mago desarrapado era errónea.

Alguien, seguramente la Zorra Mantis, me pateó las costillas. Me dolió. No había mucho que pudiera hacer aparte de intentar coger aire.

—Muy bien —dijo Tessa—. Ve con Magog y Deirdre a por el Perro del Infierno. Traedlo vivo. Os concedo los próximos cinco minutos.

—Si, mi señora —dijo Rosanna en su tono áspero. El sonido de algo parecido a unas pezuñas se alejó de allí.

Tessa volvió a aparecer delante de mi vista con su bonito y dulce rostro visible sobre el monstruoso cuerpo. Estaba sonriendo.

—Eres muy batallador, chico. Es adorable. Una característica que a mi marido le gusta para sus reclutas. —Me dio otra patada—. Yo personalmente lo considero

infinitamente molesto. Pero estoy dispuesta a jugar limpio, ya que existe la posibilidad de que trabajemos juntos en el futuro te daré la oportunidad de colaborar. Dime dónde está la pequeña.

—Ojalá lo supiera —dije entre jadeos—. Así podría ejercer mi libre albedrío deseándote que te jodieran.

Soltó una risita juguetona y se agachó para retorcerme la nariz rota.

Vale.

Ay.

—Dicen que a un hombre hay que concederle tres oportunidades de decir no —dijo.

—Ahórranos tiempo y aliento a los dos —le rogué—. No, dos veces. Ya van tres.

—Tú mismo —dijo Tessa.

Metió la mano en el bolsillo de mi guardapolvos, sacó mi revólver, lo apuntó a mi cabeza y apretó el gatillo.

Solo tuve tiempo de poner cara de tonto y pensar que algo no iba bien.

El cañón resplandeció.

Se produjo un ruido estruendoso.

Busqué poder para un escudo, pero simplemente no existía, no me quedaba magia.

Entonces tuvo que ser el hechizo de otra persona el que interceptó la trayectoria de la bala y la rebotó hacia la cosa de las plumas desaliñadas que me agarraba los brazos.

El estómago me dio un vuelco al darme cuenta de lo que estaba sucediendo.

Ivy estuvo allí todo el tiempo, sentada tranquilamente en las gradas, resguardada de todo lo que ocurría tras un velo mágico. Ahora estaba de pie, tal vez a unos tres o cuatro metros de mí, una simple niña pequeña con una expresión solemne en el rostro. Sin embargo, sus ojos y sus mejillas resplandecían a causa de las lágrimas.

—Apartaos de él —dijo en voz baja—. Todos vosotros. No permitiré que le hagáis daño.

No había extendido mis pensamientos más allá de Kincaid. De entre todas las personas que se relacionaban con el Archivo, yo había sido una de las únicas en mostrar interés por ella como algo distinto a una mera fuente de conocimiento. Hablaba con ella a menudo solo para preguntarle cómo estaba. Incluso le puse un nombre de verdad. Era tan triste como cierto que yo era lo más cercano que aquella chica tenía a un amigo.

Tampoco permitiría que a mí me pasara nada.

Acababa de entregársela a los denarios.

Tessa echó la cabeza hacia atrás y emitió un grito largo y triunfal.

—Ivy —dije en el tono que se usa con los niños que ya deberían estar en la cama. Soy mejor en eso de lo que se podría esperar, después de tanto tiempo trabajando con mi aprendiz—. Vuelve a ocultarte en el velo y sal de aquí.

Tessa volvió a patearme las costillas, esta vez lo bastante fuerte para impedir que respirara más de lo necesario o hablara en absoluto.

—Cuando quiera tu opinión —amenazó—, la leeré en tus entrañas.

Ivy dio dos pasos al frente ante el gesto de Tessa y entornó sus ojos azules.

—En beneficio de los lentos de entendederas, Polonius Lartessa, voy a repetirme. No permitiré que le hagas daño. Apártate.

De repente, los ojos de Tessa también se entornaron.

—Sabes mi nombre.

—Lo sé todo sobre ti, Lartessa —dijo Ivy en un tono plano, sin pasión alguna—. Todo fue registrado, por supuesto. En aquellos tiempos se registraba todo en Tesalónica. El negocio fallido de tu padre. Tu venta al templo de Isis. Si quieres, puedo hacerte un análisis del coste y los beneficios de tu entrenamiento con respecto a las ganancias de tu primer año en el templo, antes de que llegara Nicodemus. Podría usar gráficas y colorearlas con lápices de colores para que lo entendieras más fácilmente. Me gustan los lápices de colores.

No estaba seguro, pero parecía que la niña estaba intentando dedicarles a los malos una ración de impertinencia en mi honor. Tenía que trabajar su técnica, pero la intención era lo que contaba. Si pudiera respirar, hasta me hubiera reído un poco.

—¿Crees que me intimida que sepas de dónde provengo, niña? —espetó Tessa.

—Sé más sobre ti que tú misma —respondió Ivy con voz firme—. Sé con más precisión que tú a cuántos has hecho daño, cuántas malas situaciones has convertido en peores. En tiempos recientes han sido Camboya, Colombia o Ruanda, pero ya sea en este siglo, durante la Guerra de las Dos Rosas o la de los Cien Años, es siempre la misma historieta estúpida, contada una y otra vez. Aprendiste tus lecciones cuando eras una niña y nunca te has desviado de ellas. Eres un buitres, Lartessa. Un gusano. Subsistes en la piel enferma y la carne putrefacta. Todo lo sano y completo te asusta.

La pequeña no vio al denario que se acercaba a ella desde los helechos de detrás y lanzaba contra su espalda varios cientos de kilos de escamas y garras.

—¡Ivy! —dije medio ahogado.

Lo tenía controlado. Se produjo un resplandor de luz, un abrumador aroma a ozono y ropa limpia se elevó en el aire y un denario de plata cayó rodando entre un montón de cenizas que se esparcieron por el suelo antes de llegar siquiera a un metro del Archivo. La moneda pasó rodando junto a ella, en línea recta hacia Tessa, pero Ivy la pisó con su pequeño zapato para dejarla plana en el suelo y evitar que regresara

a posesión de la denaria.

—Pequeña —dije imitando exageradamente el acento ruso de Sanya, incapaz de evitar una risilla alocada en mi voz—. Pero fiera.

Tessa miró la moneda del caído con una leve sonrisa.

—Te ha salido caro. ¿Cuántos hechizos como ese crees que podrás hacer antes de quedarte sin energía, pequeña?

Ivy se encogió de hombros.

—¿Cuántos esbirros puedes lanzar contra mí? ¿Cuántos estarían dispuestos a morir por ti?

—Rodeadla todos. Aseguraos de que sabe dónde estáis —exclamó Tessa.

Y las figuras de pesadilla se reunieron alrededor de la pequeña, enormes al lado de su esbelta y solitaria figura. Deirdre, empapada y oliendo a pescado y agua de mar, me dedicó una mirada de odio y resentimiento mientras subía los escalones para colocarse junto a su madre. La cosa de plumas desaliñadas que todavía me sostenía las manos sangraba en silencio, lamentándose por lo bajo. Estaba herido pero todavía me clavaba los brazos al suelo. Magog llegó haciendo monerías desde la vegetación del paisaje, sonriendo con malicia, y me pregunté dónde demonios se había metido Kincaid. La estatua de obsidiana cambió de postura; me puso una mano en el pecho y me dio la impresión de que podría haberla enterrado en él hasta la columna si hubiese querido.

Había otra media docena de ellos. Rosanna resultó ser una mujer preciosa, la clásica diablesa de piel roja y piernas de cabra, completada con unas correosas alas negras y dos cuernos delicadamente retorcidos. Sus profundos ojos marrones eran encantadores bajo el par verde, brillante y demoniaco. Llevaba al hombro una bolsa idéntica a la de Chico Giratorio, al que Tessa había llamado Espinado Namshiel. La mayoría de los otros se limitaban a ser malvados y grandes bajo sus varias y desagradables formas.

Supongo que incluso en el infierno es más fácil encontrar espaldas fuertes que cerebros desarrollados.

Ivy se colocó frente a ellos y levantó los brazos en una pose que se parecía vagamente a una postura defensiva de artes marciales. No lo era. Se estaba preparando para manipular energías defensivas. Simplemente nunca había visto a nadie realizar un hechizo completamente diferente en cada mano al mismo maldito tiempo.

En aquel punto se me ocurrieron dos preguntas. Primera, si el plan era que los denarios agotaran la magia de Ivy y luego la tomaran por la fuerza antes de que su trampa se quedara sin poder, ¿por qué no lo estaban haciendo ya? Y segunda...

¿Qué era aquel sonido seseante?

Se cernía a nuestro alrededor, apenas audible, al menos hasta que concentré mis

sentidos en él ignorando el mohoso hedor y el ferroso aroma de la sangre de Plumas Desaliñadas y la fría solidez de la mano de Estatua de Obsidiana.

Un definido y constante sonido seseante, similar al del aire escapando de un neumático...

O al de la laca del pelo saliendo de su bote.

Levanté la cabeza, retorciéndome lo bastante para ver a través de los encorvados miembros de Plumas Desaliñadas, que no parecían ni brazos ni piernas, sino algo que hacía la función de ambas cosas, como las extremidades de una araña. No alcanzaba a ver con qué me clavaba las muñecas al suelo, ni tampoco quería saberlo. Lo que sí vi fue un par de hojas temblando en un helecho cercano y un brillo metálico procedente de algún lugar cercano a la fuente del misterioso seseo.

Gas.

La fortaleza de este plan radica en atacar a la niña, no al Archivo.

Los niños tienen una masa corporal muy baja comparada con la de los adultos.

Una toxina liberada en el aire sería mucho más efectiva contra Ivy que contra los denarios o cualquier persona adulta. Lo único que tenían que hacer los malos era coger algo que causara inconsciencia y cuyo efecto dependiera mucho de la masa corporal de la persona y tendrían un arma ideal para usarla contra ella. Tessa y Nicodemus hicieron a varios de sus lacayos más capaces acarrear recipientes con la sustancia, fuera lo que fuera. Entonces lo único que tendrían que hacer sería abrirlos y esperar a que la niña cayera.

Mis pensamientos retrocedieron hacia el hechizo de Espinado Namshiel, el que estaba elaborando bajo su velo de ocultamiento. Un detalle que apenas percibí en su momento me asaltó de repente. Me había estado preocupando por el hechizo que estaría preparando, sin embargo, debí prestar más atención a dónde lo quería invocar: justo debajo de un grupo de conductos de ventilación. Es probable que estuviera preparando un hechizo de viento para que el aire no parara de moverse y el gas se propagara por el oceanario.

¿Oía a algo parecido a una medicina? ¿Se me había quedado dormida la punta de la nariz? *Demonios, Harry, no es momento de dejarse llevar por el pánico ni de perder de repente el sentido.* Tenía que advertírselo a Ivy.

Volví la cabeza hacia ella y a mitad de camino me encontré con la mirada de Tessa.

—Ya lo has olido, ¿verdad? —murmuró Chica Mantis—. Si habla —dijo, presumiblemente dirigiéndose a Estatua de Obsidiana—, aplástale el pecho.

Una voz extrañamente modulada salió de la zona de la cabeza de la estatua andrógina.

—Sí, señor...

Y entonces se oyó un *fut*, sentí la presión de una bofetada de aire sobre mi piel y

la cabeza de Estatua de Obsidiana, y también la de Plumas Desaliñadas, explotaron con dos erupciones simultáneas de casquería variada. La de la estatua parecía surgir de una especie de máquina de asfaltar calles estropeada, salpicando un chorro constante de porquería negra similar al alquitrán caliente. Cayó de espaldas, luego rebotó sobre sus propias manos y rodillas y comenzó a aporrear el cemento con los puños. Supongo que pretendía aplastarme. Sin cabeza le resultaba difícil darse cuenta de que en realidad estaba abriendo un agujero en las gradas y en el material de debajo y yo me hallaba a dos metros de él.

Plumas Desaliñadas se limitó a caer entre un revoltijo de sangre de aspecto, olor y sabor muy humano. Ciento cuarenta kilos de músculo inerte y gomoso aterrizaron en mi pecho.

—¡Ivy! —grité—. ¡Gas! ¡Aléjate!

Y entonces la cosa se puso ruidosa.

Una serie de impactos sordos descendieron desde un lugar indeterminado tan rápidos como el chasquear de un dedo y los denarios comenzaron a gritar de dolor y rabia. Yo fui vagamente consciente de que saltaban de izquierda a derecha y vi el fogonazo de un cañón en el otro extremo del oceanario. Al menos me enteré de dónde había estado Kincaid todo el tiempo: buscando la posición idónea para matar a ambos locos poseídos con una única bala, ya que otra acción menos certera hubiera significado para mí una muerte segura.

—¡El mago no es nada! —aulló Tessa—. ¡Tarsiel, atrapa el Perro del Infierno! ¡Los demás, a la chica!

Vamos, Harry. Es hora de devolverle el favor a Kincaid sacando a la niña de aquí. Estaba por ver cómo.

Mi mano derecha no se movía mucho y a mi brazo izquierdo quemado no le gustaba demasiado la idea, pero me esforcé y conseguí quitarme de encima lo suficiente del denario muerto para poder retorcerme y salir de debajo de su cuerpo. Justo cuando estaba a punto de liberarme, una moneda de plata rodó de entre los destrozados tentáculos que en su momento fueron la cabeza de la cosa y vino directa hacia mi cara. Sacudí la cabeza a un lado, presa del pánico.

La moneda caída no me tocó la piel desnuda por un pelo. Rebotó en el suelo de cemento. Mi mano izquierda se movió más rápida y hábilmente de lo que hubiera creído posible para atrapar la moneda en el aire en pleno rebote, con la misma soltura que si hubiera estado completamente sana, sin quemaduras ni cicatrices ni cubierta de un guante de cuero.

Me miré alternativamente las dos manos durante un cuarto de segundo, la derecha adormecida y hormigueante.

¿Qué demonios?

Aquello no era normal.

Luego te preocuparás por ello, Harry. Claro, está claro que te ha pasado Algo, pero ahora no es momento para distracciones. Concéntrate. Salva a la chica.

Me guardé la reliquia maldita en el bolsillo, deseé por Dios que mis Levi's 501 no tuvieran un agujero y me giré hacia Ivy.

Sé que soy mago, un miembro importante del Consejo Blanco y todo eso. Sé que soy centinela, un experto certificado en combate mágico, policía, soldado, propietario de un bastón y pateador de culos, si quieren. Pensaba que había visto a profesionales de verdad en acción, a lo mejor de lo mejor entre los magos.

Me equivocaba.

No es que Ivy estuviera utilizando una gran cantidad de poder. No era así. Sin embargo, consideren durante un momento lo siguiente: ¿qué es más impresionante, un gigantesco camión con un enorme motor humeante o un cochecito apenas lo bastante grande para hacer su trabajo funcionando con un par de pilas AA?

Siete denarios atacaban a Ivy con magia y ella les estaba respondiendo. A todos.

Magog había cargado contra ella igual que contra mí, sin embargo Ivy no interpuso una barrera entre ambos, sino que lo capturó dentro de una especie de burbuja sin fricción a un centímetro del suelo y el mono no paraba de dar vueltas inútiles en círculo dentro de ella, girando más rápido a cada movimiento. La fuerza metafísica que el gorila añadía a la carga no había alterado mucho el estilo de la niña. Sus brazos, que giraba y agitaba para encargarse de todas las labores que realizaba a la vez, apuntaban a la burbuja que contenía al simio cada pocos segundos y, lo juro, le hacía dar varias vueltas por la mera razón de otorgarle un vector de náusea adicional al giro.

El amasijo de mechones vivientes de Deirdre danzaba resplandeciente como un fuego púrpura de San Telmo, era una especie de mortífera telaraña al ataque. No obstante, Ivy expulsaba un intrincado patrón de pequeños y finos hilos de poder que no detenían los ataques de Deirdre sino que confundían los mechones con otros cercanos para enredarlos en inútiles marañas. En resumidas cuentas, forzaba a Deirdre a necesitar una visita a la peluquería. Desde el lado opuesto a Ivy, Rosanna arrojaba lanzas de fuego más tradicionales con las manos abiertas, similares a las que yo...

Un dolor salvaje me atravesó el cráneo. Mierda.

...pero Ivy las dispersaba con cuñas de aire aplicadas certeramente, con cuidado de interceptar cada ráfaga de fuego lo bastante lejos de su propio cuerpo para evitar que el calor que afloraba tras su destrucción la quemara. Los dos denarios más físicos que se afanaban en abrirse camino a través la barrera de chispas que se formaba cada vez que trataban de acercarse a ella tuvieron menos suerte. El fuego de la Doncella del Infierno los achicharró a base de bien.

El sexto, una especie de pequeña criatura marchita que parecía la caricatura de

una mujer esculpida en la raíz de un árbol seco, sostenía el extremo de una cuerda de sombra líquida que se enroscada como una serpiente hambrienta que se lanzaba de vez en cuando hacia la cabeza de Ivy. La niña se enfrentaba a ella con tranquilidad, moviendo la cabeza con calma para esquivarla y rechazándola hacia un lado con una pequeña explosión de energía plateada un momento después.

Pero sobre todo se enfrentaba a una Tessa que parecía pasárselo en grande. Le lanzaba algún rayo de vez en cuando por el mero placer de hacerlo. Aquello me dejaba algo bien claro. Tessa no era una hechicera de poca monta. Si podía provocar tantos resplandores y explosiones gastando tan poca energía, era digna rival de cualquier mago del Consejo Blanco. O eso, o había sido capaz de retener en su interior mucho más poder que yo antes de la batalla. En cualquier caso, era una jugadora de las grandes ligas y la respuesta de Ivy a sus ataques lo confirmaba cada vez que el Archivo se volvía para enfrentarse a Tessa con todo y dedicaba por completo una de sus manos a defenderse de sus hechizos.

Vaya.

Virgen santa. Una cosa era poseer el reconocimiento académico de que me quedaba mucho que aprender acerca de la magia. Otra bien distinta era presenciar una demostración de la cantidad exacta de cosas que todavía era incapaz de hacer. En otras circunstancias sería humillante. En aquellas era simplemente aterrador. Durante diez segundos me quedé allí, tratando de averiguar cómo diablos ayudar sin acabar incinerado, hecho brochetas o destruido de cualquier otra manera y sin conseguir nada.

Sentí una oleada de vértigo. Los niveles de gas debían ir en aumento. *A la mierda.* La única razón por la que no me habían matado ya era mi absoluta impotencia. A nadie le importaba un bledo lo que hiciera. Puede que mereciera la pena intentar llevar a la niña a otra zona del edificio para alejarla del gas. Si alguien me mataba por el camino, trataría de arrojar mi maldición de muerte contra ellos y tal vez sacaría a Ivy de aquel embrollo.

Así que corrí hacia ella, tratando de utilizar la zona de calor y al atrapado Magog como escudos.

—¡Ivy, vamos! —exclamé.

Algo intentó golpearme. Además, alguien disparó mi arma a varios metros de distancia. Me agaché, pero supongo que Tessa no era una gran tiradora. No me acertó. Un segundo después agarré a Ivy por la cintura y la levanté del suelo.

—¡Mantente alejado de mis brazos, por favor! —me ordenó Ivy.

Me aseguré de ello. Me estaba mareando, pero cualquier lugar era mejor que aquel.

—¡A las piernas! —gritó Tessa, refiriéndose a las mías.

Me dio la sensación de que aquella gente trataría de hacerle un montón de cosas

molestas a mis patitas, pero no me detuve a ver lo que intentaban. Corrí hacia las escaleras, confiando en la habilidad del Archivo para mantenerme móvil. Era una buena apuesta. Ivy murmuraba y agitaba los brazos todo el tiempo y yo sentía el hormigueo que la corriente de energía con la que trabajaba causaba en su cuerpecito.

Estaba usando sabiamente el poder que le quedaba, pero el pozo tenía fondo y se estaba secando. La lucha casi había terminado.

Tiempo, pensé atontado, jadeando. Solo necesitábamos un poco más de tiempo.

La gravedad me sugirió que siguiera bajando y me pareció una excelente idea. Bajé tambaleante por las escaleras hacia el nivel inferior, dejando atrás los paisajes submarinos de los estanques de las ballenas y los delfines, los adorables pingüinos y las nutrias de mar. Los denarios no dejaron de perseguirnos, sus hechizos resplandecían delante de nosotros mientras Ivy nos protegía a ambos con los últimos restos de energía que le quedaban. Lo sentí en el momento justo en el que se agotó y no cesé en mis esfuerzos de seguir moviendo las piernas para continuar por delante en la persecución.

Entonces el suelo me propinó un puñetazo. El resto de la gente del oceanario se cayó de repente hacia un lado.

O no, tal vez solo yo.

Me di cuenta demasiado tarde de que, habida cuenta de que había estado al nivel del suelo cerca de aquel recipiente de gas y además respirando con dificultad a causa del dolor y el esfuerzo, era probable que hubiera inhalado una enorme dosis antes siquiera de levantarme. Además, si el gas era más pesado que el aire, era posible que allí abajo hubiera más que en las gradas.

Había ganado unos pocos segundos para los dos. Simplemente no habían sido suficientes.

Ivy cayó a mi lado. Parpadeó y sus ojos se volvieron a abrir de repente, invadidos por el pánico. Levantó de nuevo los brazos, muy poco a poco, lentamente, y sus dedos se quedaron entrecerrados, como los de una niña medio dormida.

El hechizo de la cuerda negra envolvió la garganta de Ivy y decenas de las tiras metálicas de Deirdre se enroscaron en sus brazos y piernas. Se la llevaron fuera de mi vista.

Alcé la mirada y me encontré a los denarios reunidos en el pasillo, iluminados por la misteriosa luz azul proveniente de los grandes tanques de agua. Rosanna miró fijamente a Ivy durante un momento. Plegó sus oscuras alas de murciélago sobre sí misma, estremecida y temblando como si tuviera frío, y se alejó de la escena entornando sus ojos brillantes.

Metió la mano en la bolsa y sacó otra bombona. Se la ofreció a Tessa sin que ella se le pidiera.

Tessa la cogió, retorció algo en la boquilla y le dedicó a Ivy una sonrisa de

cortesía. Luego, literalmente le metió a la pequeña la boquilla entre los labios y la sostuvo allí.

Ivy se asustó y gritó. La vi dar patadas y retorcerse. Debió de morderse la lengua o cortarse el labio con los dientes, le corría sangre por la boca. Se resistió y luchó inútilmente unos pocos segundos antes de quedarse tan inerte como una muñeca de trapo.

—Al fin —dijo Tessa, expulsando aire irritada—. ¿Tenía que haber tantas molestias?

—Maldita seas —dije arrastrando las palabras. Me incorporé sobre una rodilla y miré a Tessa—. ¡Malditos seáis todos! No podéis llevárosla.

—Cliché —canturreó Tessa—. Aburrido. —Tamborileó una de sus manos-garra en su barbilla—. Veamos. ¿Dónde nos habíamos quedado cuando fuimos interrumpidos con tan mala educación? ¡Ah! —Dio un paso hacia mí sonriendo alegremente y levantó mi 44.

Justo en aquel momento, sentí el chasquido de la magia regresando al oceanario. El enorme símbolo se había derrumbado y el círculo había caído.

Hice acopio de mi frustración y mi rabia y las convertí en pura fuerza bruta.

—¡Forzare! —grité.

No la dirigí hacia Tessa y su gente.

Por el contrario, apunté a la pared de vidrio, lo único que nos separaba de diez millones de litros de agua de mar.

La fuerza de mi voluntad y mi rabia se desataron y la pared acabó reducida a polvo.

El mar apareció con un rugido, un enorme impacto que sentí como un martillazo simultáneo aplicado a cada centímetro cuadrado de mi cuerpo.

Entonces sentí el frío.

Fundido a negro.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba tosiendo, me dolía la cabeza y el resto de mí ser y tenía un frío de mil demonios. Me ahogué al intentar respirar y sentí que mi cuerpo se preparaba para echarlo todo. Traté de ponerme de costado pero no pude hasta que alguien me tiró del abrigo para ayudarme.

El agua salada y lo que fuera que contenía mi estómago salieron de mí en idénticas proporciones.

—Oh —dijo alguien—. Oh, gracias, Dios.

Michael, quién si no.

—¡Michael! —gritó Sanya desde un lugar cercano—. ¡Te necesito!

Las pisadas de unas botas se alejaron corriendo.

—Tranquilo, Harry —dijo Murphy—. Tranquilo. —Me ayudó a darme la vuelta cuando acabé de vomitar. Estaba tirado en lo alto de las escaleras que conducían al nivel inferior. De hecho me colgaban las piernas de los escalones y tenía el pie izquierdo metido hasta el tobillo en el agua fría.

Me puse la mano en el pecho con una mueca de dolor. Murphy me echó el pelo hacia atrás con una mano para apartármelo de los ojos. Las líneas de su rostro tenían un aspecto profundo, sus ojos mostraban preocupación.

—¿Boca a boca? —le pregunté. Mi voz era muy débil.

—Sí.

—Supongo que estamos en paz.

—Y una mierda —dijo en voz baja—. Yo solo te escupí ponche de frutas en la boca.

Me eché a reír débilmente, y eso también me dolió.

Murphy se agachó y apoyó su frente en la mía con cuidado.

—Eres un enorme dolor de cabeza, Harry. No vuelvas a asustarme de esta manera.

Sus dedos encontraron los míos y los apretaron con fuerza. Yo respondí al apretón, demasiado débil para hacer otra cosa.

Algo me rozó el pie y no grité por poco. Me incorporé, busqué mi poder y levanté la mano derecha, alrededor de la cual se formaron brillantes ondas de una fuerza invisible.

Un cadáver flotaba en el agua, desnudo y bocabajo. Era un hombre al que no había visto antes, de cabello largo, gris y enmarañado. Su mano inerte y extendida había chocado contra mi pie.

—Jesús, Harry —dijo Murphy con la voz temblorosa—. Está muerto, Harry, no pasa nada. Está muerto, Harry.

Mi mano derecha permaneció donde estaba, con los dedos extendidos y emitiendo

ondas de luz. Entonces me comenzaron a temblar. Bajé la mano, liberé el poder que había reunido y sentí que me hormigueaban los dedos y se me volvían a adormecer.

Los examiné, confuso. Aquello no era bueno. Tenía la certeza de que aquello debería preocuparme más de lo que ahora lo hacía, pero era incapaz de pensar con la suficiente coherencia para recordar el porqué.

Murphy seguía hablando con su voz tranquila y analgésica. Tardé un minuto en darme cuenta de que era el mismo tono de voz que uno usa con los locos y los animales asustados y que además estaba hiperventilando a pesar de no estar realizando ningún esfuerzo.

—Está bien, Harry —dijo—. Está muerto. Puedes soltarme.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mi brazo izquierdo tiraba con fuerza de Murphy hacia mí, atrayéndola a mi cuerpo y lejos del cadáver mientras me preparaba para... lo que quiera que había estado a punto de hacer. Murphy se sentaba ahora más o menos en mi regazo. Sentía calor donde me tocaba. Tardé un momento en ser consciente de la razón exacta por la que soltarla sería una buena idea. Al final, lo acabé haciendo.

Murphy se apartó de mí con cuidado, sacudiendo la cabeza.

—Dios —dijo—. ¿Qué te ha pasado, Harry? ¿Qué te han hecho?

Me dejé caer, demasiado cansado para sacar el pie del agua, para tratar de explicarle que había fracasado en mi intento de evitar que los demonios se llevaran a la pequeña.

—Se acabó. Voy a llevarte al médico. No me importa quién se cree esta gente que es. No pueden aparecer en la ciudad como si estuvieran en su casa y destrozar mi...

—Se interrumpió de repente—. Uhm. ¿Qué te parece esto, Harry?

Dio un paso hacia el agua y se agachó.

—¡No! —espeté.

Se quedó petrificada.

—Vaya, estas cosas son muy predecibles —murmuré—. ¿La moneda de plata se le acaba de caer de los dedos al cadáver?

Murphy parpadeó y me miró.

—Sí.

—Malvada. Maldita. No la toques. —Sacudí la cabeza y me levanté. Me ayudé de la pared, pero lo logré, pensando en alto durante el camino.

—De acuerdo, tenemos que asegurarnos de que no hay más de estas por ahí tiradas, eso lo primero. Yo ya llevo una. Limitaremos el riesgo, por ahora las llevaré yo todas hasta que sea posible deshacerse de ellas debidamente.

—Harry —dijo Murphy en un tono tranquilo—. Estás mascullando y lo poco que se te entiende tiene escaso sentido.

—Te lo explicaré, espera. —Me agaché y encontré un denario ennegrecido

brillando culpable en el agua—. Idiota —le murmuré a la moneda antes de cogerla con la mano enguantada y metérmela en el bolsillo junto a la otra. A la buchaca.

Vaya si soy listo.

Sonaron pasos, rápidos y precisos, y Luccio apareció junto a Gard. Había una sutil diferencia en el lenguaje corporal de Gard hacia Luccio, más respetuoso de lo que era antes. La capitana de los centinelas estaba limpiando la hoja de su espada en su capa gris; la sangre no podía mancharla, lo cual era útil para ciertas cosas. Luccio se detuvo un momento al verme, con una expresión cautelosa y reservada. Acto seguido hizo un gesto con la cabeza hacia mí.

—Centinela. ¿Cómo te sientes?

—Viviré —mascullé—. ¿Qué ha pasado?

—Dos denarios —respondió Gard. Señaló a Luccio con la cabeza—. Ambos muertos.

Luccio meneó la cabeza en una negativa.

—Estaban medio ahogados —dijo—. Solo los rematé. No me hubiera gustado luchar contra ellos en plena forma.

—Llévame junto a los cuerpos —dije en voz baja—. Deprisa.

Se oyó una especie de suspiro detrás de nosotros. Esta vez no me sobresalté, pero Murphy sí, y una pistola apareció enseguida en su mano.

Para ser justos, Luccio también tenía la espada medio sacada de su vaina. Miré y me encontré más o menos con lo que esperaba. El cuerpo del antiguo denario, ya sin la moneda, se descomponía a una velocidad sobrenatural a pesar de estar dentro del agua fría. El ángel caído puede que retrasara los rigores del tiempo, pero el viejo del reloj de arena es paciente y estaba recolectando lo que el denario caído le debía con un patente interés.

—Capitana, tenemos que recoger todas las monedas que podamos y tenemos que hacerlo ahora.

Luccio ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Mira, no sé que arreglos hizo Kincaid, pero pronto alguien va a darse cuenta de lo que ha pasado aquí y entonces habrá servicios de emergencia por todas partes. No quiero que ningún pobre bombero o policía coja una moneda accidentalmente.

—Cierto —dijo, asintiendo, y luego miró a Murphy—. Sargento, ¿está de acuerdo?

Murphy hizo una mueca.

—Maldita sea, siempre hay algo... —Levantó las manos, como si apartara de ellas una manta enrollada—. Sí, sí. Reunídlas.

—¿Michael? —pregunté—. ¿Sanya?

—Un grupo de esas cosas te estaban sacando del agua cuando llegamos —dijo

Murphy.

—Salieron corriendo. Nos separamos para perseguirles —añadió Gard.

—¿Dónde está Cujo? —pregunté.

Gard me miró sin comprender.

—Hendricks.

—Ah —dijo—. Vigilando. Nos avisará cuando empiecen a llegar las autoridades.

Al menos alguien estaba pensando como un criminal. Supongo que ella era la adecuada para aquella labor.

Elevé la voz todo lo que pude. Surgió ronca y áspera.

—¿Michael?

—Aquí —fue su respuesta. Venía andando hacia nosotros por el sendero curvo; solo llevaba una camiseta interior bajo su gruesa chaqueta vaquera. Nunca le había visto con tan poca ropa. Michael tenía buenos pectorales. Yo debería empezar a hacer algo de ejercicio. Acarreaba en ambas manos un pedazo de su camisa vaquera blanca y azul, doblado en un cuidadoso hatillo.

Sanya venía detrás de Michael, empapado y con el pecho desnudo bajo el abrigo. Los pectorales de Michael no eran nada. Sanya hacía que pareciera que ambos necesitábamos comer más germen de trigo o algo así. Llevaba a *Esperacchius* y *Amoracchius* apoyadas en un hombro y a Kincaid en el otro.

Kincaid no se movía mucho, aunque estaba claro que trataba de soportar algo de su propio peso. Su piel estaba tan blanca como la tiza y cubierta de sangre. El resto de la camisa de Michael y las dos de Sanya habían sido usadas como vendajes de emergencia. Varias capas de cinta adhesiva fijaban la tela alrededor de los brazos, de una pierna y del estómago.

Murphy siseó y se acercó a él.

—Jared —dijo con la voz ronca.

Jared. Vaya.

—Dresden —balbució Kincaid—. Dresden.

Lo soltaron en el suelo y yo me acerqué a gatas. Traté de no caerme encima de él al arrodillarme a su lado. Le había visto herido antes, pero entonces no parecía tan grave como ahora. Eso sí, usó la cinta adhesiva de la misma manera. Lo comprobé. Por supuesto, había un rollo de cinta colgando de un enganche del arnés de Kincaid.

—Como en la guarida del vampiro —dije en voz baja.

—Aquí no hay claymores —dijo Kincaid—. Debería haber tenido claymores. —Sacudió la cabeza y parpadeó un par de veces, tratando de centrar la vista—. Dresden, no disponemos de mucho tiempo. La niña. Se la han llevado. Está viva.

Hice una mueca y aparté la vista.

Me agarró de la pechera del abrigo con una mano sanguinolenta.

—Mírame.

Lo hice.

Esperaba rabia, odio y culpa. Lo que vi era solo... un terror desesperado.

—Ve tras ellos. Tráela de vuelta. Sálvala.

—Kincaid... —dije con suavidad.

—Júralo —dijo. Sus ojos se desenfocaron un segundo para volver a brillar con frialdad—. Júralo. O acabaré contigo. Júramelo, Dresden.

—Estoy demasiado cansado para que me des miedo —espeté.

Kincaid cerró los ojos.

—No tiene a nadie más. A nadie.

Murphy se arrodilló junto a Kincaid, frente a mí. Me miró un momento y luego, en voz baja, dijo:

—Jared, descansa. Va a ayudarla.

Intercambié una leve sonrisa cansada con Murphy. Me conoce bien.

—Pero... —comenzó Kincaid.

Se acercó a él y le dio un beso en la frente, con sangre y todo.

—Calla. Te lo prometo.

Kincaid se calmó. O perdió el sentido. Una de las dos cosas.

—Dresden, quita del medio —dijo Gard con voz paciente.

—No me digas que ahora eres doctora —dije.

—He visto más heridas de batalla que una sierra de amputar —dijo Gard—. Muévete.

—Harry —dijo Murphy, tensa—. Por favor.

Me puse de pie y me acerqué como pude a Michael y Sanya, que miraban ensimismados a los delfines y las pequeñas ballenas del enorme tanque. El nivel del agua había bajado dos o tres metros y sus residentes mantenían las distancias con la zona recién inundada. Si la presencia de la cosa podrida a mi espalda producía en el agua el mismo efecto que en el aire, aquel hedor, no podía culparles.

—Tiene bastante mal aspecto —les dije.

Michael sacudió la cabeza.

—Todavía no es su hora.

Levanté una ceja y le miré. La mirada de Sanya era casi tan dubitativa como la mía.

Michael me miró y luego volvió a contemplar el agua.

—Lo he preguntado.

—Ajá —dije en voz baja.

Sanya sonrió levemente y sacudió la cabeza.

Yo le miré.

—¿Todavía agnóstico, eh?

—En algunas cosas estoy dispuesto a aceptar un acto de fe —dijo Sanya

encogiéndose de hombros.

—Luccio eliminó a dos —le dije a Michael—. ¿Cómo van las cuentas? —No hacía falta ser más específico.

La sonrisa de Sanya se ensanchó.

—Esa son las buenas noticias.

Me volví para colocarme frente a Sanya.

—Esos gilipollas se han llevado a una niña a la que pretenden torturar para que acepte a un ángel caído —dije en voz baja—. No hay buenas noticias.

La expresión del enorme ruso recuperó la sobriedad.

—El bien está donde lo encuentras —dijo muy serio.

—Once —dijo Michael.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Once —repitió—. Once son los que han caído hoy aquí. A juzgar por las heridas, Kincaid mató a cinco. La capitana Luccio a otros dos. Sanya y yo cogimos a un par en la salida. Uno portaba una bolsa con las monedas de los que habían caído antes.

—Encontramos la moneda de Urumviel, sabíamos que estaba en posesión de una víctima —dijo Sanya—, pero nos faltaba un cuerpo.

—Ese fue mío —dije—. Ahora solo es polvo y ceniza. Y con esa solo suman diez.

—Otro más se ahogó en el derrumbe del tanque —dijo Michael—. Está flotando ahí abajo. Once, Harry. —Sacudió la cabeza—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que si nos cargamos a uno mas nos dan el juego de cuchillos de regalo?

Se volvió hacia mí con los ojos intensos y brillantes.

—Tessa escapó con solo otros cuatro miembros de su séquito. De Nicodemus no había ni rastro. Ya habíamos recuperado trece monedas y hoy mismo otras once, si es que las encontramos todas.

—Solo quedan seis monedas con capacidad para causar daño —dijo Sanya—. Solo seis. Las seis últimas. Y todas están en Chicago. Juntas.

—Los caídos que habitan las monedas llevan luchando dos mil años para poseer las mentes y las vidas de la humanidad, Harry —dijo Michael—. Y les hemos plantado cara. La guerra podría terminar. Todo acabaría. —Se volvió hacia la piscina y sacudió la cabeza, su expresión era la de un hombre desconcertado—. Podría ir a los partidos de softball de Alicia y enseñarle al pequeño Harry a montar en bici. Podría construir casas, Harry.

El anhelo en su voz era tan palpable que prácticamente pude sentir como me rozaba la cara.

—Reunamos las monedas y salgamos de aquí antes de que aparezcan las luces y

las sirenas —dije—. Michael, abre el hatillo.

Me miró confundido pero lo hizo, revelando los discos de plata oxidada. Saqué las dos monedas que había recogido con mi mano enguantada y las añadí al montón.

—Gracias —dije—. Es hora de moverse.

Me volví y me alejé de Michael mientras este anudaba de nuevo el pedazo de tela con la mirada distante, a bien seguro relamiéndose ante la posibilidad de tirar aquellas monedas a un hoyo oscuro y profundo y vivir una vida aburrida, simple y normal con su mujer y sus hijos.

Le deje saborear aquello mientras pudiera.

Maldita sea, tendría que arrebatarle semejante fantasía de la cabeza.

Sin importar si estaba de acuerdo o no.

Dormí en la cabina de la camioneta de Michael durante todo el camino de vuelta a su casa, apoyado contra la ventanilla del lado del acompañante. Sanya iba sentado en medio. Era vagamente consciente de que hablaban entre ellos en voz baja, apenas murmurando, especialmente en el caso de Sanya, y simplemente desconecté sus voces hasta que la camioneta se detuvo haciendo crujir la nieve.

—No importa —estaba diciendo Michael en un tono paciente—. Sanya, nosotros no reclutamos miembros. No somos un cabildo masónico. Tiene que ser por vocación.

—Actuamos diariamente por el interés de Dios —dijo Sanya en un tono razonable—. Si se está demorando a la hora de llamar a un nuevo portador de Fidelacchius, tal vez sea una pista sutil para indicarnos que nos hagamos cargo de semejante responsabilidad.

—¿No eres tú el que no para de asegurarme que no está seguro de si Dios existe o no? —preguntó Michael.

—Te hablo en tu idioma para que te sientas cómodo —dijo Sanya—. Ella sería un buen caballero.

Michael suspiró.

—Tal vez la razón de que no haya llamado a un nuevo portador sea que nuestra tarea ha sido casi completada. Tal vez no hace falta nadie más.

El tono de Sanya se tornó seco.

—Sí. Tal vez el mal va a ser destruido en todas partes y para siempre y no habrá necesidad de usar la fuerza para proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos. —Suspiró—. O tal vez... —comenzó, mirándome a mí. Vio que parpadeaba para abrir los ojos.

—Dresden. ¿Cómo te sientes? —dijo apresuradamente.

—Nada que unos cuantos días de hospital, un nuevo par de pulmones, un barril de la cerveza oscura de Mac y dos pelirrojas con ganas de fiesta no puedan curar —mascullé. Traté de hablar como un caballero, pero la voz me salió más plana y gris de lo que pretendía—. Viviré.

Michael asintió y aparcó la camioneta.

—¿Cuándo iremos a por ellos?

—Nunca —dije en voz baja—. Han desarrollado una especie de defensa sigilosa que impide que se les encuentre por medio de la magia.

Michael se puso ceñudo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro de que es muy difícil derrotar a alguien al que no puedes encontrar, Michael. —Me froté los ojos con una mano pero la aparté de un manotazo

con la otra. Dolía mucho. *Au, estúpida nariz rota. Estúpida Tessa retorciéndola.*

—Tienes que dormir un poco, Harry —dijo Michael.

—Y tal vez darte una ducha —sugirió Sanya.

—Tú también hueles a meada de delfín, grandullón —contraataqué.

—Pero no tanto —dijo—. Y no me he vomitado encima.

Le miré rencoroso durante un momento.

—¿No es Sanya un nombre de chica?

Michael bufó.

—Duerme un poco primero, Harry.

—Después —dije—. Lo primero es lo primero. Consejo de guerra en la cocina. Y si nadie me hace un café, voy a sacudirme en medio del salón para secarme, como haría Ratón.

—Ratón es demasiado educado para hacer una cosa así en mi casa —dijo Michael.

—Como el perro de otro entonces —rectifiqué—. Mierda, he olvidado mi bastón.

Michael salió de la camioneta, rebuscó en el lecho de la parte trasera y sacó mi bastón. Me bajé del vehículo y me lo lanzó. Lo cogí en la mano izquierda y le dediqué un agradecido gesto de cabeza.

—Bendito seas. Es un coñazo hacer uno de estos. Más difícil de tallar que... uh...

—Sacudí la cabeza cuando mis pensamientos se desviaron—. Lo siento. Un día largo.

—Ve dentro antes de que cojas frío —dijo Michael.

—Buena idea.

Entramos. Los otros llegaron a los veinte minutos o así. Gard había insistido en llevar a Kincaid a uno de los edificios de Marcone, probablemente se trataba de un lugar donde contaban con recursos médicos para cuando sus empleados recibían una herida de bala o arma blanca y no querían a la policía husmeando. Para diversión mía, Murphy había insistido en acompañar a Kincaid, lo que significaba que la poli estaba a punto de averiguar el paradero de uno de los pisos francos de Marcone, tal vez incluso el nombre del médico en nómina. Y ya que el coche pertenecía a Murphy, Murph estaba conmigo y Gard necesitaba mi ayuda, no había nada que Gard pudiera hacer al respecto.

Así es mi Murphy, se fabrica su propio rayo de luz cuando las nubes no dejan entrever ninguno.

Ratón se mostró encantado de verme y me saludó con muchos nervios, morrazos en las piernas y meneos de cola. Al menos él sí consideraba interesante mi olor. Molly nos saludó con un entusiasmo ligeramente menor y se ofreció de inmediato a preparar comida para todo el mundo. Resultaba que Molly no había salido a su madre en ese aspecto. Charity era la MacGyver de la cocina. Podría elaborar un almuerzo de cinco platos para doce personas con un huevo, dos puñados de espaguetis, algunos

productos químicos caseros y una barra de chicle. Molly...

Molly me quemó una vez un huevo. Un huevo cocido. No sé cómo.

Sin embargo, le salía un café decente.

Una vez dejaron a Kincaid acomodado en el dormitorio de invitados de la sala de costura de Charity, todos los demás nos reunimos en la cocina. Murphy parecía tensa. Le serví una taza de café y se sentó a mi lado. Le ofrecí otro a Luccio. Aceptó con una pequeña inclinación agradecida de cabeza.

—¿Cómo está? —le preguntó a Murphy.

—Durmiendo —respondió—. Gard le consiguió unos analgésicos.

Engullí café, aguantándome un par de escalofríos.

—De acuerdo, gente. Esta es la situación. Estamos en pompa y bien lubricados y Nicodemus y su equipo están a punto de meternos uno de esos trenes bala japoneses por nuestro culo colectivo.

La habitación se sumió en el silencio.

—Se han llevado a Ivy —continuó—. Eso es malo.

—Harry —dijo Murphy—. Sé que soy la nueva, pero vas a tener que explicarme otra vez lo de la niña pequeña.

—Ivy es el Archivo —comencé—. Hace mucho tiempo, no sabemos cuándo, alguien, no sabemos quién, creó al Archivo. Una especie de figura intelectual.

—¿Qué? —preguntó Sanya.

—Una especie de entidad compuesta de pura información. Imagina un software para el cerebro —dijo Luccio—. Como un sistema de base de datos muy avanzado.

—Ah —dijo Sanya, asintiendo.

Enarqué una ceja hacia Luccio, sorprendido.

Se encogió de hombros, sonriendo un poco.

—Me gustan los ordenadores. Lo leo todo sobre ellos. En realidad es... mi hobby. Entiendo la teoría que se esconde tras ellos.

—De acuerdo —dije—. Ejem. Vale. El Archivo pasa de generación en generación, de madre a hija. Todos los recuerdos de los anteriores y todo lo que han aprendido.

»Todo ese conocimiento convierte al Archivo en alguien poderoso. Fue creado como un depósito de conocimiento, una salvaguarda contra la posibilidad de un cataclismo de la civilización, la pérdida de todo el saber, la destrucción del conocimiento. Su fin era la neutralidad, la preservación y recolección del conocimiento.

—¿Recolección? —preguntó Murphy—. Entonces... ¿el Archivo lee mucho?

—Es más profundo que eso —expliqué—. El Archivo es una magia tan grande que prácticamente está vivo y... lo sabe todo. Todo lo que se imprime o escribe, el Archivo lo sabe.

Hendricks dijo una expresión malsonante pero cierta respecto a la situación

—Del todo —convine—. Eso es lo que Nicky y los caraníquel han capturado.

—Con semejante información a su disposición —dijo Murphy—. Podrían... Dios mío, podrían sobornar agentes, controlar gobiernos.

—O lanzar cabezas nucleares —apunté—. Debes pensar a lo grande. —Le hice un gesto de cabeza a Michael—. Recuerda, me dijiste que Nicodemus estaba jugando a la lotería del Apocalipsis. Hace planes a lo grande, pero los enfoca de tal modo que pueda obtener beneficios durante el proceso. Este era solo un plan de tantos.

Michael hizo una mueca.

—¿Siempre quiso atrapar al Archivo? ¿Se desplazó aquí deliberadamente con la intención de provocar una confrontación contigo sabiendo que llamarías a la niña para arbitrar?

—No es un gran plan —dijo Luccio—. Podrías haber escogido a cualquiera de la docena de árbitros neutrales.

Murphy bufó.

—Pero es Dresden. Ha vivido en el mismo apartamento desde que le conozco. Conduce el mismo coche. Bebe en el mismo bar. Su restaurante favorito es el Burger King. Además, se pide el mismo maldito menú cada vez que va allí.

—No puedes mejorar la perfección —dije—. Por eso se llama perfección. ¿Y adónde quieres llegar?

—Eres una criatura de hábitos, Harry. No te gusta el cambio.

No servía de mucho negar aquello.

—Incluso si no hubiera llamado a Ivy, Nicodemus se hubiera buscado alguna ganancia. Tal vez reclutar a Marcone o matar a Michael o Sanya. O deshacerse de alguna mala hierba dentro de su propia organización. ¿Quién sabe? Lo importante es que llamé a Ivy, se topó con la oportunidad que quería de llevársela y le ha merecido la pena.

—Pero el Archivo fue creado neutral —dijo Sanya—. Moderado. Tú mismo lo has dicho.

—El Archivo sí, Ivy no —expliqué—. Y Ivy controla al Archivo. Es todavía una niña, se le puede hacer daño, asustarla, coaccionarla, tentarla. —Me froté la piel entre los ojos—. Quieren convertirla en uno de ellos. Probablemente ya que están esperan ganarse también a Marcone para la causa.

—Que Dios nos ayude si lo consiguen —dijo Murphy en voz baja.

—Que Dios les ayude a ellos si lo consiguen —murmuró Michael—. Tenemos que encontrarlos, Harry.

—Ni siquiera Mab puede encontrar a los denarios con su magia —dije—. Gard. ¿Podría hacerlo mejor tu empresa?

Sacudió la cabeza.

Miré a Michael.

—Supongo que nadie ha dibujado en el cielo una flecha grande y brillante para que vosotros dos la veáis, ¿verdad?

Michael meneó la cabeza, sombrío.

—He mirado.

—De acuerdo entonces. En ausencia de intervención divina, no tenemos manera de encontrarlos. —Respiré hondo—. Así que vamos a hacer que ellos nos encuentren a nosotros.

—Ese sería un buen truco —dijo Sanya—. ¿Qué tienes en mente?

Hendricks levantó de repente la cabeza.

—Monedas.

Todos nos volvimos para mirarle.

Hendricks contó con los dedos.

—Solo tienen seis. Y son seis personas. ¿Entonces cómo van a darle una moneda a la niña rara y otra al jefe?

—Bien pensado, Cujo —dije—. Solo te dolerá un momento. Tenemos que movernos rápido para que funcione. Nicodemus no puede permitirse perder más efectivos, pero su conciencia no vacilará ni un momento si le es necesario matar a uno de sus hombres para disponer de una moneda. Así que vamos a ofrecerle un trato. Once monedas a cambio de la chica.

Michael y Sanya se pusieron de pie al instante levantando la voz en dos lenguas diferentes. Era difícil entender palabras sueltas, pero la piedra angular de su protesta era: *¿Has perdido la cabeza?*

—¡Maldita sea, Michael! —exclamé al tiempo que me giraba para enfrentarme a él, sacando mentón—. Si Nicodemus se las arregla para apropiarse del Archivo, no importará cuántas de las malditas monedas tengas guardadas.

Silencio. El reloj del vestíbulo de entrada hizo tictac y sonó como el reloj de una torre.

No me eché atrás.

—Ahora mismo, seis demonios están torturando a una niña de once años. Igual que me torturaron a mí. Y a Shiro.

Michael dio un respingo.

—Mírame a los ojos —le dije—, y dime que crees que deberíamos dejar sufrir a la niña teniendo un modo de salvarla.

Tic, tac.

Tic, tac.

Michael sacudió la cabeza.

Sanya se calmó y apoyó la espalda sobre un armario con expresión meditabunda y solemne.

—Nicodemus jamás aceptaría ese trato —dijo Michael.

Luccio sonrió enseñando mucho los dientes.

—Por supuesto que lo hará. ¿Por qué sacrificar a uno de sus comprometidos secuaces si puede presentarse al intercambio, engañarnos, robar las monedas y quedarse con el Archivo?

—Bingo —dije—. Y estaremos preparados. Capitana, ¿sabes como contactar con él a través de los canales previstos en los Acuerdos?

—Sí —respondió.

—Harry —dijo Michael suavemente—, estamos corriendo un riesgo terrible.

Michael y Luccio intercambiaron una mirada preñada de silencio, medida por corrientes profundas.

—En este punto —dijo Luccio—, la única cosa más arriesgada que podemos hacer es... —Se encogió de hombros y extendió las manos—. No hacer nada.

Michael hizo una mueca y se santiguó.

—Que Dios esté con nosotros.

—Amén —dijo Sanya, guiñándome el ojo por encima del hombro de Michael.

—Contacta con Nicodemus —le pedí a Luccio—. Dile que quiero hacer un trato.

Comunicarse a través de los canales lleva tiempo.

La última cosa que quería era volver a mojarme, pero seguía temblando de frío. Además, resulta que existen una serie de desagradables y poco convenientes efectos secundarios derivados de tragar por accidente varios litros de agua salada. Las pequeñas cosas son las que más nos afectan.

Tardé dos horas en reorganizar mi sistema, ducharme y disponerme a dormir un poco. Para entonces, estaba tan cansado que apenas podía enfocar la mirada. Molly estaba perpetrando la cena en aquel momento, ayudada e instigada por Sanya, que parecía obtener una especie de sombrío placer ruso viendo el descarrilar de un tren. Derrumbado en el sofá, me debatí entre arriesgarme a meter algo de alimento en el estómago o escaparme a lo Rip Van Winkle para evitar el peligro.

No quería despertarme. Estaba teniendo un sueño en el que nadie me hacía daño ni me daba una paliza. Las paredes lucían blancas, lisas y limpias, iluminadas solo por la fría luz de la luna, y alguien me hablaba en un tono de voz amable. Sin embargo, mi mano derecha había empezado a hormiguear con feroz determinación y el sueño se batió en retirada. Varias voces murmuraban en la habitación.

—¿Está segura del todo? —preguntó Murphy en un sentido susurro.

—No es mi campo de conocimiento —rugió Michael—. ¿Señora?

El tono de Luccio fue cauto.

—Es una parte delicada del arte —explicó—, pero la chica tiene un don.

—Entonces tenemos que decirle algo.

—No es conveniente —dijo Molly en un tono bajo y triste—. No ayudaría en nada. Solo empeoraría las cosas.

—¿Estás segura? —preguntó Murphy—. ¿Lo sabes a ciencia cierta?

Estaba tan cansado que tal vez me perdí dos o tres frases. Abrí los ojos.

—La chica sabe de lo que habla —dije medio atontado. Busqué a tientas con la mano hasta que encontré a Ratón echado en el suelo junto al sofá, justo debajo de mi brazo. Decidí que podía esperar un minuto antes de incorporarme—. ¿De qué estamos hablando?

Molly miró a Murphy de una manera que venía a decir: *¿lo ves?*

Murphy sacudió la cabeza.

—Voy a ver si Kincaid se ha despertado ya —dijo. Tenía una expresión de pétreo desencanto.

Ratón se enfrascó en la tarea de lamerme la mano derecha, un ritual canino de acicalamiento que practicaba a veces. Me aliviaba un poco el hormigueo, así que no me quejé. Todavía no tenía ni idea de qué le sucedía a mi mano. Nunca había oído que a nadie le pasara algo parecido, pero tampoco es que fuera una sensación

horriblemente incómoda y, considerando la situación, en aquel momento no estaba en lo más alto de mi lista de prioridades.

No obstante, nadie respondió a mi pregunta.

El silencio ya se pasaba de extraño. Tosí incómodo.

—Eh... ¿alguien sabe qué hora es?

—Casi medianoche —respondió Luccio en voz baja.

Esperé un minuto, pero al parecer nadie estaba dispuesto a hacerme el favor de dejarme inconsciente, así que hice lo que pude por ignorar los dolores y achaques e incorporarme.

—¿Qué se sabe de Nicodemus?

—No ha devuelto nuestra llamada —dijo Luccio.

—No es que sea una sorpresa —murmuré pasándome los dedos por el pelo. Me había puesto un viejo chándal y una camiseta de Michael para dormir, así que llevaba los tobillos al aire y ambas prendas me quedaban muy holgadas—. Sea lo que sea lo que están haciendo para mantener controlada a Ivy, ha de ser bastante elaborado. Yo también escondería mis cartas hasta estar seguro de la solidez del procedimiento.

—Lo mismo haría yo —convino Luccio.

—¿De verdad es tan peligrosa? —preguntó Michael.

—Sí —respondió Luccio con calma—. El Consejo le considera un poder significativo por sí mismo, parejo al de las jóvenes reinas de las Cortes sidhe.

—Por decirlo de algún modo, creo que ese informe en los archivos de los centinelas la subestima —dije—. Apenas tenía nada con lo que trabajar y aun así hizo parecer a Tessa y su equipo un grupo de pigmeos tratando de capturar a un elefante. Si no se hubiera quedado sin energía, se los hubiera comido con patatas.

Luccio frunció el ceño, impresionada.

—¿En serio?

—Tenías que haberla visto —dije—. Nunca he visto a nadie... tenías que haberla visto.

—Si es tan peligrosa —dijo Michael—, ¿puede ser contenida?

—Claro, sí —dije—. Pero haría falta un círculo más grande, un ritual muy elaborado en una localización propicia. Y tendría que ser un trabajo jodidamente inmaculado, si no Ivy lo desbarataría sin problemas.

Molly hizo un mohín de disgusto.

—Ella no... no va a coger una de las monedas, ¿verdad que no? —Nos miró a Luccio y a mi alternativamente y se encogió un poco de hombros—. Porque... sería malo si lo hiciera.

Miré a Michael.

—Los caídos no pueden saltar encima de alguien e imponerse, ¿verdad que no? Realizar una posesión no consentida así sin más.

—Normalmente no —respondió Michael—. No obstante, hay circunstancias que pueden influir para que sea así. Las personas con daños mentales pueden ser susceptibles. Otras cosas pueden abrir un espíritu a la posesión: las drogas, la participación en rituales oscuros o un deliberado y extenso contacto con entidades espirituales, por ejemplo.

—Drogas —dije extenuado—. Jesús.

Michael hizo una mueca.

—Lo siento.

—Incluso si el alma queda expuesta al ataque —dijo Michael—, la mente y la voluntad pueden luchar contra un espíritu invasor. Estoy seguro de que en el caso del Archivo ambas son formidables.

—Claro, pero eso no significa necesariamente que la mente y la mentalidad de Ivy lo sean. Es el Archivo desde que nació. No ha tenido oportunidad de desarrollar su mente ni su propia personalidad. —Me levanté, sacudiendo la cabeza, y comencé a andar intranquilo por la habitación—. Va a sentirse indefensa por primera vez desde que sabe andar. Sola. Asustada. —Miré a Michael—. ¿Crees que esa... gente... no sabrá cómo aterrorizar a una niña pequeña?

Hizo una mueca y bajó la cabeza.

—Y entonces aparece el caído y le dice que puede ayudarla, que quiere ser su amigo y puede hacer que la gente mala deje de hacerle daño. —Meneé la cabeza y me agarré las manos—. Tal vez conozca los hechos. Pero esos hechos no van a ser un alivio para ella. No van a parecerle verda...

Parpadeé y miré a Michael. Luego a Molly. Entonces pasé como un vendaval entre ellos, hacia la cocina, donde cogí una libreta de papel a rayas para hacer la lista de la compra que Charity tenía pegada en el frigorífico con un imán. Encontré un lápiz en lo alto del frigorífico y me senté en la mesa de la cocina a escribir enérgicamente:

Ivy,

No estás sola.

Kincaid está vivo. Yo estoy bien. Vamos a por ti.

No les escuches. Aguanta.

Ya vamos.

No estás sola.

Harry.

—Oh —dijo Molly, que estaba leyendo por encima de mi hombro—. Qué inteligente.

—Si funciona —dijo Luccio—. ¿Se enterará?

—Ni idea —dije—. Pero no sé qué otra cosa puedo hacer. —Me pasé la mano por la frente—. ¿Hay algo de comida?

—He hecho un guiso de carne —aseguró Molly.

—¿Pero hay comida?

Me dio un capón en la nuca, aunque no demasiado fuerte, y se dirigió al frigorífico.

Me hice un sándwich. Soy americano. Podemos comer cualquier cosa mientras esté entre dos pedazos de pan. Con la suficiente mostaza casi no pude saborear la carne. Durante unos minutos me centré en comer, tenía tanta hambre que disfruté una parte de la experiencia; la parte en la que el guiso de Molly aterrorizó a mi estómago para que dejara de gruñir.

Sonó el teléfono.

Michael respondió y escuchó durante un momento a su interlocutor.

—No es demasiado tarde para buscar la redención. Ni siquiera para ti —dijo con amabilidad.

Alguien se rió alegremente al otro lado de la línea.

—Un momento —dijo Michael al instante. Se volvió con el auricular tapado—. Harry —me dijo.

—Es él —respondí yo.

Michael asintió.

Me acerqué a coger el teléfono.

—Dresden.

—Estoy impresionado, Dresden —dijo Nicodemus—. Esperaba que Perro del Infierno ofreciera un buen espectáculo, por supuesto, pero tú me sorprendiste. Tus habilidades se están desarrollando muy deprisa. Tessa está furiosa contigo.

—Estoy cansado —contesté—. ¿Quieres hablar del trato o no?

—No hubiera llamado si no fuera así —respondió Nicodemus—. Pero hagámoslo simple, ¿de acuerdo? Solo tú y yo. No deseo arrastrar al submundo de Chicago o al resto del Consejo Blanco en este pequeño y feo asunto. Salvoconducto mutuo garantizado, claro.

—Ya hicimos eso una vez —dije.

—Y a pesar del hecho de que traicionaste la neutralidad de la reunión mucho antes de que yo o cualquiera actuara, algo que considero un gesto enormemente prometedor por tu parte, estoy dispuesto a confiar en ti una vez más.

Me aguanté la risa.

—Sí. Eres un santo.

—Algún día —dijo Nicodemus—. Algún día. Pero por ahora, tengamos una reunión cara a cara. Una charla. Solos tú y yo.

—¿Para que tu pelotón salte encima de mí mientras estoy solo? No, gracias.

—Vamos. Como dices, quiero hacer un trato. Si estás dispuesto a ampliar tu palabra de salvoconducto, incluso podemos tener esa charla en tu terreno.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Y dónde sería eso?

—No me importa, mientras nadie me vea contigo si llevas puesto ese ridículo atuendo prestado.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Giré la cabeza muy ligeramente. Las ventanas que daban al jardín trasero de los Carpenter tenían cortinas y persianas, pero ninguna de las dos estaba echada. Las luces de la cocina convertían las ventanas en espejos. No veía lo que había detrás.

—¿Qué va a ser, Dresden? —preguntó Nicodemus—. ¿Vas a darme tu palabra de salvoconducto para poder tener nuestra charla o hago que mis hombres abran fuego contra esa adorable jovencita junto al fregadero?

Miré por encima del hombro hacia donde Molly estaba secando los platos. Mi aprendiz me observaba con el rabillo del ojo, claramente interesada en la discusión pero tratando de que no lo pareciera.

Me sería imposible advertirle a nadie antes de que Nick abriera fuego. Era creíble que estuvieran allí, probablemente en la casa del árbol. Tenía una vista razonablemente buena de la cocina.

—De acuerdo —dije de tal manera que todo el mundo pudiera oírme—. Te doy mi palabra de salvoconducto. Diez minutos.

—¿Que te mueras si no? —dijo Nicodemus burlón.

Apreté los dientes.

—Al paso que vamos, alguien lo hará.

Se echó a reír de nuevo.

—Que esta conversación quede entre nosotros y nadie tendrá que visitar la cocina.

Colgó el teléfono.

Un momento después, alguien llamó a la puerta delantera.

El gruñido de Ratón recorrió toda la casa, a pesar de que no se había movido de la habitación frontal.

—¿Harry? —preguntó Michael.

Busqué mis zapatos y metí dentro los pies descalzos.

—Voy a salir a hablar con él. Vigílanos, pero no hagas nada a no ser que él empiece. Y guárdate las espaldas. La última conversación que tuve con él fue una maniobra de distracción. —Me puse de pie y cogí el guardapolvos y el bastón. Mis ojos buscaron a los de Michael e insistí—: Guárdate las espaldas.

Michael ladeó la cabeza ligeramente. Entonces miró detrás de mí, por las ventanas que daban al jardín.

—Ten cuidado.

Cogí el brazalete escudo del bolsillo del abrigo y me lo coloqué en su lugar, haciendo una mueca cuando presionó las leves quemaduras en mi muñeca.

—Ya me conoces, Michael. Siempre tengo cuidado.

Me dirigí a la puerta frontal y miré por la ventana.

Las luces de la calle estaban apagadas, salvo la farola frente a la casa de Michael. Nicodemus se encontraba en el centro de la calle. Su sombra se extendía larga y oscura a un lado de su cuerpo, el opuesto al cual debería estar, considerando la posición de la luz.

Ratón se acercó y se plantó a mi lado con firmeza.

Apoyé la mano en el grueso cuello de mi perro durante un momento, mientras trataba de divisar algo o a alguien más en la oscuridad de fuera. No vi nada, lo que tampoco quería decir mucho. En mitad de la oscuridad podría haber cualquier cosa.

Lo único que sabía es que allí fuera había una niña pequeña asustada.

—Vamos —le dije a Ratón, y salí a la nieve.

Estaba nevando otra vez. Habían caído diez o doce centímetros desde la última vez que alguien había despejado el camino delantero de los Carpenter. Mis pasos crujían en el silencioso aire invernal, estaba casi seguro de que se oían a una manzana de distancia.

Nicodemus me esperó, estiloso y casual con una camisa de seda verde oscura y pantalones negros. Me observó con una expresión neutra y los ojos entreabiertos a medida que me acercaba a él.

Me estremecí cuando me tocó una ráfaga de viento frío y mis músculos cansados amenazaron con perder el control. Maldita sea, yo era el que trabajaba para la reina de Invierno. ¿Por qué todo el mundo parecía cómodo en medio de la tempestad menos yo?

Me detuve al final del camino de la casa de Michael y apoyé el bastón en el suelo. Nicodemus me miró fijamente durante un rato. Las sombras se habían movido de tal modo que no podía distinguir su expresión ni verle muy bien el rostro.

—¿Qué es eso? —dijo en un tono bajo y tajante.

Ratón miró a Nicodemus y soltó un gruñido tan bajo que algunos copos de nieve saltaron del suelo. Mi perro sacó los dientes, enseñó los colmillos largos y blancos y el volumen de sus gruñidos subió.

Demonios. Nunca había visto a Ratón reaccionar así, salvo en pleno combate.

Y parecía que a Nicodemus tampoco le gustaba mi perro.

—Responde a mi pregunta, Dresden —graznó Nicodemus—. ¿Qué es eso?

—Una precaución en caso de que me quede atrapado en la nieve —dije—. Tiene el entrenamiento de un san bernardo.

—¿Perdón? —dijo Nicodemus.

Hice el paripé de taparle los oídos a Ratón con las manos.

—No le digas que en realidad no llevan pequeños barriles de alcohol en el collar. Le romperías su corazoncito —susurré.

Nicodemus no se movió, pero su sombra se desplazó hasta colocar su informe negrura entre su cuerpo y el de Ratón. Su rostro era otra vez visible y estaba sonriendo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien fue así de insolente en mi cara. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Por qué no?

—¿Siempre te refugias en la insolencia cuando estás asustado, Dresden?

—No lo considero una retirada. Para mí es un adelanto de la alegría. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Por qué no?

—¿Cómo es que algunos de los perdedores de tu grupo tenéis nombres de verdad y a otros solo se les llama por el nombre del caído de la moneda?

—No es complicado —dijo Nicodemus—. Algunos de los miembros de nuestra orden poseen mentes activas y voluntariosas, con la fuerza suficiente para retener su sentido de la identidad. Otros son —encogió un hombro en un elegante y arrogante movimiento— de poca importancia. Recipientes desechables, nada más.

—Como Rasmussen —murmuré.

Nicodemus pareció confuso durante un momento. Entonces entornó los ojos de repente, concentrándose con intensidad en mí. Su sombra se volvió a agitar y algo hizo un ruido que sonaba como un susurro inquietante y serpentino.

—Ah, sí, el portador de Ursiel. Exacto. —Miró hacia la casa detrás de mí—. ¿Han comenzado ya tus amigos a susurrar a tus espaldas?

Lo estaban haciendo, desde luego, aunque no tenía ni idea de por qué. Me aferré a mi cara de póquer.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Trata de imaginar la situación del acuario desde su punto de vista. Entran en un edificio contigo junto a alguien que en circunstancias normales no llevarían pero tú has insistido en que acompañara al grupo. Me refiero a la detective. El resultado es que tienes una conferencia privada en la que solo estás tú, yo y el perro guardián del Archivo. Entonces se levanta el símbolo, oyen el fragor de un terrible conflicto, corren hacia la escena tan rápido como les es posible y se encuentran a mi gente sacándote del agua para quitarte la moneda que tienes en el bolsillo. Sin embargo, no había manera de que tus amigos pudieran saber que era por eso. Ven que el Archivo ha desaparecido, su guardaespaldas está herido o muerto y tú, aparentemente, estás siendo asistido por mi gente. Todo eso sin que vieran lo que sucedió realmente —continuó Nicodemus—. Para una mente suspicaz, parecerías nuestro cómplice.

Tragué saliva.

—Lo dudo.

—¿Sí? —dijo Nicodemus—. ¿Incluso cuando estás a punto de proponerme la devolución de las monedas que cogiste en el acuario? Once monedas, Dresden. Si las recupero, todo lo que tú y tu gente habéis hecho durante los días pasados no servirá de nada. Seré igual de fuerte y además poseeré el poder del Archivo. No es muy difícil pensar que te hallas en una posición ideal para traicionarles en un momento crítico. Como lo es este.

No... no había pensado en ello desde aquel punto de vista.

—¿Y si está cayendo por fin bajo la influencia de la sombra? Eso deben de estar pensando. ¿Y si no posee un control total sobre sus decisiones? La traición es un arma más peligrosa que cualquier magia, Dresden. Llevo dos mil años practicándola

y tus amigos los caballeros lo saben bien.

De repente, la actitud de Michael empezó a tener mucho más sentido; el guiso de carne hizo ademán de escapar por mi garganta. Intenté mantener la cara de póquer, pero no pude.

—Ay —dijo Nicodemus abriendo mucho los ojos—. Después de todos estos años de sospechas sin base y hostilidades por parte del Consejo, debe de ser doloroso darse cuenta de esto. —Miró burlón a Ratón y luego de nuevo a mí—. Tu corazoncito debe estar a punto de romperse.

Ratón apoyó el hombro contra mi pierna y emitió un gruñido salvaje hacia Nicodemus al tiempo que daba un paso adelante.

Nicodemus le ignoró, yo era su único foco de atención.

—Es una oferta tentadora —reconoció—. Intercambiar todas las monedas por el Archivo y darme la oportunidad de quedarme con todas las joyas de la caja fuerte es algo que me resulta imposible de ignorar. Bien hecho.

—¿Entonces? —dije—. ¿Dónde quieres que lo organicemos?

Sacudió la cabeza.

—No quiero —dijo en voz baja—. Este es el final del juego, Dresden, aunque tú y los tuyos no lo aceptéis. Ahora que tengo al Archivo, el resto es un mero ejercicio. Perder las monedas me dolerá, vale, pero no las necesito. Espinado Namshiel no me es muy útil en su estado actual, y no llevo trabajando dos mil años para jugármelo todo a una carta en el último momento. No hay trato.

Tragué saliva.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Para darte la oportunidad de reconsiderarlo —dijo Nicodemus—. Creo que en realidad tú y yo no somos tan diferentes. Ambos somos criaturas de voluntad, vivimos nuestras vidas en base a ideales, no a cosas materiales. Ambos estamos dispuestos a sacrificar cosas para alcanzar nuestras metas.

—Tal vez deberíamos ir vestidos iguales.

Extendió las manos.

—Yo podría ser un aliado bastante más efectivo y peligroso que cualquiera de los que tienes ahora. Estoy dispuesto a comprometerme contigo y convertir algunos de tus objetivos en míos propios. Puedo proporcionarte más apoyos de los que tu propio Consejo jamás te ha dado. El beneficio material de semejante unión es en realidad algo poco importante pero ¿acaso no te gustaría vivir en un lugar mejor que ese polvoriento sótano? ¿No te cansas de volver a casa y encontrarte una ducha fría, comida barata y la cama vacía?

Me limité a mirarle fijamente.

—Hay mucho trabajo que hacer, y no todo te resulta repugnante. De hecho, imagino que una parte de él te resultaría bastante satisfactorio si tenemos en cuenta tu

concepto personal del bien y el mal.

Al demonio la cara de póquer. Le miré con desprecio.

—¿Cómo qué?

—La Corte Roja es un buen ejemplo —dijo Nicodemus—. Es grande, bien organizada, peligrosa para mis planes, una plaga para la humanidad, además de repugnante estéticamente. Son parásitos que a corto plazo resultarán inconvenientes, son peligrosos a medio plazo y fatales para cualquier plan de futuro. Han de ser destruidos en algún momento, a toda costa. No tendría ninguna objeción a la hora de asistirte a ti y, con tu mediación, al Consejo Blanco, en sus esfuerzos contra ellos.

—¿Te convertirías en un instrumento del Consejo Blanco para eliminar a la Corte Roja? —pregunté.

—Como si tú mismo no hubieras sido una mera herramienta para ellos en muchas ocasiones.

—El Consejo no necesita de mi ayuda para contar con un buen puñado de herramientas —murmuré.

—Y sin embargo lo contrario agrada a tu sentido de la justicia, al igual que la idea de causar la destrucción de la Corte Roja. Sobre todo tras lo que le hicieron a Susan Rodríguez. —Ladeó la cabeza—. Sería posible ayudarla, lo sabes. Si alguien puede encontrar una manera de liberarla de su condición, son los caídos.

—Ya que estamos, ¿por qué no me ofreces castillos flotantes y la paz mundial, Nick?

Extendió las manos en el aire.

—Solo sugiero posibilidades. Una cosa en concreto es segura: ambos compartimos muchos enemigos. Estoy dispuesto a ayudarte a combatirlos.

—Voy a dejarte claro algo —dije—. Me estás diciendo que quieres que trabaje contigo y que a pesar de todo seguiré siendo uno de los buenos.

—El bien y el mal son relativos. Eso ya lo sabes a estas alturas. Sin embargo, nunca te pediría que obraras contra tu conciencia. No me hace falta eso para tener acceso a tus talentos. Piensa en toda las personas a las que podrías ayudar con el poder que te estoy ofreciendo.

—Sí, eres un verdadero filántropo.

—Como te he dicho, estoy dispuesto a trabajar contigo y soy bastante sincero. —Me miró a los ojos—. Mira en mi alma, Dresden. Mira por ti mismo.

Mi corazón latió a dos mil revoluciones durante un par de segundos y aparté los ojos de él, aterrado. No quería ver lo que había detrás de los oscuros, calmados y antiguos ojos de Nicodemus. Su alma podría ser algo monstruoso, algo que me arrancara la cordura y dejara una mancha en la mía propia, como un churretón de grasa.

O podría ser incluso peor.

¿Y si decía la verdad?

Eché la vista atrás, hacia la casa de los Carpenter. Tenía mucho frío y estaba muy cansado. Cansado de todo, de absolutamente todo. Bajé la vista hacia la ropa prestada y los tobillos desnudos, cubiertos de nieve al igual que los zapatos.

—No tengo nada personal contra ti, Dresden —continuó—. Respeto tu integridad. Disfrutaría trabajando contigo. Pero no te equivoques, si te interpones en mi camino, te aplastaré como a cualquier otro.

Reinó el silencio.

Pensé en lo que sabía de Nicodemus.

Pensé en mis amigos, en los susurros a mis espaldas y en los incómodos silencios.

Pensé en lo que le sucedería al mundo si Nicodemus convertía a Ivy.

Pensé en lo asustada que estaría ahora la pequeña.

Y pensé en un hombrecillo anciano de Okinawa que literalmente entregó su vida por la mía.

—Tú y yo —dije en voz baja—, estamos dispuestos a renunciar a cosas para alcanzar nuestras metas. —Nicodemus ladeó la cabeza, esperando—. Pero tenemos ideas muy diferentes a la hora de decidir quién hace el sacrificio y quién es sacrificado. —Sacudí la cabeza—. No.

Respiró honda y lentamente.

—Una pena. Buenas noches, Dresden. La mejor de las suertes para ti en el nuevo mundo. Sin embargo, espero que no nos volvamos a encontrar en esta vida —sentenció.

Se volvió para irse.

Y mi corazón volvió a acelerarse.

Shiro dijo que sabría a quién darle la espada.

—Espera —dije.

Nicodemus se detuvo.

—Tengo algo más que ofrecerte además de las monedas.

Se volvió, su rostro era una máscara.

—Si me entregas a Ivy, te entregaré once monedas —dije—. Además de Fidelacchius.

Nicodemus se quedó quieto. Su sombra se retorció.

—¿La tienes?

—Sí.

El feo sonido susurrante volvió a surgir, más alto y acelerado. Nicodemus bajó la vista hacia su sombra, ceñudo.

—Supongamos que consigues a Ivy —dije—. Supongamos que la conviertes y te las arreglas para controlarla. Es un gran plan. Supongamos que tienes tu apocalipsis y tu neo Edad Oscura. ¿Crees que eso va a detener a los caballeros? ¿Crees que otros

hombres y mujeres no van a blandir las espadas para luchar contra ti, uno tras otro? ¿Crees que en el Cielo se van a quedar sentados y te van a dejar hacer lo que te dé la gana?

La cara de póquer de Nicodemus era mejor que la mía, pero lo tenía atrapado. Me estaba escuchando.

—¿Cuántas veces han roto tus planes esas espadas? —le pregunté—. ¿Cuántas veces te han obligado a abandonar una posición u otra? —Lancé una estocada en la oscuridad que parecía merecer la pena—. ¿No te cansas de despertar de pesadillas en las que una espada te atraviesa el corazón o el cuello y te convierte en otro mero vaso de papel desechable para los caídos? ¿No te aterra a lo que te vas a enfrentar cuando abandones tu cuerpo mortal?

»Tengo la espada —continué—. Estoy dispuesto a intercambiarla junto con las monedas.

Me enseñó los dientes.

—No, no lo estás.

—Estoy tan dispuesto a entregarte la espada y las monedas como tú a entregarme al Archivo —argüí—. Te estoy ofreciendo una oportunidad, Nick. La de destruir una de las espadas para siempre. ¿Quién sabe? Si las cosas salen bien, puede que al mismo tiempo tengas la ocasión de acabar con las otras dos.

El susurró aumentó otra vez su volumen y velocidad.

Nicodemus me miró fijamente. Su expresión no era legible, pero apretaba y extendía la mano derecha, como si estuviera ansioso por coger un arma, y el odio se derramaba de él igual que el calor escapaba de un horno.

—Entonces —dije con toda la indiferencia que pude—, ¿dónde quieres hacer el intercambio?

Unos minutos más tarde regresé caminando a la casa. Ratón iba a mi lado. Michael tenía razón; el perrazo se sacudió meticulosamente en la entrada. Decidí seguir su ejemplo y antes de volver dentro me quité la nieve que pude de los pies entumecidos.

Todo el mundo me estaba esperando en la sala de estar: Luccio, Michael, Molly, Sanya y Murphy. Todos me miraban expectantes.

—Ha aceptado. Vamos a tener que mover el culo dentro de un momento. Pero primero tengo que hablar contigo, Michael.

El caballero levantó las cejas.

—Oh, claro.

—A solas —dije—. Y trae tu espada.

Me volví y caminé por el interior de la casa, atravesé la puerta trasera dañada por el bronco antes de que aquel embrollo comenzara y entré en el taller. No me preocupé de mirar atrás. No me hizo falta para saber a ciencia cierta que todo el mundo estaba intercambiando miradas significativas.

Si Nicodemus mandó a su gente ocultarse en la casa del árbol en algún momento, ya se habían ido. No culparía al bastardo de mentir al respecto, para ser honesto. Entré en el taller y solté el bastón en la mesa de trabajo. Tenía un montón de golpes y rasguños. Le vendría bien un maletín de herramientas para tratar la madera, un trozo de papel de lija y una atención paciente.

Michael apareció un momento después, en silencio. Me volví para ponerme de cara a él. Llevaba de nuevo la chaqueta vaquera forrada de lana y portaba *Amoracchius* en una vaina colgada al hombro de un cinto.

Me quité el guardapolvos y lo dejé al lado del bastón.

—Desenvaina, por favor.

—Harry —dijo Michael—. ¿Qué estás haciendo?

—Aclarar algo —dije—. Hazlo.

Me miró confuso y con una máscara de incertidumbre, pero sacó la espada.

Añadí mis anillos de energía al montón en la mesa de trabajo. Después mi brazalete escudo. Finalmente, me quité el colgante con el pentáculo de plata de mi madre y también lo puse allí. Acto seguido me volví y caminé hacia Michael.

Busqué su mirada. Ya había visto el alma de Michael. Conocía su calidad y él conocía la de la mía.

Entonces bajé la mano izquierda y agarré con cuidado la hoja de *Amoracchius* para colocarla en el lado izquierdo de mi cuello, justo debajo de la oreja. Sobre la yugular. O la arteria carótida. Confundo esas dos.

Michael se puso pálido.

—Harry...

—Cállate —dije—. Los dos últimos días te has callado muchas cosas. Puedes continuar haciéndolo hasta que te diga lo que te tengo que decir.

Cedió, con la mirada inquieta, y se quedó muy, muy inmóvil.

¿Qué puedo decir? Tengo un don para llamar la atención de la gente.

Le miré fijamente, con la longitud brillante y mortífera del acero entre nosotros y, muy lentamente, quité la mano de la espada, dejando su malévolamente afilado borde a un milímetro de mi vida. Acto seguido extendí las manos y me quedé quieto un momento.

—Eres mi amigo, Michael —dije en un tono apenas más alto que un susurro—. Confío en ti.

Sus ojos resplandecieron y tuvo que cerrarlos.

—Y quieres saber si yo puedo decir lo mismo —dijo como si le costara pronunciar cada palabra, levantando de nuevo la vista.

—Hablar es fácil —dije, y moví un poco el mentón para señalar la espada—. Quiero saber si me lo vas a demostrar.

Bajó la espada de mi cuello con cuidado. Sus manos temblaron un poco, pero las mías no.

—No es tan simple.

—Sí, lo es —le dije—. Soy tu amigo o no lo soy. Confías en mí o no lo haces.

Envainó la espada y se volvió de cara a la ventana.

—Esa era la verdadera razón por la que no accediste a ir a cazar a los denarios desde el principio, tal como yo quería. Te preocupaba que te condujera a una trampa.

—No te mentí, Harry —dijo Michael—. Pero te mentiría ahora si no admitiera que sí, que ese pensamiento pasó por mi mente.

—¿Por qué? —pregunté con la voz totalmente calmada—. ¿Qué motivo te he dado nunca para ello?

—No es tan simple, Harry.

—He luchado y sangrado para defenderte a ti y a tu familia. Me coloqué el nudo de una horca al cuello por Molly, cuando el Consejo estaba dispuesto a matarla. No puedo decirte la de cosas que me he perdido por el tiempo que he pasado enseñándole magia. ¿Qué pista te daba eso sobre una inminente infamia?

—Harry...

Nicodemus tenía razón en algo: dolía que tus amigos sospecharan de ti. Dolía como mil demonios. Ni siquiera me di cuenta de que había estado elevando el tono hasta que ya gritaba sin tapujos.

—¡Mírame cuando te estoy hablando!

Michael se volvió hacia mí con una expresión sombría en el semblante.

—¿Crees que he decidido ponerme del lado de Nicodemus y sus colegas? —bramé—. ¿De verdad piensas eso? Porque si es así, será mejor que me claves esa

espada en el cuello ahora mismo.

—No sé qué pensar, Harry —dijo en voz baja—. Hay muchas cosas que no has contado.

—No lo comparto todo contigo —repliqué—. No lo comparto todo con nadie. No es algo nuevo.

—Sé que no lo es —dijo.

—¿Entonces por qué? —Parte de la fogosidad se escapó de mi voz y me sentí como un globo a medio inflar—. Me conoces desde hace años, tío. Nos hemos guardado las espaldas infinidad de veces. ¿Por qué dudas de mí ahora?

—Por la sombra de Lasciel —dijo Michael—. Porque mientras esté en ti te tentará y mientras más tiempo pase en tu interior más capaz será de hacerlo.

—Le di la moneda a Forthill —dije—. Supongo que eso lo dice todo.

Michael hizo una mueca.

—La sombra te puede enseñar a invocar la moneda. Ha pasado otras veces. Por eso tenemos tanto cuidado de no tocarlas.

—Se acabó, Michael. La sombra ya no existe.

Michael sacudió la cabeza, con los ojos llenos de algo muy parecido a la pena.

—No funciona así. Harry.

La fogosidad regresó. Lo único que no quería ni necesitaba era pena. Había tomado mis propias decisiones para vivir mi propia vida y, si bien no todas habían sido decisiones inteligentes, no me arrepentía de casi ninguna de ellas.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque en dos mil años, nadie se ha deshecho de la sombra de uno de los caídos, salvo aceptando al demonio por completo y tomando la moneda para luego arrepentirse de ello y rechazarla. Y tú aseguras que nunca aceptaste la moneda.

—Así es —dije.

—Entonces la sombra sigue ahí —dijo Michael—, retorciendo tus pensamientos. Susurrándote. O me has mentido respecto a la moneda. Son las dos únicas opciones.

Le miré fijamente un momento.

—Demonios. Y yo que pensaba que los magos tenían el monopolio de la arrogancia.

Parpadeó sorprendido.

—O de verdad te esperas que me crea que la Iglesia estuvo allí para documentar una a una todas las ocasiones en las que alguien cogió las monedas malditas. Que han seguido a todos los tentados por la sombra de un caído, recogido su testimonio y hecho copias. Demonios, hasta las firmó un notario. Sobre todo cuando dices que Nicodemus ha trabajado con encomio todos estos años para destruir los registros y archivos de la Iglesia.

Michael apoyó su peso sobre los talones. Frunció el ceño.

—Es lo que ellos quieren, Michael. Que nos lancemos al cuello el uno del otro. Quieren que desconfiemos. —Sacudí la cabeza—. Y ahora mismo no es el mejor momento para darles ese placer.

Michael se cruzó de brazos, estudiándome.

—Puede haberle hecho algo a tu mente —dijo Michael—. Podrías no tener control sobre ti mismo, Harry.

Respiré hondo.

—Eso es... posible —admití—. A cualquiera le pueden trastocar la cabeza y provocar mucho daño. Mientras más grandes sean los cambios que provoques, más grande será el desorden.

—Es lo que mi hija le hizo a sus amigos —dijo Michael—. Lo sé.

—Hay señales —dije—. Si conoces bien a la persona, casi siempre hay señales. Actúan diferente. ¿He obrado yo diferente? ¿He actuado como un loco contigo?

Enarcó una ceja.

—Más de lo habitual —lo arreglé.

Sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces lo más seguro es que nadie me haya revuelto la sesera —dije—. Además, no es el tipo de cosa que a uno se le escapa y, como mago de clase A del Consejo Blanco, te aseguro que no me ha pasado nada de eso.

Durante un segundo parecía que iba a hablar, pero no lo hizo.

—Lo que nos devuelve al único asunto importante —dije—. ¿Crees que me he unido a ellos? ¿Crees que podría hacer algo así después de las cosas que he visto?

Mi amigo suspiró.

—No, Harry.

Me acerqué a él y le puse la mano en el hombro.

—Entonces confía en mí un poco más. Ayúdame un poco más.

Volvió a estudiar mi mirada.

—Lo haré —susurró—, si me respondes a una pregunta.

Me puse ceñudo y ladeé la cabeza.

—De acuerdo.

Respiró hondo y habló con cautela.

—Harry —dijo—. ¿Qué le pasó a tu vara?

Durante un segundo aquella pregunta no tuvo ningún sentido para mí. Las palabras me sonaron igual que los ruidos que hacen los bebés antes de empezar a hablar. Especialmente la última parte.

—Per... perdona —dijo—. ¿Qué has dicho?

—¿Dónde está tu vara? —dijo con suavidad.

Aquella vez sí oí las palabras.

El dolor me taladró la cabeza como si dos picahielos penetraran en cada una de mis sienes. Vara. Palabra familiar. Luché por invocar una imagen de lo que correspondía a la palabra, pero no pude. Sabía que tenía un recuerdo asociado con aquella palabra, pero por mucho que lo intentaba no podía rescatarlo del olvido. Era como una forma cubierta por una gruesa lona. Sabía que el objeto estaba debajo, pero no era capaz de llegar hasta él.

—Yo no... yo no... —empecé a respirar rápido. El dolor fue a peor.

Alguien había estado en mi cabeza.

Alguien había estado en mi cabeza.

Oh, Dios.

Debí caer en algún momento, porque sentí el frío suelo del taller bajo una de mis mejillas cuando la gran mano callosa de Michael se posó amable en mi frente.

—Padre —murmuró, humilde y sin dramas de ninguna clase—. Padre, por favor ayuda a mi amigo. Padre de la luz, haz desaparecer la oscuridad que ve. Padre de la verdad, expón las mentiras. Padre de la compasión, alivia el dolor. Padre del amor, honra el corazón de este buen hombre. Amén.

La mano de Michael parecía estar de repente al rojo vivo y sentí el poder en el aire a su alrededor; no era magia, no del tipo que yo usaba cada día. Era algo diferente, algo más antiguo, más potente, más puro. Era el poder de la fe, y en cuanto aquel calor se asentó en los espacios entre mis ojos, algo se rompió y se hizo pedazos dentro de mis pensamientos.

El dolor desapareció tan de repente que me dejó jadeando, justo cuando la imagen de una simple vara de madera de unos sesenta centímetros de largo, repleta de sigilos y runas talladas, saltó a la primera línea de mis pensamientos. Junto a la imagen de la vara me sobrevinieron otros miles de recuerdos, todo lo que sabía respecto al uso de la magia para invocar y controlar el fuego, evocación, magia de combate... y todo aquello me golpeó como un martillo pilón.

Me quedé tendido, estremecido durante un minuto o dos mientras lo asimilaba. Los recuerdos llenaron un hueco dentro de mí que ni siquiera me había dado cuenta de que existía.

La mano de Michael permaneció en mi cabeza.

—Tranquilo, Harry. Tranquilo. Descansa un minuto. Estoy justo aquí.

Decidí no discutir con él.

—Bueno —dije con voz áspera y débil un momento después. Abrí los ojos y levanté la vista hacia donde Michael estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, junto a mí—. Alguien le debe una disculpa a alguien.

Me dedicó una pequeña sonrisa preocupada.

—No me debes nada. Tal vez debería haber hablado antes, pero...

—Pero enfrentarse a alguien al que le han deformado el cerebro puede ser

traumático —dije—. Especialmente si parte de la deformación consistía en asegurarse de que no recordara que había pasado nada semejante.

Asintió.

—Molly se preocupó en algún momento del día de ayer. Le pedí que te echara un vistazo mientras dormías. Me disculpo por ello, pero no conocía otra manera de averiguar si alguien había trasteado en tu cabeza.

Me estremecí. Uh. Molly jugando con mi cabeza. No era un pensamiento precisamente agradable. Molly tenía un don para la neuromancia, la magia de la mente, pero lo había usado para hacerle cosas bastante malas a cierta gente. Por una buena razón, vale, pero en todo caso era magia negra y maléfica. La clase de cosa a la que la gente se volvía adicta. No era la clase de tienda de chucherías en la que quería que la chica se metiera.

Sobre todo si la mercancía que vendían era yo mismo.

—Demonios, Michael —murmuré—. No deberías haberle hecho eso.

—Fue idea suya en realidad. Y tienes razón, Harry. No podemos permitirnos una división ahora. ¿Qué recuerdas?

Sacudí la cabeza, enfocando la vista mientras intentaba ordenar el cargamento de recuerdos perdidos.

—La última vez que recuerdo haberla tenido fue justo después de que los broncos nos atacaran aquí. Después de eso... nada. No sé donde está ahora. Y no, no recuerdo quién me lo hizo o por qué.

Michael hizo una mueca pero asintió.

—Bueno. No siempre nos da lo que queremos. Solo lo que necesitamos.

Me froté la frente.

—Eso espero —dije rendido—. Bueno. Eh. Esto es un poco extraño. Después de ponerme tu espada en el cuello y todo eso.

Michael echó la cabeza hacia atrás y desató una risa cálida y rica.

—No eres del tipo de personas que hace las cosas a medias, Harry. Ni siquiera los grandes golpes de efecto.

—Supongo que no —dije.

—Tengo que preguntar —dijo Michael, estudiándome con intensidad—. La sombra de Lasciel. ¿Se ha ido de verdad?

Asentí.

—¿Cómo?

Aparté la vista de él.

—No me gusta hablar de ello.

Frunció el ceño pero asintió lentamente.

—¿Puedes decirme por qué no?

—Porque lo que le pasó fue injusto. —Sacudí la cabeza—. ¿Sabes por qué a los

denarios no les gusta ir a la iglesia, Michael?

Se encogió de hombros.

—Porque la presencia del Todopoderoso les incomoda, o eso he supuesto siempre.

—No —dije cerrando los ojos—. Porque les hace sentir, Michael. Les hace recordar. Les pone tristes.

Sentí su mirada de sorpresa, incluso con los ojos cerrados.

—Imagina lo horrible que sería tener dudas de repente, tras milenios seguros de su propósito —dije—. Súbitamente te preguntas si todo lo que has hecho es una enorme y fútil mentira. Si todo lo que sacrificaste fue para nada. —Sonreí vagamente—. No tiene que ser bueno para la confianza.

—No —dijo Michael pensativo—. No creo que lo sea.

—Shiro me dijo que sabría a quién darle la espada —dije.

—¿Sí?

—La metí en el trato con Nicodemus. Las monedas y la espada por la niña.

Michael respiró muy hondo.

—Si no, se hubiera marchado —dije—. Se hubiera acabado el tiempo y nunca le hubiéramos encontrado. Era la única manera. Es como si Shiro lo hubiera sabido, incluso entonces.

—La sangre de Dios, Harry —dijo Michael. Se puso una mano en el estómago—. Estoy bastante seguro de que el juego es pecado. Y si no lo es, esto debería serlo.

—Voy a recuperar a la pequeña, Michael —dije—. A toda costa.

Se levantó con el rostro constreñido y se abrochó el cinto con la vaina de la espada alrededor de las caderas.

Levanté la mano derecha.

—¿Estás conmigo?

La palma de Michael chocó sólidamente contra la mía y enseguida me ayudó a ponerme de pie.

Como consejo de guerra, el nuestro fue rápido y carente de formalidades. Tenía que ser así.

Cuando terminó seguí a Murphy, que había vuelto a la habitación de costura de Charity para ver cómo estaba Kincaid.

Me quedé de pie en la puerta un momento. Dentro se apilaban cajas de plástico llenas de tela y materiales de costura, además de una máquina de coser sobre una mesa, una silla, la cama y el espacio suficiente para poder entrar y salir. No sobraba demasiado. Yo mismo había estado tendido en aquella habitación. Era un lugar reconfortante, rebosante de ternura y color, y olía a detergente y suavizante.

Kincaid parecía el doble de la momia. Tenía una vía de suero en el brazo y una unidad de sangre pendía de un pequeño apoyo de metal junto a la cama, supongo que cortesía de las dependencias médicas ilegales de Marcone.

Murphy se sentaba junto a la cama con rostro preocupado. Había visto antes aquella expresión, precisamente cuando era yo el que estaba allí tendido. Creí que iba a ponerme celoso, pero no fue así. Solo me sentí mal por Murph.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Va por la tercera unidad de sangre —dijo Murphy—. Tiene mejor color. La respiración se le ha normalizado un poco. Pero necesita un médico. Tal vez deberíamos llamar a Butters.

—Si lo hacemos, va a mirarnos haciendo su imitación de McCoy y dirá: Maldita sea, Murphy. Soy un médico forense, no un cocinero italiano.

Murphy ahogó un sonidito que era a la vez una risa y un sollozo.

Me acerqué a ella y le puse una mano en el hombro.

—Michael dice que va a sobrevivir.

Percibí su nerviosismo bajo mi mano.

—No es médico.

—Pero tiene muy buenos contactos.

Kincaid se estremeció y respiró con dificultad durante varios segundos.

El hombro de Murphy se endureció aun más a causa de la tensión.

La respiración del herido se volvió a estabilizar.

—Eh —dije en voz baja—. Tranquila.

Sacudió la cabeza.

—Odio esto.

—Es más duro que tú y que yo —dije.

—No me refiero a eso.

Permanecí en silencio, esperando a que hablara.

—Odio sentirme así. Estoy jodidamente aterrorizada y detesto sentirme así. —Se

le tensaron los músculos de la mandíbula—. Por eso no quiero implicarme más. Duele demasiado.

Le apreté el hombro amistosamente.

—Implicarte, ¿eh?

—No —dijo. Entonces sacudió la cabeza—. Sí. No lo sé. Es complicado, Harry.

—Que te importe alguien no es complicado —dije—. No es fácil, pero tampoco es complicado. Es como levantar el bloque del motor de un coche.

Me miró de soslayo.

—Típico de un hombre, describir las relaciones íntimas en términos de mecánica de automoción.

—Sí, estaba orgulloso de esa comparación.

Soltó una exhalación tranquila, apretó los párpados y apoyó su mejilla en mi mano.

—Lo más estúpido de todo esto —dijo—, es que no está interesado en... en nada serio. Nos llevamos bien, nos divertimos... para él es suficiente. Y es estúpido por mi parte colgarme de él.

Yo no creía que fuese tan estúpido. Murph no quería acercarse demasiado y exponer sus vulnerabilidades. Kincaid tampoco quería aquella clase de relación, así que no había peligro. Estaba bien que ella se preocupara.

También explicaba por qué ella y yo nunca llegamos a ninguna parte.

En caso de que no lo hayan supuesto, no soy la clase de persona que se implica en nada de manera casual.

No podía expresar nada de aquello con palabras. Así que me agaché y le besé suavemente en la cabeza.

Se estremeció. Sus lágrimas mojaron el dorso de mi mano. Me arrodillé y coloqué mi cabeza a la altura de la de ella, junto a la cama. Le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mí. Continué sin decir nada, porque si lo hacía Murph sería consciente de que yo estaba en la habitación, viéndola llorar. Así que ella fingió que no estaba llorando y yo que no me daba cuenta.

No lloró mucho tiempo. Solo un par de minutos. Entonces se le normalizó la respiración y sentí que recuperaba el control. Pasó otro minuto antes de que se incorporara y se alejara un poco de mí. La dejé hacerlo.

—Decían que estabas influenciado —dijo en un tono más calmado y profesional—. Que le habían hecho algo a tu cabeza. Tu aprendiz lo mencionó, pero me di cuenta de que Michael no quería comentar nada delante de la otra maga. Y nadie quería decir nada delante de mí.

—Los secretos se convierten en un hábito —dije—. Y Molly tenía razón.

Murphy asintió.

—Dijo que deberíamos escuchar las primeras palabras que salieran de tu boca

cuando despertaras. Que si algo había trastocado tu mente, puede que tu subconsciente se comunicara de esa forma mientras bordeabas los límites del sueño. Y nos dijiste que la escucháramos.

Pensé en ello y fruncí los labios.

—Sí, eso hice. Supongo que soy más inteligente de lo que pensaba.

—No deberían haber sospechado de ti —dijo Murphy—. Yo soy una zorra paranoica y dejé de sospechar hace mucho.

—Tenían un buen motivo —dije. Respiré lentamente. Fue duro, pero forcé la salida de las palabras—. Nicodemus le lanzó una de esas monedas al hijo de Michael. La recogí antes que él. La fotocopia de un ángel caído vivió varios años en mi cabeza, tratando de convencerme de que cogiera la moneda y dejara entrar en mí al resto de ella.

Murphy me miró de soslayo.

—Quieres decir que... podrías haberte convertido en una de esas cosas.

—Sí —dije—. Un par de veces estuve cerca.

—¿Todavía...? ¿Es eso lo que...?

Sacudí la cabeza.

—Ya no está. Se fue. Supongo que durante todo el tiempo que ella estuvo tratando de cambiarme, yo intenté también cambiarla a ella. Y en La Fosa de los Raith, el año pasado, se interpuso entre una bala psíquica y yo. Al final, después de que todo el mundo saliera de allí. —Me encogí de hombros—. Yo... nos convertimos en algo parecido a amigos, Murph. Me acostumbré a tenerla cerca. —La miré y sonreí débilmente—. Una locura, ¿eh? Acabar destrozado por algo que era esencialmente una amiga imaginaria.

Sus dedos buscaron mi mano y la apretaron con fuerza.

—Todos somos amigos imaginarios el uno del otro, Harry. —Se sentó conmigo un momento y me miró con intensidad—. Nunca le contaste los detalles a Michael.

Sacudí la cabeza.

—No sé por qué.

—Yo sí —dije—. ¿Recuerdas cuando Kravos entró en mi cerebro?

Me estremecí. Cuando lo hizo me estaba suplantando.

—Sí.

—Decías que causó una especie de daño... ¿cómo lo llamabas?

—Un trauma psíquico —dije—. Es lo mismo que sucede cuando muere un ser querido, sufres grandes tragedias emocionales y cosas por el estilo. Hace falta tiempo para recuperarse.

—Pero te recuperas —dijo Murphy—. Dresden, me parece que te encerrarías en ti mismo igualmente si alguien se interpusiera entre una bala normal y corriente para salvarte con su cuerpo físico y normal. Mucho más tratándose de un ataque psíquico

y cuando esa amiga imaginaria tuya murió en el interior de tu cerebro. Si pasara algo así, ¿no esperarías volverte un poco majareta, al menos durante un tiempo?

Fruncí el ceño, mirándome las manos.

—Nunca me había parado a pensarlo de esa manera.

Bufó suavemente.

—Vaya sorpresa. Dresden olvida que no es invencible.

Ahí tenía razón.

—¿Crees que de verdad va a funcionar ese plan tuyo? —dijo.

—Creo que hemos de intentarlo. —Respiré hondo—. No creo que debas involucrarte esta vez, Murph. Los denarios tienen seguidores humanos. Fanáticos.

—Crees que vamos a tener que matar a unos cuantos —dijo Murphy.

—Creo que no va a quedarnos otra elección —le confirmé—. Además, no me extrañaría que enviaran a alguien a esta casa por pura venganza, ganen o pierdan.

Murphy levantó la mirada hacia mí. Era intensa.

Me encogí de hombros.

—Saben que Michael, Sanya y yo estaremos allí, que habrá gente desprotegida en la casa. Consigan o no las monedas, Nicodemus podría enviar a alguien para acabar con los heridos.

Murphy me miró fijamente durante un segundo, luego contempló a Kincaid.

—Capullo —dijo sin énfasis.

—No estoy haciendo de hermano mayor contigo, Karrin —contesté—. Pero nos enfrentamos a gente muy malvada. Molly se va a quedar con Kincaid. Voy a dejar a Ratón aquí también. Agradecería que alguien con un poco más de experiencia se quedara para guiar a la chica, si fuera necesario.

Miró a Kincaid con una mueca.

—Tratas de hacerme sentir culpable para que haga el papel de novia preocupada, defensora del hogar y figura materna suplente, ¿eh?

—He pensado que funcionaría mejor que hacerte callar y mandarte a la cocina.

Respiró hondo, estudiando al hombre dormido. Entonces le tocó la mano y acto seguido se puso de pie delante de mí.

—No. Voy a ir contigo.

Gruñí y me levanté.

—¿Estás segura?

—La niña es importante para él —dijo Murphy—. Más importante de lo que nada lo ha sido en mucho tiempo, Harry. Moriría para protegerla. Si estuviera consciente, estaría pidiendo ir contigo. Pero no puede, así que yo tendré que hacerlo por él.

—Puede que las cosas se pongan muy feas, Murph.

Asintió.

—Me preocuparé de eso cuando la chica esté a salvo.

Un reloj de pared dio la hora.

—La reunión será en una hora.

Murphy asintió y echó mano de su chaqueta. Las lágrimas habían desaparecido, y no había resto de ellas en sus líneas de expresión.

—Entonces será mejor que me disculpes. Si vamos a salir esta noche, tengo que cambiarme para ponerme algo más cómodo.

—Jamás le diría a una dama qué accesorios debe usar.

Ir a la batalla contra las fuerzas de la oscuridad era una cosa. Hacerlo con unos pantalones de chándal y una camiseta nada favorecedora otra bien distinta. Afortunadamente, Molly tuvo la genial idea de meter mi ropa en la lavadora, bendita sea. Ya podía perdonarla por el guiso.

Me había quitado la ropa de Michael y me estaba poniendo mis pantalones vaqueros cuando Luccio abrió la puerta del lavadero y se asomó excitada.

—Dresden, creo que sé quién... oh.

Me los subí de un tirón y me los abroché todo lo rápido que pude, con cuidado de no causar ninguna desgracia.

—Oh, ah. Perdón —dije.

Luccio sonrió. Los hoyuelos de sus mejillas la hacían parecer casi tan joven como Molly. No se ruborizó. En lugar de eso, se cruzó de brazos y apoyó el hombro en el dintel de la puerta, observándome con evidente placer en sus ojos oscuros.

—Oh, no pasa nada, Dresden. No pasa nada.

Hice una pausa y le devolví la mirada.

—¿No se supone que debes sentirte avergonzada, disculparte y marcharte sin hacer ruido?

Su sonrisa se ensanchó y encogió un hombro.

—Cuando era una niña, tal vez. Pero incluso entonces me era difícil forzarme a actuar de manera extraña cuando veía algo que me agradaba. —Ladeó la cabeza y se movió hacia mí. Extendió la mano y posó muy ligeramente las puntas de sus dedos en una cicatriz de la parte superior de mi brazo. Surcó el contorno de la herida y me miró, enarcando una ceja.

—Herida de bala —expliqué—. Hombres lobo del FBI.

Asintió. Entonces sus dedos tocaron la hendidura bajo mi garganta y se deslizaron lentamente hacia abajo por el pecho y el estómago en línea recta. Una estremecedora sensación de calor me recorrió la piel a la estela de sus dedos. Volvió a mirarme.

—Un gancho —dije—. Un hechicero trató de hacerme filetes en el museo Field.

Su roce se trasladó a mis brazos desnudos, demorándose en los antebrazos, cerca de las muñecas, evitando la piel roja y quemada alrededor de mi muñeca izquierda.

—Esposas de espino —dije—. De cuando Madrigal Raith trató de venderme en eBay.

Levantó mi mano izquierda llena de cicatrices entre las suyas, al tiempo que me acariciaba la piel deteriorada con los dedos. Ya la podía mover bastante bien casi todo el tiempo y había dejado de parecerse a una horrenda mano de cera medio derretida, como hasta hacía poco, pero seguía sin ser agradable para la vista.

—Un matón de la Corte Negra tenía a un renfield que se puso creativo. Tenía un lanzallamas casero.

Sacudió la cabeza.

—Conozco a hombres siglos mayores que tú que no han coleccionado tantas cicatrices.

—Tal vez vivieron tanto porque fueron lo bastante inteligentes para no hacérselas —dije.

Me dedicó de nuevo aquella sonrisa. De cerca era devastadora, y sus ojos parecían incluso más oscuros.

—Anastasia —le dije en voz baja—. En unos minutos nos embarcaremos en algo que podría significar nuestra muerte.

—Sí, Harry. Así es —convino.

Asentí.

—Pero no será hasta dentro de unos minutos.

Sus ojos se encendieron.

—No, no será hasta entonces.

Levanté la mano izquierda, que todavía me hormigueaba, la ahuequé alrededor de su mandíbula y me incliné para posar mi boca sobre la suya.

Ella soltó un pequeño gemido de satisfacción y se derritió contra mí, presionando su cuerpo entero contra el mío, devolviendo el beso con lenta y sensual intensidad. Sentí que me deslizaba los dedos de una mano por el pelo mientras que las uñas de la otra vagaban al azar por mi pecho y un brazo, casi sin tocarlos, dejando un rastro de fuego en mi carne. Sin pensar, hundí los dedos de mi mano derecha entre los suaves rizos de su cabello para atraerla hacia la profundidad de mi beso.

No sé cuánto tiempo duró aquello, pero fue delicioso. Para cuando apartó su boca de la mía, los dos respirábamos aceleradamente y el corazón me latía con fuerza en el pecho. Y en los vaqueros.

No abrió los ojos en cinco o diez segundos, y cuando lo hizo, me parecieron enormes y llenos de deseo. Anastasia echó la cabeza hacia atrás y se estiró soltando un suspiro largo, bajo y satisfecho.

—¿No te importa? —le pregunté.

—En absoluto.

—Bien. Yo solo... quería ver cómo era. Hace mucho que no beso a nadie. Casi había olvidado lo que se sentía.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo hacía que no besaba a un hombre. Ni

siquiera estaba segura de recordar cómo se hacía —murmuró.

Solté una pequeña risa.

Sus hoyuelos volvieron a salir a la palestra.

—Bien —dijo en un tono satisfecho. Me miró de arriba abajo, recreándose en las vistas. No me sentí cohibido por segunda vez—. Tienes una bonita sonrisa. Deberías mostrarla más a menudo.

—Una vez que pase esta noche —dije—, tal vez podríamos hablar sobre eso durante la cena.

Su sonrisa se ensanchó y sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Eso me agradaría.

—Bien —dije. Enarqué una ceja—. Voy a ponerme la camisa, si te parece.

Anastasia dejó escapar una risa alegre y se apartó de mí, aunque no apartó los dedos de mi piel hasta que la distancia no la forzó a hacerlo.

—Muy bien, centinela. Descanse.

—Vaya, gracias, capitana. —Me puse el resto de la ropa—. ¿Qué ibas a decirme?

—¿Eh? —dijo—. Oh, ah, sí. Antes de que fuera distraída tan astutamente. Creo que sé dónde los denarios tienen al Archivo.

Parpadeé.

—¿Te ha salido bien un hechizo de rastreo?

Sacudió la cabeza.

—No, fracasé estrepitosamente. Así que me vi obligada a hacer uso del cerebro. —Abrió un duro estuche de cuero que colgaba del cinto de su espada. Sacó un tubo de plástico de dentro, lo abrió por un extremo y sacó un rollo de papeles. Los fue pasando con el pulgar, encontró el que buscaba y guardó el resto. Desdobló lo que parecía un mapa y lo colocó sobre la tapa de la secadora.

Me eché hacia delante para mirar. Sí, era un mapa, pero en lugar de indicar las fronteras del estado, las autopistas o las ciudades mostraba elementos naturales, sobre todo los grandes lagos, los ríos, los bosques y las lagunas, todo ello marcado con bastante claridad. Además, una red de líneas fluía por el mapa, marcada con tinta de diferentes colores y distinto grosor.

Se aproximaron pasos y apareció Molly, portando un canasto de colada de plástico lleno de ropa infantil. Parpadeó al vernos, pero sonrió y se acercó de inmediato.

—¿Qué es eso?

—Es un mapa —respondí, como el mentor sabelotodo que se supone que soy.

Bufó.

—Eso ya lo veo —dijo—. ¿Pero un mapa de qué?

Entonces lo entendí.

—Líneas telúricas —dije, mirando a Luccio—. Son líneas telúricas.

Molly frunció los labios y estudió el papel.

—¿De verdad existen?

—Sí, todavía no lo hemos cubierto en el temario. Son... bueno, imagina que son una especie de tuberías subterráneas. En lugar de agua lo que fluye por ellas es magia. Recorren el mundo entero, suelen unir dos puntos importantes de energía sobrenatural.

—Une los puntos con magia —dijo Molly—. Guay.

—Exacto —dijo Luccio—. El único modo de tener alguna posibilidad de restringir el poder del Archivo sería usar un círculo mayor, uno que utilice una enorme cantidad de energía, claro.

Le di la razón con un gruñido.

—Además debe de ser perfecto y sólido, si tuviese algún fallo, la niña podría desatar su propio poder.

—Correcto.

—¿De cuánta energía estamos hablando? —le pregunté.

—Tú podrías suministrarle poder a un círculo así durante media o una hora, Dresden. Yo no podría hacerlo durante tanto tiempo, ni siquiera antes de... —Agitó una mano en el aire—. Mi accidente.

—Entonces requiere de un montón de poder —musité—. ¿Cómo se lo están suministrando?

—Esa es la verdadera cuestión —dijo—. Después de todo, el símbolo que levantaron en el acuario sugiere que poseen un amplio suministro.

Sacudí la cabeza.

—No —afirmé—. Eso era fuego infernal.

Luccio frunció los labios.

—Pareces bastante seguro de ello.

—Parezco totalmente seguro —la corregí—. Tiene un poder de mil demonios, literalmente, pero no es estable. Fluctúa y vacila un poco. Por eso no pudieron mantener el símbolo durante más tiempo del que lo hicieron.

—Para apresar al Archivo les haría falta un suministro estable y sin fallos —dijo Luccio—. Un suministro tan grande también sería válido para soportar un velo complejo que pudiera protegerles de cualquier hechizo de seguimiento. De hecho, sería la única manera de que montaran un velo tan impenetrable.

—Líneas telúricas —susurré.

—Líneas telúricas —dijo satisfecha.

—Sé de unas cuantas zonas propicias en los alrededores de la ciudad, pero no tenía ni idea de que hubiera tantas por todas partes —dije.

—La región de los Grandes Lagos es muy fértil en magia —dijo Luccio—. Es un nexo de energías.

—¿Entonces? —preguntó Molly—. ¿Qué significa esto?

—Bueno, es una de las razones por las que hay tanta actividad sobrenatural en esta zona —dije—. Han desaparecido tres veces más barcos y aviones en el lago Michigan que en el Triángulo de las Bermudas.

—Vaya —dijo Molly—. ¿En serio?

—Sí.

—El verano próximo me quedaré en la piscina.

Luccio empezó a trazar varias líneas en el mapa con un dedo.

—Los colores indican qué tipo de magia prevalece en cada línea. Energía defensiva aquí. Fuerzas destructivas por aquí, líneas de restauración aquí y aquí. Así funciona. El grosor de la línea mide su relativa potencia.

—Vale, vale —dije, cada vez más excitado—. Entonces estamos buscando una fuente de energía compatible con el uso de un círculo más grande, lo bastante fuerte para mantenerlo estable y lleno de poder.

—Y existen cuatro lugares que en mi opinión son los más probables —dijo Luccio. Señaló el norte del lago Michigan—. Al norte y al sur de las islas Manitou. Ambas tienen grandes concentraciones de energía oscura corriendo a través de ellas.

—Existen bastantes historias escalofrantes sobre ellas —dije—. Pero están a más de trescientos kilómetros. Si yo fuera Nicodemus, no me arriesgaría a moverla tan lejos.

—Estoy de acuerdo. Una tercera recorre los terrenos justo debajo del museo Field. —Me miró y enarcó una ceja al tiempo que su tono se volvía seco—. Pero creo que con esa ya estás familiarizado.

—Iba a volver a colocar el dinosaurio en su sitio —aseguré—. Pero estaba inconsciente.

—Lo que nos lleva a la número cuatro —dijo Luccio. La punta de su dedo se posó en un cúmulo de islas diminutas en el centro de lago, al noreste de la ciudad, y a la gruesa línea púrpura que las recorría—. Aquí.

Molly se incorporó a mi lado y miró el mapa con una mueca en la cara.

—No hay islas en esa parte del lago Michigan. Es solo agua.

—Escucha el Viento me dio este mapa, señorita Carpenter —dijo Luccio muy serio—. Ha pasado varios siglos viviendo en la región.

Gruñí.

—He oído muchas cosas. Creo que hay algunas islas por ahí. Fueron usadas como base en varias guerras. Los contrabandistas las usaban como punto de canje de alcohol con Canadá en los tiempos de la prohibición. Siempre hubo historias sobre ellas.

Molly frunció el ceño.

—¿Qué clase de historias?

Me encogí de hombros.

—Las cosas de miedo de siempre. Encantamientos. Gente que se vuelve loca por fuerzas desconocidas. Gente arrastrada al agua por criaturas desconocidas o encontrada muerta a causa de un armamento desfasado varios siglos.

—¿Entonces por qué no están en los mapas? —preguntó Molly.

—Las islas son peligrosas —dijo—. Se hallan demasiado lejos de cualquier ayuda y el lago puede ser terriblemente maligno durante el invierno. También hay montones de rocas que destrozarían cualquier bote que se acercara. Tal vez alguien del ayuntamiento pensó que las islas serían menos tentadoras para la gente si todo el mundo pensaba que eran meras historias e invirtió algo de esfuerzo en retirarlas de los registros públicos.

—Eso no puede ser posible —dijo Molly.

—Podría serlo —respondió Luccio—. Las energías concentradas en esas islas tienden a hacer que la gente las evite de manera inconsciente. Si no se tiene un destino firme en mente, la gran mayoría de la gente de la zona rodearía las islas sin ni siquiera darse cuenta de lo que están haciendo.

Gruñí.

—Y si hay tanta magia de la mala por allí, no le hace mucho bien a las herramientas de navegación. Me apuesto veinte pavos a que ninguna ruta aérea de las grandes pasa ni a diez kilómetros de ellas. —Toqué el punto en el mapa con el pulgar y asentí—. Parece lógico. Está allí.

—Si es así —preguntó Molly—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Capitana, supongo que ya has contactado con el Consejo para conseguir refuerzos.

—Sí —dijo—. Estarán aquí tan pronto como les sea posible, no antes de nueve horas.

—No es suficiente —dije, y apreté los párpados para pensar—. Así que tendremos que pedir algunos favores.

—¿Favores? —preguntó Luccio.

—Sí —dije—. Conozco a un tipo con un bote.

Durante la siguiente media hora me afané en preparar los detalles. Todo el mundo se marchó para ponerse en posición salvo yo, Molly y Kincaid. Y Ratón.

Mi perro estaba claramente molesto porque no fuera a llevarlo y, aunque se acomodó obediente en el suelo cerca de los pies de Molly, parecía sentirse muy desdichado.

—Lo siento, chico —le dije—. Te quiero aquí para ayudar a Molly y advertirle de cualquier peligro.

Suspiró.

—Me las arreglé sin ti durante bastante tiempo —le dije—. No te preocupes por mí.

Giró sobre su espalda y me lanzó otra mirada patética.

—Eh. Solo buscas que te rasquen la barriga. Lo sabía. —Me agaché y le concedí el capricho.

Un minuto después se abrió la puerta de atrás y entró Thomas.

—Por fin —dijo—. Llevo tanto tiempo sentado en el coche que creo que he dejado la forma de mi culo en el asiento.

—Lo siento.

—Viviré. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Volver al coche y llevarme a casa.

Thomas me miró con expresión neutra. Entonces murmuró algo por lo bajo, se sacó las llaves del bolsillo y caminó de vuelta a la calle nevada.

—Eres horrible —dijo Molly sonriendo.

—¿Qué? —dije—. Así es como expreso mi amor fraternal.

Me puse el abrigo y cogí mi bastón.

—¿Recuerdas el plan?

—Estar pendiente del teléfono —dijo Molly, enumerando cada punto con un dedo de la mano—. Mantener los ojos abiertos. Asegurarme de que Ratón esté en la misma habitación que yo. Comprobar cada quince minutos cómo está Kincaid.

En otro tiempo se hubiera mostrado resentida ante la expectativa de verse forzada a quedarse en casa mientras estaba sucediendo algo excitante, pero ya había madurado lo suficiente para darse cuenta de lo peligrosas que eran las cosas allá afuera y respetar sus propias limitaciones. Molly era extraordinariamente sensible respecto a las diferentes energías de la magia. Era uno de los factores que la hacían tan buena practicante de psicomanía y neuromancia. También implicaba que cuando empezaban a acontecer sucesos violentos, ya fueran personales o sobrenaturales, ella los experimentaba con una claridad preocupante que a menudo la incapacitaba por completo durante unos minutos. El combate mágico nunca sería su fuerte. En un

conflicto real supondría una molestia letal para sus propios aliados.

Pero al menos la chica lo asumía. Puede que no le gustara, sin embargo se había aplicado con diligencia para buscar otras maneras de ayudar a la hora de luchar en el bando de los buenos. Estaba orgulloso de ella.

—Y no te olvides de hacer los deberes —dije.

Se puso ceñuda.

—Todavía no entiendo qué interés tienes en nuestro árbol genealógico.

—Conténtame, pequeño saltamontes. Te compraré un cono de nieve.

Miró el mundo nevado al otro lado de la ventana.

—Viva. —Me miró y me dedicó una pequeña sonrisa preocupada—. Ten cuidado.

—Eh, había casi veinte de estos capullos en el Shedd. Ahora solo son seis.

—Los seis más inteligentes, fuertes y viejos —dijo Molly—. Los que de verdad importan.

—Gracias por tu optimismo —dije, y me volví para irme—. Cierra bien cuando me vaya.

Molly se mordió el labio.

—¿Harry?

Me detuve.

El volumen de su voz era casi mínimo.

—Cuida de mi padre, ¿de acuerdo?

Me giré para mirarla a los ojos. Tracé una equis en mi corazón y asentí.

Parpadeó muy rápido varias veces y me dedicó otra sonrisa.

—De acuerdo.

—Cierra la puerta —le dije de nuevo, y salí penosamente a la nieve. El cerrojo chasqueó a mi espalda y Molly me observó mientras avanzaba lentamente por la nieve hacia la calle. Los neumáticos de la furgoneta militar de Thomas chirriaron y el enorme vehículo se detuvo rugiendo sobre la nieve.

Cuando entré, mi hermano subió un poco la calefacción mientras yo me quitaba la nieve de los zapatos.

—Bueno —dijo arrancando y conduciendo hacia la calle—. ¿Cuál es el plan?

Se lo conté.

—Es un mal plan.

—No había tiempo para uno bueno.

Gruñó.

—Noviembre no es el mejor mes para salir a navegar por el lago Michigan, Harry.

—El momento siguiente a un holocausto nuclear tampoco es el mejor momento para navegar por el lago.

Thomas arrugó la frente.

—No estás hablando por hablar, ¿verdad? Vas en serio.

—Es el peor de los casos —dije—. Pero Nicodemus podría hacerlo, así que tenemos que proceder bajo la expectativa de que sus intenciones pertenecen a esa categoría. Los denarios quieren quebrantar la civilización y, teniendo al Archivo bajo su control, podrían hacerlo. Tal vez usarían armas biológicas o químicas en vez de bombas nucleares. Tal vez decidan hundir la economía mundial o convertir todos los programas de la tele en *reality shows*.

—Eso ya casi es así, Harry.

—Oh. Bueno, debo obligarme a creer que el mundo merece ser salvado de todos modos. —Intercambiamos sendas sonrisas algo forzadas—. Da igual lo que hagan, el riesgo potencial de que se trate de algo realmente malo es demasiado alto para ignorarlo. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—¿Incluso de esos fanáticos mezquinos del Consejo Blanco? —preguntó Thomas.

—Exacto.

—Bien. Estaba cansado de evitar a Luccio. La ayuda que te puedo brindar se ve muy limitada si tengo que estar todo el tiempo fuera de la vista.

—Es necesario. Si el Consejo supiera que tú y yo somos parientes...

—Lo sé, lo sé —dijo Thomas haciendo una mueca—. Paria leproso inmundo.

Suspiré y sacudí la cabeza. Teniendo en cuenta que el *modus operandi* del Consejo Blanco generalmente consistía en retorcer de uno u otro modo la mente de la gente, no me atrevía a revelar a nadie del Consejo que Thomas era mi amigo, y mucho menos mi medio hermano. Todo el mundo pensaría enseguida lo peor, es decir, que la Corte Blanca se había apoderado de mí y estaba controlando mi mente a través de Thomas. E incluso si les convencía de que no era el caso, la situación seguiría siendo demasiado sospechosa. El Consejo exigiría que demostrara mi lealtad, usara a Thomas como espía de la Corte Blanca y, en general, me comportara de la misma manera pomposa y despótica que ellos.

No era fácil para ninguno de los dos vivir así, pero la situación no iba a cambiar.

Llegamos a mi apartamento y entré en él a toda prisa. Hacía frío. El fuego de la chimenea se había consumido durante el tiempo que estuve fuera. Levanté la mano y murmuré algo por lo bajo. El sencillo hechizo encendió media docena de velas al mismo tiempo. Cogí todo lo que iba a necesitar, apagué las velas con otro movimiento de mano y regresé al coche de Thomas.

—Llevas encima el pentáculo de mamá, ¿verdad? —le pregunté. Yo tenía un colgante igual en una cadena de plata alrededor del cuello. Aparte de Thomas, era el único legado de mi madre.

—Por supuesto —dijo—. Te encontraré. ¿Ahora dónde vamos?

—A Santa María —dije.

—Me lo imaginaba.

Thomas comenzó a conducir. Cargué dos cartuchos en mi escopeta de doble cañón, que había recortado a una longitud ilegal. Tessa, la Chica Mantis, olvidó devolverme la 44 a la conclusión de las hostilidades en el acuario y rara vez me había arrepentido de llevar un arma encima cuando me enfrentaba a una situación complicada.

—Aquí —dije cuando la furgoneta se encontraba a una manzana o así de la iglesia—. Déjame aquí.

—Vale —dijo Thomas—. Eh, Harry.

—¿Sí?

—¿Y si no tienen a la chica en la isla?

Sacudí la cabeza.

—Tendrás que buscar otra solución. Estoy improvisando sobre la marcha.

Arrugó la frente y sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa con esos matones de Verano? ¿Qué harás si se vuelven a presentar?

—No tendré tanta suerte. —Le guiñé un ojo y salí del Hummer—. La pregunta es ¿qué voy a hacer si no se presentan, y además en el peor momento posible? Morirme de la sorpresa, tal vez.

—Te veo pronto —dijo Thomas.

Le hice un gesto con la cabeza a mi hermano, cerré la puerta y crucé la calle nevada hacia el aparcamiento de Santa María de los Ángeles.

Es una iglesia grande. Una iglesia muy, muy grande. Ocupa una manzana entera de la ciudad y es uno de sus monumentos más famosos. La versión en Chicago de Notre Dame. El camino que conducía a la puerta de entrega de pedidos a la espalda de la iglesia había sido despejado, al igual que el pequeño aparcamiento de fuera. La camioneta de Michael estaba allí. El brillo ambiental de la noche de invierno me mostró su figura y la de Sanya junto al vehículo. Ambos vestían largas capas blancas blasonadas con cruces escarlata sobre unas sobrevestidas decoradas de similar manera. Era la ropa de los domingos de los caballeros de la Cruz. Michael llevaba una coraza clásica, mientras que Sanya optaba por una armadura corporal más moderna. Los dos tenían sus espadas envainadas en el cinto. El enorme ruso, siempre un progresista práctico, portaba además un rifle de asalto Kalashnikov colgado al hombro.

Me preguntaba si Sanya era consciente de que la coraza de aspecto anticuado de Michael tenía debajo varias capas de Kevlar y placas balísticas. El equipamiento del ruso no serviría de mucho ante el ataque de espadas o garras.

Yo había realizado algunas modificaciones a mi propio equipamiento. La tira que sujetaba mi vara al interior del guardapolvos albergaba ahora mi escopeta. Había anudado una tira similar de cuero a cada extremo de la simple vaina de madera de Fidelacchius y llevaba la hoja sagrada colgada al hombro.

Michael me saludó con un gesto de cabeza y luego miró su reloj.

—¿Estás hilando fino, no?

—La puntualidad es para la gente que no tiene nada que hacer —sentenció.

—O para aquellos que ya se han ocupado del resto de los detalles —murmuró una voz de mujer.

Una mujer alta y despampanante vestida con ropa de cuero de motorista emergió de entre las sombras al otro lado de la calle. Sus ojos poseían el cálido tono marrón del chocolate y su cabello era oscuro y trenzado con fuerza contra su cabeza. No llevaba maquillaje, pero incluso sin él su aspecto era espectacular. La expresión en su rostro, pura tristeza mezclada con remordimiento y una férrea determinación, me ayudó a identificarla.

—Rosanna —dije en voz baja.

—Mago. —Se acercó a nosotros dando varias zancadas, meneando las caderas, mostrándose de algún modo arrogante y reservada al mismo tiempo. Llevaba la chaqueta abierta hasta el ombligo, pero debajo no se veía nada más que piel. Sus ojos, sin embargo, permanecieron clavados en los caballeros.

—Estos dos no eran parte del acuerdo.

—Se supone que la reunión era con Nicodemus, no contigo —esgrimí.

—Las circunstancias requerían un cambio —respondió Rosanna.

Encogí un hombro, el mismo del que colgaba Fidelacchius.

—Lo mismo digo.

—¿Qué circunstancias son las tuyas? —quiso saber Rosanna.

—Unas en las que trató con una manada de lunáticos bipolares, traicioneros y asesinos en los que no confío.

Me miró con ojos neutrales y adorables.

—¿Y cuál es el rol de los caballeros?

—Están aquí para crear confianza.

—¿Confianza? —preguntó.

—Claro. Puedo patearos con más fuerza cuando los tengo cerca.

Una sonrisa muy débil tocó su boca. Inclino la cabeza ligeramente hacia mí. Luego se volvió hacia Sanya.

—Esos colores no te pegan nada, animal. Aunque es un gran placer volver a verte.

—Ya no soy aquel hombre, Rosanna —respondió Sanya—. He cambiado.

—No, no lo has hecho —dijo Rosanna con aquellos cálidos ojos fijos en los de Sanya—. Todavía quieres lucha, amas la batalla. Te regodeas en el derramamiento de sangre. Eso no era cosa de Magog. Tú eres así, bestia mía.

Sanya sacudió la cabeza con una leve sonrisa.

—Sigo disfrutando de un combate —reconoció—. Ahora simplemente los elijo

con mayor cuidado.

—No es demasiado tarde, ya lo sabes —dijo Rosanna—. Regálales ese juguetito a mi señor y mi señora. Te aceptarán de nuevo con los brazos abiertos. —Dio un paso hacia él—. Podrías volver a estar conmigo, animal. Podrías volver a tenerme.

Ocurrió algo muy extraño con su voz en el último par de frases. Se le puso... más densa, más rica y musical. Los sonidos individuales parecían tener poco que ver con el significado, pero la voz en sí misma portaba una corriente melosa de sensualidad y deseo que parecía a punto de navegar hasta mis oídos y empezar a resplandecer con suavidad en mi cerebro. Yo estaba en un flanco y solo me llevé una versión mínima de la promesa contenida en aquella voz. A Sanya le dio de lleno.

El ruso echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada rica y estruendosa que rebotó en las piedras heladas de la iglesia y en los fríos muros de los edificios a nuestro alrededor.

Rosanna dio un paso atrás con un gesto de sorpresa.

—Ya te lo he dicho, Rosanna —rugió Sanya con la risa todavía burbujeando en su tono—. He cambiado. —Su expresión se tornó de repente sobria—. Tú también podrías cambiar. Sé cuánto te afectan algunas de las cosas que has hecho. Estaba allí cuando tenías las pesadillas. No tiene por qué ser así.

Ella se limitó a mirarle fijamente.

Sanya extendió las manos.

—Entrega la moneda, Rosanna. Por favor, déjame ayudarte.

Sus ojos se convirtieron en dos muescas. Se estremeció y bajó la vista.

—Es demasiado tarde para mí, Sanya. Hace mucho, mucho tiempo que es demasiado tarde para mí.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Sanya en un tono sincero—. Mientras respire no es tarde.

Algo parecido al desprecio endureció los rasgos de Rosanna.

—¿Qué sabes tú, niño estúpido? —Su mirada volvió a mí—. Muéstrame la espada y las monedas, mago.

Toqué la empuñadura de la espada de Shiro, colgada de su agarre improvisado sobre mi hombro. Acto seguido saqué del bolsillo el saquito de Crown Royal y lo sostuve en alto. Lo sacudí. Las monedas tintinearón.

—Entrégame las monedas —dijo Rosanna.

Me crucé de brazos.

—No.

Volvió a entrecerrar los ojos.

—Nuestro acuerdo...

—Las verás cuando yo vea a la niña —respondí—. Hasta entonces te tendrás que conformar con el tintineo. —Volví a sacudir la bolsa.

Me miró con rencor.

—Decídete —dije—. No tengo toda la noche. ¿Quieres explicarle a Nicodemus que mandaste a la mierda su oportunidad de destruir las espadas? ¿O quieres ponerte en marcha y llevarnos junto a la niña?

En sus ojos apareció algo parecido a la rabia y el cálido tono marrón se convirtió en otro dorado y brillante. Sin embargo, solo hizo un leve y tenso movimiento de cabeza.

—Te llevaré hasta ella. Por aquí, por favor.

Los minutos siguientes me resultaron muy intensos, pero no me permití que se me notara. Si me había equivocado por completo en mis deducciones, algo que era posible y Dios sabía que había pasado antes, Michael, Sanya y yo estábamos a punto de adentrarnos en la guarida del león. De acuerdo, a Daniel le funcionó, pero él era la excepción a la regla. La mayoría de las veces solo les funcionaba bien a los leones. Por eso los persas los usaban como forma de ejecución.

De acuerdo, Michael trabajaba para el mismo jefe que Daniel y técnicamente Sanya también, si bien aún no había decidido si era eso lo que estaba haciendo. Pero yo y el Todopoderoso nunca nos habíamos sentado a charlar. No estoy muy seguro de Su posición en el asunto Harry Dresden y por lo tanto mi postura teológica ha sido siempre muy simple: intento no llamar la atención de nada Divino, divino o divinoide. Creo que todos somos más felices así.

De todos modos, teniendo en cuenta a quién me estaba enfrentando, no creía que fuese del todo inapropiado si recibiera un par de ayuditas. Esperaba que Michael hubiera hablado bien de mí.

Rosanna bajó andando por la calle y levantó una mano. Apareció una furgoneta entre la oscuridad de la noche, ocupada solo por el conductor, un tipo con el cuello grueso y la nariz rota cuyos ojos evidenciaban que no estaba del todo donde estaba. Uno de los fanáticos de Nick, probablemente. Se hacían cortar la lengua como muestra de honor y practicidad; según la perspectiva de Nicodemus, claro. Supongo que podría haberle dicho que abriera la boca para confirmarlo, pero me pareció un poco descortés.

Michael metió la cabeza en la furgoneta y examinó su interior. Entonces abrió educadamente la puerta del acompañante para Rosanna. La denaria le miró con un gesto neutro durante un instante y luego asintió y se deslizó en el interior del vehículo.

Sanya entró primero, en el asiento de más atrás. Yo lo hice después de Michael. Rosanna le murmuró algo al conductor y la furgoneta arrancó.

Sentí nervios durante un rato. La furgoneta se dirigió al oeste, en dirección opuesta al lago. Entonces el conductor giró hacia el norte y pasados unos minutos me di cuenta de que nos dirigíamos hacia uno de los puertos deportivos en el extremo norte de Lake Shore Drive. Me obligué a respirar con normalidad. Si los malos se daban cuenta de que ya habíamos supuesto su posición, las cosas se podrían poner feas muy pronto.

Michael parecía calmado, con el rostro imperturbable y las manos apoyadas en la envainada Amoraichius era la viva imagen de la santa serenidad. Sanya, a nuestra espalda, soltó un ronquido. No era tan santo como Michael, pero conllevaba la misma

alegre confianza. Traté de imitar su calma, con resultados contradictorios. No te pongas nervioso, Harry. Eres un tipo duro. Agua helada por las venas.

La furgoneta se detuvo en uno de los puertos de Northerly Island. Rosanna se bajó sin decir palabra y nosotros la seguimos. Caminó por la orilla hasta los muelles y luego hacia un modesto bote de esquí anclado en un extremo. Michael y yo subimos a bordo tras ella. Sanya desató los amarres del bote, lo empujó y saltó sin problemas la distancia entre el barco y la tierra firme.

Hicieron falta un par de minutos, pero Rosanna convenció a los viejos motores del barco para que cobraran vida y nos alejaron de las luces de la ciudad para adentrarnos en la oscuridad del gran lago.

Era espeluznante la velocidad a la que el mundo se volvía totalmente negro. Aquella extraña luz de las noches nevadas desaparecía en las aguas del lago, donde la nieve simplemente se hundía en las profundidades. Las nubes bajas nos iluminaron un poco durante un tiempo, al reflejar las luces de la ciudad, pero a medida que el bote continuaba avanzando hacia el centro del lago, hasta aquella luz fue menguando de tal manera que apenas pude distinguir los contornos del bote y sus ocupantes sobre el agua que nos rodeaba.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuvimos así, en la oscuridad. Me pareció una hora, pero no pudo ser más de la mitad. El barco botaba en las olas levantando salpicaduras que recubrían la proa de una resplandeciente capa de hielo. Se me revolvió un poco el estómago cuando intenté anticiparme al movimiento en la oscuridad y fallé en el intento.

Pasado un tiempo, el rugido del motor del barco murió y nos detuvimos del todo. El silencio era desorientador. He vivido toda mi vida adulta en Chicago. Estoy acostumbrado a la ciudad, a sus ritmos, su banda sonora. Los ruidos del tráfico, el traqueteo de los trenes elevados, las radios a todo volumen, los cláxones, los móviles, las sirenas, la música, los animales y la gente. Gente y más gente.

Pero allí afuera, en el centro de la vasta y fría vacuidad del lago, no había nada. El latido de la ciudad, las voces; nada, excepto el azote del agua en el casco del barco.

Esperé un par de minutos mientras el bote era mecido por las olas del lago. Ahora que nos desplazábamos sin el motor, el movimiento del bote me pareció realmente alarmante, pero no iba a ser yo el que empezara a lloriquear.

—¿Y bien? —preguntó Sanya cinco segundos antes de que lo hiciera yo—. ¿A qué estamos esperando?

—Una señal —murmuró Rosanna—. Preferiría que no fuera que nos llenen el suelo del bote de rocas y nos ahogemos todos, querido animal.

Saqué una luz química del bolsillo de mi guardapolvos. La liberé de su envoltorio, la doblé y de ella surgió un brillo verdoso que iluminó bastante bien la zona cercana a nosotros, teniendo en cuenta lo oscuro que había estado todo durante

la pasada media hora.

Rosanna se volvió para mirar la luz. En algún momento del trayecto había cambiado su forma humana por la de la figura demoníaca de piel roja, patas de cordero y alas de murciélago que vi en el acuario. Sus ojos, tanto los marrones como el par verde brillante, se centraron en la luz química y sonrió revelando unos colmillos blancos y delicadamente afilados.

—¿Nada de magia, mago? ¿Tanto miedo te da malgastar tu fuerza?

Tan lejos de la orilla, flotando sobre tanta agua, hubiera sido difícil armar un hechizo de tanta complejidad, pero estaba seguro de que Rosanna lo sabía tan bien como yo, si es que las lanzas de fuego que le vi lanzar en el Shedd indicaban algo. Hubiera sido malgastar energía que iba a necesitar luego. Sin embargo, recordé el agua helada que se suponía surcaba mis venas.

—En realidad, es que las luces brillantes me parecen divertidas —dije—. ¿Sabías que usaron estas cosas para la sangre del depredador de la peli de Arnold Schwarzenegger.

La sonrisa vaciló.

—¿De qué hablas?

—Ese es el problema de los casi inmortales como tú —dije—. No podríais reconocer una referencia de cultura popular aunque os correteara por el cuerpo e implantara un embrión en vuestro esófago.

En la parte trasera del bote, Sanya empezó a toser.

Rosanna lo miró un momento con una expresión ilegible en los ojos. Entonces, una muy leve sombra de melancolía afectó a sus rasgos y apartó el rostro de él. Caminó hacia la parte frontal del barco y se quedó allí mirando hacia la oscuridad del este con los brazos cruzados en el cuerpo y las alas envueltas sobre ella como una manta, adoptando una postura de inseguridad firmemente cerrada,

A Sanya no se le escapó nada. Había estado conteniendo una sonrisa, pero esta se transformó en una mueca incómoda ante la reacción de Rosanna. Sanya parecía a punto de decir algo, pero frunció el ceño y sacudió la cabeza. Giró la cabeza para mirar al agua. Continuaban cayendo grandes copos de nieve, meros parpadeos de tono verde cristalino bajo el brillo de la luz. Michael comenzó a tararear alegremente *Amazing Grace*. Debió aprender la canción de un baptista. Tenía una buena voz, rica y firme.

Me acerqué a Rosanna.

—Respóndeme a algo, ¿a cuántos caballeros has matado con ese rollo de la damisela apenada que te traes? —le dije en voz baja.

Sus ojos, ambos pares, me miraron de reojo durante un momento para luego volver a perderse en la noche.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. Tienes esa preciosa aura triste a tu alrededor, ese aspecto afligido y trágico. Y además eres muy guapa. Irradia de ti esa sensación, ya sabes, «sálvame, sálvame». Es probable que muchos jóvenes estén deseando montarte en su caballo blanco.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —me preguntó.

—Señora —dije—, hace dos o tres años hubiera sido el primero de la fila. Demonios, si pensara que vas en serio respecto a querer desertar, sería tal vez el primero en ayudarte. Pero no creo que quieras desertar, creo que si fueras tan patética como pareces, no controlarías ya a tu caído. Él te controlaría a ti. Creo que eres la teniente de confianza de Tessa por una razón, lo que significa que esta rutina de la dama trágica aprisionada es un mero montón de lágrimas de cocodrilo o una hipocresía de escala tan épica que se podría considerar una disfunción psicológica.

Continuó contemplando la oscuridad sin decir nada.

—No has respondido a mi pregunta —insistí.

—¿Por qué no lo dices en alto? —me preguntó en un tono bajo y amargo—. Si es lo que piensas de mí, entonces tus amigos deberían estar advertidos de lo traicionera que soy.

—De acuerdo —dije—. Si hago eso tus ojos se llenarán de lágrimas y te apartarás de mí. Les dejarás ver una lágrima cayendo por tu mejilla, luego girarás la cabeza lo bastante para que el viento haga que tu cabello oculte el resto. Tal vez incluso te tiemblen un poco los hombros. Y para entonces seré el mago malo y suspicaz que no perdona ni entiende, que le da caña a una pobre chica atrapada en un atolladero, una pobre chica que lo único que quiere en realidad es que la amen. No me tomes por tonto, Rosanna. No voy a ayudarte a que les engañes.

Los resplandecientes ojos verdes se volvieron para examinarme y la boca de Rosanna se movió para hablar con una voz femenina completamente diferente.

—Lasciel te enseñó algo de nosotros.

—Puede ser —contesté.

Delante del bote y un poco a la derecha, una luz se elevó en la oscuridad. Una hoguera, pensé. No hubiera podido decir a qué distancia estaba, la oscuridad de la noche y la nieve que caía no ayudaban.

—Allí —murmuró Rosanna—. Por allí. Disculpa.

Cuando caminé de vuelta al timón del barco, un hálito de viento suspiró sobre el lago. No era nada nuevo. El viento había estado soplando todo el tiempo durante la tormenta de nieve. Sin embargo, me llamó la atención aquella brisa en particular. Parecía fuera de lugar.

Tardé otros tres o cuatro segundos en darme cuenta de qué iba mal.

Era viento del sur. Y era cálido.

—Oh, oh —dije. Levanté la luz química y examiné las aguas a nuestro alrededor.

—¿Harry? —dijo Michael—. ¿Qué pasa?

—¿Sientes la brisa? —le pregunté.

—Da —dijo Sanya confuso—. Es cálida, ¿y?

Michael lo pilló.

—Verano está de camino —dijo.

Rosanna nos miró por encima del hombro.

—¿Qué?

—Llévanos a la orilla —le dije—. A las cosas que vienen a por mí no les importa una mierda si te eliminan a ti de paso.

Se volvió hacia el timón y encendió el motor. Balbució y resopló pero no se puso en marcha.

La brisa nos alcanzó de nuevo. En lugar de copos de nieve, comenzaron a caer unos densos pedazos de aguanieve a medio derretir. Se formó más hielo en el bote, densificándose casi visiblemente bajo el resplandor verdoso de mi luz. Las olas se hicieron más grandes y mecieron el bote cada vez con mayor fuerza.

—Vamos —me oí decir—. Vamos.

—¡Mira allí! —exclamó Sanya al tiempo que señalaba con un dedo el agua junto al barco.

Algo largo, marrón, fibroso y pegajoso surgió del agua y se enroscó en el brazo del caballero ruso desde la muñeca hasta el codo.

—Bozhe moi!

Otros dos tentáculos aparecieron desde ángulos diferentes. Uno atrapó el brazo de Sanya a la altura de los bíceps y el otro se enroscó en su cara y su cráneo. La cosa tiró de él y lo arrastró por medio barco hasta que me puse en movimiento y extendí la mano. Fui capaz de agarrarle por una bota antes de que cayera al agua por la borda. Fijé un pie a la pared del barco y tiré del pie de Sanya con todas mis fuerzas.

—¡Michael!

El motor del barco tosió, cedió, tartamudeó y volvió a morir.

—¡In nomine Dei Patri! —rugió Michael cuando sacó a Amoraacchius de su vaina. La ancha espada resplandeció en un único mandoble que cercenó los tentáculos que aprisionaban a Sanya. Los bordes del material cortado se alejaron del roce del acero de Amoraacchius como un papel consumido por el fuego.

Arrastré a Sanya de vuelta al bote y el gran ruso sacó enseguida su sable de la vaina, justo a tiempo para cortar otro fibroso tentáculo marrón.

—¿Qué es esto?

—Kelpies —gruñí. Si se habían enredado en los rotores del motor nuestro barco no iba a ir a ninguna parte—. ¡Vamos! —le aullé a Rosanna.

De repente el barco se meció violentamente hacia el otro lado. Giré la cabeza y vi varios kelpies subiendo por la borda. Eran unas cosas nebulosas y babosas vagamente

humanoides formadas de amasijos de algas húmedas. Tenían la boca abierta y pequeños puntos brillantes y plateados por ojos.

Me volví hacia ellos e hice un arco con la mano en el aire para desatar mi voluntad mientras gritaba:

—¡Forzare!

Una fuerza invisible expulsó a los kelpies de los laterales del barco, si bien dejaron atrás unos largos tentáculos de materia mojada colgando como muñones del casco de fiberglás. Gorgotearon al volar por los aires y cayeron al agua.

El motor del bote se encendió con un rugido. La parte trasera del barco se hundió y el morro se levantó al impulsarse hacia delante.

Uno de mis pies salió volando hacia arriba. Caí entre un revoloteo de brazos y piernas, vagamente consciente de que uno de los kelpies se las había arreglado para enroscar uno de sus tentáculos alrededor de mi tobillo. Fui arrastrado a la parte trasera del bote con una larga serie de dolorosos tirones e impactos. Apenas me dio tiempo a darme cuenta de que el barco estaba a punto de desaparecer bajo mi cuerpo. La cuestión sería entonces qué me mataría primero, el agua helada o el abrazo de lo que había en ella.

Entonces estalló un resplandor rojo y blanco, se oyó un silbido y un sonido seseante y una lanza de fuego impactó en uno de mis pies. Me precipité en caída libre y reboté en la pared trasera del bote antes de caer al suelo. Me salpicó la lluvia helada y el agua brutalmente fría. Al bajar la vista vi un tentáculo parecido a un alga fibrosa y ennegrecida desprenderse de mi tobillo sangrante. Sanya se agachó para retirar el resto de mi pierna y lanzarlo al agua por la borda. Me sangraba el tobillo. La sangre adquiriría un tono negro bajo la luz química verde. También manchaba la punta de Esperacchius.

Me aferré a mi pie, seseando de dolor.

—¡Maldita sea, Sanya!

El caballero miró hacia la oscuridad tras el bote y después a mi pierna.

—Ah, uy.

Michael se arrodilló junto a mí y examinó mi pie.

—Harry, estate quieto. —Me tocó el tobillo y me dolió lo suficiente para hacerme gritar algo respecto a sus antepasados—. No es grave, es larga pero superficial. —Abrió un estuche de cuero situado en el cinto de su espada, al otro lado de la vaina de Amorracchius, y sacó un pequeño botiquín. La espada de Sanya ya me había rasgado los vaqueros, pero Michael finalizó el trabajo para que los pantalones no me rozaran en la herida. Luego la limpió con un poco de gasa, vertió en ella el contenido de un tubo de plástico, la cubrió con un grueso y absorbente vendaje blanco y lo fijó con cinta. Sus manos rápidas y seguras hicieron todo aquello en solo dos o tres minutos. Para cuando terminó, el shock de la herida había pasado y comenzó el dolor.

—No puedo hacer mucho respecto al dolor —dijo—. Lo siento, Harry.

—Puedo vivir con el dolor —dije haciendo una mueca—. Dame un minuto.

—Lo siento, Dresden —se disculpó Sanya.

—Vale. No te atrevas a volver a salvarme la vida —le dije. Entonces coloqué la pierna sobre uno de los bancos de la parte de atrás del barco para mantenerla en alto y cerré los ojos. Había muchas maneras de lidiar con el dolor aparte de las drogas. De acuerdo, la mayoría no ayudaban demasiado, a menos que tuvieras varios años de entrenamiento en prácticas de concentración. Por fortuna era mi caso. La sombra de Lasciel me enseñó una técnica mental para bloquear el dolor tan efectiva que hasta daba un poco de miedo. La otra vez que la utilicé llegué hasta tal extremo que mi cuerpo se colapsó porque no fui consciente de lo grave de mi estado. Podría haber muerto.

Cuerpo o mente, corazón o alma. Todos somos humanos y se supone que debemos sentir dolor. Suprimirlo es por nuestra propia cuenta y riesgo.

Dicho esto, dado lo que se avecinaba y lo que teníamos a nuestras espaldas, en términos relativos no podía exponerme a más peligro ni tampoco podía permitirme ninguna distracción. Así que cerré los ojos, controlé mi respiración, me concentré y comencé a encerrar entre varios muros mentales el dolor de mi nueva herida, la nariz rota y los golpes de mi cuerpo. Tardé un par de minutos en conseguirlo. Cuando terminé, el sonido del motor del barco había pasado de ser un rugido a un gruñido bajo.

Al abrir los ojos me encontré a Michael y Sanya a ambos lados de mí, espada en mano, protegiéndome. En el frontal del barco, Rosanna apagó el motor y se giró para mirarme con intensidad durante un largo momento. Curvó un extremo de la boca en una ligera y cómplice sonrisa. Acto seguido se volvió de nuevo hacia delante y me di cuenta de que ahora había suficiente luz para distinguir el contorno de sus cuernos de demonio, delicadamente retorcidos.

Me incorporé y me topé de bruces con una isla que se cernía entre las aguas turbulentas del lago. Estaba cubierta de bosques y de la maleza propia de la zona del Medio Oeste de los Estados Unidos. Muchos árboles delgados rodeados de maleza, matorrales y raíces a un metro y medio o dos de profundidad. La nieve lo cubría casi todo y fue la luz que se reflejaba en ella lo que me permitió distinguir el perfil de Rosanna.

La línea de costa estaba ocupada por lo que parecía un viejo pueblo fantasma del Oeste, solo que este había sido abandonado hacía tanto tiempo que los árboles habían crecido en muchos recovecos para reclamar su espacio y la mayoría de los edificios se habían derrumbado. La visión de los árboles surgiendo de la mayoría de los que continuaban en pie me recordó, de alguna manera, a una colección de insectos con sus cuerpos vacíos clavados a una tarjeta identificativa. Un cartel, tan estropeado que

era ilegible, colgaba del único eslabón de una cadena oxidada. Se balanceaba con el viento y el viejo metal chirriaba. Reparé en el esqueleto de un viejo muelle más adelante en la misma orilla, cuyas columnas rotas de madera surgían del agua como los raigones de una dentadura podrida.

Contemplar aquel sitio me provocó una sensación de alerta ante la presencia de una vacía y estéril malevolencia. Aquel lugar me detestaba. No me quería allí. No tenía la más mínima consideración hacia mí. El cadáver de la pequeña ciudad era una declaración silenciosa de que había luchado contra gente como yo antes y había salido victorioso.

—Eh —le grité a Rosanna—. ¿Estás segura de que este es el sitio correcto?

Señaló hacia arriba sin decir nada. Seguí la dirección donde apuntaba su dedo hasta la falda de una colina de la isla y en ella vi la luz que avisté desde el lago. Ahora se distinguía con claridad. Se trataba de una hoguera sobre una colina tras la ciudad, en lo que parecía el punto más alto de la isla. Otra cosa se elevaba hacia el cielo, la forma oscura y rígida de un edificio o torre, aunque no pude discernir los detalles.

Rosanna apagó el motor por completo y el bote navegó silencioso camino del poste roto de madera más cercano a la orilla. La denaria se aupó a la parte frontal del barco y esperó con la cuerda preparada a que la proa de la embarcación tocara la madera. La ató al poste, saltó al agua y caminó el resto del trayecto hacia la orilla.

—Oh, vaya —murmuré—. Otra vez a mojarse.

Detrás de nosotros se elevaba un viento que acarreaba gorgoteos y gorjeos. Había estado en el norte varias veces y puede que se tratara de la llamada de un somorgujo; sin embargo, todos sabíamos bien que no lo era. Verano nos seguía todavía el rastro.

—No nos vamos a mojar menos por esperar aquí —dijo Michael.

—Hay hombres en esos árboles —murmuró Sanya, envainando la espada y tomando el Kalashnikov—. A treinta metros de la orilla, Y por allí. Son posiciones de ametralladora.

Gruñí.

—Movámonos. Antes de que se aburran y decidan que esto se parezca al desembarco de Normandía.

—Que Dios nos acompañe —rezó Michael en voz baja.

Preparé mi escopeta.

—Amén —dije.

Michael había hecho planes. Llevaba una docena de bolsas de calor químico de las que usan los cazadores para los puños de sus abrigos. Nos las pasó y nos las metimos en los calcetines al llegar a la orilla. De otra manera, no sé si hubiéramos conseguido subir la colina con tanta nieve, desde luego no con los pantalones empapados hasta las rodillas.

Rosanna, por supuesto, no tenía ningún problema con el tiempo. Con las alas envueltas a su alrededor como una capa, la forma demoniaca que ostentaba parecía inmune al frío. Sus pezuñas se desplazaban por la congelada y pedregosa falda de la colina con la habilidad de una cabra montañesa y su cola acabada en punta se meneaba dramáticamente cuando caminaba. Sanya iba detrás de ella, luego yo mismo y Michael cerraba la comitiva. No era un camino largo, pero contaba con demasiados elementos desagradables. La pequeña ciudad perteneció a una compañía y fue construida alrededor de una vieja fábrica de conservas que ahora se caía a pedazos al final de la ruinosa calle principal.

A mitad de la colina nos encontramos con un camino que resultaba obvio que había sido usado en los últimos días. Alguien lo había mantenido libre de nieve para dejar al descubierto un camino esculpido en la roca de la ladera con escalones de piedra que conducían hasta la cumbre y todo. Mientras subíamos por las escaleras, la forma de la parte superior de la colina se iba revelando a medida que la luz de la gran hoguera junto a ella la iluminaba más de cerca.

—Un faro —murmuré—. O lo que queda de él.

En su tiempo pudo haber sido una torre de unos veinte metros, pero se quebró tal vez a unos siete metros de altura, como si hubiera sido golpeada por la mano de un gigante. Varios faros salpicaban las costas e islas de los Grandes Lagos y, al igual que todas las estructuras semejantes, acumulaban más historias extrañas de las que les correspondían. Yo no había oído ninguna historia acerca de aquel, pero al contemplar las toscas piedras grises me dio la impresión de que podría haber tenido algo que ver con el hecho de que para que las historias extrañas se propagasen, alguien tenía que sobrevivir a un encuentro con oscuras entidades e iniciar el relato.

Al caminar por aquel lugar aterrador me daba la impresión de que no solo se trataba de un terreno maldito, sino que lo estaba a conciencia. Era el tipo de lugar que nunca ha inclinado la cabeza ante el avance del progreso, la civilización, la ciencia y la razón, que no sentía mayor aprecio por los hijos del intelecto humano que por sus progenitores. La isla parecía casi viva, consciente de mi presencia en un sentido que no podía realmente definir tangiblemente; consciente de ella y resentida y hostil por el hecho de que me encontrara allí.

No obstante, aquello no era lo extraño.

Lo más espeluznante era que me resultaba familiar.

Subiendo los escalones de piedra, mis piernas se instalaron en un constante patrón de movimiento, como si ya hubieran transcurrido por aquel camino miles de veces. Me desvié ligeramente en un escalón, sin ninguna razón aparente, para acto seguido oír a Michael, detrás de mí, seguir caminando en línea recta y tropezarse cuando la piedra que pisaba se movió debajo de su pie. Me sorprendí haciendo una silenciosa cuenta atrás cuyo final coincidió con el último escalón para llegar a la cima de la colina.

Además sabía, incluso antes de haberlo visto, que un lado del antiguo faro no tenía pared, revelando un interior tan ahuecado y vacío como el cañón de un fusil. Sabía que la pequeña casa de piedra construida contra la base de la torre continuaba razonablemente intacta, aunque alrededor de la mitad de las tejas de pizarra del techo se habían derrumbado hacia adentro y necesitaban ser reparadas. Sabía que la habían construido con las piedras de los escombros del faro. Sabía que la puerta de entrada hacía ruido al abrirla y que la puerta trasera, que no se veía desde mi posición, se hinchaba en los días de lluvia y se quedaba encajada en el marco, al igual que la puerta de... de mi casa.

También sabía que, por jodidamente extraño que me resultara todo aquello, no podía permitirme el lujo de pararme a considerarlo.

Nicodemus y compañía nos estaban esperando.

La lluvia en forma de aguanieve comenzaba a cubrirlo todo de una delgada capa de hielo, pero la hoguera encendida delante del muro derrumbado de la torre era lo bastante grande como para no verse afectada. Las llamas crepitaban elevándose tres o cuatro metros en el aire, ardiendo con una misteriosa luz violácea. El hielo que lo invadía todo creaba la ilusión de una neblina púrpura que se aferraba a cualquier cosa inanimada.

Junto a la hoguera habían apilado montones de piedras para formar algo que se asemejaba al trono de un antiguo rey pagano. Nicodemus, por supuesto, estaba sentado sobre ellas. Tessa estaba de pie a su derecha, con aspecto totalmente humano por primera vez desde nuestro primer encuentro. Era una chica menuda que apenas parecía lo bastante mayor para tener carnet de conducir. Llevaba puesto algo negro y ceñido a la piel. Deirdre se situaba de rodillas a los pies de Nicodemus. Teniendo delante a los tres juntos logré distinguir en la hija la mezcla de los rasgos de sus padres, sobre todo alrededor de los ojos. En ellos Deirdre evidenciaba la calculadora frialdad de Nicodemus y el egoísmo despiadado de Tessa.

La simiesca y enorme figura de Magog estaba agachada en la base de la pila de piedras. Sus ojos sombríos ardían por la sed de sangre. El denario espinoso al que le había dado una paliza con la mano plateada yacía recostado en el suelo, junto a Magog, con el rostro contraído por el odio y retorciendo y apretando los dedos de una

mano, si bien su cuerpo mutilado estaba totalmente inmóvil.

Un entusiasmo repentino me aceleró el corazón. Seguían siendo seis. Todavía no habían convencido a Ivy.

Alcé una mano y nos detuvimos al tiempo que Rosanna subía con brío los escalones para arrodillarse a la derecha de Tessa.

—Uau —dije arrastrando las palabras—. Vaya cuadro. ¿Habéis venido a hacer negocios u os habéis perdido de camino a las audiciones de *La familia Addams*?

—Hombres armados en la casa —murmuró Sanya por lo bajo.

—Bestias en las sombras detrás de la torre —susurró Michael.

Evité mirar. Si mis amigos decían que había tipos malos allí, es que así era, fin de la historia.

—Buenas noches, Dresden —dijo Nicodemus—. ¿Has traído la mercancía?

Hice sonar el saquito de Royal Crown y toqué con la cabeza la empuñadura de la espada de Shiro que me pendía del hombro.

—Sí, pero eso ya lo sabías, si no Rosie no nos hubiese traído hasta aquí. Dejémonos de formalidades. Muéstrame a la niña.

—Por supuesto —dijo Nicodemus. Hizo un gesto con una mano y las sombras, o su sombra, diría yo, se retiraron de repente del interior de la ruinosa torre del faro.

El espacio estaba lleno de la luz roja proveniente de los sigilos y glifos del círculo más grande y elaborado que jamás había visto, y eso que una vez vi uno hecho de plata, oro y piedras preciosas. Aquel incorporaba todo aquello y además piezas de arte, grotescas en su mayoría; sonido, surcando el aire con las ondas suaves y constantes de varios diapasones en posición vertical y campanas tubulares; y luz, enfocada a través de prismas y cristales, refractada en decenas de colores que se separaban y se doblaban para crear formas perfectamente geométricas en el aire alrededor del círculo.

Ivy estaba atrapada dentro.

He presenciado abusos bastante extremos, pero nunca resulta fácil ver otro más. La gente de Nick había usado la mayoría de los procedimientos clásicos para derribar las defensas de una persona, agregando además otros nuevos que no estaban al alcance de la gente normal. Para empezar le habían quitado la ropa a Ivy, algo que con aquel clima bordeaba el sadismo a múltiples niveles. Le habían afeitado la cabeza hasta dejarla calva, excepto por un par de tristes y desiguales mechones dorados. Estaba acurrucada en posición fetal y flotaba en el aire, girando lentamente al aparente azar. Tenía los ojos cerrados con fuerza y el rostro pálido por la desorientación y estaba aterrada.

En el exterior del círculo ataron a varias de aquellas espantosas bestias de caza, criaturas sin pelo que no se parecían a ningún ser del reino animal, si bien se podrían encuadrar en algún espacio intermedio entre una enorme pantera y un lobo. Parecían

hambrientas y no le quitaban ojo a la carne levitando ante ellas. Una rugió y se lanzó hacia delante hasta topar con el límite de su cadena, en un vano esfuerzo por atrapar entre sus garras a la vulnerable niña. Era imposible que la tocara, sin embargo Ivy dio un respingo y soltó un gemido ahogado.

Cuando giraba en el aire, sin duda una venganza deliberada por lo que le hizo a Magog en el acuario, docenas de pequeños arañazos y cardenales se hacían visibles, el resultado de una pequeña colección de mezquindades que para una niña que nunca había experimentado un dolor real en sus carnes eran dignas de la peor de sus pesadillas. Todo aquello (el dolor, la indefensión y la indignidad de la situación) resultaba más horrendo y terrible para Ivy por el hecho de ser una novedad en su vida. Aunque suelo asegurar que el dolor forma parte de la condición humana, cuando se le inflige a los niños me vuelvo un hipócrita.

Algunas cosas simplemente no deberían suceder.

—Ahí, ¿la ves? —dijo el señor de los denarios—. Sana y salva, como acordamos.

Me volví hacia Nicodemus, que estaba a diez segundos de que le patearan el culo. Sin embargo capté un vago brillo de algo parecido a satisfacción en sus ojos que provocó que mis reflejos listos para el combate se enfriaran casi de inmediato.

El maltrato que le habían dispensado a Ivy no solo tenía como fin predisponerla a la manipulación.

También servía para manipularme a mí. No era tan difícil entender el porqué. Después de todo, ya me había visto antes en una situación muy parecida.

Para los denarios no era bastaba con conseguir la espada. No podían romper, aplastar ni fundir Fidelacchius, de igual modo que la Iglesia no podía aplastar o fundir las treinta monedas de plata. El poder de la espada no era meramente físico y, mientras fuera blandida por gente de corazón e intenciones puras, haría falta algo más que fuerza física para desbaratarlo.

Por supuesto, si por poner un ejemplo le dabas la espada a, qué sé yo, un mago conocido por coquetear con las sombras de vez en cuando, tener mal carácter, perder los papeles ocasionalmente y tal vez quemar un edificio o dos cuando se enfadaba, aquello cambiaba por completo la situación. Exponle a una situación intensa, dale una muy buena razón para estar enfadado, procura que tenga a mano una poderosa arma mágica y entonces es posible que la coja y la utilice por pura rabia, a pesar de que su motivación para actuar no sería del todo pura. Al fin y al cabo había venido en paz para ofrecer la espada como sacrificio a cambio de una niña. Si blandía el arma y atacaba a Nicodemus y compañía, yo, su legítimo portador, usaría Fidelacchius, la Espada de la Fe, en un acto de perfidia.

Una vez lo hiciera, la Espada sería solo una espada, un mero objeto de acero y madera. Una vez lo hiciera, Nicodemus y su pequeña familia de locos podría destruir el arma. Para deshabilitar el poder del arma, necesitaban a alguien que realizara la

elección errónea, del mismo modo que el portador de una moneda debía tomar la decisión de devolverla para liberarse del caído en su interior. Necesitaban a alguien que poseyera derechos sobre la espada y tuviera la capacidad de decidir abusar de ellos.

Ya cometí el mismo error una vez, una noche de tormenta parecida a esta, cuando Michael me pidió que llevara *Amoracchius* en su lugar. Usé la Espada del Amor para salvar mi culo de las consecuencias de mis propias malas decisiones y casi logré que la destruyeran. Es lo que hubiera sucedido de no ser por la intervención de mi hermano, si bien por aquel entonces yo desconocía nuestro parentesco. Thomas no. Ya cuidaba de su hermanito pequeño incluso entonces.

No me malinterpreten, a veces puedo ser bastante descerebrado, en especial cuando hay una mujer involucrada. Sin embargo no era tan estúpido como para cometer dos veces un error tan garrafal.

Pero...

Nicodemus no sabía que ya lo había cometido una vez, ¿verdad?

De acuerdo, me conocía muy bien. Sabía que sus acciones habían despertado mi ira, sabía cómo reaccionaría al ver lo que le había hecho a Ivy y contaba con que obraría acorde a mi naturaleza, ayudándole de paso a desarmar a Fidelacchius.

Sería un juego peligroso, no en vano me enfrentaba a un oponente que llevaba mucho tiempo dando vueltas por el mundo, pero no le ganaría a Nick si no lo jugaba. Necesitaba ganar algo más de tiempo y asegurarme de que nuestras dos recompensas estaban al alcance de la mano antes de que empezaran los fuegos artificiales.

Así que le ofrecí lo que quería.

Estampé el extremo de mi bastón en el suelo con mi mano izquierda, agarré la empuñadura de Fidelacchius con la derecha y bramé:

—Sácala de esa cosa, Nicodemus. Ahora mismo.

Se rieron todos de mí al mismo tiempo, sin perder su actitud relajada y ofensiva. Hubiera sonado a ensayado si hubiera estado un poco menos coordinado. En vez de eso, sonó como algo que habían hecho muy a menudo durante muchos años y les salía con total naturalidad.

—Fijaos en su cara —murmuró Tessa sin preocuparse por esconder una risita infantil—. Está todo rojo.

Apreté la mandíbula tanto como pude. No es que me resultara muy difícil fingir estar enfadado, sin embargo traté de inyectarle a la situación un poco de las tablas de un actor de método. *Chúpate esa, sir Ian*. Saqué la espada unos cuatro o cinco centímetros de su vaina.

—Te lo estoy advirtiendo —dije al tiempo que trataba de echar un buen vistazo a mi alrededor—. Deja ir a la niña antes de que la cosa se ponga fea.

Debía de estar haciendo un gran trabajo con mi actuación. La voz de Michael

surgió aguda a mi espalda.

—Harry —dijo alarmado—. Espera.

Di dos pasos al frente, ignorando a Michael, y saqué la espada de su vaina. Fidelacchius era una clásica katana de punta cincelada embutida en lo que parecía un viejo bastón de madera. Había mantenido la hoja limpia y aceitada mientras la tuve bajo mi cuidado. Salió de la vaina sin hacer ningún sonido y brilló fría bajo la violeta luz procedente del fuego.

—He traído la espada —le dije a Nicodemus en un tono algo burlón—. ¿Ves? Es lo que querías a cambio de la niña, ¿verdad?

Entrecerró los ojos y miró fijamente la espada. Me di cuenta de que él llevaba una al cinto y Tessa al parecer también otra. Guay. Nota mental: no practicar esgrima con ellos. Soy alto y rápido y puedo dar una estocada desde la otra parte del país, pero cuando se trata de una verdadera lucha de espadas, soy un don nadie comparado con los espadachines de verdad, como por ejemplo Michael. No obstante, el propio Michael no se consideraba una verdadera amenaza para Nicodemus.

—Mago, ¿qué demonios te hace pensar que va a cumplir el trato ahora que estás aquí y la espada y las monedas también? —me preguntó Tessa con una voz que era más bien un ronroneo.

—Tal vez se te ha escapado, zorra —bramé—, pero las otras dos espadas también están aquí. Tal vez quieras pensártelo dos veces antes de convertir esto en una batalla.

Espinado Namshiel soltó una carcajada parecida al croar de una rana.

—¿Crees que seis de nosotros tememos enfrentarnos a dos caballeros?

—Diría que sois cinco y medio, inútil —repliqué al tiempo que daba otro paso hacia delante. Desde mi nueva posición veía mejor el interior de la torre—. Y hasta donde vosotros sabéis, os podéis estar enfrentando a tres caballeros.

Nicodemus sonrió, enseñando los dientes.

—Y hasta donde saben Michael y Sanya, Dresden, se podían estar enfrentando a siete denarios, no a seis. Después de todo, tú los condujiste hasta aquí.

—Harry —repitió Michael en un tono tenso.

—¡Cállate! —le medio grité a Nicodemus dando varios pasos al frente. Casi.

Magog soltó un rugido y se acercó a mí un metro, arañando el suelo con los pies y los nudillos mientras sacudía amenazador los cuernos de su cabeza.

Alcé la espada y saqué los dientes.

—Oh, ¿quieres un poco de esto, Maguila? —me burlé mientras daba otros dos pasos hacia delante—. Ven, te enseñaré cómo acaba siempre Kong.

¡Allí! en la base del muro de la torre, una desvencijada forma humana, ensangrentada, magullada, medio helada pero viva. Levantó la cabeza cuando me vio. Me encontré con los ojos del caballero Johnnie Marccone.

Le habían atado al muro con cuerdas, lo cual era casi una muestra de compasión;

con el tiempo que había hecho aquellos días, seguro que unas cadenas metálicas le hubieran matado. Un lado de su cara estaba lleno de cardenales, pero tenía los dos ojos abiertos. Había un montón de sangre en su cabeza. De hecho...

Demonios. Algo le había arrancado no muy limpiamente la mitad superior de la oreja izquierda, a tirones parecía. Tenía costras de sangre en los nudillos de la mano derecha. Marcone se los abrió contra algo antes de que le ataran. Había luchado.

Dejé de provocar y de inmediato empecé a retroceder hacia Michael y Sanya.

Magog se quedó donde estaba, con la cabeza ladeada de una manera algo cómica y una expresión confundida en su rostro simiesco.

Nicodemus se removió un poco en su trono al percibir que el plan que creía estar yendo tan bien había empezado a resquebrajarse.

—¡Michael! —exclamé al tiempo que lanzaba Fidelacchius detrás de mí.

—¡Matadlos! —espetó Nicodemus. Su voz resonó en toda la colina—. ¡Matadlos, ahora!

Tessa soltó un grito que sonó casi orgásmico y del interior de su cuerpo, despedazando la piel, emergió quitina roja y negra. Toda ella se estiró y se distendió hasta adquirir la forma de mantis. Deirdre seseó y arqueó la espalda casi imitando los movimientos de su madre, al tiempo que su cabello se alargaba y se convertía en tiras metálicas de acero y la piel se le oscurecía. Rosanna aulló e invocó fuego con sus manos, fuego infernal para ser exactos, mientras Espinado Namshiel alzaba la mano en el aire y reunía chispas de luz verde entre los dedos. Magog se limitó a gritar y cargar hacia nosotros.

Una docena de bestias lampiñas saltaron de entre las sombras aullando hambrientas y sedientas de sangre y se lanzaron contra nosotros con evidente menosprecio por su propia vida. Y por si todo aquello no fuera suficiente, media docena de brillantes puntos rojos provenientes de las miras láser de los hombres armados ocultos nos apuntaron entre la niebla y el aguanieve.

Oh, sí. Un plan espectacular, Harry.

Les tenía justo donde quería.

No me detuve a ver qué pasaba con la espada que acababa de lanzarle a Michael. Metí la mano en el guardapolvos y saqué la escopeta recortada. Solté el bastón, levanté la escopeta con ambas manos, giré la cara y un segundo antes de apretar el gatillo grité:

—¡A cubierto!

Una vez vi a Kincaid usar cartuchos de Aliento de Dragón contra los vampiros de la Corte Roja en una batalla en Wrigley Field. La imagen de aquellos cartuchos de escopeta vomitando chorros de fuego a quince metros fue espectacular. Desde entonces investigué un poco sobre las cosas divertidas que uno puede disparar con una escopeta y resulta que existe todo tipo de material interesante para dispararle a la gente. Sorprende la creatividad que se dedica al diseño de la munición especializada disponible en el mercado actual.

Mi favorito es un cartucho llamado Bola de fuego.

Dispara un chorro de partículas de metal sobrecalentadas, pedazos muy, muy diminutos de metal ardiendo a una temperatura de miles de grados. Se extienden en un enorme cono de fuego y luz de ochenta metros de largo, más resplandeciente y ardiente que cualquier fuego artificial que exista. Los servicios forestales los usan para empezar contrafuegos y las unidades especiales de armas para crear enormes y espectaculares distracciones.

Disparé dos cartuchos de Bola de fuego a la vez, directos al aire, y durante un instante la cima extrañamente iluminada por la hoguera se convirtió en una tarde de verano.

Incluso con los ojos cerrados y la cabeza girada, el mundo se tornó rosa brillante en mis párpados. Oí disparos provenientes de la cabaña y la hilera de árboles de la izquierda, pero los hombres armados que Nicodemus posicionó allí fueron cegados por el resplandor y pasaría un tiempo antes de que recuperaran la visión nocturna.

En parte aquel era el objetivo de utilizar los cartuchos de Bola de fuego en la oscuridad. No nos concedería mucho tiempo para actuar, apenas unos cuantos segundos, pero en unos cuantos segundos pueden pasar muchas cosas si estás preparado para usarlos bien. Solté la escopeta, cogí el bastón y cargué hacia delante gritando como un loco.

Michael y Sanya venían pisándome los talones. Michael blandía *Amoracchius* en la mano derecha y *Fidelacchius* en la izquierda. Ambas hojas se iluminaron con una leve luz parpadeante plateada mientras corría. Una de las bestias que merodeaba tras la torre cargó hacia delante por orden de Nicodemus, incluso cegada por el resplandor, pero tuvo la mala fortuna de pasarme de largo e ir directa hacia Michael. El caballero de la Cruz giró el cuerpo a la izquierda y luego a la derecha, dando

sendos mandobles con cada arma. Se oyó el seseo de las espadas, el golpe sordo de los impactos y un grito de dolor de la bestia. Michael siguió adelante sin apenas aminorar la velocidad de sus zancadas, dejando el cuerpo espasmódico de la bestia tras él en el suelo.

Entonces el aire se estremeció con la fuerza del grito de batalla de Magog y al girar la vista bruscamente me di cuenta de que se dirigía directo hacia mí. Ya había probado mi voluntad contra el poder de Magog y sabía que podía detenerle si no había otro remedio. También sabía que el esfuerzo necesario me dejaría vulnerable ante cualquiera de sus colegas. Así que en lugar de intentar detenerle, cuando la criatura simiesca se lanzó contra mí invoqué mi voluntad y arqueé el bastón en una curva parecida al *swing* de un golpe de golf.

—¡Forzare! —grité.

La fuerza invisible de mi voluntad surgió del bastón, se alió con la inercia de la carga de Magog y lo levantó del suelo. Magog salió volando sobre nuestras cabezas y se precipitó aullando por la escarpada falda rocosa de la colina por la que acabábamos de subir. El aullido animalesco se convirtió en una sarta de palabras feroces pronunciadas en una lengua que sonaba antigua, intercaladas de quejas y gritos de furia a medida que el enorme denario se descalabraba contra las piedras de la falda helada de la colina. Parecía más enfadado que herido, lo cual me hizo ser consciente de que solo le había despejado de la ecuación durante un momento.

Con suerte, sería suficiente.

Deirdre vino hacia nosotros desde el montón de piedras. Se desplazaba a cuatro patas, ayudándose de los versátiles mechones metálicos de su cabello para la locomoción. Su apariencia era la de una enorme y extravagante araña; hasta que Sanya alzó su Kalashnikov y comenzó a dispararle. Nada de soltar una ráfaga y rezar para que acertara. El ruso se detuvo y apuntó con esmero. Una bala rebotó en una roca dos centímetros a la izquierda de Deirdre, la segunda le atravesó un muslo y una tercera creó una lluvia de chispas procedentes de las hojas de acero cuando le rozó el cráneo. Dejó escapar un agudo grito de sorpresa, dolor y miedo y se escabulló entre las sombras tan rápido como una cucaracha pillada en mitad del pasillo al encender la luz.

Nos disparaban desde ambos lados, todavía a ciegas y al azar, pero las balas no eran por ello menos letales. Las balas son lo peor que hay. No son dramáticas en sí mismas, en realidad suenan parecido a los bichos grandes que pasan zumbando muy rápido junto a ti en un día de bochorno veraniego en el campo. Casi resulta difícil que te den miedo, a no ser que te des cuenta de lo que son en realidad. Hasta se puede decir que es útil, ese periodo de desconexión entre el momento en el que tus sentidos te dicen que la muerte está merodeando al azar a medio metro de ti, hasta que tu mente se las arregla para hacerte entender que es una idea terrible caminar entre ella.

Te da tiempo a actuar antes de asustarte tanto que decidas buscar un lugar entre las sombras y agazaparte en él.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grité sin dejar de correr. Nuestra única oportunidad era seguir hacia adelante, obligar a Nicodemus y compañía a quitarse de en medio y resguardarnos en el único refugio disponible en la cumbre de aquella colina.

—¡Matadlos! —rugió Nicodemus furioso, y acto seguido se oyó el sonido del viento encima de nosotros. Debió echar a volar sobre aquella sombra suya, como si se tratara de unas enormes alas de murciélago.

Más bestias acecharon a Michael y ambas espadas volvieron a atacar. La luz plateada brillaba cada vez con más fuerza en sus hojas. Sanya soltó un grito y la luz inundó ya sin paliativos la cumbre cuando *Esperacchius* se unió a la batalla. Mi propia sombra se oscureció delante de mí y el aire se llenó de los gritos de dolor de las bestias.

Delante de mí, Espinado Namshiel gruñó en una lengua desconocida para mí su frustración y evidente terror. Reparé en que tanto Tessa como la doncella infernal, Rosanna, habían desaparecido.

—¡Volved! —añadió Namshiel a la desesperada, con el brazo extendido en dirección al otro lado del trono de piedra.

Entonces se volvió hacia mí cuando oyó mis pies revolviendo la nieve mojada. Aún tenía una corona de luz verde en la mano y sacó los dientes gruñendo con una rabia amarga cuando sus ojos se centraron en la zona por donde yo corría. Agitó la mano para lanzarme una esfera de chisporroteante electricidad color esmeralda.

Mi brazalete escudo estaba listo y disponía de miedo, rabia y determinación de sobra para inyectar de poder a mis defensas. Rechacé la esfera y salió disparada hacia arriba sin causarme daño.

—Cachorrillo amateur —bramó Namshiel. Comenzó a reunir más de aquel enfermizo poder verde en las puntas de sus dedos. Hizo un extraño gesto y chasqueó los dedos. De repente, cinco pequeños hilos de luz verde se dirigieron hacia mí formando cinco espirales diferentes.

Giré el escudo para interceptar el nuevo ataque. Me di cuenta en el último segundo de que cada hilo de energía venía hacia mí en una longitud de onda ligeramente diferente del espectro de la energía mágica, una variación de frecuencias que mi escudo no podía cubrir. No al mismo tiempo, en cualquier caso. Rechacé tres y casi atrapé el cuarto, pero se me escapó por poco. El quinto ni siquiera lo toqué.

Algo que parecía el alambre frío y grasiento de un piano se envolvió alrededor de mi garganta y dejé de respirar.

—Mono insufrible y arrogante —seseó Namshiel—. Jugar con los fuegos de la creación. Unir tu alma a ellos como si fueras uno de nosotros. Cómo te atreves a creer tal cosa. Como te atreves a blandir fuego del alma contra mí. Yo, que estaba presente

cuando tu patética casta surgió del barro.

No se trataba tanto del hecho de que me estrangularan hasta la muerte, ni siquiera del monólogo megalómano al que me estaban sometiendo durante el proceso. Solo deseaba saber de qué demonios me estaba hablando. De acuerdo, le había dado una buena tunda con aquella mano plateada, pero se lo estaba tomando muy a pecho.

Perdí el hilo de lo que estaba pensando. Me dolía la cabeza y el cuello. Espinado Namshiel estaba relatando sobre algo. En serio, casi le salía espuma por la boca y todo. Justo hasta que *Amoracchius* resplandeció con una estela de fuego plateado, le separó la cabeza de los hombros y esta dio dos vueltas en el aire y cayó en la nieve.

De repente respiré hondo y el mundo empezó a volver a tener sentido.

Michael dio un paso al frente, le echó un solo vistazo al cuerpo de Namshiel y le cortó la mano derecha por la muñeca. Cogió la mano y la echó en el zurrón del cinto de su espada. Entretanto, Sanya se llevó el rifle al hombro y me ayudó a ponerme de pie.

—Vamos —dije casi incapaz de que las palabras me salieran de la garganta medio aplastada. Recuperé la verticalidad y le indiqué a Sanya con un movimiento de mano que me soltara y siguiera hacia delante—. Al faro, rápido.

Sanya me miró a mí y luego a la torre ahuecada. Acto seguido, envainó la espada para volver a armarse con el rifle. El enorme ruso avanzó hacia la torre con el Kalashnikov en ristre y disparó con precisión para meterle varias balas en la cabeza a cada una de las bestias encadenadas a los muros con el fin de atormentar a Ivy. La niña todavía flotaba en mitad del gran círculo.

Seguí a Sanya tan rápido como pude, boqueando para que entrara oxígeno en mi cuello dolorido. Cuando Michael y yo nos refugiamos en el anillo de piedras casi cerrado de la torre, los disparos a nuestro alrededor habían comenzado a acercarse. Los hombres estaban recuperando la visión nocturna. El diminuto periodo de confusión que creó el resplandor de los cartuchos Bola de fuego había tocado a su fin.

—¿Cómo lo sabías? —me preguntó Michael, jadeando—. ¿Cómo sabías que se separarían si atacábamos?

—No sobrevives dos mil años a este juego si no tienes los reflejos de un depredador —contesté—. Todos los depredadores del mundo reaccionan del mismo modo a un resplandor brillante y una ruidosa e inesperada carga. Se van por patas. No lo pueden evitar. Una costumbre de dos mil años es difícil de perder.

Sanya le disparó a otra bestia sin perder la calma.

Me encogí de hombros.

—Nicodemus y compañía creían saber cómo se iban a desarrollar los acontecimientos. Cuando no salieron como esperaban se pusieron nerviosos. Así que los caraníquel se largaron. —Fruncí los labios—. Por supuesto, volverán en un minuto. Y muy enfadados. Eh, ¿qué tal, Marccone?

—Dresden —dijo Marcone, como si nos acabáramos de cruzar en la puerta de una cafetería. Sonaba un poco cansado, aunque tranquilo. Si me paraba a pensarlo, era probable que fuese un indicativo de los cojones que tenía el señor del crimen—. ¿Puede ayudar a la niña?

Maldita sea. Eso es lo que más odio de Marcone. De vez en cuando dice o hace algo que me pone difícil endosarle la etiqueta de basura y criminal y archivarle en un cajón olvidado. Lo miré ofuscado. Él me miró de la misma manera, pero con una leve sonrisa cómplice. Murmuré algo por lo bajo y me volví para estudiar el elaborado círculo mientras Sanya acababa con las bestias que quedaban.

—Nunca he visto nada parecido —dijo Michael sin apartar la vista de aquello.

No le culpo. Incluso para un profesional, aquel círculo era impresionante. Tenía un montón de líneas y de remolinos luminosos que brillaban intensamente, algo que siempre otorgaba una apariencia fantástica, especialmente de noche. El oro, la plata y las piedras preciosas tampoco venían mal. El espectáculo de música y luz que montaban las campanadas y los cristales le añadía un maravilloso toquecito espeluznante al asunto, sobre todo teniendo en cuenta el arte grotesco que enmarcaba la simbología mágica del interior.

—Esto es de un nivel superior —dije en voz baja—. Pasará otro siglo, tal vez dos, antes de que yo sea lo suficientemente bueno para acercarse a este nivel. Es delicado. Si se moviera una sola cosa medio centímetro, se iría todo al demonio. Es poderoso. Cuando estás montando algo semejante, si cualquiera del par de docenas de flujos de energía se te escapara durante un mero instante, el conjunto al completo se desequilibraría y podría explotar con fuerza suficiente para reventar por los aires la parte superior de la ladera. Hay que ser un maldito genio para ensamblar un círculo así, Michael.

Levanté el bastón.

—Afortunadamente —comencé a decir al tiempo que lanzaba un golpe a dos manos hacia el más cercano soporte de fino y delicado cristal y este se rompía con una facilidad gratificante. La luz que encerraba en el círculo mayor empezó a vacilar y disiparse—. Solo se necesita un mono con un palo grande para desbaratarlo.

Me metí en el círculo a romper cosas con el bastón. Fue terapéutico. Dios sabe la de veces que los malos habían destruido el cuidadoso trabajo de alguien, por ejemplo al privar a la gente de sus hogares, de sus seres queridos o de la vida misma. Era agradable darles un poco de su propia medicina, para variar. Rompí los cristales que inclinaban la luz con el fin de formar la jaula que mantenía prisionera al Archivo. Retorcí e hice puré los diapasones que transformaban la cadencia de los sonidos. Aplasté las representaciones de esclavitud y encarcelamiento, cuyo único objeto era restringir la idea misma de libertad, y de ahí pasé a romper palos de marfil con runas, aplastar gemas con glifos inscritos y golpear hasta hacer ilegibles las placas doradas

grabadas con sigilos de aprisionamiento.

No estoy seguro de en qué punto comencé a gritar de rabia. En algún momento pensé que aquella gente había tomado la magia (el poder de la vida, de la creación, una fuerza destinada a crear y proteger, a aprender y preservar) y la habían retorcido hasta convertirla en una blasfemia, una obscenidad. La habían usado para aprisionar, atormentar, torturar y mutilar, con el único fin de esclavizar y destruir. Peor aun, habían vuelto la magia contra el Archivo, contra la salvaguarda del conocimiento mismo. Y todavía peor, contra una niña.

No paré hasta que hice pedazos su lujosa, elaborada y elegante cámara de tortura, hasta que pude arrastrar mi bastón por el último círculo dorado, en pleno corazón del diseño, y eché a perder su superficie, rompiendo así la estructura restante del hechizo.

Las energías de la prisión se desataron con un aullido rabioso y salieron disparadas hacia arriba en la forma de una furiosa columna de luz púrpura. Creí ver caras retorciéndose y dando vueltas en su interior durante unos pocos segundos, pero luego la luz se desvaneció e Ivy cayó inerte al frío suelo. Una mera niña pequeña, magullada, herida y seminconsciente por el frío.

Michael se colocó a mi lado de inmediato, se quitó la capa y envolví a Ivy en ella cuando me la dio. La niña emitió algunos sonidos de protesta, aunque en realidad no se encontraba consciente. La cogí y la apreté contra mí, echando mi propia capa sobre ella de paso.

Levanté la vista y me encontré con la mirada vigilante de Marcone. Sanya lo había liberado y era evidente que le había proporcionado la capa sobre su espalda. Marcone se agazapaba bajo el aguanieve envuelto en la capa blanca, sosteniendo uno de los paquetes de calor químico entre las manos. Era solo un poco más alto que la media y de complejión normal, así que la capa de Sanya lo envolvía por completo como una manta.

—¿Estará bien? —preguntó Marcone.

—Lo estará —dije convencido—. Lo estará, maldita sea.

—¡Abajo! —ladró Sanya.

Las balas levantaron chispas en el interior del faro y rebotaron dentro salvajemente. Todos nos agachamos. Me aseguré de interponer el cuerpo y mi guardapolvos entre Ivy y cualquier bala. Sanya se asomó un momento para soltar un par de ráfagas antes de volver enseguida a ponerse a cubierto. El volumen de los disparos desde el exterior aumentó.

—Están trayendo refuerzos de colina abajo —dijo Sanya—. Armas más pesadas.

Marcone echó un vistazo a su alrededor en el interior del faro ruinoso.

—Si alguno de ellos tiene granadas, esta va a ser una operación de rescate muy corta.

Sanya se volvió a asomar para disparar un par de veces y apenas le dio tiempo a

regresar a su posición antes de que el fuego de retorno mordiera la piedra donde estuvo un momento antes. Murmuró algo por lo bajo y cambió el cargador de su rifle.

El fuego enemigo cesó de repente. Reinó el silencio en la cima de la colina durante veinte o treinta segundos. Entonces, la voz de Nicodemus, llena de ira, surgió entre el aguanieve.

—¡Dresden!

—¿Qué? —respondí.

—Voy a darte una oportunidad de que sobrevivas a esto. Entrégame a la niña. Entrégame las monedas y la espada. Hazlo y te dejaré marchar con vida.

—¡Ja! —exclamé. Era posible que no me sintiera tan confiado como sonaba—. O tal vez me vaya desde aquí.

—¿Vas a cruzar al Más Allá desde donde estás? —preguntó Nicodemus—. Será mejor que le pidas al ruso que te meta una bala en la cabeza. Sé lo que vive al otro lado.

Teniendo en cuenta que habían elegido aquel lugar para colocar el círculo precisamente por tratarse de una fuente de intensas energías oscuras, no me costó creer que estuviera conectado a una zona peligrosa del Más Allá. Era casi seguro que Nicodemus no iba de farol.

—¿Cómo sé que no vas a matarme en cuanto consigas lo que quieres? —repuse.

—¡Harry! —seseó Michael.

Le mandé callar.

—Ambos sabemos lo que vale mi palabra —dijo Nicodemus en un tono seco—. En serio, Dresden, si no podemos confiar el uno en el otro, ¿qué sentido tiene que hablemos?

Ja. Ganar tiempo para esperar que se cumpliera la segunda parte de la misión de las Bolas de fuego, ese era el sentido.

Los dos chorros de fuego de ochenta metros cegaron momentáneamente a nuestros enemigos, cierto.

Pero también habían servido para otra cosa.

Marcone echó la cabeza hacia un lado durante un momento.

—¿Alguien más oye... una orquesta de cuerda? —murmuró.

—Ah —dije, y alcé el puño en el aire—. ¡Ajajá! ¿Habéis oído algo tan magníficamente pomposo y artificioso en vuestras vidas?

Unos graves y sonoros cuernos franceses se unieron a las cuerdas, resonando en la cumbre.

—¿Qué es eso? —murmuró Sanya.

—Eso —grazné—, ¡es Wagner, nene!

Que no se diga que «la que elige a los caídos» no sabe hacer una entrada.

La señorita Gard elevó el helicóptero Huey modificado desde la cara este de la

isla, volando a un centímetro de las copas de los árboles. *La cabalgata de las valquirias* atronaba desde los altavoces montados a los lados del helicóptero. Con aguanieve, viento y todo, el helicóptero surcaba la noche sin complicaciones, tras haber usado para orientarse los chorros de fuego de los cartuchos de Bola de fuego, visibles en la oscuridad del lago desde millas de distancia. El Huey giró de costado cuando se alzó en lo alto de la colina, con la música tan alta que removió la nieve de las copas de los árboles. La puerta lateral del helicóptero se abrió, revelando la presencia del señor Hendricks manejando una mini ametralladora de cañón giratorio fijada al puente del helicóptero. De manera totalmente ilegal, por supuesto.

Pero claro, supongo que es una de las mayores ventajas de trabajar con criminales. No les importan ese tipo de cosas.

Los cañones comenzaron a girar y el arma escupió una lengua de fuego. Tierra y nieve se elevaron en el aire formando una larga trinchera frente al cañón. Me arriesgué a echar una mirada y vi hombres vestidos de negro saltando para cubrirse cuando una ola de devastación asoló el campo abierto de la cima y convirtió la pila de piedras de Nicodemus en un montón de gravilla.

—¡Ahí va nuestro billete de vuelta! —dije—. ¡Vamos!

Sanya lideró la marcha, disparando más o menos al tuntún hacia los que no estaban en el suelo cubriéndose del fuego del helicóptero. Algunos efectivos de las tropas de Nicodemus estaban más locos que otros. Varios de ellos dieron un brinco y trataron de correr tras nosotros. La ametralladora había sido diseñada para derribar aviones, lo que sus proyectiles dejaban de los cuerpos humanos era apenas reconocible.

No había espacio para que aterrizara el helicóptero, así que bajaron una cuerda con un cabrestante por el otro lado mientras el helicóptero nos sobrevolaba. Vi a Luccio operar el cabrestante con el rostro pálido pero los ojos brillantes por la excitación. Ella era la causante de que Gard encontrara la señal. Le había dado a Anastasia un par de pelos míos para usarlos en un hechizo de seguimiento y me venía siguiendo desde que me marché para reunirme con Rosanna y finalizar el trato.

La cuerda bajó con un arnés.

—Marcone —grité sobre el sonido de las hélices y la ametralladora, es decir, gesticulando exageradamente—. Usted primero. Ese era el trato.

Sacudió la cabeza y señaló a Ivy con el dedo.

Solté un gruñido, le puse a la niña en los brazos y empezó a colocarse el arnés. Lo logró en apenas un segundo. Bastaron un par más para que le tuviéramos asegurado al arnés con la seminconsciente Ivy apretada contra sí. Levanté el pulgar para indicarle a Luccio que adelante y acto seguido Marcone y Ivy ascendieron grácilmente por la cuerda hasta el helicóptero envueltos en la capa blanca, cuyas cruces rojas destacaban bastante con la luz invernal. Luccio los ayudó a entrar y un segundo después el arnés

vacío volvió a bajar.

—¡Sanya! —dije.

El ruso me pasó el Kalashnikov, se colocó el arnés y ascendió al helicóptero. El arnés vacío volvió a caer, aunque ahora se producían ráfagas ocasionales de armamento pesado provenientes de la falda de la colina, como resultaba evidente por el rastro de fuego que aparecía a veces en mitad de la oscuridad de la noche. El fuego mucho más potente de nuestra ametralladora respondió de inmediato, pero Gard no podía dejar allí el helicóptero durante mucho más tiempo.

—¡Harry! —dijo Michael ofreciéndome el arnés.

Estuve a punto de cogerlo, pero levanté la vista sin pretenderlo y me encontré con la mirada de Gard en el asiento del piloto, a través de la burbuja de plexiglás. Contemplaba a Michael con una intensidad alarmante que ya le había visto en la cara en otra ocasión. Mi corazón comenzó a latir a toda prisa de puro terror.

La última vez que vi aquella mirada me encontraba en el callejón exterior de Bock Ordered Books, en Chicago, y una nigromante llamada la habitacadáveres y un necrófago llamado Li Xian habían estado a punto de asesinarme. Unos pocos minutos más tarde Gard le dijo a Marcone que había visto que mi destino era morir allí. La única razón por la que sobreviví fue gracias a la intervención de Marcone.

Pero aunque no hubiera visto antes aquella mirada en su rostro, me imagino que si una valquiria revoloteando sobre un campo de batalla se interesa tanto en un guerrero en particular, no es algo precisamente bueno.

Le había hecho una promesa al pequeño saltamontes. Si las cosas se iban a poner peliagudas para el que se quedara en el suelo, no sería el padre de Molly quien tuviera que lidiar con ello.

—Tú primero —dije.

Comenzó a discutir.

Le endosé el arnés en el pecho.

—¡Maldita sea, Michael!

Hizo una mueca, sacudió la cabeza y envainó *Amoracchius*. Se metió a toda prisa en el arnés sin soltar Fidelacchius. Le di a Luccio la indicación con el pulgar y Michael comenzó a subir. Gard arrugó un poco la frente y algo de mi tensión comenzó a aliviarse.

Tessa y Rosanna salieron en aquel momento de debajo de sus velos, tan buenos como los de Molly. No había que ser Sherlock Holmes para adivinar quién hizo el grueso del trabajo del círculo que contuvo al Archivo. Disponía de medio segundo para actuar, pero me enredé en el agarre del arma que me había dado Sanya para defenderme en caso de que me atacasen de repente. Gracias, Sanya.

Tessa, con su preciosa cara humana al descubierto y un destello de locura en los ojos, me lanzó una garra de mantis a la cara y apenas tuve tiempo de interponer el

rifle entre nosotros para que no me arrancara la cabeza. Solo que en lugar de destrozar el arma, tal como esperaba, me la arrebató de las manos con la misma facilidad que le hubiera quitado un caramelo a un niño y se giró para apartarse de mí.

Acto seguido me guiñó un ojo, me lanzó un beso y abrió fuego hacia Michael con el Kalashnikov en modo automático, a menos de cuatro metros de distancia.

Mi amigo no gritó cuando las balas penetraron en su cuerpo. Se agitó una sola vez en medio de un chorro escarlata y se quedó inerte.

Fidelacchius se le escapó de los dedos y cayó al suelo.

Saltaron chispas del Huey cuando las balas alcanzaron también a la máquina. Una ráfaga de llamas y humo surgió de una abertura en un lateral del fuselaje. El helicóptero se volcó hacia un lado y durante un segundo pensé que simplemente iba a dar una vuelta de campana y estrellarse contra el suelo. Sin embargo, se recuperó dando tumbos en el aire, reuniendo impulso como un coche que resbala por una colina helada. Arrastraba todavía la cuerda con el cuerpo inerte de Michael, de tal modo que mi amigo parecía el cebo de una caña de pescar.

Y entonces desapareció en la oscuridad.

Si bien parte de mí advirtió todo lo que sucedía, el resto de mi ser empezó a gritar de pura y roja rabia, de agonía, negando lo ocurrido.

Estaba bastante seguro de haber averiguado quién me había quitado la vara. Estaba bastante seguro de por qué lo habían hecho. Incluso pensé que, visto desde cierto punto de vista, no era una idea del todo estúpida.

Pero en aquel momento ya no me importaba.

No tenía la vara encima y no estaba seguro de que mi poder natural, por muy furioso que estuviera, fuese suficiente para hacerle daño a Tessa a través de las defensas que le otorgaba el caído. Nunca fui muy preciso sin ayuda artificial.

Ahora mismo, aquello tampoco me importaba.

Concentré toda la rabia, la ira, el odio, la negación y el dolor. Bloqueé de mi mente el resto del universo, salvo el pensamiento del cuerpo sanguinolento de mi amigo colgando de una cuerda y un punto a cinco centímetros del centro del pecho de Tessa.

Entonces cogí aire, levanté una mano sobre mi cabeza y grité con toda la fuerza de mi garganta dolorida, tan alto que sentí algo romperse.

—¡Fuego, pyrofuego! —Clavé en el aire delante de mí los dos primeros dedos de mi mano derecha, desatando mi furia y mi voluntad—. ¡Arde!

Una barra de fuego blanco y azul tan densa que casi era un objeto sólido surcó la distancia entre mí y Tessa y se estrelló contra ella como una enorme lanza.

La denaria con forma de mantis echó hacia atrás su bonito rostro y gritó de agonía cuando el haz de fuego la atravesó creando un ancho agujero que se volvió incluso más ancho antes de sellarse a si mismo. Cayó, aullando y retorciéndose con violencia, quemada por un fuego mucho más mortífero y destructivo que cualquiera invocado antes por mí, con o sin vara.

Sentí algo moviéndose cerca de mí y rodé hacia un lado justo antes de que una pezuña de Rosanna rasgara el aire donde estuvo mi muslo un momento antes. De haberme alcanzado, me hubiera desgarrado la carne hasta el hueso. Le propiné un golpe en la cara con mi bastón, lo que la obligó a agacharse, y acto seguido lancé una ráfaga de voluntad.

—¡Forzare! —grité al hacerlo. No fue mi mejor ataque cinético, pero fue un golpe lo bastante fuerte para mandarla cuatro metros por los aires y dando tumbos por el suelo.

Vi dónde había caído Fidelacchius y cogí la espada por su empuñadura. Cuando rodeé el arma con los dedos me quedaron claros varios puntos a base de fría lógica, como si me los explicara un viejo sabio, calmado y racional totalmente ajeno a mi rabia.

Primero, me di cuenta de que estaba en una isla perdida en mitad del lago Michigan, con la única compañía de unos cuantos locos y los ángeles caídos.

Segundo, todavía tenía en mi poder las monedas y la espada que Nicodemus deseaba y por lo tanto seguiría yendo a por mí.

Tercero, era probable que los denarios estuvieran bastante fastidiados, ya que les había arrebatado el premio gordo.

Cuarto...

El suelo tembló, como si lo hubiera apisonado un enorme pie.

Cuarto, que desde que confundí a las huestes de Verano en sus intentos de rastrearne con la hoja de roble, el Hermano Mayor Bronco había estado esperando a que usara magia de fuego en batalla, la misma magia que ligué al poder de la dama de Verano dos años antes en Arctis Tor. Era la razón más probable por la que Mab, la sospechosa más clara de haber trasteado en mi cabeza, me había arrebatado la vara y mis recuerdos de cómo usar fuego en la lucha. Evitaba así que revelara mi presencia a Verano involuntariamente cada vez que participara en una batalla.

Justo lo que acababa de hacer. El Hermano Mayor Bronco seguramente estaría ya de camino.

Y quinto, y último, fui consciente de que no tenía otra manera de escapar de aquella estúpida y espeluznante isla que me era tan familiar a menos que bajara a los muelles y usara el bote en el que había venido.

Me seguía tentando la idea de atacar a la gente que le había hecho daño a mi amigo, pero debía elegir entre hacerlo o sobrevivir. Si me mataban, le estaría entregando armas muy poderosas para continuar una guerra que Michael se había pasado la vida luchando por acabar.

Mi única opción era correr. Siendo realistas, ni siquiera escapar era algo probable, pero no me quedaba otra.

Así que devolví la espada a su vaina, me orienté para localizar la pequeña ciudad derruida donde habíamos desembarcado y corrí. Muy rápido.

Vale, no soy tan fuerte como esos tipos tan grandes tipo Michael o Sanya. No manejo la espada tan bien como Nicodemus o Shiro. Tampoco tengo todavía la experiencia y la habilidad para superar a magos y hechiceros realmente experimentados que llevan siglos rondando por el mundo, como el guardián de la puerta o Espinado Namshiel.

Sin embargo, les ganaría a todos en una carrera. Seguro. Corro mucho, y no para tener buen aspecto o permanecer delgado, corro para ganarle a cualquier cosa que me persiga con la intención de matarme. Cuando tienes dos piernas tan largas como las mías te puedes mover muy bien si estás delgado y en buena forma. Llegué a los bosques corriendo como un ciervo, sin salir del sendero por el que habíamos subido. La nieve facilitaba la visión del camino y aunque en una hora o dos el terreno se

convertiría en una lámina de hielo, de momento el agarre era excelente.

Advertí la confusión reinante. Me estaba beneficiando del caos causado por la entrada de Gard. Los hombres gritaban en el bosque tratando de averiguar lo que estaba sucediendo, ayudaban a los heridos y cumplían las órdenes contradictorias fruto de los huecos causados en la cadena de mando por Hendricks y su ametralladora. Las radios chasqueaban y los hombres elevaban sus voces porque no funcionaban bien, como era normal en una zona con tal concentración de energía mágica.

El hecho de que la mayoría de aquellos tipos no tuviera lengua tampoco es que ayudara demasiado. Nick debería haber aceptado mi consejo y leer el manual del buen villano. En serio.

Alguien me gritó algo desde mi derecha, a apenas unos pocos metros. Las palabras sonaron totalmente deslavazadas e ininteligibles. Le grité algo en un tono similar fingiendo que tampoco tenía lengua y de paso le regalé un gesto soez. No sé si es que la charada fue perfecta o simplemente fue producto de la sorpresa, pero en cualquier caso conseguí el mismo efecto. Pasé a su lado sin que reaccionara de ninguna manera.

Cuando llegué a las ruinas de la pequeña ciudad conservera y a su muelle principal junto a la orilla pensé que estaba a salvo.

Y entonces oí el grito de Magog descender por la colina. Se acercaba a mí a una velocidad que doblaba fácilmente la mía. Era lo peor de aquellas criaturas que colaboraban con demonios. Aunque no hicieran ejercicio ni practicasen, corrían más rápido que dedicados corredores como yo que sudábamos y nos esforzábamos por mejorar nuestra habilidad para mover el culo. Capullos.

Estaba claro que Magog iba en mi persecución o al menos que bajaba por la colina camino del muelle y el barco para impedirme cualquier vía de escape. Disponía de poco tiempo para encontrar un sitio donde no reparara en mí. Acabé agachado junto a la larga e imponente estructura cavernosa y plagada de sombras del edificio que parecía haber sido una vez la sede de la fábrica de conservas.

El tejado se había derrumbado por varios lugares y la nieve cubría tal vez una tercera parte del suelo proporcionando algo parecido a luz. La mayoría de los muros seguían todavía en pie, sin embargo el suelo me despertaba serias dudas. No había espacio para un sótano grande, al estar tan cerca del agua, pero había de sobra para romperme una pierna si pisaba una tabla podrida. Tendría que quedarme cerca de la pared y rezar lo que supiera.

Por una vez, la superioridad numérica del enemigo me beneficiaba. Si Nicodemus solo hubiera venido acompañado de sus colegas denarios, únicamente habría huellas de pezuñas, mantis, simios y cosas así en la nieve de la isla. Pero no, tuvo que traer también a docenas y docenas de soldados de a pie, así que había huellas humanas

normales por todas partes. Otro par no iba a destacar. Así que lo único que debía hacer era entrar en el edificio, perderme de vista y esperar a que Magog pasara de largo.

Acababa de agacharme para empezar a imitar a un ratón cuando la madera antigua y medio podrida de la vieja conservería vibró en las suelas de mis zapatos. Luego otra vez y de nuevo otra, como si se sucedieran varios pasitos lentos y rítmicos.

Dichas vibraciones precedieron al sonido del pesado arrastre de los pies del correoso Magog por la nieve, acompañado de la constante exhalación de unos pulmones que parecían el fuelle de un herrero. Acto seguido oí al denario detenerse de repente en la nieve y bufar por la sorpresa. Soltó un enorme rugido desafiante.

—Márchate de este lugar, criatura. Mi disputa no es contigo —dijo una voz muy profunda y resonante.

Magog respondió con un aullido y escupió algunas palabras en una lengua que no entendí

—No obstante, Mayor —dijo la enorme voz con amabilidad y respeto—, yo también tengo un deber que no puedo rehuir. No hace falta que entablemos enemistad esta noche. Marcha en paz con tu bestia de carga, Mayor.

Magog volvió a rugir en aquella lengua extranjera.

La voz profunda se endureció.

—No busco disputa contigo, caído. Te lo suplico, no confundas una intención pacífica con debilidad. Márchate o te destruiré.

El denario con forma de gorila aulló. Oí sus garras hundiéndose en el suelo y rasgándolo antes de precipitarse contra el origen de la resonante voz.

Magog parecía contar con un vocabulario bastante limitado a la hora de replicar con estilo.

No vi lo que pasó después. Se produjo un resplandor de luz dorada y verde, como si el brillo del sol se reflejara en una fresca y verde hierba primaveral. Además, una detonación estalló en el aire con un sonido que no llegaba a ser un trueno ni una explosión de fuego. Resultaba más penetrante que alto, de tal modo que la sentí por toda la superficie de mi cuerpo tanto o más que en los tímpanos.

El muro de la conservería explotó hacia dentro y Magog, o lo que quedaba de Magog, entró disparado a través de él. Aterrizó en el suelo, a seis metros de mí. Le faltaban enormes pedazos a la parte delantera del cuerpo de gorila, incluidos los muslos y la mayoría de la mitad frontal del torso. No era una herida descarnada. Los pedazos ausentes estaban iluminados por un suave fulgor verde y amarillo que parecía sellar la sangre. Ante mis ojos, Magog se revolvió una última vez antes de quedar inerte. Pequeños brotes verdes florecieron del cadáver del caído durante un par de segundos, desplegaron sus hojas y despertaron a la vida en forma de flores

salvajes en medio de una explosión de color.

La capa de plantas en flor parecía devorar el cuerpo de gorila sobre el cuerpo mortal de debajo. Se trataba de un joven musculoso que fue apareciendo poco a poco, aunque todavía envuelto modestamente en un velo de flores. Estaba muerto del todo, sus ojos tenían un aspecto vidrioso, vacío, y del hueco donde estuvo su corazón surgían también flores. Llevaba un collar de cuero del cual colgaba un marco de goma parecido a la identificación de un perro con otro de los denarios ennegrecidos. Era apenas un niño, en el mejor de los casos rondaría la edad de Molly.

Se oyó un suspiro profundo y resonante procedente del exterior. Luego, otra pisada que estremeció la tierra. Y otra.

Se acercaba.

Mi corazón dio un salto hasta mis dientes. No tenía ni idea de quién estaba allí afuera, sin embargo su manera de hablar dejaba a las claras que era un sidhe. Les gustaba hablar a la antigua. O tal vez sería justo decir que habían hablado siempre así. En cualquier caso, apostarí cualquier cosa a que se trataba del Hermano Mayor Bronco buscando saldar las cuentas pendientes con el campeón de Invierno. Y teniendo en cuenta que había despachado a uno de los denarios como si fuera un mero duendecillo revoltoso, yo tenía todas las de perder.

Di un paso atrás sin pensarlo cuando se produjo de nuevo aquel golpe y el suelo bajos mis pies crujió precariamente.

Aquello me dio una idea. Cuanto más grande... etcétera. Si el mayor de los broncos era incluso más grande que el anterior, tal vez podría usar el desvencijado suelo en su contra, al menos durante el tiempo suficiente para llegar hasta el barco y lograr salir de la isla. Las aguas abiertas eran otro fantástico elemento neutralizador de la supuesta ventaja de un gran tamaño. Ponerme metas realistas siempre fue la clave de mi éxito. No tenía que vencer en combate a aquella cosa, solo debía sobrevivir el tiempo justo para conseguir escapar.

Me arriesgué. Elegí la tabla de aspecto más sólido que encontré, crucé el edificio de lado a lado hasta el otro extremo, el más cercano al agua, y me giré para colocarme de frente al agujero formado en el muro por el cuerpo de Magog.

Pum, pum, pum.

Preparé mi voluntad y saqué el brazalete escudo por si lo necesitaba. Levanté el bastón y apunté hacia donde pensaba que estaría la cabeza del mayor de los broncos cuando entrara. Así sabría que iba en serio.

Pum. Pum. Pum.

Apunté un poco más alto.

Pum. Pum.

La frente se me llenó de sudor.

Pum. Pum.

¿Tan lejos estaba aquel tipo?

Pum. Pum.

Ya la cosa se estaba poniendo ridícula.

Pum. Pum.

Y el Hermano Mayor Bronco apareció en la abertura.

Medía metro y medio. Un poco más, si acaso.

Llevaba una túnica con la capucha echada hacia atrás, de tal modo que pude ver claramente sus cuernos enroscados, los rasgos de cabra, la larga barba blanca y los ojos amarillos con las pupilas en forma de reloj de arena.

En la mano derecha portaba un bastón de madera tallado con runas casi idéntico al mío. Dio un paso torpe hacia el interior apoyándose en el bastón y cuando plantó su herramienta en el suelo, esta parpadeó con una luz verde que se extendió por el suelo bajo él como una ruidosa onda. Pum.

Las tablas del suelo crujieron bajo él. Cautamente, se detuvo y se colocó frente a mí en silencio. Colocó ambas manos sobre el bastón. Su túnica iba sujeta con un pedazo de cuerda vieja. Tres estolas de color púrpura colgaban de ella, desvaídas y raídas por el paso del tiempo.

Eran los mantos que lucían los miembros del Consejo de Veteranos, los líderes del Consejo Blanco de magos. Se trataba, en general, de los magos más ancianos y fuertes del planeta.

Y era evidente que el Hermano Mayor Bronco había matado en duelo a tres de ellos.

—Hoy no es mi día —dije.

El bronco me miró con solemnidad.

—Saludos, joven mago. —Tenía una voz profunda y resonante, demasiado enorme y rica para el marco de donde provenía—. Sabes a qué he venido.

—Lo más probable es que a darme muerte.

—Sí —dijo el bronco—. Por orden de mi reina y en defensa del honor de Verano.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué iba a querer Verano que los denarios capturaran a Marcón? ¿Por qué iba a querer Verano que el Archivo estuviera bajo su control?

El bronco se limitó a mirarme durante un largo momento, pero cuando habló hubiera jurado que su voz sonaba reflexiva. Tal vez incluso preocupada.

—No me corresponde poseer conocimiento sobre tales cosas. Ni preguntar.

—Los broncos son los campeones de Verano en este asunto, ¿verdad? —le pregunté—. ¿A quién le corresponde si no a vosotros?

—¿Qué dices, mago? —repuso el bronco—. ¿Te has preguntado si la malvada reina de Invierno desearía que evitaras que Marcón fuera capturado por los sirvientes de la sombra más oscura? ¿Por qué alguien que ambiciona la destrucción y

la muerte desearía proteger y preservar al Archivo?

—Me lo he preguntado, sí —aseguré.

—¿Y qué respuesta has encontrado?

—Bronco —dije—. Me las veo y me las deseo para entender por qué las mujeres mortales hacen lo que hacen. Haría falta un hombre más sabio que yo para saber lo que hay en la cabeza de una mujer hada.

El Hermano Mayor Bronco me miró inexpresivo durante un segundo. Acto seguido echó la cabeza hacia atrás e hizo un sonido que... bueno, se parecía al rebuzno de un burro más que a otra cosa. Jia, jia, jia.

Se estaba riendo.

Yo también me reí. No pude evitarlo. Aquel día había sido demasiado para mí y la risa me hacía sentir muy bien. Continué riendo hasta que me dolió el estómago. Al ver que yo me reía, el bronco se rió más todavía y se asemejó más si cabe a un burro, lo que provocó que me desternillara sin paliativos.

Pasaron dos o tres agradables minutos hasta que recuperamos la compostura.

—Les cuentan a los niños historias sobre vosotros, como ya sabrás —dije.

—¿Todavía?

Asentí.

—Historias sobre pequeños cabritillos que derrotan a grandes y malvados trols a base de inteligencia, hasta que llegan sus fuertes hermanos mayores y ponen a los trols en su lugar.

El bronco gruñó.

—Nosotros también oímos cuentos sobre ti, joven mago.

Parpadeé.

—¿Qué?

—A nosotros también nos gustan las historias sobre... —Sus ojos buscaron en su memoria la palabra que buscaba y sonrió, complacido. El gesto en su rostro no era violento sino agradable—. Subestimados.

Bufé.

—Bueno, supongo que esta es una más.

La sonrisa del bronco se evaporó.

—No me gusta que me comparen con un trol.

—Entonces cambia tu papel —dije.

El bronco sacudió la cabeza.

—Eso no puedo hacerlo. Sirvo a Verano. Sirvo a mi reina.

—Pero todo ha terminado ya —dije—. Marcone está libre. Igual que Ivy.

—Sin embargo tú estás aquí, en el lugar del conflicto —dijo el bronco, amable—. Al igual que yo. El asunto no está cerrado, por lo tanto debo cumplir mis obligaciones, aunque lo lamente mucho, mago. Solo siento admiración hacia ti, en un

sentido personal.

Ladeé la cabeza y lo miré intensamente.

—Dices que sirves a Verano y a la reina. ¿En ese orden?

El bronco imitó mi gesto con una mirada interrogante.

Busqué en el bolsillo y saqué la otra cosa que cogí de mi apartamento, la pequeña hoja plateada de roble que Míster estuvo batiendo sobre Pequeño Chicago. Imaginaba que habían dejado de usarla cuando se cansaron de que Míster y su menta les despistaran.

El bronco abrió los ojos de par en par.

—El hechizo de confusión que empleaste contra el nuestro de seguimiento resultó muy eficaz. Esperaba que me contaras cómo lo hiciste.

—Secreto del gremio —afirmé—. Sin embargo, sabes lo que conlleva este alfiler.

—Ciertamente —respondió—. Fuiste nombrado escudero de Verano y se te fue concedida tal bendición, no obstante... —Sacudió la cabeza—. Una bendición puede ser importante, pero no en un asunto tan grave. No puedes pedirme que me ponga de tu lado en un conflicto entre las propias Cortes.

—No lo haré —dije—. Solo para que me quede claro, ¿el asunto quedará zanjado cuando ambos abandonemos esta isla?

—Una vez que estés de nuevo a salvo en Chicago, sí, así será.

—Entonces le pido a Verano que honre el compromiso hacia mí y la deuda contraída cuando golpeé el corazón de Invierno en vuestro nombre.

El bronco levantó las orejas.

—¿Qué?

—Quiero que me consigas un donut —dije—. Un verdadero y genuino donut de Chicago. No uno glamuroso. Uno de verdad. Recién hecho.

El bronco me enseñó los dientes al sonreír.

—Por supuesto —dije—, en lugar de eso podrías darme muerte y negarme la bendición que gané legítimamente a base de sangre y fuego, asegurando así que Verano reniegue de una deuda contraída y no la cumpla. Pero no creo que eso sea muy bueno para Verano y su honor, ¿verdad?

—Ciertamente no, mago —dijo el bronco—. Es cierto que no lo sería. —Agachó la cabeza—. ¿Te gusta la mermelada en el donut?

—No, pero te lo ruego, que en vez de eso tenga virutas —dije solemne—, y crema blanca por encima.

—Podría llevar algún tiempo encontrar semejante dulce —dijo el bronco muy serio.

Incliné la cabeza hacia él.

—Confió en que, por el honor de los campeones de Verano, llegará cuando tenga que llegar.

Inclinó la cabeza como toda respuesta.

—Entiende, joven mago, que no podré ayudarte más.

—Ya estás apurando suficiente las reglas —dije con sequedad—. Créeme, sé como funciona esto.

Los ojos del Hermano Mayor Bronco centellearon. Entonces alzó el bastón y lo estrelló sin demasiado ruido en las tablas del suelo. De nuevo se produjo una vibración de luz verde, el suave estruendo de una onda y, simplemente, desapareció.

Al igual que el alfiler de hoja de roble. Desapareció de mis dedos sin que ni siquiera me diera cuenta. Hay que reconocérselo, las hadas desaparecen como les da la gana.

Tal vez debí aprender la lección. Podría haberme ayudado a salir de aquel embrollo con vida.

Regresé por donde había venido, pisando el crujiente suelo hasta llegar al cuerpo del joven. Parecía relajado, en paz. Me dio la impresión de que fuera lo que fuera lo que le había hecho el Hermano Mayor Bronco había sido algo indoloro. Era el tipo de cosa propia de una vieja hada. Bajé mi mano izquierda enguantada y cogí el colgante con el denario ennegrecido de Magog. Tiré con fuerza para sacarlo de su lugar y me lo guardé en el bolsillo con cuidado de que no me tocara la piel. Estaba ya un poco hastiado de manipular las monedas, sin embargo no me compensaba morirme de miedo cada vez que lo hacía, sobre todo dadas las circunstancias. Verme expuesto a una presencia demoniaca era una amenaza moderada, comparada con lo que me acechaba en el exterior del edificio.

Respiré hondo y salí a la calle. Todavía se oían gritos provenientes de lo alto de la colina. Oí el sonido del motor de un barco en el otro extremo de la isla. Debía de haber otras naves atracadas en otras zonas de la orilla.

Bueno, yo solo conocía un muelle y estaba cerca. Salí de la conservería y bajé por la calle tan rápida y silenciosamente como pude.

Nuestro bote todavía flotaba más allá del pie de la escalinata de piedra, atado al tocón roto de una vieja columna de madera. Contuve un alarido de alegría y me conformé con bajar por los escalones congelados tan rápido como pude sin romperme la crisma. El agua estaba salvajemente fría. Ni siquiera lo sentí, algo que dudo fuera una buena señal. Iba a ser un infierno soportar el dolor cuando aquello pasara. Comparado con los otros problemas que había tenido últimamente, casi era una alegría pensar en aquel.

Llegué a la embarcación, tiré dentro en el bastón y subí a bordo. Oí un grito procedente de la ladera y me quedé quieto. El haz de una linterna se desplazó hacia atrás y hacia adelante en los árboles, pero luego se alejó en otra dirección. No me habían visto. Sonreí como un idiota y me arrastré hasta el asiento del conductor. Llamaría la atención en cuanto pusiera en marcha el motor, pero lo único que tendría

que hacer sería navegar lo más rápido que pudiera hacia el oeste, hasta tocar tierra. La orilla oeste estaba siempre muy concurrida y no debería encontrarme con demasiados problemas para llegar a un lugar lo bastante público para evitar cualquier molestia adicional.

Me acomodé en el asiento del conductor y me dispuse a girar la llave de arranque. Pero la llave no estaba.

La busqué a tientas por la zona. Rosanna la había dejado en el encendido. Recordaba perfectamente que lo había hecho.

Las sombras se apartaron del asiento del acompañante, frente al del conductor, revelando la presencia de Nicodemus. Estaba sentado tranquilamente, vestido aún con la camisa de seda negra, los pantalones oscuros y el lazo gris atado como una corbata alrededor de la garganta. Una espada desenvainada descansaba en su regazo y apoyaba el codo izquierdo en su rodilla izquierda. En las yemas de los dedos de su mano izquierda sostenía un llavero de donde pendía la llave manchada de grasa de la embarcación.

—Buenas noches, Dresden —dijo—. ¿Buscabas esto?

El aguanieve había dejado paso a unos grandes copos húmedos de nieve. El bote se mecía en las turbulentas aguas del lago, que azotaban sus lados y gorgoteaban en la curva del casco. Se había comenzado a formar una capa de hielo en los laterales y la zona delantera del barco. Creo que existen nombres específicos para todas las partes que estaban heladas, como la proa y la borda, pero solo conozco unos cuantos.

—Harry Dresden sin palabras —dijo Nicodemus—. No es algo que se vea todos los días.

Me limité a mirarle fijamente.

—Por si todavía no te has dado cuenta —dijo Nicodemus—, el juego acaba aquí, Dresden. —Los dedos de su mano derecha acariciaron la empuñadura de su espada—. ¿Te imaginas el resto o debo explicártelo?

—Quieres las monedas, la espada, la chica, el dinero y las llaves del Monte Carlo —dije—. Si no te los doy, me disparas y me tiras por la borda.

—Algo así —dijo—. Las monedas, Dresden.

Rebusqué en el bolsillo de mi guardapolvos y...

—¿Qué demonios? —dije.

El saquito de Crown Royal no estaba allí.

Examiné los otros bolsillos, con cuidado de no tocar la moneda de Magog y de no revelar su presencia a Nicodemus. No había rastro de la bolsa.

—No están.

—Dresden, no te atrevas a intentar una mentira tan patética con...

—¡No están! —le dije muy acalorado, sin fingir en absoluto mi reacción. Once monedas. Once jodidas y malditas monedas. La última vez que recordaba haberlas llevado encima fue allá arriba, en la torre, cuando las hice titilar para Nicodemus.

Me miró durante un momento, analizándome, y acto seguido murmuró algo por lo bajo. Surgieron susurros de las sombras a su alrededor. No reconocí la lengua, pero sí el tono. Me pregunté si existían palabras malsonantes en el idioma de los ángeles o si en su lugar decían palabras agradables al revés o algo parecido.

¡Doog! ¡Teews doog!

La espada de Nicodemus se movió tan ágilmente como la lengua de una serpiente y vino a posarse en mi garganta. No me dio tiempo ni a dar un respingo, así de rápido fue. Cogí aire como pude y me quedé muy, muy quieto.

—Estas marcas —murmuró—. El hechizo de estrangulamiento de Espinado Namshiel. —Sus ojos trazaron una línea desde la última marca visible en mi cuello al bolsillo del guardapolvos, donde tuve guardado el saquito de monedas—. Ah, el estrangulamiento fue una mera distracción. Te la robó con uno de sus hilos antes de quedar incapacitado. Le hizo lo mismo a San no sé qué en Glasgow, en el siglo trece.

No hay nada como que te sorprendan con un viejo truco, supongo. Sin embargo, todo aquello significaba que Namshiel había obrado con la ayuda de alguien, otra persona que anduviera cerca para recoger las monedas después de que me las quitara del bolsillo y las tirara hacía un lado en mitad de la confusión. Alguien que no se hubiera largado a las primeras de cambio.

—Tessa y Rosanna —dije en voz baja—. Han recuperado su colección de malhechores. Además, se largaron en el momento justo para estropear el plan.

—Zorras mentirosas —murmuró Nicodemus—. Una de ellas es nuestra propia Judas. Estaba seguro de ello.

Levanté las cejas.

—¿Qué?

—Por eso les permití encargarse de los aspectos, digamos, más memorables de la iniciación del Archivo en nuestro mundo —dijo Nicodemus—. Supongo que ahora que la niña es libre, albergara un desagradable recuerdo de esas dos.

—¿Y por qué me estás contando esto?

Encogió un hombro.

—Es en cierto modo irónico, Dresden, que pueda hablar contigo de este aspecto en particular de mi negocio familiar. Eres el único del que estoy seguro que no se ha pasado a la nueva fuerza, ese Consejo Negro tuyo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de mí? —le pregunté.

—Por favor. A alguien tan desmandado no le corrompe otra cosa que no sea su propia tozudez. —Nicodemus sacudió la cabeza, sin apartar los ojos de mí—. De todos modos, mi tiempo aquí no ha sido malgastado. Los caballeros se llevaron la moneda de Namshiel, así que Tessa ha perdido a su profesor de hechicería. Oí el grito de Magog cesar bastante bruscamente hace un rato, justo antes de que salieras del mismo edificio, así que con un poco de suerte, el peor matón de Tessa estará un tiempo fuera de juego, ¿eh? —Nicodemus me sonrió alegre—. Tal vez su colgante esté en uno de tus bolsillos. Y tengo Fidelacchius en mi poder. La retirada de una de las tres espadas es suficiente beneficio para una sola operación, aunque haya perdido la ocasión de tomar el control del Archivo.

—¿Qué te hace pensar que tienes Fidelacchius en tu poder? —dije.

—Te lo he dicho —dijo Nicodemus—. El juego ha terminado. Ya no se juega más. —El tono y la entonación de su voz cambió, y pese a que seguía hablando en mi dirección, estaba claro que ya no me hablaba a mí—. Sombra, si no te importa, desarma a Dresden. Le haremos entrar en razón después, en un escenario más tranquilo.

Le hablaba a la sombra de Lasciel.

Demonios, los magos no teníamos el monopolio de la arrogancia.

Ni los caballeros de la Cruz.

Me quedé donde estaba, rígido y con la boca medio abierta. Entonces me caí hacia un lado, el cuerpo se me quedó apoyado en el timón del barco, la columna recta como una baqueta. No me moví ni un ápice.

Nicodemus suspiró y sacudió la cabeza.

—Dresden, de verdad lamento esto, pero dispongo de poco tiempo. Debo actuar y tus talentos podrían serme útiles. Ya verás. Una vez que hayamos quitado de en medio a algunos de esos idiotas tan bien intencionados... —Eché mano de Fidelacchius.

Y le di un puñetazo en el cuello.

Entonces agarré el nudo y tiré con fuerza. Aguanté, tirando y tirando. El nudo, otro elemento de la herencia de Judas, hacía a Nicodemus más o menos invulnerable al daño; salvo por parte del nudo mismo. Que yo supiera, Nicodemus lo llevaba puesto desde hacía siglos.

Yo era el único que había averiguado cómo hacerle daño. El único que le había provocado auténtico miedo.

Me miró a los ojos durante un segundo de pánico.

—La sombra de Lasciel ya no vive aquí —le dije—. El caído no tiene poder sobre mí. Y tú tampoco.

Apreté el nudo con más fuerza.

Nicodemus hubiera gritado si hubiera podido. Se revolvió inútilmente buscando su espada. La alejé de una patada. Levantó una mano y trató de golpearme en los ojos, pero eché la cabeza hacia abajo y aguanté. Sus movimientos, producto del pánico, no resultaban nada prácticos. Su sombra se alzó en una ola de oscuridad y furia, pero cuando se cernió sobre mí para tragarme, una luz blanca resplandeció en las muescas de la vaina de madera de la Espada Sagrada a mi espalda y la propia sombra dejó escapar un grito seseante y áspero al tiempo que se encogía para apartarse de la luz.

Yo no era un caballero, pero la espada hizo por mí lo que siempre había hecho por ellos: nivelar el terreno, eliminar todas las trampas sobrenaturales y dejar que la contienda se redujera a una lucha de mente contra mente y voluntad contra voluntad. De un hombre contra el otro. Ambos luchamos por la espada y nuestras vidas.

Nicodemus lanzaba salvajes patadas hacia mi pierna herida y sentí el dolor, a pesar de los bloqueos mentales que Lash me había enseñado a construir. Le tenía muy bien agarrado del cuello, así que mi respuesta consistió en golpearle con la frente en la nariz. Se rompió con un crujido muy satisfactorio. Él me sacudió en las costillas, sabía bien cómo hacer daño.

Para su desgracia, yo sabía sufrirlo. Era el mejor sufriendo daño. Para derribarme iba a hacer falta mucho más dolor del que este perdedor podría repartir en el tiempo que le quedaba, y yo lo sabía. Lo sabía. Apreté la vieja cuerda y aguanté.

Recibí más golpes en el cuerpo a medida que su rostro se iba congestionando. Me dio una patada en la rodilla justo cuando su piel adoptaba un tono morado. Yo estaba gritando de dolor cuando el morado comenzó a parecerse más bien al negro y el tipo acabó derrumbándose. El cuerpo se le aflojó y cayó al suelo completamente flácido.

Mucha gente se relajaba cuando sucedía algo así, cuando el oponente caía inconsciente. Pero bien podía ser un truco.

Incluso si no lo fuera, mi intención era seguir adelante.

No soy un caballero.

De hecho, le apreté más fuerte.

No estaba seguro de cuánto tiempo le tuve en el suelo. Pudieron pasar treinta segundos. Tal vez un minuto y medio. Pero entonces vi un destello de furiosa luz verde y al alzar la mirada vi a Deirdre descender por la colina hacia mí, impulsada por su cabello y tres extremidades, ya que tenía una pierna vendada. Llevaba detrás a veinte o treinta tipos sin lengua y sus ojos brillaban con una furia verdosa e intensa, como un par de focos. Centró su mirada en mí durante medio segundo, siseó como un gato de callejón furioso y gritó:

—¡Padre!

Mierda.

Agarré a Nicodemus por la camisa y lo arrojé por un lateral del barco a las aguas negras del lago, donde aterrizó sin apenas salpicar. Su ropa oscura le hizo casi invisible un instante después de caer al agua.

Recorrí con la mirada el suelo de la embarcación, frenético. Allí estaba la llave. La recogí y la introduje en su ranura.

—¡No disparéis! —gritó Deirdre—. ¡Podéis darle a mi padre!

Saltó en el aire y todo aquel cabello retorcido suyo se plegó en una especie de aleta de tiburón justo antes de zambullirse en el agua con apenas una pequeña salpicadura.

Giré la llave. El viejo motor de la barca tosió y jadeó.

—Vamos —susurré—. Vamos.

Si no hacía que el barco se moviera antes de que Deirdre encontrara a su papi, sería el fin del juego. Daría la orden a sus soldados de que abrieran fuego contra mí. Entonces tendría que levantar un escudo para detener las balas y, una vez lo hiciera, el ya maltrecho motor jamás se pondría en marcha. Estaría atrapado y sería solo cuestión de tiempo que una combinación de cansancio, dolor acumulado, número de atacantes y una hija rabiosa acabaran conmigo.

Deirdre volvió a salir a la superficie, echó una mirada a su alrededor para orientarse y se volvió a zambullir en la oscuridad inescrutable del lago.

El motor se quedó atascado para acto seguido arrancar por fin a duras penas.

—¡Sí! —exclamé.

Entonces recordé que no había soltado las amarras del bote.

Me lancé torpemente a la parte delantera y desaté la cuerda, muy consciente de todas las armas que me apuntaban mientras liberaba el bote. Empujé el poste y el bote comenzó a dar la vuelta lentamente. Volví a toda prisa al timón, lo giré y le di el máximo poder al motor. El bote cogió impulso, rugió y comenzó a ganar velocidad.

Deirdre salió a la superficie agarrando a su padre, tal vez siete metros delante de mí.

—¡Matadlo, disparadle, matadlo! —gritó antes siquiera de mirar a su alrededor.

Giré alegremente el bote hacia ella. Algo golpeó con fuerza el casco. Esperaba una especie de sonido parecido al de una cortadora de césped procedente de las hélices, pero no fue así.

Entretanto, empezaron los disparos desde la orilla. El tiroteo no fue cegado por las luces brillantes, no era un ataque apresurado o producto del pánico. El barco comenzó a reducirse a astillas a mi alrededor. Grité unas cuantas palabrotas y me agaché. Algunas balas dieron en mi abrigo. Durante varios segundos, los disparos se concentraron en una zona muy concreta, al menos teniendo en cuenta que estaban usando armas militares, y si bien el guardapolvos cumplió bien su tarea de detener los proyectiles, no es que fuera una experiencia muy divertida. Mi espalda fue golpeada por media docena de balas de las gordas en apenas unos pocos segundos.

Y el agua fría me mojó los pies.

Y medio minuto más tarde los tobillos.

Mierda doble.

Los motores hacían un ruido muy raro. Mi espalda protestó cuando me volví para mirar. El lago estaba bastante oscuro, a medida que me alejaba más y más de la orilla me encontraba más seguro, sin embargo la forma cada vez más pequeña de la isla estaba siendo borrada por una gran cantidad de humo negro que salía de los motores del barco. Los bloqueos mentales de dolor estaban fallándome. Me dolía mucho todo el cuerpo. El agua del fondo del bote me llegaba ya a la parte baja de las pantorrillas y...

Y había tres focos avanzando hacia mí desde la isla.

Habían enviado barcos para perseguirme.

—Esto no es justo —murmuré para mis adentros. Le di al motor todo el empuje que pude pero, por la forma en la que estaba traqueteando, no dejaba de ser una mera formalidad. No iba a durar mucho, iba a hundirse sin remedio.

Sabía que si acababa cayendo al agua, solo resistiría vivo cuatro o cinco minutos bajo aquellas temperaturas. También sabía que tenía que superar los arrecifes de piedra que rodeaban las islas. De hecho, Rosanna necesitó de la luz del faro para navegar entre ellos.

No había nada que hacer salvo seguir adelante.

Me asaltó un pensamiento repentino: la calavera de Bob lamentaría mucho haberse perdido esta auténtica aventura de piratas. Comencé a entonar una canción marinera a pleno pulmón.

Entonces se oyó un ruido horrible y el barco se detuvo. El timón me golpeó en el pecho con bastante fuerza y acabé cayendo en el asiento del conductor. El agua empezó a colarse en la embarcación, ahora densa, rápida y oscura.

—¡Ah! —arrastré las palabras como un borracho—. Arrecife.

Me aseguré de que todavía tenía la moneda y la espada. Hice presa de mi bastón y me saqué el amuleto pentáculo del cuello. Las luces de los barcos que me perseguían se estaban acercando por momentos. Si me libraba de esta sería por poco.

El viejo barco de esquí se estaba haciendo pedazos a mi alrededor, literalmente. La proa se destrozó contra un amasijo de piedras afiladas que penetró en el bote, justo a la izquierda del centro, en la parte delantera de la embarcación. La vieja cresta de piedra sobresalía a un metro de la superficie del lago en aquella zona. Así dispondría de un agarre para no sumergirme de inmediato en el agua fría y sufrir una hipotermia.

Y me proporcionaría roca sólida sobre la que plantar los pies y reunir mi voluntad. Si bien el agua del lago anularía una parte, no tanto como el agua corriente pero algo, al menos tendría la oportunidad de defenderme.

Así que antes de que el barco volcara y me arrojara al agua, apreté los dientes y salté.

Mi cuerpo me informó de inmediato de que había hecho una locura.

No tienes ni idea de la intensidad que puede alcanzar el frío hasta que no has saltado dentro de un agua casi congelada.

Me abrí camino sin parar de gritar, hasta que encontré un lugar donde posar mis pies congelados, teniendo siempre cuidado con la pierna que Nicodemus me había dejado casi inútil. Entonces levanté el amuleto de mi madre en la mano derecha y me concentré en él, vertiendo energía lentamente y con cuidado. Fue un proceso casi eterno, igual que todo lo que sucedía en medio de aquel frío, sin embargo fui capaz de obtener energía gracias a la piedra bajo mis pies. Invoqué luz azul de mago desde el amuleto, una luz cada vez más brillante que se extendió a lo largo de las aguas creando una baliza literal donde se leía, claro como la luz del día, «aquí estoy».

—Tho... Thomas —murmuré para mis adentros, temblando con tanta fuerza que apenas me tenía en pie—. Más te va... te vale estar cerca.

Porque los hombres de Deirdre sí lo estaban.

Los focos se orientaron hacia mí al instante y los botes, unas cosas de goma capaces de surcar los arrecifes, cabalgaban sobre las olas hacia mí.

No me hubiera resultado imposible hundir cualquiera de las balsas. No obstante, habría matado a todos los hombres en su interior. Y no se trataba de personas que colaboraran con los demonios para su propio oscuro beneficio. Eran solo eso,

personas, la mayoría de las cuales habían sido educadas desde la infancia para servir a Nicodemus y su empresa y que con toda probabilidad creían estar haciendo lo correcto. Si mataba a alguien como Nicodemus, después podría dormir tranquilo. Por el contrario, no estaba seguro de que pudiera vivir conmigo mismo si hundía las balsas en el lago y condenaba a aquellos hombres a una muerte segura. La magia no se inventó para tal cosa.

Además, matarles a ellos no me salvaría a mí. Incluso si lograba hundir todas y cada una de las balsas y tiraba al agua a sus tripulantes, no evitaría la congelación o la muerte por ahogamiento. Simplemente moriría acompañado.

No soy un caballero. Pero eso no quiere decir que no trace una línea clara en alguna parte.

Comenzaron a disparar desde unos cien metros de distancia y tuve que alzar mi escudo. Era difícil hacerlo en las aguas heladas, pero lo conseguí y aguanté el resplandeciente cuarto de cúpula de luz plateada. Las balas se estrellaban contra él o lo rozaban, enviando pequeños círculos concéntricos a medida que la energía se propagaba y su fuerza se distribuía por el escudo. En realidad la mayoría de los disparos apenas se acercaron. Disparar desde una balsa de goma en movimiento a cien metros del objetivo no es que ayude mucho a la precisión.

Se acercaban cada vez más y yo cada vez tenía más frío.

Pese a ello, mantuve la luz y el escudo.

Por favor, hermano. No me defraudes.

No oí nada hasta que una ola de agua fría me golpeó en los omóplatos y casi me derriba. Justo después, el chucuchú de los motores del *Escarabajo de agua* sacudió las olas cuando el viejo barco de mi hermano se acercó peligrosamente a los arrecifes. Al volverme me encontré el barco de costado detrás de mí.

Me gustaba burlarme de Thomas y el *Escarabajo de agua*, de hecho solía preguntarle si lo había robado del almacén de maquetas de la peli *Tiburón*, pero la pura verdad era que yo no sabía absolutamente nada sobre barcos y me impresionaba secretamente el hecho de que pudiera navegar aquella cosa por el lago con tal facilidad.

—¡Harry! —me llamó Murphy. Apareció corriendo por la helada cubierta, resbalando aquí y allá con las placas de hielo. Le dio una palmada a una cuerda atada a un arnés que llevaba puesto e iba amarrada a la barandilla del barco y me arrojó el otro extremo—. ¡Vamos!

—Ya es hora de que salgas del arrecife —se quejó Thomas desde la parte superior de la timonera. Mientras observaba, sacó su pesada Desert Eagle de la funda del costado, apuntó y disparó una única bala. Una forma oscura en una de las balsas que se acercaban dejó escapar un grito y cayó al agua con un chapoteo.

Miré a Thomas resentido. Ni siquiera hace prácticas de tiro.

Me tambaleé hacia adelante, agarré la cuerda y me la envolví en el brazo derecho. Era lo único que podía hacer con la energía que me quedaba. Murphy comenzó a tirar de ella y le gritó a Thomas que la ayudara.

—¡Cúbreme! —gritó mi hermano.

Bajó de la timonera al estilo pirata, saltando con gracia y estilo a pesar del movimiento del barco y del hielo y el frío. Murphy, con los pies plantados, sujetos a la cuerda, cambió el peso de su cuerpo y agarró la pequeña arma de asalto que tenía colgada a la espalda con una correa; la P-90 que le había regalado Kincaid. Se la llevó al hombro, miró por la mirilla hacia una de las balsas y disparó con calma, solo una o dos balas cada vez. Fut, Futfut. Fut. Futfut. Fut.

Una de las barcas se fue a pique. Tal vez le dio a la persona encargada de maniobrarla y esta se desvió. Tal vez se inundó de agua del lago. No lo sé. El caso es que una segunda barca empezó de inmediato a recoger a los hombres que se habían caído al agua al hundirse la primera. Murphy giró su arma hacia la balsa que quedaba.

Thomas comenzó a tirar de la cuerda que tenía enrollada en el brazo para sacarme del agua, como si yo fuera apenas un niño y no pesara cincuenta kilos más que él. Ni siquiera iba al gimnasio.

Estaba tan cansado que le dejé hacer sin reaccionar. Debido a ello, no me fue difícil darme cuenta de que Deirdre surgía de la negrura y me agarraba los tobillos en cuanto mis pies salieron del agua.

—¡Te mataré! —gritó—. ¡Te mataré por lo que le has hecho!

—¡Mierda! —gritó Thomas.

—¡Ah! —convine.

La mayoría de aquellas mortíferas tiras metálicas que tenía por cabello estaban sujetas a las piedras del arrecife para aguantarse, pero unas pocas de las que estaban libres se lanzaron hacia Thomas a modo de látigos. Mi hermano se agachó dando un grito y casi tuvo que soltar la cuerda.

Me daba la sensación de que me iba a arrancar los pies por los tobillos. Grité y pateé todo lo que pude, pero tenía las piernas dormidas y apenas podía moverlas, mucho menos sacudirlas. Thomas hacía lo que podía para sostener la cuerda e impedir que las afiladas tiras la cortaran.

—¡Karrin! —gritó.

Murphy pasó las piernas por encima de la barandilla del barco, todavía ligada a ella por la cuerda sujeta a su arnés. Justo después se precipitó al vacío hasta quedar colgada junto a mí sobre el agua.

Apuntó la P-90 hacia Deirdre y puso el selector en automático.

Pero antes de que Murphy pudiera apretar el gatillo, Deirdre siseó y una hoja afilada voló hacia arriba y le cruzó la cara. Gritó y retrocedió mientras la cuchilla hacía un corte en forma de ese que no le rebanó el cuello por un dedo pero si sesgó la

correa de la P-90. El arma cayó al agua.

—¡Zorra! —gritó Murphy con medio rostro ensangrentado. Trató de echar mano de la pistola en su funda de hombro, bajo el arnés y el abrigo, prácticamente en la luna.

—¡Murph! —dije. Giré los hombros y le dejé el extremo de Fidelacchius al alcance de la mano.

Los dedos de Murphy se cerraron en torno a la empuñadura de la hoja sagrada.

La desenvainó apenas dos centímetros.

La luz blanca me cegó. Cegó a Deirdre. Cegó a Murphy. Cegó a Thomas. Nos cegó a todos.

—¡No! —gritó Deirdre. En su voz había desesperación y puro terror—. ¡No, no, no!

La presión en mis tobillos desapareció y oí a la denaria caer al agua.

Murphy soltó la espada. La luz murió. Tardé medio minuto en recobrar la visión. Thomas necesitó bastante menos tiempo y para entonces ya nos tenía a ambos de vuelta al puente del *Escarabajo de agua*. No había rastro de Deirdre por ninguna parte y las dos barcas llenas de soldados estaban escapando tan rápido como podían.

Murphy sangraba por un corte que le corría paralelo a las cejas bajo el nacimiento del pelo. Me miró fijamente a mí y luego a la espada, sorprendida.

—¿Qué coño ha sido eso?

Me quité la vaina del hombro. Me sentía muy cansado. Me dolía todo.

—A primera vista, diría que es una oferta de trabajo —murmuré.

—Tenemos que movernos antes de que acabemos en el arrecife —murmuró Thomas. Se dio prisa al estilo pirata. Tenía buen aspecto cuando lo hacía. Ni siquiera usaba crema hidratante.

Murphy miró la espada durante otro segundo. Luego me miró a mí y el rostro se le retorció por la preocupación.

—Jesús, Harry. —Se acercó a mí por el lado de la pierna herida y me ayudó a soportar mi peso para que pudiera entrar en la cabina de la nave.

—Vamos. Hay que hacerte entrar en calor.

—¿Y bien? —le pregunté mientras me ayudaba—. ¿Qué me dices? Tengo esta espada que necesita de alguien que la use.

Me sentó en la banca de la cabina del barco. Miró un momento la espada, muy seria. Sacudió la cabeza.

—Ya tengo trabajo.

Sonreí levemente y cerré los ojos.

—Sabía que dirías eso.

—Cállate, Harry.

—De acuerdo —obedecí.

Y eso hice. Durante horas. Fue una gozada.

Me desperté cubierto de un par de pesadas colchas e innumerables mantas. Ya era por la mañana. Habían extendido el asiento del *Escarabajo de agua* para convertirlo en un catre razonablemente cómodo. Un calentador de queroseno estaba encendido en el otro lado de la cabina. No es que fuera un horno, pero había bastante calor en la cabina para que incluso apareciera vapor en las ventanas.

Me desperté lentamente. Me dolían todas las articulaciones, músculos y extremidades. La resaca de la acción era tan mala como había imaginado. Traté de recordarme a mi mismo que era un problema delicioso, un placer si se consideraba la otra alternativa. Sin embargo, no me lo tomé demasiado bien. Gruñí y me quejé amargamente y al final reuní el nervio suficiente para salir de debajo de las mantas. Fui al pequeño baño —en los barcos lo llaman beque, por alguna estúpida razón— y cuando salí de él como un zombi reparé en que Thomas había bajado desde el puente. Se estaba guardando un móvil en el bolsillo de la chaqueta y tenía el gesto serio.

—Harry —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

Le sugerí algo que podría hacer con sus órganos reproductivos.

Enarcó una ceja.

—Mejor de lo que esperaba.

Gruñí.

—Gracias —añadí.

Bufe. Eso fue todo.

—Vamos. Tengo café en el coche.

—Heredarás todo lo que tengo —dije.

—Guay. La próxima vez te dejaré en el agua.

Me puse el abrigo, no sin quejarme.

—Casi hubiera sido mejor así. ¿Moneda? ¿Espada?

—A salvo, guardadas abajo. ¿Las quieres?

Sacudí la cabeza.

—Déjalas aquí de momento.

Le seguí a la camioneta cojeando con mi rodilla mala. Reparé en que en algún momento de la noche alguien me había lavado un poco y me había puesto vendajes nuevos en la pierna y en una serie de rasguños y contusiones que ni siquiera recordaba haber recibido. También llevaba ropa limpia. Thomas. Él no dijo nada al respecto y yo tampoco. Es una cosa de hermanos.

Nos metimos en la maltrecha Hummer y cogí un vaso de café que me esperaba junto a una bolsa de papel marrón. Le eché un montón de azúcar y crema, lo removí durante aproximadamente un cuarto de vuelta del palito y empecé a darle sorbos. Luego examiné la bolsa. Había un donut. Lo asalté.

Thomas iba a arrancar el coche pero se quedó petrificado al ver el donut.

—Eh —dijo—. ¿De dónde ha salido eso?

Le di otro mordisco. Capa blanca de azúcar. Virutas. Todavía caliente. Y tenía también un café humeante para acompañarlo. El paraíso. Le lancé una mirada críptica a mi hermano y me limité a darle otro bocado.

—Dios —murmuró mientras arrancaba la furgoneta—. ¿Nunca explicas las cosas pequeñas, no?

—Es como una droga —dije con la boca llena de aquella delicia grasienta.

Disfruté del donut mientras pude, dejando que ocupara todos mis sentidos. Al terminármelo, el café empezó a surtir efecto. Me di cuenta de por qué me había dejado llevar de tal manera; era probable que fuera el último momento placentero del que disfrutaría en bastante tiempo.

Thomas no había dicho nada todavía respecto a dónde íbamos ni de cómo estaba todo el mundo después de los sucesos del día anterior.

El edificio Stroger, el nuevo hospital que había sustituido al complejo Cook County como el centro neurálgico de la medicina de Chicago, se halla a pocos metros del viejo grupo de edificios. Se parece a un castillo. Si entornas un poco los ojos, casi puedes imaginarte las murallas medievales y las torres y almenas alzándose como un antiguo bastión en la montaña plantado allí para defender a los ciudadanos de Chicago contra las plagas y los males del mundo.

Siempre que lo cubra el seguro, claro.

Me terminé el café y pensé que tal vez estaba en un plan algo pesimista.

Thomas me condujo a cuidados intensivos. Se detuvo en el vestíbulo de fuera.

—Luccio está coordinando la información, así que no conozco los detalles. Molly está dentro. Te los contará ella.

—¿Qué sabes? —le pregunté.

—Michael no está bien —dijo—. Todavía estaba en cirugía. Su familia le está esperando ahí arriba. Supongo que las balas entraron desde abajo y la armadura que llevaba puesta atrapó una. Rebotó dentro de su cuerpo como un plomillo dentro de una lata.

Hice una mueca.

—Dicen que solo le alcanzaron dos o tres balas —continuó Thomas—, pero que fue un milagro que sobreviviera. No saben si va a salir adelante. Sanya no dijo nada más concreto.

Cerré los ojos.

—Mira —dijo Thomas—. No es que ahora mismo sea muy bienvenido por aquí, pero me quedaré si me necesitas.

Thomas no me estaba diciendo toda la verdad. Mi hermano no estaba cómodo en los hospitales y yo estaba bastante seguro de cuál era la razón. Estaban llenos de

enfermos, heridos y personas mayores; es decir, los animales del rebaño a los que los depredadores consideraban más débiles, los objetivos fáciles. A mi hermano no le gustaba que se le recordara aquella parte de su naturaleza. Aunque los detestara, sus instintos reaccionarían lo quisiera él o no. Quedarse por allí le suponía una tortura.

—No —dije—. Estaré bien.

Me miró ceñudo.

—De acuerdo —dijo pasado un momento—. Tienes mi número. Llámame para que te lleve a casa.

—Gracias.

Me puso una mano en el brazo durante un segundo, luego se volvió, echó los hombros hacia delante, inclinó la cabeza para que el pelo le cubriera gran parte de la cara y se marchó rápidamente.

Entré en la sala de cuidados intensivos y busqué la sala de espera.

Molly estaba sentada dentro, junto a Charity. Madre e hija sentadas juntas, de la mano. Parecían cansadas y llenas de tensión. Charity llevaba unos vaqueros, una camisa de franela de Michael, el pelo recogido en una cola y nada de maquillaje. La habían sacado de la cama en mitad de la noche para que acudiera a toda prisa al hospital. Sus ojos se perdían en la distancia, inexpresivos.

No era una sorpresa. Aquello era su peor pesadilla haciéndose realidad.

Levantaron la vista cuando entré y la expresión de ambas continuó siendo exactamente la misma: neutral, distante, adormecida.

—Harry —dijo Molly con una voz hueca y fantasmal.

—Eh —dije.

Charity tardó un momento en reaccionar a mi llegada. Centró los ojos en la pared más alejada de su asiento, parpadeó un par de veces y luego los fijó en mí. Asintió pero no dijo nada.

—Yo... eh... —dije en voz baja.

Molly levantó una mano para que no hablara. Me callé.

—De acuerdo —dijo—. Uh, déjame pensar. —Cerró los ojos, arrugando la frente para concentrarse y comenzó a tocarse un dedo cada vez que terminaba una frase—. Luccio dice que el Archivo está estable pero inconsciente. Está en casa de Murphy y necesita hablar contigo. Murphy dice que te diga que su cara está bien. Sanya dice que debe hablar contigo a solas lo antes posible, en Santa María.

Agité una mano.

—Me encargaré de todo eso después. ¿Cómo está tu padre?

—Trauma severo en el hígado —dijo Charity con una voz carente de entonación—. Uno de los riñones estaba demasiado dañado para poder salvarlo. Se le colapsó un pulmón. Tiene daños en la columna. Una costilla fracturada por varias partes. La pelvis se le partió por dos zonas. La mandíbula está destrozada. Hematoma subdural.

Tiene trauma en una cavidad ocular. No están seguros de si perderá el ojo o no. Puede que haya daños cerebrales. No lo saben aún. —Los ojos se desbordaron y volvió a mirar al infinito—. Tenía un trauma en el corazón. Fragmentos de hueso. De las costillas. —Se estremeció y cerró los ojos—. Su corazón. Le dañaron el corazón.

Molly le puso a su madre el brazo alrededor de los hombros. Charity se apoyó en ella, sus ojos derramaban lágrimas, pero no hacía ningún sonido.

No soy un Caballero.

Tampoco soy un héroe.

Los héroes mantienen sus promesas.

—Molly —dije en voz baja—. Lo siento.

Me miró y el labio empezó a temblarle. Sacudió la cabeza.

—Oh, Harry —dijo.

—Me voy —dije.

Charity levantó de repente la cara.

—No —dijo. Su voz era ahora clara y concisa.

Molly miró sorprendida a su madre.

Charity se levantó, con las mejillas bañadas en lágrimas, el rostro arrugado por la tensión y los ojos hundidos a causa de la fatiga y la preocupación. Me miró durante un largo momento.

—La familia se queda, Harry —dijo. Alzó el mentón, un repentino y feroz orgullo espantó brevemente la pena de sus ojos—. Él se quedaría por ti.

Se me emborronó un poco la visión y me senté en la silla más cercana. Probablemente solo fuera una reacción a toda la tensión de los dos últimos días.

—Sí —dije con la voz pastosa—. Eso haría él.

Llamé a todas las personas de la lista que me había dictado Molly para decirles que tendrían que esperar hasta que supiéramos algo de Michael. Todos se enfadaron, salvo Murphy, así que les colgué no sin antes mandarles al infierno.

Me quedé allí a esperar con Molly y Charity.

Las esperas de hospital son las peores. El hecho de que todos las experimentemos, tarde o temprano, no las convierten en menos terribles. Siempre hace un poco de frío. Siempre huele demasiado a limpio. Siempre hay silencio, tanto que se oye el murmullo de las barras fluorescentes de luz, también recurrentes. Allí casi todo el mundo está en el mismo apuro que tú, así que no se presenta la oportunidad de tener una conversación cordial.

Y siempre hay un reloj a la vista. El reloj tiene superpoderes, siempre parece ir muy lento. Si lo miras, te dice una hora. Si lo miras una hora y media más tarde, apenas han pasado dos minutos. Sin embargo, de alguna manera, posee la habilidad de recordarte lo corta que es la vida y hacerte ver el poco tiempo que puede que le quede a alguien que quieres.

Y así transcurrió el día. Un médico vino dos veces a ver a Charity, para decirle que las cosas seguían mal y que continuaban trabajando. La segunda visita fue a la hora de la cena y el médico le sugirió que comiera algo si podía, que sabrían algo con seguridad tras el siguiente procedimiento, en tres o cuatro horas.

Le preguntó a Charity si sabía si Michael era o no donante de órganos. Por si acaso, dijo. No habían encontrado su carnet de conducir. Noté que Charity quería decirle al médico dónde se podía meter la pregunta y a cuánta profundidad, pero le contestó lo que Michael hubiera dicho. Sí, por supuesto. El médico le dio las gracias y se marchó.

Me encaminé a la cafetería con Charity y Molly, pero no tenía ganas de comer o de que me obligaran a hacerlo. Imaginaba que Charity tenía probablemente mono de maternidad después de pasar tanto tiempo lejos de sus hijos. De camino, aseguré que necesitaba estirar las piernas, lo cual era verdad. A veces, cuando tengo muchas cosas rondándome la cabeza, me ayuda dar una vuelta.

Así que eché a andar por los pasillos, sin destino en particular, teniendo cuidado de no pasar cerca de ninguna máquina que mantuviera a alguien con vida.

Acabé sentado en la capilla del hospital.

Era igual que todas: tranquila, con colores y luces tenues, bancas, un pasillo en medio y un altar delante. La disposición habitual para los servicios de cualquier fe. Tal vez tiraba un poco más de la cuenta hacia el catolicismo, pero era natural, los jesuitas tenían allí una capellanía y daban misa a menudo.

Era un lugar tranquilo, aquello era lo importante. Me hundí en el asiento, dolorido, y cerré los ojos.

Muchos detalles me daban vueltas en la cabeza. Michael había sido ingresado con heridas de bala. La poli iba a hacer muchas preguntas. Dependiendo de las circunstancias del regreso del helicóptero a Chicago, aquello podría complicarse muy rápidamente. Por otra parte, teniendo en cuenta el grado en el que estaba involucrado Marcone, los problemas podrían simplemente desaparecer. Contaba con tantas conexiones en el gobierno de la ciudad de Chicago que era capaz de anular cualquier investigación si así lo deseaba.

Teniendo en cuenta a lo que había sobrevivido, sería consecuente con el carácter de Marcone que ayudara en lo que pudiera a la gente que había participado en su rescate. Me molestaba que Marcone estuviera en condiciones de ofrecer una importante ayuda a Michael, independientemente de las circunstancias.

Por supuesto, para que aquello sucediera, Michael tendría que salir adelante.

Todos mis pensamientos terminaban en aquella idea.

¿Estaría ahora en peligro si yo no le hubiera insistido para que se pusiera el arnés? ¿Si no le hubiera dado la cuerda y me la hubiera puesto yo, estaría ahora en el filo de la navaja, al borde de la muerte? ¿De verdad fui tan arrogante de creer que conocía el

futuro basándome solo en una mirada de Gard, de pensar que poseía la sabiduría y el derecho de decidir cuál debía de ser el futuro?

Tal vez debí haber subido yo. No tenía mujer ni familia esperándome para volver a casa.

Había esperado que Charity me gritara y me tirara trastos a la cabeza. Tal vez yo mismo quería que lo hiciera, porque si bien comprendía que no tuve manera de saber lo que iba a ocurrir y que solo trataba de proteger a mi amigo, una gran parte de mí no podía evitar pensar que merecía la furia de Charity. Después de todo, la conclusión era que había hecho que mataran a su marido, casi como si yo mismo hubiese apretado el gatillo.

No estaba muerto aún. Si pensaba así, estaría dándolo por perdido. No podía hacer tal cosa.

Levanté la vista por encima del altar, donde se supone que estaba Quien Fuera cuando alguien daba un sermón.

—Sé que no hablamos mucho —le dije en voz alta a la habitación vacía—. Y no quiero un amigo por correspondencia. Pero creo que deberías saber que Michael te hace parecer bueno. Y si acaba así después de todo lo que ha hecho, mi opinión de ti bajara mucho. Merece lo mejor, creo que deberías asegurarte de que lo tenga. Si quieres cobrármelo a mí, no tengo ningún problema. Me parece bien.

Nadie contestó.

—Y ya que hablamos del tema —continué—. Creo que las reglas que tienes montadas son una mierda. Al parecer no te involucras tanto como solías. Y tus ángeles no tienen permitido meter mano en ningún asunto a no ser que los malos lo hagan primero. He estado haciendo números. Cuando los denarios montaron esas señales gigantes dispusieron de un enorme poder para hacerlo. Mucho poder. Más del que tendré yo jamás, aunque tuviera a Lasciel de mi parte. Poder de arcángel. Y solo se me ocurre que uno de ellos pudiera estar ayudando a esta gente.

Me levanté y señalé con un dedo hacia el podio, de repente muy furioso.

—El Príncipe de las jodidas Tinieblas hace trampas y desata su poder en la tierra, ¡dos veces! ¡Y tú te quedas sentado mientras mi amigo, que ha luchado por ti toda su vida se muere! ¿Qué demonios pasa contigo?

—Supongo que es un mal momento —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta y me encontré a un tipo viejo y bajito con un mono azul en el que había una etiqueta con su nombre: Jake. Arrastraba un carrito de bedel con una bolsa de basura y la típica colección de escobas, fregonas y productos de limpieza. Tenía la barriga redondeada y el pelo muy corto y rizado, plateado como su barba, tan pegada a la piel oscura como su cabellera.

—Lo siento. Volveré más tarde.

Me sentí como un idiota. Sacudí la cabeza.

—No, no, no estoy haciendo nada. Bueno, no me estorba. Me quitaré de en medio.

—No está en medio, joven —dijo Jake—. En absoluto. No es el primero al que veo enfadado en una capilla de hospital. Seguro que no es el último. ¿Está seguro de que no le importa?

—No —dije—. Entre.

Lo hizo, arrastrando el carro, y se acercó al cubo de basura en la esquina. Quitó la vieja tapa.

—Tiene aquí a un amigo, ¿eh?

—Si —dije, volviéndome a sentar.

—Está bien enfadarse con Dios por eso, hijo. No es Su culpa, lo que ocurrió, pero Él lo entiende.

—Tal vez —dije encogiéndome de hombros—. Pero no le importa. No entiendo por qué todo el mundo piensa lo contrario. ¿Por qué iba a importarle?

Jake se detuvo y me miró.

—El universo entero, con todas esas estrellas y mundos —continué, tal vez sonando más amargado de lo que pretendía—. Es probable que haya tantas clases distintas de personas ahí fuera que ni siquiera sea posible contarlas a todas. ¿Cómo le va a importar a Dios lo que le esté ocurriendo a una personita de un pequeño planeta de entre un número casi infinito de ellos?

Jake le hizo un nudo a la bolsa de basura y la metió en la del carro. La substituyó con una expresión pensativa en el rostro.

—Bueno —dijo—. No he ido mucho a la escuela, ya sabe, pero me parece que está suponiendo algo que no debería suponer.

—¿El qué? —pregunté.

—Que Dios ve el mundo igual que usted, que solo ve una cosa a la vez desde un único punto de vista. Se supone que está en todas partes y lo ve todo. —Le puso la tapa al cubo de basura—. Piense en eso. Sabe lo que siente, lo que le duele. Siente mi dolor y su dolor como si fuera el Suyo. —Jake sacudió la cabeza—. Demonios, hijo. La pregunta no es cómo puede importarle a Dios una sola persona. La pregunta es cómo es posible que no sea así.

Bufé y sacudí la cabeza.

—Es más optimismo del que quiere escuchar ahora mismo —prosiguió Jake—. Le entiendo, hijo. —Se volvió y empezó a empujar el carro por la puerta—. Oh —dijo—. ¿Puede un viejo ofrecerle otro pensamiento más?

—Claro —dije sin darme la vuelta.

—Debe pensar que tal vez sea una cuestión de equilibrio —dijo—. Tal vez un arcángel invirtió su fuerza en esta situación abierta e inmediatamente. Tal vez otro fue más silencioso al respecto. Pensando a largo plazo. Tal vez hasta le echó a usted una

mano.

De repente, la mano derecha comenzó a hormiguearme de nuevo.

Cogí aire, me levanté y me giré.

Jake ya no estaba.

El carro del bedel seguía allí. Un trapo que colgaba de la parte de atrás se mecía ligeramente de un lado a otro. Había un libro de bolsillo doblado entre el carro y su agarre. Me acerqué al carro y comprobé ambos lados del pasillo.

No había nadie a la vista y ningún sitio donde nadie pudiera haber entrado o haberse escondido.

Cogí el libro. Era una copia manoseada de *Las dos torres*. Una de las páginas tenía un extremo doblado y un extracto de diálogo subrayado a lápiz.

—La mano quemada enseña mejor —leí en alto. Volví a mi asiento y sacudí la cabeza—. ¿Qué demonios se supone que significa eso?

Grimalkin maulló en el banco justo a mi lado.

—Que tu experiencia resistiéndote a la sombra del caído ha despertado la admiración y el respeto del Vigilante, mi emisario.

Pegué un respingo tan violento que me levanté del asiento unos centímetros y volví a sentarme con un gruñido. Me deslicé lo más que pude hacia el otro extremo del banco. No estaba lejos. Apenas gané cinco o seis centímetros antes de volverme hacia Mab.

Estaba sentada tranquilamente, vestida con un traje de negocios casual azul oscuro y adornada con un montón de pequeños y elegantes diamantes. Llevaba el pelo blanco recogido en un moño de trenzas fijado en su lugar por unos palos de marfil decorados con lapislázuli. Sostenía a Grimalkin en el regazo como si fuera su mascota favorita, aunque solo un lunático hubiera confundido al malk con un gato doméstico. Era la primera vez que veía a Grimalkin a plena luz del día. Era inusualmente grande y musculoso, incluso para un malk. Tales criaturas hacían parecer a un lince un simple gato canijo. Grimalkin debía pesar unos treinta o cuarenta kilos de puro músculo y hueso. El pelaje era gris oscuro, con patrones ondulantes que formaban una especie de filigrana negra. Sus ojos eran de un tono amarillo verdoso, muy grandes y demasiado inteligentes para pertenecer a un animal.

—¿El Vigilante? —tartamudeé.

La cabeza de Mab se movía ligeramente acompañando a las palabras, pero era el maullido de Grimalkin el que en realidad hablaba.

—El Príncipe de la Milicia es todo pompa y ceremonia, cuando se mueve es con el estruendo de las alas de un ejército de serafines, el redoble de los tambores y el clamor de los cuernos. El Trompetista nunca camina en silencio si puede aparecer en un coro de luz. El Azote de Demonios se carga las tareas sobre sus propios hombros y resuelve los problemas con sus propias manos. Pero el Vigilante... —Mab sonrió—.

De los arcángeles es el que más me gusta. Es el más callado. El sutil. El menos conocido. Y, con mucho, el más peligroso.

Ordené los conocimientos que poseía sobre arcángeles. Eran bastante pobres, pero hasta ahí llegaba.

—Uriel —dije en voz baja.

Mab levantó un dedo y continuó hablando a través del malk.

—La cautela es necesaria, emisario mío. Si me encontrara en tu posición, apenas mencionaría su nombre o, mejor, ni siquiera lo haría.

—¿Qué me ha hecho?

Mab me miró con ojos iridiscentes.

—Esa es una pregunta que solo tú puedes responder. Pero si puedo decirte algo: te ha dado el potencial para ser más de lo que eres.

—¿Qué?

Sonrió y echó mano de algo que había junto a ella en la banca. Mi vara.

—Te devuelvo lo que es tuyo —dijo el malk—. La necesidad de que no la tuvieras en tu poder ha pasado.

—Entonces yo tenía razón —dije al tiempo que la cogía—. Me la quitaste. Y borraste de mi mente el recuerdo de que lo hacías.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo consideré oportuno —contestó, como si hablara con un niño con pocas entendederas—. Si no te hubiera arrebatado el fuego, hubieras arriesgado tu vida y mi propósito para proteger a tus queridos mortales. Verano te hubiera encontrado enseguida, ya llevarías dos días muerto.

—No disponer de la vara también podría haber acabado con mi vida —dije—. Y entonces hubieras malgastado el tiempo que has invertido en tratar de reclutarme para que sea el próximo caballero de Invierno.

—Tonterías —dijo Mab—. Si hubieras muerto, simplemente habría reclutado a tu hermano. Tendría la motivación de buscar venganza contra tus asesinos.

Una fría sensación me recorrió el cuerpo. No sabía que Mab conocía nuestro parentesco. Pero supongo que tenía sentido. Mi madrina, Leanansidhe, estaba muy unida a mi madre de un modo u otro. Si Lea lo sabía, tenía sentido que Mab también.

—Él no es mortal —dije—. Creía que los caballeros tenían que ser mortales.

—Está enamorado —maulló Grimalkin en nombre de Mab—. Para mí eso es ser mortal. —Ladeó la cabeza—. Si bien supongo que igualmente podría hacerle la oferta aunque sigas vivo. Lo daría todo por volver a abrazar a su amor, ¿verdad?

La miré fijamente, con dureza.

—Aléjate de él.

—Haré lo que me convenga —dijo—. Con él y contigo.

La miré con desprecio.

—No lo harás. Yo no te pertenez...

De lo próximo que fui consciente fue de que estaba de rodillas entre las bancas y Mab caminaba hacia la puerta.

—Oh, claro que sí, mortal. Eres mío hasta que hayas saldado tu deuda conmigo. Me debes todavía un favor.

Traté sin éxito de levantarme. Mis rodillas no se movieron. El corazón me latía muy fuerte. Detestaba lo asustado que me sentía.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Por qué querías detener a los denarios? ¿Por qué mandaste a los duendes a matar al Archivo? ¿Por qué me reclutaste para salvar al Archivo y a Marcone si los duendes fallaban?

Mab se detuvo, se giró, mostrando de paso las arrebatadoras curvas de sus gemelos, y ladeó la cabeza.

—Nicodemus y los de su calaña violaron claramente mis Acuerdos. Resulta obvio que planeaban abusar de ellos en aras de su propia ambición, era razón suficiente para alterar sus designios. Además, entre los caídos había uno que tiene muchas cuentas que rendir ante mí a título personal, por su ataque a mi hogar.

—El Consejo Negro atacó Arctis Tor —dije—. Alguien usó fuego infernal.

Mab me mostró sus dientes blancos como la nieve.

—El Vigilante y yo —maulló Grimalkin—, teníamos un enemigo común el otro día. No se le podía permitir al enemigo que adquiriera el poder representado por la niña Archivo.

Arrugué la frente y pensé en la mano plateada que había manejado al ángel caído y sus potentes encantamientos como si fuera un mero muñeco de trapo.

—Espinado Namshiel.

Los ojos de Mab centellearon con una repentina y fría furia y, literalmente, se formó una capa de escarcha en todas las superficies de la capilla, incluidas mis pestañas.

—Otros pagarán por lo que han hecho —exclamó Mab con su propia voz. El sonido me resultó espeluznante, y no porque su voz lo fuera, ya que esta era tan rica, melodiosa y musical como siempre. Sus palabras portaban enormes cantidades de rabia, furia, dolor y odio. Cada vocal se me hincó en la piel y las consonantes parecieron grapas clavándose en mis oídos.

—Soy sidhe —siseó—. Soy la reina del Aire y la Oscuridad. Soy Mab. —Alzó el mentón. Tenía los ojos muy abiertos y muy blancos alrededor de los ondulantes colores de sus iris. Parecía una desequilibrada—. Y pago mis deudas, mortal. Todas ellas.

Se produjo un enorme chasquido, un sonido parecido al de una gruesa capa de hielo haciéndose pedazos en la superficie de un lago. Y entonces Mab y su traductor

desaparecieron.

Me quedé allí de rodillas, temblando por culpa del sonido de su voz. Me di cuenta un minuto después de que me sangraba la nariz. Pasó otro minuto hasta que reparé en el hilo de sangre que salía de mis oídos. Me dolían los ojos por la tensión, como si hubieran estado expuestos a la luz brillante del sol durante muchas horas.

Necesité otro minuto para que mis piernas se pusieran en movimiento. Entonces llegué a duras penas al baño más cercano y me limpié. Dedicué un rato a examinar mis recuerdos en busca de un agujero en mi memoria que no estuviera allí antes. Entonces me pregunté durante otro rato si sería capaz de darme cuenta de que Mab me había robado algo.

—Jesucristo —susurré, estremecido.

Porque si bien no estuve presente en el ataque principal a la torre de la reina de Invierno y al atacarla yo mismo serví a los intereses de la propia Mab sin saberlo, el hecho era que la había insultado de la misma manera que Espinado Namshiel. Aquella furia lacerante que convirtió su voz en cuchillas de afeitar bien podría ir dirigida contra mí en un futuro cercano.

Me marché a toda prisa de la capilla y bajé a la cafetería.

Que me obligaran a cenar me parecía mucho más agradable ahora que unos minutos antes.

El médico entró en la sala de espera a las diez y diecisiete de aquella noche.

Charity se puso de pie. Ya no le quedaban lágrimas, al menos de momento. Colocó un brazo protector alrededor de su hija para atraer a Molly a su lado.

—Está recuperándose —dijo el médico—. Los procedimientos... —El médico suspiró. Parecía tan fatigado como las mujeres Carpenter—. Han ido bien. Mejor de lo esperado, de hecho. De momento no puede decirles nada seguro, pero parece estable y, suponiendo que no haya complicaciones en las próximas dos horas, creo que saldrá adelante.

Charity se mordió el labio con fuerza. Molly rodeó a su madre con los brazos.

—Gracias, doctor —susurró Charity.

El médico sonrió, cansado.

—Debe tener en cuenta que... las heridas eran muy graves. Es poco probable que se recupere del todo. El daño cerebral es una posibilidad, no lo sabremos hasta que despierte. Aunque finalmente no sea así, los otros traumas son severos. Puede que necesite asistencia durante el resto de su vida.

Charity asintió sin perder la calma.

—La tendrá.

—Así es —dijo Molly.

—¿Cuándo podré verle? —preguntó Charity.

—Lo subiremos en una hora o dos —respondió el médico.

Me aclaré la garganta.

—Disculpe, doctor. ¿Va a estar conectado a un respirador?

—De momento sí —me contestó.

Asentí.

—Gracias.

El médico hizo un gesto con la cabeza y Charity volvió a darle las gracias. Se marchó.

—De acuerdo, pequeño saltamontes —dije—. Es momento de que nos marchemos.

—Pero lo van a subir a... oh —dijo Molly cabizbaja—. El respirador.

—Mejor no arriesgarse, ¿no crees? —le pregunté.

—Está bien, nena —dijo Charity—. Llamaré a casa en cuanto se despierte.

Se abrazaron con fuerza. Molly y yo nos marchamos.

—Oh —dijo Molly con la voz muy cansada—. Hice los deberes que me mandaste.

Yo también me sentía muy cansado.

—¿Qué?

Asintió y me dedicó una sonrisa cansada.

—Carlomagno.

Llamé a Thomas y nos llevó a Molly y a mí a casa de Murphy.

La noche estaba despejada. La cortina de nubes había desaparecido y la luna y las estrellas se aliaron para convertir a Chicago en una maravillosa postal invernal unos meses antes de lo habitual. Ya no nevaba, supongo que aquello significaba que Mab había desviado su atención hacia otro lugar. Thomas me dejó cerca de la casa y se marchó para llevar al pequeño saltamontes a la suya. Caminé los aproximadamente cien metros que me separaban del hogar de Murphy.

Murphy vive en una diminuta casa que perteneció a su abuela. Tenía solo una planta con dos dormitorios, una sala de estar y una pequeña cocina. Para una sola persona estaba bien, o tal vez para una pareja con un solo hijo. Se veía sobrecargada por el grupo de centinelas que la había invadido. Los refuerzos de Luccio habían llegado al fin.

Había cuatro centinelas en la sala de estar, todos ellos curtidos veteranos, otros dos jóvenes miembros en la cocina y estaba seguro que al menos dos más en el exterior, vigilando ocultos con velos. En la puerta de la cocina, uno de los jóvenes me desafió en tono divertido a decir una palabra clave. Le mandé a hacer algo de mal gusto y le pregunté dónde estaba Luccio.

—Eso es anatómicamente poco probable —dijo el joven con su acento británico. Sirvió una segunda taza de té y añadió—: Bebe. Le diré que estás aquí.

—Gracias.

Cuando Luccio llegó unos minutos más tarde me encontré dando sorbos al té, sentado en la mesa de Murphy.

—Dejadnos la habitación, por favor, Chandler, Kostikos.

Los jóvenes se marcharon de la sala de estar. Era un gesto educado pero ilusorio; el tamaño de la casa no dejaba mucho espacio para la privacidad.

Luccio se sirvió una taza de té y se sentó enfrente de mí.

Sentí que los hombros se me tensionaban un poco. Meforcé a mantener la calma y le di otro sorbo al té.

—Me preocupa el Archivo —dijo Luccio.

—Se llama Ivy —dije.

Arrugó la frente.

—Eso es en parte lo que me preocupa, Harry. Tu cercanía personal con ella. Es peligrosa.

Levanté las cejas.

—¿Peligrosa? ¿Me pongo en peligro por tratarla como a una persona de verdad?

Luccio hizo una mueca, como si acabara de probar algo amargo.

—¿Francamente? Sí.

Pensé en ser diplomático y educado. De verdad, lo pensé. Pero mientras lo hacía le di sin querer al botón que pone mi boca en piloto automático.

—Eso es una cagada, capitana, y lo sabes.

Su expresión se congeló al tiempo que toda su atención se centraba en mí.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es una niña. Está sola. No es la base de datos de un ordenador y es inhumano tratarla como tal.

—Sí —dijo Luccio con franqueza—. Lo es. Y además es la forma más segura de tratar con ella.

—¿Segura para quién? —quise saber.

Luccio le dio un sorbo al té.

—Para todo el mundo.

Miré la taza con el ceño fruncido.

—Habla.

Asintió.

—El Archivo... lleva mucho tiempo rondando por el mundo. Siempre ha pasado por línea familiar, de madre a hija. Lo normal es que lo herede una mujer en la treintena, cuando su madre muere y después de haber tenido a su propia hija. No suele haber accidentes. Parte de la naturaleza del Archivo consiste en protegerse a sí mismo, en la necesidad de evitar exponer a su anfitriona al riesgo. Y considerando su extenso conocimiento, el Archivo es muy bueno evitando situaciones de riesgo. Y, en caso de que estas se produzcan, el poder disponible para el Archivo generalmente

asegura su supervivencia. Es muy raro que la anfitriona del Archivo muera joven.

Gruñí.

—Continúa.

—Cuando el Archivo es transferido... Harry, trata de imaginar que vives tu vida, con todos sus triunfos y tragedias... y de repente te encuentras con una segunda memoria, tan real como la tuya propia. Un segundo conjunto de corazones rotos, amores, triunfos y pérdidas, todos muy reales... y un tercero. Y un cuarto. Y un quinto y más y más y más. La memoria perfecta, el recuerdo absoluto de todos los Archivos que te precedieron. Cinco mil años de recuerdos.

Parpadeé.

—Demonios. Eso te...

—Te vuelve loca —dijo Luccio—. Sí. Y precisamente es lo que suele suceder. Hay una razón por la que el registro histórico de gran cantidad de adivinas y oráculos las presenta como mujeres desequilibradas. La Pitia y muchas, muchas otras eran simplemente el Archivo construyendo modelos para predecir el futuro más probable gracias a su vasto conocimiento del pasado. Era una perturbada, pero también era el Archivo.

»Como mecanismo de defensa, los Archivos comenzaron a distanciarse emocionalmente de otros seres humanos. Su razonamiento consistía en pensar que, si a la carga ya inmensa de acarrear tanto conocimiento no le sumaban el peso de las experiencias y las penas de una vida tras otra, serían capaces de funcionar mejor. Y así fue. El Archivo mantiene a su anfitriona emocionalmente distante por una razón. De lo contrario, las pasiones y los prejuicios, los odios y los celos de miles de vidas poseen el potencial de derramarse en un solo ser.

»Normalmente, un Archivo cuenta con las experiencias de su propia vida para aislarse del resto de emociones y recuerdos, una especie de base que le sirve de contraste.

De repente lo entendí.

—Pero Ivy no.

—Ivy no —convino Luccio—. Su abuela murió en un extraño accidente. De coche, creo. Su madre tenía diecisiete años y estaba enamorada y embarazada de ella. Odiaba a su madre por morir y pasarle la maldición de tener que acarrear el Archivo cuando lo único que deseaba era vivir su propia vida. Y odiaba a la niña porque tenía por delante una vida entera de libertad. La madre de Ivy se suicidó, prefirió hacerlo antes de convertirse en el Archivo.

Empecé a sentirme enfermo.

—Ivy lo sabe.

—Lo sabe. Lo siente. Nació sabiendo exactamente lo que su madre pensaba y sentía por ella.

—¿Cómo sabes una cosa así sobre ella? —Arrugué la frente, pensando—: Kincaid. La chica estaba enamorada de Kincaid.

—No —dijo Luccio—. Pero Kincaid trabajaba para la abuela de Ivy por aquel entonces y la chica confiaba en él.

—Vaya, qué locura —dije.

—Ivy ha permanecido distante toda su vida —dijo Luccio—. Si comienza a involucrar sus propias emociones en sus deberes como Archivo, o en su vida en general, corre el serio riesgo de ser abrumada por emociones y pasiones que simplemente no está, ni puede estar, preparada psicológicamente para manejar.

—Temes que pierda el control.

—El Archivo fue creado para ser una fuerza neutral. Un repositorio de conocimiento. Pero, ¿y si las especiales circunstancias de Ivy le incitaran a ignorar tales limitaciones? Imagina los resultados de la ira, la amargura y el deseo de venganza de todas esas vidas, combinadas con el poder del Archivo y el dominio de sí misma de una niña de doce años de edad.

—Prefiero no hacerlo —dije en voz baja.

—Yo tampoco —dijo Luccio—. Podría ser una auténtica pesadilla. Todo ese conocimiento sin una conciencia para dirigirlo. El nigromante Kemmler tenía un espíritu semejante a su servicio, una especie de versión en miniatura del Archivo. No era ni de lejos tan poderoso, pero llevaba estudiando y aprendiendo de los magos desde muchas generaciones atrás y era capaz de cosas asombrosas. —Sacudió la cabeza.

Le di un sorbo al té para que cuando tragara saliva no resultara demasiado sospechoso. Hablaba de Bob. Y tenía razón respecto a lo que Bob era capaz de hacer. Cuando desbloqueé la personalidad que había asumido bajo las órdenes de uno de sus anteriores dueños, casi acaba matándome.

—Los centinelas lo destruyeron, por supuesto —dijo.

No. No lo hicieron. Justin DuMorne, antiguo centinela, no destruyó la calavera. La robó del laboratorio de Kemmler y la guardó para sí; hasta que yo le quemé vivo y se la quité.

—Era demasiado poder para tan poco dominio de sí mismo. Y es enteramente posible que el Archivo pueda convertirse en una amenaza similar pero a mucha mayor escala. Sé que la niña te importa, Harry. Sin embargo, tenía que advertírtelo. Podrías no estar haciéndole ningún favor si actúas como su amigo.

—¿Quién está actuando? —pregunté—. ¿Dónde está?

—La hemos mantenido dormida —dijo Luccio—, hasta que llegais tú o Kincaid.

—Lo entiendo —dije—. Crees que no debo acercarme a ella. A menos que te preocupe lo que suceda si la despiertas y se encuentra muy asustada y confundida,

claro.

Las mejillas de Luccio se encendieron.

—No tengo todas las respuestas, Dresden. Solo preocupaciones.

Suspiré.

—Da igual —dije—. Déjame verla.

Luccio me condujo al dormitorio de invitados de Murph. Ivy parecía muy pequeña en la cama doble. Me senté a su lado y Luccio se inclinó para ponerle a la niña la mano en la cabeza con suavidad. Murmuró algo y apartó la mano.

Ivy soltó un pequeño gemido y luego parpadeó varias veces antes de abrir los ojos, hiperventilando. Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos y soltó un gritito.

—Tranquila, tranquila —dije para calmarla—. Ivy, todo va bien. Estás a salvo.

Se echó a llorar y se apretó a mí con fuerza.

La abracé. La mecí suavemente y la rodeé con los brazos mientras ella lloraba y lloraba.

Luccio me observaba con una mirada compasiva y triste.

Pasó un largo rato.

—Recibí tu carta. Gracias —susurró Ivy.

La apreté un poco.

—Me hicieron cosas —balbució.

—Lo sé —dije en voz baja—. He estado en tu situación. Pero me puse bien pasado un tiempo. Tú también vas a estar bien. Se ha terminado.

Me abrazó un poco más y lloró hasta quedarse dormida.

Levanté la vista hacia Luccio.

—¿Todavía quieres que la aparte de mí? ¿Quieres que su base sea lo que compartió con esos animales?

Luccio frunció el ceño.

—El Consejo de Veteranos...

—No encontrarían un corazón aunque tuvieran delante una copia de *La Anatomía de Grey*, visión de rayos equis y un estetoscopio —dije—. No. Pueden establecer las leyes de la magia, pero no van a decirme de quién tengo que ser amigo.

Me miró durante un largo momento y entonces una lenta sonrisa torció un extremo de su boca.

—Morgan les dijo que dirías algo así. McCoy y Escucha el Viento también. El merlín no quería ni oírlo.

—El merlín no quiere oír nada que no encaje con su visión del mundo —dije—. Japonés.

—¿Perdón?

—Japonés. Hay un restaurante japonés al que voy a veces a celebrar. Sobrevivir a este embrollo lo merece. Ven conmigo a cenar mañana. El teriyaki es para morir.

Sonrió ampliamente y asintió una sola vez.

Se abrió la puerta y aparecieron Murphy y Kincaid. Kincaid se movía por sus propios medios, aunque con mucha cautela y la ayuda de un bastón. Me aparté de su camino y le dejé colocarse junto a Ivy. La niña se despertó solo lo justo para murmurar algo sobre galletas y un Happy Meal. Su guardián se acomodó en la cama junto a ella y la niña se pegó a su brazo antes de volverse a dormir. Kincaid, evidentemente agotado, sacó un arma, le quitó el seguro, se la colocó sobre el pecho y se durmió también.

—Es una monada —le susurré a Murphy—. Tiene una Glock de peluche.

Murph miraba a Kincaid y a Ivy con una expresión poco menos que extraña. Sacudió un poco la cabeza y parpadeó.

—Hm. Oh, ja, muy gracioso. He sacado tu coche de la nieve, por cierto.

La miré sorprendido.

—Gracias.

—¿Tienes las llaves?

—Sí.

—Te llevaré hasta él —dijo.

—Guay.

Nos marchamos.

—Me gusta Luccio —me dijo una vez que estuvimos en el coche y en movimiento.

—¿Sí?

—Pero no es para ti.

—Ajá —dije.

—Venís de mundos diferentes. Y es tu jefa. Tienes secretos que ocultarle. Eso dificultará las cosas. Y podrían surgir otros problemas.

—Espera —dije. Hice como que me limpiaba las orejas—. De acuerdo, adelante. Por un momento me ha parecido que me estabas dando consejos sobre relaciones.

Me miró de soslayo, con los ojos entrecerrados.

—Sin ánimo de ofender, Dresden, pero si quieres comparar las horas totales que hemos pasado ambos en buenas y malas relaciones, te hago morder el polvo en ambas categorías.

—Touché —dije amargamente—. Kincaid tenía un aspecto terriblemente paternal, ¿verdad?

—Oh, ¡que te den! —maldijo haciendo una mueca—. ¿Cómo está Michael?

—Va a salir adelante —dije—. Está malherido, eso sí. No sé que movilidad va a tener después de esto.

Murphy se frotó el labio inferior.

—¿Qué pasa si no puede... continuar con el negocio de caballero?

Sacudí la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Yo... no creía que blandir una de las espadas fuera el tipo de oferta de trabajo que uno puede rechazar.

La miré sorprendido.

—No, Murph. Ser un mártir no es obligatorio. Tienes elección. Siempre tienes elección. Esa es... la base de la fe, tal como yo la entiendo.

Digirió aquello en silencio durante un minuto.

—No es porque no crea —dijo entonces.

—Lo sé —repliqué yo enseguida.

Asintió.

—No es para mí, Harry. Ya he elegido mi campo. He hecho un juramento. Significa más para mí que aceptar una oferta de trabajo.

—Lo sé —dije—. Si no fueras como eres, Murph, la espada de la fe no hubiera reaccionado a ti con semejante fuerza. Si alguien tan espeso como yo lo entiende, supongo que el Todopoderoso también.

Bufó y me dedicó una leve sonrisa. Condujo el resto del camino hasta mi coche en silencio.

Paró junto al Escarabajo azul cuando llegamos a donde estaba aparcado.

—Harry —comenzó a decir—. ¿Sientes a veces que vamos a acabar viejos y solos? ¿Que estamos... no sé... destinados a no tener a nadie ni nada que dure?

Flexioné los dedos de mi mano izquierda, todavía llena de cicatrices, y los de la derecha, que me hormigueaban suavemente.

—Me preocupan más las cosas de las que nunca voy a deshacerme —la miré—. ¿Por qué sacas ahora ese alegre asunto?

Me sonrió débilmente.

—Es solo que... la base no aguanta. Harry, creo que todo está empezando a derrumbarse. No puedo verlo ni probarlo, pero lo sé. —Sacudió la cabeza—. Tal vez esté perdiendo la chota.

La observé con intensidad.

—No, Murph. No la estás perdiendo.

—Están pasando cosas malas —afirmó.

—Sí. Y no he podido juntar muchas piezas. Todavía. No obstante, anoche acabamos con algunos tipos malos. Estaban usando a los denarios para llegar al Archivo.

—¿Qué quieren?

—No lo sé —dije—. Pero algo grande y malo.

—Quiero participar en esta lucha, Harry —dijo.

—De acuerdo.

—Hasta el final. Prométemelo.

—Hecho. —Le ofrecí mi mano.

La estrechó.

El padre Forthill ya estaba dormido, pero Sanya respondió a la puerta cuando me pasé por Santa María. Estaba desgredado y parecía cansado, son embargo estaba sonriendo.

—Michael se ha despertado y ha estado hablando.

—Eso es fantástico —dije sonriendo también—. ¿Qué ha dicho?

—Quería saber si tú estabas bien. Entonces se volvió a dormir.

Me eché a reír y Sanya y yo nos dimos un abrazo, un apretón masculino con un montón de palmadas en la espalda que el hombretón acabó arruinando al darme un par de besos rusos en las mejillas.

—Entra, entra —dijo—. Disculpa por meterte prisa antes. Queríamos asegurarnos de recoger las monedas y guardarlas en lugar seguro lo antes posible.

Suspiré.

—No las tengo.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué?

Le conté lo de Espinado Namshiel.

Sanya soltó un juramento y se frotó la cara.

—Entra —repitió.

Le seguí por los pasillos de la parte trasera de la enorme iglesia hasta llegar a la cocina de los empleados. Se acercó al frigorífico, lo abrió y sacó una botella de bourbon. Se echó un poco en una taza de café y se lo bebió antes de verter otro poco en la taza. Me ofreció la botella.

—No, gracias. ¿No se supone que deberías beber vodka?

—¿No se supone que deberías llevar un sombrero puntiagudo e ir montado en una escoba voladora?

—Touché —dije.

Sanya meneó la cabeza y flexionó los dedos de la mano derecha.

—Once más seis, diecisiete. Pudo ser peor.

—Pero nos cargamos a Espinado Namshiel —dije—. Y el Hermano Mayor Bronco tumbó a Magog como si fuera un saco de patatas. Te daré su moneda mañana. Un destello de satisfacción recorrió sus ojos.

—¿Magog? Bien. Pero Namshiel no.

—¿Cómo que no? Vi a Michael cortarle la mano y guardarla en su morral.

—Da —dijo Sanya—, y la moneda estaba bajo la piel de su mano derecha. Sin embargo, no estaba en el morral cuando llegamos al hospital.

—¿Qué?

Sanya asintió.

—Le quitamos la armadura y el resto del equipo en el helicóptero para detener la hemorragia. Tal vez se cayó al lago.

Bufé.

Hizo una mueca y asintió.

—*Da*, lo sé. Eso no fue lo que ocurrió.

Suspiré.

—Marcone. Lo investigaré.

—¿Estás seguro?

—Sí. Conozco a esa gente. Iré a verlos ahora mismo. Aunque tenía ganas de volver a casa. —Separé las caderas del mostrador en el que estaba apoyado—. Bueno, hay una cosa más, ¿verdad?

—Dos cosas —dijo Sanya. Desapareció y regresó un momento después.

Portaba *Amoracchius* en su vaina. Me la ofreció.

Levanté las cejas.

—Instrucciones —dijo Sanya—. Tengo que entregártela y ya sabrás a quién...

—Sabré a quién dársela —murmuré. Miré el techo—. Alguien se está riendo de lo lindo a mi costa en este momento. —Levanté un poco la voz—. No tengo por qué hacer esto. ¡Lo sabes! ¡Tengo mi libre voluntad! ¡Podría mandarte a ti a saltar a un lago helado!

Sanya se quedó donde estaba, ofreciéndome la espada.

Se la quité de las manos, gruñendo por lo bajo, y regresé al Volkswagen. Tiré la espada a la parte trasera.

—Como si no tuviera ya suficientes problemas —murmuré mientras cerraba de golpe la puerta del acompañante y daba la vuelta para entrar por la del conductor—. No. Ahora tengo que llevar la maldita *Excálibur* de un lado a otro. A menos que no lo sea, quién sabe. —Cerré la puerta y la vieja copia de bolsillo de *Las dos torres* que me había dado Uriel y que llevaba en el bolsillo del guardapolvos se me clavó en el costado.

Arrugué la frente y saqué el libro, ya abierto por la cubierta delantera interior, donde lo siguiente aparecía escrito por una mano fluida: La recompensa a un trabajo bien hecho es más trabajo.

—Una gran verdad —murmuré. Devolví el libro a mi bolsillo y tiré millas.

Hizo falta una llamada y una hora para arreglarlo, pero Marcone se reunió conmigo en su despacho de la planta superior de Prioridad Ejecutiva. Entré acarreado la espada y encontré a Marcone y Hendricks en el despacho del primero, un lugar bastante sencillo y espartano. Se había mudado hacía poco y se parecía más al despacho de un activo profesor de universidad (práctico y con una función primordialmente sujeta a la conveniencia) que al de una mente criminal.

Fui al grano.

—Alguien está apuñalando por la espalda a las personas que le han salvado la vida y no pienso consentirlo.

Marcone levantó las cejas.

—Por favor, explíquese.

Le conté el asunto de Espinado Namshiel y la moneda.

—Yo no la tengo —dijo Marcone.

—¿Alguien de su gente? —le pregunté.

Arrugó la frente ante la pregunta. Se echó hacia atrás en la silla, apoyó los codos en los brazos de su asiento y juntó las puntas de los dedos.

—¿Dónde está Gard? —le pregunté.

—Informando a su oficina —murmuró—. Haré preguntas.

Consideré si Marcone me estaría mintiendo. No tenía por costumbre hacerlo, lo que convertiría una posible mentira en el doble de efectiva. Me pregunté si decía la verdad. Si así era, resultaba probable que Seguridad Monoc hubiera adquirido a su propio ángel caído experto en magia y teoría mágica.

—La niña —dijo Marcone—. ¿Está bien?

—Está a salvo —dije—. Con gente que la aprecia.

Asintió.

—Bien. ¿Algo más?

—No —dije.

—Entonces debería descansar un poco —dijo Marcone—. Parece... —Se le torcieron las esquinas de la boca—. Un mapache atropellado por un tren.

—La próxima vez dejaré su culo de mafioso pudriéndose en la isla —dije con una mueca de disgusto antes de marcharme.

Iba camino de la salida cuando decidí hacer otra parada.

La madame Demeter estaba en su despacho, vestida con la misma elegancia de siempre.

—Hola, señor Dresden —dijo al tiempo que apartaba de la vista algunas carpetas, con cuidado de ordenarlas bien—. Estoy bastante ocupada. Espero que esto no lleve demasiado tiempo.

—No —dije—. Solo quería compartir una teoría con usted.

—¿Teoría?

—Sí. Verá, con tanta excitación y explosiones y rollos demoniacos, todo el mundo se ha olvidado de un pequeño detalle.

Sus dedos dejaron de moverse.

—Alguien le proporcionó a los denarios el paradero de la habitación del pánico de Marcone. Alguien cercano a él, que sabía muchos de sus secretos. Alguien con una buena razón para querer hacerle daño.

Demeter se limitó a girar la cabeza, con los ojos entreabiertos.

—La mayoría de los hombres charla con las mujeres con las que se acuestan —dije—. Eso siempre ha sido así. Un hecho que le daría a usted una muy buena razón para acercarse a él.

—Él es como la mayoría de los hombres —dijo Demeter.

—Sé que tiene un arma en ese cajón —le dije—. No lo intente.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—Porque no voy a entregarla a Marcone.

—¿Qué quiere de mí? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Puede que a veces le pida algo de información. Si puede ayudarme sin ponerse en peligro, se lo agradecería. En cualquier caso, tampoco importa que hable o no con Marcone.

—¿Por qué no?

—Puede que quiera verle caer algún día —dije—. Pero sobre todo porque no es asunto mío. Solo quiero que sepa que la he visto. Esta vez Marcone no va a juntar las piezas. Tiene a sospechosos más probables dentro de la organización, me sorprendería que no se haya dado cuenta ya del gran chivo expiatorio que va a ser Torelli.

Demeter me brindó una sonrisa glacial.

—Pero no se confíe más de la cuenta. Si hace otro movimiento igual de obvio, la pillaré. Y la hará desaparecer.

Demeter soltó una risa vacía y cerró el mueble archivador.

—Desaparecí hace años. —Me miró fijamente—. ¿Ha venido aquí a hacer negocios, señor Dresden?

De acuerdo, el edificio estaba plagado de... chicas en forma que estarían encantadas de... eh... ponerme a tono. Y mi tono me dejaba bien claro que estaría encantado de ser puesto. El resto de mi cuerpo, sin embargo, pensaba que una buena comida y dos semanas de sueño eran una idea bastante más acertada. Y ya que estaba, el resto de mí pensaba que aquel lugar era más bonito y más hueco cada vez que iba a visitarlo.

—Ya están hechos —respondí, y me marché.

Ya en casa no podía dormir.

Por fin disponía de tiempo de sobra para preocuparme de lo que le pasaba a mi mano derecha.

Acabé en el laboratorio, balanceando el paquete de menta rancia de Míster colgado sobre la mesa y poniendo al día a Bob sobre los acontecimientos de los últimos días.

—Uau —dijo Bob—. Fuego del alma. ¿Estás seguro de que dijo fuego del alma?

—Sí —le contesté, cansado—. ¿Por qué

—Bueno —dijo la calavera—. El fuego del alma es... bueno. Es fuego infernal, básicamente. Solo que proviene del otro sitio.

—¿Fuego del cielo?

—Bueno... —dijo—. Sí y no. El fuego infernal es algo que usas para destruir cosas. El fuego del alma se usa para lo contrario, para crear. Mira, básicamente lo que haces es coger un pedazo de tu alma y usarlo como matriz de tu magia.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Es como usar barras de refuerzo dentro del hormigón —dijo Bob—. Pones una matriz de barras de refuerzo, luego viertes el cemento alrededor y la fuerza del conjunto de las dos cosas es mucho más grande que la de las dos por separado. De esa manera puedes hacer cosas con ambas que no podrías con la barra de refuerzo o el hormigón por si solos.

—¿Pero estoy haciendo eso con mi alma? —exigí saber.

—Oh, vamos, Harry. Todos los mortales os aferráis mucho a vuestras preciosas almas. Nunca has visto tu alma, no la has tocado, nunca has hecho nada con ella. ¿Por qué tanto jaleo?

—Entonces me estás diciendo que esa mano gigante la creó mi alma —dije.

—Tu alma y tu magia unidas, sí —dijo Bob—. Tu alma convertida en energía. Fuego del alma. En este caso, la energía espiritual del aura alrededor de tu mano derecha, porque era la apropiada para lo que se creaba, al tratarse de una versión gigante de tu mano derecha y todo eso. Tu hechizo estándar de proyección de fuerza se formó alrededor de la matriz del fuego del alma y entonces lo que era un esfuerzo mágico instantáneo se convirtió en una entidad a largo plazo capaz al mismo tiempo de manipulación y esfuerzo a niveles idénticos. No es que fuera más poderoso que un simple hechizo de fuerza, sino que era algo más que un simple hechizo de fuerza.

Meneé los dedos que me hormigueaban.

—Ah. ¿Pero mi alma se va a poner mejor, verdad?

—Oh, claro —me explicó Bob—. Volverá a crecer en unos pocos días, una semana o dos a lo sumo. Sal y pásalo bien, disfruta, haz cosas que levanten el espíritu humano o lo que sea y entonces retornará incluso antes.

Bufé.

—Entonces estás diciendo que el fuego del alma no me deja hacer nada nuevo. Solo me hace más de lo que ya soy.

—Mucho más —dijo Bob, asintiendo alegre desde su estante—. Así es como hacen las cosas los ángeles. Aunque está claro que tienen bastante más alma de la que tirar que tú.

—Creía que los ángeles no tenían alma —aseguré.

—Como he dicho, la gente se pone muy agitada y tiquismiquis cuando se usa esa palabra —dijo Bob—. De hecho, los ángeles no tienen otra cosa.

—Oh. ¿Qué sucede si uso... ya sabes... demasiada?

—¿Cuánto es cinco menos cinco, Harry?

—Cero.

—De acuerdo. Piensa en eso un minuto. Seguro que llegas a una conclusión correcta.

—¿Es muy malo?

—¿Ves? No estás perdido del todo —dijo Bob—. Y eh, tienes también una espada mágica nueva que custodiar. Merlín, chúpate esa, ¡él solo tuvo una! ¡Y has trabajado en un caso con Uriel! ¡Te estás haciendo grande, Harry!

—No he oído mucho sobre Uriel —dije—. Bueno, sé que es un arcángel, pero...

—Es... muy del Antiguo Testamento —dijo Bob—. ¿Te suena el tipo que mató a los primogénitos de Egipto? Fue él. Aparte de eso, bueno. Solo hay suposiciones. Y no es de los que presume. Los calladitos son los peores, ya sabes.

—El Cielo tiene a un hombre del saco —dije—. Y a Mab le gusta su estilo.

—¡Y encima te hizo un favor! —dijo Bob chisposo—. ¡Sabes bien que no puede ser algo bueno!

Apoyé la cabeza en la mesa y suspiré.

No obstante, después de aquello pude subir a dormir un poco.

Me gusta el volcán de cebollas que hacen en los restaurantes japoneses. A mí y a los otros niños de siete años de la mesa. Logré atrapar la gamba con la boca cuando el chef la lanzó hacia arriba realizando un gran arco con su cuchillo. Lo hice tan bien que me lanzó dos, una desde cada cuchillo, y cogí ambas provocando una ronda de aplausos y una risotada sincera por parte de Anastasia.

Tomamos una comida deliciosa y nos quedamos solos cuando todos los comensales de nuestra mesa de parrillada se marcharon.

—¿Puedo preguntarte tu opinión sobre algo? —le dije.

—Claro.

Le conté mi experiencia en la isla, la espeluznante sensación de familiaridad que sentí en ella.

—Ah, eso —dijo Anastasia—. Se trata de tu visión. Eso es todo.

Parpadeé.

—Uh, ¿qué?

—La visión —repuso con calma—. Todos los magos desarrollan algo de precognición al madurar. Parece que la tuya ha comenzado a manifestarse y ha reconocido un lugar que puede ser significativo para ti en el futuro.

—¿Le pasa a todo el mundo? —dije incrédulo.

—A todos los magos —contestó sonriendo—. Sí.

—¿Entonces por qué no he oído hablar de ello? —quise saber.

—Porque los jóvenes magos, impacientes por la aparición de la visión, tienden erróneamente a ignorar las verdades incómodas y a tildar de revelaciones de su visión las quimeras más agradables. Todo lo que les importa se convierte en una profecía. Es algo muy irritante, la mejor manera de evitarlo es mantenerlo en secreto hasta que el joven mago lo descubre por sí mismo.

Reflexioné sobre aquel concepto durante un instante.

—Es importante para mi futuro, ¿eh?

—Potencialmente —respondió ella en voz baja, asintiendo—. Hay que proceder con extrema cautela cuando se trata de cualquier tipo de información precognitiva, por supuesto, pero en este caso parece claro que hay más en esa isla de lo que revelan los sentidos. Si se tratara de mí misma, lo investigaría. Con cautela.

—Gracias —le dije muy en serio—. Por el consejo, me refiero.

—Me ha costado muy poco —dijo sonriendo—. ¿Puedo preguntarte tu opinión sobre algo?

—Me parece justo.

—Estoy sorprendida, Harry. Siempre pensé que estabas interesado en Karrin.

Me encogí de hombros.

—Cuestión de momentos, tal vez. Nunca parecía ser el momento oportuno para nosotros.

—Pero ella te importa —dijo.

—Por supuesto —afirmé—. Ha estado conmigo durante muchas situaciones terribles.

—Eso lo puedo entender —dijo Anastasia con la mirada fija en mí.

Ladeé la cabeza y estudié su rostro.

—¿Por qué me preguntas por otra mujer?

Sonrió.

—Quería entender por qué estás aquí.

Me acerqué a ella, le toqué el mentón ligeramente con las puntas de los dedos de mi mano derecha y la besé con mucha suavidad. Ella me devolvió el beso, netamente, saboreando el roce de mi boca con la suya.

Me separé unos momentos antes de que el beso empezara a resultar inapropiado para un lugar público.

—Porque es bueno para el alma.

—Una excelente respuesta —murmuró. Sus ojos oscuros eran enormes—. Tal vez debería explorarse más detenidamente.

Me levanté, aparté su silla y la ayudé a ponerse el abrigo.

Aquella noche resultó ser muy buena para mi alma.

FIN